ELEANOR RIGBY

SERIE
DE ARMAS TOMAR 2



En la guerra y el amor...

TODO ES FUEGO

En la guerra y el amor todo es fuego. Bienvenido a las Canarias. ¿Estás dispuesto a enamorarte?

Para Dácil, querer a Thiago fue el mayor error que se le ocurrió cometer.

Para Thiago, querer a Dácil fue la peor idea que le pasó por la cabeza.

Las vidas de ambos han cambiado cuando se reencuentran en un crucero. Dácil no esperaba encontrarse con el chico al que lleva intentando olvidar un año entero. Thiago no sospechaba que volvería a ver los ojos de la chica que le tocó el corazón. En teoría deberían estar acostumbrados al otro, pero hay demasiados asuntos pendientes entre los dos y ninguno ha enterrado el hacha de guerra. Hasta que llega el nuevo acuerdo. Pero jugar con fuego siempre es peligroso…

Ella solo quiere poner a Thiago en su lugar.

Él solo quiere recuperar a Dácil.

Eleanor Rigby

Todo es fuego

De armas tomar - 2

ePub r1.0

Titivillus 16.03.2024

Título: *Todo es fuego*
Eleanor Rigby, 2022
Diseño de cubierta: Inés Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Todo es fuego

Serie
De armas tomar 2

Eleanor Rigby

He creado una lista en Spotify con las principales canciones que estuvieron sonando (en mi cabeza y en mi móvil) mientras escribía esta novela.

Si queréis uniros a mi viaje astral a las Canarias y escuchar lo que los protagonistas escuchan, os dejo este código QR para acceder a la banda sonora.



Capítulo 1

Corre o te alcanzará el karma

Dácil

—Chacho, chiquito muermo. ¿Nos vamos?

Airam me mira de reojo con una mueca socarrona.

Vaya pose de veterano de guerra lleva el notas, con los dedos entrelazados en el regazo y la espalda que parece que se le va a partir. Ni que le fueran a entregar una condecoración por no bostezar en mitad del recital sobre la normativa a bordo. Como se pongan a repartir medallas a esos campeones, yo me voy a quedar sin la mía, porque no me aburría tanto desde la segunda temporada de *Juego de tronos*.

—¿Adónde quieres ir?

—A donde sea. Lejos de este pibe. Me está dando ganas de dejarme dormir.

—«Este pibe» es nuestro jefe, o por lo menos es el mío. —Me recuerda con retintín, en voz baja—. No puedo romper filas y mandarme a mudar[1].

—¿Dices que no puedes porque temes que te despida? No va a hacerlo. Estás aquí por enchufe, y aunque la cagaras, ¿qué es lo peor que te podría pasar? No creo que te lance por la borda en plena travesía. En todo caso, tendría que esperar a que terminara el crucero para echarte la bronca.

Mi hermano suspira profundamente.

—¿Por qué tienes que ser siempre mi diablo en el hombro?

—¿Por qué tienes que ser tú mi ángel protector de las malas decisiones, con lo divertido que es tomarlas? Vamos, escápate conmigo. —Levanto las cejas una, dos y hasta tres veces, incitándolo a unirse al lado oscuro—. Hay una *pool party* arriba, en cubierta, y quiero ver qué se cuece. Lo más seguro es que solo haya suecos con la nariz como Rudolf y ancianos del Imserso escuchando coplitas de Concha Piquer, pero a lo mejor hay suerte y encontramos peña interesante.

Mi hermano todavía trata de resistirse, aun cuando mi argumento es irrefutable.

Venimos recomendados como «empleados responsables» por dos fuentes distintas, ambas lo bastante respetables en el sector para que el organizador del crucero ni se lo pensara a la hora de contratarnos. Mi tío Jaime conoce a todos los empresarios que parten el bacalao en la hostelería de las islas, incluidos los encargados de las rutas marítimas, y Maday lleva un par de veranos currando de ayudante de cocina en los barcos que pasean a los guiris por Canarias.

Ahora la han ascendido a *jefa* de cocina.

Esta oportunidad, de la que Airam solo conoce la mitad de los detalles —no he excluido a Maday de su carta de recomendación, pero sí de la charla que tuve con él, no le fuera a salir al niño un sarpullido al oír su nombre—, nos ha venido de perlas a los dos. Él necesita ahorrar para volver a Madrid el año que viene a terminar la carrera de Medicina, y a mí no me vendrá mal un poco de distracción y entretenimiento. Me esperaba una semanita y media de verano más bien aburrida en Tenerife. No me ha quedado ninguna asignatura del máster y mi familia estará diseminada por el mundo durante el mes de julio. Mi madre está grabando una telenovela con William Levy —no para de lamentar que le haya tocado el papel de su tía y no el de su novia—, mi abuela y mi abuelo andan de visita por La Gomera para ver a unos primos que han sido padres, y tía Jana, Salma y Margarita se han ido de viaje a Disneyland.

Si la alternativa a currar doce horas al día de ruta por el Atlántico era pasarme las tardes dándole una segunda vuelta a *Rick y Morty*, sola en la casa familiar, lo tenía claro. Mucho mejor es sentirse productivo tramando el modo de reencontrar a mi hermano

y a mi mejor amiga, que llevan un año rehuyéndose como de la peste.

—Si tío Jaime se entera de que nos escaqueamos, se va a liar. Con el trabajo no es como con las mujeres. Se lo toma bastante en serio. —Me recuerda Airam en voz baja.

Mira a un lado y a otro para asegurarse de que ninguno de los miembros de la tripulación le ha oído.

En cuanto los pasajeros han terminado de embarcar, el director de crucero ha reunido a los que nos encargamos de que los pasajeros se lo pasen bien. Está repitiendo las normas a las que deberemos ceñirnos mientras dure la travesía… una vez más.

La gente asiente con la cabeza, irónica, a todo lo que dice. No necesitan que les aclaren que no pueden hacer uso de la barra libre de la piscina ni de las instalaciones habilitadas para el uso de los pasajeros. Y también saben que los días que atraquemos en puerto y los huéspedes desciendan para conocer las islas, ellos habrán de quedarse en sus puestos organizando las próximas actividades.

A mí sí ha hecho falta que me lo digan, porque pretendía (y sigo pretendiendo) meter mano a todo lo que pueda y más. El barco es la fantasía de los jubilados: los cócteles y el menú canario de almuerzos y cena venían incluidos en el precio final de la mayoría de los billetes, hay clase de zumba todas las tardes y el socorrista es un bombón.

No puedo pedir más.

Quizá solo una cosa: compartirlo con mi mejor amiga y mi hermano, y no tener que dividirme el tiempo como la hija de unos padres divorciados (que soy) para que no coincidan.

Mira que hacerme pasar por esto otra vez… ¿Es que no tienen compasión?

—Airam, mi niño… —Poso una mano en su hombro, comprensiva—. Por más que atiendas a las normas del director de crucero, no vas a dejar de ser un torpe. Lo más probable es que, aunque le pongas toda tu buena voluntad, acabes liándola parda en cuanto te den una bandeja con copitas.

Airam ruega al techo un poco de clemencia. Es el primero que está un poquito desinquieto[2]. Como no quiere aceptar que es miope, su coordinación motora brilla por su ausencia, y eso no es algo que un camarero pueda permitirse.

—No me lo recuerdes. Tío Jaime podría haber sido algo más comprensivo con mis problemillas de eje. Ya que me colaba aquí, ¿qué le costaba darme un puesto acorde con mis habilidades?

—¿Como cuáles? ¿Eructar el alfabeto o encestar lapos en la papelera? ¿O es que pretendías ser el médico a bordo? Te queda todo el MIR, flaco. Pero si te preocupa no clavarla como barman, podrías pedirle consejo a Maday —propongo como quien no quiere la cosa, y le doy un pequeño codazo—. Ella empezó en su hotel como camarera y se sabe todos los trucos.

Airam ni me mira al responder.

—Yo a Maday no le pido ni agua en el desierto.

«Pues a lo mejor ella te pide agua a ti, porque vas a ser su subordinado».

—¿No? —tanteo con inocencia—. ¿Ni siquiera si llevaras diez días caminando por las áridas arenas del Sáhara y no vieras nunca el final?

—Si llevara diez días caminando por áridas arenas del Sáhara sin comer ni beber nada, sería Superman, porque una persona normal la diñaría cinco días antes.

—Ya va, doctor. Pero puedes sobrevivir un máximo de cinco días. Ese quinto día estarías tan desesperado por una gotita de agua que no te importaría sacrificar tu dignidad. En tal caso, seguro que le aceptas la ayuda a Maday.

—Prefiero morir de pie que vivir de rodillas. —Aclara en tono solemne.

—¿Eso qué es? ¿La biografía de Instagram de un *influencer de fitness*? No te estoy pidiendo que te arrodilles ante Maday, solo que te bebas su agua.

—¿Por qué quieres que me beba el agua ficticia de Maday? Conociéndola, seguro que me da la cantimplora con una sonrisita después de haber soltado dentro un salivazo. —Tuerce la boca—. O de haber aderezado el agua con un poquito de veneno de escorpión.

—Maday no es así, y lo sabes. —La defiendo… una vez más—. Si le pusiera veneno a tu agua, sería del que te mata rápido y sin dolor, y solo te lo ofrecería porque te ha visto moribundo y sin opciones de salvarte.

—¿Por qué estamos hablando de Maday? —me interrumpe, hastiado—. ¿No existen como un millón de temas alternativos?

Acabo suspirando, pero eso no significa que vaya a rendirme.

Está claro que las analogías del desierto no sirven para nada. Menos mal que tengo unos cuantos trucos bajo la manga para que aireen la bandera blanca.

Se van a bajar del barco cogidos de la mano como que me llamo Dácil Oramas.

Es curioso cómo la vida te da de tu propia medicina. He tardado un año entero en solidarizarme con la desesperación que vivió mi hermano durante siglos por culpa de mi relación con *cierto sujeto*. Apenas he sufrido unos meses la profunda enemistad de mis dos personas más queridas y ya estoy dispuesta a acudir a un chamán de las cavernas o una bruja tarotista para rogar que les hagan brujería, un exorcismo o lo que sea para que podamos convivir en armonía.

Si mi hermano no hubiera decidido borrar a *cierto sujeto* de su mente, no dudo que, al hacerle notar mi exasperación, habríamos tenido la siguiente charla:

—Airam, necesito que Maday y tú os llevéis bien.

—Ah, ¿*necesitas* que nos llevemos bien? —Habría repetido con sarcasmo.

—Sí.

—¿Para no tener que dividir tu tiempo libre entre los dos, sacrificando horas de sueño y tiempo con la familia y un posible novio?

—Sí.

—¿Para no tener que apretar el culo cada vez que coincidamos en una habitación?

—Sí.

—¿Para no tener que sufrir cada vez que te pidamos que te pongas de parte nuestra tras una discusión?

—¡Exacto!

—*Chos*, la situación me suena familiar, ¿eh? Estoy viviendo un *déjà vu*. No me digas que quieres que haga todo eso por ti tal y como tú lo hiciste por mí y por Thiago, porque si fuera tan comprensivo como tú lo fuiste conmigo, tendría que regalarte un chaleco antibalas. ¿Sabías que incluso estuve mirando uno de esos por internet? Pueden llegar a costar setecientos pavos.

Sí, Airam es de esos pasivo-agresivos insufribles cuando les

tocan las narices, y yo se las toqué a dos manos. Por suerte, no pronunciaría el nombre de *cierto sujeto* ni aunque de regalo le dieran el añorado chaleco antibalas, y tampoco me echaría en cara mi comportamiento con tanta desfachatez. Aunque mi hermano sea mi hermano —y eso significa que por nuestras venas corre la misma lava incandescente—, asimiló los valores del respeto mucho mejor que yo.

Lo que no quiere decir que no se gastara sus jugarretas, porque bien que lo hizo.

Es mi momento para cobrarme la venganza.

—¿Y si te dijera que Maday está en el barco? —dejo caer en tono inocente.

—Pues me daría pena no saber tirarme de cabeza —contesta sin mirarme, concentrado en el aburrido murmullo del director de crucero. Como no respondo, Airam se tensa y ladea la cabeza hacia mí, alarmado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Mera curiosidad. He visto a una chica que se le parece mucho trabajando en la cocina.

Airam se pellizca el puente de la nariz porque no puede retorcerme el pescuezo en público.

—Una chica que se le parece mucho, ¿eh? ¿Cuánto se le parece? ¿Tanto como para tener una mejor amiga llamada Dácil Oramas?

—¿Cómo lo has sabido? ¡Qué listo eres!

Airam cierra los ojos un momento, ese dulce momento en el que sé, sin la menor duda, que se está acordando de todos mis ancestros.

Cuando se trata de desahogarse, poco le importa que sean también los suyos. Los insulta con la misma pasión.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque…

Lo malo de que hayamos crecido juntos es que tiene tan bien estudiadas mis expresiones que sabe leerme el pensamiento. Apenas le basta hacerme un examen conspiranoico para deducir que no es casualidad que vayan a coincidir.

—Me has conseguido este curro para juntarme con tu amiga, ¿verdad?

—Eh, también es *tu* amiga —rezongo, y me lanza una miradita letal para advertirme de que no está para idioteces—. Puede ser. Nunca lo sabrás.

—Dácil…

No tiene que continuar. Sé que lo que sigue es un simple y seco «te voy a matar».

—Es un barco, Airam. Un barco de crucero con no sé cuántos pasajeros. No os he encerrado en un búnker de cinco metros cuadrados, así que no tenéis por qué coincidir ni estáis obligados a hablar… fuera del horario laboral —apostillo con pies de plomo.

Airam abre bien los ojos para que no se le escapen mis muecas.

—¿Qué puesto tiene?

—Digamos que es tu jefa.

Se le escapa una risita nerviosa.

—No me lo puedo creer.

—¿Y si dejas de decir «no me lo puedo creer» y haces un esfuerzo por creértelo?

—¡Es que no me entra en la cabeza por qué harías algo así! —grita de pronto.

El exabrupto atrae toda la atención de los trabajadores. Uno de ellos, un barbudo con la cara surcada de pecas, le sonríe con camaradería.

—¿Verdad que no? —dice—. Es demencial que no dejen que nos aprovechemos del bar en nuestro tiempo de ocio, ni siquiera pagando.

Viendo el estado catatónico en el que se encuentra mi hermano, no me extrañaría que respondiera al barbas con un corte de mangas y a mí con la corbata colombiana. Pero logra controlarse gracias a los ejercicios de respiración que le enseñó el psicólogo asignado tras el divorcio de nuestros padres.

Un puntal de lo más ageitado [3] , por cierto.

—Totalmente. —Asiento mirando al tipo, y agrego en voz baja—: Deberíamos iniciar una revolución leninista.

El barbas se ríe. Al que no le hace ni puta gracia es a Airam.

Ni se me pasó por la cabeza que se lo tomara tan mal. No es como si llevaran sin verse un año entero, fingiendo —con gran credibilidad, por cierto— que se detestan, y ahora yo los hubiera obligado a reencontrarse. Ha sido inevitable que Airam y Maday coincidiesen en un par de ocasiones. Como Airam estudia ahora en Las Palmas gracias al programa de SICUE, viene a casa de visita con más frecuencia, y resulta que mi mejor amiga vive justo al lado.

Seguro que se han visto tirando la basura y cada vez que han salido a echarse el último piti del día. Esas veces, según me contaba Maday tan prudentemente como siempre, Airam la ignoraba. Ni «buenas noches» —mal por un lado— ni «púdrete en el infierno» —bien por otro—; se le ha olvidado su personalidad asertiva y ahora practica la ley del hielo hasta el punto de ni mirarla a la cara.

Sabía que se mosquearía por la encerrona, pero no por mucho tiempo. Siempre puede ignorar su existencia como ha estado haciendo hasta el día presente, ¿no?

Si se pone tonto, tal vez deba sacar los trapitos al sol.

—Oye, te recuerdo que tú me hiciste algo muchísimo peor el verano pasado. Yo solo he fomentado un encuentro que os permita hacer las paces. Tú jugaste con mi mente. ¿No es eso peor que jugar con el espacio para que os crucéis?

—Mira, no me compares una cosa con la otra, porque no tienen nada que ver —masculla entre dientes—. Yo no me dedico a joder a tu amiga y, de paso, a darles el día a los que están en la misma habitación. Simplemente no me relaciono con ella. No doy problemas, Dácil. ¿Por qué me tienes que arruinar las vacaciones?

—¿Ahora sí son tus vacaciones? Hace un momento era tu trabajo.

—Me he metido en el puñetero crucero para no tener que pasar el verano pegado a su casa, y ahora me la traes al trabajo —continúa, ignorándome—. Tienes más cara que espalda, te lo juro.

—Pero chacho, ¿de verdad es para tanto lo que pasó? Maday no fue la que te dejó y se marchó de Tenerife armando una escena en medio de la calle, ni fue la que cortó toda relación contigo y nunca volvió a escribirte.

Me fulmina con la mirada desde sus dos metros de estatura.

—Maday fue la que provocó todo eso.

Podría rebatírselo cómodamente con un sencillo «tú provocaste eso al sentir lo que sientes por Maday», pero si ya se pone agresivo cuando menciono su nombre, si se me ocurre ahondar en posibles sentimientos, no saldría viva del crucero. Y todavía me quedan muchas cosas por hacer, como, por ejemplo, reconciliarlos a toda costa.

En lugar de meterme de lleno en la discusión, me escabullo con la cabeza agachada para que no me vea el chiquito muermo del

director.

Admito que mi forma de plantear el reencuentro ha sido una estrategia para sacar a Airam de la reunión. La única manera de llevarlo a la *pool party* era dejándolo con la palabra en la boca. Como sé que lo odia, ahora va a perseguirme para continuar peleando.

—¿Adónde vas? —espeta, siguiéndome por el pasillo que lleva a cubierta. Tengo que sortear a unos cuantos pasajeros y advertirles que, aunque llevo el polo de la tripulación y me identifico gracias a un carnet plastificado en el que aparezco con pintas de terrorista, no sé dónde están los baños—. ¡Dácil!

—Venga, Airam. —Me doy la vuelta y empiezo a caminar de espaldas. No se atreverá a pegarme habiendo gente delante. Le importa más lo que piensen de él que arremeter contra mi integridad física—. Tú la adorabas. *Los dos* os adorabais. ¿No echas eso de menos? ¿Te acuerdas de cuando hacíais surf juntos? ¿Del día que fuisteis al minigolf y, al ir a enseñarle por detrás cómo se agarra el palo, lo levantó y te rompió la nariz sin querer?

Airam se la toca como si todavía le doliera. Lo cierto es que se le quedó un poquito desviada, pero a mi parecer, le da personalidad. Al mío y al de las guiris alemanas que se tiran toda la temporada alta contoneándose delante de él.

—Eso que pasó en el minigolf pareció una advertencia divina de lo que me esperaba con ella: nada más que dolor. —Comenta con rencor.

—¿Y de cuándo fuisteis a celebrar sus dieciocho en el guachinche de La Orotava y acabasteis en el hospital porque no tienes ni puta idea de conducir? Maday todavía se ríe de cuando estrellaste el coche intentando coger una curva —insisto. Ahora que tengo su atención, me siento en la obligación de avivar su melancolía—. ¿Y cuándo su abuela te hacía sus arepas para ver la telenovela de las cuatro?

Airam saca a pasear el dedo de las advertencias.

—No metas a Lupita en esto, Dácil Oramas.

—¡Pero si llevas un año sin ir a verla porque te has peleado con Maday! ¿Tienes idea de la pena tan grande que tiene la pobre Lupe, con lo mucho que te quiere?

—Pues claro que he ido a verla —rezonga, ofendido por creerle

capaz de ignorar a la tercera edad, *a él, oh, Gran Defensor De Los Yayos*—, lo que pasa es que aproveché cuando vosotras dos salíais juntas.

—Lupe siempre decía que Maday y tú acabaríais casados. ¡Y mamá también! —Le recuerdo, levantando las cejas. Voy caminando de espaldas en dirección a la música de la *pool party*. Han puesto salsa en honor a la arraigada cultura latina de Canarias. La gente se va apartando a mi paso, *chicos listos*—. ¿Por qué no le das el gusto a la abuela Lupe, eh?

—Ah, ahora no solo tengo que perdonarla. También tengo que pedirle matrimonio, ¿no?

—¡No tienes nada que perdonarle! Parece mentira que un futuro médico sea tan tonto. ¿No te da vergüenza ir por la vida con esos planteamientos, Airam, con una carrera universitaria que tienes? ¡Ella no hizo nada malo!

Se detiene justo antes de poner un pie en el recinto de los pasajeros. En la piscina con forma de cacahuete, gracias a su estratégica posición, da el sol todo el santo día.

Su rabia se ha disuelto de pronto, y dudo que sea porque he blandido el argumento definitivo. No va a ofenderse porque cuestione el cociente intelectual medio del estudiante de Medicina. Él es el primero en asegurar que en su clase abundan los soberbios y los hijos de papá con muy poca idea de la vida.

Como si él supiera mucho.

Mi hermano se queda allí de pie, inmóvil, mirando con fijeza un punto sobre mi hombro. Ladeo la cabeza para seguir la trayectoria de su ceño fruncido, y lo único que captan mis ojos fugazmente son unas gafas y un libro que reposan sobre la tumbona cercana. No puedo girar la cabeza más, en parte porque a esta hora del día el sol es cegador, y el calufo, mareante, y en parte porque ese libro lo conozco. Ese libro *lo he tenido en las manos*.

Tiene las solapas cosidas a mano por su último dueño y las páginas amarillentas, y sé que narra una historia de desamor.

En lugar de detenerme para comprobar que no es una ilusión, que no estoy flipando como otras tantas veces antes por culpa de mi desbordante imaginación, me alejo a toda prisa de la colección de recuerdos. También he reconocido las gafas de vista y el cordel de abalorios, elaborado por Margarita, que, a veces, cierto sujeto se

colgaba del cuello como una vieja aficionada a los puzles, lo que me daba una excusa para hacerle burla. La toalla desgastada por los lavados que reposa sobre la tumbona la he tenido yo tendida en el cordel de mi jardín. Y también he tenido sexo sobre esa toalla; esa tan cutre de la bandera de Canarias que su propietario se compró después de que la mismísima Miley Cyrus se hiciera una foto con ella vomitando en un baño.

Como me doy la vuelta aturdida por el sol, sin mirar por dónde voy, choco de frente con uno de los pasajeros. Y entonces lo que me perturba no es ni el golpe, que ha sido fuerte, ni el libro, ni las gafas, ni la cara que no logro enfocar por culpa del contraluz, sino el olor a camomila, a menta y a novela vieja.

Oigo la canción que suena en la fiesta como si estuviera bajo el agua.

Me retiro a toda velocidad, sabiendo que debo parecer tan desorientada como un perro deslumbrado por los faros de un coche. Pero cuando centro la vista, veo con meridiana claridad hasta las letras del tatuaje.

Saudade.

Ahora veo que la «s» es de «sádico», la «a» de «anormal», la «u» viene de lo ufano que se largó de casa, la «d» de «descarado», por aparecer de la nada y como si nada…

Me gustaría decir que lo que me hace retroceder es el *shock*, la negación o el asco. Pero lo que de verdad sacude mi cuerpo es el miedo en estado puro. Miedo a levantar la cabeza y mirar a la cara al fracaso del pasado.

—Lo siento, no he visto por dónde iba —mascullo, como si fuera un desconocido. Como si lo hubiera confundido con otra persona.

Lo decido así porque ahora mismo no podría tratarlo como me habría gustado, con entereza y resolución. Y aunque no sea un desconocido, es algo parecido; es alguien que desearía no conocer.

Quiero huir antes de oír su voz, pero me tiene que arruinar el día y el año por completo murmurando:

—No, *yo* lo siento.

Me doy la vuelta hecha un manojo de nervios y abandono la piscina tan rápido como me lo permiten las piernas. Tiemblo tanto que tengo que refugiarme detrás de la primera puerta que encuentro, que resulta que da a los baños de caballeros.

Apenas estoy dentro, me apoyo contra la pared, ignorando las quejas de un notas que por lo visto cree que estoy interesada en verle las pelotas.

Me cuesta reprimir el impulso de hundir los nudillos en los azulejos.

Por favor, Dácil, contrólate. No eres un personaje de Euphoria.

«¿Qué coño haces aquí, eh?», me habría gustado gritarle. «¿Qué se te ha perdido en Canarias?».

Las islas son mías, mías y de mi hermano, y ese capullo debería tener prohibida la entrada por vía aérea o marítima. Deberíamos haber clavado en los confines de Anaga, en todos los pueblos con puerto, un aviso de guerra. Un «no tendremos piedad contigo si te atreves a invadir nuestro territorio de nuevo». Pero no creí que fuera necesario. Se ganó el odio de la potencia canaria por ser un cobarde, y los cobardes no vuelven a la escena del crimen. Los cobardes, de hecho, no mandan ni un mensaje en un año entero. Ni siquiera para pedir perdón a la familia que lo acogió con los brazos abiertos y luego se quedó con cara de tonta, esperando el milagro de que el hijo pródigo regresara.

La puerta del baño se abre y por un momento temo que me haya seguido. Sería una costumbre que se ha mantenido en el tiempo. Al cielo le ruego que la suya de trastornarme haya quedado en el pasado.

Por suerte, el que se asoma es mi hermano.

Cuánto me alegro en este momento de que no se parezcan en nada. Airam es más moreno que el sujeto cobarde, más alto, más delgaducho, menos tatuado; con los ojos más verdes que grises, más de chico gustón con salsa en las venas que de ángel errante.

Airam me mira como si me entendiera. Bueno, no «como si me entendiera», sino entendiéndome a la perfección. El sujeto cobarde es un muerto que a él también le atormenta de vez en cuando. Los Oramas estamos unidos incluso para eso. Compartimos los fantasmas: el padre y el niño perdido, los dos nombres que está prohibido mencionar.

Se apoya a mi lado en silencio y me pasa un brazo por los hombros. No se regocija porque el ser supremo acabe de vengarse de mi jugarreta Maday-Airam —y lo ha hecho a lo grande—; lo lamenta de corazón con un suspiro y musitando:

—Qué rápido vuelve el karma, ¿no te parece? Ni diez minutos ha tardado en pillarte.

Capítulo 2

Dulce introducción al caos

Thiago

Celia se asoma bajo la puerta del camarote con una sonrisa dulce.

—¿Cómo vas? ¿Te encuentras algo mejor?

Con preocupación maternal, rodea de puntillas la única cama de nuestra habitación y apoya la mano sobre mi frente. Se queda un rato pensativa, meditando si de verdad tengo fiebre o solo se me ha pegado el calor de la hora que hemos pasado vagueando en la piscina. El sol de las doce no perdona en un verano canario, pero una insolación no es la única catástrofe que se me ocurre para postrar a un tío en la cama, ni el verano canario es lo único que todavía no me perdona.

—Tienes mala cara. —Comenta tras un rápido examen. Se sienta a mi lado sin apartarme la mano de la frente—. ¿Quieres una aspirina? A mí también me suelen dar dolores de cabeza insufribles cuando paso demasiado rato en la tumbona, pero no hay nada que no me quite un paracetamol.

Le retiro la mano muy despacio, incorporándome para hablar en condiciones.

Que no estoy convaleciente, coño, solo estoy escondiéndome para meditar en frío sobre la situación.

Me quito uno de los auriculares. Ahora solo se escucha *Guaguancó* en uno de mis oídos.

—Eso debes hacer, dejar la música. —Asiente Celia, conforme—.

Hay un estudio que dice que los cascos te hacen perder audición, y para la migraña no creo que vayan bien.

—Ya, ya… —Carraspeo—. Si estoy de lujo, solo necesitaba tumbarme un rato. Entre el vuelo, que ya sabes que los aviones no me hacen gracia, y el día que pasamos ayer haciendo turismo por Tenerife, estoy hecho polvo.

—¿Tanto como para quedarte en la habitación esta noche? —Celia me pone ojitos. La cara del gato con botas en una chica con esos ojos de muñeca no le es indiferente a nadie, mucho menos a mí—. Hoy es la primera fiesta temática, la de la bandera de Canarias. He metido un vestido azul precioso en la maleta y quiero que me lo veas puesto.

Veamos… ¿Qué respuestas podemos darle nosotras, neuronas de Thiago, para que no sospeche de lo que me ha traído al camarote?

«Claro que sí, Celia, estoy desesperado por verte y luego quitarte el vestido azul».

Es lo que ella quiere oír, pero antes de dar un solo paso en falso me convendría descubrir qué hace Dácil Oramas en el barco y cuáles son las probabilidades de que me la cruce en un evento para pasajeros. Más vale prevenir que curar, sobre todo cuando lo que habría que curar sería el corazón roto de Celia y mi cuerpo, desmadejado después de que Dácil me dejara para el arrastre de una paliza verbal.

O física.

No la voy a subestimar.

«Prefiero quedarme aquí hasta que se me pase del todo el mareo».

La decepcionaría y encima la obligaría indirectamente a quedarse conmigo. Celia no es de las que se van de fiesta sabiendo que estás muriéndote a chorros en tu habitación. Y tendría que dar más explicaciones, inventarme más mentiras, como que el vaivén de los barcos me sube la bilis y no la mera expectativa de coincidir con *ella* otra vez.

«Es que resulta que me he encontrado a mi antiguo mejor amigo y a mi antigua… mi antigua *lo que sea*, y aunque una parte de mí está deseando hablar con ellos, preguntar cómo están, qué hacen ahora, también me da pánico que se arme un pifostio descomunal. Que es, por cierto, lo único que se puede armar cuando el rencor de

Dácil Oramas está sobre la mesa: eso, una pistola del calibre cincuenta y, quizá, un pedazo de tanque. Bueno, ella es un tanque de guerra».

Esa sería la verdad y nada más que la verdad, pero ¿quién quiere la verdad? Celia seguro que no. Además de arruinarle la noche, le echaría por tierra el viaje entero, y no se ha tomado las molestias de sorprendernos a mí y a unos amigos con un crucero por las islas de mis amores para luego enterarse de que el verano pasado fui un golfo.

Llevo desde la una de la tarde frotándome la cara entre gemidos.

¿*Pur qué, pur qué*?, se preguntaría Mourinho. ¿Cuáles eran las probabilidades de que esto pasara? ¿Voy a tener que creerme esa tontería de Mister Puterful de que el karma existe y todo vuelve? ¡Pero si Dácil y Airam llevan toda la vida burlándose de los cruceros, joder! Dicen que son máquinas de sangrar las carteras de los guiris, porque no hay nada más económico que un *ferry* a La Gomera o al destino que quieras y echar un día sin alojamiento viendo sus maravillas. Por la noche estás de vuelta en casa, y con solo cincuenta pavos menos en la cartera.

—¿Es ya hora de irse? —pregunto para ganar tiempo.

Como es obvio, no hay ventanilla en el camarote. Hemos comprado los billetes más baratos y eso no nos da derecho ni a baño propio.

—Son las siete y media. A las ocho empiezan a servir la cena y a las diez empieza el guateque. ¿Te da tiempo a reponerte, o quieres que me quede contigo esta noche?

Su preocupación hace que me sienta todavía más miserable. Está claro que voy a tener que decantarme por la primera opción y confiar en que Dácil siga en *shock*, al igual que yo, para pasar la noche sin sobresaltos. La confusión la tendrá lo bastante distraída para no armar un escándalo, y yo podré disfrutar del evento con Celia.

«Que es lo que has venido a hacer», me recuerda la voz de la conciencia. «Eso y nada más».

—Claro que sí. —Le guiño un ojo—. Ponte ese vestido y salimos en media hora.

—¡Genial!

Empieza a aplaudir, pero se interrumpe cuando recuerda que

una «jaqueca» me ha enviado directo al camarote. Me pide una disculpa con un beso y se levanta a toda velocidad para rebuscar en su maleta, esa maleta que, si trajera remos, podría usarse para cruzar el Estrecho o para una misión al vacío interestelar.

La observo mientras saca el neceser y la ropa interior, tan entusiasmada con el viaje que no puede evitar sonreír pensando en los días que nos esperan.

Deberían darme una paliza por haber dejado que el reencuentro me afectase tanto. Tendría que haber dicho «hola, Dácil» y, acto seguido, darme la vuelta y entretener a mi novia, como si no hubiera pasado nada. Porque *no ha pasado nada*. Solo me he chocado de frente con dos personas que han demostrado que sacar de su vida a un supuesto «miembro de su familia» les toma un mensajito de WhatsApp. Es Celia la chica en la que debería haberme tirado a pensar mientras escuchaba los éxitos antiguos de La Oreja de Van Gogh, que es el grupo musical que le gusta, y no en dos nombres guanches y los rostros que invocan al ritmo de Cruz Cafuné.

El puto Cruz Cafuné, que no me ha gustado en la vida, es ahora tan evocador que me cae en el estómago como veneno.

La dulce Celia me conoce bien. Le he demostrado que hacía bien al depositar en mí sus esperanzas románticas y creer en el modelo de hombre inútil que, con la fuerza del amor, se convierte poco a poco en un tío de provecho. En un novio formal. El milagro se ha celebrado y puedo tener una relación seria, pero Celia sabe cuáles son mis limitaciones y dónde trazo la línea, así que no tira de la cuerda. En vez de programar un viaje de novios con todas las de la ley a un destino paradisiaco, cosa que podría haber fomentado mi ansiedad, ha animado a algunos amigos de la universidad a acompañarnos. Vigila tanto la jaula de mis miedos —a la intimidad, al compromiso— que no se han vuelto a escapar desde que estoy con ella. No me fuerza, no me lleva al límite, no me exige, no me monta pollos, no me dice que le caliente la cama o se buscará a un *weirdo* de Tinder para tal propósito. Gracias a Celia, mi vida es la *dulce introducción al caos* de Extremoduro: es «la canción de que el tiempo no pasara, donde nunca pasa nada». Porque nunca pasa nada (malo). No ha tenido que ocurrir ninguna desgracia, pelea o reto inabordable para que lo tengamos todo. Tan solo di un salto al

vacío y ella estuvo a los pies del precipicio para agarrarme bien, para amarrarme con su confianza y su paciencia.

Pero el caos no me puede dejar en paz ni doce meses, y ahora resulta que mi vida hasta hace una hora era una preparación para la caída inevitable, una trampa. Celia es la dulce introducción que conduce después a los caóticos Oramas.

Robe escribió ese tema para quejarse de que la inspiración no lo visitaba porque llevaba una vida demasiado tranquila, alejado de las drogas y el frenetismo del mundo del *rock*, pero yo estaba satisfecho con mi sequía creativa. Me he acostumbrado a dejar de cuidarme las espaldas, y ahora me puede venir en cualquier momento un ataque frontal. O eso pensaba, que me había acostumbrado a la paz y a no pensar en lo que dejé atrás. Pero si estuviera curado de espanto, su cara guapa no me habría mandado directo al infierno. Porque qué guapa es, aunque tenga el descaro de mirarme como a su pesadilla hecha realidad cuando es *ella* la que no me ha dejado dormir ni un puto día.

Alejo de mi mente esos pensamientos y me concentro en Celia, que ya ha encontrado su vestido y lo estira sobre su pecho para que lo vea.

—¿Qué te parece? ¿Suficientemente *sexy* para que se te olviden los malos recuerdos de las islas?

—¿Por eso me has traído de crucero? —le pregunto en tono conspirador—. ¿Para sustituir los malos recuerdos por otros mejores?

—No mejores —replica con humildad, doblando el vestido con cuidado—, solo diferentes. Canarias es más barato que Baleares, y dijiste que no volverías por tu propio pie aunque sea tu lugar favorito del mundo, así que… —encoge un hombro—, pensé que sería un detalle bonito.

—Y lo es. —Le dedico la mejor sonrisa que puedo fingir, dadas las circunstancias—. A lo mejor me he puesto un poco melancólico por eso, porque se me hace raro no ir directo a casa de Airam. No tiene nada que ver contigo, ¿vale?

Celia relaja los hombros y tiende su traje de noche sobre la cama para dirigirme una mirada sabedora.

—Oye, no soy tonta. Sé por qué te has metido aquí. —El pulso se me acelera un agónico segundo. Menos mal que no me deja colgado

mucho tiempo, y aclara—: He visto a Airam en la piscina. La coincidencia ya es mala suerte, ¿no? Pero a lo mejor ocurre un milagro y os reconciliáis. Al verte se ha quedado más sorprendido que asqueado, o eso me ha parecido a mí.

Aprovecho la excusa de guardar los AirPods en su caja para no tener que mirarla cuando replico, como si la cosa no fuera conmigo:

—Estamos hablando de un tío que se largó de la ciudad en la que vivía para no verme la cara. Para reconciliarnos no tendría que ocurrir un milagro; tendríamos que nacer de nuevo.

—No fuiste el único motivo por el que se fue, no seas egocéntrico. —Me regaña, dándome una palmada amistosa en la pierna—. Que Leire lo dejara también tuvo que darle a entender que era poco lo que le arraigaba a Madrid. Además, ¿no se supone que echaba mucho de menos a su familia? Y que su hermana Daniela tenía problemas y lo necesitaba cerca.

—Dácil —la corrijo enseguida—. Se llama Dácil. Con ese, en realidad. *Dásil*.

«Pero yo nunca la he llamado así. Yo me tenía que diferenciar».

—Eso, *Dásil*.

Me entra la risa tonta al imaginarme a Airam cogiendo sus maletas para salvar a su hermana de sí misma.

—Para empezar, si Airam hubiera tenido que irse de Madrid cada vez que Dácil tenía un problema, jamás se habría marchado de Tenerife. Dácil siempre está metida en líos. Si no los busca, estos la encuentran a ella. —Hago una pausa para practicar el modo de decirlo sin que se note que me perturba—. Es la chica que se ha chocado conmigo, por cierto. Están aquí los dos.

—¡No me digas! Pues ya es casualidad. —Pone los brazos en jarras, pensativa, pero enseguida va a lo que le interesa: el cotilleo jugoso—. ¿Cómo crees que va a reaccionar Leire cuando vea a Airam?

—A lo mejor deberías advertírselo para que no se lo choque de frente.

«Como me ha pasado a mí».

Celia me lanza una miradita de «no cargues esa responsabilidad sobre mis hombros».

Tiene razón. Debería hacerlo yo. Celia y Leire se llevan de maravilla porque se han convertido en las dos mujeres más

importantes de mi vida. De vez en cuando salimos juntos, pero la conexión real la tiene conmigo.

Leire se largó de Tenerife por las malas, como yo, pero por voluntad propia, a diferencia de mí. Nos une una desgracia parecida, que no es otra que la de perder a Airam. A la vuelta a Madrid, nos apoyamos el uno en el otro, ella para superar la ruptura y yo porque, de una manera retorcida, Leire era lo único que me quedaba de Airam y más me valía cuidarlo.

Curiosamente, me sentí acompañado por él en todo momento. A Leire se le pegaron muchos vicios que Airam tenía, muchas expresiones canarias, y ponía a todas horas esas cumbitas y salsas que me desquiciaban cuando vivía con él. Incluso empecé a verle ese encanto especial de niña tierna que conmovía a Airam. Él se enamoró de ese encanto, pero a mí solo me despertó el deseo de protegerla como a una hermana pequeña.

A veces Leire se comporta como si tuviera quince años. Y quince son los años que Flavia tendría hoy.

—Oye. —Me llama Celia, rompiendo el silencio que se ha formado por culpa de mis pensamientos. Vuelve a sentarse a mi lado—. Me imagino que tiene que ser duro para ti. Perder a un amigo también es un luto, ¿no? Si necesitas apoyarte en alguien, recuerda que me tienes a mí. Y recuerda también que no hiciste nada malo.

Eso es cuestionable, me temo.

Soy consciente de mis errores, aunque a ella se los haya ocultado. Pero no puedo sino sentirme el rey del mundo, el hombre perfecto, cuando Celia me mira de esa manera. Porque Celia *sí* que es la mujer perfecta, *sí* que es la reina del mundo, y debo darle las gracias por haberme hecho un hueco en su vida de ensueño. Es más de lo que pensé que me merecía cuando aterricé de nuevo en Madrid hace casi un año y con las manos vacías. Ella sabe cómo llenarme de planes, travesuras y optimismo.

Me digo que es por eso por lo que elegí su lado de la cama, pero Dácil solo ha tenido que mirarme para que me pregunte si no lo hice por otra razón, si no fue porque, después de haber dormido con ella un verano entero, ya no soportaba la soledad de las sábanas frías y los techos desnudos, detalles en los que no te fijas si te acuestas acompañado. Yo, en la cama de Dácil, me tumbaba y veía

las estrellas, si no arriba, en el techo, en los lunares de su cara.

Le doy un beso a Celia en los labios y la estrecho entre mis brazos.

No me inquietan mis pensamientos. Sé lo que soy. Siempre he vivido con un pie en lo que se queda atrás y otro adelantado, pisando fuerte el presente. Es normal que Dácil esté ahí atascada, que tire de mí hacia el abismo, pero sé qué es lo que necesito.

Si no hubiera sido por Celia, no sé de dónde habría sacado fuerzas en su día. Ni tampoco sé de dónde rescataría el descaro y el par de huevos para salir del camarote cuando el suelo está minado.

Si lo hago, es porque se lo merece. Nada más.

—Sí que te tengo —murmuro contra su cuello—. Y menos mal.

Capítulo 3

Marchando una de indirectas

Thiago

Espero que se hayan currado poco el tema de la fiesta porque se trata de la primera. Como todos los eventos nocturnos tengan este nivel, tendremos que exigir un reembolso.

La Noche de la Bandera de Canarias consiste en vestirse de amarillo, blanco o azul y repartirse por la zona de recreo —piscina, barra libre, billares y futbolín— para escuchar ritmos latinos. Si te apetece comer, ahí tienes las papas *arrugás* más arrugadas, más saladas y más asquerosas en las que puedas pensar, un intento de croquetas de almogrote —¿cómo se pueden hacer mal unas croquetas de almogrote? Pues se puede, te digo yo que se puede— y mojo picón verde y rojo, a cada cual peor.

Eso es la fiesta. Sin más.

Celia atiende con mucho interés lo que le cuento sobre las influencias cubana, venezolana y saharaui en las islas debido a la inmigración. Tiene el detalle de no preguntarme por qué sé todas esas cosas. Si puedo invocar a los Oramas con la mente, como ya se ha demostrado que puedo, no me quiero ni imaginar lo que conseguiría pronunciando sus nombres en voz alta.

A lo mejor se materializan sobre mi regazo para estrangularme.

Pero aunque no los llame, aparecen igualmente. Tengo un radar para localizarlos porque me he pasado desde los dieciocho años buscándolos, desesperado, por conciertos, en la playa, en el centro

comercial; en todas las zonas públicas en las que se olvidaban de que iban en grupo y se perdían de buenas a primeras, sin avisar. Más de una vez he tenido que acudir al cajero de turno en el supermercado para que preguntaran por megafonía por Airam Oramas, que, para colmo de males, olvidaba que tenía algo llamado *smartphone* y no miraba mis mensajes pidiendo su ubicación. Pero eso de desaparecer no lo hacía solo porque fuera natural en él, que también, sino porque sabía que me daba por culo y le gustaba avergonzarme delante del cajero, que me miraba pensando claramente: «¿Qué edad tienes, imbécil? Que ya te luce el bigote como para andar buscando a mamá».

Localizo a Airam enseguida porque lleva el polo de los bármanes. A tres pasos de mí, hace equilibrismos con la mano para servir a un grupo de jubiladas. Que le silben y le digan que está para comérselo no le ayuda a mantener el eje. Airam se crece con los cumplidos de las abuelas —no he conocido persona que se conmueva más con la tercera edad— y les sigue el juego. Pero el juego en cuestión le va a costar caro como no se estabilice. En un acto reflejo, me acerco y le agarro la bandeja antes de que los cócteles se desparramen por el suelo. Airam se gira hacia mí con una sonrisa de agradecimiento, pero como cabía esperar, la boca se le tuerce al reconocerme y me retira la bandeja como si le hubiera dado un calambre.

—Puedo solo, flaco. —Me espeta con voz queda.

Debería alejarme antes de que use la bandeja para dejarme un recuerdo doloroso, pero no puedo. Mis pies han echado raíces en el suelo.

¿Cómo ha podido pasar un año, si lleva el mismo corte de pelo, los mismos pantalones demasiado grandes para sus caderas, las Converse remendadas que le he tirado a la basura del piso una y otra vez para que captara la indirecta: «Es hora de jubilarlas y comprarte otras nuevas»? «Chacho, no, qué dices, cómo las voy a tirar, si con estas bambas he pisado lugares sagrados». ¿Los lugares sagrados en cuestión? Sala Aguere en un concierto de Choclock y el dormitorio de Olivia Valero, la chica que le gustó en primero de carrera.

A él y a todo cristo.

Está igual. Ni una cicatriz nueva que me haga consciente del

paso del tiempo. Ni siquiera un cambio de actitud que indique que este año ha servido para sanar heridas.

Una vez ha terminado de servir y complacer a las ancianas, que se han deleitado a gusto tocándole el bíceps invisible, le pregunto en un impulso autodestructivo:

—¿Cómo estás?

Se gira hacia mí, abrazado a la bandeja, y me mira con ironía.

—Trabajando, ¿no me ves?

—Esto te queda un poco lejos del hospital.

—El hospital me queda a un año de carrera de distancia, sí. Lo sabrías si algún día de tu vida te hubieras sacado la cabeza del culo para ver lo que pasaba a tu alrededor.

Levanto las cejas, sorprendido por el ataque gratuito.

—Eso ha sobrado bastante. Sé perfectamente en qué curso estás, y en qué facultad, por cierto; en una que no es la Complutense porque, por lo visto, no tienes huevos para afrontar las rupturas. Es mejor pirarse cuando nadie se da cuenta y no dejar ni rastro, ¿eh?

No sé quién flipa más con mi contraataque, si Airam o yo. No tenía pensado soplarle una fresca tan pronto, pero qué guardada me la tenía. Siento que he adelgazado diez kilos reprochándole que vaciara un día su cuarto, aprovechando que yo no estaba, y se fuera sin darme la oportunidad de pedirle perdón.

Otra vez.

Como si me arrepintiera de haber querido a su hermana.

Quizá ese fuera el problema, que no me creyó porque nunca lo dije en serio.

—Mira, me alegra que te hayas acercado a hablarme. Me has evitado la indignidad de tener que dar yo el primer paso, porque la verdad es que tenía que decirte una cosita. —Avanza hacia mí con aire inocentón, como si fuera a retirarme una pestaña de la mejilla, pero me atraviesa con una mirada hostil desde su altura de jugador de la NBA—. Espero no tener ni que advertirte esto, pero bueno, ya se sabe que a ti las cosas se te avisan y aun así no escuchas. Ni-se-te-ocurra-acercarte-a-mi-hermana. —Silabea despacito—. ¿Lo has captado?

Prefiero no pararme a meditar por qué esa advertencia ha hecho que me suba la rabia por el cuerpo. Quizá porque los dos sabemos que es ella la que se va a acercar para darme el beso de Judas… y

porque la situación es como para enrabietarse.

Si guardaba la menor esperanza de que el año hubiera templado sus ánimos de guerra, está claro que estaba pecando de ingenuo.

—¿No te has dado cuenta de que he venido con Celia?

Airam suelta una carcajada que se asemeja bastante a un bufido.

—Como si Celia te hubiera detenido alguna vez, ¿eh, golfo? —Me da una palmadita en el hombro que por fuera podría interpretarse como amistosa, pero en realidad es pura condescendencia.

Se da la vuelta para regresar al bar, desde donde le están haciendo señas para que se encargue de llevarles las copas a los alemanes del billar.

Sin embargo, yo no puedo dejarlo así.

—¿En serio, tío? —Alzo la voz—. ¿Un año y todavía no has dejado de pensar en ello?

Airam gira sobre sus talones para mirarme de frente. Me apunta con el dedo, de pronto tan furioso que hipnotiza. La última vez que lo vi estaba así de enfadado, sí, pero se ve que preferí olvidar los detalles de la discusión, porque me choca como si su rabia fuera nueva, insólita.

—Lo que me sorprende es que *tú* hayas dejado de pensar en ello. No solo era mi familia lo que rompiste. Tú también formabas parte de ella, pero parece que te importaba poco.

Me tengo que morder la lengua para no decir algo de lo que pueda arrepentirme.

—Pues para ser parte de tu familia, no me diste ni media oportunidad para intentar arreglarlo.

—¿Y piensas que te la voy a dar ahora? —se mofa, colocándose la bandeja entre el brazo y el costado—. La manera en que mi hermana ha reaccionado esta mañana al verte me ha servido para confirmar que hice bien en mandarte *pa'l* carajo. Aunque no es como si hubiera tenido dudas. Ya sospechaba que hice lo correcto cuando pasaban los meses y no recibía ni un mensaje tuyo.

Tendría que alegrarme que se haya tomado la molestia de enfrentarme, de hablar conmigo, pero sus palabras me hacen polvo.

—¿Qué mensaje te iba a mandar? —digo, y al extender los brazos, le doy sin querer a un camarero que pasaba por mi lado.

Le pido disculpas rápido para no perder el turno de palabra,

pero cuando vuelvo a abrir la boca para defenderme, Airam ya se ha dado la vuelta.

Parece que Celia ha entendido su nombre en el movimiento de nuestros labios. O eso, o ha considerado que el reloj marca La Hora De Defender A Thiago, porque se acerca para saludarlo afectuosamente. A Airam no le queda otro remedio que frenar.

No me preocupa que lo hagan, que coincidan. Airam es muchas cosas, como rencoroso, testarudo, miope e intolerante a la lactosa —y no le importa ninguna de las cuatro—, pero no es desleal ni maleducado. No le haría un desplante a Celia ni me dejaría con el culo al aire.

Doy el primer paso adelante para enterarme de qué están hablando, pero me sale retroceder tres cuando reconozco a la nueva incorporación de la fiesta: la sensación del momento, y no lo digo yo, sino el puñado de veinteañeros apostados en torno a una de las mesas que le lanzan un silbido apreciativo. A Dácil, que es Dácil en estado puro en todos los contextos, le da igual llevar la identificación de trabajadora del crucero colgando del cuello —lo que en teoría debería obligarla a mostrarse solícita y educada— y les hace igualmente un corte de mangas. «Animación», pone en el plástico, pero habría que ser imbécil para fijarse en ese detalle cuando aparece con un vestido de tirantes amarillo, tan corto que yo creo que hasta a su hermano se le ponen los huevos por corbata.

A mí sí que se me ponen los huevos por corbata cuando la veo acercarse a su hermano, que sigue de charla con Celia. No puedo fijarme en nada que no sea la cara de Dácil, y no tan aterrado como muerto de curiosidad por su reacción.

Al principio no deja vislumbrar ningún pensamiento, pero al mirar a Celia, gana la confusión. Sabe que la conoce de alguna parte. De mi Instagram, a lo mejor. No me sorprendería que me hubiera *stalkeado* pese a haberme dejado de seguir en su día. Incluso me bloqueó, condenándome a perderme sus historias sobre el horóscopo y sus selfis haciendo el chorra o bailando delante de la cámara.

Se lo veo en la cara aun a dos metros de distancia: el momento en que Celia se acerca a ella para darle dos besos blandiendo el nombre y el título: «Soy Celia, la novia de Thiago».

Me alegro de no estar ni remotamente próximo a ella cuando su

cerebro hace clic. Dácil se echa hacia atrás, como si se hubiera presentado como el mismísimo diablo y fuera a hacerla picadillo. Airam la mira de hito en hito, tratando de prevenir el desastre, pero o bien a Dácil no le importa —*¿por qué iba a importarle, Thiago? ¿Acaso crees que eres eso para ella, algo importante*?—, o bien es una excelente actriz, porque pese a haberle afectado, se comporta con exquisita educación.

Solo entonces cometo el grave error de unirme al grupo.

Es complicado dar un paso adelante cuando sabes que eres el elemento discordante, que eres capaz de amargarles la noche a dos personas de la fiesta sin abrir la boca siquiera. Dos personas parecen pocas, pero es un número abrumador cuando todavía las quieres tanto.

—¡Thiago! —exclama Dácil, extendiendo los brazos. Siento la tentación de mirar por encima del hombro, por si se está refiriendo a un tocayo que sí le cae bien—. ¡Cuánto tiempo!

Dácil viene a mi encuentro. Es todo sonrisas, y he de confesar que elijo, voluntariamente y por placer, dejarme desconcertar. Está contenta, guapa a rabiar, y casi parece que el pasado no existe. Me envuelve en sus brazos con toda la naturalidad del mundo y hasta me hace cosquillas en la nuca rapada con sus uñas afiladas, unas cosquillas que me traen recuerdos demasiado íntimos para pensarlos ahora. Pero los pienso, porque me envuelve su olor, el calor que su piel ha absorbido, y yo no soy de piedra.

Luego se separa, todavía sonriendo, y solo entonces —demasiado tarde— capto el brillo maligno en sus ojos.

Ah, joder, los ojos negro-verdes.

—¿Te has dado cuenta de que Celia, tú y yo juntos formamos la bandera de Canarias? —comenta con una sonrisita a todas luces encantadora—. Yo soy el amarillo, tú eres el blanco y Celia es el azul.

—Sí… —Carraspeo, obligándome a recomponerme antes de que llegue el golpe—. Qué casualidad.

—¿Verdad? Aunque yo creo que es un problema que el azul vaya en medio de la bandera. ¿No debería ser el blanco el que estuviera en el centro? —Ladea la cabeza como si esperara de verdad mi opinión—. Lo digo porque así el paralelismo tendría más sentido. Celia, tú y luego yo. O, mejor dicho, yo, tú y luego Celia,

que tiene pinta de que va a ser la última en enterarse de qué significa Canarias para ti.

Estoy preparado para pedirle, antes de que me perdone, que cierre el pico. Pero Celia se adelanta con toda su buena intención y me sonríe junto a Dácil, contentísima de haber reunido a los Oramas en mi espacio de seguridad.

Va a ser peor el remedio que la enfermedad, Celia.

Airam se ha quedado atrás porque el deber le llama, pero todavía tiene un segundo para, de lejos, sacudir la cabeza y compadecerse de mí. Estará orgulloso de que su hermanita vaya a encargarse del asunto —yo—, pero si uno se tiene por una buena persona, también se hará cruces y rezará por la víctima.

—Voy a pedirle una canción al chico que pone la música mientras os ponéis al día —anuncia Celia.

—No. —La agarro de la muñeca en un acto involuntario. «No me dejes solo», estoy a punto de rogar, pero me repongo a tiempo—. Seguro que vas a pedirles alguna balada lacrimógena, y está claro que ese no es el tema de la noche.

—Es verdad, Celia —dice Dácil, mirándola con simpatía. ¿Será falsa? No lo parece—. Antes he ido a pedir yo una canción y me han dicho que no porque el tema de esta noche es la infidelidad.

Celia pestañea una vez.

—¿Qué? ¿Y eso?

—El reguetón es muy típico de las islas —me adelanto yo, con el pulso acelerado—, y ya sabes que es un estilo que solo tiene tres temáticas a la hora de componer música: o hablan de una infidelidad, de la droga o del cuerpo de las mujeres.

—También hablan del poliamor. —Agrega Dácil en tono pedagógico, sin prestarme atención. Solo tiene ojos para Celia—. *Felices los cuatro*, por ejemplo. Aunque a veces no son cuatro, sino tres. Y a veces hay alguien que no sabe de la existencia del tercero. —Y se gira hacia mí para sonreírme—. ¿A que sí? ¿No os encanta el *ménage à trois* a los godos?

—No a todos, por eso nos hacemos monógamos —contesto con sequedad.

«No vayas por ahí», le advierto con la mirada.

Ella ni se inmuta.

«¿Que no vaya por dónde? Yo no tengo límites, *coração*», me

está diciendo.

—Oh, bueno… Menos mal que tengo buena mano con los DJ. Dime qué canción quieres tú, y, cuando vaya, le pido la tuya y la mía —le propone Celia a Dácil, animada.

—Ay, pues ahora que lo dices, me apetece mucho escuchar una. ¿Cómo se llamaba esa que decía…? —Mira al cielo estrellado en busca de inspiración—. ¡Ah, sí! «Todas las noches me llama diciéndome que su hombre la engaña, y me dice ¡sálvame!».

Celia chasquea los dedos.

—¡*La venganza*, de J Balvin! «Y si te quieres vengar, cuenta conmigo, que te puedo ayudar» —sigue cantando, ajena a la intención de los comentarios de Dácil, *y menos mal*—, «tengo en mi mente el castigo ideal…».

—¡Esa, esa! —Dácil aplaude, animándola a dar una vueltecita sobre sí misma.

Hay algo tan turbio en el hecho de verlas bailando juntas un tema que habla de infidelidades que me veo en la obligación de intervenir:

—No me gusta J Balvin. —Interrumpo el bailoteo y le sonrío a Dácil—. ¿Por qué no mejor un clásico, como *Lo que pasó, pasó, entre tú y yo*?

Dácil da un saltito, entusiasmada.

—¡Exacto! ¡Es perfecta! «Esa noche contigo la pasé bien, pero yo me enteré que te debes a alguien y tú fallaste». —Canturrea sin apartar la mirada de mí.

Si es que no sé qué demonios pretendía al meterme en el jueguecito de las indirectas musicales. He ido a retar al Real Diccionario del Perreo.

—Bueno, tú ve antes de que se te adelanten las chicas del viaje de estudios —animo a Celia—. Con lo guapa que vas, dudo que el DJ te rechace una petición.

Celia me agradece el cumplido con un beso en la mejilla y me rodea para ir en busca del encargado de la mesa de mezclas. Debe de tratarse de un novato o de un enchufado de la organización, porque lleva poniendo la misma canción veinte minutos. Ni siquiera sé cuál es, pero me estoy hartando de escuchar a los Locoplaya hablando sobre el culo brasileño de una chica canaria [4].

—¿Qué pasa, que yo no voy guapa? —ironiza Dácil en cuanto

nos quedamos solos, poniéndose una mano en la cintura—. ¿Por eso me han rechazado la petición?

Me adelanto un paso para que nadie se entere de nuestra conversación. No creo que eso vaya a ser posible cuando está decidida a armar un espectáculo, pero bueno es intentarlo.

—No sé a qué estás jugando, Dácil, y tampoco quiero descubrirlo. Solo déjame en paz, ¿de acuerdo? Prometo no cruzarme en tu camino.

—Estás quebrando tu promesa ahora mismo, pero tampoco me voy a hacer la sorprendida. Estoy acostumbrada a tu falta de lealtad.

—¿Por qué no lo dejas estar, sin más? Supera lo que pasó. Yo lo he hecho.

Me arrepiento del comentario en cuanto sale de mis labios, y no porque sea especialmente cruel, sino porque parece que he llegado a su límite. Me quedo sorprendido al ver la sombra de dolor que apaga sus ojos de pronto. Solía aguantar mucho más. Podía pasar tantas horas discutiendo sin inmutarse que a veces la admiraba por tolerar, estoica, cualquier insulto que le dirigieran.

—A ver, ¿qué has tenido que superar tú exactamente, si tienes una novia preciosa, has viajado con amigos y puedes permitirte la estancia en un crucero de ocho días? —me espeta entre dientes—. Te haces la víctima incluso cuando representas al hombre que lo tiene todo. Eres patético.

Celia regresa con nosotros en ese momento. Se ha perdido su vehemente apreciación, y se pierde también nuestras caras coloradas por el cabreo, porque ambos nos obligamos a reponernos antes de que se una con una sonrisa.

—¡Ya está! Dice que ahora pone la canción.

—¡Estupendo! Mientras tanto podemos tomarnos una copa juntas y me cuentas cómo llegó el niño Thiago a tu vida.

Ante mi mirada horrorizada, Dácil coge del brazo a Celia y la guía hacia la barra. Toman asiento en los taburetes que una pareja de hombres adultos les ceden cortésmente.

Me odio por fijarme en el modo en que Dácil cruza las piernas para que la raja de la falda no escandalice a todo el recinto, y me doy asco por seguirlas a las dos con el rabo entre las piernas.

—¿Cuándo empezasteis a salir? —la oigo preguntar.

—Pues empezamos la relación seria el año pasado, más o menos por estas fechas. ¿No, Thiago?

—No me digas. —Dácil no se gira para mirarme. Acaba de decidir que «esto», sea lo que sea, es entre Celia y ella. Celia, ella y el cóctel que le pone por delante el compañero de Airam. Sus peligrosas uñas de gel acarician el cristal en una especie de amenaza indirecta—. La última vez que lo miré, Thiago le tenía miedo al compromiso. Parece que se le ha pasado el susto. Será que eres la indicada.

Celia ni se plantea que pueda estar siendo sarcástica, y yo tampoco. Le da una entonación melodiosa a su voz que a mí me mantiene alerta, preocupado por si de pronto le espeta en la cara que es broma. Pero ella no haría eso. Dácil no quiere hacerle daño a Celia. Solo quiere hacerme daño a mí.

Nada nuevo bajo el sol.

—No creo que sea eso. Supongo que solo me senté a esperar el tiempo suficiente. —Celia se encoge de hombros y se gira hacia mí para guiñarme un ojo—. También ha ayudado que esté viendo a una chica, una profesional. Si conoces a Thiago, sabrás que necesitaba a alguien para explorar y resolver sus… problemillas. Todos tenemos nuestras cosas, al fin y al cabo.

Dácil enarca las cejas, en absoluto sorprendida.

Estoy seguro de que no está escuchando nada de lo que se le está diciendo. Le entra por un oído, le sale por el otro, y dedica todo el tiempo entre medias a pensar con qué ponzoñosa respuesta va a ponerme el vello de punta.

—No sabía que eso que él sufre tuviera cura. —Y espera mi confirmación, pero no pienso darle el gusto de decir: «Sí, Dácil, los psicólogos rehabilitan a los infieles»—. En verano también estuvo viendo a una chica. —Se me para el corazón de golpe en ese segundo que deja el misterio en el aire—. La novia de mi tío era psicóloga y de vez en cuando los pillaba cuchicheando.

—¿Te refieres a Núria? ¡Es ella con la que se ve! —Se emociona cada vez que encuentra un puente común con un desconocido—. Hacían Skype cada semana. Ahora, cada quince días.

—¿Por qué? ¿Una dosis de Thiago cada siete días se le hacía demasiado pesada a la pobre Núria? Me consta que este pibe da tanto trabajo que hay que repartírselo entre varias mujeres, y aun

así no se siente suficientemente escuchado. Dime, Thiago, ¿tienes dos psicólogas, o con los terapeutas sí te sientes satisfecho con una sola? —Ante el desconcierto de Celia, aclara—: El verano pasado estaba tan perdido que buscaba consuelo en todos lados.

—No me extraña. —Celia me acaricia el pelo con gesto compasivo—. Estaba trastocado.

Ojalá sigamos hablando de mi salud mental el resto de la noche. Estoy dispuesto a desvelar el contenido de mis sesiones privadas y a ponerme a llorar aquí en medio si así evito que Dácil siga lanzando indirectas.

—Pero oye, me sorprende que vea a Núria. —Da un sorbito a su cóctel—. Yo pensaba que, cuando se largó de Tenerife, fue con la intención de alejarse de toda la familia. Esperaste a que lo dejara con Jaime para acercarte, supongo.

—No —respondo con sinceridad, aguantándole la mirada—. La primera vez que hablé con ella fue en tu casa y me la quedé como psicóloga porque me transmitió confianza.

—¿En mi casa? ¿Y pusiste en práctica sus consejos inmediatamente después de recibirlos? Porque, si es así, te recomendaría que cambiaras de especialista. El recuerdo que se nos quedó de ti no es el de sabio. Ni el de responsable. Ni el de buena persona. —Y me sonríe como si fuera mi amiga. Se me revuelve el estómago al ver aún la traición en sus ojos.

Celia se muerde el labio, incómoda con el contenido del mensaje —el tono es inmejorable; ha aprendido a medirse en ese aspecto—, y carraspea.

—Ha mejorado muchísimo. Cambiarás de opinión sobre él si le das otra oportunidad.

—Seguro que sí ha mejorado. Dicen que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Ahora hay una. Bueno, en realidad siempre ha habido dos —añade con una sonrisita maligna, y lo deja en el aire antes de apostillar—: Sin Núria y sin ti, seguro que no sería quien es ahora.

—Eso, desde luego —corroboro con sequedad.

—En fin, Celia —prosigue, alzando la voz—. ¿Tú también te fuiste de vacaciones el verano pasado, o te quedaste en Madrid?

—No, en Madrid no. ¿Te imaginas, con el calor que hace? —Bufa, poniéndose una mano en la cintura—. Me fui a mi pueblo

de Castellón. Aproveché que se celebró el FIB, el festival de conciertos que suele abrir The 1975, y me quedé unas semanitas.

—¡No me digas! —Dácil también ha mejorado sus habilidades actorales. Finge sorpresa con gran credibilidad—. Thiago y yo también fuimos a un concierto el verano pasado. ¿Te ha contado lo mucho que disfrutó? Hasta hizo una amiga. Se llamaba Malaika.

Celia pone cara de no estar enterándose de mucho. Para aquel que no sabe lo que se propone Dácil, su voz debe de sonarle como un teléfono escacharrado. Ni una frase tiene sentido.

—Qué nombre tan exótico. Es porque en Canarias hay muchísima gente de Marruecos, el Sáhara y demás, ¿no? O algo así me ha dicho Thiago. ¿Tú de dónde eres? ¿Tus padres son de algún lado?

—¿Lo dices porque soy mulata? —Diría que es imposible sentirse incómodo cuando Dácil habla con tanta naturalidad sobre sus orígenes, pero Celia se pone nerviosa; quizá le preocupa que ella lo haya malinterpretado—. Mi abuelo materno era saharaui. Se fue para Venezuela, conoció a mi abuela y se quedaron allí toda la vida. Mi madre, con todo el tema de la crisis y como muchos venezolanos, emigró a Canarias. Pero hay que ver con Thiago… —Me mira de reojo, sonriendo ladina—. Solo te cuenta los detalles aburridos de sus viajes y de la gente a la que conoce. ¿Es que no le hablaste de Malaika? Una chica diez, la verdad. También era saharaui, por cierto.

Dácil se está viniendo arriba. Lo mejor será que coja a Celia de la mano, del brazo o me la eche al hombro y la saque antes de que el volcán entre en erupción.

—¿Por qué no vamos a bailar? —le propongo.

Está mal que yo lo diga, pero disimulo los nervios como un profesional.

Celia no se siente ni remotamente tentada. Ha debido de quedar deslumbrada por la niña de las bambas y las trenzas africanas, y ojalá pudiera culparla, pero es que la entiendo. Una parte de mí, la masoquista que echó raíces profundas el día que la conocí, quiere quedarse a ver cómo sigue torturándome.

Su ingenio y su habilidad para destruirme deberían ser considerados arte moderno, como la canción de IZAL: «Fantástico misterio, fenómeno antinatural».

La verdad, ahora que recuerdo la letra, la entiendo a la perfección. Al igual que Mikel, llevo dos horas contemplando el infierno[5].

—Ahora estoy hablando con Da, pero luego me puedo unir a ti.

Sí, hombre, me voy a ir yo a mover la carnaza para que estas dos me vigilen de lejos.

—Eso, ¡vete! —me anima Dácil. Apuesto a que esta vez no finge la actitud voluntariosa—. No tienes nada que temer. Esto es solo una conversación de chicas. Te aburrirías un montón.

—Ponme a prueba y veremos si me aburro, princesa.

Dácil saca la aceituna de su cóctel y se la mete en la boca. Mientras mastica, me ofrece una sonrisa triunfal. Está claro que esta noche solo está jugando conmigo, pero sabe que tiene la sartén por el mango. Tras hacer sus indagaciones, ha descubierto que Celia nada en la ignorancia, y la información, *su* información, es poder.

Sin embargo, lo que no sabe es que al revivir el pasado con tanto detalle se está poniendo en evidencia, y se lo recuerdo apoyando los codos sobre la barra, entre las dos.

Ladeo la cabeza hacia ella y arrastro su cóctel hacia mí para dar un sorbo inocente.

—Parece que te acuerdas muy bien de lo que hicimos el verano pasado. Fue especial para ti, ¿no? Porque no es que tengas una memoria privilegiada para las cosas que te dan igual.

—No quieres seguir por ahí. —Me asegura en voz baja en falso tono risueño, de manera que lo escucho solo yo—, créeme, golfo.

—¿Golfo? —repite Celia, estirando el cuello—. ¿Lo llamas así?

—Es un mote canario que suele usarse de forma indiscriminada, pero cuando yo lo pronuncio, es con razón —contesta Dácil, acariciando la barra con aire distraído. Y esa es la respuesta más atrevida que ha dado, señal de que no, no quiero seguir por ahí, o ella subirá el nivel de las indirectas—. Tu novio tenía todo un historial, Celia.

Ella suspira.

—Créeme, lo sé. No me extraña un pelo que lo llames así.

—¿Ahora estáis las dos contra mí? —me quejo, dirigiéndome solo a Celia, que encoge un hombro, coqueta.

Es Dácil la que no se lo toma a broma y me taladra con la mirada.

—Pues como debería ser. Las chicas tienen que estar unidas, sobre todo cuando el enemigo es común. —Da una palmadita sobre la barra y se levanta del taburete. No creo que sea porque se haya cansado de dar guerra—. Voy a ayudar a mi hermano. Le cuesta un poco todo eso de mantener el equilibrio.

Sigo la trayectoria de su mirada.

No, no se va porque se haya cansado de dar guerra. Se va para salvar a Airam de la rubia que le está pidiendo copas para sus amigos. El resto de mis colegas, Roberto y Fede, han bajado ya de sus habitaciones para unirse a la fiesta, Leire entre ellos. El cruce de Airam con su ex era inminente, y ya de lejos se nota que le ha pillado con la guardia baja.

Esa es Dácil. A quien odia, lo jode bien, y a quien quiere, le corresponde liderando misiones de rescate.

—Tú tampoco eres muy habilidosa —aprovecho para pincharla antes de que se vaya—. Me sorprende que os hayan contratado como camareros.

—Yo no soy camarera… —deja en el aire a lo que se dedica; me da una palmadita en la espalda—, así que no te preocupes. El trabajo no será un problema para que me relacione con los pasajeros. Coincidiremos tanto en este viaje que será como en los viejos tiempos.

—¡Encantada de conocerte! —exclama Celia, ajena al *show* que Dácil ha montado en dos segundos.

—Lo mismo digo, mi niña. —Le lanza un beso con toda la normalidad del mundo—. Espero verte pronto. Solo con la cantidad de cosas que tenemos en común, me da la sensación de que nos llevaremos genial.

Se marcha en dirección a la otra caseta de estilo hawaiano para colaborar con Airam.

Sé que debería estremecerme ante una amenaza tan clara, y reconozco que estoy lo bastante cabreado con ella y sus jueguecitos para ir hasta allí y devolvérsela. Pero ese «será como en los viejos tiempos», lejos de preocuparme, me inunda de alivio.

El pasado no debería haber venido a buscarme, pero ya que está aquí, ¿tan malo sería darle una calurosa bienvenida?

Capítulo 4

Prenderé fuego a París… pero contigo dentro

Dácil

—Novia. N-o-v-i-a. ¡Tiene NOVIA! ¿Tú te lo puedes creer, eh? ¿A ti te entra en la cabeza?

Espero a que Maday suelte uno de sus comentarios apaciguadores o de los que le restan toda la importancia a mis neuras, como, por ejemplo, «los guaperas suelen estar pillados, mucho estaba tardando». Pero Maday no se mueve del borde de la cama que va a ocupar por orden mía —la litera de abajo; yo siempre voy en la de arriba—, no tan anonadada como preocupada por mí.

Ha terminado el turno de cocina hace unos veinte minutos. Yo, en cuanto he recibido su mensaje proclamando que ya era libre durante el resto de la noche, he dejado todo lo que estaba haciendo —intentar que mi hermano confesase que está traumatizado por el choque con Leire y así poder hablar como dos adultos— para ir a su encuentro. Necesitaba encerrarme en nuestro camarote y desahogarme a gusto, aunque este zulo es tan minúsculo que siento que no va a caber una descripción detallada de cuánto lo desprecio.

Nunca nos habría correspondido una habitación juntas si no hubiéramos movido ciertos hilos. Doy gracias por nuestra astucia. Yo y también la persona que habría dormido conmigo si no hubiésemos aprovechado nuestro enchufe. Aunque la chica que me asignaron en un principio no lo sepa, se ha librado de una compañera de camarote totalmente ida de la olla.

—Y no cualquier novia, ojo. —Freno mi recorrido por la habitación con la mano en alto. Mantengo el suspense unos segundos antes de extender los brazos como si desplegara un eslogan—. Es ELLA. La novia. Celia Lorente Tavera.

—Me preocupa que te sepas sus dos apellidos. Dime que los tiene en Instagram, por favor.

—No, en Instagram no. En LinkedIn. Y, por cierto, sabe hablar francés. —Maday se lleva las manos a la cabeza, como queriendo decir, no sin cierta ironía: «¡No me lo puedo creer! ¡Francés! ¡Todo lo que un hombre desearía!»—. Es más guapa en vivo y en directo que en fotos, ¿sabes? ¡Te juro que parece sacada de una agencia de modelos, joder! ¡O de uno de esos anuncios de gafas de Afflelou!

—¿Por qué? ¿Tiene miopía?

—Pues espero que sí. Por lo menos tendría un defecto. ¿No has visto los anuncios de Afflelou? Si, aparte de gafas, parece que anuncian fundas dentales, champús Pantene y hasta antidepresivos, porque todo el mundo sonríe como si estuviera puesto de Prozac. ¡Como si estar ciego fuese la hostia! ¿Qué le pasa a la gente que hace la publicidad de gafas? ¿Es que nunca se les han empañado en invierno? ¿No se les han resbalado por el puente de la nariz al agacharse?

Yo no llevo gafas, pero a Thiago sí le he visto sufrir estos percances.

—Da… —empieza Maday, poniéndome su carita de pena de «no estés triste» que me da escalofríos—. Estás desvariando, y cuando desvarías es porque la cosa es para preocuparse.

La ignoro olímpicamente, como cada vez que saca de quicio mis quejas.

¿No puede una chica rezongar a gusto sin que la acusen de estar deprimida?

—La piba no se enteraba de nada, ¿sabes? Ahí estaba yo, erre que erre, insinuando e insinuando, y ella estaba tan ensimismada oyéndome que en realidad no me escuchaba del todo. Es simpatiquísima, no te lo puedes ni imaginar, y mira a Thiago como si… como si… —Apoyo las manos entrelazadas en el pecho, esperando que de ahí salga un símil de justicia. Acabo rindiéndome con un suspiro—. No se me dan bien las metáforas poéticas, lo siento. ¡Pero me da tanta rabia que no sepa nada! Si lo supiera, no

lo miraría como si fuera… yo qué sé, ¡como si fuese Arón Piper!

—Esto no tiene nada que ver, pero deberías empezar a aceptar que Arón Piper no es tan guapo. Y volviendo al tema: no es tu deber decírselo —me advierte Maday enseguida—. De hecho, como se lo digas, te va a odiar Celia y te va a odiar Thiago.

—¿Y a mí qué me importa que me odie Thiago? ¡Eso que me llevo!

—La cosa es que no te lo recomiendo. Me sé de una que se las vio en esa situación por querer ser sincera.

Y tanto que lo sabe.

—Es que… —Me interrumpo para gruñir y sacudir al Thiago invisible que tengo delante—. Ha habido un momento en el que he estado a punto de petar. O sea, ¿esa resignación al decir que «solo se sentó a esperar el tiempo suficiente» para que Thiago formalizara la relación? Estoy sorprendida por lo bien que controlé mi rabia. Me pilla en un mal día y me habría dedicado a presentarle a todos los maromos de la fiesta por si acaso encontrara a alguno más decente. Que no dudo que lo haría, porque hasta Stalin es más decente que ese tío.

—No entiendo qué quieres decir.

—¿Cómo que «sentarse a esperar»? ¿Estás DE COÑA? ¡Es Alexis Ren! ¡Gisele Bündchen! ¿Cómo va a esperar a nadie? ¡Si el autobús tendría que parar frente a su casa para recogerla a ella, a ella sola, a ella en concreto! ¡Y resulta que estaba llorando en Madrid por ese imbécil! ¡NO TIENE SENTIDO!

—Entonces ¿todo este ataque de rabia es porque te da pena que la chica esté con él, y no porque te cabree que *él* esté con alguien? *Chos*, eso es feminismo. —Ironiza, sacando el tabaco de liar.

Tengo que hacer a un lado mi brote psicótico para hacerle una advertencia:

—No se puede fumar aquí.

—Claro que se puede. Todos los años me pillo esta habitación porque mi antiguo compañero y yo le arrancamos el detector de humos.

—O sea, que si se le prende fuego al cuarto, moriremos achicharradas. Y todo porque tú quieres fumarte un cigarro tumbada en la cama.

—Básicamente. —Cabecea sin un ápice de vergüenza—.

Continúa. Estabas diciendo lo guapa que es Celia y lo mucho que la adoras.

—No me malinterpretes, Maday. La odio con todo mi ser. Pero soy consciente de que no se lo merece y lucho contra ello para hacerme entrar en razón. Intento redirigir mi odio a donde debe quedarse, que es sobre los hombros del golfo cabrón.

No sé qué es lo que he dicho que ha disparado su misericordia, porque de pronto me veo rodeada por los tiernos bracitos de Maday, y su barbilla reposando en mi hombro.

No nos abrazamos mucho porque no me gusta que parezca la hija que tuve con quince años. Y ahora lo parece más que nunca, porque ha perdido tanto peso por culpa de la ansiedad que tiene pinta de empollona una semana antes de los exámenes de selectividad.

—Siento que estés pasando por esto, Da.

—¿Qué? —Me separo para mirarla fingiendo no entender—. ¿Qué es «por lo que estoy pasando»? Yo estoy perfectamente, vamos. Es solo que me dan rabia las injusticias. Pero vaya, que me da igual. Que se arrayen un millo [6] .

Maday enarca una ceja.

—No te da igual, Dácil.

—Sí me da igual.

—Te has hecho sangre en las palmas de las manos de tanto apretar los puños.

—Tengo las uñas afiladas y muy mala leche, eso no es nuevo.

—¿Tampoco es nuevo que te pasaras todo el invierno pasado escuchando *Una bala con mi nombre* de Abhir Hathi toda maguada [7] ? —Me recuerda con una mezcla de compasión y sorna.

La miro con la barbilla alzada.

—Es una gran canción.

Maday me devuelve la mirada con gesto burlón.

—Es una gran canción que tiene frases como: «Aún me pregunto si guarda una bala con mi nombre, o si ya lo borró para escribir el de otro hombre».

—¿Se supone que tengo que identificarme con eso? Habla de «otro hombre», y no hay «otro hombre» en esta historia. Había otra piba, más bien.

—¿«Aprieta el gatillo y apúntame al pecho, el mismo en el que

te acostabas»? —insiste Maday, haciéndome una caída de ojos—. ¿«Pero aunque ya no puedas verme el dolor no se acaba»?

—¿Qué intentas demostrar, aparte de que estás obsesionada con el cantante?

—¿«No puedes borrar lo que fuimos, amigos, te amaba»? ¿«O desquerer lo querido, querías, me amabas»?

—Ya veo. La que la escuchaba en bucle eras tú porque te acordabas de Airam. Por cierto, no te vas a creer a quién se ha encontrado…

Maday no muerde el anzuelo, pero al menos consigo que no me interrumpa para tararear la parte del rap. Como se hubiera propuesto cantar la canción entera, nos habrían dado las uvas.

—Dácil, si me meto en tu Spotify, en los *daily mix* me va a salir ese tema —saca el dedo índice—, *No me olvides* de La Mafia del Amor —saca el corazón—, *Guaguancó* —me muestra el pulgar— y hasta algún dramón en portugués, como *Chega de saudade o Tudo o que você* podía ser. Y si no, dame el móvil y vemos quién tiene razón. Has estado deprimida y la musiquita que ponías en los miradores lo demuestra.

Involuntariamente, cubro el bolsillo donde descansa mi *smartphone* en actitud protectora.

—¿No puede una chica escuchar canciones tristes sin que la acusen de estar enamorada?

Maday suspira tan profundo que no sé cómo es que el barco no se desplaza más rápido en la dirección del aire que expulsa. Me acaba mirando como si me hubiera empecinado en que la Tierra es plana.

—Dácil, antes de romper con Thiago, tu canción favorita era *Al choque*, cuya frase más profunda es «está esperando que la rompa en pompa».

—Para empezar, Thiago y yo no rompimos nada. Por desgracia, no pude ni romperle los dientes. Y en cuanto a lo otro… ¿Acaso no se puede escuchar variedad musical? ¿Qué clase de amiga eres tú, insistiéndome para que admita que estoy destrozada por dentro?

—Soy una amiga que no quiere que te niegues lo que sientes. Créeme, eso no sale bien. —Exagera una mueca de dolor y me aparta la mirada para dar una calada al cigarrillo.

Inspiro hondo y sonrío. Quizá como el Joker, porque Maday

tuerce el gesto.

—Te aseguro que estoy bien. Estoy tan bien que ahora mismo me largo a hacer deporte en lugar de tumbarme en esa cama y poner las *playlists* que tanto te ensanguinan [8] .

—Qué más da, si te las vas a poner en los auriculares y, para colmo, mientras golpeas sacos de boxeo como si fueran Thiago. —Dice todo esto sin despeinarse, sin alterarse ni un poquito, como quien pronuncia una verdad absoluta.

A veces me da asco que me conozca tan bien.

Para no acabar arremetiendo contra ella también, que no se lo merece, me echo al hombro la toalla para secarme el sudor, cojo la cantimplora y me pongo los cascos. Le hago un saludo militar, como si de pronto estuviera de buen humor, y salgo del camarote a toda prisa.

Ojalá pudiera dejar atrás mis resquemores con esa facilidad, tan solo cerrando una puerta y cruzando un pasillo hasta el otro extremo del mundo.

Las instalaciones del barco son una pasada. Como cantaba El Canto del Loco en *Zapatillas*, «tenemos zonas *super-mega-guais* y nunca las verás»: los trabajadores a cargo del director de crucero no tienen pases para el gimnasio, la piscina climatizada, el *spa* y todos esos espacios de recreo que me ayudarían a despejar la mente. Pero mi tío Jaime me dio una serie de truquitos para hacer accesibles todos los sitios que me apeteciera frecuentar, y no tengo que pelearme ni con la puerta ni con el tipo de seguridad para que me deje acceder a la sala de cardio y pesas.

En el barco viajan en su mayoría ancianos y adolescentes, grupos sociales que no tienen por costumbre hacer ejercicio si no es en espacio abierto; por eso el gimnasio es más bien modesto y está vacío salvo por un par de tíos de mi edad. Espero no tener que aguantar gemidos de supuesto sufrimiento o que vengan a decirme cómo debo hacer el ejercicio para perder peso y no desarrollar músculo.

Estoy harta de tener que explicarle a desconocidos que *quiero* el músculo.

Al principio los ignoro, atenta a la canción de Dellafuente que inunda mis oídos. Pero en cuanto me subo a la cinta para calentar y clavo la vista al frente, me topo directamente con la cara del tío que

se ha sentado para hacer *press banca*.

Pues claro que tenía que encontrármelo otra vez antes de acostarme.

Dácil y el destino nunca se han llevado bien. Y Dácil y Thiago, menos todavía.

Se ha quitado la camisa blanca reservada para la Noche de la Bandera de Canarias, esa camisa que le servía para disimular que en realidad es un *hippy* de corazón, y ahora enseña los tatuajes con su clásica camisetita rajada por los costados. Esa camisetita en concreto me la conozco porque se la quité más veces de las que puedo recordar: tan desteñida que apenas queda una huella del estampado que ponía *I Love Tenerife*.

Tengo ante mí la confirmación de que los exnovios o *exloquesea* se vuelven un sueño hecho realidad en cuanto te abandonan como a un perro muerto. No sé qué es lo que tengo, si es que les chupo la sangre y la energía vital, porque, apenas me dejan, se apuntan al gimnasio y se ponen más tochos que una nave acorazada. Ancor está más cuadrado que un sugus, hasta el punto de haberse presentado a competiciones de halterofilia y haber ganado varios combates de lucha canaria, y Thiago ha debido de sustituir la natación por el ejercicio más extremo, porque ya de lejos le veo los muslos firmes y los brazos voluminosos.

También se ha rapado como un Peaky Blinder. Adiós al corte de coletilla de los perroflautas setenteros.

Hola, Thomas Shelby, encantada de conocerte.

Desde luego, mi yo superficial y obsesionado con la belleza masculina estaría encantado de desconocerlo y presentarse ante él sin saber qué clase de persona es. Confieso que es algo con lo que he fantaseado a menudo: tropezar con Thiago en otras circunstancias, en otros momentos de nuestras vidas, cuando hubiéramos sido lo suficientemente maduros para no solo hacernos cargo de nuestros actos, sino para no haber actuado como machangos [9], en primer lugar.

Pongo la cinta a velocidad de trote y empiezo a correr a un ritmo sostenible durante quince, veinte minutos. Sé que me está mirando mientras se seca el sudor de la frente. Debe de estar preguntándose si acercarse o dejarlo estar. A fin de cuentas, si ha venido a las tantas de la madrugada a hacer ejercicio es porque no

puede dormir y necesita desahogar toda la energía negativa del reencuentro. ¿Qué mejor que venir a incordiarme para liberar la frustración? Sobre todo cuando es muy probable que haya sido yo quien le ha generado la necesidad de golpear sacos.

Al final cede y se acerca, y no me cabe la menor duda de que me va a echar la bronca.

Apoya los codos sobre la máquina —cuentakilómetros, velocidad y calorías quemadas—, justo enfrente de mí, y me mira a través de las pestañas. No puede limitarse a sonreír porque el ejercicio le ha agitado la respiración, pero estira la comisura de los labios hacia un lado para hacerme una mueca socarrona.

Lo escucho porque no tengo el volumen muy alto.

—*Me pelea* de Dellafuente. Musiquita inspiradora para tramar perversidades, ¿eh? —Tiene que haberla escuchado, porque añade—: Sí que me das más trabajo que una caja de taracea [10].

—No te escucho. —Señalo mis orejas con inocencia—. Llevo auriculares.

Él me ignora.

—¿Entrenando para la guerra?

Lo miro de soslayo. Achaco mi pulso acelerado al ejercicio, pero el corazón solo se me exprime así, en agonía, cuando él anda cerca.

Maldito sea por eso.

—¿Qué guerra?

—La que has empezado junto a la piscina.

—Ah, eso… Eso no es una guerra. —Hago una pausa para recuperar la respiración. No pienso detener la cinta para hablar con él como si me interesara lo que tiene que decir. No voy a permitir que altere mis rutinas, por insignificantes que sean—. Era un ataque. Y espero, por tu bien, que no respondas.

—No tengo por costumbre quedarme callado cuando una chica se va de la lengua. Es de muy mala educación no responderle a quien te habla, ¿sabes? Aunque hable a través de indirectas y las dedique todas a tu novia.

Novia. *Novia.* NOVIA. Lo he dicho cien veces y lo he pensado mil más, pero no me entra en la cabeza que Thiago —T-h-i-a-g-o— tenga novia. Que él lo diga lo hace tan real que me quema, porque me había convencido de que no lo sería hasta que Thiago demostrara lo contrario.

Es *su novia*. Hasta *él* está de acuerdo.

—También es de muy mala educación ponerle los tochitos a tu piba, pero con eso ya no te pones tan quisquilloso, ¿eh, mi niño? Hazme caso, Thiago, y no muevas ficha. Para entrar en guerra conmigo tendrías que tener un fisquito [11] de razón o un buen motivo, y como te faltan las dos cosas, en este caso solo puedes encajar los bimbazos [12] como mejor te venga.

Hago una pausa para coger todo el aire que he perdido. Él se queda un momento callado, probablemente autoconvenciéndose para no cabrearse demasiado rápido.

—¿De qué vas, Dácil? —pregunta de pronto. Su tono severo me incita a mirarlo y a descubrir su expresión sombría—. ¿Es que no te ha pasado nada interesante este último año? ¿Por eso tienes que aferrarte a una historia vieja y sacarla a la luz para joder a los que sí hemos progresado? ¿Qué pasa, que te has puesto celosa?

Suelto una carcajada y aumento la velocidad de la cinta para hacer algo útil con mis manos.

Con un poco de suerte, no se dará cuenta de que me tiemblan.

Mi abuela Cande es pragmática hasta decir basta, por eso se burla de los que hacemos *footing* bajo techo. Dice que, si corres, es para llegar a algún lado. Punto y final. Siguiendo el mismo razonamiento, se burlaría también de la conversación que estoy teniendo, porque no me va a llevar a ninguna parte.

Igual de patético es correr en círculos para nunca coincidir con este notas, ¿no?

—Venga ya, Thiago. —Me aparto una de las trenzas que se me ha escapado del moño de un resoplido—. Solo estaba jugando. Tengo tan arraigada la costumbre de torturarte que me sale de forma natural. Pero ¿de verdad crees que me importa?

Thiago alarga la mano hacia la máquina y pulsa el botón de acelerar.

No me molesto en cambiarlo. Puedo darle más caña a las piernas.

—Si no te importa, si lo has superado, ¿por qué no me dejas tranquilo? —Apoya la barbilla en la mano y me mira con falso aire soñador—. O mira, no me dejes tranquilo a mí, pero tampoco metas a Celia en esto. Decirle o no decirle la verdad es cosa mía.

Que es cosa suya, dice.

—Creo recordar que yo estaba también involucrada en esa «cosa tuya» —siseo a punto de escupirle—. Verás, a lo mejor me meto en tus asuntos porque a ti no se te da muy bien resolverlos. Has decidido no decir la verdad, y yo no estoy de acuerdo.

—¿En serio quieres que saquemos a relucir los trapos sucios? Asumo mi parte de culpa, pero si alguna tiene derecho a sentirse dolida por este tema, en todo caso sería ella. Tú sabías desde el principio que no teníamos nada serio y que no éramos exclusivos. A Celia sí le dejé hacerse ilusiones.

«Las ilusiones no son algo que puedas evitar diciendo "esto no significa nada"», estoy a punto de espetarle. Pero no lo digo porque estaría reconociendo que en su día pensé que podría nadar a contracorriente, salvando distancias imposibles, y llegar a la orilla, donde él me estaría esperando con una promesa de amor eterno y un trofeo, para decirme: «Enhorabuena, Dácil. Me has rescatado de la isla desierta de mis traumas y ahora podremos perseguir juntos el amanecer».

Entorno los ojos, jadeando por el esfuerzo de correr y tolerar su presencia al mismo tiempo.

—¿De verdad quieres que vayamos por ahí, Thiago? No te lo recomiendo.

—Pretendo dejar esto zanjado ahora mismo. No pienso permitir que me jodas las vacaciones. ¿Quieres una disculpa? Lo siento. Es lo más lejos que voy a llegar, porque para tu inmensa desgracia, no me planteo inmolarme para redimirte. —Y le da al botón de acelerar otra vez.

Tengo que seguir avanzando a velocidad de esprint para no tropezar y caer de bruces.

Capullo.

Entre el ejercicio y que su chulería me está sacando de quicio, lo más probable es que me acabe explotando la vena del cuello.

—¿Sabes siquiera por qué te estás disculpando, golfo? No quiero que me pidas perdón, ni que te preocupes por lo que pueda decirle a tu novia. No me interesa meterme en tu relación. *Tu relación* —repito, al borde de la risa. Hago una pausa para coger aire—. Es de coña. ¿Cómo voy a respetarte o voy a contener mis ganas de ponerte en tu lugar cuando has demostrado que no tienes ninguna credibilidad? Me descojono solo de pensar en la parrafada que me

soltaste sobre tu miedo al compromiso para empezar a salir con ella en cuanto volviste.

—A lo mejor no le tenía tanto miedo al compromiso como al compromiso contigo.

Voy bajando la intensidad de la máquina por miedo a sufrir un infarto, y no provocado por la velocidad. Poco a poco, paso del esprint al trote hasta que la cinta se detiene por completo.

Esperaba ver un atisbo de burla en su expresión, el deseo de hacerme daño hasta el punto de emplear mentiras para conseguirlo. Pero lo ha dicho sinceramente, con el corazón en la mano, y eso me desarma.

Aprovecho ese momento para bajar de la cinta, así no sospechará de mi pérdida de equilibrio al entrar de nuevo en contacto con el suelo.

—Ya, bueno —mascullo con sequedad, agachándome para coger la cantimplora y dirigirme a donde están las pesas—. Seguro que alguien habrá por ahí que me perdone por lo que soy.

—Oye, no te estaba echando la culpa —dice en tono neutro.

Me giro hacia él con una sonrisa despectiva.

—¿No? ¿No me echaste la culpa? —Lo señalo con la cantimplora—. ¿Quieres que te cite textualmente lo que le dijiste a Airam para justificar tu comportamiento de mierda?

—Vamos progresando. —Sonríe sin pizca de ganas, inmóvil junto a la máquina. Se cruza de brazos en un gesto que le marca los músculos—. Esta vez solo te ha tomado un año decirme qué es lo que te jodió y no he tenido que comerme un trienio de torturas.

—¿Es que no lo sabías? —Levanto las cejas, de veras sorprendida, y me acerco a él despacio—. ¿No podías imaginarte que me molestaría que hablaras de mi carácter como si mis manías justificaran que me engañaran? Puedo ser difícil, pero no me merecía eso.

—Hablé de tu carácter como un impedimento para tener una relación sana. Nada más.

Freno a un paso de distancia de él.

—¿Y qué hay de *tu* carácter? —Le clavo el dedo en el centro del pecho—. ¿Tener fobia al compromiso, problemas por resolver y una novia en la Península no son impedimentos para tener una relación sana?

—Yo no dije que fuera perfecto, Da, solo dije que lo nuestro no era viable —explica con paciencia, mostrándome las palmas de las manos—. Habríamos acabado como Verlaine y Rimbaud: pegándonos tres tiros el uno al otro e incendiando París. Eso es lo que somos tú y yo juntos. Un problema de la hostia. Y Airam lo sabe. Tú misma lo sabes. No sé por qué os sorprendió tanto que lo verbalizara.

Debe ser porque el reloj marca las tres de la madrugada y no he podido prepararme psicológicamente para el reencuentro, porque, de lo contrario, no me habrían venido a la cabeza las estupideces que estoy pensando en contestarle. Como, por ejemplo, que cualquier problema derivado de nosotros habría sido bienvenido si se hubiera quedado a mi lado. Lo habría capeado con ganas e ilusión.

Ojalá fuera de hierro y níquel como todo el mundo piensa. Ojalá fuera de verdad un caballo de Troya traicionero y que no arde, pero solo soy una chica que está delante de la única persona a la que quiere —y a ratos parece que siempre querrá— a pesar de todo, incluso aunque no se lo merezca. Una chica que se tiene que tragar los sentimientos y las lágrimas para no sentirse todavía más humillada.

—¿Y qué pasa? —replico con la barbilla alzada—. ¿Es que te da miedo el fuego? Se supone que el amor va de eso, Thiago. De incendiar una ciudad si la persona a la que quieres le da frío, o porque el rojo le realza el color de los ojos, o lo que sea.

—Ya te lo dije una vez, princesa Dácil. No a todos nos gusta ese tipo de amor que se siente como polvo en los ojos.

Me río sin ganas.

—A ti en concreto no te gusta porque eres un cobarde. Por suerte para ti, el mundo está hecho para los cobardes. Mírate, con la novia guapa, los amigos nuevos y los viajes por las islas. Y a mí, que me levanto de la cama lista para dar guerra, me castigan con mentiras. A mí, que sí tenía las cosas claras, me echan la culpa de que todo fuera mal.

—¿Que tú tenías las cosas claras? —repite, perplejo y a punto de entrar en combustión—. Me dejaste claro en aquel mensaje que no me querías, así que ni polvo, ni fuego, ni hostias, Dácil. Y no me llames cobarde, porque habría recibido con gusto la pólvora y el

veneno por alguien que hubiera estado loco por mí. Pero no era el caso, o eso dijiste. Así de claro lo tenías tú. ¿O no?

Tengo que aguantarle la mirada para que no piense que me ha debilitado.

Todavía me cuesta creer que esté ante mí, con el nuevo corte de pelo, los nuevos músculos, la nueva novia y, por primera vez en su vida, dispuesto a defender su responsabilidad para con las personas que ama.

Porque tiene que quererla, ¿no? ¿Por qué, si no, estaría con ella? ¿Por qué, si no, me ha pedido que cierre el pico y no le arruine la relación?

Debe de merecer que la salven. Y eso ya es más de lo que me merecía yo.

—No, claro que no te quería. —Me oigo decir.

Gracias al cielo que siempre he sido una mentirosa cojonuda.

Él desvía la mirada un instante a mis labios. Luego regresa a mis ojos.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? Si no me querías, no tienes el corazón roto. Si de verdad el tiempo ha pasado para ti, no me guardas rencor. Si es cierto que «las chicas deben estar unidas», como has dicho antes, entonces no pretendes joder a Celia. Por lo tanto… —da un paso hacia delante con un esbozo de sonrisa turbada—, ¿qué es lo que te propones? Tendrás que dejarnos en paz si quieres ser coherente con tu discurso.

El problema, mi niño, es que yo no suelo ser coherente con mi discurso.

Pongo los brazos en jarras. Debería retroceder, porque nuestras narices casi se rozan, pero no quiero. Serán pocas las veces que pueda decir que he enfrentado mis miedos.

Me acerco a su oído y le doy un beso en el cartílago de la oreja.

—*Easy*, godo. No iba a decirle nada —susurro casi con cariño, haciéndole cosquillas en la nuca con el borde de las uñas—. Solo me gusta ponerte nervioso.

Casi doy un respingo cuando siento su mano en la parte baja de mi espalda, y no como un roce casual. Me sujeta con fuerza para tenerme atrapada y me pega a él. Su mejilla presiona la mía cuando me responde en los mismos términos:

—Pues no juegues conmigo, princesa. Ambos sabemos que

ninguno de los dos ganaría, porque tú y yo solo perdemos.

Apoyo la mano sobre su corazón, que late a toda pastilla, y lo siento respirar profundamente sobre mi piel. Está sudando, como yo, y eso me trae recuerdos que deberían permanecer bajo siete llaves.

—Tampoco es que yo tenga nada que perder ahora. Tú sí. Pero voy con el equipo de Celia —agrego, todavía pegada a su cuerpo—, así que no actuaré a no ser que te vea hacer alguna tontería. Créeme… como le hagas daño a la muchacha, te voy a joder de lo lindo.

—Eso suena genial.

Apuesto a que no ha querido darle la entonación sugerente, pero mi cuerpo arde de imaginarlo. Resisto la tentación de clavarle las uñas en los hombros y, en su lugar, me separo un poco para advertirle sin pizca de diversión:

—¿Qué has querido decir con eso?

Él no cambia de expresión. Solo me sostiene la mirada.

—Nada.

Doy un paso hacia atrás, procurando que no se note mi turbación.

—Más te vale.

Me echo la toalla al hombro y lo esquivo para seguir con mi circuito de ejercicio.

Él no vuelve a molestarme. Ni siquiera sé si me mira otra vez. Cuando me atrevo a levantar la cabeza, no lo encuentro por ningún lado. Y una parte de mí, aunque sabe que no va a ser posible, ruega cobardemente para que eso siga así durante todo el viaje: que no me busque ni me encuentre.

Pero es que a mí, todo el que me busca, me encuentra.

Capítulo 5

El exnovio de dácil

Thiago

No transcurren ni veinticuatro horas hasta que descubro cuál es el papel de Dácil en el crucero. Y, joder, cuánto habría agradecido un tiempo muerto para hacerme a la idea, porque una noche entera en vela no me ha servido ni para empezar a asimilar el choque en el gimnasio. Una parte de mí todavía se pregunta si eso pasó, si de verdad la tuve sudorosa y *sexy* como la novia del diablo insinuando que por mí le prendería fuego a París.

Prefiero acallar ese recuerdo y centrarme en el presente.

Puedo ignorar a Dácil. *Puedo hacerlo*.

Pero por lo visto, no puedo evitar que se tropiece en mi camino, una y otra vez.

Estaba contentísimo y aliviado por la jornada que nos esperaba. En cuanto bajáramos a conocer la isla de Gran Canaria, primera e indispensable parada de la travesía, la perdería de vista. Pasaría el día entero conociendo Las Palmas y sus alrededores —o *reencontrándome* con Las Palmas, porque ya estuve aquí con los Oramas— sin tener que preocuparme de un ataque por la espalda y preparándome mentalmente para el próximo choque mortal, que seguro tendría lugar por la noche.

No podía estar más equivocado.

En cuanto nos hemos apeado del barco para reunirnos con el guía de turno y solo he visto a Dácil, por poco finjo una

indisposición. Porque no es una Dácil cualquiera la que nos espera con el polo de trabajo y la mochila al hombro, con ese mensaje comunista: «El amor es como la tierra: para el que lo trabaja» (dichosa mochila… No va a jubilarla jamás, y solo por lo que pone); es la Dácil con el moño trenzado en lo alto de la cabeza. Ese moño que se hace cuando la cosa va en serio, es decir, cuando va a ponerse a estudiar para recuperar asignaturas, cuando va a masacrar a las cartas a su madre, a la que no hay Dios que gane, o, en este caso, cuando va a trabajar. Como guía.

Nuestra guía.

—¡Qué fuerte! —exclama Celia, riéndose al verla en su puesto—. ¿Tú eres la guía turística?

Dácil se gira hacia ella con los pulgares colgando de las asas de la mochila. Le echa una mirada de arriba abajo con gesto inexpresivo, como si solo quisiera cerciorarse de que es Celia cuando, muy probablemente, en el fondo está listando sus defectos con inmenso regocijo.

A mí me regocijaría que Dácil se regocijase en los defectos de Celia, si soy sincero.

«¿Qué dices, capullo?», me reclama la vocecita interior.

Y le doy la razón.

¿*Qué digo*?

Pues solo digo que ojalá me hubiera dicho ayer que no está ni en mi equipo ni en el de Celia, y que se hubiera puesto a vociferar que Celia es fea y borde y tonta, y que le diera un ataque de celos allí mismo y se muriera de color verde, verde como el viento y la rama del poema de Lorca.

«Pues para decir eso, mejor no digas nada», insiste la vocecita, con más tino que yo.

—Sí, mi niña. —Le confirma Dácil, para mi espanto—. No me quedó otra que hacer el máster en Turismo para que mi carrera tuviera alguna salida, y heme aquí. Te puedo asegurar que conmigo vas a aprender lo que no está escrito.

Celia parece genuinamente entusiasmada por la presencia de Da. Yo he preferido rezagarme para estudiar alternativas. La más apetecible es cavar un hoyo y meterme dentro, pero sé que eso complacería más a la Medusa Saharaui que a mí, así que queda descartado.

Con cara de circunstancias, me limito a vigilar la animada conversación en la que se han enfrascado como si fueran amigas de toda la vida.

—¿Qué haces ahí parado? Parece que has visto un fantasma.

Me giro hacia Roberto con la intención de pedirle que me escolte de nuevo al barco, donde estaré a salvo. A Roberto, a Leire, a Fede o a quien sea que se haya unido a la expedición y haya descartado explorar la isla por libre. Pero solo Roberto ha decidido acompañarnos, y no tiene pinta de que vaya a dejarse convencer para regresar a la piscina.

Sobre todo después de ver a Dácil.

—¿Esa es la guía? —Lanza un silbido apreciativo. El mensaje no deja lugar a dudas: «Tela marinera, chaval»—. Joder con la tía. Me suena mucho su cara.

Pues claro que le suena su cara. Con que la veas una vez en tu vida, ya no se te olvida, y no por guapa —dicen que la belleza es subjetiva, ¿no?—, sino por vistosa. Entre la fiesta de lunares repartidos por la cara, los zapatones para pisar fuerte, las trenzas y que no sabe lo que es la etiqueta, destaca en cualquier parte. Porque claro, no se podía poner el polo y ya está, no. Se tenía que enfundar unos vaqueros que apenas le ocultan las bragas, unos guantes de rejilla que no cubren las falanges y un pintalabios negro.

Esto último lo ha hecho para joderme, estoy seguro. Ella solo se pinta los labios por la noche, y sabe qué opino de cómo le quedan.

Inmediatamente censuro ese pensamiento y me regaño.

«No seas imbécil. ¿Cómo se va a pintar los labios para ponerte nervioso? Como si no conociera maneras más dolorosas de desquiciarte».

Aunque no me queda del todo claro que haya algo más doloroso que sus pintalabios.

—Es la hermana de Airam. —Me oigo decir.

—¿En serio? Pero Airam es blanco, ¿no?

—Eso no tiene nada que ver. Él salió al padre; ella, a la madre.

—¿Y no le da pena a Airam que sea su hermana? Si yo fuera él, viviría amargado: le tengo un poco de respeto a eso del incesto. —Y se queda tan pancho después de soltar esa burrada.

Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga, sin apartar la vista de Dácil en ningún momento. No me queda otro remedio que

obedecer, luchando por qué parezca que controlo la situación.

Aparte de nosotros tres —Leire y su pareja, Fede, se han decantado por una ruta comercial: irán de tiendas por Las Palmas—, a la expedición se ha unido un grupito del Imserso que parece más sano que yo, una pareja de luna de miel y varios amigos del viaje de estudios. Ah, y dos chavales de veintitantos con pinta de llevar cinco gramos de hachís en el bolsillo. Me juego el cuello a que han visto a Dácil decir que es la guía turística y se han lanzado de cabeza a la excursión. Más que el recorrido cultural, lo que les interesa de verdad es la muchacha escultural.

—Así que un máster en Turismo —comento en tono informal. Si no salgo vivo del viaje, no será porque no haya intentado enterrar el hacha de guerra—. ¿No ibas a hacer algo sobre Energías Renovables?

—Esa era la idea, pero luego recordé que en el sur de Tenerife no trabajas si no es en un hotel, así que me decanté por la opción que me daría de comer. —Dácil me aparta la mirada y echa una ojeada al grupo. Hace una señal para que se acerquen un poco más—. ¿Estamos todos? ¿Alguien echa de menos a alguien? ¿No? Estupendo.

»Como ya sabréis si habéis leído el programa, la ruta de hoy incluye varios destinos: el primero es la Cueva Pintada en Gáldar, en el norte, con una parada para comer en Las Canteras. Cuando bajemos al sur, haremos un alto en el camino en el pueblo de Tejeda, que está considerado uno de los más bonitos de España. Ya en el otro extremo de la isla, veremos las dunas y la playa de Maspalomas, y el atardecer más precioso de la isla en Arguineguín o en Puerto de Mogán, dependiendo de cómo vayamos de tiempo. Mañana recorreremos el casco histórico de Las Palmas, en Vegueta, y ya fuera de horario, a los que estén interesados los llevaré al Risco Caído y las Montañas Sagradas para contarles un fisquito de las cuevas guanches.

Apuesto mi alma a que eso no está en el programa y lo ha añadido porque le ha dado la gana. Si no se pone a hablar de la historia canaria de sus antepasados, la previa a la llegada de «los colonizadores» —no dice sus nombres, y si lo hace, es con desprecio: Los *Caóticos* en vez de Los Católicos—, revienta.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Celia en voz baja.

Dácil está respondiendo dudas y no ha reparado en mi sonrisita. *Menos mal.* Mis testículos no durarían en su sitio ni cinco minutos si hubiera interpretado que me estaba burlando de ella.

—De nada. La isla me trae buenos recuerdos. Deberías ir a las Montañas Sagradas mañana —le propongo, pasándole un brazo por los hombros—. Yo subí con Airam hace unos años y es una preciosidad. Lo que me extraña es que, con lo que le gusta caminar a Da por Teror, no haya sugerido pasar por el pueblo.

—… No, ya, pero como apenas disponemos de tiempo, he tenido que reducir la ruta a lo básico. —Se disculpa Dácil con uno de los ancianos del grupo de senderistas. Le sonríe con calidez e incluso le da la mano—. ¿De Arucas era tu mujer? Es lindísimo. Adoro las casitas de colores de allí y de Teror. En Tenerife tenemos La Laguna, pero no se puede comparar… *Chos*, es una lástima. Para la próxima incluyo el Barranco de Moya sí o sí, lo que pasa es que no sé cómo de senderista va a ser la gente…

Miro a Celia con cara de «te lo dije».

—No sabía que conocieras tan bien a Dácil.

Me fijo bien en su expresión, por si acaso lo ha dicho con retintín, pero se la ve gratamente sorprendida.

—Se venía a todas las rutas que hacía con Airam. —Encojo un hombro—. De hecho, era ella la que proponía las excursiones. —Sigo pendiente de su expresión, a ver si pone una mueca extraña o me observa con aire conspiranoico, pero está mirando a Dácil con curiosidad—. Puedes preguntarle lo que quieras, ¿eh? Lo sabe todo. Absolutamente *todo*. Qué le regalaban los guanches a sus mujeres, toda la lista de dioses, cuánto se tarda en recorrer la reserva natural de los Tilos de Moya… Y le encanta hablar de ello, así que no te sientas intimidada.

—¿Intimidada? —repite, perpleja—. Pero si es un encanto de chica. Mírala.

Obedezco como si me diera pereza, aun sabiendo a qué se refiere.

Claro que es un encanto… con quien cree que lo merece. Pero sí, lo sé. La he visto ser simpática. Si hubiera querido a Dácil solo por el modo en que se comporta conmigo, dudo bastante que el amor hubiera echado raíces tan profundas. La quería por el respeto que demuestra hacia la tierra que la sostiene y la naturaleza que la

rodea, porque defiende con uñas y dientes a su familia, aunque a veces la apaleen como a un perro. Me obsesionaba lograr que algún día volviera a tratarme como trata a Margarita, o a Airam, o a Maday, con esa confianza bruta suya que entraña la más profunda ternura y la mejor de las intenciones. La tiene, sí, tiene la ternura y la dirige a los mayores, a los que ahora mismo está haciendo reír, a los desconocidos de los pueblos olvidados que visita y que son amables con ella, a la gente que trabaja de cara al público. Vas con ella al Mercado de África y sales con veinte amigos nuevos, porque conoce a todos los tenderos por el nombre de pila y hasta les pregunta por sus hijos.

Celia tiene una sensibilidad especial y ha sabido ver eso enseguida, aun cuando la Dácil que se presentó anoche ante ella estaba llena de veneno.

—¿Eres de aquí? —pregunta uno de los chavales a Dácil en cuanto nos montamos en el autobús. Ella se sienta junto al conductor, con el que parece que ha hecho buenas migas.

Los dos chavales de los que sospechaba que solo querían su atención se aposentan justo detrás.

Qué casualidad.

—De Tenerife, pero Gran Canaria es como mi tercera casa.

—¿Cuál es la segunda? —pregunta el otro. Tiene un tatuaje en la cara. Y no lo digo porque eso dé mala espina. Más bien porque eso a Dácil le da morbo.

—La Gomera, de donde viene el almogrote que tanto os gusta si tenéis paladar… Pero ese destino no lo incluye la ruta del crucero.

»Por cierto, si alguien quiere desmarcarse en medio del trayecto —alza la voz para informar a todos los pasajeros, sin darse cuenta de cómo la están mirando los chavales—, y lo entendería porque del norte al sur hay más de una hora en guagua, os recomiendo que visitéis lo siguiente…

Y se enzarza en un monólogo que dudo bastante que haya tenido que estudiarse sobre los mejores guachinches («… que son restaurantes ubicados en cocheras de casas antiguas, perdidas en medio de la carretera. […] Todo lo que no sea eso es un timo, y si os hacen pagar más de quince euros por un festín, huid»), las zonas de referencia para los amantes de la naturaleza, tanto para caminar como para ver atardeceres, y pueblos que uno no se puede perder.

Mientras está explicando todo eso, Celia termina de abrocharse el cinturón y se esconde tras el respaldo del asiento de delante para confesar en voz baja:

—He pensado en acercarme a ella para tantear el asunto de Airam.

Yo también me encorvo para ocultarme del resto.

—¿Cómo que acercarte a ella? —le pregunto en el mismo tono.

—¿No crees que sea buena idea? Dácil parece más accesible que Airam.

No me descojono delante de su cara de puro milagro.

—No sé qué decirte, Celia —comento, contenido—. Dácil tiene sus… cositas.

—Ella te saludó muy efusiva y con él empezaste a discutir en medio de la piscina —insiste Celia. En eso, Da y ella se parecen. Tienen que tener la razón sí o sí—. A lo mejor, si hago buenas migas con Dácil y os mantengo pegados, consigo que interceda por ti y le hable bien a su hermano. ¿Crees que lo haría?

Ni por todo el oro de la China. O peor, ni por todos los higos picos de Canarias, que ya es decir.

—Eh… Yo creo que Airam tiene sus propias opiniones. —Lo cual no es del todo mentira—. Por más que Dácil intercediera por mí, si él cree que no tengo perdón, pues no tengo perdón.

—¿Y Leire? ¿Le haría cambiar de opinión ella?

Más que irritarme, me hace gracia su obsesión con que todo el mundo se lleve bien.

—Celia, corazón… —La cojo de la mano al borde de la risa—. ¿Puedes no tomarte esto como si fuera *El diario de Patricia*?

—¡Encima que intento que pases las mejores vacaciones posibles! —Se cruza de brazos, meneando la cabeza con desaprobación—. Chico, de verdad, cómo eres…

—No, si yo agradezco el esfuerzo… —Ella me quita la cara, fingiendo indignación—. Venga, no te enfades conmigo. Haz lo que quieras. Diviértete. Juega con nosotros. Somos tus sims.

Celia se echa a reír. Con ella los enfados no duran mucho rato.

—No es que quiera manipular a nadie —rezonga, mirándome con gesto sincero—. Solo facilitarte la vida. Porque, Thiago, tú no tienes mucha iniciativa que digamos. ¿No te lo tomas como una señal del destino? ¿Cuáles eran las probabilidades de que

coincidieras con Airam en este viaje? Yo me lo tomo como que la vida te está dando una segunda oportunidad con él.

No aparto la mirada de Celia, pero aguzo los oídos sin querer y capto parte de la conversación que Dácil está manteniendo con los dos chavales. Como si esa palabreja, «oportunidad», conectara con ella a un nivel visceral que ni yo mismo entiendo.

—No sé si quiero verlo como una segunda oportunidad —reconozco en voz baja, turbado—. A lo mejor la cosa no está hecha para que funcione.

—No digas tonterías. Ni que estuvieras hablando de tu exnovia. —*Bueno, a ver, sobre eso…* —. Si fuerais mujeres, lo vería más crudo, porque nosotras somos muy intensas en nuestras relaciones de amistad. En nuestras relaciones en general —concreta, pensativa—. Pero ¿vosotros? Por favor, si yo pensaba que chocaríais los nudillos y luego el hombro y ya estaría todo arreglado.

Me río sin muchas ganas, acordándome de los saludos que Airam y yo improvisábamos.

—Airam y yo somos más de darnos palmaditas en la cara, como los mafiosos italianos. ¿Ves esta cicatriz? —Me señalo una línea del tamaño de una uña sobre el ojo—. Me la hizo estando borracho. No midió bien la trayectoria, tenía una uña rota (se las parte siempre abriendo latas de refresco) y me rajó por debajo la ceja. Es un desastre. Espero que se acuerde de cortárselas desde que no estoy yo para decírselo.

Recuerdo una vez que compré cien cortaúñas por AliExpress a precio de saldo y se los fui dejando por toda la casa como las miguitas de Hansel y Gretel. Y él, despistado como era —y supongo que lo sigue siendo—, no se dio cuenta hasta que vio uno metido en el tarro de humus que se pimplaba por las noches. Puso cara de asombro, pero sin darle mucha importancia, y dijo algo como: «Eh, ¿soy yo o hay muchísimos cortaúñas por la casa?».

No sé qué cara he puesto al acordarme, pero cuando enfoco la vista me fijo en que Celia se me ha quedado mirando con algo parecido a la compasión.

—Ya verás que se arregla.

Me da un beso cerca de los labios en el momento exacto en que Dácil se gira para mirarnos. Se estaba riendo por algo que le han dicho, pero al verme a mí, o al verla a ella, o al vernos a los dos,

deja de parecerle tan gracioso.

No sé si aparta la vista enseguida. El que la aparta en el acto soy yo.

No me cabía la menor duda de que Dácil se curraría la travesía, pero demuestra haber puesto especial atención a las fechas al traernos primero a la Cueva Pintada. Son pocos los días del año que el acceso es gratuito, y hoy es uno de ellos. Todo el grupo lo celebra con los puños en alto, felices de que les haya tocado una guía que, para variar, no les saca los cuartos.

Dácil va a la cabeza detallando el pasado de los aborígenes, que guarda relación con las pinturas de la cueva milenaria. A ratos tengo que carraspear y apartar la vista de ella para que no parezca que me he quedado hipnotizado, pero si pasara, no creo que nadie pudiera recriminármelo. Todos escuchan su relato, doblemente atrayente por la cadencia pausada del acento canario, por las aspiraciones, por el seseo que retumba en la cueva.

Cuando acaba su brillante exposición, agarra la botella de agua y nos deja a nuestro aire para que nos fijemos en los detalles.

Con el rabillo del ojo vigilo el acercamiento sigiloso de Roberto. Su lenguaje corporal es tan claro que me relajo. Solo le está preguntando no sé qué dudas, pero no descarto que el genuino interés de un guiri por su madre patria pueda resultarle atractivo a Dácil. Si hubiera hecho una lista de atributos para el hombre ideal, ese que decidió *no* buscar para perder la virginidad, «respetar la herencia canaria» la habría encabezado.

Luego es Celia la que se le acerca cuando toma asiento justo enfrente de la pintura más llamativa. Los colores de la cueva, a duras penas iluminada, dan un toque tétrico a las caras de los visitantes. Pero al sentarse ella justo debajo de un foco de luz, parece que el ser supremo la esté señalando como la elegida para algún fin celestial.

Al darme cuenta de lo que estoy pensando, tengo que morderme la lengua para no soltar un gruñido.

Dácil, Dácil, DÁCIL. Por aquí y por allá. Todo. El. Puto. Tiempo. DÁCIL. Acaparando mi mente. ¿Por qué no sale de mi cabeza?

Pues porque la tienes delante, simplemente. Es normal. Tranquilo.

¿Y qué? ¡Sácala! ¡Sácala como sea! ¡Deja de pensar en ella! ¡Ella

no piensa en ti! ¡Y aunque lo hiciera!

¡FUERA!

—¿Estás bien? Tienes muy mala cara. —Roberto me pone una mano en el hombro—. ¡Ah, me acabo de acordar! ¿No eras un poco claustrofóbico? ¿Quieres que te acompañe afuera y así tomas el aire? Creo que me puedo ubicar por aquí. O, si no, se lo digo a Dácil…

—Estoy bien —mascullo entre dientes—. Me agobio yo solo.

Como ha sobrado bastante tiempo por la cantidad de información que Dácil sabe concentrar en poco rato, uno de los encargados del museo nos ofrece pasar a la sala de actividades. Los ancianos se entusiasman ante la posibilidad de que les proporcionen un poco de arcilla para elaborar su propia vasija, como hicieran los antiguos aborígenes; lo mismo que los *hippies* que creen en el *mindfulness* y los divorciados que se apuntan a toda clase de clubes o actividades para despejar la mente.

Nos trasladan a la sala en cuestión. Celia se posiciona junto a Dácil para seguir charlando con ella, y yo, aunque a ratos creo que es mejor no saber, me decanto por la estrategia de *El Escucha*. Me siento al lado de Celia, en un punto donde veo a Dácil perfectamente, y preparo mi cara de «estoy metido en mis propios asuntos» para pegar la oreja.

Dácil demuestra enseguida un manejo sorprendente para dar forma a la arcilla. Quizá tía Jana le transmitiera sus apasionantes conocimientos sobre la creación de joyería y utensilios de cocina, que luego vende en el mercado de los sábados con gran éxito. O a lo mejor ha tomado clases de alfarería. En su caso no creo que fuera para ligar con otros divorciados, sino para controlar su rabia.

Sabía que la cosa no estaría tranquila por mucho rato. *Lo sé*. Tengo dentro una espina que aprieta para advertirme que se acerca un problema. Así de desarrollado está mi instinto gracias a los años que pasé exponiéndome al peligro radiactivo de Dácil. Y confirmo que no estaba equivocado cuando, tras un rato dando forma a mi pieza de arcilla con la sensación de estar perdiendo diez puntos de *sex appeal*, escucho un fragmento de la conversación con Celia.

—Qué va, no tengo novio. —Levanta su vasija perfecta (le está haciendo incluso dibujitos con la uña que se asemejan a azulejos nazaríes) para mirarla con un ojo cerrado—. ¿Cuántas veces me van

a preguntar eso hoy? Se ha interesado hasta Tegueste, el señor que va por allí con el grupo del Imserso. Es de La Palma, por cierto, por eso tiene nombre guanche.

—¿Por qué crees tú que se han interesado, hija mía? —dice Celia, riendo. Yo también me reiría de su inocencia (*Dácil, cariño, eres un cañón*) si no tuviera el culo apretado—. Oye, pues mira qué bien. Te dará libertad para ligar con quien quieras en el barco. Vi a unos cuantos maromos ayer que estaban tremendos, y no ya de fiesta, sino sirviendo copas. Hay un montón de gente de nuestra edad.

—Paso. —Como si supiera que he puesto atención, me mira de soslayo con la cabeza reclinada hacia atrás. También revisa la pequeña vasija por debajo: la base es una circunferencia perfecta. Yo finjo que estoy a lo mío, pero dudo que haya colado—. Todavía estoy asimilando lo que pasó con el último.

El último.

¿Fui yo el último?

Por un momento no me preocupa que vaya a arrancarse a contar nuestras intimidades. Lo que me preocupa es que haya habido alguien en medio, o, más bien, me inquieta el modo en que me sienta imaginarla con alguien *después* de haber estado conmigo.

Qué rabia me doy cuando me gana el ego, el deseo de haber marcado un *impasse* en su vida. Pero si fuera solo una cuestión de narcisismo, podría superarlo repitiéndome que no soy para tanto y seguir con mi vida. El problema es que, en realidad, es un tema de justicia. Si Dácil me ha echado a mí a perder —mi «a. C.» y mi «d. C.» es mi antes y después de Canarias—, lo justo es que yo haya hecho lo mismo con ella. Arruinarla para los demás.

—¿Qué pasó con el último?

Celia ha mordido el anzuelo, como no podría ser de otra manera.

En momentos como este me da rabia su disposición a hacerle terapia a todo el que se encuentra, y eso que si no sintiera la llamada del deber cuando ve a alguien dolido, ella y yo no estaríamos donde estamos.

—¿Qué *no* pasó? —ironiza Dácil, poniendo los ojos en blanco—. Estuve con alguien el año pasado, pero no era nada serio. Se ocupó de dejarlo muy claro… al final, obviamente, cuando una servidora

ya se había hecho ilusiones. Si hubiera dejado así de clarito antes que yo no significaba nada, le habría dado puerta. Pero seguro que eso no le habría hecho gracia.

Abro la boca para aclarar que eso no era así. Porque, para empezar, yo no le di pie a hacerse ilusiones de ningún tipo.

No es muy buena idea, sin embargo, y, por suerte, Celia se me adelanta.

—¿En serio? Qué asco de tío.

—Bueno, a ver…

Celia y Dácil se giran hacia mí a la vez. Incluso Roberto, que ha puesto la oreja pero no participa. Hasta el jodido Tegueste levanta la cabeza. A juzgar por la cara que pone, ha debido de darse cuenta de que la guía y yo no nos llevamos muy bien.

Espero que piense que se debe a una discrepancia respecto a la ruta escogida.

—Quiero decir que habría que oír su versión —explico, y vuelvo a poner las manos sobre mi proyecto de vasija. Manda cojones ser tan manco, con la de veces que Celia me ha obligado a ver *Ghost*—. Dácil es muy imaginativa y un poco bruta. Seguro que lo está dejando en peor lugar de lo que el chico merece.

—Chacho, hay que ver, es que hasta suenas como él. —Se lamenta Dácil, chasqueando la lengua—. Echándome la culpa a mí y a mi carácter de que él no tuviera huevos. Yo seré imaginativa y bruta, pero el pibe era un machango.

—¡Exacto! Es que no hay forma de malinterpretar lo que ella ha dicho, Thiago. Es *uno de esos capullos*, no tiene más discusión —concluye Celia, encogiéndose de hombros.

Uno de esos capullos. Uno de *esos*.

Ni siquiera tengo el consuelo de ser único en mi especie.

Menuda decepción.

—Ni te lo imaginas. —Toma el relevo Dácil—. Es de los que vienen de vacaciones a las islas con la intención de meterse entre las piernas de todas las canarias que puedan. Apuesto a que luego llegó a su casa diciendo que se había liado con una como si fuera algo exótico. De hecho —Dácil alza la voz para que se entere toda la mesa—, se enrolló con una piba delante de mí y andaba mandándose mensajitos con otra al mismo tiempo.

Como resultado de su afectadísima exposición de los hechos, se

levanta una exclamación generalizada.

—¿En serio?

—Ajá. —Hace un puchero, y lo que había comenzado como una conversación desenfadada, sin segundos sentidos (o eso quiero creer), se convierte en la actuación de su vida al mirar a Celia—. Jugó con mis sentimientos, porque yo lo adoraba, ¿sabes? Le habría pedido que se quedara conmigo en Tenerife, o me habría ido con él si me lo hubiera sugerido. A veces siento…

Hace una pausa dramática.

Celia se apiada de ella y le pone una mano en la espalda.

—Tranquila, estamos contigo.

Dácil hace un gesto para indicar que necesita un momento para contener las lágrimas. Incluso se da aire en la cara y hace un ejercicio de respiración.

Juro por Dios que la voy a estrangular.

—Siento que nunca volveré a querer así a nadie. Fue un desengaño tan grande que… —Inspira hondo, como si le costara llevar aire a los pulmones, y se coloca una mano en el pecho—. Nunca levantaré cabeza.

—¡No digas eso, mujer! —exclama una de las ancianas del Imserso—. ¡Si estás en la flor de la vida! Además, ¡eres preciosa!

—Yo pensaba eso antes de encontrar a Gabriel —dice la que está de luna de miel—, porque mi ex era un cerdo como el que has descrito, pero mírame ahora. Soy más feliz que una perdiz.

Dácil acepta las palmaditas en la espalda y se recrea en el revuelo que se ha formado.

—Seguro que sí estás hecha polvo —intervengo, cansado ya de tanto teatro—. Hasta habías pensado en los nombres para los niños, ¿no? Cathaysa y Yeray.

—No, al niño lo habría llamado como a él. —Su mirada me apuñala—. ¿Quieres que te diga cómo se llamaba? Tendría un nombre muy exótico, porque no era de aquí. Peninsular sí, pero no español.

El pulso se me acelera más allá de lo saludable.

—No, mejor no digas su nombre —interviene Celia—. Que sea El Innombrable, así no se mete su espíritu oscuro entre nosotras. Y tú, Thiago, no seas cruel. —Me reprocha en tono reprobatorio.

—Déjalo, es normal que los hombres se apoyen entre ellos. Yo

tuve la suerte de contar con un par de apoyos después de lo que ocurrió. Fue tan duro… —Alza la cabeza para que no se derramen las lágrimas que NO se están acumulando en sus ojos—. Se avergonzaba de mí en público y negaba lo que teníamos. Me escondía.

—A cada minuto que pasa es peor —murmura Celia, compungida.

—Sí, pues no quieras saber las cosas tan horrorosas que dijo de mí. —Agacha la mirada—. Todavía tengo pesadillas con eso.

No se le nota nada, pero yo sé que está fingiendo. O por lo menos así había sido hasta que se dirige a Celia con esa cara que le he visto muy pocas veces antes. La cara de cuando se encontró con su padre y este huyó en desbandada, o cuando preguntó el día de su cumpleaños si había llamado para felicitarla. Esa expresión suya de desengaño, esa incredulidad que se pregunta «¿cómo pude ser tan tonta, cómo dejé que el cariño me cegara?», sería lo último que olvidaría si me obligaran a desprenderme de todos sus recuerdos. Solo esas veces la he visto ser humana de verdad. Y me gustaba. Me gustaba saberla vulnerable porque eso la situaba a mi nivel, a mi alcance, y me daba la oportunidad de demostrarle que estaba allí para ella.

Pero ahora no estoy para ella. ¿Cómo voy a estarlo, si solo está fingiendo? Yo no le hice nada. Lo está exagerando para humillarme.

Quien sí se muestra dispuesta a consolarla es Celia, que la envuelve en un cálido abrazo justo cuando pronuncia estas palabras:

—En fin… Dicen que el amor es dar lo que no se tiene a quien no es. Es evidente que él no estaba más equivocado que yo cuando empezamos «la relación». Fui la primera estúpida al pensar que podría confiar en él y dejarme llevar.

Esa frase me trastoca más de lo que esperaba, porque se la dije yo mientras leía a Platón cuando estaba en la facultad y ella la escribió y la colgó en su corcho de frases inspiradoras.

Me dan ganas de sacudirla por los hombros y gritar que eso es mentira. Lamentablemente, estaría entrando en su juego si admitiera que sí, que dije lo que no debía, que hice muchas tonterías, pero que eso no significa que yo fuera la persona errónea. Eso quiero decir, sí. Eso le diría ahora, más cabreado porque haya

usado mis armas y mis recuerdos contra mí que por avergonzarme delante de veinte personas.

El amor no es eso, ni eso que describe se parece en nada a lo que tuvimos. El amor es conmoverse con la existencia del otro, y yo lo hice, joder. Por poco tiempo, por el que me dejé, por el que ella me dejó, pero lo hice. Que me lo intente arrebatar me vuelve loco.

—Qué bien que reconozcas que tú también te puedes equivocar. —La pincho—. El chaval pudo ser todo lo despreciable que quieras, pero cuando algo sale así de mal, no suele ser culpa de una única persona.

—Pues claro. —Me aguanta la mirada sin amilanarse—. Tengo la culpa de haber creído que era mejor de lo que verdaderamente es.

Es la segunda vez que insinúa que soy una mala persona. Y yo aguanto y encajo todos los insultos. El «machango» de sus amores hasta me gusta. El «golfo» lo acepto porque va conmigo. ¿Gilipollas? Lo soy a ratos. ¿Sinvergüenza? También. ¿Cabrón? Bastante. Pero con lo de mala persona está tocando fibras que nadie debería rozar.

—Siendo tan horrible como lo describes, ¿por qué no lo olvidas y ya está, eh? —le espeto de mal humor—. Algo bonito tuvo que hacer por ti para que aún hoy sigas llorando por él, y si sigues llorando por ese tío, incluso habiendo demostrado que es un capullo, pues es tu problema.

—Oye, no te pases. —Se mete Roberto, mirándome como si no me reconociera.

Yo tampoco me reconozco cuando Dácil se empeña en buscarme las cosquillas. Pero esto ya no son cosquillas. Ahora mete tanto el dedo en la herida que llega a tocar el hueso.

—Hombre, tiene su parte de razón. ¿Por qué estabas con un tío así? —pregunta de pronto uno de los veinteañeros babosos.

—Eso es, Dácil —insisto, clavándole una mirada fría—. ¿Por qué estabas con un tío así?

Dácil me mira a los ojos.

Toda la mesa tiene la atención puesta en ella. No creo que haya nadie más interesado en terminar su obra de alfarería que en escuchar su veredicto. Y por un momento parece que va a decir algo bonito. ¿Qué tendrá el hombre del millón? ¿Un sentido del humor desternillante? ¿Una belleza sobrenatural? ¿Un talento sexual

incomparable?

Justo cuando estoy seguro de que al menos me va a conceder una virtud, suelta:

—Te aseguro que no era por su tamaño. La tenía más o menos así. —Y señala el pitorro de su vasija, que debe de medir unos cinco centímetros.

Toda la mesa rompe a reír. Así es como disuelve finalmente la nube negra que se había posado sobre nuestras cabezas.

—¡Eso no es verdad! —Se me escapa en tono ofendido. Al sentir los ojos de Celia sobre mí, me apresuro a arreglarlo—: Quiero decir que eso es *una maldad*. Tanto quejarse de que los hombres se burlan de las mujeres si tienen poco pecho, pocas curvas o sobrepeso, pero luego es muy gracioso meterse con el tamaño de la herramienta masculina, ¿no?

—Ahí le has dado. Pedís igualdad, ¡pero luego bien que os burláis de nuestra hombría! —exclama uno de los ancianos.

Dácil tiene que renunciar a su momento de gloria en cuanto se abre un debate al respecto. Mujeres y hombres se enzarzan en defender su parcela. Hasta Celia se olvida de Dácil para intervenir en la conversación, lo que nos da a los dos un segundo de intimidad entre tanto revuelo.

Compartimos una mirada entre desafiante y rencorosa.

—Bueno, ha llegado el momento de volver a la guagua —anuncia Dácil tras consultar la hora en el móvil—. Tomaos vuestro tiempo para coger las cosas. Esperaré fuera.

Abandona la sala en pleno debate filosófico, un detalle descortés que no le pega nada, porque ella es de las que habrían seguido discutiendo, ajena, mientras el Titanic se hundía y cundía el pánico. Que no lo haga significa que la charlita ha debido de tocarle un punto débil. Y voy a ser yo el que se lo toque de nuevo, porque parece que si este servidor no mueve ficha, nadie se encarga de ponerla en su lugar.

La sigo en la dirección contraria al recorrido lógico de los turistas. Volvemos a pasar por delante de las pinturas, en ese ambiente de luces amarillentas y ámbar, ahora apagadas porque ya ha concluido el horario de visitas.

—¿Lo que hablamos ayer no sirvió para nada? —le suelto a unos pasos de distancia. Mi voz retumba en la cueva de un modo

tétrico—. ¿Quién hace ahora promesas vacías, eh?

Dácil se detiene en medio del pasillo que conduce a la salida. Se cuelga la mochila al hombro con un movimiento cansado y me mira de frente como si le aburriera.

—No he hecho nada —dice en tono inocente—. Celia me ha preguntado por mi vida sentimental y yo se la he contestado con sinceridad. He tenido la consideración de no proporcionar detalles escabrosos.

—¿Que no has entrado en detalles escabrosos? —Avanzo hacia ella hasta que nuestras narices casi se rozan—. Te has puesto a hablar de cuánto me mide la polla.

Dácil agacha la mirada, como si lo necesitara para recordar dónde la tengo. Está mal admitirlo, y por eso solo se quedará en mi cabeza, pero me cuesta tragar saliva cuando vuelve a encararme con una media sonrisa perversa y exclama:

—¡Encima que suelto ese detallito para desviar las sospechas sobre ti! Celia debe saber tan bien como yo que no son cinco centímetros, así que quedas sobradamente descartado.

—Igual que cuando has dicho que el sujeto es de la Península pero no español, ¿no? Me estabas descartando del todo —mascullo con rencor.

—No eres el único portugués de la zona, *docinho*. ¿Por qué te lo has tomado tan mal? —Pone esa vocecita inocentona que me saca de quicio—. No es para tanto, flaco.

—Ahora resulta que estoy tarado por ponerme así. ¿Me estás haciendo *gaslight*?

—*Agüita* [13], se lo sabe en inglés y todo. —Se ríe. Mira a un lado y al otro, como divirtiéndose a mi costa delante de un público invisible—. ¿Eso te lo ha enseñado Núria?

—De hecho, sí. Y otros muchos truquitos psicológicos con los que nos divertimos tú y yo. Eso que haces de ponerme contra la espada y la pared podría llamarse chantaje, pero si al menos me dijeras qué es lo que quieres a cambio de cerrar la boca, podría pagar la cuota y desentenderme. Lo que pasa es que lo único que te hace ilusión es verme sufrir, por eso lo tuyo se llama conducta psicopática. Eres una jodida sociópata, Dácil.

Su mirada brillante se oscurece.

—Oh, cariño, me encanta cuando utilizas terminología clínica

para insultarme. ¿Ese es tu diagnóstico definitivo? ¿Que soy perversa por contar tranquilamente una experiencia del verano pasado?

Me la quedo mirando perplejo.

—¿Te crees que estoy de broma? ¿Que exagero cuando digo que esto no es sano? Núria y yo hemos hablado bastante de ti.

Consigo que deje de sonreír, burlona, y tuerza el gesto con desconfianza.

—Pues no es de mí de quien tenías que hablar con la loquera, sino de tus padres y de tu hermana, por mencionar un solo problema. O de tu miedo al compromiso. O de tu exagerada pasión por las mujeres, que te lleva a hacerles daño a todas sin excepción. O del sufrimiento que les causaste a mi familia y a mi hermano cuando te piraste, aunque de eso dudo que te hayas hecho cargo.

Dácil se pone siempre a la defensiva cuando le dices algo que no le gusta un pelo, y saber que he estado hablando sobre ella la hace sentir vulnerable. Por eso tiene que reducirme tocando el punto débil.

«El sufrimiento que les causaste a mi familia y a mi hermano cuando te piraste».

No quería morder el anzuelo, pero acabo picando y me quedo sin palabras. A sus contraataques puedo replicar, esquivo sus flechas sin grandes dificultades, pero traer a colación a los Oramas es como sacar la artillería pesada. Contra eso no tengo defensa posible.

—¿Qué es lo que te ha molestado exactamente de todas las verdades que he dicho, mi niño? —insiste ella al verme callado.

Ladea la cabeza y me observa a la espera de una crítica constructiva. Esa expresión de orientadora de instituto me saca de quicio.

—Pues que no eran verdades. Para empezar, no esperabas que me quedara en Tenerife. —Su silencio me retuerce el estómago—. Eso no era verdad, Dácil —insisto, ansioso por que me lo confirme—, y no me mientas para hacerme sentir mal. Al menos no me lo dijiste, ni que te importaba ni que esperabas algo de mí. Ya vale con el jueguecito perverso.

—¿A qué te refieres con «jueguecito perverso»? Solo trataba de llevarme bien con los chicos y las chicas de la excursión, de acercarme a ellos narrando una historia personal.

He estado varias veces cerca de perder la paciencia, pero es ahora cuando me veo en el límite.

—Y un cuerno. Solo tratabas de tocarme la moral. ¿No te da vergüenza esforzarte tanto por dar pena en público? —le ladro—. Pensaba que eso era lo que más odiabas en este mundo. La humillación. Esta vez ni siquiera tienes el consuelo de que otros te hayan puesto en una posición de inferioridad; te has rebajado tú sola. Tú sola, Dácil, porque no me has arrastrado contigo, créeme.

Mi réplica activa una tecla que jamás debería haber tocado. Su expresión se torna sombría.

—Y yo que pensaba que ya sabías qué es lo que más odio en el mundo. —Espeta a un palmo de mi cara. «Tú», gritan sus ojos chispeantes—. Lo de dar pena en público para acaparar la atención y ganarme el cariño de la gente lo aprendí de ti, ¿sabes? No sé de qué te quejas, porque al final resultaste ser toda una inspiración. Yo estaría muy orgullosa de haber dejado una huella tan profunda en los demás.

Me río entre dientes.

—Si este es tu comportamiento de mujer *no* despechada, no quiero ni imaginarme cómo actuarías si de verdad lo estuvieras. Escucha, Da, hazte un favor y no te pongas más en ridículo, deja las cosas como están.

Dácil abre la boca con las cejas combadas por la ira, pero no es su voz la que me paraliza.

—¿Qué pasa? —Se oye a Celia de lejos—. Y que nadie me diga que no pasa nada, porque este sitio tiene una acústica muy buena y he escuchado esto último.

Me giro hacia ella tratando de controlar la cara de espanto.

Ha dicho «he escuchado esto último».

¿Qué es «esto último»? He dicho muchas cosas. Demasiadas. Y todas horribles.

Me quedo en blanco haciendo el esfuerzo de recordar. Y mientras estoy organizando mis ideas para ser lo más honesto posible sin que el golpe duela demasiado, Dácil dice:

—Thiago no está de acuerdo en que me burle así de su colega. El chico con el que estuve el verano pasado es un amigo suyo y de Airam. —Aclara un instante después, en un tono calmado que nadie asociaría con el de una mentirosa—. Por eso y porque es incapaz de

empatizar conmigo, ha decidido ponerse de su parte.

El gesto confuso de Celia muta rápidamente a una mueca de contrariedad.

—¿En serio, Thiago? ¿De su parte?

Aún tardo un poco en contestar.

—Es mi amigo. —Me escucho decir, apenas sin voz.

En un segundo he visto pasar la vida por delante de mis narices, y no exagero. La relación con Celia es lo único de valor que puedo rescatar de mi rutina, lo único por lo que merece la pena entrar en una discusión con Dácil. Pero no es la sensación de haber estado a punto de perder lo poco que tengo lo que me tiene aturdido, sino que Dácil haya salido en mi rescate.

Menos mal que Celia no ve la cara de pasmo con la que miro a Dácil, o se habría dado cuenta enseguida de la trola.

—Aunque sea tu amigo, deberías verlo con objetividad —me reprende, pasando por mi lado para mostrarle su apoyo a Dácil. ¿La verdad? No creo que la halague y la persiga porque quiera convencerla para mediar entre Airam y yo. Dácil se ha ganado su simpatía por méritos propios—. Ese tío es un cerdo, lo mires como lo mires.

Estaba ocupado indignándome por el comportamiento de Dácil, pero que Celia, una persona ajena a nuestro conflicto (más o menos), una persona en cuyo sentido de la moral confío, opine eso de mí es… doloroso y, al mismo tiempo, esclarecedor.

Aunque no es como si yo no hubiera sabido todo este tiempo que mi papel es el de villano.

—Sí que fue un cerdo. Nunca lo he negado —contesto al fin, hastiado—. Pero los cerdos también tienen derecho a rehacer su vida, a tratar de hacerlo bien en la segunda oportunidad que se les ha concedido. Tienen derecho a pedir disculpas y a seguir adelante, se les perdone o no. Si quieren mejorar y ser felices, los capullos no pueden pasar toda la vida fustigándose, y oye, tampoco es justo vivir con rencor para la que sujeta la fusta. No podemos pasarnos la vida haciendo leña del árbol caído. Hay que dejarlo ir… —Mi voz se va apagando hasta que solo murmuro—: Eso es lo único que pretendía decir.

Celia se me ha quedado mirando pensativa, pero ahora solo tengo ojos para Dácil.

«¿Lo has entendido, Dácil? ¿*Me entiendes*?», le quiero preguntar.

No sé en qué está pensando. Se ha quedado muda, con cara de encontrarse muy lejos de aquí. Dudo que escuche lo que Celia le dice: avisa que va a salir porque no tiene cobertura y está pendiente de un mensaje de una amiga con mal de amores. Nos pide que dejemos de chillarnos, aunque solo sea porque pronto llegarán los turistas y no hay necesidad de montar un espectáculo ni de ser poco profesional, y desaparece mirando el móvil.

En cuanto Celia abandona la cueva, empiezan a cruzar por el pasillo todos los turistas que nos acompañan. Dácil no se mueve, y me gustaría pensar que es porque me ha entendido y quiere hacérmelo saber.

—Gracias por eso —le digo en voz baja, retirándome para que la ola de gente no me avasalle.

Al oírme, Dácil sale de su estupor.

Frunce los labios como si acumulara saliva para escupirme.

—No lo he hecho por ti, machango —espeta, malencarada—, sino por ella. No merece enterarse de lo que pasó entre nosotros de una manera tan asquerosa, contigo llamándome despechada. Bastante tendría con saber que eres infiel para encima añadir lo de mala persona.

Hasta que por fin lo ha dicho con todas las letras. *Mala persona*.

En eso me ha dejado. O en eso me he quedado.

Dácil sale de la cueva detrás del último turista, y yo me quedo en medio del pasillo con un palmo de narices.

No, no me ha entendido. Pero a lo mejor es porque no lo merezco; a lo mejor es porque no tengo siquiera una pizca de razón. No lo sé.

Ya no sé nada.

Capítulo 6

Vivir sin apéndice

Thiago

Como esta noche son muchos los pasajeros que prefieren alojarse en Las Palmas o alguno de los coquetos pueblecitos de Gran Canaria, el evento nocturno es incluso menos atrayente que el de ayer: maratón de películas. Han colocado un proyector en la sala de animación, que recuerda a un pabellón deportivo, y están reproduciendo una de las entregas de Batman que protagoniza Christian Bale, supongo que a petición de los clientes.

Evidentemente, Celia no está interesada en ver *Batman Begins*. Además, ha pasado el día trotando junto a Dácil, la niña de la energía envolvente. Es lógico que haya preferido recluirse en la habitación y descansar para afrontar con las pilas recargadas el largo día de mañana.

Yo no me he unido a ella. No estoy de humor para ser el novio perfecto, y de un tiempo a esta parte no suelo permitir que Celia me vea cuando no estoy en condiciones de darle lo que se merece: atención, para empezar, y el mismo cariño que ella me entrega. He preferido quedarme de brazos cruzados en la oscuridad del cine y con la mente en blanco.

Paseo la mirada por el salón recreativo, ahora sumido en la penumbra. Escucho al mayordomo de Bruce Wayne diciendo aquello de «hay personas que solo quieren ver arder el mundo», y pienso que tiene toda la razón. Las hay, como también hay personas

que solo quieren chamuscarse.

Estoy ansioso por encontrarme de nuevo con ella. Ni yo mismo quiero darme cuenta de que la estoy buscando, y ni siquiera sé para qué, si para pedirle perdón otra vez o para ensuciar más las aguas.

El caso es que Dácil no está por ninguna parte.

Acabo apoyado en la pared del fondo viendo la película sin mucho interés. Quienes sí se han quedado para la noche de cine son Leire y su novio Fede, y también Roberto, aunque al margen de la pareja para no molestarlos si quieren hacer manitas. Es un tío al que le importa poco la soledad, no le trastorna ni le preocupa la imagen que pueda transmitir desayunando a solas en una cafetería, yendo solo al cine o paseando con las manos metidas en los bolsillos.

Me dijo en una ocasión que sabe que es guapo y atrae a las mujeres, que a nadie le molestaría pasar el rato con él charlando, en la bolera o de fiesta, y que el solo hecho de que a la gente le agrade su compañía, de tener personas con las que matar las horas, ya le libra de la sensación de soledad aun cuando elige pasar la tarde en casa. No escoge los planes que se disfrutan con uno mismo porque no le quede otro remedio, sino porque lo prefiere.

Ojalá todos pudiéramos decir lo mismo.

Airam ha estado dando vueltas por la sala hasta la hora en que se cierra el bar. Leire y él ya coincidieron la otra noche, cuando ella fue a pedir las copas, y no ha sucedido ninguna catástrofe. Leire sigue cogida del brazo de Fede y Airam sigue esforzándose por hacer bien su trabajo. Pero eso no quiere decir que por dentro no lo estén lamentando, ¿verdad? Por fuera, yo también puedo parecer en plena posesión de mis facultades cuando, en realidad, ya no sé pensar en otra cosa que no tenga que ver con la princesa Dácil.

Lo único que puede sacármela de la cabeza es Airam y la turbación que sospecho que debe de estar sintiendo. Me gustaría acercarme y preguntarle cómo está, si lleva bien el reencuentro, aunque sé que no me lo va a decir. Quizá no lo hiciera aunque recuperáramos nuestra amistad. Pero no necesitaría sincerarse, porque lo conozco como a la palma de mi mano y le veo en la cara la incomodidad.

Qué sensación tan extraña. No tengo referencias de haberla vivido antes y por eso no sé cómo enfrentarme a ella: la de conocer

a alguien tan bien, la de poder recitar sus manías de memoria, la de saber que lo último que hizo antes de acostarse es quitarse los calcetines con los pies y lo primero al levantarse, refunfuñar porque no los ha encontrado, porque las sábanas los han abducido, y, sin embargo, no tener ni idea de qué ha pasado en su día a día durante el último año. Lo sé todo sobre Airam y ahora mismo me veo obligado a tratarlo como a un desconocido.

Es desconcertante.

Salgo de la sala de proyección con las manos en los bolsillos, invocando mentalmente a alguno de los dos Oramas para, al menos, zanjar alguno de mis asuntos pendientes.

Pensaba que antes me encontraría a Dácil usando sin permiso las instalaciones reservadas a los clientes, pero no es ella la que, aprovechando que el pasillo está desierto, me agarra por el cuello de la camiseta y me arrastra hasta la pared.

Aunque podría haber sido ella.

Me quedo tan aturdido por el impacto —aunque no me hago daño— que tardo en enfocar la vista.

Airam me está mirando con los ojos echando chispas.

—¿Qué te he dicho sobre acercarte a mi hermana? ¿Es que tengo que obligarte a firmar una declaración jurada, o qué? No la mires, no le hables, no la toques. ¿Te enteras?

—¿A qué viene esto? —Reírse no es buena idea, pero se me escapa una risita incrédula. Levanto las manos—. No puedo evitar estar en su radar, Airam. Es la guía turística y Celia y yo nos hemos apuntado a todas las excursiones del crucero.

—Tú sabrás lo que le has hecho. Se ha ido a la cama bastante tocadita, y eso solo lo consigues tú. Es que no puedes estarte quieto, ¿eh? Es superior a ti.

Debería cabrearme por su chulería o por lo menos intentar defenderme, pero lo conozco. Sé cómo es, y algo aún más importante: sé cómo *no* es. No es agresivo ni lucha las batallas de su hermana. Solo está enfadado y necesita una vía de escape.

—Oye, si quieres desahogarte, acorralarme contra la pared no es la mejor idea.

—Mi plan era partirte la cara —reconoce abiertamente, mirándome a los ojos—. Acorralarte es solo el primer paso.

—¿Y a qué esperas? No me estoy moviendo. —Me encojo de

hombros, sin miedo. No, no es agresivo. Sé que no me va a hacer nada—. A lo mejor eso es lo que deberías haber hecho en su día, sacarme una muela de un puñetazo y que luego todo volviera a la normalidad.

—¿Cómo iba a volver todo a la normalidad, si ya habías jugado con la persona que más quiero? Yo sé que me conoces bien, Thiago. Sabes qué teclas tocar para enfularme[14]. No lleves todo esto al límite, no la jodas, y tú y yo coincidiremos lo menos posible en este crucero.

—Probablemente esto que voy a decir me cueste ese puñetazo, pero no soy yo quien la busca. Tú conoces a tu hermana. Sabes que es vengativa. Ella va a partirme la cara, lo hagas tú o no.

—Es uno de los motivos por los que la quiero tanto. Porque defiende lo que es justo.

Me suelta por fin y da un paso atrás.

Todavía lleva el polo de trabajo. Le está grande, como prácticamente todas las tallas que no son *slim* o la dieciséis de la sección infantil de Primark. Es y será un cuerpo-escombro haga lo que haga, aunque no es que haga mucho: los dos sabemos —aunque ninguno lo reconozca— que cuando dice «voy al gimnasio», entra, se compra una bebida energética —un Monster, a poder ser—, se da un paseo alrededor de las pesas y se sienta a hablar con las señoras mayores de sesenta que adoran la zumba. Su complexión le da el toque de chaval descuidado que no se corresponde del todo con su personalidad. Sí que es desordenado: había que recoger la basura que dejaba a su paso, en su mayoría envoltorios rasgados de Snickers y otras chocolatinas que le provocaban subidones de azúcar —parecía emborracharse, el cabrón—, pero nunca hacían que engordase. Sí que era un desastre con los apuntes —ha estado practicando la letra de médico desde el inicio de la carrera— y con sus horarios de estudio. Estaba harto de que me despertara a las cuatro de la madrugada, cuando se ponía *Cotton Eye Joe o Mambo No. 5* para bailar como un loco por la habitación —y cantarlas con un inglés pésimo, salvo el «*a little bit of Monica in my life*», porque durante un tiempo estuvo obsesionado con una tal Mónica— y así desconectar de los cuarenta y cinco temas que acababa de empollarse.

Pero al mismo tiempo, era la persona más responsable con sus

relaciones que he conocido en mi vida. No le pesaba sobre los hombros la obligación autoimpuesta de rescatarnos a todos de nosotros mismos: a mí de mis tendencias destructivas y mi miedo a la intimidad, a Dácil de su orgullo imposible, a tía Jana y a tío Jaime de sus dificultades para pedir disculpas o reconocer sus errores, a la abuela Candelaria de su falta de sensibilidad…

Sin Airam, todos nos habríamos ido a la mierda hace mucho, muchísimo tiempo.

Que es justo donde estoy yo desde que no está conmigo.

Sé que él también se está acordando de nuestra vida en el piso, el mismo en el que perdíamos a los inquilinos de la otra habitación cuando se daban cuenta de que nunca compartiríamos nuestra complicidad con nadie más.

Lo sé porque su expresión rabiosa se intensifica.

—¿Por qué tiene que ser así? —masculla por lo bajo, rendido. Se lleva las manos a los rizos castaños, como si se estuviera volviendo loco—. ¿Por qué tuviste que hacer esa mierda?

No sé cómo responderle a eso sin avivar su ira, de modo que cambio de estrategia.

—¿Estás bien? —pregunto, arriesgándome a ponerle la mano en el hombro.

Debe de estar verdaderamente afectado por Leire, o por mí, o por lo que sea, porque suelta un bufido.

—No, no estoy bien. Estaría bien si solo estuvieras tú en este barco, o solo Leire, o solo Maday. Pero todos al mismo tiempo… Chiquita tortura, cabrón. Es el lema jodido de los mosqueteros: uno contra todos, todos contra uno.

—Ninguno está contra ti. Eres tú quien está contra nosotros.

Airam alza las manos, como diciendo «mejor cierra el pico, porque no puedo lidiar con esto ahora mismo». Se da la vuelta, meneando la cabeza, y desaparece por el pasillo en dirección a no sé dónde. Solo sé que es una dirección distinta a la mía, alejada de donde yo estoy, de donde me gustaría que estuviéramos.

Estoy a punto de ir detrás de él y acorralarlo, como acaba de hacer conmigo, hasta que le entre en la cabeza que yo no lo llamé porque él no me llamó a mí, porque al batirse en retirada entendí que estaba todo perdido. Hasta que sepa que una cosa no ha cambiado: que sus dolores son los míos y que saber que está bajo el

mismo techo que yo me rompe el corazón. Pero él desaparece antes de que yo pueda siquiera tomar aliento, el primero desde que me ha mirado como si no pudiera más.

Celia cree que el universo me está dando una segunda oportunidad con los Oramas, pero cada día que pasa estoy más convencido de que solo es una manera de vengarse. No puedo coger el toro por los cuernos, como ella me anima a hacer. El toro está todavía demasiado embravecido para que me acerque sin recibir una cornada.

Coño, Celia.

Tal vez porque he visto mi vida pasar por delante de mis narices demasiadas veces en la jornada de hoy, de pronto me siento inspirado para ir con ella y contárselo todo. No puedo esconderme más. Tarde o temprano saldrá a la luz, y ya hay demasiada gente dolida para, encima, sumarla a ella al carro.

Así pues, me encamino a nuestro camarote y entro sin llamar a la puerta.

Celia está sentada en medio de la cama con las rodillas recogidas contra el pecho. Lleva solo el sujetador, los *shorts* de algodón que usa para hacer deporte y el pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza. Como siempre que se concentra en pintarse las uñas de los pies, cierra un ojo y se muerde la punta de la lengua.

Nunca he sabido cómo eso la ayuda a atinar mejor, o por qué abre la boca mientras se aplica rímel, pero bueno, supongo que hay misterios femeninos que tienen su encanto precisamente por eso, porque son incomprensibles.

—Tenemos que hablar, Celia —anuncio sin más, inmóvil junto a la puerta.

Ella no aparta la mirada de la uña del meñique. Se la está pintando del mismo azul celeste que sus ojos, esos ojos que no se molestan en mirarme cuando dice con absoluta naturalidad:

—¿Hablar de qué? ¿De que estuviste liado con Dácil?

Se toma su tiempo para alzar la barbilla y aguardar mi respuesta con expectación.

Pensaba que el nudo en la garganta no me dejaría hablar, pero he subestimado la confianza que tengo con Celia. Me siento tentado de suspirar al sentarme en el borde de la cama, prudentemente alejado de ella, pero no lo hago porque tengo clavados los

reproches de Dácil sobre mi victimismo.

Puedes hablar como un adulto, sin flagelarte. Puedes y lo vas a hacer, porque tú no eres el que ha sufrido en esta historia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Hombre, no habéis sido lo que se dice sutiles. —Comenta en voz baja, con un leve tono burlón. Ladeo la cabeza hacia ella y la pillo a punto de reírse, seguramente de pura resignación—. Además… has dicho su nombre en sueños muchas veces. Sabía que había algo raro, y ella me lo ha confirmado con su modo de comportarse.

No debería sorprenderme. Celia nunca ha tenido un pelo de tonta. Distinto es que evite la confrontación, y no porque tema los conflictos o porque no sea resolutiva, sino porque le parecen una pérdida de tiempo.

—Vaya, lo siento muchísimo. —Me rasco el cuello por darles una utilidad a mis manos—. Eran pesadillas, ya ves. Los perdí a los dos a la vez, me fui de muy mala manera, y todas las historias que no he logrado zanjar tienden a perseguirme.

Celia asiente con la cabeza. Deja a un lado el esmalte y cruza las piernas en la posición del loto. Creo que es ahora, erguida como un jefe indio, con su moño de irse a dormir y la cara lavada, cuando más la quiero. No sé si es verdad que existen dos tipos de mujer, la traicionera y la santa, pero desde luego en mi vida hay una clara distinción.

Dácil es el puño de hierro. A través de Celia, en cambio, podría aprender a perdonarme.

—Está claro que te persiguen. Dácil no parece dispuesta a soltarte así como así. Pero tú solo respóndeme a una cosa: ¿debería preocuparme?

Celia hace siempre la pregunta exacta.

—No, claro que no. Me ha estado torturando con contarte que el verano pasado hubo algo entre nosotros, y yo lo he permitido porque me turbaba la posibilidad de… de perderte.

Ante mi dificultad para reconocer el miedo, ella me sonríe burlona.

—Si te pones un poquito cariñoso en estas circunstancias no va a pasar nada, ¿eh? —Estira la pierna para empujarme por el brazo con el pie. Yo dejo que mi cuerpo siga la inercia del empujón,

sonriendo sin fuerzas—. Cuéntamelo y así te lo quitas de encima.

Me miro las palmas de las manos en busca de inspiración.

No va a ser difícil sacarlo del rincón de la mente donde lo he desterrado porque me aterre la reacción de Celia. He tenido tiempo para asustarme por eso, y de tantas veces que la he imaginado respondiendo de mil maneras diferentes a mi engaño, poniendo el grito en el cielo o ignorándolo sin darle importancia, sea lo que sea que haga lo sentiré como un *déjà vu*.

Es el solo hecho de rememorar lo que amenaza con quitarme la cordura.

—Tuvimos un… rollo de un par de semanas. Al principio ella solo quería usarme para perder la virginidad. Le dije que no unas cuantas veces, pero insistía e insistía y al final cedí.

—No pongas esa cara de «qué tortura». —Me regaña, al borde de la risa—. Eres un hombre, ¿no? Te lo pasaste pipa.

—No caí porque «fuera un hombre» —corrijo. *Ya que estamos sincerándonos, contemos toda la verdad*—. Habría acabado haciendo lo que ella me hubiera pedido porque… porque, bueno, no es cualquier chica. Y siento no haberte tenido en cuenta a la hora de dejarme llevar —añado a toda velocidad, temiendo que se quede con esa verdad escalofriante, ese «no es cualquier chica»—. Siento no haberte visto aunque hubieras estado siempre en medio, pero esa es la verdad. Ni yo lo percibí como un engaño porque no os tenía presentes a las dos.

Celia me sonríe, entre compasiva y perpleja por mi respuesta.

—Yo no estuve en medio, Thiago. Tú y yo éramos nada. No me debías lealtad.

Su comentario me deja de piedra por un momento.

—¿Ves? —Es tal el alivio, que me pongo en pie de un salto—. ¡Gracias, Dios, gracias! ¿Por qué no vas y se lo dices a ellos? Yo pensaba así, por eso actué como actué…

—Tampoco te vengas arriba, chaval —me advierte, levantando una mano—. A toro pasado me es facilísimo perdonarte un lío, porque ahora estamos bien y somos fuertes para superar el bache. Pero si hubieras vuelto a Madrid ese verano diciéndome que habías estado con Dácil, se me habría ido la olla, te lo aseguro. Sobre todo después de ver sus fotos. —Agrega en voz baja, levantando las cejas.

Sí, lo sé, yo también flipo con sus fotos.

Asiento como un corderito y vuelvo a sentarme.

—Sí, lo sé, lo siento.

—De todos modos, yo también tuve lo mío en el festival de Benicàssim —continúa como quien no quiere la cosa, estirando los dedos para soplarse las uñas. Me mira de soslayo—. Era un desconocido y no pasamos de la tercera base, que conste, pero para que veas que aquí nadie fue un santo.

—¿Tercera base? —repito, anonadado.

—Sí, ya sabes… —Agita la mano para abarcar unos detalles que yo debería conocer—. Besos, toqueteos, nada sexualmente definitivo.

—¿Toqueteos de qué tipo?

—De los que se dan por encima de la ropa.

—¿Tren superior o tren inferior?

Celia abre la boca para contestar, pero acaba mirándome con la risa bailando en los ojos.

—¿Te está poniendo cachondo esta conversación?

Miro al techo con inocencia.

—¿Cómo de mal estaría que dijera que sí?

—Fatal, porque me estarías mintiendo. Solo quieres desviar el tema.

Odio que me conozca tan bien.

—Ese tío no significó nada —prosigue, y vuelve a poner su cara de «esta-es-una-conversación-seria»—, y sé que es un tópico que se dice, pero no es menos cierto. Estaba desesperada porque contestabas mis mensajes cada diez años, apenas estabas activo en redes, no sabía qué hacías, y ese tío me hizo el caso que tú no me estabas haciendo, así que, ¿por qué no? Yo ya di por hecho que tuviste tus rollos ese verano, y me asusté, incluso, porque cuando volviste estabas… diferente. Tocado.

—Siempre he estado tocadito —replico con sarcasmo—. Por eso me quieres, ¿no?

—Sí, siempre has tenido tus cosas, y yo asocié esa distancia entre el mundo y tú, el comportamiento errático, las pesadillas y las miradas perdidas, a lo de Airam, pero sospechaba que había… algo más. Algo *muy* grande. Pero como no se te puede preguntar nada sin que huyas, preferí mantener la boquita cerrada para conservarte. Yo también estoy tocadita, ¿ves?

—Joder, Celia, eso es una mierda —murmuro.

Aprovechando que tengo cerca su pie estirado, le rodeo el tobillo con los dedos y le hago cosquillas en torno al hueso, un punto que sé que es sensible a las caricias. Ella suelta una risita desinflada y retira el pie con la excusa del esmalte.

—Lo es. El caso es que lo que yo tuve con ese desconocido es diferente de lo que tú hiciste con Dácil, ¿verdad? Tiene otras connotaciones. Por eso insisto, Thiago, en si debería preocuparme. —Me dirige una mirada insondable que amenaza con atravesarme—. Dime la verdad, por favor.

¿Por qué no me ha pedido una verdad a medias? O una verdad edulcorada. O una mentira estupenda. Eso podría gestionarlo ella y podría gestionarlo yo. Pero ah, Celia Lorente es de esas mujeres a las que les gusta el camino largo, el camino angosto, el camino que a veces conduce a callejones sin salida.

—La verdad no es algo fácil de contar —reconozco a mi pesar.

—Te aseguro que no va a ser más fácil escucharla, pero me siento fuerte.

Una parte de mí se alegra de que Celia desee la verdad tanto como yo deseo contarla. Temía empezar a narrar los detalles escabrosos de mi verano de fantasía con Dácil y que ella no pudiera soportarlo; que, de hecho, se tomara mi desahogo como un acto de egoísmo, una expiación de mis pecados sin un ápice de empatía.

—He estado enamorado de Dácil desde que la conocí.

Hago una pausa para dejarlo reposar, para vigilar mis emociones después de soltarlo. Es la primera vez que lo digo en voz alta, sin tapujos, y lo siento como si me abandonara una parte de mí. Solía decirme que no me sinceraría hasta que Dácil estuviera delante, dispuesta a escucharlo y a responderme que sentía lo mismo. Así rellenaría ese espacio de mí donde reposaba el secreto con su amor correspondido y nunca experimentaría la desazón del vacío tan inmenso que me quedaría después. Pero no es ella la que está delante, ni tampoco siente nada remotamente parecido. Con el secreto revelado, ya solo soy un caparazón vacío.

—Eso del amor a primera vista es verdad, te lo juro —prosigo con dificultad—. Pero no era un enamoramiento… activo, por así decirlo. No es que pensara en ella cuando estaba tonteando contigo, ¿entiendes? No es que la comparara con todas las chicas que

conocía, ni que las buscara idénticas, ni que el hecho de no estar a su lado en todo momento no me dejara vivir. Ella era como mi apéndice. Estaba ahí dentro, pero no la notaba hasta que se inflamaba y me subía la fiebre. Solo enfermaba cuando la tenía delante, en esos veranos de los que luego volvía como un veterano de guerra, aturdido y estresado.

—¿Una apendicitis? Vaya metáfora. —Su carcajada sincera me ayuda a liberar parte de la tensión, y aunque estoy mareado y me duele el estómago, le devuelvo la sonrisa—. Esfuérzate un poco más, que acabas de graduarte en Literatura.

—Eso no me convierte en poeta, cariño. En fin… Cuando se dio la oportunidad de estar con ella, la acepté sin atenerme a las consecuencias. Como ya podrás imaginarte, se acabó bien rápido. Y se debió a que tenía… a que *tengo* mis dificultades para cruzar ciertas líneas de intimidad con los demás.

«¿Qué dices, imbécil? Sé sincero. Di la verdad. Es lo único que te ha pedido».

Carraspeo y la miro con resignación.

—Y porque soy un cobarde.

Esperaba que Celia me pidiera más detalles. «Cobarde ¿en qué sentido? ¿La sigues queriendo ahora, a tus veintiséis? Conmigo sí has cruzado esas líneas, ¿a que sí?». Pero no es eso lo que pregunta tras un buen rato asimilando la conversación.

—¿Estarías con ella hoy si fueras más valiente?

Ah, joder con Celia Preguntas Exactas. Celia Preguntas Difíciles. Celia Preguntas Que No Quiero Responderme Ni A Mí Mismo.

—A lo mejor sí, a lo mejor no. Se puede vivir sin el apéndice, ¿no? —Encojo un hombro—. De hecho, si no lo extirpas cuando se infecta, la palmas.

Celia no se da por satisfecha. Me mantiene la mirada a la vez que hace un pedido silencioso con los ojos.

«Dame más».

—A ver… —Miro al techo en busca de energía e inspiración—. Creo que uno no puede explicar a Dácil si la persona que escucha no la ha conocido. Y tú la has conocido, aunque sea superficialmente. Es un fenómeno de la naturaleza que todo lo arrasa. Si hubiera sido valiente, tal vez lo habría intentado, pero

tengo la sensación de que no habría cuajado. Siempre me ha vuelto loco, y habríamos llegado a un punto en el que no lo habría soportado.

Eso es mucho suponer. Celia lo sabe, porque tuerce el gesto y se queda un rato pensando.

No estoy siendo del todo sincero, y me odio por ello, pero es que no puedo destapar más aún el rincón donde tengo guardada a Dácil y dejar que la miren. Lo que pasa con Dácil, lo que pasa conmigo cuando hablamos de Dácil, me pertenece solo a mí. Y no hay una forma suave de decir que me habría dado igual volverme loco por su culpa. De algo hay que morir. Y ella siempre me ha gustado como contrincante a las cartas, como chica a la que abrazar por las noches y como veneno letal.

—¿Y echas de menos que alguien te saque de quicio? —pregunta Celia de pronto.

¿No me puede preguntar si a ella, a mi novia, la quiero más, como la puñetera gente normal? Porque para eso tengo preparada una respuesta estupenda: «A diferencia de Dácil, tú me das lo que quiero ahora. Paz y tranquilidad».

—Al principio sí, pero porque ya me había acostumbrado a esa definición del amor. Al doloroso, difícil, devastador… El que te cambia la vida. Ahora no. No quiero la jaqueca constante, ni el borde del precipicio. Eso es madurar, ¿no? Dejarse de jueguecitos e ir a que lo arrope la mujer con la que de verdad se puede construir algo serio.

—No hables así de ella. —Me regaña con ternura—. Aparte de que no te pega nada, seguro que con Dácil también se puede construir algo serio, solo que no le diste la oportunidad.

No vayas por ahí, por Dios.

Odio cuando se pone a hablar de segundas oportunidades.

—¿No deberías odiarla, o algo así? —Me rasco la nuca, incómodo.

—¿Debería? —Me devuelve la pelota enarcando las cejas—. Dímelo tú, Thiago. Solo la odiaría si se interpusiera *ahora* en mi camino. Y no puedo prometerte que fuera a hacer algo con ese odio, porque me solidarizo con ella. Yo también te he sufrido, ¿sabes? Tenemos mucho en común.

»¿Entonces? —insiste al ver que no contesto—. ¿La odio o no la

odio?

—No lo hagas. Parece fácil, pero no se puede, y si lo intentaras, te acabarías desquiciando. Y lo que quería decir antes no es que Dácil no merezca… oportunidades, sino que con ella todo es una guerra. No puedo imaginarme el futuro a su lado sin quedarme calvo a los treinta.

«Y, sin embargo, el futuro se sigue acercando y tú tiras de su recuerdo como el mendigo arrastra sus pocas posesiones. Ella tiene que entrar contigo en cada dimensión de tu mente, en cada dimensión del mundo, en cada atajo que tomas para huir de lo que te hace sentir».

Oh, por favor, cállate, Shakespeare de pacotilla.

Celia me devuelve de nuevo a la realidad.

—¿Y conmigo?

—¿Tú qué crees? ¿No estoy contigo, acaso? Claro que veo el futuro a tu lado.

—Lo pregunto porque hay gente que no está hecha para una relación lo que se dice… normal. O sana. —Ella misma arruga el ceño al pronunciar esas palabritas. Pero hoy no va a iniciar un debate filosófico sobre lo que es y lo que no es normal—. A lo mejor tú, por más que desees ser el novio ideal de una chica que no da problemas, estás cortado por otro patrón y debes obedecerlo para ser feliz. A lo mejor en paz estás bien, pero solo en guerra eres feliz. Hay gente así, Thiago. Hay gente para todo. Tal vez a ti las jaquecas no te duelan como a los demás. Tal vez a ti las jaquecas te ayuden a pensar mejor. Tal vez a ti no te dé vértigo el borde del precipicio. Tal vez a ti te conmuevan las vistas y te sientas vivo desafiando la muerte…

»Mira, no me apetece meterme en esa conversación, la verdad. —Se interrumpe, molesta con su tendencia a la asertividad. Seguro que le arde ser tan cabal y querría poner el grito en el cielo como cualquier mujer visceral—. Yo solo quiero que seas siempre sincero conmigo, ¿vale? Y quiero también dejar el papel de chica comprensiva y en apariencia tonta que he desempeñado todo este tiempo. Paso de seguir haciendo la vista gorda, y paso de ser permisiva con todas tus neuras solo por conservarte. De ahora en adelante, dímelo todo y responsabilízate tú de lo que hagas, ¿de acuerdo?

—Prometido.

Celia y yo nos aguantamos la mirada en silencio, yo pendiente de su siguiente paso y ella sumida en sus pensamientos, con un aire saturnino que no le he visto nunca.

Jamás la he tenido por una idiota que no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor, pero tampoco se me había pasado por la cabeza que sería plenamente consciente de lo que me ocurría y decidiera ignorarlo para mantenerme a su lado.

Me dan ganas de decirle que no soy tan especial. De que no soy su única opción. Si Celia da una patada al suelo, le salen pretendientes hasta de debajo de las piedras; todos ellos con ramos de flores en la mano, sin amores frustrados y con la cabeza bien puesta sobre los hombros. Pero ¿tengo que sentirme culpable porque ella me haya elegido a mí? Celia no se conforma conmigo porque no sepa que merece algo mejor o porque no sea consciente de que hay quienes suspiran por un mensaje suyo. Yo ya me he hecho cargo de mis defectos; no puedo, además, sentirme culpable porque a ella le gusten, ¿no? Si acaso, puedo sospechar del porqué. A lo mejor solo le atraigo porque tiene complejo de salvadora y yo soy el desastre perfecto al que atraer hacia la luz, el hombre al que sacar del pozo y convencer de que puedo ser feliz y de que ella es la única. No sería raro. Su película favorita es *La bella y la bestia*, y ni que fuera la primera mujer que sueña con protagonizar una dinámica Disney.

Sea como sea, me gusta ser especial para Celia.

Al poco rato, retoma su sesión de belleza cogiendo el esmalte.

—Entiendo lo de Dácil, aun así. —Agrega en tono amistoso—. Es una tía espectacular.

—A ver si lo adivino: no te acercabas a ella para que le hablara bien a Airam de mí, sino para averiguar lo que estaba pasando.

Ella me echa una miradita elocuente que me hace reír.

—Por suerte, las mujeres podemos hacer dos cosas a la vez. Una la estaba haciendo por ti, y la otra por mi bien. Lo que he descubierto yo sola, por cierto, me ha dejado sorprendentemente tranquila.

—¿Que es…? ¿Y por qué «sorprendentemente»?

Celia me mira a los ojos.

—Si quisieras que ella volviera a ti, solo tendrías que pedirle

perdón. Todavía te quiere. Y tú no eres ningún imbécil. Lo sabes, sabes que tiene una debilidad llamada Thiago, y aun así te quedas conmigo. Por eso estoy relajada. Y complacida. —Me guiña un ojo—. Que me elijas cuando la otra opción es la exótica princesa Dácil es un honor.

Aunque su conclusión me pone el vello de punta —«Todavía te quiere»—, elijo concentrarme en sus ojos brillantes y alegrarme de que esté conmigo. Si hubiera tenido esta conversación con Dácil, habrían llovido toda clase de utensilios punzantes y yo habría acabado desmembrado en el fondo del Atlántico.

Está bien resolver los conflictos de forma adulta. Pero hay muchas incógnitas que se quedan flotando en mi cabeza.

«Seguro que con Dácil también se puede construir algo serio, solo que no le diste la oportunidad».

Esa palabrita puede destruirme.

«Oportunidad».

—Voy a subir a cubierta a echarme un piti —anuncio, tratando de disimular que estoy abrumado—. Vuelvo en un rato, ¿vale?

—Vale. Si estoy dormida, mala suerte para ti.

—¿Mala suerte? Imposible. —Le lanzo un beso en cuanto tengo el tabaco de liar en la mano—. Contigo solo he recibido bendiciones, guapita.

Ella sonríe, encantadora, y yo salgo del camarote siendo consciente de que estoy huyendo de lo que me esperaba si seguíamos hablando: un polvo de reconciliación que quizá nos habría unido un poco más.

No es mentira, ¿eh? Es verdad que solo he recibido bendiciones con Celia. Pero está claro que no me las merezco, porque la verdad… La verdad es que a mí la apendicitis me sigue doliendo menos que vivir sin apéndice.

Capítulo 7

Si el amor es coincidir, desde hoy dejo de creer en el azar

Dácil

Me había emocionado creyendo que Thiago y Celia se desmarcaban de las rutas turísticas. No se presentaron al paseo por Las Palmas del día siguiente y decidí tomármelo como una señal de que el destino por fin respetaba mis pobres nervios. Por mi parte, agradecí el detalle al universo evitando el evento nocturno de esa noche: si él no los mandaba en mi busca, yo tampoco iría a su encuentro.

No pasa nada si de vez en cuando no me meto en problemas.

Pero cuando el barco atraca en Lanzarote unas cuarenta y ocho horas después, los veo descender preparados para la ruta por la isla más cercana a África. No van solos; los acompaña el mismo chico del otro día, Leire y el notas con el que se la ve en actitud empalagosa.

Me pongo en guardia en el acto, no tanto por el golfo y su novia como por el inminente reencuentro con la ex de Airam. La he evitado en la medida de lo posible —no me ha costado mucho: unas pocas horas en el barco me sirvieron para desentrañar sus pasadizos secretos, y ahora sé desvanecerme en el aire—, pero no podré huir de ella para siempre. Y Airam tampoco, que no suelta prenda sobre cómo se siente respecto a la coincidencia.

En parte porque no me perdona que lo juntara con Maday.

—Manda huevos —se limitó a comentar mientras limpiaba la barra. Como es el último mono y se le da como el culo servir, le han concedido el dudoso honor de cerrar el bar cuando acaban los eventos y de dejarlo como los chorros del oro—. Parece que los dos unieron fuerzas cuando volvieron a Madrid y se pusieron de acuerdo para echarse pareja.

Con «los dos» se refiere a Thiago y a Leire, claro está.

—¿El pibe con el que se acurruca es su novio?

—Sí. Me lo presentó anoche. ¿Sabes cuánto llevan juntos? —preguntó, pero enseguida se disuadió de hablar del tema—. Mejor olvídalo. No quieres saberlo.

—¿Empezaron a salir en cuanto te dejó? —Airam no contestó. Sé que está muy feo decirlo, pero me dio un subidón de adrenalina y hasta me emocioné al saber que Leire había hecho algo mal—. ¿No es ese un excelente pretexto para perdonar a Maday? O sea, Leire ha aparecido con un nuevo novio. Uno que se echó tan pronto como te abandonó sin miramientos en Tenerife. ¿No te hizo Maday un favor, en realidad?

Airam dejó de frotar una mancha molesta y me miró con hostilidad.

—Al revés, mi niña. Que Leire esté cerca me recuerda más a menudo que Maday se metió donde no debía.

—¿Y eso es algo malo? ¿Es que todavía la quieres, o qué? Porque ella no parece echarte mucho de menos.

Airam se rio con sarcasmo.

—¿Se supone que esa eres tú intentando consolarme?

—No. Soy yo tirándole a Leire toda la mierda que puedo para dejar a Maday libre de pecado.

—Da, te quiero, pero métete en tus asuntos. Me parece que tú, al igual que yo, tienes mucho en lo que pensar como para andar malmetiendo.

—¡Estoy *bienmetiendo*! Y si lo dices por Thiago…

Me fijé en que presionaba los labios, y entonces lo entendí.

Ni Leire, ni Maday. Lo que de verdad está matando a mi hermano es lo de Thiago. Y saberlo y no hacer nada al respecto me está pesando, porque sé que el desaliento es mutuo y que se quieren con locura. Airam dice que ni malmeta ni *bienmeta*; tan solo que me mantenga al margen. Pero no puedo evitar sentirme culpable

cuando su relación con Thiago se fue al carajo por mi culpa.

Sé que debería haber aprovechado ese momento de intimidad en la piscina para decirle, alto y claro, que tiene mi bendición para perdonarlo. Más allá de que mi hermano pueda opinar por sí mismo y siga pareciéndole una traición asquerosa que Thiago y yo hiciéramos lo que hicimos, sé que puedo interceder por el tercero en discordia y limpiar su nombre. Pero ¿cómo voy a limpiar el nombre de un tío que insiste en hacerlo todo mal?

Se lo planteé a Maday cuando volví al camarote esa misma noche, lamentando no haber seguido la conversación. Airam no me había dicho «cierra el pico, Dácil», «no pronuncies su nombre» o cosas similares. Se había quedado callado, seguramente receptivo a una charla sobre nuestro fantasma común. Quizá hasta esperó de mí un «te permito que Thiago vuelva a la familia» como agua de mayo. Pero esas palabras me habrían quemado en la garganta como a un escupefuego novato. Por eso las dejé pudrirse dentro… una vez más.

—Thiago es infiel e irresponsable con las pibas —me dijo Maday con su inmensa sabiduría de dalái lama. Incluso me estaba esperando sentada en la posición del loto, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. La envolvía la dichosa humareda del cigarrillo que creía disfrutar, cuando en realidad solo le provocaba más ansiedad—, pero no es mal amigo. No creo que estés yendo contra tus principios al decirle que lo perdone, porque no le estarías pidiendo que disculpe lo que te hizo a ti o a Celia, sino lo que le hizo a él… que fue nada.

—No fue «nada». Lo que me hizo a mí es como si se lo hubiera hecho a él.

—No sois siameses, Dácil. Que tú lo odiaras nunca hizo que Airam también lo despreciara solo por seguirte la corriente. Tu hermano ha sabido separar en todo momento tu relación con Thiago de la que él tenía, o no lo habría vuelto a invitar a casa desde el verano en que le declaraste la guerra.

No me quedó otro remedio que suspirar, molesta con su lógica.

—¿En serio quieres que interceda por Thiago? Di que deseas mi muerte y ya está, es más rápido.

—Insisto. No puedes pedirle a Airam que sacrifique su amistad para ofenderse porque no quisiera formalizar contigo.

—Yo no le he pedido nada. Fue *él* quien decidió echarlo de casa. Él solito —le recordé, feliz de poder sacarme las culpas de encima.

—¿Tú de verdad crees que si Airam te viera reconciliada con Thiago, o por lo menos supiera que has superado lo que pasó, no volvería a darle la bienvenida a su vida? *Chos*, Da, pensaba que en esta habitación había una persona que conocía bien a Airam. ¿Vas a hacer que sea yo?

—Las dos lo conocemos perfectamente. De hecho, tú lo conoces mejor, si llegasteis a liaros alguna vez, porque esa es una faceta de Airam con la que jamás tendré la mala suerte de tratar.

Maday se cerró en banda a seguir por ese camino y quedamos en que no me salía de dentro perdonarlo, como no me salía en el pasado olvidar las conmovedoras palabras que me dedicó indirectamente en las perseidas. Maday acabó suspirando, fiel a su lenguaje no verbal. Sabe que, en mi caso, el tiempo no borra las ofensas. Lo único que me salva de mis rencores eternos son unas disculpas sinceras y entender por qué el acusado actuaría como lo hizo, y ni he recibido lo primero ni me han iluminado aún con lo segundo. Me digo que, si así fuera, si se cumplieran las dos condiciones, podría abrazar a Thiago y liberarme a mí misma de un desprecio que no me cabe en el cuerpo. Pero cuando lo veo unirse al grupo cogido de la mano de Celia, riéndose de algo que le acaba de decir, tengo la impresión de que no voy a superarlo jamás.

Es obvio que se llevan bien. Se llevan más que bien. Thiago se siente cómodo con ella. Y me habría dolido menos una puñalada en el corazón que verlo reír y recibir besitos juguetones durante el trayecto en la guagua de hace dos días, cuando nos dirigíamos a Gáldar. No he podido dormir por las noches pensando que Celia tiene en un altar a un tío que no la respeta, pero si solo fuera eso, si solo fuera rabia, acabaría conciliando el sueño, aunque expuesta a las pesadillas. Por desgracia, no solo me revuelve las tripas haber participado en un engaño, fueran técnicamente cuernos o no. Me revuelve las tripas que me haya superado; que se largara de buenas a primeras, dejando solo recuerdos amargos, y que Dios lo premiara con la nueva niña de sus ojos en lugar de hacerle pagar que me dejara hecha un despojo.

No me gusta sentirme mala persona. Me abruman mis propias emociones y detesto verme al límite de mi autocontrol. Trato de ser

buena conmigo y repetirme que es humano darle la espalda a la divinidad o al karma por no haber obrado su magia contra quien merecía un escarmiento. Intento convencerme de que solo deseo ser justa. Quiero que Thiago le diga la verdad a Celia, y esto es algo más complicado: quiero que se arrepienta a conciencia de no haberme querido como yo quería que me quisiera, una estupidez irracional que necesito sacarme de la cabeza… pero no puedo. Y sobre todas las cosas, todas, todas, TODAS las cosas, ansío la suficiente paz mental para que Thiago y su nueva pareja no me consuman día tras día, hasta el punto de empujarme a retomar conductas dañinas.

Yo no quiero ser la torturadora. Solo quiero estar tranquila. ¿Por qué siento que no podré lograrlo hasta que arrastre a Thiago conmigo, hasta haberlo desquiciado como loca estoy yo, y luego ser compañeros de rehabilitación?

—Buenos días, mis niños —saludo en voz alta, obligándome a apartar la vista de la pareja, y fuerzo una sonrisa de bienvenida—. Os comento la rutita de hoy. Como ya sabéis, estamos en Lanzarote, una isla que sobre todo tiene unas playas espectaculares y una capital lindísima. Vamos a ver algunas de esas playas en el sur, como la Blanca o de Papagayo, el Parque Nacional de Timanfaya y, por supuesto, Arrecife, donde nos encontramos justo ahora.

»Como solo estaremos en Lanzarote un día, son pocos los destinos turísticos, pero intentaré aprovechar el tiempo para que, de paso, también podamos ver Puerto del Carmen. No podemos ir al norte, pero si alguna vez venís por aquí de nuevo, no os podéis perder el Mirador del Río, Famara o la Cueva de los Verdes.

—¿Esta también es tu segunda casa? —pregunta uno de los chavalitos que vinieron a las dos primeras excursiones.

—Lanzarote no es mi favorita, pero hablaré de ella como si lo fuera.

—Seguro que sí. —Tegueste me guiña el ojo y yo se lo devuelvo.

Cuando voy a girarme para emprender la marcha, capto la mirada de Thiago.

Nuestro último encontronazo no fue exactamente agradable, y quizá quiere hacerme saber que está dispuesto a enterrar el hacha de guerra. Yo no voy a enterrarla todavía, pero no descarto dejarla a un lado solo para disfrutar del recorrido de hoy.

Si mi paz mental pasa por concederte una tregua, pues hoy es tu día de suerte, Thiago Madeiros.

Me cuelgo la mochila al hombro y comienzo a narrar la historia arquitectónica del municipio de Arrecife, hacia el que nos dirigimos a pie a través del puente de piedra que conecta con la fachada más bonita de toda la zona.

—A diferencia de Santa Cruz, por poneros un ejemplo de capital fea como un demonio —explico—, la arquitectura de Arrecife se ve tan homogénea que puede incluso recordar a las fotos de Santorini o Miconos. El genio pensador detrás del diseño es…

—César Manrique. —Completa uno de los turistas—. Un ecologista empedernido. Como le preocupaba muchísimo proteger el patrimonio natural de Lanzarote, que es donde nació, por cierto, levantó casitas bajas y blancas con puertas y ventanas azules para que casaran con el entorno.

Estiro el cuello para fijarme en él. Es el colega de Thiago, el chico que parece que va con ellos. Suele despegarse sin avisar cuando le apetece echar unas fotos, admirar en silencio las vistas o solo sumirse en sus pensamientos. Es muy curioso —no para de acercarse para hacerme preguntas— y no está nada mal.

A lo mejor debería cabrearme por haberme interrumpido, pero entonces él sonríe, pidiendo disculpas por su descortesía, y agrega:

—Lo siento. Es que estudié Arquitectura e hice mi TFG sobre César Manrique.

—Entonces sabes más que yo. Adelante, cuéntales todo lo que sepas.

Sin venirse arriba, más bien con la humildad del que no solo está informado, sino que también conoce el modo didáctico de compartir su conocimiento, el chico se arranca a hablar del deseo de Manrique de preservar el encanto natural de las islas. Cuenta que nació justo en Arrecife, donde más se nota su influencia y donde dejó constancia de sus valores medioambientales, y que estudió Arquitectura en la ULL. Añade detalles personales, como que el compromiso con su isla le resultó muy inspirador para dedicarle su trabajo de fin de grado, y que su único defecto fue que se enroló en el bando franquista como voluntario, «pero eso solo es mi opinión personal», aclara, encogiéndose de hombros, relajado, y todos se ríen con él, incluida yo.

Con un tímido gesto, me avisa de que ya ha acabado y retomo la palabra mientras caminamos por delante de la obra urbanística más espectacular de Manrique. Cuando llega el momento de dejar a los turistas a su aire para que conozcan los alrededores, tomo asiento en el borde del puente que conduce hasta Arrecife y saco la merienda.

Ya de lejos advierto que el chico se acerca a mí con pies de plomo.

—Espero que no te haya molestado que te interrumpiera. —Me dice, rascándose el cuello.

—No, mi niño, tranquilo. Es una alegría que alguien sepa algo de las islas y se manifieste abiertamente en contra del modo en que se cargan los espacios naturales. Entre tú y yo, estoy harta de ignorantes que me lloran porque pensaban que «en las islas siempre hace sol» cuando se topan con un temporal o frecuentan zonas protegidas para hacerse la fotito para Instagram. —Pongo los ojos en blanco y le doy un mordisco a la arepa.

—Antes de estudiar las islas a fondo, también pensaba que en Canarias nunca llovía —reconoce, avergonzado—, pero estuve aquí unos meses para recabar información y se me pasó la tontería. ¿Por qué nadie habla de la panza de burro o de la calima que hace que te mueras de alergia?

—Porque no llega a Madrid, que es el único sitio donde de verdad importa lo que pasa.

El chico se echa a reír y cabecea, asumiendo parte de una culpa que no le corresponde pese a ser madrileño; se le nota sobre todo en el acento, por el que confieso tener un gusto especial desde que conocí a Thiago.

Aunque no es que necesite parecerse a Thiago en nada. El chaval es lo bastante guapo por sí solo para que se le perdone cualquier ignorancia.

De hecho, ahora que me fijo bien en sus ojos almendrados, el corte de pelo a ras, los hoyuelitos y los labios bien formados, reconozco que me resulta familiar.

—Yo a ti te he visto en alguna parte.

—Joder, pensaba que ya no se ligaba con esa frase. —Replica, amistoso. Su naturalidad al echarse a reír (conmigo, no de mí) hace que me ruborice como una cría.

—¡No es eso! Es que me suena tu cara, te lo juro.

—Pues yo a ti fijo que no te he visto en la vida. Y voy a decir otra frase pasadísima de moda: porque si te hubiera visto, me acordaría.

Esta vez soy yo la que ríe.

—No me digas que te has puesto a hablar de Manrique para tener una excusa para entrarme. Porque si es así, ha funcionado. Un modo muy original y también determinante para ganarse mi atención.

—¿Te gustan los tíos que rechazan la arquitectura que no respeta el medio? —Extiende los brazos, entregándose a mí—. Entonces estás de suerte: soy tu hombre.

—¿Qué es lo que corresponde ahora? ¿Matrimonio?

—Podemos empezar por darnos una vueltecita. Si el reloj no me engaña… —supervisa la hora en la pantalla del móvil—, tenemos una hora antes de subir al autocar, y conozco un sitio precioso en Arrecife que seguro que no has visto.

—Eso lo dudo bastante, pero a ver cómo me sorprendes.

Doy un salto para bajar del borde del puente, guardo el resto de la arepa en el papel de aluminio y lo sigo muy dispuesta, fijándome con los ojos entornados en su rostro familiar.

—¿Sales en la tele?

—¿En la tele? Qué va. Aunque mi hermana pequeña dice que me parezco al protagonista de *The Kissing Booth*. Ahora sale en una serie adolescente que se llamaba… *Euphoria*, creo.

Abro la boca para contestar, pero entonces caigo en la cuenta. Sé de qué me suena. El recuerdo en el que aparece de refilón estaba escondido en el cajón donde metí la historia con Thiago. Jamás lo he visto en persona, en eso coincido con él, pero sí vi su fotografía en el Instagram de Thiago y en un perfil de Tinder falso.

—Roberto, ¿no? —tanteo, sin pensar que pueda parecer una acosadora.

No me ha dicho su nombre, pero él no parece sorprendido de que lo sepa.

—¿Thiago te ha hablado de mí?

«¿Que si me ha hablado de ti? Más bien ha hablado por ti, mi rey».

—Bueno, Thiago y yo no hablamos mucho, pero digamos que sí.

—Algo tendríais que hablar. Sé que eres la hermana de su mejor amigo, o *antiguo* mejor amigo, o ex mejor amigo… Bueno, ni lo sé, ni quiero saberlo. —Levanta las manos, quitándose de en medio antes siquiera de haberse inmiscuido—. El caso es que él sí ha hablado de ti alguna que otra vez, Dácil. ¿O «Dásil»?

Me ha preguntado cómo me gusta que me llamen.

Me encanta este chico.

—Con «s» mucho mejor, aunque los madrileños se toman la libertad de cecearlo. Si te sientes como para llamarme Dácil, tampoco va a pasar nada.

—Si así es como te llama Thiago, mejor «Dásil», no vaya a contagiárseme la tirria que le tienes.

Que bromee con eso ya no me hace tanta gracia, pero como caminamos por el puente hasta la hilera de casitas costeras, solo me ve la mitad de la cara agria.

Debo obligarme a recordar que él no sabe nada, y que está no solo en el derecho, sino en la obligación de pensar que nos llevamos mal porque simplemente no congeniamos. Lo he visto charlando con Celia y no me gustaría que se fuera de la lengua.

Ya he decidido que voy a ser una persona asquerosa y no voy a irle con el cuento. Y si yo no le voy con el cuento, este tío menos aún.

Cambio el tema bien rápido preguntándole por su TFG.

Roberto es un apasionado de la arquitectura. Sin ponerse pesado o demasiado académico, me cuenta entre qué otros temas estaba indeciso, cómo fue la defensa, y me devuelve la pelota educadamente insistiendo en conocer mis estudios y cómo he acabado de guía turística.

A partir de ahí, y mientras callejeamos por Arrecife, van surgiendo todos los temas de forma muy orgánica. Resulta que tiene una hermana de quince años adicta a las novelas de Wattpad y a la que quiere con locura. Sus padres se divorciaron hace apenas unos meses y la pequeña lo está pasando mal, pero cuenta con su hermano para apoyarse y eso los ha unido más aún. Vive con su padre porque apenas ha terminado el máster, pero planea meterse directamente en un proyecto personal en Canarias, donde le gustaría vivir. Siente debilidad por El Hierro —en otras palabras, es un poco ermitaño y busca siempre la tranquilidad— porque es la

isla menos explotada, más virgen y, por eso mismo, llena de posibilidades. Ha cumplido veintitrés años. Le gusta el *rock* clásico, los Rolling Stones sobre todo, no le interesa el cine excepto las películas de cabecera de los frikis: *El señor de los anillos, Star Wars* y demás. Hace senderismo siempre que puede. Le encantan los perros. «¿Cómo qué playa o montaña? ¿No pueden ser las dos?». «Eso de fumar, malo». «¿Beber? Solo de vez en cuando, si hay una ocasión que celebrar». No tiene novia. Nunca la ha tenido, de hecho, «porque es un "evitador" de problemas profesional». Las novias, si bien no son problemas en sí mismos —ha seguido diciendo—, son personas de cuyos sentimientos hay que responsabilizarse, y si uno no tiene intención de hacerlo, es mejor estarse quietecito.

¿No es perfecto? Su único defecto es que no le gustan los kebabs.

No recuerdo la última vez que hablé tanto rato con alguien sobre temas tan diversos. No tiene un sentido del humor demasiado retorcido, no se esfuerza con los chistes, pero es simpático de un modo natural y no me cuesta reírme con él. Tampoco parece que tenga secretos oscuros o historias sórdidas que ocultar. Da la impresión de ser un tío sencillo que no se complica: si algo le gusta, va a por ello. ¿Que lo consigue? Estupendo. ¿Que no lo consigue? Pues a otra cosa. Y si algo no le gusta, dice que no le gusta con la mayor educación posible y se larga sin más dilación.

Transparente. Eso es. Es *transparente*.

Por eso sé que quiere liarse conmigo. Por eso y porque, cuando estamos volviendo en dirección a la guagua, dice:

—¿Y qué hay de ti? Más allá de ese misterioso hijo de puta sobre el que nos hablaste antes de ayer.

—¡Ah, eso! —Me froto la cara porque darme un bofetón por tonta delante de él no ayudaría a gustarle—. Qué vergüenza que estuvieras allí cuando dije todas esas estupideces. No iba en serio, evidentemente. Solo estaba…

—Irritando a Thiago. —Completa él. Parece que es una costumbre que tiene, lo de adelantarse para acabar las frases de los demás—. Me lo imaginé cuando vi la cara que ponía. Parecía algo entre tú y él. Pero tranquila, no es asunto mío, y tampoco me interesa involucrarme, aunque me has llamado la atención y me

gustaría saber si estás pillada.

—*Chos*, un pibe que habla claro. No me lo puedo creer.

Roberto se echa a reír.

—Habría ido más despacio, pero estamos en el cuarto día del crucero y no quedan muchos más. Esto va a ser como en las novelas victorianas: bailamos y luego te pido un cortejo formal.

Me estaría asustando si no hubiera pasado gran parte de la hora hablando de sí mismo. Gracias a los detalles que me ha proporcionado —no le interesan las novias, es de esos tíos que se pondrían de biografía en Instagram «Aporta o aparta» y dicen que la vida es fluir—, puedo respirar hondo sabiendo que el cortejo formal queda fuera de toda cuestión.

Lo de que todos los hombres que conozco estén demostrando que Dácil Oramas no está hecha para ser una novia formal mejor lo debato en otro momento, cuando me haya dado el bajón nocturno y me apetezca mimar mis desgracias.

—¿También te gustan las novelas victorianas? —me burlo.

—No me gusta leer en general, salvo cosas puntuales, pero a mi hermana le obsesionan y le preocupa muchísimo tenerme al día de cada detalle, cada trama y cada personaje.

Vuelvo a reírme, encantada con su naturalidad para contar cosas que a otros tíos les avergonzarían. Seguro que Thiago no admitiría que escucha a su hermana con atención cuando habla de sus novelas románticas favoritas.

Enseguida me desinflo por haber pensado eso. Incluso me dan ganas de inmolarme.

«Eso es algo que nunca sabremos, Dácil, y seguro que le pesa a él más que a ti».

—No estoy pillada —respondo al fin ante su gesto expectante.

—¿En ningún sentido? ¿Ni pillada de «tengo pareja», ni pillada de «estoy colgada de alguien», de alguien como… Thiago?

—Thiago tiene novia. —Le recuerdo, tratando de disimular el mal humor que me provoca solo oír su nombre—, y resulta que yo respeto muchísimo las relaciones ajenas. Y aunque no la tuviera, ¿tú estás jalado[15]? —Suelto una carcajada que suena sorprendentemente natural—. Siento decir esto porque es tu amigo, pero a Thiago le dibujaron la personalidad con el *Pinturillo*. Pasas cinco minutos con él y ya te has aburrido tanto que te gustaría

dispararte en la cara. Como no habléis de literatura rusa, se agotan los temas de conversación. Eso por no mencionar el físico —continúo divagando, sin freno—. A lo mejor a alguien le va el rollo de niño malo y tatuado, pero con esa cara rajada y esas pintas de chungo yo no dejaría que me tocase ni para recogerme el pelo antes de potar.

Iba a dejarlo ahí, pero no sé si es por la expresión sarcástica de Roberto o porque se me ha dado la oportunidad de desahogarme, el caso es que empiezo a soltar bilis y no puedo parar. No puedo parar, aunque no comparto nada de lo que digo.

—Sé demasiadas cosas de él como para gustarme, ¿sabes? Celia me da incluso lástima, porque debe ser duro que un tío le haga más caso a sus libros de segunda mano que a ti. Es un puto viejo, uno de esos profesores de universidad que no saben encender el proyector. Y un niño de mamá, de los que se ponen a llorar para que les hagas casito o se pierden en el supermercado para que se preocupen por ellos. No sé cómo ha sobrevivido todos estos años sin tener a mami para ir a quejarse porque no es el protagonista de la discusión. Eso por no mencionar que le faltan huevos para enfrentarse a los problemas. ¿Cómo me va a gustar un notas que ni se gusta a sí mismo? ¿Y cómo se va a gustar a sí mismo, si es una máquina de cagarla? No podría querer a alguien en quien no se puede confiar, ni perder mi tiempo con un chaval que ni respeto. Porque una cosa te digo: no te puedes fiar ni de que te tienda la lavadora, como para contarle un secreto.

—Joder. —Comenta una voz familiar en tono hueco—, qué dulce es la venganza, ¿eh?

Antes de girarme y ver a Thiago de pie a mi espalda, me fijo en el gesto turbado de Roberto. Debería haber imaginado que le espantaría oírme hablar de esa manera, y no ya de una persona desconocida, lo cual reconozco que es asqueroso, sino de alguien a quien aprecia. Presiona los labios, incómodo, y se retira para dejarnos a solas sin decir ni media palabra, tan solo enarca las cejas como si estuviera silbando para sus adentros.

«Caray con la chiquilla», parece estar pensando.

Entonces es cuando me fijo en el sombrío Thiago, que me mira como si le hubiera traicionado. Estaba de pie a unos metros de mí, con la mochila colgando del hombro y una mano en el bolsillo.

Su gesto de perro pachón me pone en guardia.

—¿Qué pasa? —espeto a la defensiva—. ¿No tiene una chica derecho a dar su opinión?

—Por supuesto que sí. Solo estoy aquí, en silencio, esperando a que te escuches a ti misma. A lo mejor te viene a la cabeza un recuerdo de hace unos cuantos años en las perseidas y te das cuenta de que «tu opinión», como la que yo manifesté en su día, es una basura bastante ofensiva.

Mi cerebro cortocircuita al entender a lo que se está refiriendo. Thiago me rodea como si fuera un obstáculo molesto, pero lo detengo agarrándolo por el asa de la mochila.

—¡No es lo mismo!

Me mira por encima del hombro.

—¿No es lo mismo? Yo creo que sí. Te has sentido ofendida con el simple hecho de que te relacionen conmigo y has ofrecido una descripción detallada sobre por qué no te gustaría alguien como yo. Y no pasa nada. —Me dirige una sonrisa muerta que me pone el vello de punta. Incluso sus ojos se han apagado. Y no, no es agradable, como había pensado. Me sienta como una patada en el estómago—. Por suerte para los dos, sabemos que lo único que me pone nervioso es que demuestres que me quieres. Estoy tan habituado a tus desprecios, los tengo tan interiorizados, que los encajo sin despeinarme.

—¡No te hagas la víctima ahora! —vocifero, aun cuando se ha dado la vuelta para dejarme atrás—. ¡Solo me das la razón!

—¡Que te den! —me grita, sacándome el dedo corazón.

¿*Que me den*? ¿Cómo que «que me den»?

Antes de pararme a meditar si va a ser o no una buena idea, echo a andar detrás de Thiago con la intención de adelantarlo. Pero él se gira al oír mis pasos y extiende un brazo para mantenerme a distancia. Se lo aparto de un chuchazo[16] y lo empujo por el pecho, con la mala suerte de que tropieza con el empedrado de la calle, más o menos desierta, y se cae hacia atrás, pero no sin antes arrastrarme con él, eso lo tiene claro: me agarra de la muñeca y los dos impactamos contra la acera.

Thiago se lleva la peor parte del golpe. Básicamente porque yo me caigo encima.

—Repítelo, venga. —En lugar de levantarme, pongo las manos al

lado de su cabeza para evitar que se mueva—. Repítelo si eres tan valiente.

—Repite tú el nombre de mi madre si tienes cojones. —Me espeta con los ojos echando chispas—. Pensaba que había líneas que no cruzabas, Dácil.

—No intentes hacerme sentir culpable —le advierto, inmóvil, aunque sé que no tiene que esforzarse para que se me lleven los demonios—. Solo era un comentario.

Un comentario muy desacertado, por decirlo de un modo suave.

—No es el comentario en sí, Dácil, es quien lo dice. ¿No fue así en tu caso con todo aquello de las perseidas? —Me sonríe venenoso—. Al menos yo tengo el consuelo de que no has dicho más que mentiras, porque los dos sabemos que vives soñando con mi cara rajada.

El corazón me da un vuelco.

—Vete a la mierda.

—Ya estoy en la mierda, Dácil, ¿no me ves? Contigo encima no se puede estar en ningún otro sitio.

Trago saliva.

Odio cuando siento que está siendo sincero, más incluso que cuando me miente a la cara. Porque sus verdades siempre duelen.

—Mira, siento el comentario de tu madre. Y el de tu cicatriz. Iban a… a mala leche, aunque no es que piense eso de verdad ni nada por el estilo. Pero no esperes que no eche pestes de ti si me preguntan, porque no tengo nada bonito que decir de Thiago Madeiros.

—¿Ah, no? —Me atraviesa con la mirada—. Pues si no tienes nada bonito que decir, no será porque no congeniáramos en algún momento. Será porque eres un monstruo y lo único que sale de tu boca es veneno.

Los ojos se me humedecen sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—E-eso no es cierto —tartamudeo. Me obligo a carraspear y a seguir hablando con firmeza—: No es cierto.

Él no me da la razón para aliviar mi conciencia. Me empuja por un hombro, agoniado[17].

—Quítate de encima, vamos. No puedo seguir haciendo esto, te lo juro. Si no me rompes la crisma tú, me caeré accidentalmente por

tu culpa o seré yo quien se pegue un tiro. No puedo más.

No me muevo. Eso le hace suspirar, hastiado, pero no vuelve a insistir. Cierra los ojos para respirar hondo y se humedece los labios.

Las perseidas. No acostumbro a pensar en ello, y cuando lo he hecho, ha sido invocado por el rencor, con el deseo de añadir más cargos y acusaciones contra Thiago. Mi mente se convirtió en algo como: «¿Te acuerdas de cuando hizo eso? ¿Y de cuando dijo aquello? ¡Qué cabrón! Asqueroso, ¿eh?». Pero no es un recuerdo que acuda a mi mente sin más, como solía ocurrir antes. Me digo que es porque Thiago ha hecho cosas mucho peores después que restan importancia a las del pasado. Sin embargo, ¿cuánto se puede mentir una persona a sí misma? Yo tengo un límite. Y también tengo que admitir que no pensaba en ello porque ya lo había olvidado.

—Tenemos que parar —murmura Thiago, todavía con los ojos cerrados—. Tenemos que parar *ya*, Dácil, ¿o cuántas vidas más tienes pensado consumirme?

—Pararemos cuando le cuentes a Celia la verdad. —Le contesto en tono feroz—. Yo no puedo ocultarlo, Thiago. Sí, me divierto poniéndote nervioso, pero las indirectas también son la manera que tengo de sentirme bien conmigo misma. A fin de cuentas, le estoy dando pistas para que se dé cuenta sola. ¡Estoy haciendo algo bueno!

Thiago abre los ojos. En cuanto nuestras miradas se encuentran, pierdo la voz y no puedo seguir gritando. Tampoco me muevo.

—Y una mierda. —Me corta de mal humor—. Será bueno *para ti*, que te alimentas del horror de los demás. Si Celia te preocupara de verdad, se lo habrías dicho con tacto, sin indirectas hirientes.

—Se lo habría dicho con tacto y sin indirectas si tú no me hubieras amenazado una y otra vez con que cerrara el pico. Yo solo te digo que *no puedo* participar en un engaño, ¿vale? Tú me metiste ahí en contra de mi voluntad, ¿y ahora tengo que verle la cara, *veros* la cara, y actuar como si nada? ¡No puedo! Si no se lo dices tú, se lo diré yo, o la culpa me va a matar.

—Pues tendrás que buscar otra cosa que te mate, porque ya se lo he contado.

Su respuesta, pronunciada con serenidad, me aturde un

momento.

—¿Qué? —balbuceo—. ¿Cuándo?

—Hace dos noches.

—Entonces… entonces ¿hace dos días que lo sabe? Pero si ha sido simpática conmigo —murmuro, recordando las veces que hemos coincidido. Thiago ha sabido esconderse de mí, bendito sea por eso, pero Celia ha ido a mi encuentro siempre que ha podido y, de hecho, hemos pasado unos ratos muy divertidos: yo escaqueándome para no echar una mano a los compañeros de la animación, como es mi obligación, y Celia inventando excusas ante mis superiores para justificar que estemos juntas—. No ha intentado matarme ni nada.

—Porque no es una niñata infantil como tú.

Ese comentario hace que me hierva la sangre. Lo habría abofeteado si no hubiera recuperado a tiempo el dominio de mí misma… y si no tuviera razón. Me enorgullecía de haber controlado el impulso violento, pero en cuanto empiezan a quemarme las lágrimas en los ojos debo rendirme a lo evidente.

No puedo controlar mis emociones. *No puedo*.

—No sería una niñata si tú no hubieras sido un cabrón.

—Madre mía, esta es la historia de nunca acabar. Vale, los dos somos una mierda. ¿Por qué no rompemos la cadena de culpas de una vez y la tiramos a la basura, Dácil? En serio, ya está bien. Ya está bien —repite, hecho polvo.

No consigo contestar. Me duele la garganta de estar conteniendo las lágrimas, y sé que si me atrevo a hablar, me pondré a llorar como una descosida. Intento incorporarme, aunque sea a trompicones, pero la visión se me nubla, me empieza a doler el estómago y no puedo más. Rompo a llorar delante de sus narices sin ninguna esperanza de tranquilizarme o de suavizar siquiera la violencia con la que hiperventilo.

Viendo que no voy a ser yo la que se mueva, Thiago se incorpora conmigo encima muy despacio. No le veo la cara ni se la quiero ver.

—Te odio. —Logro balbucear, dándole golpecitos en el pecho sin ninguna fuerza—. Te odio, te odio, te ODIO.

—Lo sé —susurra en tono cálido—. Lo siento. Lo siento de corazón, Dácil. Fui un cobarde, me dabas un miedo atroz y no

estaba preparado para tu carácter aun cuando lo conocía muy bien. Aun cuando lo adoraba. No sé si es eso lo que quieres oír, pero es la única verdad que tengo para ofrecerte. Si así no te calmas, no puedo hacer más. Porque no pienses ni por un momento que voy a detener o arruinar mi vida, a convertirme en un triste, para que tú seas feliz.

No atino a decir nada. Me abruma la impotencia de no poder hablar, de que se me vayan a quedar dentro los insultos más fuertes o los sentimientos más dolorosos por culpa del llanto.

A mí *sí* que me da un miedo atroz perder la oportunidad de sincerarme.

Y la voy a perder.

—No me llores, princesa Dácil —musita, cada vez más bajo. También estamos cada vez más cerca. Me rodea con los brazos y se aferra a mis hombros con la garganta atorada. Su voz emerge rasposa—: Por favor. Ya está.

—C-cobarde… ¡Cobar… cobarde! ¡Tan cobarde no serías si… si estás… si estás con ella!

—Claro que lo soy, Dácil. Solo fue casualidad que ella estuviera allí cuando volví. Me dejé cuidar, me confié, y sin comerlo ni beberlo… ya tenía novia. Y descubrí que el papel no era tan difícil ni es tan traumático tener a alguien al lado. Celia fue mi salvación porque no me quedaba nadie más. Pero si no se hubieran sumado todas esas circunstancias, si todo hubiera dependido exclusivamente de mi voluntad y no de su buen querer y su paciencia, estaría solo y amargado.

»He conseguido superar mis movidas, Da, y yo sé que en el fondo te alegra oír eso. ¿No es una buena noticia, eh?

¿Y a mí de qué me sirve que haya superado sus movidas si ya no está conmigo? Si no voy a poder verle feliz con mis propios ojos, si no voy a poder escuchar cómo o de qué habla cuando no le coarta el miedo o admirar cómo duerme cuando no tiene pesadillas, ¿por qué eso es una buena noticia para mí? Es una *pésima* noticia, de hecho, porque todo eso me lo voy a tener que imaginar.

Te voy a tener que imaginar.

—¿Cuál es mi papel, entonces? ¿Qué pinto yo aquí? —musito—. Dime que no pinto nada y ya está. Dime que nunca hubo nada que hacer y que no significo nada.

Thiago hace una pausa para respirar.

—Nos estamos complicando demasiado, y la cosa es muy sencilla: el amor es coincidir, y tú y yo ni nos poníamos de acuerdo antes, ni lo haremos nunca.

—No me jodas —le espeto, sorbiendo por la nariz. Pestañeo rápido para verle la cara—. El amor es… es respetarse… es que me hubieras respetado y no… no me hubieras mentido. Tú y yo coincidimos, pero preferiste… preferiste ser un cabrón.

Hay un silencio que parece eterno.

—Es cierto —dice al fin—. Es cierto, y créeme: no lo podrías sentir más que yo ni si pasaras diez vidas flagelándote. Perdóname. ¿Vas a perdonarme, Da?

—Tú no quieres que te… que te perdone. Tú solo quieres que te deje en paz.

—Lo único que me puede dar paz es saber que, estés donde estés, no me odias.

Él tiene razón. Estamos complicando demasiado las cosas. Mi papel en esta historia es tan solo el de una chica que el verano pasado se metió en la cama con un tío, que se hizo más ilusiones de la cuenta y luego descubrió lo que ya sabía: que el notas del que se había enamorado, o del que siempre había estado colgada, no iba a quedarse eternamente. De que no era para ella y ya está. Pero joder, cómo duele que te arrebaten el consuelo que tenías: que ese chico no era para ti porque no era para nadie, que no estaba contigo porque no podía estar con nadie.

Él sí que puede. Eres tú la que no puede estar con nadie más.

Debo reconocer que lo habría odiado en idéntica medida si se hubiera marchado por las buenas, retirándome el amor que yo ansiaba recibir de él. Lo habría odiado si se hubiera presentado unos meses después en mi casa, tras una despedida romántica, con Celia de la mano. O con las manos vacías, pero sin la intención de usarlas para abrazarme.

Lo odio porque no me quiere, y eso es egoísta y enfermizo.

Puedo solucionarlo diciéndole que lo perdono, pero si le dejo la conciencia tranquila con mi bendición, entonces desapareceré de su vida del todo. Mientras sea la nube negra que oscurece su relación, seré algo. En cuanto amaine, yo ya no seré nada.

No soporto no ser nada para él.

Thiago me envuelve entre los brazos y me estrecha contra su

cuerpo en completo silencio.

¿De veras fue tan grave lo que hizo? ¿De verdad tengo derecho a seguir enfadada? También tiene razón en eso otro que acaba de decir: claro que me alegro de que esté bien. Pero que no esté bien *conmigo* me tortura más de lo que puedo soportar. Porque para mí el amor no es libre ni es generoso. Es tan egoísta como yo. El amor que yo siento es un amor hecho a mi medida, demasiado intenso para ser soportable.

Me escabullo de su abrazo con la piel de gallina. Es como si hubiera desarrollado una especie de alergia al contacto con su piel, porque no puedo tolerarla por mucho tiempo.

No le ayudo a levantarse. Me arreglo las trenzas, me limpio la línea inferior de las pestañas, donde se ha concentrado el rímel —¿*waterproof*?, ¡y una mierda!— y miro al cielo para que el sol me seque los ojos.

Decido no responder, en parte porque ya deben de estar todos esperándome a las puertas de la guagua y ante todo hay que ser responsable. Pero si encontrara la voz, le diría que sí, que lo perdono. Y no porque haya comprendido el porqué de sus actos o se le vea arrepentido; a veces tienes que perdonar simplemente porque te autodestruyes si no lo haces.

A ratos he pensado que Thiago en sí mismo era lo único que yo quería, pero hay algo que quiero más todavía. Quiero dejar de estar furiosa con el mundo. Y como mi mundo siempre ha empezado por él, como él constituye los cimientos de mi casa en ruinas, tendré que echarla abajo enterita y construir algo distinto para vivir en un lugar más acogedor. Para vivir en paz en un lugar que no tiemble cada vez que cae un rayo, donde no se filtra el agua; en un hogar que no arde.

Solo me podré mudar cuando haya empaquetado los rencores y los haya dejado donde corresponde: en la basura. Cuando haya aceptado de una vez por todas que esta plaga se tiene que quedar atrás, que no puede venirse conmigo.

No puede venirse conmigo.

Capítulo 8

El blanco le combina con los ojos (cuando bizquea)

Thiago

No puedo pensar en nada que me apetezca menos que unirme a la celebración de esta noche, sobre todo cuando se trata de la mítica cena con el capitán. Quizá lo único peor sería pillarme el meñique con una puerta. Aunque, sinceramente, después de la mañanita en Lanzarote, lo que me apetece es esconderme bajo las sábanas y chillar hasta quedarme ronco.

Pero no puedo hacerlo. Celia tiene que verme recompuesto y sonriente. Tengo que cogerla de la mano, estrechársela y contar chistes. Es lo mínimo que puedo hacer por ella después de todo lo que ha hecho por mí. Tengo que hacerlo todo por ella para que mi ruptura con Dácil tenga algún jodido sentido. Para que sus lágrimas tengan sentido.

Han desplegado unas cuantas mesas de comedor real a lo largo de la sala de fiestas para que quepamos todos los pasajeros. Como nosotros hemos pagado por camarotes más bien modestos, el impoluto sombrero de marinero del capitán nos queda a la misma distancia que la costa andaluza. Apenas oímos lo que dice sobre disfrutar de la travesía, aunque eso es problema suyo, que no sabe encender un micrófono.

—Me siento un burgués viajando en el Titanic —mascullo, tirándome del cuello de la camisa. Celia se mofa de mí a mi lado, donde se ha sentado con cuidado de que no se le arrugue la falda de raso verde—. Y debería estar prohibido que los Oramas me sirvan

de cenar.

Automáticamente, Celia y yo miramos hacia los susodichos, que se confunden con el resto de la tripulación.

Los camareros esperan de pie, todos ellos alineados y erguidos como soldados a los que pasan revista, mientras el capitán termina su discurso. El uniforme de la noche es una camisa blanca remangada, chaleco negro y pajarita a juego. Se les ha obligado a recogerse el pelo y repeinárselo hacia atrás y a quitarse cualquier maquillaje excéntrico para fundirse en uno solo por una noche. Dácil, como es Dácil, lleva las rejillas en las manos en lugar de los guantes blancos y se ha pintado los labios de rojo oscuro.

Me apuesto lo que sea a que el capitán en persona ha tenido que pedirle que se quite el *septum*, pero no lo ha conseguido.

Parece recompuesta. Ella siempre ha sido mucho más fuerte que yo.

—Dácil es única, ¿eh? —comenta Celia, mirándola con los ojos brillantes.

Espero con el aliento contenido a que haga su siguiente apreciación: «¿Estás pensando en tirártela? ¿Todavía te gusta?». Pero Celia no es de las que aprovechan la menor ocasión para tirar la puntadita. Al final soy yo el que ironiza:

—¿Es una pregunta trampa?

—¿Cómo? —Celia parece emerger de un sueño cuando me mira, perdida—. No, no, solo decía que es curioso lo bien que le queda un disfraz de camarero de lujo.

—Tiene el gen masculino muy desarrollado.

«Tendrías que verla con mi ropa», he estado a punto de decir. Y no es culpa de mi falta de sensibilidad, que conste, sino de la obsesión de Celia por normalizar la situación. Porque si no está intentando normalizarla con sus halagos hacia Dácil, entonces es que hace rato que me he perdido.

—Es preciosa. —Apunta Roberto, jugando distraído con sus cubiertos—. Una lástima que esté como una cabra.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Celia, alzando la vista hacia él.

Roberto se ha sentado frente a nosotros, al lado de Leire y Fede.

—Porque es verdad —conviene Leire en tono socarrón—. El año pasado estuve a punto de morir en tres ocasiones porque tiene una personalidad… fuerte.

—Yo también tuve mucho que ver —apostillo a desgana.

¿No hay otro tema de conversación? ¿Solo se puede hablar de Dácil? ¿Aparte de tenerla metida en la cabeza, también debo tenerla en la boca y hasta en la sopa?

—¿Ahora estás dispuesto a hacerte cargo de tus errores? —se mofa Leire, con aire amistoso—. Qué bien, Thiago, solo te ha tomado un año madurar.

—A mí no ha intentado matarme, pero ya parecía enérgica cuando hablamos de asuntos sin importancia… Imaginaos cómo se puso cuando toqué el tema sensible. —Roberto me mira compasivo, como si esta mañana me hubiera enfrentado al basilisco. A este tipo le falta rodaje, es evidente, porque esta mañana, antes de que la estrechara entre mis brazos, Dácil estaba suave como la seda—. Sigo flipando con la manera en que habló de ti. Está loca.

«No es eso —estoy a punto de aclarar, y es sorprendente que la defienda porque me está costando perdonarle las cosas que ha dicho hoy—. Es que yo la vuelvo un poco loca».

No me molesto en rebatirlo porque sé por qué se siente tan profundamente decepcionado. Quería pasarse a Dácil por la piedra y va contra su religión meter en su cama a mujeres con carácter, no vaya a ser que al día siguiente le exijan un mínimo de responsabilidad afectiva, o algo por el estilo. Mejor que siga pensando que Dácil está descontrolada y le convenga mantenerla a distancia para evitarse un trauma o un traumatismo, lo mismo da que da lo mismo.

Ahora que estoy a solas con mis pensamientos, no me da miedo reconocer que, como le toque un pelo, se me va a ir la olla.

—Tiene sus cosillas. —Me limito a contestar, apoyándome en el respaldo.

—Pues es una lástima, porque es un bombón.

—Ya, bueno, es un bombón venenoso —le advierto—. No te acerques ni pienses en comértela o de la descomposición no saldrás del baño hasta que el crucero lleve su segunda vuelta.

—No seas cruel —interviene Celia—. Si Dácil se ha metido contigo, es porque te lo has buscado. Conmigo es muy buena chica.

—Porque eres una tía. —Apostilla Roberto. Continúa frotándose el brazo, como si le hubiera dado un escalofrío—. Apuesto a que con los hombres es una feminazi de esas que quieren dar muerte a

los penes y van a manifestaciones a chillar no sé qué del patriarcado.

Vigilo con el rabillo del ojo que Dácil no ha oído a Roberto. Me he puesto tenso solo de imaginar lo que haría con el vello de su pecho y con sus extremidades de haber escuchado el comentario. A juzgar por el modo en que Dácil lo mira y le sonríe de lejos, entre esperanzada y nerviosa, yo diría que ni se imagina lo rápido que Roberto se ha formado una opinión de ella, y sin demasiado tacto. Y encima pronunciando esa palabrita que ella misma ha reconocido que la enfula.

El capitán termina sus monsergas y los camareros empiezan a servir. Son todo un ejército, desde luego; les han dicho por dónde han de desplegarse, a quién le toca servir qué parte de qué mesa y hasta el modo de dirigirse al cliente, porque dudo bastante que Dácil dijera «señor» y «señora» si no se lo hubieran ordenado. Ella es más de «don y doña», «mi niño» o, si eres un humilde servidor, «golfo» y «machango».

Debería avergonzarme por estar pensando en eso con Celia a mi lado, pero cuánto echaba de menos que me llamara así. No son apodos cariñosos ni de lejos. El «golfo» tal vez sí, puede funcionar si le das la entonación correcta, pero ningún canario llama «machango» a su enamorado. Excepto ella. Ella me dijo «machanguito» las pocas veces que me quiso, siempre antes o después de meternos en la cama.

Mejor dejamos la cama fuera, que luego pasa lo que pasa, que Celia me pide fuego y no tengo ni para darle un beso con ganas. Menos mal que no ha vuelto a ponerse juguetona y no es de las que exigen, o habría tenido que dar explicaciones muy violentas, como que la última vez que se me sentó encima no pude seguir porque me vino la cara de Dácil a la mente, y su nombre a los labios.

Manda huevos llamarla en sueños como para encima invocarla en pleno clímax.

El destino nos da un pequeño descanso a Dácil y a mí, seguramente para calmar las acusaciones de esta mañana y prepararnos para el siguiente asalto: la camarera asignada a nuestra esquina no es ella, sino nada menos que Maday, a la que tengo mirar un buen rato antes de reconocerla.

—¡Maday! —La llamo. Ella, que estaba inclinada sirviendo a uno

de los turistas del norte europeo, se gira hacia mí algo sorprendida. Por un momento temo que me haga un corte de mangas, en señal de respeto absoluto a su mejor amiga. Pero ella no es así. Agita la mano con una media sonrisa y se me acerca en cuanto se queda libre—. No sabía que estabas aquí trabajando. Es la primera vez que te veo.

—Ya sabes, suelo estar en la cocina. Yo sí sabía que andabas por aquí —reconoce sin pizca de arrepentimiento—, pero venir a saludarte era peligroso.

—Debes de ser la única tinerfeña que no me ha echado la cruz.

—Mi sangre tinerfeña te odia fleje[18], pero una gran parte de mí es conejera y en Lanzarote no le hiciste daño a nadie. ¿Te importa si hablamos más tarde? Estoy liadísima.

Le hago un gesto avergonzado para que se ponga a lo suyo. La sensación de burgués del Titanic se acentúa. En serio, menos mal que Airam tiene asignada otra mesa —ocupada por menos gente, para que, si la caga, no se note tanto—, porque como tuviera que preguntarme si necesito otra servilleta, *señor*, o si lo encuentro todo a mi gusto, *señor*, me rajaría las venas.

Y apuesto a que él también.

Sigo con la mirada a Maday, que toma nota de la comida de mis acompañantes haciendo gala de una perfecta etiqueta.

No la he reconocido porque está demacrada. Maday se ha referido a sí misma toda la vida como «albacora» y «achupenca», sinónimos de «gorda» y «canija», respectivamente, pero yo siempre la he visto saludable. Tenía ese bronceado natural y el brillo en la cara de los que son tiernos por naturaleza, a los que la vida no les inquieta ni nada les acelera la rutina. Ahora se la ve algo nerviosa, está en los huesos y parece que no duerme bien.

Enseguida averiguo por qué. Airam y ella tropiezan sin querer al utilizar el mismo pasillo para moverse por el salón. Maday se apresura a pedir perdón, pero él la ignora sin miramientos y sigue a lo suyo, pese a ser ella la que se ha llevado toda la fuerza del golpe. Parece que lo ha hecho a posta y todo, como los *bullies* de instituto americano. Un choque como ese, y sacándole además dos cabezas, podría haberla mandado al hospital.

Y yo que pensaba que habían entrado a trabajar todos juntos en honor a la amistad.

En absoluto es cosa mía, pero me pone el corazón en un puño sospechar que no se hablan desde que se pelearon el año pasado. Por más rencoroso que sea Airam, bastante duro es perder al mejor amigo como para también mantener el odio hacia la mejor amiga.

Lo más curioso es que con Maday nunca se ha mostrado perverso, por muchas ganas que a veces tuviera de serlo. Me perturbaría menos vivir con las extremidades intercambiadas que saber que eso ya no es así.

—Parece de coña que tenga que ser ella la que me dé de comer. —Oigo que dice Leire en cuanto Maday ha terminado de servir las bebidas. Clava la vista en el plato, que bordea con el dedo sin ganas—. No tengo nada en su contra, pero me trae muy malos recuerdos.

Fede le echa un brazo por los hombros y la estrecha contra su costado. Yo, que tengo ese gesto muy visto, busco lo que opinan los demás sobre la relación y me topo con la boca torcida de Airam.

Joder, va a ser una comida movidita.

—Maday. —La cojo de la mano aprovechando que pasa por detrás de mí. Echo todo el peso en las patas traseras de la silla para que solo ella me escuche—. ¿Todo el mundo está peleado con todo el mundo?

Ella me sonríe con resignación.

—Pues más o menos, Thiago. Por eso no te puedo hacer la ley del hielo a ti también; me quedaría sin gente con la que hablar. —Y se ríe sin ganas.

—¿No se solucionó?

—No, y no parece que vaya a hacerlo. —Maday le lanza una mirada a Leire difícil de clasificar, de la que Leire ni se percata, y vuelve a su trabajo.

La cena se desarrolla de la manera habitual en mi cuadrante: charlas sobre naderías y risas por doquier, pero yo me dedico a verla a través de los ojos del Thiago del año pasado y de los de Dácil, que está pendiente de cada detalle de la expresión de su hermano y de Maday. Ella solo se acerca a nuestra mesa un segundito para intentar llamar la atención de Roberto, que la despacha con mucha educación y, a la vez, tan tajante que Dácil se queda desilusionada. Es obvio que ahí no tiene nada que hacer —y me regodeo un poco, *solo un pelín*—, así que da media vuelta y

dedica el resto del servicio del primer y todo el del segundo plato intentando propiciar un cruce entre Maday y Airam.

A mí me ignora, dicho sea de paso, y quizá sea mejor así. No tengo estómago para una nueva batalla.

No hace falta ser un lince para saber lo que se propone. Para ella debe de ser catastrófico que su mejor amiga y su hermano se lleven ahora a matar. Seguro que Airam está contentísimo de que el karma la haya puesto en la misma situación que ella fomentó conmigo mientras formé parte de los Oramas.

Pretendo ir y volver al baño a la velocidad de la luz para no perderme esta guerra fría, pero en cuanto salgo del servicio de caballeros, un borrón blanco y negro se me tira encima.

—Vas a ayudarme con una cosa —anuncia el borrón.

Su solemnidad me habría arrancado una carcajada si no tuviera un repentino nudo en el pecho.

Dácil Oramas y sus cambios de humor.

—Hola, ¿qué tal? ¿Todo bien? ¿Sí? ¡Me alegro! ¿Me harías un gran favor? Puedes decir que no, sin compromiso…

Dácil corta mis ironías cogiéndome del brazo y apartándome de la línea de visión que da al baño.

—Eres la única persona que puede ayudarme.

Levanto las cejas.

—Eso es nuevo. —Me cruzo de brazos—. ¿Necesitas pasto para los tiburones?

—Todavía no, pero si te sigues poniendo tonto, puede que esta noche también haya postre para ellos. A ti te importa Airam, ¿verdad? —Se me queda mirando con los párpados entornados. Es una pregunta retórica que espera responderse psicoanalizándome—. Claro que sí. Te importa muchísimo. Por eso tienes que colaborar conmigo.

—Si la cosa va de joderlo, como acostumbran a ser todos tus planes, no voy a colaborar.

—Si me ayudas, te perdono.

—¿Qué tienes tú que perdonarme, después de las guarradas que has dicho esta mañana? ¿Crees que se me han olvidado, cariño?

Dácil se encoge un poco al recordarlo, y su mirada se enturbia, pero no me quita la cara. No es ninguna cobarde. Ella no. Deja pasar un silencio breve en el que parece susurrar unas nuevas

disculpas, hasta que por fin dice:

—¿De verdad es lo más doloroso que podría haberte dicho? Porque si me has perdonado cosas peores, por ley deberías disculparme esa también.

No, no es lo más doloroso que me ha dicho. Casi me tumba la conmoción al darme cuenta. Necesité meses para recuperarme de ese mensaje de WhatsApp que me envió cuando mi avión estaba a punto de despegar. Me dio tanto pánico saber que no exageraba, que hablaba desde lo más hondo de su corazón, que ese día superé mi aerofobia. No fui consciente ni de las alturas ni del rugido del motor, junto al que estaba sentado. Solo de sus palabras, que han retumbado en mi cabeza hasta el día de hoy.

«¿Ves ahora por qué he intentado destruirte? Porque sabía que, al final, queriendo o sin querer(me), serías tú el que me destruiría a mí».

Carraspeo y me concentro en su expresión expectante.

—¿Qué tengo que hacer para ayudarte?

Dácil pone los brazos en jarras, dando por zanjado el asunto.

No me he dado cuenta hasta ahora, pero está cansada de la hora y pico que se ha pasado yendo de un lado para otro. Tengo que morderme la lengua para no hacer un comentario sobre lo insólito de su respeto por el trabajo y la autoridad: le daba unos diez minutos de colaboración antes de escaquearse.

—Necesito que Airam y Maday vuelvan a quererse.

La expresión que ha utilizado —«vuelvan a quererse»— me saca una sonrisa tierna. A veces se escapa la niña de padres divorciados que vive dentro de ella y se rebela contra el curso natural de las cosas, contra la verdad universal de que algunas relaciones fracasan y ni ella, con toda su fuerza huracanada, las podría rescatar del infierno en el que se convierten.

—No creo que eso sea algo que puedas lograr con tus propias manos… —explico con paciencia—, por más que lo desees.

—Solo necesitan hablar, Thiago. —En su gesto ansioso veo que esto ni es una excusa para acercarse a mí, ni es un juego para ella; es, efectivamente, algo que, o sale bien, o se la llevará por delante—. El amor está ahí. Falta liberarlo. O pronunciarlo en voz alta para que se den cuenta de que nada ha cambiado salvo sus actitudes.

—¿Llevan cabreados desde que me fui?
—Sí.
—¿Y cuál es la situación? —Me cruzo de brazos y apoyo toda la espalda en la pared que ella tiene enfrente—. ¿Airam es educado con Maday, al menos? ¿Distancia cortés?
—Ni eso. Ley del hielo.
Tuerzo la boca.
—Lo veo crudo, entonces.
—Ya. Y Maday se siente tan culpable… Bueno, mejor dicho, Airam la ha hecho sentir tan culpable con su brote de aquel día y su indiferencia que le aterra dar un paso adelante. Le pidió disculpas en su momento, no sirvió, y luego nada. Vacío. Ya has visto lo delgada que está. La pena y la ansiedad la consumen.
—¿Y Airam?
—Airam es más terco que una mula, pero sé que también lo pasa mal. Se supone que la odia con todo su ser.
Niego con la cabeza.
—Eso es imposible. Estamos hablando de Maday.
—Pues eso.
—Y como estamos hablando de Maday, lo más probable es que a Airam le reviente que ella no se haya arrastrado un poco más. Tu hermano no quiere que nadie se humille, no me malinterpretes, pero yo sé qué cosas le dan rabia de ella, y una es que sea tan pasiva ante los conflictos.
—No creo que mi hermano se tirara un año entero enfadado con ella solo porque no le ha pedido perdón un millón de veces, se trate de Maday o no. Airam solo se enfula con motivo, y no prolonga el problema si no ve necesidad. En cualquier caso —continúa, molesta con tanta cháchara y tan poca acción—, se me ha ocurrido una idea para que no les quede otro remedio que sentarse a hablar.
—¿Los vas a amordazar en un sótano?
—Amordazados iban a hablar bien poco.
—¿Entonces? ¿Un golpe en la cabeza, manos y pies atados y una habitación con el pestillo echado? —pregunta, siguiendo la mofa. Esta vez, Dácil no puntualiza. Mira a un lado, fingiéndose distraída, y se enrolla una trenza en el dedo. Esa actitud suya me inquieta—. No los vas a encerrar en ninguna parte, ¿verdad, Dácil? —Más silencio. Ahora nervioso, mascullo—: Dácil, por favor, dime que no

vas a secuestrar a nadie.

—¡No! —exclama, escandalizada. Luego, con una tranquilidad terrorífica, puntualiza—: Van a ir a la cámara frigorífica por su propio pie.

—¿Cómo que van a…? ¿La cámara frigorí…? Dácil, ¿se te ha ido la cabeza?

—Calla, que solo será un ratito y yo estaré al otro lado en todo momento.

—Yo no pienso encerrarme en una cámara frigorífica. —Me planto con la barbilla alzada.

—Claro que no, tú no eres el machango con el que quiero que Airam se reconcilie. Para que Airam te perdone, tendrás que buscar tu propio plan, golfo. —Y se cruza de brazos, aparentando indignación, cuando sus ojos negro-verdes me sondean a la espera de un «sí, Da, se hará lo que tú pidas».

Hay tanto amor en su impaciencia, incluso en sus ideas rocambolescas, que por poco la abrazo y le digo que vamos a la cámara frigorífica y también al fin del mundo, si hace falta.

Pero es porque me ha llamado «golfo» y no puedo resistirme cuando se enfurruña.

Nada más.

—¿La cámara frigorífica estaría cerrada?

—Pues claro. Si no, se escaparían. Tú no eres muy listo, ¿verdad?

—«Se escaparían». O sea, que sí es un secuestro. Los vas a retener contra su voluntad. ¿Y por qué en la cámara frigorífica? ¿Quieres que pasen frío?

—Estamos en verano. Tardarían un rato en congelarse. Pero claro, la elección del sitio no es arbitraria. Con el frío se animarán a resolver el problema lo antes posible, por miedo a coger un resfriado.

—Sí, claro, un resfriado es lo peor que les podría pasar… —lamento en voz alta.

—Les pueden pasar mil cosas peores viniendo de mí. He empezado por lo más básico.

—Dácil, por Dios. ¿Eso es «lo más básico»?

—Chacho, confía en mí. Vi que esto pasaba en *Castle* y los personajes no solo sobrevivían, sino que tenían un momento de

intimidad precioso. Tenían que abrazarse y todo para sobreponerse al frío.

—¿*Castle*? ¿De ahí sacas tus ideas?

—No sé si fue primero *Castle o El Barco*, pero lo de quedarse encerrado en un sitio helado pasa en un montón de series y nadie muere.

—¡Porque son series!

—Por favor —insiste, dando un pequeño saltito—, eres el único que puede ayudarme. Ningún empleado del crucero querría involucrarse en algo así…

—Lo cual no me extraña en absoluto.

—… y quiero que todo pase aprovechando que la cocina está vacía. Y estará vacía tras el postre, porque los cocineros que se han quedado abajo subirán para brindar con el capitán. No me digas que no es una idea maravillosa. Además, ¿no es curioso y evocador que por fin te esté involucrando en mis planes macabros? Antes tú solías ser el blanco fácil y, por eso mismo, el único que no se enteraba y sufría las consecuencias.

—Me alegra que nunca se te ocurriera meterme en un frigorífico.

Dácil me mira de arriba abajo, como si lo necesitara para recordar mis medidas.

—No habrías cabido. Y no se me ocurrió porque no vi la serie hasta hace unos meses.

Ese comentario enciende un foco de rabia dentro de mí.

No entiendo por qué. Me pasa a menudo. Estoy tranquilo viendo una película, leyendo un libro o simplemente tumbado en el sofá, esperando que llegue la siesta, y de pronto me arde el estómago o me invade una rabia desconocida. Núria me pide que intente llegar al fondo de esa ansiedad repentina, al porqué, pero nunca sé a qué se debe.

Hoy sí. Hoy identifico la causa en esa respuesta inocente, en la serie que ha visto hace unos meses, meses que yo he estado en otro lado haciendo cosas que me mantenían demasiado ocupado para escucharla hablar con grandes aspavientos de lo que le pareció el último episodio, o llorando porque ha ocurrido algo trágico —solo llora con la ficción; la vida real no la emociona tanto—, o descojonándose ante la pantalla y tratando de cubrirse la boca

subiéndose el cuello de la sudadera.

Eso es. Odio cuando soy consciente de todo lo que me he perdido. Ya sentía que me estaban arrebatando la alegría de compartir la vida con Dácil cuando ella me detestaba y no sabía nada más de sus gustos o aficiones que lo que quería mostrarme: que es maquiavélica y tiene mala leche para parar un tren. Pero en esa época al menos tenía algo a lo que aferrarme.

—¿En qué estás pensando? Te has quedado colgado de pronto. —Me dice, mirándome con cautela.

—Nada, no pienso en nada. ¿Qué se supone que tendría que hacer yo? —pregunto inmediatamente después. La conozco y sé que no insistirá en saber qué me ronda por la cabeza. Su curiosidad bien disimulada y su respeto por mis secretos siempre consiguen que me den ganas de revelárselos.

—¡Bien! —Da un saltito infantil que por poco me saca una sonrisa—. Solo tienes que acercarte a Airam, preocupado, y decirle que me he quedado encerrada en la cocina.

—No tiene sentido. ¿Por qué sé yo que te has quedado encerrada en la cocina?

—Te he avisado por WhatsApp.

—¿Y por qué no has avisado a tu hermano, si tienes el móvil para pedir auxilio? Además, ¿es que no has borrado mi número?

—Me lo sé de memoria.

Esa confesión repentina, sin pensar, que obviamente no ha pasado la censura, me deja de piedra. Y a ella también, que se arrepiente de su impulso y carraspea rápido.

—*Chos*, está claro que he perdido facultades —masculla por lo bajini, contrariada—. Idear planes para destruirte me mantenía despierta, y ahora soy una tremenda totufa [19] a la que solo se le ocurren tonterías.

No puedo seguir controlándome. Acabo soltando una carcajada, y no es una carcajada pesarosa o resignada. Me maravilla la naturalidad con la que lo dice todo, sus expresiones canarias, su carita enfurruñada.

Dácil me mira como si no entendiera qué es tan gracioso. Al principio se mosquea, porque esto es serio para ella, y me da un manotazo. O un *abanazo*, como le gusta decir. Eso me hace reír más y más fuerte; tanto, que Dácil acaba rindiéndose y soltando una

carcajada también.

—Bueno, ya vale, ¿no?

—Lo siento, lo siento. Me entra la risa en los momentos más tontos. Dime.

Estoy seguro de que me brillan los ojos al volver a prestarle atención, pero no me da la gana de ocultarlo.

—¿Se te ocurre alguna idea para bajarlo a la cocina? Como yo me encargo de Maday, no puedo encargarme también de Airam o se me escapará alguno de los dos mientras tanto. Maday es fácil de engañar, le diré que venga a ayudarme a sacar algo, ya improvisaré, pero tú tienes que guiar a mi hermano.

—¿Y por qué iría yo a la cocina? O, mejor dicho, ¿por qué iría Airam conmigo a la cocina?

—Mira, dile que estábamos discutiendo abajo, que me he hecho daño y necesito ayuda. *Su* ayuda, porque la tuya no la querría para nada. ¿Tiene sentido?

—Se va a pensar que te he seguido para discutir o que te he placado, y me va a matar.

—Pues dile que he cogido la sartén para atizarte y me he quemado la mano. *Chos*, Thiago, fuerte arritranco[20] eres, ¿eh? —Me mira con rencor, exasperada—. ¿No puedes improvisar? Recuerda que le estás haciendo un favor a tu amigo.

—Sí, el favor de meterlo en la cámara frigorífica.

—Eso solo es un pequeño detalle. Lo importante es la simbología del gesto.

—La simbología se la va a pasar por el forro de lo que se va a cabrear. Pero vale, venga. Voy a decirle que te has quemado. ¿Dentro de cuánto rato se lo digo?

Dácil alza una mano para advertir que va a supervisar y echa un ojo al salón. Yo le echo un ojo a ella. Soy humano, lo siento, que me parta un rayo, pero lleva unos pantalones muy parecidos a los del personal de Mercadona, y todo el mundo sabe que esos pantalones hacen un culo de cine.

Ojalá pudiera decir que me ha pillado con las manos en la masa, pero solo tengo los ojos en la grasa.

—¿Me acabas de mirar el culo?

—¿Qué? No. Es que tienes un hilo. —Estiro la mano y finjo quitarle de la costura el presunto hilo—. Ya está. Estaba colgando

de forma sospechosa.

Dácil enarca una ceja.

—¿Ahora me has *tocado* el culo?

No sé qué responder a eso.

—Sí, lo siento. Estaba intentando arreglarlo.

Dácil aprieta los labios como si estuviera ofendidísima, pero lo que está es al borde del descojone. Si Roberto estuviera aquí, confirmaría que se le ha ido la olla. Que está mal de la azotea. Pero así es ella. Los rencores le pueden durar veinte millones de años, pero en cuanto decide que se le van a pasar, se le pasan.

Porque se le han pasado, ¿no? Esta mañana no me ha prometido que fuera a perdonarme, y, aun así, lo he sentido en cuanto me ha abordado en el servicio de caballeros. O quizá proponerme una alianza temporal es su manera de disculparse sin decir «lo siento» otra vez.

El caso es que reconozco la bandera blanca cuando la veo.

Es un color que le sienta muy bien.

—Venga, vamos o perderemos nuestra oportunidad. —Me anima en tono jovial.

Cuando se dispone a caminar, la detengo guiado por la duda.

—Oye… —Me atraganto yo solo ante el impulso de cogerla de la mano. Dácil primero se fija en mi muñeca tensa y luego me mira a mí, desconfiada—. ¿Está todo bien entre nosotros? ¿Bien de verdad?

Dácil me mira de arriba abajo en silencio.

—Está bien a secas —dice en tono neutro—. Bien de verdad estaremos algún día, pero hoy no. Al menos, yo no. ¿Te vale?

—Da…

No sé qué es lo que pretendía decir. De cualquier manera, ella se gira de nuevo hacia mí hecha un basilisco y me espeta:

—No lo jodas con tu repentina necesidad de debatir asertivamente cada detalle de mierda. No hay nada más que hablar, ¿de acuerdo? Asunto zanjado. —Y mirándome fijamente, suelta—: En diez minutos me bajas a Airam.

Capítulo 9

El fresquito siempre aclara las ideas

Thiago

Lo único bueno de que Airam estuviera en medio de Dácil y yo cuando nos odiábamos —cuando nos odiábamos la primera vez, digo— es que no le sorprende nada que le diga:

—Dácil ha intentado encerrarme en la cámara frigorífica y ha acabado teniendo un accidente. Te necesita.

Con mi anuncio ya me ahorro reprimendas clásicas, como esa de «¿no te había dicho que te mantuvieras alejado de mi hermana?».

Me parece a mí que Dácil y yo nos hemos preocupado más de la cuenta con la excusa para que Airam reaccione. Como lo que menos le apetece es tener una conversación conmigo, solo me dice «aparta», me retira con un brazo y pone rumbo a la cocina. Yo lo sigo a una distancia prudencial, por si acaso en el último momento cambia de opinión y decide hostiarme.

Puede que a Dácil no se le haya ocurrido la idea del año o, ya puestos, una que destaque por su tacto, pero comparto con ella su motivación. Un Airam sin mí y sin Maday, dos de los ejes sobre los que pivotaba su mundo, es un Airam cojo. Si él se niega a recuperar lo que es suyo, habrá que ponérselo en bandeja. No puede seguir dando bandazos por la vida, hecho un auténtico desastre.

Tal y como Dácil había predicho, la cocina está vacía. Se oye el eco de los pasos de Airam al dirigirse con seguridad a la cámara frigorífica —sabe de sobra dónde se encuentra—, y luego el murmullo de queja de dos chicas que él aún tardará un segundo en

reconocer.

Un segundo crucial para darse cuenta de que todo es una trampa y va a caer de lleno.

No tiento a la suerte avanzando más de la cuenta. Me quedo en un punto en el que se ve perfectamente el enorme congelador abierto, donde se almacena la comida de calidad cuestionable que sirven en el bufet y donde ahora está parada Dácil.

—¿Qué pasa? —pregunta Airam, de espaldas a mí. Extiende un brazo hacia ella—. ¿Está todo bien? ¿Qué te ha hecho?

Que qué le he hecho yo, dice. Me parece ofensivo. Es Dácil la que hace y yo el que tiene que deshacer, pero supongo que el que dice la última palabra o lanza el último ataque siempre es el malvado.

No me da tiempo a quejarme por su injusto comentario. En el transcurso de cinco segundos ocurre lo siguiente: Airam da otro paso hacia delante y frena bruscamente al reconocer a la persona que se está quejando —«Da, ¿qué hacemos aquí, aparte de coger frío? Te he dicho que no hay helado de polvito»—; Dácil, veloz como el rayo, se escabulle por un costado, empuja dentro a su hermano y cierra la puerta de sopetón.

Las quejas de Airam no se hacen de rogar. Casi estoy a punto de arrepentirme cuando Dácil se da una palmadita en la espalda y exclama, orgullosa:

—De reflejos estoy igual de rápida que siempre.

Macho, esta mujer es de lo que no hay.

—¡Dácil! —grita Airam—. ¿Qué haces? ¡Sácame de aquí!

—No grites o nos despedirán a todos —le advierte.

Airam se calla en el acto.

Dios, es buena.

Pero no sé de qué me sorprendo.

De no ser yo el que está en la cámara frigorífica, supongo.

—Si lo que pretendes es lo que creo. —Se le oye con eco, como si estuviera más lejos que a una puerta de distancia—, deja que te diga que no va a pasar, que estás jalada y que lo que me faltaba es emputarme [21] también contigo.

—Abre, Da —pide Maday en tono lastimero—. No vas a conseguir nada.

—Eso ya lo veremos. —Replica Dácil, empujando la puerta con

las dos manos. Ya está cerrada, va a ser imposible que la abran, pero supongo que bloquear el acceso con tanta pasión le da un aire más peliculero a la situación—. Necesitáis hablar, y antes de que digáis que no hay nada que discutir, mirad a vuestro alrededor. Que me haya tenido que aliar *con Thiago* para encerraros junto a las merluzas ya indica que la cosa está muy jodida.

—¡Y así va a seguir! —exclama Airam.

—¿Por qué tienes que ser tan obtuso? —gimotea Dácil. Yo ya contaba con que no lograríamos nada, y si lo logramos, será dejándolos toda la noche a la fresquita, pero ella se desespera con facilidad. Y es curioso, porque es una persona que ya debería estar acostumbrada a que las cosas no salgan como ella quiere—. Airam, venga, pronto se va a cumplir un año justo. Esto no puede seguir así. Somos una familia.

Sé que no me incluye en el concepto «familia», pero de todas maneras me tiembla todo de imaginar que las relaciones vuelvan a ser como antes.

Airam no dice nada. No debe de tentarle regresar a la época en la que Dácil y yo nos dábamos una oportunidad, Maday los mantenía a todos unidos con su buena predisposición y Leire era un agradable dolor de cabeza.

Quizá ese es el problema, que no quiere volver a lo de Leire.

Como si Maday me hubiera leído el pensamiento, dice con timidez:

—Los dos sabemos cómo es Da. Hasta que no se salga con la suya, no vamos a ver la luz del sol, así que dime qué es lo que necesitas para perdonarme. ¿Quieres que aproveche que Leire está en el barco para hablar con ella?

—Hablar con Leire fue lo que te metió en el problema. —Le espeta Airam—, ¿tú de verdad crees que eso me va a amorosar [22] ? Además, seguro que a Leire le encantaría que te acercaras a hablarle del pibe con el que cortó el año pasado. —A nadie le pasa desapercibido su tono irónico—. Sobre todo siendo quien eres: la que lo arruinó todo.

Este es el momento en el que intervengo yo, a riesgo de crispar más los ánimos:

—Leire te esperó, Airam. Todos esperamos a que volvieras a Madrid y te sentaras a hablar con nosotros, como siempre has

hecho. Yo para pedirte disculpas otra vez, y ella para que le demostraras que no había nadie en Tenerife de quien estuvieras… enamorado. —*Esa palabra no le va a gustar nada*—. Pero no lo hiciste, y desaparecer sin avisar lanza un mensaje muy claro.

—Sí, ya veo lo que esperó. Con el notas ese con el que ha venido empezó a salir un mes después. Lo que esperaste tú también a que Dácil fuera a buscarte para poder decir «bueno, ya lo he intentado» y, a continuación, liarte con Celia, ¿no? —se burla Airam.

—¡Esa ahora no es la cuestión! —exclama Dácil, molesta—. ¡Estáis ahí para resolver vuestros problemas!

—Tú también tienes problemas con alguien. ¿Por qué no entras aquí para solucionarlos, mi niña?

Dácil bufa como si le hubieran hecho una pregunta estúpida.

—Porque la persona con la que tengo problemas no está ahí dentro.

—Claro que no. Y si lo estuviera, ni harta de vino le harías compañía junto a la carne congelada. Podrías haber sido un poquito empática, Dácil. Si tú no te habrías expuesto a esto, ¿qué te hace pensar que conmigo va a funcionar?

—Que tú eres más razonable que yo. —Replica con muy buen tino, mirando con fijeza la puerta. Parece que esté mirando a Airam a los ojos—. Y, de todos modos, tu problema con Maday es una gilipollez en comparación con el mío.

—No, Dácil. Mi problema con Maday es exactamente el mismo.

Dácil ni se inmuta con la respuesta. Habrá dado por hecho que se refiere a que, a su parecer, los enfados de la una y el otro son igual de graves. Pero no es eso lo que quiere decir. Yo lo entiendo.

Yo *lo sé*.

—¿Acaso tú perdonarías a Thiago? —insiste Airam.

Desconozco si va por ahí para aprovechar y hacerle terapia a su hermana —no me extrañaría; era de esos, de los que encerraban a los enfadones en sus cuartos para hacerlos entrar en razón con tácticas bastante efectivas— o para darle un escarmiento.

Sea como sea, contengo la respiración, y creo que Dácil también.

Sigue un silencio que solo ella podía romper.

—Ya lo he perdonado —admite llanamente, poniéndome el estómago del revés. Me mira de reojo, como diciendo: «¿Me has oído bien? Pues eso»—. Por mí. Porque no quiero seguir furiosa con

el mundo, y él es parte del mundo. Ahora te toca a ti: tienes que perdonarla por los dos, por lo que teníais.

—Si la tengo que perdonar por eso, mejor me estoy quieto —bufa Airam—, porque lo que teníamos era una puta mierda.

—¡No digas eso! —se queja Dácil. De nuevo, entiende lo que quiere entender, o lo que *puede* entender dada la poca información de la que dispone.

En ese momento, Maday decide romper su silencio:

—Más no puedo hacer. —Suena rendida. Se oyen sus pasos en dirección… ¿a la puerta?—. Abre, Dácil. Ya lo has oído.

—No, claro que no. Tú nunca tienes nada que hacer —barbota de pronto Airam. No se le oye con tanta estridencia, señal de que se está dirigiendo a ella por primera vez y no a su hermana—. Es mejor que lo hagan los demás. Que el resto hable por ti, se disculpe por ti, llore por ti, espere por ti, se coma los marrones por ti. Esa eres tú, La Escurre-Bultos.

—¿Perdona? —Detecto cierta irritación en su tono. ¡*Maday se ha enfadado*!—. ¿Es que no te pedí disculpas? Lo que no voy a hacer es montar guardia delante de tu chozo hasta que un día te sientas inspirado a perdonar mis grandes, terribles pecados. —¡*Maday está siendo irónica*!—. ¿O eso es lo que quieres? ¿Que me humille?

Dácil se vuelve hacia mí, seguramente porque soy la única persona en la cocina a la que le puede alzar el pulgar y decirle con los labios: «¡Están hablando! ¡Todo mejora!».

Pero no mejora.

—Lo que quiero es que dejes de hacerte la loca y te hagas cargo de todo.

—¡Me hago cargo de todo!

—De toda la verdad. —Especifica en tono seco—. No le contaste a Leire que me gustabas cuando era un crío. Le contaste que *tú* todavía me querías. *A mí*. Le contaste que no me lo decías porque sospechabas que pondrías mi vida patas arriba, y Leire te hizo el favor de dejarme para averiguar si era cierto o no porque ya tenía la mosca detrás de la oreja.

—Lo de la mosca no es mi culpa —murmura Maday. O eso creo que dice, porque suena débil—. Estaba ahí antes de que viniera a hablar conmigo.

—No, lo de la mosca no es tu culpa. Pero es que no estoy emputado por eso.

—¿Y por qué estás emputado? ¿Quieres que se lo desmienta a Leire? ¿Es eso?

—A veces las mujeres sois unas verdaderas idiotas. —Suspiro yo.

Dácil me mira sin entender nada.

Lo que yo diga. Idiotas.

—¡Leire me importa un carajo, Maday! Lo pasé mal unos meses, de acuerdo, pero ¿tú te crees que me iba a preocupar de Leire cuando Thiago acababa de largarse para siempre, mi padre le había hecho un desaire a mi hermana y tú volvías a jugar conmigo? Venga ya, no me hagáis reír. Siempre he tenido muy claritas mis prioridades, a diferencia de los demás, y mi familia va por delante.

Dácil abre tanto la boca que me habría reído si el asunto no fuera serio.

—Pues no se notó cuando te pasaste un verano entero pegado a su culo. —Suelta Dácil.

Ya que la mesa está puesta, pues la niña se sienta a comer.

—Solo me estaba engañando a mí mismo —reconoce Airam tras un rato de deliberación. Suena mosqueado—. Pensaba que centrándome en quitarle a Leire los celos y las dudas podría convencerme de que la quería. Porque sus celos y sus dudas eran un reflejo de mi debilidad, y llevo años, muchos años, tratando de superarla.

—Entonces… ¿n-no sigues enamorado d-de ella? —tartamudea Maday—. ¿Y por qué estás enfadado conmigo?

Dios santo, ahora entiendo por qué Airam se desesperaba tanto con Maday.

—Tiene cojones que me lo preguntes, ¿eh? ¡Porque lo has hecho otra vez! Vuelvo a dejar lo que tengo (o, en este caso, no voy a buscarlo para recuperarlo) para quedarme contigo y tú das un paso atrás. Tenía una novia preciosa que me hacía sentir bien y la sacrifiqué porque pensaba que tú por fin te habías decidido. Siento que te burlas de mí, te lo juro.

—Yo… —balbucea Maday, y solo porque Airam se ha callado a la espera de una contestación—. N-no no me… no me burlo. Es que…

—Es que nada. —La corta sin contemplaciones.

—¿Por qué no me dejas hablar?

—Porque no vas a decir nada. Hemos tenido esta conversación mil veces y en todas esperas que todo vuelva a ser como antes diciendo que lo sientes y que no puedes. «Lo siento, no puedo, lo siento, no puedo». —Pone la voz en falsete para imitarla—. Por eso no me interesa tenerla otra vez. Te metes donde no te llaman, te sale bien la jugada porque mando al carajo algo bonito, algo que funcionaba, por ti, tú te echas atrás ¿y tienes la caradura de ponerte a lloriquear por los rincones? Qué huevos, Maday. Qué huevos.

Dácil no da crédito a lo que oye. Tal debe de ser el asombro que abre la puerta de un tirón para mirar a su hermano a la espera de una explicación detallada, pero no va a decir más que eso.

Airam está mirando a Maday a la cara con los hombros hundidos.

—No estoy enfadado —aclara, algo más tranquilo—, simplemente no quiero saber nada de ti. Nuestra amistad siempre ha sido una mentira, y aunque pudiera ser tu amigo, ya no me fío de ti ni de mí mismo. Así que déjame en paz. No me eches miraditas de pena, ni le digas a Dácil que me quieres mucho. Haz como si estuviera muerto para ti.

Airam sale de la cámara sin mirar a Maday una última vez. Sin mirar a Dácil. Solo me mira a mí, un segundo rápido, el segundo que tarda en acordarse de que ya no somos amigos. Pero mientras dura nuestra amistad, ese precioso segundo, Airam me pide auxilio y fuerza para salir de allí entero. Comparte conmigo su exasperación y lo desilusionado que vive desde hace algún tiempo.

Por suerte para él y por desgracia para mí, no me necesita para librar sus batallas ni superar las decepciones, porque es mucho más fuerte que yo, y cuando ataja el problema, atajado queda. No permite que le persiga ni le siga torturando por más tiempo.

Abandona la cocina sin necesidad de correr, porque no tiene nada que ocultar, y los demás nos quedamos inmóviles hasta que el eco de sus pasos se extingue.

—Pues parece que la operación ha sido todo un éxito, ¿no? —comento en voz alta—. Han hablado.

Evidentemente, nadie me responde.

Capítulo 10

Mejor llorar de miedo que de arrepentimiento

Dácil

—Necesito datos —anuncio con solemnidad—. *Ahora.*

Le hago a Maday un gesto con las manos para animarla a desembuchar, pero no hay manera de sacarla del *shock* en el que se ha sumido. Ha sido un milagro que lograra salir de la cámara frigorífica y terminar de atender sus obligaciones en el comedor, porque le temblaban tanto las piernas que pensé que se había electrocutado. Pero más sorprendente es que yo haya conseguido esperar las horas que todavía ha durado la cena para abordarla en nuestro camarote.

Y todo apunta a que tendré que ponerme de parte de Airam.

Maday está sentada en el borde de la cama con el uniforme de camarera. Le queda ceñido por el pecho y holgado por la cintura, como les pasa a todas las mujeres que llevan prendas con botones para cubrirse una delantera desproporcionada.

La desolación que transmite debería inspirarme a mostrar cierta piedad por ella, pero me cuesta no mirarla de hito en hito si pienso en la ira de mi hermano.

—Es obvio que te dejaste unas cuantas cosas por contarme en la librería de segunda mano, hace ya un año. No tengo que repetir aquello que te dije entonces, ¿verdad? Lo de que te han sobrado oportunidades para contarme la verdad. ¿Por qué nadie me cuenta la verdad? ¿Acaso tengo cara de no encajarla como una persona

madura? —Maday me mira con ironía, y a mí no me queda otro remedio que aceptar mi parte de culpa—. Vale, a lo mejor no lo habría encajado de lujo, pero lo habría intentado. ¿Qué te costaba contármelo?

La mirada de Maday muta a una de incredulidad.

—¿Qué te costaba a ti preguntarme cómo estoy? —replica sin acritud—. Dácil, no me acuerdo de cuándo fue la última vez que te interesaste por mi vida, por lo que hago, por las personas que quiero, por lo que pasa por mi cabeza, y lo de Airam es la clase de cosa que no me sale comentar entre los tráileres promocionales y la peli que hemos ido a ver.

Su respuesta me deja un momento desorientada.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Tiene que ver con todo. Con que yo no te cuente y con que él no te cuente, más que nada. Lo de tu hermano ha estado ahí delante todo el tiempo, especialmente el verano pasado, pero no lo habrías visto ni aunque te lo hubiéramos tirado a la cara, porque tu vida giraba en torno a Thiago. Y cuando se fue, también giraba en torno a Thiago. Estabas tan cegada con eso que los demás te importábamos un carajo.

—Oye, ¿en qué momento se ha convertido esto en una emboscada? —Pestañeo, perpleja. No me sale mosquearme. Maday no me lo ha reprochado con rabia, y yo, por más que me duela, me veo reflejada en el perfil de egocéntrica que ha descrito—. Lo siento si no he estado pendiente y no he sido una buena amiga, lo siento de corazón, pero claro que me daba cuenta y claro que intentaba intervenir a mi manera. ¿No lo he hecho ahora, acaso? He querido saber qué pasaba en cuanto me he dado cuenta de que el problema es más grande de lo que creía. Además… no es que tú seas una persona a la que es fácil sonsacarle la información. Te cuesta hablar de ti misma y yo solo insisto hasta cierto punto. Me da miedo que me creas una metomentodo que no respeta tu intimidad, y por eso paro. Si no, sería una pesada contigo.

Maday agacha la mirada hasta sus manos, que en todo momento han reposado, sin vida, en su regazo. Es como si la hubiera abandonado toda la energía vital. Cuando vuelve a participar en la conversación, veo el arrepentimiento y la vergüenza en su semblante.

—Tienes razón. Me siento ridícula cuando hablo de mí misma, y no es culpa de nadie, solo mía. Me convertí en la persona que escucha y aconseja, en el Pepito Grillo, y es difícil quitarse esa etiqueta una vez te la ponen. *Te la pones*. No es solo vuestra culpa. Yo me dejé.

Me siento a su lado, temblando al verla tan demacrada. Le paso un brazo por los hombros y la acerco a mí.

Está helada.

Eso ya no es culpa mía. Ha pasado un buen rato desde que estuvieron en el frigorífico. En teoría debería haber entrado en calor.

—Podemos intercambiarnos los papeles.

—No sé. Mi vida no es tan interesante como la tuya, porque prefiero dejar que pasen los días sin pena ni gloria, ni tampoco tengo tu personalidad arrolladora.

—¿Ahora soy una «personalidad arrolladora» y no una tronada de la cabeza?

—Son la misma cosa, solo que lo primero te lo llamo cuando quiero halagarte y lo segundo, cuando estoy de mal humor.

Nos miramos las dos a los ojos y sonreímos.

Es cierto que, si tuviera mi «personalidad arrolladora», me estaría echando en cara haberme distanciado de ella para sumirme en mi odio desesperado hacia Thiago las veinticuatro horas del día. Estaría gritándome que, como amiga, no sirvo ni para apañarle una salida a la bolera, y que no me debe ninguna explicación.

Claro que he sido egoísta. El verano pasado todo se desmoronó. Airam fue abandonado como un perro por Leire, Maday fue atacada de un modo que me pareció incluso absurdo, y yo, sin embargo, estaba tan obsesionada con Thiago que solo se me agitó el pelo cuando él se marchó. Todo lo demás lo viví como si fuera una película de domingo por la tarde, y no se me ocurrió en ningún momento que hubiera gente sufriendo, además de yo misma. Gente que me importa y con la que en teoría debería involucrarme.

Es verdad que el dolor nos ciega y nos vuelve, si no unos energúmenos, como a Airam, unos puñeteros egoístas. Pero eso no es excusa, ¿no? Al menos, ya no lo es.

Apoyo mi frente en la de Maday. Ella cierra los ojos y se deja cuidar.

—Seguro que no es tarde para ayudarte. A ti y a él. ¿Qué pasó?

Maday lanza uno de sus suspiros. Este me cuesta reconocerlo, porque no tenía ninguna categoría de suspiro que dijera claramente: «Tengo el corazón roto». O quizá sí, quizá lleva suspirando de esta manera desde el origen de los tiempos y yo no lo catalogaba como tal porque mis suspiros ahogaban los suyos.

Se separa de mí como si le doliera todo y me mira avergonzada.

—Es verdad casi todo lo que ha dicho. Mi conversación con Leire fue tal y como explicó. Le dije que lo adoraba, que hubo un tiempo en el que fue mutuo, que no cuajó por mi culpa y que si tuviera la oportunidad de arreglarlo, lo haría.

—¿Qué dices? ¿Cómo se te ocurrió soltarle a la novia de la criatura que estabas encoñada?

—Me preguntó por él y lo solté como si llevara toda la vida esperándolo —reconoce, resignada—. Me salió solo, y cuando me quise dar cuenta, me sentía tan aliviada que la culpa no llegó hasta un rato después. Además, fue ella la que me pidió que le dijera con el corazón en la mano si veía a Airam volviendo a mi vera si le contaba cómo me sentía. A eso no le contesté nada, claro, porque no lo sabía. Leire tuvo que inventarse lo de que yo opinaba que sí para poner a Airam contra las cuerdas.

—Ya decía yo. —Cabeceo, conforme con la nueva versión—. No te veo diciendo algo que sembraría discordia. No voluntariamente. A lo mejor una parte de tu subconsciente quería acabar con la relación.

Ella me mira espantada.

—Ni de coña. Me quemaba que tuviera novia, pero por otro lado, me ayudaba a sentirme menos culpable por haberle dicho que no en su día. Pensaba: «Qué bien, ha recuperado la fe en el amor» y todo eso.

—Qué tía más rara eres, chacho.

Maday sonríe de lado al ver mi cara de pasmo.

—Ya, bueno… Aun así, era difícil. Sobre todo porque parecía que estar con Leire, en lugar de ayudarlo a relacionarse conmigo sin interés… romántico, por así decirlo, le impedía ser mi amigo. Tu hermano estuvo todo el verano pasado muy raro. Había mucha tensión. Estaba como… resentido, y no quería hablar de Leire conmigo. Solo pasamos un par de tardes juntos, todo porque yo

insistí una y otra vez, y fue extraño. No me preguntes en qué sentido ni por qué estaba así, no lo sé. El caso es que… unos días después de que se marcharan Leire y Thiago, cuando ya todo se había ido al carajo, Airam vino a mi casa a hablar conmigo. Me alegré de verlo porque ya no estaba enfadado. Había tenido tiempo para reflexionar. Pero entonces… fue cuando… Me acuerdo de que entró en mi cuarto y me preguntó a qué estaba esperando, así, sin más.

—¿A qué estabas esperando? —repito sin entender.

—Sí. Dijo que, si era verdad lo que yo le había dicho a Leire, lo de que aún lo quería y todo eso, por qué no había ido a buscarlo en cuanto se largó de Tenerife. En cuanto rompieron, me refiero. Y luego… Tengo la cabeza hecha un lío, Da. —Se disculpa mirándome a los ojos—. Es como que quiero borrar esa noche de mi cabeza y a la vez lo recuerdo tan bien que es como si me lo estuviera diciendo ahora mismo.

—Suele pasar. —Le doy una palmadita cariñosa en el hombro—. Cuéntame lo que puedas.

Se toma un buen rato para ordenar las ideas.

Supongo que desahogarse es como todo en la vida, como la esgrima, como hacer pulseras, como cocinar: si dejas de practicar (más aún, si no lo has hecho nunca), te cuesta tanto volver a ponerte (o iniciarte) que no das pie con bola con la espada, te sale un collar más feo que Picio, la nata se te corta o, como es su caso, tartamudeas y te ruborizas y solo quieres desaparecer.

—Vino para estar conmigo —resume a duras penas—. Yo solo le hacía preguntas para que no se acercara. Que por qué no se iba con Leire, qué pasaba con ella, que si no la quería, qué había pasado ese verano que estaba tan raro, que no tenía sentido que estuviéramos juntos porque se iría a Madrid y la distancia es lo peor… —Se le humedecen los ojos, pero consigue recomponerse tan solo cuadrando los hombros—. Él solo me decía que me quería, que por favor no lo apartara ahora, y me daba besos, y otra vez que me quería, y más besos, y yo me sentía acorralada y ya no sabía ni qué decir por qué me iba a dar un ataque al corazón.

La escucho con un nudo en la garganta.

—Y tú… ¿qué le dijiste?

—Pues que se fuera.

—Pero ¿qué dices, *locaplaya*? —Salgo casi propulsada de la indignación. De pie ante ella, la miro con incredulidad—. ¿Por qué le dijiste eso? ¿Estabas tonta, o qué?

—Porque es la persona que más quiero en este mundo, y si lo nuestro se terminara, no levantaría cabeza nunca. Mira cómo estoy. Perder a Airam ha sido más traumático que la dieta *detox* y la hora de cardio diaria. —Se señala con una sonrisa cansada—. Solo fumo y lloro. Ahora, además de anoréxica, tengo asma y estoy deshidratada. Mi vida es una mierda.

—Sigo sin entender nada. ¿Por qué te has saboteado tú solita?

—He tenido tiempo para reflexionar sobre eso, porque al principio no me entendía ni yo. Pero luego lo pensaba y es muy sencillo. Yo para Airam quiero lo mejor.

—¡Y eres lo mejor! ¿Qué hay mejor que tú? Solo los mochis, Maday.

Ella intenta reírse, pero solo le sale una media sonrisilla resquebrajada.

—Da, soy… yo no soy nadie. Hasta hace poco fregaba platos en un hotel, pesaba setenta kilos midiendo un metro cincuenta y soy la típica aburrida que camina por detrás de los grupos grandes cuando la calle es demasiado estrecha. Cada vez que miraba a Leire, no podía respirar. Esa chica es maravillosa, es… es preciosa. Fantaseaba que era como ella, que tenía lo que ella tenía, porque si yo fuera así, alargaría la mano y cogería lo que quiero.

—¿Y qué si friegas platos? ¿Es que eso es indigno? Yo es que flipo.

Ella me mira con resignación.

—No es la carrera de Medicina en Madrid.

—Y gracias a Dios. —Bufo—. ¿Has visto lo amargado que está Airam estudiando?

—Solo a veces. Lo escuchaba hablar de las cosas que estaba aprendiendo, tan apasionado, de la gente que conocía, las *raves* de locura, y yo pensaba en lo pequeñita e insignificante que es mi vida en comparación. Solo una chica como Leire está a su altura.

—Leire puede ser lo que sea, que, por cierto, dudo que sea perfecta, pero no es a quien Airam le ha gritado que la quiere.

Maday sacude la cabeza, supongo que decepcionada por mi falta de empatía.

—No lo vas a entender, igual que él tampoco lo entendería, pero es que yo no… no puedo salir con nadie. Me pasaría el día ansiosa, recelando de todas las mujeres atractivas del mundo, sintiéndome fatal por estar acaparando a una persona que merece algo mejor que yo, pensando que está a mi lado por pena, que le doy vergüenza, que todo el mundo nos miraría y se preguntaría qué hace conmigo… —Inspira hondo antes de soltar la bomba—: Y si soy incapaz de mirarme a un espejo, imagina desnudarme delante de un hombre. Me da pánico decepcionar a un desconocido, pues solo de pensar en hacerlo ante Airam, me da un ataque de ansiedad.

No me puedo creer lo que estoy escuchando, y se me debe de reflejar en la cara, porque Maday hace una mueca incómoda.

—Pero es que así es como lo has decepcionado, mi niña, rechazándolo y no desnudándote. ¿Tú crees que tienes que ser una sílfide para que un pibe te quiera devorar? ¿No has oído eso de que los hombres tienen sangre en el cuerpo para que funcione el cerebro o la herramienta, nunca las dos cosas a la vez?

—Lo sé, Dácil, pero mi cerebro *sí* funciona todo el tiempo, y no es muy amable conmigo. Yo creo que me pondría a llorar. Y siento… siento mucho si estoy sonando como una víctima, pero es que esto es lo que pienso.

Me la quedo mirando a la espera de un «es broma» o algo por el estilo, pero Maday está de veras trastocada. Y es totalmente sincera. La escucho y la escucho, y aunque me compadezco y me horroriza, me plantea una situación y unos sentimientos con los que no puedo identificarme.

Siempre he sido una descarada, no le temo al destape, y los comentarios que un notas pueda hacer de mi cuerpo me resbalan. Si acaso, me cabreo y ataco, pero bajo la piel no se meten. En cambio, ella no es así, y no sé cómo ayudarla a ser más como yo porque yo no tuve que esforzarme para pensar como pienso. Porque hemos vivido experiencias parecidas, pero tomamos caminos diferentes para afrontarlas.

Las dos fuimos víctimas de *bullying* en el colegio. A ella la llamaban «gorda», «tuerta» porque tiene un ojo de cada color, «aburrida» e incluso «sucia», porque su abuela y su madre tenían que trabajar todo el día y no siempre les daba tiempo a planchar para que la niña no fuera con la ropa arrugada al colegio. Solo

arrugada, pero siempre encontraban de dónde tirar para herir a los demás. Yo era la «bestia», la «fea», y en la calle, de parte de las señoronas pijas de Los Cristianos, hasta «la negra de mierda». Incluso en la facultad, porque es irrisorio cómo en una isla tan diversa no hay nadie racializado asistiendo a la universidad. Pero a mí no me afectaba porque sí, soy una bestia. Ven y me discutes si tienes valor, mi niño. Sí, tengo herencia saharaui y latina y gomera, y ya la quisieras para ti, trozo de mierda. Me terminaban respetando o se callaban a mi paso porque les daba miedo, o porque se daban cuenta de que en Tenerife, un lugar lleno de venezolanos, senegaleses, saharauis y cubanos, es absolutamente ridículo señalar a los «diferentes». Porque no somos diferentes, somos la mayoría. Somos los que hacemos la isla.

Maday, en cambio, era y es más frágil, y por eso se cebaban con ella. A Maday la convencieron de que ser ella estaba mal, muy mal, y eso se quedó grabado en su mente y lo contaminó todo.

—Tampoco es que Airam sea Arón Piper. —Atino a decir al final.

¿Por dónde empiezo a tratar un problema estructural como este, tan profundamente arraigado?

Maday suelta una carcajada, y con eso me conformo por ahora, con que sonría.

—¿Por qué estás tan obsesionada con Arón Piper, con la cara de tonto que pone en las fotos?

—Se parece a Thiago, supongo. En la sonrisilla, en la forma de la cara, en cómo se viste y cómo habla… —Maday y yo enarcamos la ceja a la vez—. ¿Olvidamos que he dicho eso?

—Lo olvidamos, lo olvidamos.

—El caso es que mi hermano es un cuerpo-escombro. Por favor, Maday, tú lo has visto en sus peores momentos. Se apostó con Thiago que podía pasar dos semanas sin ducharse sin problema, mira el clínex después de sonarse los mocos (a mí hasta me lo enseña, el cerdo) y jamás he sentido tanta vergüenza ajena como cuando se arranca a bailar. Me parece increíble que lo veas de forma romántica, pero ¿que pienses que eres poco para él? Eso ya me deja loca, te lo juro.

Maday esboza una sonrisa tímida que me llena de ternura.

—A mí me parece el mejor. —Encoge un hombro—. Me gustan

los flaquitos.

—Está flaco porque tiene un metabolismo agradecido. Si no, pesaría novecientos kilos.

—Lo sé. Si no fuera así, ¿con quién habría ido a comer arepas después de «ir al gimnasio»?

—Ya sabía yo que ibais hasta la puerta y luego os dabais la vuelta. —Suspiro, divertida.

Nos quedamos en silencio, cada una pensando en lo suyo, hasta que vuelvo a llamar su atención:

—Tienes que superar tus miedos.

Maday resopla.

—*Chos*, Dácil, ¡ni se me había ocurrido esa idea!

—No, no. Tienes que superarlos *de verdad*. Tienes que tirarte a Airam. —Tuerzo la boca al decirlo—. Qué asco, chacho. Pero bueno, lo que yo diga. Es obvio que está despechado porque todavía te quiere y eres más lenta que un desfile de cojos, pero estamos a tiempo de arreglarlo. Ya sabes lo que es perder a Airam; ¿de verdad es más terrorífico quedarse desnuda o montarle un pollo por un ataque de celos?

—No —responde ella con naturalidad. Me sorprende lo claro que lo tiene—. No creo que pueda pasarlo peor que viviendo al lado de su familia y teniendo que ignorar que existe.

—Pues venga, que tengo una idea. —La cojo de la mano—. Después de la cena con el capitán había noche de karaoke. Le han dado el resto del día libre a todos los que hemos servido porque hemos cumplido la cuota de trabajo, así que Airam estará arriba… y nosotras también. Ponte guapa y ahora te cuento mi plan.

Maday me mira de hito en hito.

—Tengo miedo.

—Bien que haces. Pero tu miedo da igual. Tienes que espabilar, Maday.

—Para ti es fácil decirlo, que eres media mujer y medio huracán.

—Y también soy tu amiga y la hermana de tu futuro marido. Aprovéchame en tu beneficio. Sé un poco mala; que se note quién te ha acompañado toda la vida. —Le guiño un ojo.

—Ay, Dácil… —Se cubre la cara con las manos, no sé si para llorar, para reírse o para esconderse de mí. De todo un poco, seguramente—. No debería haberte dicho nada. Seguro que esta

noche acabo llorando de mal de amores.

—De eso nada. Llorarás antes de miedo, pero ya verás que de arrepentimiento nunca.

Capítulo 11

El día que canté en un karaoke con Arón Piper

Dácil

Maday no es la única que esta noche tendrá que meterse en el bolsillo a un notas. Yo también tengo mis propios planes, mi agenda secreta, y esta vez no hay ninguna «T» dentro de una serie de corazones mal dibujados en la página del lunes.

Hay una «R».

Parece que la clave para olvidar no es perdonar. Perdonar es más que insuficiente. Es, de hecho, un arma de doble filo, porque igual que te da paz mental —o, al menos, en teoría—, te acerca de nuevo al absuelto, te ayuda a empatizar con él y lo más probable es que uno acabe de vuelta al principio, queriendo al mencionado sujeto más de lo que se puede permitir.

Lo que he visto que funciona a mi alrededor, y todo gracias a haber sido testigo de la crisis de mi hermano, es que un clavo saca otro clavo. Thiago ha seguido adelante gracias a Celia, mi hermano apartó a Maday del pensamiento mientras duró su relación con Leire, y no es que mi tío Jaime sea el Gran Gurú Del Amor Verdadero, pero él dice que se le quita toda la magua y la tontería de echar de menos a una ex iniciando una aventura con otra.

«Otra más guapa», suele especificar.

Más guapo que Thiago solo es Arón Piper, así que lo tenemos jodido para cumplir esa norma, por eso voy a conformarme con otro clavo a secas. Por oxidado o torcido que esté.

Roberto se ha puesto en bandeja esta mañana. No pierdo nada

por intentarlo.

Se lo he contado a Maday mientras nos vestíamos para la ocasión y no le ha parecido mala idea, y si a Maday no le parece mala idea, es que no se me ha ido la cabeza más de lo moralmente aceptable. Así pues, en cuanto llegamos a la sala de animación preparada para la noche de canto, mis ojos buscan al elegido entre las mesas dispuestas en zigzag.

Han montado el escenario del karaoke al fondo y se han currado fleje los efectos luminosos, porque solo unos neones azules, rojos y violetas parpadean para aliviar la oscuridad. Un sueco se ha animado a cantar un tema de Sia más viejo que un bosque, y no lo hace nada mal pese a ir bien cocido.

Localizo a Roberto de pie junto a la mesita que comparte con sus amigos. Charla con Leire, Thiago se entretiene con Celia y el tal Fede se aproxima ahora con las bebidas que se sirven en la barra montada a un costado del salón. Mientras me acerco con Maday a mi lado —no para de tirarse el vestido hacia abajo, incómoda con el corto de la falda—, el grupo brinda por vete tú a saber —yo lo haría por el milagro de que Thiago tenga una relación seria— y beben un sorbo.

Aprovecho ese momento para dar las buenas noches.

Thiago es el primero en volverse hacia mí. Abre los ojos un segundo, la bebida se le va por donde no debe y arranca a toser como un descosido. Celia, que también estaba dando un sorbito, me mira de soslayo y más de lo mismo: se atraganta y se lleva una mano al pecho para controlar el violento ataque de tos. Al ver la reacción de los dos, Leire se empieza a reír y el resultado es idéntico, ponerse nerviosa y acabar carraspeando. El único que bebe como una persona normal y no parece afectado por mi llegada es Roberto.

Punto para el niño.

El niño en cuestión me saluda con la mano y una sonrisa escueta que dice a las claras: «Aléjate de mí, puta loca».

Un hueso duro de roer, ¿eh?

—¿Qué pasa? ¿Os han echado guindilla en el cóctel? —me mofo. Sé perfectamente que lo que causa sensación es mi vestidito negro—. ¿O es que «*every time you see me with my little black dress on know you need me*[23]»?

Thiago es el primero en recuperarse con una carcajada que le saca brillo a sus ojos. En la oscuridad son más transparentes que nunca, como si ni las sombras pudieran anular su claridad. O a lo mejor ese es el efecto seis-vodkas-con-limón.

—Qué mal se te da el inglés, Da. —Se descojona.

—Qué mal se te dan las mujeres. —Se la devuelvo de buen humor.

No está para burlarse cuando casi se mea encima de gusto al verme, y creo que lo sabe, porque intenta por todos los medios recuperar su dignidad.

—Si lo dices por ti, *coração*, sí que se me dan bien las mujeres. Lo que no se me dan bien son las depredadoras.

—Pues eso. Las mujeres. —Le mantengo desafiante la mirada—. ¿O es que tú las ves como presas?

No tiene el coco como para intentar responderme. Tarda tanto buscando una respuesta a la altura que Celia se le adelanta haciéndome gestos para que me siente a su vera.

—¡Estás increíble, Dácil! —me halaga—. Y tú a ver si te callas, Thiago, ¡siempre sembrando discordia!

—Gracias, gracias… No te preocupes, es que Thiago y yo nos llevamos así, ¿verdad? —Le doy una palmadita en el brazo con actitud amistosa—. Por cierto, no te he dado las gracias por lo de antes.

Thiago me lanza una mirada burlona.

—No me has dado las gracias en tu vida.

—¿Acaso has hecho algo para merecértelas? —Enarco una ceja. No le doy tiempo a contestar y acerco a Maday al grupo para presentarla—. ¿Conocéis a mi amiga? Va a cantarnos una canción en un ratito, en cuanto descubra dónde coño está Airam. ¿Alguien lo ha visto?

Poso la mirada sobre Leire para medir su reacción. Se ha tensado al ver a Maday, pero tan rápido como la ha sobresaltado la incomodidad, se ha obligado a decirle «hola» con una sonrisa no muy consternada. Tendré que confiar en que ahora Leire tiene sus propios asuntos —léase «novio»— de los que ocuparse y en su buena educación para que no interfiera en mis propósitos o en los de mi familia. Airam podrá decir lo que quiera sobre no quererla, pero salió con ella unos cuantos años y ha demostrado que no le da

igual que vaya dando tumbos por el barco.

—¿Cantas, Maday? —le pregunta Celia, siempre tan cariñosa.

Poco se habla de que Thiago se haya buscado de novia a mi antítesis.

Sí que debí dejarle un trauma.

Celia tiene a Thiago cogido del brazo y se ha recostado contra él. Hacen una pareja improbable, pero no por ello menos atractiva: Celia con su aspecto dulce, acentuado por la elección de vestuario —un vestido corto y vaporoso a juego con el azul cristalino de sus ojos—, y Thiago tan macarra con el pendiente, los tatuajes que se intuyen bajo la camisa remangada y el medio rapado de muñeco de San Andreas con ese flequillo dentado a media frente, cortado con las tijeras en vertical. *Por orden de los Peaky Blinders*.

«No los mires más. Mira a Roberto. Él es tu destino».

Pero Roberto no me mira. Tampoco lo ha hecho durante la cena, cuando me he acercado para recordarle que existo y que exijo el mismo caso que me hizo en la excursión por Lanzarote.

¿Será uno de esos tíos raros que hacen *ghosting* en cuanto se han entretenido contigo?

Ni siquiera me ha visto desnuda. ¿Qué clase de raro hace *ghosting* antes de acostarse con la chica? No sé si es de agradecer o es la cosa más insultante del mundo.

—¿Te lo puedo robar un momento? Es para hablar de planes secretos para juntar a mi hermano con mi mejor amiga —le explico a Celia. Ella se deshace de él sobre la marcha, más que dispuesta a colaborar con los mencionados planes secretos—. Eres la mejor, mi niña.

Le lanzo un beso y tiro de Thiago, que se había quedado hecho una piltrafa ahí en medio.

—¿Quieres cantar una cancioncita conmigo, o qué? —me suelta sonriente mientras lo conduzco a una zona lo bastante alejada para que no nos escuchen.

Se tambalea antes de apoyarse en la pared contra la que lo dejo, y entre eso y el brillo acerado de sus ojos, ahora más alegres de la cuenta, no me cuesta deducir que, en efecto, ya va bien combadito[24]. Esto me pasa por llegar «elegantemente tarde» —cuando ya llevan una hora y media de karaoke—, que me encuentro al notas en muy pocas condiciones de ayudarme.

—¿Qué le pasa a Roberto conmigo? —Me cruzo de brazos, sospechando—. ¿Tú lo sabes? ¿Es que le has dicho algo? Porque esta mañana estaba muy interesado en mí y ahora ni me mira.

Thiago se ríe otra vez.

—Princesa Dácil… —dice, arrastrando las palabras. Me lanza una miradita significativa—. En este caso no he tenido que hacer nada. Lo dejaste tú todo dicho, y la pobre criatura se asustó. Y con mucha razón, cabe añadir.

—¿De qué hablas?

—¿En serio no te has dado cuenta? Todo eso que le has soplado sobre mí esta mañana le ha dejado un poco… desencantado, por así decirlo. A los hombres no siempre les gustan las mujeres capaces de asfixiarlos mientras duermen, ¿entiendes? —me explica, como si me faltara una agüita [25] .

—Pero si le he gustado —me quejo, malhumorada—. Me lo ha dicho.

—Le han gustado los ojos de cervato, pero no los cojones de samurái. Solo la mitad de ti, en resumidas cuentas. La mitad que se ve. —Especifica, alzando las cejas varias veces. Cuando se emborracha es tan expresivo que hace gracia—. La otra le da susto, y bien que hace. Es sabio temerte.

—Pues haz que no me tema.

—Me parece a mí que eso no está en mi mano. No soy tan persuasivo como para convertir la mala de un cuento de terror como tú en la princesa de la torre, y menos cuando sabe cómo te las gastas.

—Venga ya, Thiago, tampoco fue para tanto.

Él deja las cejas enarcadas en una expresión burlona. No dice nada. Espera a que el eco de mis propias palabras vaya haciendo mella en mí como lo más ridículo que he dicho jamás.

—¿Por favor? —insisto en tono dudoso. A lo mejor eso es lo que quiere, que me humille rogando—. Vale, sí, fue para tanto, pero tú eres su amigo. Seguro que te respeta. Si le hablas bien de mí, te escuchará.

—¿Y qué cosas buenas quieres que le diga de ti? —Se abraza los codos.

—Pues las que creas que tengo. Alguna tendré que tener, ¿no? —le ladro, aún más malhumorada que antes.

—Ahora mismo solo me viene a la mente que haces un polvito uruguayo de muerte.

No me voy a enfadar. Él sabe que tengo virtudes. Lo sabe. No las dice para mosquearme.

—Y tendré que echar también unos polvos a secas de muerte, porque te recuerdo que el verano pasado estuviste obsesionado con mis bragas.

—¿Perdona? —Le sale la sonrisilla arrogante—. *Tú* estabas obsesionada conmigo.

Eso es verdad. Perdí la vergüenza rápido y lo perseguía como una *groupie*. Pero tampoco es que tuviera que insistirle mucho para que espabilara, se limpiara las legañas de los ojos y me llevara a jugar un ratito.

—Mentira. Si viniste en mi busca hasta ese día que te dio la insolación, machango. Tú con fiebre y medio delirando y todavía con ganas de bajarme la cremallera por donde no era.

El gesto de Thiago se suaviza al traer el recuerdo a su memoria. Por un momento me pierdo en su expresión anhelante, en la mirada que se pierde entre las luces con los ojos cuajados por el exceso de alcohol. Los mismos ojos cuajados con los que me miró la noche que pasó en un estado febril.

Siempre ha sido bastante enclenque. Es alérgico a muchos alimentos, no está acostumbrado al sol africano —con lo que eso conlleva: migrañas tras una larga exposición en la playa— y tiene colon irritable. Yo soy el diamante imposible de rayar, la última mohicana, porque jamás me pongo enferma. Ni siquiera cuando pedimos comida mexicana a domicilio y nos la sirvieron en mal estado. A mi familia entera se le descompuso el estómago: iban y venían del baño cada dos por tres para echar la pota o perfumar el inodoro, y yo seguía en la cocina escarbando en la bolsa del pedido a ver si quedaban nachos y salsa macha.

—Yo creo que con eso bastará —concluyo al fin, viendo que no va a decir nada. Y yo, la verdad, no tengo estómago para seguir recordando el verano pasado—. Al final es lo que todos los tíos quieren, ¿no? Dile a Roberto que las mujeres con temperamento volcánico son fieras en la cama y su imaginación hará el resto.

A Thiago se le corta el rollo en cuanto le doy el primer empujoncito hacia la mesa. La sonrisa borrosa que antes le ocupaba

toda la cara se va desvaneciendo, y se queda inmóvil en el sitio mirándome con extrañeza.

—¿Es que te quieres liar con Roberto?

—¡*Chos*, Thiago! ¿Te has dado cuenta tú solito? —Aplaudo desganada—. Pensaba que había quedado claro al principio de la conversación.

Thiago pone cara de haberse topado con un enigma irresoluble digno del profesor Layton.

—¿Por qué te quieres liar con él? —Entona la pregunta como si quisiera saber por qué alguien llevaría una pistola a la iglesia—. A los pavos como ese te los meriendas en dos minutos.

—Eso es lo que pretendo. Merendármelo. —Pongo los brazos en jarras, sonriendo ante mi propia determinación—. Y si me gusta, pues repito.

El gesto de Thiago se ensombrece.

—Te ha llamado feminazi.

Sigo intentando empujarlo en dirección a la mesa, pero no hay quien lo mueva.

—No me lo creo. Lo dices para sabotearme.

—¡Te ha llamado feminazi! —insiste con ese tono de niño berrinchudo que me habría hecho gracia en otro momento.

—Tú me has llamado cosas peores y dejé que me metieras mano en el cine.

—No me compares con Roberto —rezonga, ofendidísimo. Incluso me apunta con el dedito de la señorita Rottenmeier—. Soy más guapo. Y portugués.

—¿Por qué crees que ser portugués te suma puntos?

Thiago me lanza una miradita significativa. Sus ojos soñadores me hacen un nudo en el estómago.

—Puede que tuviera fiebre cuando buscaba la cremallera de tu pantalón, pero me acuerdo perfectamente de que me pedías que te hablara en portugués. Y en Spotify no me bloqueaste, princesa Dácil. Llevo un año viéndote escuchar a mi Gal Costa y a mi Caetano Veloso.

—Eso lo habrás soñado —refunfuño, notando las cosquillas incómodas de la vergüenza en la nuca, y lo empujo por el hombro sin fuerzas para que deje de mirarme así, como si estuviera leyéndome la mente.

Odio al Thiago borracho. Es más listo (o más temerario) que el sobrio.

—«*Fonte de mel nos olhos de gueixa*». —Se pone a cantar, moviendo los brazos al ritmo de una de sus baladitas. De *mis* baladitas más escuchadas—. «*Kabuki, máscara, choque entre o azul e o cacho de acácias, luz das acácias, você é mãe do sol* [26] …».

—No tengo ni idea de qué estás cantando.

—«*A sua coisa é toda tão certa, beleza esperta… Você me deixa à rua deserta quando atravessa e não olha pra trás* [27] » —continúa, alzando la voz por encima de la del guiri sin talento que berrea en el escenario.

—Cierra el pico, anda —farfullo.

Por más que intento sacármelo de encima y devolverlo con sus amigos, él sigue cantando, sumido en su fantasía de música en portugués. Me coge de las manos y da un giro conmigo, devolviéndome a esa mañana que lo encontré tirado en mi cama y me convenció de bailar a su son.

—«*Linda*». —Me sonríe y me guiña un ojo—, «*e sabe viver… Você me faz feliz. Esta canção é só pra dizer e diz: você é linda, mais que demais* [28] ».

Me obligo a disolver el nudo en la garganta con un carraspeo más violento de la cuenta. Lo alejo de mi cuerpo con un suave empujoncito que surte el efecto que no han tenido mis embates.

—Vale, ser portugués tiene lo suyo, pero este año me van más los morenos. No tomes el camino de «yo soy mejor que Roberto» o te romperé el corazón.

La música se corta de pronto y el presentador de turno, un canarión con pinta de esnifar cocaína antes de cada evento de animación se pone a escupirle al micro para anunciar la próxima canción de la noche. Al ver a Maday subiendo las escaleras con uno de mis vestidos de guarrona sin remedio, tan vulnerable y a la vez lista para ponerse en ridículo por amor, ignoro a Thiago y empiezo a aplaudir como una loca.

Thiago entorna los ojos para averiguar de quién se trata. En cuanto la reconoce, me imita y le silba para animarla.

—¿No ha tenido suficiente con que Airam la mande al carajo?

—me pregunta, sin parar de aplaudir. Casi suspiro de alivio. *Bien, hemos abandonado el terreno minado. Ahora tendremos una conversación normal*—. ¿Por qué elegir un karaoke lleno de guiris para seguir haciéndose daño a sí misma?

—Maday canta muy bien. No va a hacer ningún ridículo.

—Pero si es tímida de cojones. Esto es una tortura para ella.

—Chis, calla, que empieza —mascullo, buscando con la mirada a mi hermano.

No me cuesta localizarlo. Le saca una cabeza a la mayoría de los aquí presentes, y pese a que no tiene por qué trabajar —de hecho, le habrían agradecido que soltara las bandejas—, lleva el dichoso polo azul de trabajo. Se habrá ofrecido a ayudar para no tener que pasar la noche torturándose en la cama, esa cama ruinosa de la que ya me ha dicho que le sobresalen los pies.

Si no lo conoceré yo…

Al oír las primeras notas de su salsa favorita, evidentemente elegida a traición, corta la conversación distendida que estaba manteniendo con el encargado del bar. Estaba acodado frente a él, sonriendo con desgana, cuando levanta la cabeza hacia el escenario.

Noto unas cosquillas tontas en la boca del estómago, como si fuera yo la que tuviera que impresionarlo.

—Míralo, míralo. —Le doy un codazo a Thiago. Él se queja y se frota la zona afectada, pero me hace caso y se fija en Airam—. Como se dé la vuelta y la ignore, voy para allá y le hago lo de la *Naranja mecánica*. Va a verla actuar así lo tenga que maniatar.

Thiago me mira de reojo con los párpados entornados.

—Te creo.

Yo atravesé la noche hasta tu casa.
Partí la luna en dos.
Como muestra de amor
te doy mi serenata **[29]**.

Maday es tímida, sí. Por eso se queda al principio plantada en el centro del escenario, buscando entre la gente a quien quiere «darle su serenata» sin ningún éxito. Airam todavía no se gira del todo, solo la mira por encima del hombro con una mezcla de curiosidad y recelo. El tipo que atiende a la barra le dice algo al oído que le molesta y él sacude la cabeza.

Por lo menos no finge que no está ahí subida. Será porque sabe lo que le cuesta. No es la primera vez que canta en un karaoke. A Maday y a mí nos gusta ir de vez en cuando a uno del barrio cuando estamos como una cuba, pero entonar esta canción tiene un propósito muy claro y no es echarnos unas risas delante de un puñado de alemanes jubilados.

Sigo aplaudiendo y berreando y le exijo a Thiago que silbe como ha hecho antes. Los guiris se apiadan de ella —es joven, es guapa, canta precioso, ¿cómo no van a hacerlo?— y también la vitorean. Y Maday, por introvertida que sea, se habrá tomado una copa —que para su metro cincuenta vale por tres— y no es inmune a la alegría del público.

Ni Airam es inmune a ella.

—¿Crees que la perdonará esta noche? —pregunto, ilusionada al verlo incorporarse por fin y apoyarse de espaldas a la barra para atender al espectáculo en condiciones.

Se cruza de brazos y no sonríe.

De acuerdo, sabemos que está enfadado, pero hay esperanza.

—Ni de coña. —Resuelve Thiago, sin apartar la vista de Maday—. Lleva más de un año alimentando rencores como para que se le pase con una salsita romántica. Pero si yo fuera él, me la llevaría a mi cuarto.

Lo fulmino con la mirada.

—Tú a callar, infiel de los cojones.

—No iba en serio. —Se queja él, cansado. Emite un larguísimo suspiro—. De verdad, *coração*, tienes que relajarte.

—Me relajaré cuando le hables bien a Roberto de mí y sea él quien me lleve a su cuarto.

Thiago le pide auxilio al techo con una mirada exasperada.

—Dios santo, ¿vas a hacerme la de Verónicas del año pasado? Si no te ayudo, ¿vas a preguntarle a cada raro del barco si quiere meterse en la cama contigo?

Qué recuerdos.

—Esa jugada fue maestra. —Thiago me mira al borde de la desesperación—. Tú solo dile a Roberto que en realidad no soy así, que tú me sacas las canas verdes y no te soporto y que por eso eché pestes de ti en la excursión. Dile que con él sería una chica maravillosa.

—En resumidas cuentas, quieres que le mienta.

—¿Tú quieres que te perdone la deuda? Pues colabora.

—¿No me habías perdonado ya? ¿Cuántas veces vas a usar esa carta para chantajearme?

—Las que haga falta. Lo tuyo no fue un pecado menor.

—Tú tampoco has sido un encanto, Dácil Oramas.

Me desentiendo de su exasperación cuando la canción de Maday llega a la mejor parte. A estas alturas ya se ha animado. Ha subido a bailar al escenario a unas cuantas parejas de ancianos, ha rechazado educadamente a un chico que ha querido moverse con ella y sacude los hombros y las caderas con coquetería al ritmo de la salsa. Siempre ha bailado muy bien. Y canta como los ángeles. Hace unas fotos increíbles. Se ha leído todas las novelas de fantasía, ciencia ficción y romance paranormal del mundo. Está llena de talento, de temas de conversación interesantes y de pasión hacia lo que le gusta. Es guapa de un modo en que nadie lo es, diferente, única, con sus ojos bicolores y sus rizos. Y que mi hermano no se dé cuenta me saca tanto de quicio que acabo perdiendo la paciencia con quien no debo: con ella.

Quiéreme, que te adoro.
Y si tú no me quieres,
mejor yo muero solo.
Mi amor por ti
es más fuerte que yo.

Me dan ganas de gritar «esa es mi niña» cuando la veo bajar del escenario y acercarse a Airam con timidez, pero también resuelta a sacudirse de encima los miedos.

Está claro que ha tomado de su propia medicina. Nada abre más los ojos a los errores propios que perder a la persona que más quieres. Eso te manda directo al infierno, y si alguna vez te apreciaste, ya no puedes ni respetarte a ti mismo, porque sientes que fuiste tú, tú solo, quien se cercenó un miembro, quien se arrancó de cuajo medio corazón, quien se procuró ese sufrimiento intolerable. Todo empieza a doler —lo que te pasa, lo que no te pasa, lo que piensas, lo que sientes— porque ya no lo puedes compartir con él. Tu propia vida se convierte en tu secreto.

No me extraña que Maday haya saltado de la cama y haya hecho

el esfuerzo que ha evitado durante años. El dolor, además de egoísta, te puede hacer temerario. Te empuja a correr riesgos porque, en fin, ya no tienes nada más que perder.

Se para delante de mi hermano y canta esa preciosidad de letra que conmovería hasta a un bloque de hielo.

Airam sigue de brazos cruzados, pero la mira a los ojos y la escucha.

Al menos ha suavizado el ceño. Eso ya es algo.

Yo, que llevo encima todo cuanto tengo,
me sobra corazón
para amarte mejor
que quien te anda pretendiendo.
Y me lo juego todo
con tal de conquistarte.
Por eso es que he venido de donde se pone el sol
a implorarte, mi bien.

Cuando termina la canción, Maday se queda jadeando ante él, todavía sujetando el micrófono. Su expresión dulce al cantar se va rebajando conforme el silencio de Airam se hace latente, y pronto es sustituida por una controlada mueca de preocupación. El público se ha enterado —habría que ser tonto para no hacerlo— de qué va la película: enseguida se alzan las voces de algunos exigiendo una respuesta inmediata a la cantante. Otros directamente le piden que la abrace, que la bese, que haga algo para premiarla por su valentía.

Airam no reaccionará porque se sienta obligado. Es un Oramas. Eso de la presión social se lo pasa por el forro y se lo vuelve a pasar sin remordimiento alguno. Si le quita el micrófono de las manos con delicadeza y le canta una respuesta sin música de fondo, es porque así lo ha querido él.

—«Mienten, mienten tus ojitos; mira, mira tan bonitos». —Recita sin esforzarse por sonar bien, visiblemente cansado. Le sostiene la mirada con una mezcla de tristeza y acritud, e incluso le acaricia la cara, pero sin ganas y con cierta condescendencia—, «y mi corazón se hace pedacitos. Pero tu mentira es la noche; oscuridad llena de reproche. Ojitos mentirosos, no me mires [30] ».

Corta la canción ahí, sin entonar siquiera la última frase. Deja el micro sobre la barra, le hace un gesto de *ciao* al barman al que le ha tocado el turno de noche, y se larga del salón escoltado por los

abucheos de algunos borrachos.

O Maday es más dura que un marine estadounidense o se esperaba su reacción, porque solo se gira hacia mí con cara de resignación y encoge un hombro. «Lo he intentado», quiere decir. Así da por concluida la noche. Se dirige hacia nosotros para despedirse, tal como me temía al verla sin ninguna gana de seguir aprovechando la velada.

—Ha sido divertido cantar. —Confiesa con una media sonrisilla—. Nunca me habría atrevido a hacer algo así. Y al menos me ha mirado a la cara por primera vez en un año.

«Estás siendo demasiado optimista», me dan ganas de decirle. Pero me callo a tiempo, porque es verdad que parece orgullosa de haberlo intentado, y eso no se lo pienso arrebatar. Sobre todo después de haber sido yo la que la ha animado.

—Cantas muy bien, Maday, y ha sido un detalle precioso. —Le dice Thiago con calidez. Le aprieta el hombro con cariño, gesto que observo con un nudo en la garganta. Supongo que así es como me trataría a mí si no nos precediera una historia de fuego y sangre—. Ya verás cómo entra en razón.

—Gracias, Thiago. —Luego se vuelve hacia mí, e igual de escueta, me dice—: Yo me voy a la cama.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, Da. La verdad es que prefiero estar un ratito sola, y además estaré roncando en diez minutos. Ha sido el día más largo del mundo, ¿no os parece? —pregunta para sí misma. Me da un beso rápido en la mejilla, le sonríe a Thiago y desaparece a su ritmo, aun cuando estoy segura de que quiere huir a toda velocidad.

La sigo con la mirada hasta que ha desaparecido.

—Debería ir con ella, ¿no?

—No, deja que todo lo de esta noche repose. —Me recomienda Thiago—. Uno no siempre quiere consuelo. A veces necesita intimidad para llorar sus problemas sin que lo juzguen, sin dar explicaciones.

«¿Cómo tú?», me dan ganas de preguntarle.

Thiago se ha quedado mirando la puerta con lástima, seguramente inquieto por el estado en el que se encontrará mi hermano.

Me he preguntado mil veces cómo estaría Thiago más allá de

acompañado, disfrutando de la vida sin mí o ignorando que hay una familia entera de canarios echándolo de menos. Me he preguntado si seguiría teniendo pesadillas, si seguiría buscando el consuelo definitivo o la empatía de otros con sus tragedias en las historias ficticias de sus libros favoritos. Pero no se lo preguntaría porque Thiago no es de los que comparten sus secretos más de una vez.

Y porque nuestro momento de intimidad ya pasó.

Pero estoy segura de que habla de sí mismo cuando dice que necesita intimidad para llorar sus problemas. Con Thiago, todo lo que no es la guerra y la broma, es íntimo, dulce y secreto.

—¡Dácil! —exclama Celia, rompiendo el silencio. No parece inquieta porque todo este rato haya estado junto a su novio—. ¿Cantas algo conmigo?

Doy un paso hacia delante con energía renovada, en parte desesperada por librarme de Thiago. Si Maday quiere estar sola y Airam prefiere no verme en lo que le queda de vida, mejor será que aproveche la oportunidad. Y sin pedirle permiso a Thiago. Apuesto a que no le hace gracia que me lleve bien con Celia.

—Depende. ¿Qué me ofreces?

Da igual lo que me ofrezca. Un fisco de diversión no me vendrá nada mal. Dejo que me tome de la mano y que me guíe al escenario, que se ha quedado vacío. Después de la maravillosa interpretación de Maday, no me extraña que nadie se atreva a subir.

A Celia y a mí nos da igual todo. Me deja pedir una copa y tenerla en la mano mientras nos decantamos por una canción chorra de Las Ketchup. No estoy borracha todavía y Celia es tan cariñosa conmigo que es sorprendente que me relaje.

Debería avergonzarme mi actitud despechada e infantil y tomar nota de lo que es una mujer madura, de cómo deben superarse las penas y los amores de manera que no me trunquen el presente. Porque Celia parece muy satisfecha con su presente; más que eso: parece dispuesta a convertirme en su amiga del alma, lo que no deja de chocarme pero celebro y también trato de corresponder.

Mientras cantamos como dos idiotas, cogiéndonos de las cinturas, bailando sin ritmo y haciéndonos monerías ridículas, el público nos aplaude y vitorea.

Y entre el público se encuentra Thiago.

Es extraña la familiaridad del momento. No me corta el rollo

verlo silbando a su novia y a su… lo que quiera que yo fuera y ya no soy. Una parte de mí se retuerce de rabia, porque sigo siendo yo misma y eso significa que me quema su sola presencia, pero la otra se alegra tanto de que podamos disfrutar de una relativa normalidad que incluso me animo a invitarlo al escenario.

Lo he perdonado, ¿no? Pues tendré que demostrarlo.

Nadie se atreve a quitarme el micrófono en toda la noche. Canto dos canciones con Celia, una con el tal Fede —tiene una voz impresionante—, una con un guiri que no habla ni una palabra de español, otra con Tegueste, que aprovecha todo lo que puede para toquetearme, y una incluso con Thiago.

Habría estado bien que nos pusieran una canción petarda a más no poder, como alguna de Julio Iglesias —la ceja se me habría puesto en órbita con esa frasecita de «me gustan las mujeres, me gusta el vino», porque le habría ido al pelo, aunque nada comprometedor a nivel personal—, pero las opciones de duetos son más bien reducidas y la única que queda para no repetir es *La tortura* de Shakira y Alejandro Sanz.

Por borracha que esté a esas alturas de la noche, cantar mirándolo a los ojos, y más una letra que exclama «fue una tortura perderte» me perturba. Lo disimulo bien gracias a que bailamos a cierta distancia e interactuando lo mínimo posible. Consigo concentrarme tanto en entonar y en ofrecer el *show* que el público se merece que solo me pregunto en una ocasión qué carajo estoy haciendo.

«Lo estás perdonando, Dácil», me repito. Y por un momento me lo creo y me río con él, disfruto como cuando éramos amigos, o él era mi amigo y yo era su fiel servidora, su niñita enamorada, su *groupie*.

Y tampoco te pido que vuelvas rogando perdón
si lloras con los ojos secos y hablando de ella.

Nos divertimos como en las playas del sur de Tenerife, como en los restaurantes indios en los que nos intercambiábamos los platos del menú, como en los karts a los que íbamos con Airam. Como en los conciertos, las excursiones familiares, las noches de confesiones, las tardes de Pictionary… Como antes de que todo se torciera, en definitiva.

Solo de errores se aprende,
y hoy sé que es tuyo mi corazón.

Es bonito mirarlo a los ojos y ver la complicidad de antes sin esforzarme en empañarla.

Pero también es lo más doloroso que me ha pasado en la vida.

Mejor te guardas todo eso,
a otro perro con ese hueso, y nos decimos adiós.

Miro más a Celia que a Thiago mientras canturreo, esperando que no se lo tome a mal, que no le duela, que no crea que trato de levantarle al novio. Ella, gracias al cielo, está tan borracha que solo aplaude con la sonrisita bobalicona y nos lanza besitos a Thiago y a mí.

—«Oye, mi negra, no me castigues más». —Canta él, poniéndose la mano en el pecho y mirándome con esa expresión sincera que me revuelve el roncola—. «Porque allá fuera, sin ti, no tengo paz. Yo solo soy un hombre arrepentido, soy como el ave que vuelve a su nido…».

La canción termina y Thiago y yo nos quedamos el uno frente al otro, respirando con dificultad por culpa del esfuerzo. Interpreto con eso que ya puedo dar un paso atrás, ya puedo tomar aire y dejar de mirar a la cara al único fracaso que me cuesta tomarme con deportividad.

Tengo derecho a una espina clavada, ¿no? Una sola.

Cuando vuelvo a fijarme en el público, veo a Roberto a los pies del escenario. Ha vuelto a mirarme, ¡y con una sonrisa, ni más ni menos! A Thiago no le ha dado tiempo a hablarle bien de mí, pero ha tenido que ver entre nosotros suficiente buen rollo para que se le pasen los recelos. Y tanto que se le han pasado, porque tiende una mano hacia mí y propone:

—¿Te tomas una copa conmigo? Yo invito.

Thiago no ha debido de enterarse de la buena noticia. El público aplaude como loco y nos pide otra canción, y él, que no va a dejar de ser el protagonista —o de intentarlo— en la vida, o en *mi* vida, hace reverencias y se me acerca alzando las cejas.

—¿Qué me dices, princesa Dácil? ¿Nos cantamos otra?

De pronto tengo a dos tíos como dos soles esperando mi

respuesta. Roberto está tranquilo, con una mano en el bolsillo. Si le digo que no, no le voy a partir el corazón. Y Thiago solo está sugiriendo otra sesión de karaoke, pero con él nunca es «solo eso». Si lo eligiera para seguir divirtiéndome esta noche, no estaría en paz conmigo misma, porque no lo escogería por lo bien que cantamos a dúo.

No puedo tensar la cuerda.

—Lo siento —le digo a Thiago, que se queda algo parado con mi rechazo.

Salto del escenario junto a Roberto y le guiño un ojo.

Hay que ir rompiendo hábitos dañinos, y por poquito se empieza.

Llego a la habitación a las tres de la madrugada, no tan borracha como para no sentirme profundamente miserable pese a los avances con Roberto. Me quito los zapatos con cuidado de no despertar a Maday, y estoy a punto de dejarlos con sigilo a los pies de la litera cuando el móvil vibra en mi mano.

Un número que no tengo guardado pero que no me es desconocido me ha mandado un wasap.

Podría haberte cantado esto si te hubieras quedado.

Y ha insertado un enlace que manda directamente a YouTube. Antes de abrirlo, y consciente de que me aterra toparme con algo conmovedor, tecleo una respuesta tonta:

¿Tú no borraste mi número?

Sí. Pero también me lo sé de memoria.

«No me digas eso, machango».

Conozco la canción. Alizzz es un artista que le gusta mucho y que alguna que otra vez, en un arranque autodestructivo, he

escuchado para acordarme de lo que solíamos compartir. Apenas veo el título en la pantalla, *Salir*, pauso el vídeo antes de que suene y cierro los ojos para respirar hondo.

«No me jodas», tendría que responderle. Pero sé que no pretende nada al mandármelo, lo hace *porque no lo puede evitar*, igual que yo no puedo evitar buscarle las cosquillas a mi manera; una mucho menos musical.

«Ya sé que yo hago de todo para romperte las pelotas, pero ¿no te das cuenta de que tú no me la devuelves igual? ¿De que no contraatacas en la misma medida? Todo lo que tú haces me rompe el corazón», quiero escribir.

Pero no lo hago.

Rescato los auriculares de mis sábanas enrolladas y procuro no hacer ruido al dejar los zapatos en el suelo, junto a la misma pared contra la que me siento con las rodillas recogidas para escucharlo. Maday parece morir cuando se duerme. No se oye ni siquiera su respiración cuando me pongo los auriculares y doy al *play*.

Mientras la escucho, tecleo una respuesta con dedos torpes:

Si no estuvieras borracho, no me habrías mandado eso.

Si no estuviera borracho, no habría tenido el valor.

Es un poco tarde para ser valiente, ¿no te parece?

Solo es una canción, princesa Dácil.

No es solo una canción. Y no me escribas. Como Celia te mire el móvil, te vas a reír muchísimo.

Ojalá me lo mire y arda el mundo. Iría a refugiarme contigo.

Deberían quitarte las redes sociales cuando vas todo combado. Y no vendrías a refugiarte conmigo porque no te abriría la puerta.

Pues entro por la ventana.

Calla ya, machango.

Pero me quedo mirando la pantalla, su «en línea», su foto de perfil con unas gafas de sol ridículas y una sonrisa tonta, los mensajes que ya me ha mandado. Me lo imagino tumbado junto a Celia, a punto de dormir. Quizá Celia lo está abrazando por la cintura, y no es que con cinco copas mareándome se me vaya a olvidar que le debemos un respeto, pero el alcohol te aligera la moral.

Al final le respondo con otra canción que zanje la cuestión. El enlace lo mandará a escuchar *Dolerme* de Rosalía. Sabrá que la he escuchado una y otra vez si es verdad que ha estado pendiente de mi *currently listening* de Spotify.

Apoyo la cabeza en la pared, quito el pésimo wifi del barco para que no me lleguen más mensajes y cierro los ojos. Floto en una nube. Y en teoría debería sentirme mejor gracias a la borrachera, pero solo quiero hacerme un ovillo y llorar hasta quedarme dormida.

Sí, hay malos hábitos que me conviene romper de una vez.

Pero si me acuesto destrozada otra noche más, no vamos a marcar ninguna diferencia.

Capítulo 12

Contigo no me *tripo* de setas y flipo

Dácil

La travesía de Lanzarote a Madeira dura en torno a un día a velocidad de crucero. Es el antepenúltimo destino, la única isla portuguesa del recorrido y también la ciudad —Funchal— en la que nació y vivió Thiago hasta los siete años. Después, sus padres tuvieron que mudarse a Madrid por trabajo.

El resto es historia.

Solía olvidar que era isleño de nacimiento para poder burlarme de su acento y de sus costumbres godas, pero eso ha quedado atrás.

O *intento* que quede atrás.

Como no tengo una ruta turística que guiar, mi superior directo me ha mandado a hacer de barman en la piscina tanto por la mañana como por la tarde. Por la noche, gracias al cielo, me veré libre de obligaciones que no me corresponden.

Es una lástima que tío Jaime no viaje en el barco, o podría rogarle para que le echara la bronca al gerente por no respetar mis cláusulas contractuales, que dicen a las claras que yo no tengo por qué trabajar de nada más que de guía. Ni de camarera, ni de limpiadora, ni de agente de la DEA, pero debo ejercer este último papel cuando en unas tumbonas veo a dos chavales más jóvenes que yo echando unas pastillas a sus cócteles.

—¡Eh, vosotros!

Pillados in fraganti, los dos levantan la cabeza como siameses.

Uno de ellos hasta se pone de pie en actitud beligerante.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa, chacho? Que no se pueden meter drogas en el barco y eso de ahí se parece sospechosamente a…

—¡No es mío! —exclama uno.

—Imbécil. —Le espeta el otro entre dientes—. Nos habríamos librado si te hubieras callado.

—¿Ah, sí? ¿Qué me habrías dicho para que no te requisara los cócteles? ¿Que has echado ibuprofenos? —me mofo—. Os habríais librado si tuvierais más de dieciocho, porque me da igual lo que la gente se meta en su tiempo libre. No voy a acabar con la drogadicción juvenil requisando dos copitas aderezadas, pero si me puedo evitar a una madre denunciando a la compañía, lo haré. —Extiendo las manos—. Las copas, mis niños.

El del daiquiri de fresa me entrega la suya sin rechistar. El otro aún se resiste a hacerme entrega de su… lo que quiera que sea eso. Es amarillo y apesta tanto a alcohol que no puedo contener la mueca de asco al llevarlos hasta la barra.

—Joaquín, tira esto a la basura —le digo al que está sirviendo las copas.

Me pone cara de «a mí no me des órdenes» —una cara muy justa— y yo le pongo la mía de «a mí tampoco me hace gracia trabajar aquí».

—Dácil. —Me llama una voz familiar—, ¿qué haces de camarera?

Me giro hacia Roberto con mi mejor sonrisa *alegre-pero-no-demasiado-porque-no-debe-descubrir-que-estoy-loca*.

Solo lleva el bañador.

De pronto, me encanta trabajar de camarera.

—¡Roberto! ¿Qué tal? Pues eso mismo me pregunto yo. —Me apoyo en la barra para arrastrar un cóctel como si estuviera haciendo algo productivo—. Me he ofrecido voluntaria para ayudar a los chicos, que tienen tanto curro encima que no dan abasto.

—Mentira —masculla Joaquín por lo bajo.

Le lanzo una mirada asesina aprovechando que Roberto no me ve.

Luego vuelvo a sonreírle.

—Pues qué pena. Nos lo pasamos bien ayer, ¿no? Podríamos

hacer algo ahora arriba, o donde los billares… ¿No te puedes escaquear?

—Eso se le da bien —murmura Joaquín.

Este sí que va a ser pasto de los tiburones.

—¿Qué propones? —Pongo los brazos en jarras y trato de pestañear con coquetería, como hacen las chicas de los programas de citas. «Lo estás intentando demasiado, Dácil, mejor estate quieta»—. Te puedo dar media hora. Cuarenta y cinco minutos como mucho.

Roberto me dirige una de esas sonrisitas salaces con indirecta incluida.

—Con eso me puedo apañar.

Oh, venga ya, ¿qué ha sido eso? ¿Una insinuación sexual? ¿Hay algo más vulnerable que el ego de un tío que va por ahí mencionando de soslayo lo que dura en la cama?

Seguro que eres eyaculador precoz, Roberto. Seguro que piensas en mamá.

«Dácil, no seas así. Te recuerdo que pretendes acostarte con este tío, y de muy buena fe, además».

No pasamos cuarenta y cinco minutos juntos. Pasamos más. A Roberto le apetece echarse un billar y es muy buen contrincante, así que no lo masacro en dos segundos como suelo hacer con todos mis familiares (excepto con Airam). De hecho, fallo algunas bolas adrede porque desde que Thiago dijo que me había llamado «feminazi» ando con la mosca detrás de la oreja. El único tío que insulta a las mujeres con ese apelativo es aquel que se enfada si una mujer le gana al billar, bebe más cerveza que él o se le olvida hacerse las ingles, y no me gustaría descubrir que Thiago tenía razón solo por meter la bola negra en la tronera antes que Roberto.

—Eres buena. —Me guiña un ojo—. Me gustan las mujeres así de mañosas.

Vale, lo del billar no le importa. Veremos si lo de las ingles le molesta.

Hará el desempate.

«¿El desempate? ¿Desempate de qué?», me reprocho. «Me juego el cuello a que Thiago se lo ha inventado para sabotearte».

Ya, pero ¿por qué querría sabotearme, si él ya tiene novia?

No voy a mirar hacia la piscina, donde sé que está tomando el

sol a solas con su libro y su copita. Sobre todo porque si pienso en que aún conserva la novela que le regalé, me entra una ira rota por el cuerpo que acaba dejándome exhausta. Y no quiero ni verlo después del intercambio de mensajes de anoche. Todavía no me explico cómo me dejé engatusar para seguirle el juego de las canciones.

—¿Estás bien? —me pregunta Roberto de pronto, de pie frente a mí—. Te has quedado en blanco.

—¿Yo? Estoy de lujo.

Roberto me coloca detrás de la oreja la única trenza que escapa del moño de trabajo. Le obsequio con una sonrisa agradecida. Me siento tentada de agachar la mirada, pero estaría transmitiendo una timidez que no se corresponde con mi carácter… y que, a la vez, dejaría al descubierto mi inexperiencia en esto del ligoteo.

Sé que Roberto quiere acostarse conmigo, y yo estoy totalmente de acuerdo. No es feo, no me cae mal —esto supone una mejoría con respecto a mi primer amante— y me vendría de perlas sacarme la espinita de haberme acostado con un único hombre en mis casi veintitrés años. No me preocuparía si ese hombre no fuera el que es, pero lo es y debo tomar cartas en el asunto.

Hay que borrar su huella a toda costa. Si no sirve el sudor de otro, pues usaré lejía.

Así pues, dejo que Roberto me acaricie la cara. Y no está mal. Es agradable que de vez en cuando te acaricie un hombre al que no quieres estrangular, mecer entre tus brazos, dar cobijo y echar a patadas, todo al mismo tiempo. Es agradable sentir solo eso: que es una caricia tierna, *maja*, y no que el suelo se abre a tus pies, el infierno desciende sobre tu cabeza y te arde tanto el corazón que parece que te vas a morir.

¿Será eso lo que Thiago siente con Celia? ¿Un bienestar soportable? ¿Comodidad, serenidad? ¿Será eso lo que una persona debe buscar para estar en paz, y no los amores que matan y nunca mueren de Joaquín Sabina?

«Deja de pensar en él, chacha. Lo estabas haciendo muy bien hasta ayer».

—Tengo que volver a trabajar —anuncio, cada vez más incómoda. Por mi culpa, mi gran culpa, no la de Roberto. Él lo está haciendo de fábula—. Esta noche podemos vernos, si quieres. Fiesta

de disfraces, ¿no?

—¿De qué te vas a disfrazar? No vaya a ser que no te reconozca.

—Me reconocerás, te lo aseguro.

Le guiño un ojo —¿pensará que eso es de feminazi? A veces, «feminazi» es sinónimo de «mujer segura de sí misma»— y doy media vuelta, preparada para echarle a Joaquín la bronca del milenio. Empezaría así: «¿Cómo te atreves a intentar arruinar la imagen que ese tío tiene de mí insinuando quién soy en realidad? ¿Acaso te parece bonito arrebatarme la oportunidad de sacar el clavo con otro clavo?».

Quizá es mala idea referirme a Thiago como *el* clavo y no como *un* clavo. Según dice él mismo, el lenguaje lo es todo. Pero claro, es un insoportable purista de la lengua…

Joder, ¿por qué no paro de pensar en él?

«Sácate su nombre de la cabeza, Dácil».

Cuadro los hombros para reincorporarme a mi lugar de trabajo.

Estaba repitiéndome que todo va a ir bien cuando deslizo la vista por la barra y reparo en que una de las copas contaminadas reposa, vacía, junto a otros cócteles medio llenos de la gente que baila a mano izquierda. De la otra copa, la del batido de color rosa, quedan tan solo un par de sorbos, y la sujeta entre los dedos alguien que conozco muy bien.

El alma se me cae a los pies al ver a Thiago llevándosela a los labios para apurarla.

Juro que lo veo todo en *slow motion*, y no porque esté *sexy* a rabiar con esa camiseta, digno de un anuncio de perfume francés.

No pienso en cómo pueda verse desde fuera. Me precipito sobre él y le quito el cóctel de un manotazo. Thiago se gira hacia mí para mirarme con el ceño fruncido. Está tan acostumbrado a mis rabietas inesperadas que relaja el gesto al verme.

«Ah, solo es ella», parece pensar. «Una vez más, comportándose como una tarada».

—¿Te has bebido esto tú solo? —le pregunto, revisando con ansiedad su aspecto.

No está pálido, pero tiene las pupilas dilatadas. No se le ve en urgente necesidad de un médico. Aunque claro, no es que yo tenga ni puñetera idea de los efectos del MDMA, el LSD o de lo que quiera que fueran esas pastillas, porque no las he probado jamás.

Ni que yo necesitara drogas para venirme arriba.

Lo único tóxico que he consumido es la compañía del notas que tengo delante.

—Pues claro. —Mueve la mandíbula de más al hablar, y se lleva una mano en un gesto involuntario, como si lo hubiera notado pero no le diera mucha importancia—. ¿Es que querías un poco?

—¡No, no quería un poco! ¿Y esa? ¿Te la has bebido también? —Señalo la copa amarilla.

Thiago asiente con la cabeza sin pizca de arrepentimiento.

—Sí, ¿qué pasa? He visto que le decías a tu compañero que las tirase, que los chavales ya no las querían, y ya estaban pagadas y tenían buena pinta, así que me las ha dado a mí cuando se las he pedido. No sé cuánto te crees que gano en la mierda de trabajos parciales que me dan en Madrid —continúa Thiago, enfurruñado y gesticulando como un loco. Sorbe por la nariz y cambia el peso de una pierna a la otra una, dos, tres veces—, pero te aseguro que no me da para pagar el billete más caro de todo el crucero. Duermo en una chusta de camarote con el baño compartido con un puñado de guiris de Brasil, o de donde coño sean, pero echan unas mierdas que parecen bisontes, y evidentemente no disfruto de los privilegios de la barra libre. Tengo que pagar diez pavos por una copa, ¡diez pavos! ¡Más que en Madrid! Y si se me presenta la oportunidad de beber gratis, pues no la desaprovecho, porque tengo un millón de cosas en la cabeza y siento que solo un colocón extremo me las va a sacar, o al menos me ayudará a dormir bien, aunque, no veas, yo ahora mismo no pienso en dormir, estoy arribísima, ¡ARRIBÍSIMA! —Mira el cristal sucio de la copa, sorprendido—. La hostia, ¿qué tenía esto? Me ha dado un chute increíble. Parece que me he metido *speed*, ja, ja… ¡JA, JA, JA, JA!

Me quedo mirando a Thiago horrorizada.

Lo peor ni siquiera es que se haya metido no sé cuántas sustancias psicotrópicas. Lo peor es que no se va a creer que yo lo he provocado *sin querer*.

—Thiago, tienes que venir conmigo ahora.

—¡SÍ, HOMBRE, CON EL TEMAZO QUE ACABAN DE PONER! ¡Súbelo, jefe! —lo chilla tan alto que el resto de la gente que descansa tranquilamente en la piscina se incorpora para mirarlo ceñudo. El socorrista, que es el que ha seleccionado las canciones desde su

móvil, levanta las gafas de sol y lo mira como si estuviera drogado.

Que, de hecho…

—Thiago, ven aquí. ¿Hace cuánto te la has tomado? —Thiago no me escucha. Se queda mirando con fijeza el borde de la copa, tan de cerca que parece que quiera bebérselo con las pupilas. No sé qué está viendo en los minúsculos restos de fresa, pero tiene toda la pinta de ser fantástico—. ¡Thiago! ¿Cuánto has tardado en bebértelo? ¿Cuánto tiempo he estado con Roberto?

Eso lo pregunto para mí misma. ¿Media hora? ¿Tres cuartos de hora? ¿Una hora? ¿Por qué no tengo un jefe al estilo Rottenmeier, realmente comprometido con que cumplamos el horario que nos corresponde y que vaya a buscarme para agarrarme del pelo si me escabullo?

—¡Roberto! —exclama Thiago, mirándome muy sorprendido. Pestañea como si se hubiera puesto mal las lentillas—. Tengo que ir a hablar con Roberto. Tengo que ir a decirle todas tus cosas buenas. Ese era el trato, ¿no? ¡Ahora estoy inspirado! ¡Quita, princesa Dácil! ¡Le voy a decir tal cantidad de virtudes que se te va a arrodillar ahí mismo! Y seguramente no me invitarás a tu boda, claro…

Da un paso tambaleante en dirección a donde cree que puede estar Roberto. Lo agarro de la cintura antes de que se caiga, y él, que rebosa energía, me pasa el brazo por los hombros y da tres saltos como si estuviera en Tomorrowland.

—Joder, Dácil, esta mañana me quería morir, pero hoy… ahora… —Silba entre los dientes y utilizando los dedos—. ¿Sabes silbar, Dácil? Mira cómo silbo.

Y se pone a silbar como si no hubiera un mañana, con los ojos que son todo pupilas. Aprovecho que lo tengo bien agarrado con un brazo para buscar en internet los dichosos efectos de las drogas. Los chicos no dijeron qué le habían echado a la bebida y no se les ve por ninguna parte, pero estando eufórico solo puede ser… ¿cocaína? ¿Thiago va puesto de farlopa? Lo miro de reojo, entregado a sus silbidos ensordecedores, y del agobio me sobreviene un mareo.

—¡Vamos a por Roberto! ¡DE EXCURSION!

—Nada de eso. Como Roberto te vea y sepa que esto es culpa mía, me echa la cruz para siempre. Y como te vea algún miembro del staff… no quiero ni imaginarme lo que podría pasar. A ti nada,

claro, porque yo asumiría la culpa —me apresuro a aclarar.

Thiago me sostiene la mirada muy serio. Por un momento siento ganas de cantar aleluya, porque de veras parece haber vuelto en sí mismo, aunque solo sea para echarme en cara lo que le pasa. Pero después de asentir despacio, solemne, dice:

—Dácil, no te enfades, pero se te acaba de caer un ojo.

—Vale, gracias por la info.

Está claro que ha consumido algún alucinógeno. ¿Le habrán echado LSD a la copa? ¿Éxtasis? ¿Marihuana? ¿Cómo vas a echarle marihuana a una copa de alcohol? ¿No basta con el alcohol? Los aditivos son ya vicio y perversión.

Estoy a punto de entrar en crisis cuando Airam entra en escena. Le hago un gesto con la mano para señalarle a Thiago, que se ha agachado para buscar mi ojo, tan solícito y caballeroso incluso yendo hasta el culo de alucinógenos.

Airam me ignora. Seguro que se cree que es otra especie de encerrona.

Algún día me tenía que pasar como en el cuento de Pedro y el lobo.

A riesgo de que ocurra alguna desgracia, dejo a Thiago escarbando en el suelo y me cuelgo de los hombros de Airam para hablarle al oído:

—Tengo un problemón.

Mi hermano se gira con —seguro— toda la intención de mandarme al carajo, pero no puedo controlar el temblor y estoy cerca de ponerme a chillar, y eso él lo siente.

Y se apiada con un largo suspiro.

—¿Qué has hecho esta vez?

Dejaremos para luego lo mierda que es esa pregunta.

—Thiago se ha bebido por error dos copas de alcohol bastante cargadas de… alucinógenos, o lo que sea.

—¿Alucinógenos? ¿Cómo sabes tú…? —Airam cierra los ojos para maldecirme en silencio—. Dácil, de verdad, cuando creo que no puedes llegar más lejos, vas y me sorprendes. ¿Cómo has conseguido alucinógenos en medio del Atlántico? ¿Estás de guasa?

—No he sido yo, Airam. Vi a unos chavales echando algo, les dije que las drogas están prohibidas, les requisé las copas, me distraje un momento, Thiago se las bebió…

Airam no me escucha. Se ha quedado de una pieza viendo a su examigo tratando de hacer el pino en medio de la piscina. Le ha dado calor intentándolo y está tratando de sacarse la camiseta de tirantes —es de tirantes, no tiene mucha ciencia— por… por… ¿Cómo demonios está intentando desvestirse? ¿Qué quiere? ¿Quitársela por el codo?

—Como me entere de que se las pusiste en los labios como si fueras el puto copero de Zeus, no respondo de mí —me advierte Airam.

A la vista está que no me estoy quedando con él, y ojalá lo estuviera haciendo.

—Necesita un médico —le ruego—. Lleva encima la dosis que dos chavales se han preparado para pasárselo en grande, se lo ha debido de tomar todo en apenas media hora y… y bueno, ¡míralo! ¿Thiago se mete muchas drogas? ¿Corría la coca en vuestro piso de Madrid?

—Claro que no, Dácil.

Entonces, adiós a mi teoría optimista: un Thiago drogado que desarrollaría inmunidad frente a los alucinógenos y no habría de que preocuparse porque su sistema le haría el favor de rebajar los efectos.

—Lo bueno es que ahora está bien, ¿no? ¿Cómo lo ves tú? ¿Y si solo se comporta como un mono salvaje?

—Pues que va a venir alguno de nuestros jefes y le va a caer la de Dios es Cristo. Él dirá que no se ha drogado voluntariamente, se demostrará que había sustancias ilegales en las copas y se abrirá una investigación para ver cuál de los camareros del turno las echaron dentro. Y el desgraciado acabará con sus huesos en la cárcel.

Lo miro de reojo con cara rara.

—Tú ves mucho *CSI*.

—Tienes razón. Lo veo. —Confirma Airam, muy serio—. Pues ¿qué va a pasar, Da? Lo verán puesto hasta el culo y pasará la vergüenza de su vida. Y tendrá que darle explicaciones incómodas a Celia y a todos aquellos con los que ha venido de vacaciones…

El pulso se me acelera. El ataque de pánico está llegando.

—No podemos dejar que Celia lo vea así. Se va a llevar un disgusto muy grande.

Airam cambia la cara y da un paso hacia delante, y enseguida entiendo por qué. Thiago ha dejado de intentar poner a prueba su cuerpo —que estará hecho para muchas cosas, pero no para la gimnasia rítmica— y se ha quedado parado en medio del recinto, con una mano cubriéndose media cara y la otra sujetándose el vientre.

Gimotea como un perrillo y ha palidecido ostensiblemente.

—No sé si la coca se echa en las copas, pero si se ha chutado dos rayas de golpe, sí que va a necesitar un médico —musita mi hermano.

A continuación, echa a andar hacia él y lo sujeta por los hombros. Thiago trata de enfocar la vista sobre él y aplaude balbuceando «Roberto, Roberto, Roberto» con la erre muy marcada. No tiene la energía de hace unos minutos.

¿Tan rápido le ha venido la pálida? *Menudo debilucho*.

«Dácil, por favor. No se encuentra bien», me regaño a mí misma.

—¿En qué puedo ayudar? —les pregunto, sin apartar la vista de Thiago. Se ha puesto blanco, como si le hubiera dado una anemia galopante, y parece mareado, pero sus ojos siguen sin enfocar y repite el nombre de Roberto una y otra vez.

—Podemos llevarlo a cubierta, lejos de toda esta gente, para que respire y se tranquilice antes de llamar la atención y que acaben pidiendo ayuda a otro superior. Tenemos suerte de que el socorrista de la piscina ni se inmute cuando hay problemas. —Ironiza Airam.

—«Problema… Esa gata es probleeeeeema. Ella siempre es el teeeeeema». —Canturrea Thiago por lo bajo. De pronto levanta la cabeza y grita—: «¡TÚ ERES UN PROBLEMA, PROBLEMA! ¡CÓMO ME DAÑA EL SISTEMA **[31]** !».

Le cubro la boca antes de que siga vociferando y lo agarro por el otro brazo para tirar de él en la dirección que indica Airam.

—¿En cubierta no habrá un millón de personas? ¿No deberíamos darle una ducha fría?

—Esto no es una pálida por marihuana, Da. Está sudando y alucinando. Se habrán hecho un cóctel de pastillas. Tengo que vigilarlo, meterle los dedos en la garganta, y si la cosa va a más, llamar a un médico de verdad que le haga un lavado de estómago. Por ahora, si no se pone peor, puede bastarle conmigo.

—Roberto, eres un gilipollas. —Le espeta Thiago, muy

enfadado—. Déjame en paz.

—No es Roberto —me quejo, harta de tanta tontería—. ¿Por qué piensas que es Roberto?

Nadie me contesta, pero puedo deducirlo yo sola. Los dos son muy altos, morenos, de complexión delgada, y por muy drogado que esté, no creo que Thiago se atreviera a soñar con que mi hermano lo ayudaría a volver a su habitación.

—No podemos llevarlo a su cuarto —advierto—. Creo que Celia está allí… Por lo menos debe de estarlo, porque en la piscina no la he visto.

—Entonces vamos al tuyo. De todos modos, si ha sido un accidente, ¿qué más te da que lo vea Celia?

—¿Tú qué crees? Nadie se va a tragar que ha sido sin querer. Tú eres mi única esperanza. Sabes que nunca le haría esto. —Me defiendo señalando hacia Thiago, al que la cabeza se le ha descolgado hacia delante y ahora mira el pasillo con terror, como si esperase que un asesino en serie apareciese de repente—. Le haría muchas cosas, sí, pero esto no. Soy cruel lo justo y necesario.

Airam pone los ojos en blanco. «No te lo crees ni tú, mi niña», me dice sin palabras.

Deberían grabar el viaje hasta mi camarote, porque parecería un clip extraído de una comedia de situación. Cuando nos cruzamos con alguien que mira con cara de preocupación a Thiago o va a preguntarle si se encuentra bien, Airam y yo disimulamos riéndonos, o dándole un apretón a Thiago, o contando alguna milonga como que acaba de dejarle su novia y está haciendo voto de silencio. Ciertamente parece derrumbado cuando entramos en mi camarote, yo con las manos temblorosas por el pavor que no me permito reflejar, y lo soltamos en la cama de abajo.

Pobre Maday. Le van a oler las sábanas a daiquiri, porque a mi colchón no va a haber narices de subirlo.

Apenas se tumba y mira al techo, capto con espanto que mueve el ojo de forma rara.

—Airam, ¡Airam!

—Ya, ya, lo he visto. Son movimientos oculares involuntarios. Entre eso, la sudoración, que está confuso y… —Airam se agacha y le palpa la mandíbula, le mete el dedo dentro de la boca y le toma la temperatura con la palma de la mano—. Este se ha metido muy

mala merca.

—¿Muy mala merca? ¿Tú qué haces hablando como un narco?

—Yo lo he probado todo y alguna que otra vez me ha pasado esto. Puede ir a peor. Tenemos que vigilarlo. —Apoya la mano sobre su pecho con una delicadeza que supongo que tiene que ver con que se ha metido en el papel de médico, pero una parte de mí observa el tiento con el que lo trata sobrecogida—. El corazón le va a mil.

—Eso es por Dácil. —Suelta Thiago con los ojos cerrados—. *Caralho*, me siento como el culo. *Olha isso*!

Evito mirar a Airam, que se ha girado hacia mí muy despacio, quizá en busca de una explicación que justifique esa tontería que acaba de decir.

—No me voy a responsabilizar de nada de lo que diga en plena sobredosis —le advierto.

—Muy bien, pues…

—*Cale a boca*, Roberto! —le espeta Thiago—. Roberto. —Agarra a Airam por el cuello—. Dácil me ha dicho que le hable bien de ti… No, que te hable bien de mí… —Arruga la cara, confuso—. ¡NO! ¡DE ELLA! Que te hable bien *de ella*, que ella te quiere *a ti*, te quiere a ti. A ti. A ti.

—A mí, vale, lo pillo —responde Airam con calma.

Me adelanto sacudiendo los brazos extendidos, como si Thiago estuviera en condiciones de captar el mensaje.

—No hace falta que le digas nada a Roberto. Tú solo descansa, ¿vale?

—Tú ten cuidado, Roberto, porque si le haces algo, te voy a matar con mis propias manos. Ella tiene sus propias manos y las sabe usar, qué manos más perversas, una vez se hizo la henna y le quedó muy bonita… —Cierra los ojos, confuso. Traga saliva y se pasa la lengua por los dientes—. Que ella te matará a ti, pero yo te mato también. *Cabrónhijodeputamamonazo*.

No quiero ver la cara de Airam.

—Me parece justo —contesta, pasándole la mano por la frente.

Le ha subido tanto la temperatura que la palma fría de mi hermano le hace suspirar. Pero solo se relaja un momento. Está muy nervioso y le ha dado una neurosis fuerte; agarra de nuevo a Airam, esta vez por el cuello del polo, y lo mira con los ojos vidriosos.

—Roberto. Roberto, estoy que me muero.

—No te vas a morir —balbuceo yo, pero no me oye.

A lo mejor lo he pensado, o lo he susurrado.

—Te voy a decir cosas. ¿Vale? Mira qué cosas. A Dácil le encanta Cruz Cafuné, aunque eso no es una virtud, odio a Cruz Cafuné. —Cuenta con dificultad. Vuelve a tragar saliva, o lo intenta. Lo intenta una y otra vez, pero tiene la boca seca—. Y el Clipper de fresa. Y los mochis. Le regalé mochis una vez y se puso contenta. Roberto, escúchame, ¡ESCUCHA! A Dácil… Dácil es la hija del volcán verdadero, es… —Aprieta con fuerza los párpados y hace muecas extrañas—. No me concentro, perdón, es que me ha dado fuerte el sol. No puedo pensar. Tengo una chimenea metida en la cabeza. Dácil está haciendo fuego.

Se cubre la cabeza con las manos temblando.

—Tienes que llamar a un médico —le ruego a Airam, poniéndole una mano en el hombro. Extiendo una mano hacia su rostro, húmedo por el sopor. Thiago me agarra la muñeca y me sonríe aun cuando es poco probable que me esté viendo en condiciones.

—Mírala, Roberto, mírala. —Me coge de la mandíbula con cuidado, como si fuera un artista y quisiera mostrarme al mundo como la mejor de sus obras—. Mi negra… Por esa cara cualquiera empieza una guerra.

Pestañeo una sola vez.

—¿Me acaba de llamar «mi negra»?

—Es de una canción, no te enfades —Airam suspira y canturrea un poco para apaciguarme—: «Sin ti me siento flojo y con ganas de llorar, como cuando se te mete algo en el ojo…».

—«Pero vienes y me curan esos besos venenosos» —continúa Thiago—. «¡No imagino un mundo lejos de tus labios rojos! ¡CONTIGO HAGO EL AMOR, CON ESA HO SOLO JODO! ¡NO DUERMO TRANQUILO SI NO ESCUCHO TU VOZ **[32]** !».

Levanto la mano con la esperanza de acallarlo.

—Voy a ignorar esa cursilería de canción. Y voy a ir por el médico.

—Esto es normal, Da. Está delirando, pero no tiene convulsiones ni distorsiones visuales.

—¡Te está llamando Roberto!

—Eso es *una confusión*, no una distorsión.

—¿Y qué diferencia hay? ¡Se comporta como un tarado!

Lo cual tampoco es una novedad.

—A Dácil no le gustan los cobardes —murmura Thiago, de nuevo con los ojos cerrados—, y hace un polvito uruguayo que… que está… Yo me lo comía a escondidas, cuando vivía con mi familia, ¿sabes?

Mi familia. Ha dicho eso de verdad. *Mi familia*.

Me tengo que girar por si Airam quiere mirarme en el momento en que se me escapa un puchero.

Dios, esto es ridículo. Estamos arrodillados en torno a él como si fuera a morirse, y solo dice sandeces con la mandíbula tensa.

—Lo sé —dice Airam con ternura—. Sabía que lo comías tú, machango.

—¡ESO ES! —exclama, feliz de haber dado con la tecla—. Dácil me llama «machango». A ti te llamará «machango» también. Pero a mí me dijo «machanguito» una vez. *Su* machanguito. Dácil te llama de todo menos por tu nombre. Tienes un nombre feo, Roberto, un nombre que no es guanche, así que mejor para ti.

Airam contiene una sonrisa.

—Sí, la verdad es que sí es un nombre horrible.

—Pero la vida te ha dado *boa sorte*… Muy *boa sorte* porque Dácil es… Dácil. Dácil te quiere a ti. Dácil rima porque quererla es muy fácil. «Dácil» rima con «fácil». Por eso. «Dácil» rima con «fácil» y con «abril»… Le quité el mes de abril a mi calendario por eso, y rima con «vodevil», y con «alfil», aunque no sabe jugar al ajedrez, y con… con «perejil»…

—Está desvariando demasiado —murmuro.

—El ritmo cardiaco se le está serenando. —Me tranquiliza Airam—. Está bien. Va a pasar un rato flipando, pero es normal. Está drogado. Y me gusta lo que dice cuando está drogado. Más que lo que dice cuando está en sus cabales. —Se gira para mirarme sin pizca de diversión. De hecho, parece aturdido y hasta cierto punto… ¿enfadado?—. No ha llamado a Celia ni una vez.

—Ya, porque le exigí que le hablara bien de mí a Roberto y cree que eres Roberto.

—¿No eres Roberto? —pregunta Thiago, tratando de enfocar la vista.

—Ahora mismo no me importaría serlo. Ser Airam es un maldito

coñazo.

Dicho esto, se pone de pie y sale del camarote con la excusa de tomar el aire. Vigilo a Thiago con el rabillo del ojo. Se ha tranquilizado en cuanto mi hermano se ha marchado, y no creo que sea porque ahora no tiene que compartir el oxígeno con alguien más.

Es evidente que Roberto le pone de los nervios.

—Menos mal que es tu amigo —mascullo de mala gana.

Me asomo bajo el umbral con la mano en el pomo y busco a Airam. Camina de un lado a otro, pasándose la mano por la mejilla. Solo lo he visto comportarse de esta manera cuando mi madre lo pilló viendo porno con once años y se sentó a debatir con mi padre el castigo que correspondía aplicarle. Mis padres no sabían que mi hermano desarrollaría una fuerte tendencia a sufrir ataques de ansiedad cuando fuera adulto, o de lo contrario no se habrían metido en su dormitorio con la solemnidad de Herodes para descojonarse de la risa y brindar porque su hijo se había hecho mayor. No salieron hasta veinte minutos después, cuando Airam estaba a punto de coger sus tazos, sus zapatillas favoritas —unas bambas DC de cani— y escribir una carta de despedida antes de huir al extranjero.

Le castigaron sin jugar a la Wii una semana, lo cual fue peor que haberlo desheredado.

—Airam…

No me deja decir lo que iba a decir. Mejor, porque no sabía qué iba a decir, y tampoco sé lo que contestar cuando se frena de golpe delante de mí y suelta:

—¿Por qué no me dijiste que te quería?

Siento que toda la sangre del cuerpo se me va a los pies. No me puedo mover.

—¿Qué?

—Thiago —dice con impaciencia—. Eso habría cambiado las cosas, ¿sabes? A lo mejor no lo habría mandado *pa'l* carajo si me hubierais dicho que está colado por ti hasta lo ridículo o, afinando, que estabais liados porque *tú* querías lío y él te quería *a ti*.

¿Me está acusando de *no* haber estado obsesionada con Thiago en la misma medida que él conmigo?

Nunca pensé que eso me molestara tanto.

—No sé de dónde te has sacado que él…

—Dácil, por Dios, míralo. —Señala hacia la puerta con un movimiento seco—. No puede con su cuerpo y está balbuceando estupideces sobre ti. *Chos*… —Se pasa la mano por los rizos, nervioso—. Esto es horrible.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo pensaba que te había usado para… Pensaba que se había aprovechado y… —Extiende los brazos al caer en la cuenta de que no va a conseguir decir nada razonable—. Solo tenía miedo, ¿verdad? Thiago, digo. No te utilizó. Solo te quería, no se organizó bien o no lo supo manejar y la cagó. ¿Cómo he podido estar tan ciego? —sigue mascullando, atormentado—. Es mi amigo. Eso sí suena como él. Eso sí es algo que él haría. Asustarse y huir, pero con el corazón en llamas. ¿Es eso? ¿Le pasó eso? Te quiere, ¿verdad?

Cierro las manos en dos puños.

—¿Y cómo quieres que lo sepa yo? —le espeto a viva voz—. ¡A mí no me dijo nada! ¡Yo no tengo por qué leer amor entre líneas para disculpar todos los errores que *sí* saltan a la vista! ¿O es que debería haberme tomado bien lo del juego a dos bandas porque era cariñoso conmigo? ¡Eso solo lo hizo peor! ¡Si no me hubiera comprado mochis y velas de coco, habría sabido fingir que me importaba un carajo que tuviera otra novia! Novia —me corrijo enseguida—. Una novia. No *otra* novia. Yo no era su novia. Yo no era nada.

Airam se queda callado, apoyado contra la puerta. No es hasta un buen rato después que dice:

—Deberías entrar a ver cómo está.

—Sí. —Coincido. Tomo aire y por fin lo suelto, cuando por fin estoy preparada—, y tú deberías perdonarlo de una vez, Airam.

Mi hermano se pone firme en el acto.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Lo que pasó es entre él y yo, somos mayorcitos, no mató a nadie y te echa de menos. No quiero interponerme en vuestra amistad. A lo mejor antes sí, y me odio por eso, y te odio a ti por tomar partido, y le odio a él por no haberte llamado, ¡y nos odio a todos porque somos una pandilla de arritrancos! ¡Pero alguien tiene que empezar a poner orden! ¡Así

que empieza ahora mismo a hacer una lista de todos los motivos por los que debes perdonar a Thiago mientras yo evito que se ahogue en su propio vómito!

Tiro tan fuerte de la puerta que se levanta una brisa que le sacude el flequillo a mi hermano. El portazo que doy seguro que también le ha refrescado las ideas.

Solo me da tiempo a mirar de reojo que Thiago está medio adormilado, respirando con normalidad, porque apenas me apoyo en la puerta, furiosa, se me inundan los ojos de lágrimas. Las reprimo mirando al techo, o al menos intento controlarlas, pero no hay manera.

Si me ocupo haciendo algo, aunque sea ordenar la maleta, seguro que se me pasa.

Debería haber salido al baño a empapar un pañuelo, o qué sé yo lo que se hace en estos casos, pero parece que Thiago se va calmando y no necesita que le bajen la temperatura.

Me siento de rodillas junto a él, mirándolo con resignación. La sombra que las pestañas proyectan sobre sus pómulos altos, sus rasgos de ángel endemoniado. Las cejas rectas, que solo le curvo yo cuando vuelvo a atormentarlo igual que el fantasma de una vida pasada. Y los ojos. Los ojos que abre para mirarme sin entender del todo dónde está.

—¿Qué me pasa, Da? —balbucea, aturdido.

—Que eres un puto machango, eso te pasa.

—¿Por qué lloras?

Se incorpora lo suficiente para posar los labios sobre la lágrima tonta que se me ha escapado. ¿O soy yo la que se inclina para que me roce? No lo sé. Solo sé que es como si me contagiara su sopor y su desorientación. No reacciono cuando me seca el llanto con un beso tierno, ni cuando me da otro beso en la barbilla, y otro en el puente de la nariz. No reacciono cuando me besa en los labios entreabiertos, los suyos también entornados para encajar en los huecos de mi boca seca.

Se separa y me mira a la cara, todavía confuso. Pero más confusa estoy yo. Me besa en los labios de nuevo, un beso corto de niños en el recreo. Se vuelve a acercar a por el tercero, porque no hay dos sin tres, y luego el cuarto, lagarto, el quinto, laberinto… Para el sexto, la textura familiar de su boca ya me ha persuadido

del todo y no lo pienso. Si algo retumba en mi cabeza, es su retahíla de tonterías sin sentido que, sin embargo, le dan sentido a todo. Para él soy la hija del volcán verdadero, y rimo con «fácil» porque así es como le resulta quererme. Fácil. Demasiado fácil. Y se acuerda de que una sola vez le llamé «machanguito». Se acuerda incluso drogado, medio muerto, medio apaleado, medio ido, medio todo. Está medio hecho porque está *sin mí*. Es medio hombre sin la dosis de vitriolo o de amargura venenosa con la que yo le equilibraba la vida para que no fuera vino y rosas; para que fuera como debe ser, un poco tortuosa, pero por eso mismo divertida.

Yo también soy media Dácil sin él. Sin él, sin las baladas portuguesas, sin los libros tristes, soy solo el cianuro tóxico. No me queda ni dulzura ni pasión.

No sé ni cómo ni cuándo pasa, pero de pronto estamos envueltos en un beso frenético que a mí me desboca y a él le vuelve a subir la temperatura del cuerpo. En la nula distancia que nos separa no cabe mi arrepentimiento ni digamos ya mi sentido común. No cabe ni siquiera todo lo que siento. Solo el deseo que me quema en el estómago y que a él le hace jadear entre beso y beso.

Gracias al cielo que recupero el dominio de mí misma cuando estoy a punto de sentarme a horcajadas sobre él. No puedo participar en unos cuernos —estos sí, con todas las letras— ni aprovecharme de su debilidad.

Soy cruel, se lo he dicho a Airam, pero lo justo y necesario.

—No… No —logro balbucear, pero sin abrir los ojos ni ponerme a cubierto. Me separo, sí, pero no lo suficiente, y él acuna mi rostro entre sus manos.

—Dácil, por favor. —Gimotea en voz baja.

Al abrir los ojos confirmo que él no me deja ver los suyos.

—Por favor, ¿qué?

—Dácil.

—¿Qué?

—Dácil. Dácil… Dácil, Dácil, Dácil, Dácil… —murmura en una letanía, como un mantra—. Solo tú eres real.

Dejo que me envuelva con los brazos y tire de mí para acurrucarme en su pecho. La postura es incómoda, con mis rodillas tocando el suelo y su cuerpo curvado, torcido por el dolor, hacia el borde de la cama, pero siento su corazón debajo del mío, latiendo

otra vez deprisa.

«Eso es por Dácil», ha dicho.

¿Y si es verdad?

«Solo te quería y la cagó».

¿*Y si es verdad*?

—Me quedo mientras estés enfermo —murmuro contra su piel, sin la esperanza de que me escuche o ni mucho menos me entienda.

Él me estrecha con fuerza. Más que sostenerme, *me retiene*.

Su aliento me acaricia el pelo cuando contesta sin voz:

—Pues entonces vas a tener que quedarte para siempre, porque de ti, a mí solo me cura la muerte.

Capítulo 13

Siempre te vas de mí

Thiago

Creo que no me he encontrado peor en mi vida. Ni tampoco he estado más asustado.

De acuerdo, duré un solo curso en Medicina, pero hice un trabajo sobre los efectos secundarios de las drogas y me estaba temiendo la muerte súbita en brazos de Dácil.

Que, por otro lado, no es nada con lo que no hubiera soñado o que me hubiese extrañado lo más mínimo.

—Siempre me he imaginado que tu cara sería lo último que vería antes de diñarla —le confesé entre mareos y a punto de volver a vomitar—, y no lo digo en un sentido romántico. Lo digo porque, por comparación, eres la que más veces ha intentado acabar conmigo.

—Por eso no puedo dejar que la palmes por una sobredosis que ni siquiera te he gestionado yo. Venga, tiéndete de lado, no vaya a ser que te den ganas de echar la pota de nuevo y acabes atragantándote.

—¿Te daría asco? ¿Tan aprensiva eres?

—*Nope*, pero ya vi ese *show* de ahogamiento por bilis en *Breaking Bad*. No necesito vivirlo de nuevo.

Ya sé que no es aprensiva. El rato que estuvo esa tarde conmigo —se largó en cuanto volví en mis cabales y solo tenía algo de somnolencia y la respiración pausada— me recordó inevitablemente

a ese par de ocasiones en las que había cuidado de mí.

Dácil solo trata con ternura a los mamíferos de cuatro patas y, en ocasiones, a las salamanquesas que tanto revuelo causan al aparecer trepando por la pared: las atrapa mientras tía Jana y Jimena aúllan de pavor, las acaricia, les habla cariñosamente y luego las deja en el jardín. Con los seres humanos no tiene esa paciencia. Al menos, no la recuerdo siendo amable cuando el alcohol me cayó mal una noche en Verónicas y tuvo que cuidar de mí estando convaleciente, o cuando Airam y yo pillamos la misma gastroenteritis y su habitación se convirtió en territorio radiactivo. Pero estuvo ahí. Todo el rato. No se separaba de mí, me hablaba, me cantaba, me leía, se quejaba, metía a *Teno* en el cuarto para que me hiciera compañía mientras ella iba al baño y… En fin, Dácil y sus mil maneras de demostrar amor sin decir «te quiero» en ningún momento.

No sabría decir si lo de esta tarde es una demostración de amor o de humanidad. Lo que tengo claro es que es leal, y que cuando se va para que Celia haga el relevo —le contamos que me ha sentado mal una copa, lo cual no es del todo mentira— me quedo tan desamparado que, a la par que lucho por no perder el conocimiento, me reprendo con desprecio por mis ridículos sentimientos.

No está bien que Celia me ponga la mano en la frente y cerrar los ojos para imaginar que es Dácil, aunque Dácil siempre tiene las palmas ardiendo, como si las pusiera a calentar en la hoguera de San Juan o viniera de sortear los fuegos del infierno para darme un poquito de su calor, y Celia no. Ella las tiene frías. No está bien mentirle a Celia diciendo que necesito silencio, porque no necesito silencio. Solo necesito que no hable para así repetir para mis adentros todo lo que ha dicho Dácil esta tarde, mientras me ha acompañado hecha un ovillo a mi lado. Para recordar que la he besado.

No puedo cometer los mismos errores. Se lo tengo que decir a Celia. Y tampoco es para tanto. Estaba drogadísimo, fuera de mis cabales. ¿No tienen un pase las infidelidades cuando las cometes porque crees que la vas a palmar acto y seguido?

Para Dácil, seguro que no. Me lo ha dejado bien claro.

—Si no se lo dices tú, se lo diré yo.

—Ha sido un beso —me he quejado—, no es para tanto. Además, estaba moribundo.

—Eso tiene más delito. Si mi novio está al borde del infarto y su reacción es besar a otra piba en lugar de llamarme a gritos, lo mato. Y si ya está muerto, lo revivo para cargármelo de nuevo.

No ha dicho nada más. Se ha encogido sobre sí misma, contrariada con su propia exasperación. Seguro que acababa de darse cuenta de lo que significaba que, estando completamente ido de la olla, solo se me ocurriera enroscarle los brazos en el cuello.

Para hacerla sentir mejor, me ha salido una excusa estúpida:

—Te he besado porque sé que tienes enchufe en los infiernos, princesa Dácil. Seguro que como Cancerbero o Caronte que eres, si te camelo, le hablarás bien de mí al diablo.

—Tienes tú muy claro que vas a ir al infierno.

—Ah, ¿es que no voy a ir? ¿De pronto te parezco una buena persona?

—No me lo pareces, pero tú y yo no podemos ocupar el mismo espacio en la otra vida, y no seré yo a la que manden al cielo para evitar la coincidencia.

En fin, conversaciones de besugos, música para aliviar el silencio y ratos de siesta; así transcurre mi tarde con Dácil y luego con Celia, que no se queja cuando cierro los ojos para preguntarme a mí mismo a qué coño estoy jugando. Y después de mucho pensar, tanto como me lo permiten el mareo y la lucha contra la pérdida de conocimiento, llego a una conclusión a la que debo resignarme.

Hay gente a la que quieres porque te lo pone fácil. Mujeres que te dan ganas de levantarte por la mañana y comerte el mundo gracias a su confianza en ti y su respeto. Por eso no te cuesta imaginarte comiéndote también sus marrones, porque van a ser lo de menos. Porque va a primar la diversión. Yo no he fingido ni finjo mi cariño hacia Celia, y estar con ella por su carácter facilitador no hace menos real nuestra relación. La quiero lo suficiente para haber elegido dedicarle mi tiempo, pero no tanto como para temer su abandono sobre todas las cosas; no tanto como para que la pérdida sea algo devastador. Eso es lo que me ha permitido formalizar la relación. Saber que el final, cuando llegue, no me matará.

No se puede comparar el cariño con la adoración. Quiero a quien se lo merece, y si deja de merecérselo, si deja de aportarme,

le puedo retirar bien rápido los privilegios. Tardo lo que un pestañeo. Pero cuando adoras a alguien, estás creyendo *a ciegas* en él, como en la tierra que te sostiene, y le tienes el mismo respeto temeroso que a los dioses porque sabes que podría partirte como un rayo. Ese es el peligroso poder que detenta. Cuando adoras algo, no eres racional, y le acabas soltando paridas a ese «algo» como que «solo ella es real», como le dijo Rilke a Lou Andreas-Salomé. Cuando adoras algo, entiendes a la perfección todo lo que has leído y visto sobre el amor; todo eso que a ella, la adorada, le parece una cursilería y te ordena que te calles porque tienes novia.

Al lado de Dácil, yo veo la injusticia del amor de Vicente Aleixandre. Entiendo que las guapas son el paraíso de los ojos y el infierno del alma, y, sobre todo, que la cagué porque *no podría no haberla cagado*. Cómo no la vas a cagar si así es como vives: CAGADO de miedo de que un día se levante y te arrebate la razón de ser con un «no te quiero». Cómo no la vas a cagar si la adoración no lleva a ninguna parte, si es un secreto que solo se libera en los rezos nocturnos.

No me extraña que los Beatles tuvieran una época de LSD para componer sus mejores letras. A mí, sea lo que sea que me metieran en el cuerpo, me guía a un momento de iluminación. Me doy cuenta, consternado, de que encasillé a Dácil erróneamente en el amor sin esperanza y también sin retorno; de que maté todas las posibilidades con ella antes de tiempo. Núria me lo advirtió en su día, el día que todo se fue al garete, pero no lo he entendido hasta ahora, cuando miro al futuro y me veo sufriendo por Dácil, enamorado de Dácil hasta la hartura, hasta levantarme del asiento y gritar «YA ESTÁ BIEN, NO PUEDO MÁS», hasta volarme la tapa de los sesos. Me veo desesperado, siendo un triste, *pero no me veo con ella*. No me veo a su lado.

¿Por qué, si ella está ahí? ¿Por qué, si ella me quiso, o estuvo a punto de quererme, o podría haberme querido? No lo sé. Siempre ha sido así. Como dijo un sabio, la adoro como a las cosas que no sucederán. Y antes, cuando nos odiábamos, era un alivio saber que sería imposible estar con ella. Pensaba que de este modo estaba a salvo. Pero no lo estoy. *No lo estoy*. Estoy condenado, y lo peor es que me he condenado yo solo.

Por eso no voy a decirle nada a Celia.

Por eso y porque soy un fuerte machango.

—¿Crees que podrás salir esta noche? —me pregunta ella—. Más que enfermo, pareces triste.

—He estado escuchando *bossa nova* en los auriculares.

Celia se ríe con ternura y me quita uno de los AirPods para confirmar que suena *Triste* de Elis Regina y Antônio Carlos Jobim.

—Tienes un puntito masoquista irremediable, ¿eh?

—Ni te lo imaginas. Pero tú tampoco te quedas corta, que te recuerdo que, al igual que yo, te metiste en la universidad de buena voluntad. —Celia se echa a reír y me ayuda a incorporarme muy despacio. Vigilo mis sensaciones, alertado por una nueva oleada de náuseas—. ¿Qué hay programado para esta noche?

—Creo que toca un espectáculo de *cabaret*. Nada muy interesante. Podemos ir a echar un ojo y luego subirnos si no nos interesa. Solo tienes que estar sentado mirando el escenario. —Con los brazos en jarras, Celia se me queda mirando con las cejas enarcadas—. ¿Se puede saber qué has consumido, Thiago?

—No tengo ni puta idea —reconozco con sinceridad—, pero voy a tomarme esta convalecencia como un castigo divino.

—¿Es que has hecho algo que merezca castigo?

—Bueno, no soy perfecto.

Celia me lanza una mirada indescifrable mientras rescata de la maleta el modelito de la noche. Parece dar a entender que yo soy menos perfecto que nadie —¿o que ella tampoco lo es, muy a su pesar?—, y a continuación, cuando nada en su comportamiento ha indicado que esté enfadada, se retira a un extremo de la habitación y se da la vuelta para cambiarse.

Como he aprendido a no hacer preguntas cuyas respuestas pueden provocar una hecatombe, y como Celia cambia de tema con alegría, decido no hacer ningún comentario al respecto. Me visto con movimientos pausados, todavía pendiente de mis sensaciones. Estoy mareado y cabizbajo, pero eso puede ser por Dácil.

Celia y yo nos saltamos la cena, yo porque podría morir intentando comer y ella porque es tremendamente solidaria conmigo. Vamos directos al salón de fiestas, donde han preservado el escenario del karaoke para el espectáculo de esta noche. Tan solo lo han decorado con unas falsas cortinas de terciopelo rojo y otros detalles horteras típicos del *cabaret*.

Cuando llegamos, Leire, Fede y Roberto ya están en sus asientos. Nos han reservado un par a su lado. Celia me pregunta si estaré bien, y apenas asiento, me dice que quiere hablar con Leire y se sienta en la otra punta. Yo quedo a merced de Roberto, al que miro de hito en hito mientras escribe un wasap con cara de circunstancias.

Menos mal que no le dije a él, sino a Airam, que a Dácil le gustan los mochis. Le llega a regalar mochis y ya no tiene nada más que hacer. Se la habría metido en el bolsillo.

Todavía tardo un rato en darme cuenta de que le sonríe de lado a la pantalla, y de que la persona con la que está hablando no es su hermana pequeña.

—¿Dácil? —pregunto, sin voz, al leer el nombre en el chat. Tengo que carraspear para darle una entonación en condiciones—. ¿Dácil te ha dado su número?

—Y muchas esperanzas —añade Roberto, bloqueando la pantalla para mi inmensa consternación. *Deja que ojee un poco más, cabrón—*, sobre todo en esta noche. ¿Qué haces mirándome el WhatsApp? ¿Es que no tienes educación?

Está tan contento por lo que sea que le haya dicho Dácil que ni siquiera suena reprobatorio. Me pregunta si no tengo educación, pero lo que su cara transmite es que le encantaría que me inmiscuyera un poco más.

—Me ha saltado a la vista, perdona. No sé qué me sorprende más, que ella te diera el teléfono, con lo esquiva que es, o que tú se lo pidieras.

—A lo mejor ella me lo pidió a mí.

Eso suena algo más a Dácil.

—¿Con qué propósito? ¿Para calentarte más la cabeza con sus neuras?

Me sale solo. *Me ha salido solo*. Perdón. *Perdón, Dácil, estés donde estés: sé que me has oído. No iba con mala intención. Iba con la mejor de las intenciones porque este tío te ha llamado feminazi y no te merece*.

Roberto guarda el móvil en el bolsillo de los vaqueros y clava la vista en el escenario.

—Esta noche me la voy a tirar.

Pues yo creo que voy a vomitar.

En serio, será porque sigo enfermo, mareado a más no poder y pálido por la supuesta sobredosis que me ha dado, pero me suben los siete males por el esófago.

—Pensaba que eras más romántico, Roberto.

—Ella no lo es mucho, no creas que lo echa de menos. Pero eso tú lo sabes bien, ¿no? —Me mira de reojo—. Tuviste algo con ella.

No tuve «algo» con ella, farfollas. Tuve algo que tú no vas a tener en tu vida.

—¿Te ha hablado de mí?

—No, pero se le ve en la cara que te tomaste unas cuantas libertades con ella y luego no la llamaste, o la bloqueaste en Instagram, o algo por el estilo.

«Te tomaste unas cuantas libertades».

¿Qué dices, Pérez Galdós? ¿Qué edad tienes?

—¿Sabes reconocer esas cosas en las tías? Menudo crac estás hecho, Roberto. Pensaba que te parecía una desquiciada y una feminista radical.

—Dije «feminazi». *—Ojalá hubiera grabado eso—*. Y muy equilibrada no me parece, no, pero está buena e interesada en mí. Nos lo podemos pasar bien un rato.

—Oye, eres consciente de que he crecido con ella, ¿no? —le suelto sin pensar—. De que la conozco desde que tenía quince años, apenas unos días después de cumplir los dieciséis, y de que he pasado con ella veranos y Navidades. No me hace ni puñetera gracia que hables así.

—Pero si ella es la primera que se presta a la conversación bruta y a quitarle el romanticismo a todo. —Se ríe, quitándole importancia—. Si ves lo que me ha escrito por WhatsApp…

Me alegra que estemos a oscuras. Significa que el espectáculo está a punto de comenzar, lo que le cerrará el pico a Roberto y a mí me evitará tener que dar explicaciones sobre por qué me chirrían los dientes y me apetece apuñalar su tórax. Lo primero lo puedo asociar a los efectos de la droga, pero me temo que lo segundo ya no tanto.

—Tienes razón. Yo también estuve con ella en ese sentido —confieso en voz baja. Así lo obligo a inclinarse hacia mi lado para escucharme bien—. Por eso te advierto que tengas cuidado y que tampoco te emociones mucho. Dácil es… Dácil tiene…

¿Es… hermafrodita? ¿Babea mucho al besar? ¿Tiene un sexto dedo del pie? Ninguno de esos detalles sería lo bastante terrible para espantarlo, y no se me ocurre nada tremebundo cuando invoco la imagen de Dácil desnuda. A Dácil no le pasa absolutamente nada malo, y si al final es afortunado y lo recibe en su cama, no solo va a dejar de llamarla feminazi, sino que querrá que Jimena se refiera a él como «su yerno».

Dácil es irresistible y adictiva, y debería decírselo así. Me lo ha pedido/exigido a cambio de su perdón. La cuestión es si prefiero que me perdone o prefiero que no se meta en la cama con Roberto. Por desgracia, no tengo tiempo para meditarlo, así que decido sobre la marcha.

—¿Tiene…? —insiste él, expectante.

—Tiene muy mala leche. *—No he mentido—*. Y es en exceso dominante. En todos los sentidos. Y un poco veleta. A lo mejor te manda al carajo en plena faena porque se ha cansado. Y esa es otra, no dura mucho. Le da igual que te lo pases bien. Lo que importa es ella. Gime muy raro, además.

No sé qué cojones estoy diciendo. Creo que sigo drogado.

¿Dácil cansándose en plena sesión de sexo? Si se monta ella sola unas tablas de gimnasio que ni Patry Jordan, y ahí te tiene, animándote a descubrir hasta qué límites puedes llevar tu cuerpo. Y lo de que le da igual que te lo pases bien es otra mentira como un castillo. A veces se me quedaba mirando como si quisiera averiguar si fingía o no y cambiar de táctica, pero evidentemente soy un hombre, es decir, más fácil que la tabla del cero. Y con ella más. Con ella soy el mecanismo de un chupete.

—Cualquiera diría que tienes novia cuando te acuerdas tan bien de otras chicas.

—Tengo novia, no amnesia. Es lo que te pasa cuando una mujer te deja traumatizado, ¿sabes? *—Tampoco he mentido ahí—*. Que lo recuerdas a la perfección.

Aunque solo las luces del escenario, que espera a las bailarinas, aplacan la oscuridad, Roberto consigue sondearme con una mirada pensativa.

—No quieres que me líe con ella, ¿no? Hablemos claro, que ya somos mayorcitos.

—¿Eh? No, si yo solo te estoy advirtiendo…

El animador de todas las noches ejerce de presentador en la velada de hoy. Es su voz irritante y sobreactuada la que se erige sobre el silencio para llamar la atención de los asistentes, que aplauden a desgana porque no tienen ni idea de lo que les espera. Probablemente lleven la voz cantante la chica de zumba y la artista que trata —sin mucho éxito, aunque no por falta de talento— de interpretar temas Disney durante los tardeos en la piscina. Pero mi sorpresa no puede ser mayor cuando reconozco a dos de las cuatro chicas que se asoman, una con timidez y la otra con irritación, por detrás del presentador.

—¡Buenas noches a todos! ¡Espero que vengan con ganas de asistir a un espectáculo sin parangón! ¡Hoy tendrán con ustedes una actuación de *cabaret* guiada por una artista con diez años de experiencia! Por desgracia, una de nuestras bailarinas se ha lesionado, pero no solo hemos encontrado un reemplazo, ¡sino dos! ¡Y miren qué reemplazo!

La cara de asco que Dácil le pone al animador es digna de foto. Conociéndola, debe de hacerle entre cero y ninguna gracia que la hayan obligado a ponerse unas medias de rejilla, unas bragas de cuero negro y un *body* provocador. Evidentemente, Dácil se disfrazaría de *dominatrix* para asistir a misa si esa mañana dominical se levantara con gusto por la moda satánica, como novia del diablo que es, pero para ella hay una diferencia muy significativa entre ir desnuda por gusto e ir desnuda para complacer a los hombres de la sala.

Maday no está mucho más contenta. Se ha puesto colorada y castiga a Dácil con una mirada de soslayo. Es evidente quién ha arrastrado a quién a la nueva aventura.

—La otra tampoco está nada mal. —Comenta Roberto—. La pelirroja, digo. ¿Es la que cantó en el karaoke?

Mis ojos acuden como un imán a Airam, que sé que, como todos los días, se dedica a servir copas. Está arrodillado en el suelo recogiendo un estropicio de frutos secos y cristales rotos, cosa que hace sin apartar la vista del escenario.

—La pelirroja tiene novio —le advierto a Roberto. *Bueno, todavía no, pero lo tendrá—*, y no le haría gracia que te acercaras. Y a Dácil, menos todavía.

—¿Qué te pasa con Dácil, colega? Parece que es tu tema de

conversación favorito.

—No es mi tema favorito, pero da mucho de sí.

Acompañados de los silbidos de los viejos más salidos, que son también los que ya empiezan a demostrar síntomas de intoxicación por alcohol, el DJ pone la música y la chica de zumba y *aquagym* abre el espectáculo con una actuación complicada. Yo no puedo juzgar sus movimientos como buenos o mediocres porque solo tengo ojos para la Dácil del fondo, que hace lo que buenamente le permite su escasa coordinación motora para agitar brazos y piernas como corresponde.

Debería apiadarme de su carita enfurruñada, pero tengo que hacer un esfuerzo por no descojonarme al verla chocándose con Maday, yendo en la dirección contraria o agitando la melena cuando le corresponde sacar una pierna.

—También baila muy mal —le digo a Roberto, consciente de que los ojos me brillan, y no por la perversidad del saboteo—, por si no te has dado cuenta. Y dicen que quien no sabe bailar, no sabe moverse en la cama.

—Dímelo tú. ¿No sabe moverse?

Juego la carta de El Sueco y me concentro en el espectáculo. Una cosa es inventar idioteces sobre la marcha y otra muy distinta sabotear directa y concienzudamente la seducción de Dácil. Tampoco tengo tanto valor para dejarla por los suelos, una vez más y a riesgo de que se entere, para que no se meta en la cama con un auténtico imbécil. Con *otro* imbécil, mejor dicho.

¿*O sí*?

Me lo replanteo al ver la cara de vicioso repugnante que se le pone a Roberto al verla bailar.

—No sabrá mucho del *cabaret*, pero le está poniendo empeño. —Comenta, echando el brazo por el respaldo de la silla de plástico—. Con eso puedo hacer algo.

¿Con su empeño? Con el empeño de Dácil podría enviar un cohete al espacio y abrir un portal interdimensional a la Atlántida. Roberto se ha dado cuenta de ello y le brillan los ojos. Cómo no le van a brillar. Por poco listo que sea este hijoputa, se va a arrimar a ella hasta para ir al baño con tal de no perderse ni una de sus iniciativas.

Cuando la primera coreografía toca a su fin, Dácil, sudando por

el esfuerzo, le arranca el micrófono de las manos al presentador y anuncia:

—Como no nos ha dado tiempo a aprendernos los pasos de la canción de Soraya, que es la artista lesionada, vamos a hacer una improvisación con un temita de mi elección. No es música de *cabaret*, pero bailaremos para ustedes mucho mejor y con ganas —explica, pero le devuelve el micro al animador (que, por cierto, se estaba sorbiendo la nariz de forma muy sospechosa) como si esas ganas fueran en realidad de irse a la cama.

—Te apuesto cien pavos a que pone una canción de La Zowi —anuncio con solemnidad.

Roberto me mira con una ceja enarcada.

—¿Los llevas encima?

Le devuelvo la caída de ojos con la misma arrogancia.

—Te hago un bizum en el momento.

Roberto me da la mano. Apenas la hemos estrechado cuando Dácil se coloca en medio del escenario y la canción inunda el estéreo. No hace falta ni esperar a reconocer a la cantante: la misma trapera se anuncia diciendo su nombre artístico —La Albany con La Zowi— y Roberto se queda hecho polvo.

—¿Ves? —Le doy un codazo, orgulloso—. Al Trivial Dácil no me gana ni el Tato.

La sonrisita se cae por su propio peso en cuanto Dácil le sonríe al público, pasándose la lengua por los dientes, y empieza a menearse como sí que sabe: a su rollo, sin pasos estudiados, marcando el ritmo con la cadera, la cabeza y el culo que todavía atesoro en la memoria de mi móvil por si algún día ocurriera una emergencia y lo necesitara. ¿Para qué? No lo sé, pero no iba a borrarlo.

¿Y si nunca la volvía a ver? Mejor tener eso a no tener nada.

—Joder.

Roberto está flipando. No debe de salir mucho de fiesta, el chico. Se remueve en el asiento con la misma incomodidad que muchos de los hombres del salón, intentando por todos los medios que no salte a la vista su debilidad física. Pero tengo claro que Dácil no ha escogido *Sugar Mami* para alegrarles la noche a los viejos verdes. La ha escogido porque es su temita fetiche para desquiciar a los hombres de su gusto, y ahora mismo tiene a Roberto en su punto de

mira.

Baja del escenario con seguridad, después de haber bailado divertidísima con su mejor amiga, y escoge la fila en la que nos encontramos los madrileños para sembrar el caos. No iba a venir directa a Roberto, está claro que le ha servido mi consejo no-consejo sobre evitar asustar a los pobres mortales con su descaro animal, así que hace una paradita ante Celia y la anima a perrear con ella hasta el suelo. Celia se ríe, encantada, y le hace todo el caso que Dácil le pide y más. Ni se percata del placer que Dácil parece sentir al parafrasear a la cantante eso de «cuando coja a tu novio, le parto la crisma».

En fin, una letra romántica que le va muy al pelo.

Puede que esa imagen de Celia y Dácil abrazaditas sí me ponga en un aprieto. Soy un hombre y sé que Dácil ha tenido experiencias con más de una chica. Pero como estaría muy feo decir que he fantaseado con ello, voy a dejar este espacio en blanco.

La fantasía toca a su fin cuando Dácil clava los ojos en Roberto. Confío en que es un tío demasiado tradicional para permitir que una mujer, por muy de bandera que sea, se le contonee en el regazo a la vista de todos. Se le van a subir los colores, la va a rechazar y ella se va a ofender tanto que le va a obligar a borrar su número como mínimo.

Pero no es eso lo que ocurre, no para mi sorpresa sino para mi desgracia.

Roberto le pone las manos en la cintura a la vez que a mí se me ponen los huevos por corbata. Es como si su cuerpo y el mío estuvieran conectados de algún modo. Cuando Roberto la arrima a él, a mí se me revuelve el estómago, y cuando comparten una sonrisita secreta que promete travesuras, estoy a punto de vomitar. O de levantarme y hacer alguna tontería.

Podría fingir un desmayo. O un infarto. O tirarme al suelo como si me hubiera dado un ataque epiléptico. ¿Podría escupir espumarajos de forma realista? No tendría ninguna gracia. A lo mejor piensan que me río de los epilépticos, y no, es un trastorno jodido. ¿Y si simplemente la empujo a un lado y lo achaco a que la droga me hace ver lo que no hay…?

No me lo pienso más. Me llevo una mano a la cabeza y crispo la cara en una mueca de dolor. No estoy mintiendo. Tengo una

migraña que no es de este mundo, muy mal cuerpo y ganas de estirarme en horizontal. Dácil solo me ha dado la excusa perfecta, o eso me digo al escurrirme por la silla y fingir que pierdo el conocimiento.

¿El impacto contra el suelo? Doloroso. ¿El impacto de la mirada de Dácil cuando una horda de curiosos o gente preocupada se ha arremolinado en torno a mí, tratando de reanimarme? Más doloroso todavía, porque en cuanto pestañeo fingiéndome espabilado, ella sacude la cabeza con sutileza y me hace saber que estoy acabado.

Pues que me mate. Eso le mantendrá las manos demasiado ocupadas para toquetear a Roberto.

—Necesita un fisco de agüita —anuncia Dácil con sequedad—. ¿Me ayudáis a llevarlo al baño?

La preocupada Celia y el *solo-solícito-porque-quiere-follar* Roberto colaboran con Dácil en la tarea de guiarme al baño. Una vez allí, descubro, sorprendido, que me encuentro mal *de verdad*. No debería haberme forzado a estar presentable por la noche cuando unas horas antes iba a morir en brazos de Dácil. Mejor esa muerte dulce y cariñosa que la que me va a dar en cuanto Roberto y Celia me dejen solo, con la cara mojada, sentado en la taza del váter.

Cuesta convencer a Celia de que necesito un momento para respirar hondo, pero lo consigo tras un rato de preguntas atosigadoras. Puedo disfrutar de un minuto de calma con la cabeza descolgada hacia atrás, la mirada perdida en el techo y sintiendo el bamboleo del barco apenas perceptible bajo mis pies. Hoy se siente algo más, quizá porque estamos entrando en una zona de mar gruesa. Contemplando los fluorescentes, que me ciegan tanto que debo entornar la vista, me pregunto por qué estoy tan jodidamente enfermo. Por qué hago estas cosas. Por qué caigo en estos juegos. Por qué los busco tan desesperadamente.

Por qué la tengo que querer tanto y tan mal.

En cuanto oigo la patada en la puerta de acceso a los baños, sé que la tregua ha llegado a su fin. Dácil ha vuelto para increparme, y para ello me preparo saliendo del pequeño cubículo y observando mi palidez vampírica en el espejo del lavabo. Nada que ver con sus mejillas ruborizadas, con esos ojos que brillan como bengalas.

Se viene la discusión. El tiroteo.

Estoy preparado.

—¿De qué vas? —me espeta, fulminándome con la mirada enmarcada por unas exageradas sombras negras. Parece una pantera, con ese ahumado oscuro (¿se le llama «ahumado»?) y el pintalabios rojo—. ¿Te crees que no sé lo que acabas de hacer?

—Acabo de arruinaros el espectáculo. —Agacho la cabeza, fingiendo consternación—. Lo siento muchísimo. Espero que no os lo hayáis currado. No podría perdonármelo.

—*Chos*, Thiago, eres el peor actor que he conocido en mi vida. Tú a mí no me pides perdón si no es de coña. Te has descubierto tú solo. ¿Qué pasa? —Pone los brazos en jarras y me confronta con la barbilla muy arriba. La iluminación del baño le arranca destellos verdes a sus ojos; los ojos de una *femme fatale* con pestañas postizas—. ¿Tienes algún problema con que me líe con Roberto? Y no me digas que me llamó «feminazi», porque soy feminista y puedo ser un poco nazi, así que el apodo no me viene del todo mal.

Su respuesta enrabietada me deja sin argumentos.

Si eso no le molesta, pues entonces poco puedo hacer para disuadirla.

—Solo quiere utilizarte —me quejo con la boca pequeña.

—Y yo quiero utilizarlo a él. Es un *win-win*. Además, ¿por qué te importa que sea verdad? ¿Acaso no fue lo que tú hiciste en su día, eh? ¿O es que querías casarte conmigo?

Se me forma un nudo en la garganta del tamaño de un balón de fútbol. Me la imagino vestida de blanco, el contraste con su piel, las trenzas recogidas en el moño más elaborado que sepa hacerse, caminando hacia el altar con un… cactus.

¿Por qué no me la voy a imaginar con un cactus? Si cuando vamos en el coche, de pronto señala al otro lado del cristal y exclama: «¡Mirad las pencas!».

—No me pongas esa cara de *pollaboba* sumido en tus pensamientos —me amenaza, alzando el dedo—, porque no respondo de mí. Quiero acostarme con alguien porque ha pasado ya bastante tiempo desde la última vez y una chica tiene necesidades.

Esa decisión suya que lleva años costándome el sueño me pone alerta.

«Ha pasado ya bastante tiempo».

—¿Cuánto tiempo?

Porque como me diga que no se ha acostado con nadie después de mí, seré yo el que no responda de mis actos.

—Desde que te fuiste —dice tan pancha.

Me dan ganas de llevarme las manos a la cabeza. «Pero CÓMO ME DICES ESO, Dácil de mis amores y de mis desamores, que se me llevan los DEMONIOS, joder».

Como ahora me diga que es porque nadie le ha gustado o llamado la atención…

—No pongas esa cara de victoria. Si nadie me ha gustado o me ha llamado la atención, no es porque tú seas inolvidable.

Como me diga que es porque ha estado encerrada, tendré que sobreentender que no ha salido demasiado porque ha estado deprimida por mi culpa y entonces tendré que inmolarme o consolarla.

—No he estado precisamente de fiesta durante este año —continúa, como si estuviera leyéndome el pensamiento—. Tenía mucho que estudiar y muy pocas ganas de salir por ahí a conocer gente nueva, con todo lo que eso conlleva.

Como ahora me suelte que necesita sacarse mi recuerdo con el de otro tío…

—Como te podrás imaginar, tú no eres lo que se dice un dulce recuerdo, y por ahí se oye que un clavo saca otro clavo, así que ni se te ocurra interponerte en mi camino o tratar de arruinarme el proyecto de ganar experiencia. ¡Me lo debes!

Ya está bien, joder. Son demasiadas coincidencias.

Apoyo la mano a un lado de su cabeza, cortando lo que sea que va a decir a continuación.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que me dijiste «me lo debes»?

Dácil se achanta un poco cuando le hablo en susurros. Siempre le pasa. Si le chillo, ella se crece y me enseña lo que es gritar de verdad. Si le discuto, me entierra con un par de respuestas venenosas. Pero es como un perrillo maltratado: con las caricias se me echa a temblar.

—Cuando yo me negaba a ser tu primer polvo y tú insistías en que solo yo podía meterme en tu cama para arreglarlo. «Me lo debes».

—Pues claro que te lo dije —masculla con la mirada gacha, y no por la vergüenza, sino porque es un recuerdo difícil de gestionar. A

mí mismo se me atraganta esa noche en Verónicas, cuando descubrí que de verdad tenía el poder de hacerle daño—. Quien la hace, la paga.

—Yo no sentí en ningún momento que estuviera pagando. Sentí que *tú* me estabas bendiciendo injustamente. Si en aquel entonces solo yo podía meterme en tu cama, princesa Dácil, si ese lugar me corresponde a mí, estoy en todo mi derecho de sabotear a quien quiera usurparlo.

Me fulmina con la mirada, pero la siento vulnerable, y todo su cuerpo reacciona a mí cuando nuestros pechos se rozan.

—¿Cómo tienes la cara de decir eso? No puede ser que estés orgulloso de ser un cerdo, un infiel, y reclamarme cosas que no quisiste en su momento. Ese lugar ya no es tuyo porque tú no lo reclamaste. —Alza la barbilla y se humedece los labios pintados prácticamente en mi cara, con lo que eso conlleva: que se me tense la entrepierna—. Ahora deja que sean otros quienes pasen y vean.

Quienes pasen y vean. Claro, porque no solo entrarían en su sótano de las maravillas, en el barullo de ropa que huele a ella, y libros que encierran sus carcajadas, y pelos de *Teno* y gomillas de trenzas y perfumes afrutados y regalos que le hice. Entrarían en sus intimidades. La verían suspirar, gemir, sollozar, rogar en *sottovoce*; la verían retorcerse y sudar, la verían abierta y entregada, la verían apasionada al extremo. Dácil a punto de consumirse.

Solo de imaginarlo me aprieta el corazón en un puño y me queman las cuencas de los ojos.

—¿Crees de verdad que Roberto me va a sacar de ti? —murmuro.

Ella me aguanta la mirada.

—¿Celia me sacó de ti?

Es una pregunta trampa. Si le digo que no, nos rompemos los dos. Si le digo que sí, me abofetea y sale del baño para abrazar a Celia, de la que se ha vuelto protectora.

La verdad es que Celia existe en mi mundo universitario, en mis primaveras y mis otoños, en el piso que Airam abandonó. Existe en paseos por el Retiro y en el Starbucks que le gusta y en las películas en blanco y negro que proyectan a veces en el cineclub. Pero Celia existe en ese mundo de nueve meses, en el periodo del inframundo de Perséfone, porque Dácil jamás ha paseado por plaza España.

Porque no ha estado en el Retiro, ni en el Starbucks, ni en el cineclub. Si la hubiera visto solo una vez con un gorro calado hasta las cejas y un abrigo de The North Face contemplando el Palacio de Cristal cuando es de día y ya han caído las hojas, entonces la capital también sería suya. Pero como su presencia física no ha acaparado mi vida universitaria, tan solo ha latido en mí su recuerdo fantasmal, Celia no tuvo que sacarla de mi corazón. Celia no tuvo que competir con ella.

Y cuando han coincidido en el mismo espacio, tampoco ha tenido que competir con ella. No tiene sentido que trate de negármelo. Yo la miré a la cara en la piscina y supe que lo de Celia se había acabado porque *yo* mismo estaba acabado. A veces pienso, resignado, que empiezo en su «d» de «diabla» y me termino en su «l» de «lamento», lamentándome cuando no puedo pronunciar su nombre.

—No sé si conseguiré arrancarte de mi cuerpo con otro —admite Dácil en voz baja—, pero es mi deber intentarlo.

—¿Por qué ves como un deber apartarme de tus recuerdos y de tu vida? ¿Por qué no dejas que me quede en un rincón de tu mente? Estaré calladito y no haré ruido, te lo prometo. Solo vigilaré.

Dácil me mira muy seria.

—Tú nunca te quedas calladito, golfo. Tú no sabes pasear por mi mente sin hacerla añicos. Eres el rayo que cayó dos veces en el mismo sitio.

—Aun así… ¿por qué no puedo ser parte de ti y ya está?

—Porque no serías «parte de mí y ya está». Intentarías ganar terreno como una enfermedad infecciosa y acabarías contaminándolo todo.

Y tanto que lo intentaría. Si un estruendo no hubiera atravesado las paredes del baño para llegar a nosotros, habría intentado algo incluso más peligroso, como besarla a conciencia y en plena posesión de mis facultades. Gracias al cielo, un alboroto misterioso interrumpe lo que he estado a punto de hacer. Así no tengo que poner —una vez más— mi lealtad en cuestionamiento. Aunque enseguida descubro que «gracias al cielo» no es la expresión que debería usar, porque el que ha provocado el estruendo es Airam, y a juzgar por el revuelo que se forma a su alrededor, él no es la víctima, sino el matón.

No hace falta haberlo visto para saber qué ha pasado. Ya bajo el quicio de la puerta del baño se sobreentiende la escena. Airam está agitando la mano con una mueca de dolor, la que probablemente ha mandado de espaldas al suelo a un tipo de cuarenta, cuarenta y cinco, que se masajea la mejilla con rencor. En medio de los dos está una Maday con cara de espanto, sujetándose el tirante roto de la camiseta negra. Está espetándole no sé qué en inglés a Airam.

Airam solo habla español con acento canario, pero esto sí se lo dice:

—*Fuck off!*

En un segundo se arma un pifostio descomunal. El animador rodea a Airam con el ceño fruncido y le tira del codo hablándole de muy mala manera, la chica de zumba le frota los hombros cariñosamente a Maday, un grupito del staff con un papel más o menos prescindible en la organización se deshace en disculpas con el guiri del derrame en el ojo, y los que lo han visto lo comentan con exclamaciones escandalizadas.

—Se lo tenía merecido. —Oigo que dice alguien cuando me acerco, renqueando.

—Ni que lo digas. Menudo baboso. —Le da la razón su acompañante, una señora de edad que apesta a laca, presumiblemente de la marca Nelly—. Algunos se creen que porque pagan un poco más tienen derecho a todo…

—¡No pueden poner a trabajar de cara al público a una persona con problemas para gestionar la ira! —berrea otra persona, esta más joven—. ¡Además, se ha aprovechado de la ebriedad del pobre hombre para tirársele encima!

—Pero ¿es que no lo has visto, Juan? Se ha acercado a él para advertirle. Sí, de muy mala manera, pero primero lo ha intentado por las buenas y no ha hecho caso.

—¡Sigue siendo una emboscada en toda regla!

—¿Y lo que le ha hecho a la chica no es una emboscada? Si me tocaran sin tu permiso, ¿tú no me defenderías?

Desvío la mirada hacia Airam, que con movimientos airados y manotazos más desagradables de la cuenta pretende quitarse de encima las palmaditas apaciguadoras del animador. No sé si entiendo bien lo que dice leyendo solo sus labios, pero me conozco sus aspavientos nerviosos y la venita que le aparece en la sien

cuando lo han llevado al límite.

Solo se calma cuando se acerca Maday para poner orden, pero no por mucho rato.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Dácil. La localizo de pie a mi lado, quizá un paso por detrás, prudente como nunca antes. *Eso va a ser lo mejor. Distancia*—. No conviene acercarse a Airam cuando se pone así. La última vez me dio un bofetón sin querer. No es su culpa que tenga unos brazos capaces de abrir agujeros en el cielo y le cueste manejarlos, pero…

—Ya, sé de lo que hablas.

No le contesto qué ha pasado porque no estoy seguro. Airam solo se tranquiliza —y Dácil seguro que también, aunque no me giro para comprobarlo— cuando se ha asegurado de que a Maday no le pasa nada. Con el ceño fruncido y un par de vistazos veloces, Airam revisa que le han arreglado el tirante y hace un comentario, muy cabreado, sobre una media rasgada. Baja el tono cuando ella le murmura quién sabe qué y se acerca para abrazarlo con torpeza. Airam acepta que lo rodee con las manos y casi parece que se lo va a devolver, pero apenas apoya los dedos sobre su espalda baja, hace una mueca de dolor y se retira.

—Esto no cambia nada. —Entiendo que dice por cómo mueve los labios.

—Solo era un abrazo de agradecimiento, Airam.

Él no le dice nada, pero se le ve en la cara el «nunca es solo eso».

—Qué tozudo es. Lo voy a matar —masculla Dácil.

Acto seguido, sale detrás de su hermano a paso ligero, desentendiéndose del *show* —pero no de Maday, a la que le aprieta la mano y avisa atropelladamente de que volverá en un segundo— sin remordimientos.

No me puedo alegrar de que hayan despedido, reprendido o suspendido a Airam, sea lo que sea que haya pasado. Pero sí le debo dar las gracias porque haya pospuesto el momento decisivo. Basta con echarle un ojo a la cara de decepción de Roberto para saber que no, esta noche «no se la va a tirar».

¿A quién te quieres tirar tú, además? Puto payaso. Eso no funciona así. A ti Dácil te coge y te hace polvo, y no al revés.

Antes de desaparecer por las puertas dobles que conducen a los

pasillos, Dácil se gira como si hubiera leído mis pensamientos. Me lanza una mirada difícil de clasificar. Una mirada que me suena a «esto no va a quedar así», y en lugar de estremecerme de pavor o preguntarme a qué estoy jugando, la que sería una muy buena duda, me vengo más arriba que nunca.

Me alegra saber que, al final, y aunque nuestras truculentas historias involucren a terceras y cuartas personas, esto siempre es entre ella y yo.

No debería enorgullecerme. En teoría estoy desvinculado de su vida. Pero cómo me complace que en la cama nunca se quede a solas con otro porque en su mente sigo yo. Porque en su cuerpo sobreviven mis huellas. Y que no vaya ella a creerse que está en situación de inferioridad, resignada a lastrarme como una cadena, y que yo he ganado. Si entre sus sábanas entran otros y nuestro pasado a la vez, no es que yo tenga el poder; está actuando la justicia, porque yo tampoco me voy a la cama solo. Me acompañe una presencia física o no, ella siempre siempre se viene a dormir conmigo.

Y si he de elegir a quién abrazar mientras dura el sueño, yo lo tengo claro.

El recuerdo fantasma de mi Dácil jamás pasará frío.

Capítulo 14

Un paseo por el pasado

Dácil

Por lo visto, anoche en la cena se sirvió un pescado en mal estado y todo aquel que lo consumió está ahora guardando cama con retortijones. Le tengo que dar las gracias a Thiago por haberme cerrado el estómago con sus confesiones de drogado, o habría acudido al bufet a cebarme con la alegría de todas las noches. Estoy en perfecto estado de revista para ofrecer a los pasajeros una aceptable ruta turística por Funchal, donde acabamos de atracar. Y estoy contentísima de que solo siete personas —Roberto no se encuentra entre ellas, por desgracia, y Celia tampoco— estén en condiciones de hacer una excursión, porque la isla de Madeira no la conozco tan bien como Tenerife y prefiero que pocos espectadores se gocen mi ridículo.

El ridículo empieza en el minuto cero, cuando toqueteo el Maps del móvil con cara de espanto a la búsqueda y captura del primer destino. No tengo ni pajolera idea de portugués, no me he estudiado el callejero y no he pisado Funchal en mi vida. Por suerte para mí, y nunca pensé que diría esto, Thiago me quita el marrón de encima anunciándoles a los escasos turistas que será él quien se hará cargo del recorrido. Es su tierra natal, donde vivió hasta los siete años y donde ha pasado todos los veranos hasta los dieciocho, y «será todo un honor para él» conducirnos por sus maravillas.

—No pienso pagarte parte de mi sueldo —le advierto en voz baja en cuanto emprende la marcha.

Thiago me mira de reojo con una sonrisilla.

—Me puedes pagar de otra manera.

—Eso que te lo pague tu novia, golfo.

—No me refería a eso, princesa Dácil. Me puedes pagar con tu compañía.

—No me fío un pelo de ti.

Pero demuestra que en cuestiones relativas a su segundo hogar es totalmente fiable. Casi parece un guía turístico de verdad. Nunca desanda sus pasos, no nos hace pasar por delante de los mismos sitios dos veces; sigue una ruta coherente para que veamos los monumentos más reseñables, las zonas más bonitas, y hace las pausas necesarias para que la gente compre *souvenirs* y vaya al baño. Lo del idioma juega en su favor, además, y lo de ser guapo, más aún. Las señoras del Imserso están deslumbradas por el rubito platino al que se le ilumina la cara paseándolas por la rua de Santa Maria y sus galerías de arte, entre otras calles de Zona Velha, donde se agrupan los artistas. No deja de hablar de la historia de la isla ni a la hora de comer, que pasamos sentados en el césped del Jardín Panorámico, o cuando nos tomamos un vinito en las *adegas de São Francisco*.

—No se te da nada mal el trabajo —le reconozco cuando estamos volviendo del mercado de Lavradores, donde todos hemos comprado la merienda de la tarde.

Thiago me guiña el ojo. Está de tan buen humor que parece otra persona.

Y yo que pensaba que iba a deprimirse de lo lindo dando bandazos por su isla de nacimiento.

—He aprendido muchísimo observándote estos días.

—Ya, bueno, no te creas que pienso ser guía turística toda la vida. Odio a los guiris.

—No lo digas muy alto.

—Ya se han ido a regoler[33] por su cuenta. —Hago un gesto para abarcar la puerta de la catedral de la Sé, donde hemos quedado para regresar cuando den las ocho. Pongo los brazos en jarras para darme un aire informal—. ¿Adónde vas tú ahora?

Procuro darle entonación de «no me importa, esto es solo por darte conversación, conversación normal, conversación que nos saque la espina que nos clavamos ayer», pero se me escapa una nota

de inquietud.

Él se gira hacia mí, sorprendido por qué siga dirigiéndole la palabra.

—Voy a subir a un mirador de Monte al que solía ir de pequeño. La vieja casa de mis padres me pilla de camino.

—¿La casa de tus padres? —repito con voz chillona—. ¿Crees que es buena idea?

—La mejor idea.

No le veo afectado ni turbado. Ni parece tampoco un guiri, como sí he de parecerlo yo al no tener ni pajolera de portugués ni saber bien del todo adónde me dirijo.

Una vez más desde que bajamos del barco, me reprendo por mi falta de profesionalidad. Debería haberme estudiado el callejero de Funchal para no perderme o no quedar mal delante de mi grupito de turistas.

—Voy contigo.

Thiago enarca las cejas.

—¿Sí?

—Pues claro. Ayer casi te mueres de una sobredosis y sigues teniendo mala cara. Tengo que ir contigo, no vaya a ser que te dé un palidón grave y te quedes medio muerto en plena calle.

—Puedes decir que quieres venir conmigo para que te enseñe los rincones secretos de Funchal. No va a pasar nada. Soy tan buen guía turístico en este sitio como tú en Tenerife.

—De acuerdo. Pero que conste que solo siento curiosidad por la ciudad.

Thiago hace una mueca que en otro momento se habría ganado a pulso un bimbazo. ¿Qué es esa cara de idiota conspirador? Una cara que consigue sacarme una sonrisa en cuanto se da la vuelta y me señala la calle por la que seguiremos el recorrido.

—Pues venga, vamos a satisfacer la curiosidad de la niña.

—Aquí estamos.

—¿Esa es?

—Esa es.

—¿Y a qué esperas? Saca las llaves.

Thiago se ríe flojito.

Los dos nos quedamos mirando la fachada con cara de «ahora qué». Yo ladeo la cabeza con las manos en las caderas para fijarme

en los detalles.

Me acuerdo del monillo trepador de Maday, saltando la poderosa verja entre su casa y la mía porque le da pereza tener que pasar por El Chozo Oramas, a riesgo de que tía Jana o mi madre la retengan con una tontería que se prolongue hasta el infinito, cuando de un salto ya puede estar en su jardín.

Saltar esta verja no puede ser mucho más difícil.

—¿Nos colamos?

Thiago me mira como si me hubiera vuelto loca.

—¿Qué dices, chalada? ¡Ahí vive gente!

—No hace falta que nos metamos en la casa. Podemos merodear un poquito por el jardín. A lo mejor todavía tienen el columpio ese que has mencionado. ¿De qué tienes miedo?

—¿De que llamen a la policía? —ironiza de brazos cruzados.

—Si llaman a la policía, prometo encargarme de ellos.

—¿Se supone que eso me tiene que tranquilizar?

—¿Es que no sientes curiosidad? ¿No quieres regoler un fisquito? ¿Comprobar si los azulejos del baño son los mismos, si tu habitación sigue teniendo el papel de pared con los cochecitos estampados?

—¿Azulejos del baño? Pero ¿no íbamos a echar un ojo al jardín?

—Bueno, echaremos un ojo a todo lo que podamos. Venga, ayúdame a auparme.

—Dácil, no puedes traspasar una propiedad privada.

—¿Que no? Mírame.

Thiago no me mira a mí, sino al cielo, donde busca ayuda o compasión del ser supremo. Aprovechando que está entretenido conversando con Dios, vigilo que a un lado y a otro de la calle no haya nadie mirando —los Madeiros se decantaron por un barrio tranquilo— y me encaramo yo solita a la verja de metal que bordea la casa. Thiago masculla algo por lo bajo, pero al final siento sus manos en la cintura ayudándome a colocar bien el pie sobre uno de los salientes.

En cuestión de segundos, he acometido la misión impensable: traspasar la propiedad privada.

Thiago y yo nos miramos, él a un lado de la verja y yo al otro.

—Fuertito cobarde estás hecho —me burlo—. Ya te contaré cómo está el chozo por dentro.

—Y una mierda. Voy contigo, no vaya a ser que se te ocurra robarles algo de recuerdo.

—Pues que no te extrañe, mi niño.

Thiago se encarama con facilidad y salta al otro lado sin complicaciones. Es lo bueno que tiene medir diez centímetros más que yo, y eso con unas cholas[34] hechas polvo que serían la vergüenza hasta del rey de los *hippies*.

Tengo que reprimir un estremecimiento placentero al verlo de pie sobre la hierba crecida de la que una vez fue su casa. Siempre me termina acompañando en mis locuras, pero he de reconocer que esta tiene su nombre, que ha venido inspirada por él. Yo no me habría metido en casa ajena si Thiago no hubiera vivido aquí.

Es él quien da los primeros pasos para rodear el porche. Se fija en las ventanas, cubiertas en el interior por cortinas estampadas. No parece que haya moros en la costa. Sigue caminando con sigilo pero también con seguridad, porque el territorio no le es desconocido. De hecho, en sus ojos capto un brillo especial, algo parecido a la ilusión navideña mezclada con el placer prohibido de estar corriendo un riesgo innecesario.

—Sí que conservan los columpios —dice cuando llegamos al patio trasero—, aunque se nota que nadie se ha columpiado en mucho tiempo. Y no se te ocurra sentarte ahí, Dácil Oramas. No quiero que agarres el tétanos por mi culpa.

Me da la risa floja con su advertencia paternal. Doy un paso hacia los dos clásicos columpios solo por ver su reacción. Evidentemente no pienso poner el culo encima cuando tiene toda la pinta de que la estructura se vendrá abajo con mi peso. Además, ningún acero oxidado se ve saludable, pero este en concreto da muy mal rollo…

—Dácil —dice en tono firme. Me coge de la mano para que no me acerque—, estate quietecita.

Ahogo una carcajada para mis adentros. Que nadie se lo diga, pero nada me pone más coqueta que la cara de profesor de Matemáticas que le sale cuando estoy a punto de hacer una gamberrada y él se siente en el deber de impedirlo. Tengo que hacerme una lista mental de los motivos por los que sería muy mala idea rodearle el cuello con los brazos y dejarme querer por él. En el día de hoy, la fantasía está ganando terreno a pasos agigantados. Es

lo que tienen los sitios nuevos que descubres con alguien, que parece que aquí las leyes son distintas, que aquí no llega lo que pasó en otra tierra, que eres otra persona y, por tanto, tienes otra oportunidad.

Thiago debe darse cuenta de que estoy juguetona, porque se acerca y me rodea la cintura con un brazo. Lo dejo ser. Es solo un abrazo. Puede que no sea inocente —nada es inocente entre nosotros—, pero *y qué*. Que me arresten.

Un grito nos hace dar un respingo a los dos a la vez. Capto con el rabillo del ojo el gesto culpable de Thiago antes de girarme en dirección a los improperios portugueses que profiere… ¿la dueña de la casa? Se trata de una mujer de unos treinta y cinco, cuarenta años, y desciende las escaleritas que dan al patio trasero blandiendo la escoba como si fuera la espada Excalibur.

Thiago levanta las manos y se enzarza en una conversación en portugués con la mujer. A ella no le sorprende que el okupa hable en su idioma, claro, es lo normal teniendo en cuenta que estamos en Madeira, pero a mí sí. Thiago no suele deleitarnos con expresiones en portugués, y he de reconocer que debería hacerlo más a menudo. Su voz suena mucho más suave, con otro tipo de cadencia.

—Lo siento —le digo yo en español. Es el único idioma que sé. La mujer me mira, roja de rabia y con cara de pasmo—. *Sorry*. Es que *my friend used to live here*. There. —Señalo su casa—. *When he was little. ¿O when he was younger?* —Miro a Thiago con dudas. Él asiente: lo segundo—. *And…* Quería que viera la casa por dentro. *One last time*. Sus *parents are dead. Mom and dad*. —Hago un gesto con la mano cerca del cuello para indicar que ya no están en este mundo. La mujer abre mucho los ojos—. ¡Pero no *murdered*! Un *accident. Accident car*.

—*Car accident* —corrige Thiago en voz baja. Está de pie a mi lado con las manos entrelazadas a la espalda—. El adjetivo siempre va antes, no como en español.

—Pues eso, un *car accident. Both* portugueses —le explico a la señora, que no da crédito—. *Good people. We are too. Sorry for… for the entrance*.

—*Breaking* —corrige Thiago.

—¿Cómo que *breaking*? Eso te lo acabas de inventar.

Thiago sacude la cabeza y la agacha, sospecho que para que no se note que está a punto de descojonarse.

—*I am Dácil.* —Me pongo una mano en el pecho—. *Her name is* Thiago.

—*His*. Soy un hombre.

—Sí, vas a ser un hombre muerto como me sigas interrumpiendo. Cállate, que la tengo hipnotizada. —Y no es broma. La mujer ha pasado de mirarme como si estuviera loca a atender con curiosidad—. En fin. *Can we…? Can you teach us your house?*

—*Show us*. Es *show us*.

—¡Cállate! —me quejo. La señora sonríe. Buena señal—. *Sorry for my English*, es que yo soy *from the Islands, you know*.

—¿Y es que a las islas no llegan las clases de *first o advanced*? —se burla Thiago.

—*Shut up*. ¿A que eso lo he dicho bien? *Listen*. —Doy un paso hacia la señora, que vuelve a mirarme con recelo al ver que me acerco—. *I can give you my passport* para que no pienses que *I'm a thief o something*.

La dueña de la casa mira a Thiago para preguntarle algo en portugués.

Luego me lo pregunta a mí.

—*Do you want to see my house?*

—*Yes!*

Ahora es cuando mi madre saltaría diciendo que debería haber aprendido inglés cuando me correspondía. Es una pena que no esté aquí, porque la mujer me ha entendido a la perfección y no solo baja el arma, sino que se queda mirando a Thiago con recelo. Le pregunta algo en portugués, que será si es verdad lo que he chapurreado, y él dice que *sim*.

Ya sé decir algo en portugués.

—¿Has visto? —Me regodeo, saliendo en pos de la señora con la barbilla muy alta—. Hablando se entiende la gente.

Thiago me da por perdida con un suspiro que encierra una carcajada.

—Con ese inglés tuyo te entiendes solo tú. Menos mal que esta mujer es buena persona.

A lo mejor no doy el pego como nativa de Gibraltar, pero

entiendo muy bien a la señora cuando nos hace un gesto para que pasemos, mirando a Thiago con algo parecido a la compasión, y nos guía por los pasillos para mostrarnos su salón, la habitación principal, los baños —¡con los azulejos intactos!— y el cuarto de invitados.

Es una casita pequeña, estrecha y muy modesta, pero bien iluminada, ventilada y decorada con tanta personalidad que no me cuesta imaginar cómo habrían sido los Madeiros en vida. Thiago nunca, *jamás* ha hablado de ellos. No sé a qué se dedicaba su padre, qué hacía su madre, de dónde venían, cómo se conocieron, si se casaron o vivían sin compartir su patrimonio. Solo sé que tuvieron que ser unos padres magníficos, porque los únicos defectos que tiene Thiago se explican por la traumática pérdida. No hace falta un máster en Psicología para darse cuenta.

Me fijo en él mientras paseamos de una estancia a otra. La señora empieza hablando en inglés, sí, pero se cansa rápido —en parte porque yo no estoy escuchando— y se pasa al portugués. Thiago hace por traducirme las palabras que no entiendo hasta que se da cuenta de que a mí me da igual que cambiara el suelo, que pusiera otras cortinas o que modificara la decoración del salón principal. Yo vengo en calidad de acompañante y, quizá, de vigilante. Atiendo a los cambios de expresión de Thiago, a sus asentimientos, a sus sonrisitas desinfladas, a los comentarios que hace en su idioma materno.

En apenas unos minutos, la señora y él están cogiéndose de las manos y emocionándose con historias personales, y yo quedo voluntariamente excluida de la nueva amistad. Deambulo por la casa —siempre a la vista de la propietaria— tratando de imaginarme al Thiago de siete años correteando por los pasillos.

Hay tanto que no sé de él y que él sí sabe de mí que de pronto me siento abrumada. Él sí me ha visto correr por los pasillos de mi casa, enfadarme con mi madre, abrazar a mi abuela por la espalda, pelear con mi hermano por la victoria en el Mario Kart… Thiago me conoce tan bien que da miedo. Me conoce tan bien como yo misma. En cambio, su infancia es un misterio para mí. No conozco los detalles de su vida antes de que llegara a la mía. Y me gustaría conocerlos, porque su sonrisita melancólica y su manera de quedarse mirando algunos rincones, como si allí hubiera tenido

lugar una escena para el recuerdo, me convencen de que merecería la pena escuchar sus anécdotas.

Me habría gustado que señalara el sillón orejero y dijera: «Ahí se sentaba mi padre a leer el periódico», o que me contara que los jueves la casa se inundaba de un desagradable olor a bacalao, pero Thiago no abre la boca hasta que la señora da por concluido el *tour*. Nos conduce a la puerta de entrada y se despide cariñosamente de Thiago.

A mí me dice *goodbye* con los ojos brillando por la risa.

—Tiene la casa igual —dice Thiago cuando estamos llegando al final de la calle, justo cuando se gira para admirar la fachada de lejos—. Apenas ha cambiado un par de cosas.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—¿Cómo te sientes?

La pregunta le hace gracia.

—¿A qué te refieres, princesa Dácil? ¿Quieres que hablemos de sentimientos?

—A ver, no, no sé, pero es… Yo qué sé. —De pronto me siento cohibida—. Puedes llorar si quieres, yo lo entendería.

El gesto burlón de Thiago muta a una sonrisa tierna. Me sostiene la mirada durante más rato del que puedo tolerar y al final suspira. Me pasa un brazo por los hombros, como si fuéramos amigos del alma.

—Pensaba que pasear por ahí me removería algo, pero parece que esa no es la casa que echo de menos —reconoce con tiento—. Vamos a pillar algo de comer y subimos al mirador.

Asiento con la cabeza.

¿Esa no es la casa que echa de menos? Entonces ¿echa de menos la mía? Me dan ganas de preguntárselo, de averiguar cómo se siente respecto a la familia que dejó atrás. Solo la mencionó en plena pálida, y algunas veces ha hecho alusiones discretas, pero nunca lo plantea directamente —«¿*Qué piensan de mí los Oramas*?»—, como si le tuviera un pánico atroz a la respuesta.

Ojalá fuera más valiente. Así podría decirle que mi madre llora cuando lo mencionan y que mi abuela Candelaria se pasa el día refunfuñando sobre lo flaquito que debe de haberse quedado de las cuatro tonterías que sabe hacerse de comer.

Me dejo llevar por donde me conduce, y al igual que en el *tour* matutino, despliega toda su sabiduría contándome leyendas, historias de la Segunda Guerra Mundial y anécdotas sobre hechos históricos que han tenido lugar o personajes de renombre que han pasado por las mismas calles que nosotros. Funchal es colorida, encantadora en cada rincón, pero creo que habría sido más consciente de sus virtudes como ciudad si Thiago no le hubiera estado robando el protagonismo. La brisa le agita el flequillo y se le mete en los ojos de ensueño, haciéndolos más cristalinos que nunca. Y no tiene frío, aunque haya bajado la temperatura y solo lleve una camiseta de tirantes.

Nos compramos un helado en un puesto ambulante —otra vez habla portugués— y caminamos hombro con hombro, o casi, por las calles empinadas que conducen al mirador.

Una extraña e incómoda sensación de familiaridad insiste en relajarme a su lado, en convencerme de que esto es natural, de que esto debe ser así: Thiago y yo recorriendo el mundo juntos.

¿Así sería si estuviéramos juntos… si nos lleváramos bien?

No puedo soportar la ilusión que rezuma mi cuerpo al encontrarse aquí, con él, y tengo que romper la magia antes de que me convenza de que es real.

—Deberías estar dando este paseo con Celia.

Lo siento, tenía que joder el momento. Esto es lo que soy.

—Supongo que sí —responde con calma. Luego añade—: O quizá no. Voy a dejarla.

Capítulo 15

La sublimación inversa

Dácil

El anuncio me corta la respiración. No sé ni cómo consigo seguir caminando.

—¿Qué? ¿Por qué? —Thiago me hace una caída de ojos muy significativa que me prende el corazón en llamas—. Ni se te ocurra dejarla por mí, golfo. Porque ¿quién te ha dicho a ti que, estando soltero, correría a tus brazos?

Thiago se ríe de perfil a mí, aplastando el helado con la palita transparente. Nunca he sabido por qué hace eso, por qué prefiere esperar a que se derrita y bebérselo directamente de la tarrina. Hace lo mismo con los yogures, batirlos hasta que se vuelven líquidos. No, no sé por qué lo hace, pero conozco a otro par de personas con la misma manía y, como en tantas otras cosas, cada vez que los veía aplastando el helado se me encogía el corazón. «Eso es lo que habría hecho él», pensaba sin querer.

Todos mis caminos llevaban a Thiago.

—No la dejaría por ti… y al mismo tiempo sí que la dejaría por ti —contesta con aire taciturno—. Digamos que tú has tirado de la alfombra y se ha visto que debajo hay un boquete por el que podríamos caernos. Y tranquila, sé que tú no me estarías esperando al otro lado.

Arrugo el ceño.

Algo que no he echado de menos son sus analogías.

—¿Estás diciendo que tu relación es una trampa?

—Estoy diciendo que mi relación tiene mucho de apariencia.

—¿Y qué haces con ella, si puede saberse?

—Te ha salido el tono de la abuela Candelaria. —Bromea Thiago. Parece que nada de lo que diga, o el modo en que lo diga, va a enturbiar la emoción de estar de paseo por su isla. ¿O de estar de paseo conmigo?—. No hace falta enamorarse locamente de una persona para estar con ella, ¿no te parece? Con que congeniéis y os respetéis es suficiente.

«Entonces por eso no te quedaste conmigo. Porque ni congeniamos ni nos respetamos».

Aparto ese pensamiento enseguida.

—Aún no me has respondido qué haces con ella.

—Ah, ¿me preguntas por lo que solemos hacer? Pues lo típico: cenar, ir al cine o de fiesta con amigos…

—No me refiero a eso —interrumpo con sequedad.

No sé qué habría hecho si hubiera dicho: «Joder como conejos», y sé que es perfectamente capaz de soltarlo tal cual para divertirse con mi reacción.

—¿Entonces?

Me paro en medio de la calle y espero a que él se dé cuenta y haga lo mismo. En Funchal viven unos cien mil habitantes, una cifra ridícula teniendo en cuenta que es una ciudad más bien pequeña, y parece que todos han decidido salir a pasear ahora mismo, cuando enfrento al distraído Thiago y hago la puñetera pregunta del millón.

—¿Por qué ella sí?

No tengo que ser más específica. Un destello de entendimiento hace brillar sus ojos.

Encoge un hombro con una modestia que no le va nada.

—Porque perderla no me partiría la vida en dos. Así de simple.

Trago saliva.

—No me gusta esa respuesta. Dame otra.

—Porque… —Thiago agacha la cabeza para examinarse los dedos de los pies, como si de pronto fueran interesantísimos. Tan en casa se siente que se ha puesto cholas para salir de excursión—. Porque aprendí la lección.

—¿Cómo que aprendiste la lección?

Thiago me mira a los ojos.

—Por culpa de mi miedo al compromiso perdí a toda mi familia.

Eso te hace espabilar, créeme. Pensé: «Tengo una oportunidad. Ahora lo haré mejor. Esta chica me quiere, me hace sentir cómodo, nos entendemos. Voy a aprender a ordenar y a compartir mi vida. Voy a demostrarles, aunque sea en la distancia, que puedo ser alguien de provecho. Que puedo ser bueno para Celia».

«¿Y no podrías haber pensado todo eso antes? ¿Conmigo?». Esa pregunta me lleva a la primera respuesta que me ha dado. «Porque perderla [a Celia] no me partiría la vida en dos». ¿Es que perderme a mí sí? Porque yo no lo veo partido en dos. Lo veo más compuesto y sólido que nunca.

Paso por su lado como si ya hubiera asimilado la información y no le diera mayor importancia, pero una parte de mí arde de rabia. ¿Por qué tengo que ser su consejera del amor? ¿Por qué tengo que oírlo penar, si no es mi amigo, si yo no soy una persona al margen de sus historias, sino alguien que tuvo un papel muy activo en cada una de ellas?

—Parece que Celia te hace bien —respondo sin más, retomando el paseo—. No sé por qué tendrías que dejarla.

—Porque aunque es verdad que no hace falta estar locamente enamorado de la que es tu pareja, yo sí quiero estarlo. Ahora sí, ahora que he aprendido lo que hay que aprender. Y no es justo que me quiera más de lo que yo nunca la querré.

—Siempre hay alguien más enamorado que el otro.

—Es verdad. Pero la diferencia no puede ser tan abismal.

La conversación toca a su fin cuando llegamos al mirador. Es el momento perfecto —el sol está cayendo— y, encima, es la clase de rincón secreto al que no llega cualquiera. Por lo menos no hay un exceso de turistas, tan solo una parejita haciéndose arrumacos junto a la baranda. Thiago se encarama a esta y se sienta en el borde para admirar el paisaje. Yo me quedo de pie tras la seguridad de los barrotes. Estiro la espalda doblándome como una tabla, apoyando así la barbilla en las manos que reposan sobre el pasamanos.

—Entonces Celia ha servido para que superes poco a poco tu miedo a la pérdida —comento.

—No. —Thiago me sonríe con las manos apoyadas a la espalda. Cierra los ojos y alza el rostro hacia el cielo para empaparse de la caricia del atardecer—. Lo que he aprendido es que el miedo a perder no se supera, pero puedes intentar ser más fuerte que él. He

aprendido a ser un buen novio… —Aunque no me mira, sé que siente mi miradita de «y un cuerno». Sonríe, nada satisfecho con la corrección que se ve obligado a hacer—. Lo he sido hasta ahora, te lo prometo. Ella no tiene queja de este último año. He estado pendiente de sus necesidades y he aprendido a estar cuando se me requiere. La relación ha sido bonita, pero no ha sido… emocionante.

—¿Y qué? La emoción extrema está sobrevalorada.

—Puede ser. —Hace una pausa tan larga que sé que, cuando vuelva a hablar, va a cambiar de tema—. Solía venir por aquí con mis padres, ¿sabes? Bastante a menudo, de hecho. Se convirtió en el lugar favorito de Flavia cuando la trajimos a la isla para que la conociera. Le encantaba admirar los techos naranjas desde aquí. «En Madrid no hay techos naranjas», decía. Y también adoraba lo bien que olían las especias de Lavradores. —Se le escapa una sonrisa que por poco me contagia—. Parecía un perrillo olisqueando el aire.

Vigilo su expresión con el corazón en un puño.

Si no es ahora el momento de hacer la pregunta, ¿cuándo?

—¿Sigues teniendo pesadillas?

Se toma su tiempo para contestar.

—A veces. Pero ellos ya no salen casi nunca.

—Eso es bueno, ¿no?

—Más bien es curioso. —Hace una pausa para dar un sorbito al helado y me mira con una sonrisa serena—. Antes recurría a Airam, a Jimena, incluso a Margarita cuando necesitaba hablar de mis padres. Ahora pienso en lo que me aconsejarían mis padres cuando necesito hablar de Airam, de Jimena, de Margarita y de los demás. Los problemas nuevos ponen los viejos en perspectiva. Y puede que la muerte sea definitiva, pero en cierto modo es un alivio porque yo no tuve la culpa de eso. Del resto de las pérdidas sí tuve toda la responsabilidad.

Me incorporo a la vez que cojo aire.

—Núria ha hecho un gran trabajo.

Thiago bufa una risilla desganada.

—Eso de la terapia es de las cosas más dolorosas que he hecho, pero ya ves que merece la pena. No hace milagros, claro, y después de algunas sesiones te quedas pensando qué sentido tiene todo esto, si consiste en revivir sucesos traumáticos y en mirar de frente todo

lo que te da pánico. Y, sobre todo, tienes que admitir cosas en voz alta que llevabas años bloqueando.

—¿Como qué?

—Como por qué no me maté yo. —Confiesa sin más. El tono resignado que utiliza me hace saber que ya lo ha dicho antes; ya lo ha hablado con Núria, pero aun así tiemblo por la impresión—. Flavia tenía ocho años, Dácil. Ocho putos años. A la semana siguiente del accidente era el cumpleaños de su mejor amiga, y lo celebrarían en la bolera. No podía parar de hablar de la ilusión que le hacía ponerse esos zapatos repugnantes que te prestan, con los que pareces un payaso. Le parecían superchachis, y usaba esa palabra, «superchachis». —Presiona los labios para reprimir una sonrisa llorosa—. Tres días después habría bailado con las cintas en su primera competición de gimnasia rítmica, y estoy seguro de que habría ganado. A lo mejor luego habría ido a las Olimpiadas, o a lo mejor habría perdido y habría sido una chiquilla mediocre pero feliz. O a lo mejor habría sido infeliz, pero si eres infeliz, es que estás vivo. Ella ya no tiene ni eso.

»Flavia todavía no había llegado a empezar la serie naranja de los libros de El Barco de Vapor. Le correspondía la azul, porque la naranja es a partir de los diez años. Aun así, era una niña precoz y ya se los había devorado todos. Eligió *Fray Perico y su borrico*, lo dejó en la mesilla de su cuarto para empezarlo esa noche y ya no volvió a tocarlo. Había dibujos sin terminar en su habitación, y no había estrenado todavía la falda de volantes que le regalé, y… Yo qué sé. Nunca sabrá cómo se siente que te guste alguien, nunca besará a nadie, nunca aprenderá a dividir entre dos cifras y por eso nunca se le olvidará cuando tenga treinta años, no sabrá quiénes son en realidad los Reyes Magos ni el Ratoncito Pérez, no se cogerá una cogorza por la que la regañaré y me preocuparé, ni tampoco me enfadaré con ella cuando le pille los cigarros en el cajón de los sujetadores, porque no se pondrá sujetadores, ni se pondrá ropa provocativa que me matará del susto, ni daré un discurso lloroso cuando cumpla dieciocho años y deje de ser mi niña, y no se pintará las uñas como estaba desesperada por hacer cuando fuera mayor…

Tiene que dejar de hablar porque se le corta la respiración. No soporto el silencio que se asienta entre nosotros. Esos «y si» que flotan en el aire parecen asfixiarle, y me veo impelida a alejarlos de

él con un consuelo estúpido.

—Tú también tenías muchas cosas que vivir todavía. Las sigues teniendo.

—Lo sé, lo sé. —Le tiembla el aliento y el pecho al respirar hondo—. Cuando puedo ser racional y ver lo que pasó con cierta distancia, me digo que ninguno debería haber acabado como acabó, pero tampoco es que yo lo provocara. No es que yo hubiera podido hacer nada para evitarlo. Tampoco puedo hacer nada ahora más que aprovechar mi supervivencia para ser feliz, y no como ellos hubiesen querido, sino como me merezco. Puedo decir con orgullo que he superado lo de mis padres. —Confiesa, atreviéndose a mirarme por fin. No llora, pero preferiría ver lágrimas en sus ojos que la emoción tan honda e intensa que le cambia la cara—. Los quiero con locura y los echaré de menos toda la vida, pero entiendo que ellos habían vivido experiencias maravillosas y que su pérdida es algo con lo que habría tenido que lidiar en algún momento. Es lo normal, ver morir a quienes te trajeron al mundo. Pero lo de Flavia se va a quedar conmigo para siempre porque es antinatural. Porque es una aberración que una niña se vaya del mundo sin haberlo visto.

¿Qué le respondo a eso, si tiene toda la razón? Nada. Solo lo miro, haciéndole saber que absorberé su tristeza si quiere compartirla conmigo, que lo escucharé si quiere seguir hablando y no lo presionaré si se sume en uno de sus herméticos silencios. Y cuando siento que eso no es suficiente, lo abrazo por detrás, él sobre la baranda y yo con los pies en el suelo, y apoyo la mejilla en su espalda. Noto el temblor de su cuerpo y el latido de su corazón cuando subo las manos a su pecho.

—Seguro que Flavia era maravillosa —murmuro.

—Ojalá no lo hubiera sido tanto. Ojalá hubiera sido como Veruca Salt de *Charlie y la fábrica de chocolate* o alguna cría insoportable que jamás se hubiera hecho querer. Porque era de esas niñas que se hacen querer hasta el delirio. Hay personas que son así. Las ves y ya está: ya sabes, como sabes que el sol sale por el este, que dejarías que una bala te atravesara por ellas.

Thiago entrelaza los dedos con los míos y los sostiene contra el centro de su pecho. El corazón me da un vuelco, y doy gracias a que no me está viendo, porque no sé cómo lo hago para seguir

teniéndome en pie. No necesita mirarme para saber que yo soy una niña que quiere hasta el delirio.

—Sí, Núria ha hecho un gran trabajo —continúa—. A veces parecía peor el remedio que la enfermedad, eso que lo sepas, pero todo pasa. —Me mira con gesto sereno en cuanto me separo—. O casi todo.

El corazón se me encoge con ese «casi todo». Hay algo que no se le ha pasado, y me apresuro a asociarlo a la herida abierta que representa mi hermano para no entrar en terreno pantanoso.

—No sé hasta qué punto ayudará a consolarte lo que voy a decirte: Airam te perdonará.

—Tal vez. —Se nota que no las tiene todas consigo—. Pero ¿será como antes?

—Eso no te lo puedo contestar.

Los dos devolvemos la vista al paisaje al mismo tiempo.

No me sorprende que Thiago sea melancólico por naturaleza. Ha vivido en una ciudad preciosa sobre la que el atardecer cae como un filtro de película antigua, tan cálido y al mismo tiempo evocador. Si a eso se suman sus pérdidas devastadoras, no me extraña que él conozca dimensiones del dolor y del mundo a las que yo no tengo acceso.

He sido egoísta y egocéntrica, he sido cruel. No necesito que me lo confirme Núria. La pérdida de Thiago antes de haberlo tenido siquiera me ayudó a analizar mis actitudes y condenarlas, aunque nunca más que las suyas, que siempre me parecieron imperdonables. Y ahora que habla sobre sus esfuerzos con Núria, sobre su Flavia, sobre sus padres, me doy cuenta de la enormidad inabarcable que era su pasado. En ese pasado cabían Funchal, cien mil habitantes y una hermana como hermano mío es Airam, y que si perdiera, me moriría; unos padres como la artista que es mi madre y el hombre que, aunque me abandonó, todavía se me va la vida queriendo, y hasta un accidente que quiso arrebatarle todo eso de la noche a la mañana. Pero no se los arrebató del todo, porque al quererlos los mantiene vivos y a su lado.

Que no hablara de su desgracia me convenció de que era un problema menor, un problema pequeño, una excusa para sabotearse y hacerse el triste. Pero si las consecuencias de su dolor eran tan visibles como el miedo que le veía en la cara al resurgir de las

pesadillas, o la frustración cuando una de sus chicas madrileñas lo acosaban por WhatsApp pidiendo una atención que *no podía* dar, o como esa cicatriz que, si le acaricias, le estremece, debería haber imaginado que el sufrimiento era insoportable de tan descomunal.

El sufrimiento me superaba en fuerza y tamaño, y no había nada que yo pudiera haber hecho para vencerlo y que se quedara conmigo. *Nada*. Él estaba con sus miedos y le exigían exclusividad y atención constante.

Saber eso me apacigua y también me duele a un nivel hasta ahora desconocido para mí.

Me encaramo a la baranda para sentarme a su lado. Se está liando un cigarrillo para rematar las normas del que va al mirador, normas que en su día implantó Maday: tabaco, música, quitarse los zapatos y no hablar durante diez minutos. Es un momento de abstracción que debe ser respetado.

Thiago da una larga calada. Observo cómo el humo se disuelve en el aire, permitiendo poco a poco la contemplación de Funchal. Luego se gira hacia mí. Me atrapa con una mirada que cuenta todo lo que no tiene el valor de admitir, o todo lo que ya no tendría sentido decir. Me tiene cercada porque esta es su casa, todo lo que alcanza la vista le pertenece, estamos en su territorio y no en el mío, y por eso, aun así, reúne el coraje que necesita para hacerme una confesión.

—Fue una cerdada no decirte la verdad sobre Celia. —Me dice. Y me da igual. Podría soltarme en la cara que no valgo un duro y que no merezco vivir y yo seguiría aquí sentada, mirándolo como sé que lo estoy mirando, como se mira a alguien a quien le perdonarías que te pasara a cuchillo—. Pero ¿me creerías si te dijera que la olvidé por completo mientras estuve contigo? Para pensar en ti necesito toda mi energía. No cabe nadie más, te lo aseguro.

—¿Y por qué no me lo dijiste así en ese momento? ¿Por qué luego no me acosaste a mensajes para explicarte, o te quedaste para resolver el problema en contra de los deseos de Airam? —Me he repetido tantas veces estas preguntas que salen disparadas contra él—. ¿Por qué tuviste que darme la razón?

—Porque tenía que perderte de vista. O me iba de allí cagando leches o acabaría poniendo mi vida a tus pies.

—Deja las frasecitas cursis, ¿quieres? Esto no es una novela romántica.

—¿Crees que el miedo lo inventaron las novelas románticas? —Esboza una media sonrisa burlona que le estira la cicatriz. Aquí, en Funchal, se la veo menos que nunca, como si el aire de Madeira ayudara a cicatrizarla—. El miedo lo inventó el querer.

»Siento haber aprendido a hablar con claridad tan tarde. Pero si pudiera volver atrás, te diría que sí, que eres complicada. Que sí, que tu carácter no es el de Celia. Que sí, que me vuelves la cabeza del revés y a veces no te soporto. Aun así, tu personalidad no era un problema. Tú, en el fondo, sabes cuál era el problema, y, además, te lo acabo de decir.

—No, no lo sé. Dímelo —le ordeno con impaciencia.

Thiago le da una calada al cigarrillo. Expulsa el aire muy despacio, alternando miradas rápidas a mis labios y a mis ojos.

—Que te quería, Dácil de mi vida. Que estaba loco por ti. Y los locos hacen locuras, ¿no? Como pirarse sin avisar.

No me da tiempo a asimilar su confesión de amor con carácter retroactivo, y menos mal, o habría montado en cólera.

¿Cómo que «me querías»? Tú a mí me tienes que querer ahora y mañana, ahora y el jueves, ahora y en tu lecho de muerte, porque eso es lo que voy a hacer yo, y tú me tienes que seguir.

—Ahora querer no me da miedo —continúa, despacio—. Por paradójico que suene, ver cómo se esfuma la gente a la que adoras te enseña a superarlo y a valorarlo, a darte cuenta de que debes aprovechar el tiempo. Así que… podemos ser amigos, ¿no?

—¿Amigos? —Suelto una carcajada a la que él se une enseguida—. Sí, claro. Con *pinky promise* y todo, ¿no?

Le tiendo el dedo meñique para que enganche el suyo. Thiago lo hace con los labios temblando por la sonrisa que quiere controlar. ¿O es un puchero?

Nos miramos al sellar nuestro ridículo pacto, que a lo mejor mañana se ha disuelto, pero por hoy sigue vigente y eso nos convierte en aliados. Me pego más a él sin perder el gesto amistoso, y él me pasa el brazo por los hombros como un colega. Me da un beso en la sien, otro en la coronilla, y luego se lleva el cigarrillo a los labios.

—Tú y yo vamos a pasar por todos los estados, ¿eh? Dime cuál

es el siguiente para estar preparado.

—¿La sublimación inversa? —propongo con seriedad.

Thiago rompe a reír. Cuando me mira de soslayo, los ojos le brillan.

—Ay, Dácil, Dácil. —Me estrecha contra su costado y me da un beso más en la frente. Luego añade para sí, en voz baja—: Dios bendiga y proteja a mi Dácil.

Capítulo 16

El misterioso encanto tinerfeño

Dácil

—No me lo puedo creer.

Así es como Maday interrumpe la conversación que estamos manteniendo con nuestras respectivas copas en la mano. Yo bailando al ritmo del remix que el DJ acaba de poner, y ella intentando que no se note lo incómoda que está por la falda de su disfraz, que apenas es un cinturón de cuero. Le he repetido hasta la saciedad que está hecha un pibón, como lo ha sido toda la vida, y que se lo crea un poco más. Incluso la he felicitado, porque lo más provocador que se ha puesto jamás en los carnavales de Tenerife es un pintalabios rojo que combinaba con su disfraz de payaso. Nunca le ha gustado lucir palmito, pero le he insistido en que es necesario para que mi hermano reaccione.

Al final, dos tetas tiran más que dos carretas, ¿no?

Es verdad que hubo una reacción de su parte cuando un guiri borracho le echó las manos a la cintura para ligar con ella. Y vamos que si reaccionó. Hasta tal punto que le costó una bronca del mismísimo director de crucero y casi el despido, pero como es quien es —familiar de Jaime Oramas— acabaron dándole una palmadita en el hombro y mandándolo al rincón de pensar.

El nepotismo no está nada mal cuando es uno el que se beneficia de él.

Tambaleándome por culpa del alcohol —número de copas que he pagado: cero, y todo gracias a mi increíble disfraz—, me giro en

la dirección en que Maday lleva un rato mirando con aprensión y por poco me doblo de la risa.

Mi hermano lleva una chupa de cuero sin nada debajo y se ha plantado como complementos una gargantilla *grunge* y un collar de metal con un candado de plata falsa. No sé quién le habrá ahumado los ojos ni le habrá dibujado la línea de *kohl* en el lagrimal, pero está guapísimo, y le ha dado el toque al disfraz peinándose el pelo hacia arriba como un verdadero punk.

—*Agüita* —me descojono—. Cuando te vea de Nana va a flipar.

—¡En un mal sentido! —Maday suspira, examinando su disfraz—. ¿Cómo iba yo a saber que se iba a vestir de Ren Honjō? Ni siquiera es su manga favorito. ¿Cómo se atreve, además? Si fui yo quien se lo enseñé. Como se haga el ofendido al verme así…

No termina la amenaza. Estamos hablando de Maday. Es verdad que está un poco más belicosa desde el episodio de la cámara frigorífica, pero los chihuahuas, por más que los azuces con un palo, siguen siendo demasiado canijos para mandarte al hospital de un mordisco.

—Tiene gracia que vayáis a juego…, sobre todo por la historia entre Nana y Ren. Se supone que debido a una tragedia, la parejita…

Maday alza la mano para callarme con un ademán indignado.

—No lo digas en voz alta. Todavía me duele el final de ese manga [35] .

Como si nos hubiera escuchado, mi hermano se saca el cigarrillo sin encender de la boca y levanta la mirada hacia nosotras.

La verdad es que el disfraz le va al pelo. Delgado como una caña de bambú e igual de alto, y por culpa del trabajo y, por todo el tiempo que estuvo encerrado para bordar los exámenes, también pálido como un vampiro. Ren Honjō, en definitiva, el personaje de ficción que más ha obsesionado a Maday desde Cardan Greenbriar, el príncipe cruel de… sí, *El príncipe cruel*, novela que me tuve que tragar para «conocer al novio de mi mejor amiga».

Maday aguanta la respiración mientras él la inspecciona con gesto distante. Parece que su enfado va remitiendo, porque sacude la cabeza, incrédulo, y se le escapa una sonrisilla de resignación. Sale del salón inmediatamente después, seguro que a fumarse el cigarro que no le dejan prender dentro. O a lo mejor no lo va a

encender nunca y solo forma parte de su atrezo. Ren era un viciado a las drogas, como, insisto, todos los personajes de ficción que le gustan a Maday.

—Voy a ponerme otro disfraz —anuncia con una solemnidad exagerada.

—¿Qué disfraz? ¿Es que te has traído otro?

—No, pero cojo una sábana, le hago dos agujeros y ya estoy lista.

—Pues espero que uno de los agujeros vaya por donde salen los bebés.

—¡*Chos*, Da!

—¿Qué? Airam se ha reído. Hoy parece receptivo.

—No todo en la vida es follar —rezonga, mirándome con algo similar al rencor—. Por ahora, prefiero que me perdone y al menos me dé las buenas noches.

—Mejor que haga que tus noches sean buenas a que solo te las desee, ¿no te parece? Y follar es una manera de pasarlo bien.

—¿Te estás repitiendo eso porque has quedado hoy con Roberto?

—Puede ser. ¿Sigues queriendo ir a ponerte una sábana blanca? Porque en ese caso dejarías de ir de Nana, pero te estarías vistiendo de Ren; un Ren posterior a aquello que pasa cuando…

—¡Cállate! —se queja—. ¿No ves que me hace daño?

—Maday, tienes que asomarte al mundo real de vez en cuando. —Le doy una palmadita en la espalda.

—No me da la gana. —Se cruza de brazos—. El mundo real es demasiado cruel.

—¿Y lo que le pasa a Ren no es cruel?

Maday me advierte con una mirada fulminante que está a punto de doblarme de la risa.

—¡Chicas! —exclama una voz conocida a nuestra espalda—. ¡Estáis estupendas!

Maday enseguida corresponde a Celia con una sonrisa apreciativa. Yo todavía me giro con miedo a que se haya plantado un disfraz de buenorra superior al mío, aunque nadie pueda superar el *look* de Christina Aguilera en el videoclip de *Dirrty*. Celia debe de haber pensado lo mismo, porque se queda sin palabras al mirarme de arriba abajo.

Ella no está mal de Harley Quinn, pero es un disfraz que está muy visto.

Dácil 1, Celia 0.

—Justo iba a cambiarme. —Se disculpa Maday—. Ha habido un pequeño problema de… logística.

Pongo los ojos en blanco.

Entiendo perfectamente por qué mi hermano se desesperó con ella. Si el hombre de mis sueños se hubiera peleado con un baboso para defender mi integridad, lo habría premiado persiguiéndolo hasta su dormitorio. Y aquí está ella, que le dio un torpe abrazo de agradecimiento y luego lo dejó en paz para «no molestar» cuando en la frente de mi hermano hay un cartel de neón con un MOLÉSTAME como la copa de un pino.

—Es una lástima —dice Celia—. Te sienta bien el estilo gótico.

Ah, Dios. Siempre tan amable. ¿Por qué no puede ser un mal bicho al que detestar sin remordimientos? ¿Por qué no puede ser cruel y vengativa, una Blair Waldorf o una Regina George? Me dan ganas de sacudirla por los hombros y decirle que no dejo de tramar estrategias para levantarle al novio, y que aunque esas estrategias acaben en saco roto, porque no se me ocurriría hacerle daño a conciencia —ya se lo hice indirectamente y tuve suficiente—, siguen teniendo como objetivo dejarla soltera.

¿Es que no me lo ve en la cara? Debo llevarlo escrito.

SOY UN FRAUDE. SOY UNA MALA PERSONA.

QUIERO LO QUE NO TENGO.

—Estás guapísima —me repite en cuanto Maday se marcha—. No podrías haber elegido un disfraz que te quedara mejor con las trenzas. ¿Cómo has conseguido ponerlas blancas? —Pasa los dedos por una de ellas, curiosa—. ¿Es un espray del que se va con un lavado?

—Ajá. —Me quedo un momento en silencio, incómoda. Obligada a poner mi mejor cara, le ofrezco una sonrisa y le hago un gesto—. ¿Nos echamos un baile? Ya ves que mi mejor amiga me ha abandonado para ponerse una sábana en la cabeza.

Celia ni se lo piensa. Se agarra a mi mano y deja que la guíe al corazón de la masa de gente que baila en una nube de sudor.

El DJ de hoy es un verdadero maestro: me ha hecho caso todas y cada una de las veces que le he pedido una canción —supongo que

el disfraz hace maravillas, y también que vea que me lo paso bien bailoteando de acá para allá sin ninguna vergüenza— y tiene un gusto especial por el reguetón antiguo. Celia y yo empezamos a bailar como unas descosidas —lo que tiene ir como cubas—: una vueltecita por aquí, otra vueltecita por allá, meneo de cadera; le silbo, me silba, me anima a bajar hasta el suelo, la vitoreo con palmadas y me encargo de mantener a raya a los babosos. Solo me acuerdo de con quién estoy cuando ponen *Me niegas* y la letra se me mete en la cabeza:

Que no te dio lo que te di, y a pesar del tiempo
no puedes vivir sin mí.
No sé por qué tú me niegas,
si yo sé que tú me prefieres.

¿Sabrá que he pasado todo el día con Thiago, intimando a un nivel emocional que me hace sentir incluso más culpable que si nos hubiéramos acostado? ¿Sabrá que su novio estaba pensando esta mañana en dejarla? ¿Soy una estúpida por haberlo creído, cuando lo más probable es que se haya tirado un farol para volver a tenerme a sus pies?

¿En serio cree que podría tenerme a sus pies? Si me acerco a él, es porque está triste y mi impulso natural es consolarlo. Pero si no está triste, no pienso pegarme si no es para quemarle las cejas.

«No te lo crees ni tú».

—¡Eres increíble! —exclama Celia, entusiasmada y totalmente ajena a mi incomodidad.

¿*O no*?

Se me queda mirando y su sonrisa se torna algo extraña. Seguimos bailando juntas, o bailándole la una a la otra, pero la atmósfera ha cambiado de repente y no sé si es porque las dos andamos demasiado borrachas para fingir que Thiago no está entre nosotras o qué.

Yo estoy dispuesta a decírselo ahora.

«Celia, mi niña, vida mía, mi amor, *coração*… En cualquier otra circunstancia habría acogido tu amistad con los brazos abiertos, te habría sentado a mi mesa y te habría convertido en mi dama de honor, pero la realidad es la que es: tu novio insiste en quedarse a vivir en mi cabeza, y eso lo veo como un conflicto de intereses».

No soy tan moderna como quiero parecer, ¿vale? Ni tan comprensiva, tía maja y abierta de mente como desearía. Apuesto a que ella lo es menos todavía. Debe de estar ardida porque he aparecido, por el modo en que Thiago y yo nos relacionamos, por la historia previa que nos une. Y si le es indiferente, o Thiago no le importa tanto, o no se da cuenta de nada, o es que es un jodido cíborg.

—Oye, Celia. Siento que no eres del todo sincera conmigo. —Le suelto sin rodeos.

La música no le permite escucharme. Se acerca un poco más, moviendo los hombros y los brazos por encima de la cabeza.

—¿Qué?

—¡Que siento que no eres del todo sincera conmigo!

—¡¿Por qué dices eso?!

—¡Porque la situación es muy rara! ¡Ya sabes a lo que me refiero! —Señalo con los dedos la distancia que nos separa; a ella, a mí.

Celia se muerde el labio. Es difícil saberlo porque las luces oscurecen los contornos de su rostro, pero juraría que se ha ruborizado, avergonzada por haberla descubierto.

—¡¿Tú también te has dado cuenta?! ¡Me estaba esforzando para que no fuera muy evidente! ¡No quiero hacerle daño a nadie! ¡Ni mucho menos a Thiago, que sé que siente debilidad por ti!

Su respuesta me deja patidifusa.

Pues claro. ¿Cómo no lo he visto antes? Celia es cariñosa conmigo para que Thiago pueda estar tranquilo. Para que su relación no se resienta por culpa de los celos. Debí imaginarlo a partir de ese inquietante «me senté a esperar el tiempo suficiente» que me anunció, resignada, el día que la conocí. Es una frase que me causa conflictos internos y desde entonces se ha quedado a vivir conmigo. Todas. Las. Malditas. Noches. Hace que me pregunte, y con más frecuencia de la cuenta, si no debería haber hecho yo lo mismo con el *português*. Ser paciente, empática, comprensiva, hasta que quisiera algo serio conmigo; hacerle psicología en lugar de brujería. Siempre acabo resolviendo que no, porque ese no es mi estilo ni mi personalidad, pero me doy cuenta de que yo, al igual que Celia, también he guardado vanas esperanzas. Aunque no me senté a esperarlo, es cierto que llevaba un año huyendo hacia

delante con la ilusión de reencontrarme con él por casualidad en un futuro que nos dejara ser.

No soy mucho más *mujerfuerteindependiente* que ella. Solo me las doy de eso.

Celia ha debido de ver el pensamiento reflejado en mi cara. Me mira a los ojos, feliz de que nos encontremos en el mismo punto y estemos hablando claro.

Al menos no se lo ha tomado mal.

—¡Thiago no tiene por qué enterarse! —contesto al fin—. ¡Podemos actuar con normalidad delante de él, ya sabes, mínima educación y ya está!

—¡No sé! ¡Me da mucha cosa! —Se queda un momento pensativa. La mano que tenía puesta sobre mi hombro se enreda en mis trenzas, no sé si adrede o a propósito, porque todavía tarda un rato en retirarla—. ¿No es mejor que rompa con él?

Esa posibilidad hace que me brinque el corazón.

—¿Por qué ibas a romper con él?

—¡Estoy un poco confusa!

—¿Por lo mío?

—¡Sí! ¡No sé qué me pasa! ¡Nunca he sentido algo tan… extraño… y fuerte!

Abro la boca para replicar que es normal, que el monstruo de los ojos verdes nos convierte en bestias y nos transforma hasta que no nos reconocemos. Pero ella no me da pie a contestar.

De buenas a primeras, sus labios están tocando los míos.

Pongo los ojos como platos, y voy a separarme por si acaso se hubiera… tropezado, o qué sé yo, pero entonces noto con toda claridad la humedad de su lengua y me quedo inmóvil.

¿Qué cojones?

Entonces sí retrocedo un paso, aturdida, y la miro nadando en la confusión.

Pero ¿cuánto alcohol ha consumido esta chica?

Celia también arruga el ceño, aunque con preocupación.

—¿He hecho algo mal?

—Hombre, tú verás. —Pestañeo, perpleja—. ¿Por qué me has besado?

—¡No sé, pero por mí podéis hacerlo otra vez! —salta un desconocido.

Lo fulmino con la mirada.

—Tú cállate, puto pajillero. ¿Celia?

La inquietud de haberme incomodado se convierte en nerviosismo al comprobar, tras verme la cara de pasmo, que no me ha parecido un movimiento estratégico ni tampoco lo estaba esperando con fervor.

Celia se pasa la mano por una de las coletas, la que se ha teñido de rosa con espray, y se humedece los labios.

—Pensaba que antes hablábamos de lo mismo, pensaba que… —Traga saliva. Me mira a los ojos con espanto, y quizá también con una pizca de esperanza—. Me… gustas, Dácil.

—¿Qué?

Los signos de interrogación no se escuchan. Es más bien un «qué» seco y sin voz.

—Es una locura, lo sé. —Se frota la mejilla, extendiéndose el intenso colorete rojo de arlequín que se había pintado—. Cuando te vi, me caíste bien de inmediato y solo pensaba en acercarme a ti, en hablar contigo, en gustarte como persona y… Los primeros días me convencí de que era normal, de que solo me atrae tu personalidad avasalladora, eso de que vayas pisando fuerte, pero ayer, cuando bailaste para mí, me… —Se ruboriza, y esta vez es visible porque han agregado luces blancas parpadeantes a los efectos especiales de la discoteca—. Qué vergüenza, lo siento. Nunca me he sentido atraída por ninguna chica, esto es nuevo para mí y… ¿Te he hecho sentir incómoda?

¿Que le gusto? Pero ¿qué coño está pasando aquí?

—No, tranquila, si ha sido un beso muy… bonito. —Tuerzo la boca para mis adentros. *¿Bonito? ¿Qué?*—. Es solo que… Bueno, Celia, la verdad es que me pones en un brete. —*¿Qué otra cosa corresponde decir*?—. Eres guapísima y todo eso, pero… me pillas en una etapa más de tíos, ¿sabes? Algunos bisexuales vamos un poco así, por épocas.

—No, ya, claro…

La veo frotarse el hombro, cohibida, y de pronto siento lástima por ella. La he sentido unas cuantas veces, pero esta es diferente, porque parece vulnerable. ¿Cómo no me he dado cuenta? Las miraditas constantes, lo mucho que se acerca a mí, el hecho de que me busque por todas partes para quedarse conmigo, la atención que

pone cuando hablo… Es como si estuviera hechizada y no tuviera ojos para nada más cuando yo estoy en la sala.

«¿Cómo querías darte cuenta? Tú eras víctima de tu propio hechizo», me reprende la molesta vocecita de la conciencia. «Estabas demasiado ocupada vigilando al causante de tu obsesión».

—¿Y qué pasa con Thiago? —me oigo preguntar.

—No lo sé, porque desde que te conocí no nos hemos acostado ni nada, ni yo siento ganas, y, de hecho, el otro día soñé contigo, y creo que él me notó rara, antes del *cabaret*, y… Dios. —Se cubre la cara con las manos—. Qué vergüenza. Lo siento. Debes de pensar que soy ridícula. Es que estoy un poco borracha. Si no lo estuviera, me callaría. Me habría callado desde el principio. Y no habría intentado nada.

—No te preocupes, mi niña, si todos hemos estado ahí. Es que me has pillado con la guardia baja. —Me río un poco, esperando que se tranquilice—. Me imaginaba antes a Thiago metiéndome boca que tú.

Agüita con el comentario, Dácil. Deberías cerrar el pico de vez en cuando.

Por suerte, no se lo toma a mal. Está tan desconcertada por su propio comportamiento que no puede pensar en nada más.

—Si por eso empezó todo, creo yo. —Confiesa, mirándose las puntas de los zapatos con aire pensativo—. Me propuse vigilarte y fijarme en cada uno de tus gestos, y te miraba cada dos por tres para descubrir qué es lo que tienes que hizo que Thiago se volviera loco contigo, y supongo que… que lo encontré. Que di con el misterioso encanto tinerfeño.

Y me dirige una mirada con la que no cabe la menor duda. Le gusto *en serio*. No es coña. No se está burlando de mí ni se está vengando porque lleve cinco días rogándole al ser supremo que Thiago vuelva arrastrándose a mí.

—Yo…

—No sientes lo mismo. Ya. Me lo imaginaba. Solo… —Se ahueca el pelo, incómoda—. ¿Puedes no contárselo a Thiago? Me gustaría ser yo la que se lo dijera y decidir juntos lo que hacer con la relación.

—Sí, claro, por supuesto.

Le dedico una sonrisa un tanto perturbada y sacudo la mano

para restarle importancia a un asunto que, en realidad, sí la tiene. Tiene importancia. Tiene una importancia gubernamental. Pero si no me muevo no es porque quede algo más que resolver, sino porque, por algún motivo, me sentiría una persona lamentable si le diera la espalda ahora mismo.

Por eso me retiro haciendo el *moonwalk* y con una excusa poco creíble:

—Voy a pillar algo de beber, ¿vale? Ahora vuelvo.

Capítulo 17

A monster is born

Dácil

No voy a volver.

Dadas las circunstancias, no se me puede pedir más, ¿vale? Ni tampoco me puede pedir que me quede callada. Desde que ha insinuado que está planteándose dejar a Thiago, mi cabeza ha desconectado. Y no es que planee ir corriendo a sus brazos y rogarle que me haga suya. Ni siquiera sé si voy a contárselo. Solo necesito huir. Tomar un poco el aire. Quizá encontrarme con Maday y ponerla al día de las últimas noticias. O arrojarme al agua y volver a Tenerife nadando si hace falta. El barco se me está quedando pequeño con eso de que todos los madrileños a bordo quieran meterme en su cuarto.

No voy a decir que empiece a cobrar sentido el comportamiento que Celia ha tenido conmigo. Yo pensaba que simplemente estaba siendo simpática. Aunque, si soy sincera, cada vez que una chica ha intentado ligar conmigo, he interpretado que solo le caía bien y pretendía hacerse mi amiga. Nada más. Suelo asumir que las mujeres me quieren como colega y que lo único que los hombres esperan de mí es que me baje las bragas, y claro, entre blancos y negros hay unos cuantos grises.

La escasa iluminación del salón de fiestas no me ayuda en mi propósito de localizar a Maday. Ni a mi hermano. Espero que sea porque están juntitos haciendo realidad las fantasías *cosplay* de mi

mejor amiga.

Ante la incapacidad de llevar a cabo mi primer plan, que no es otro que solicitar el consejo de la persona más sabia que conozco, busco el baño para echarme agua en la cara. Y ahí es donde me encuentro de frente con la persona de la que me han pedido que me aleje.

Me quedo helada al ver a Thiago de pie frente al lavabo, revisando Instagram sin mucho interés. Parece que se ha encerrado ahí para no tener que rendir cuentas al mundo. Asumo que la gorrilla y el bastón que reposan sobre el lavabo son suyos: los elementos que le dan el toque definitivo a su disfraz de Thomas Shelby. No soy muy fan de *Peaky Blinders* ni del vestuario de los felices años veinte, pero la camisa remangada por los codos y el chaleco ceñido al pecho le dan un toque elegante que contrasta de forma muy atractiva con los tatuajes y el corte de pelo.

«¿Puedes no contárselo a Thiago?», me ha pedido Celia.

Puedo no contárselo, efectivamente. Pero siento curiosidad. Si no se lo digo yo, me perderé la verdad encerrada en su reacción. Le daré la posibilidad de mentirme cuando mañana venga a explicarme lo que ha pasado, porque no dudo que Celia se sincerará ni que él acudirá a mí para desahogarse. Thiago confía en mí para guardar sus secretos íntimos, y no me sorprende porque nunca he hecho nada que indique que no soy de fiar. Jamás he aireado sus trapitos sucios.

Pero yo no confío en él, y darme cuenta de eso me trastoca.

Me pregunto si lo del beso le dolerá o si le dará igual. Se supone que él también quiere dejarlo. Aunque a lo mejor era un farol.

A lo mejor…

Thiago alza la vista y se sorprende al verme como un pasmarote en medio del baño.

—¿Qué pasa, Da?

—¿Qué va a pasar? No ha pasado nada. Nada de nada. Nanay del Paraguay.

Él me observa, expectante. Primero barre con la mirada mi disfraz, desde el top estilo biquini hasta los zapatos, y cuando se ha humedecido los labios, está listo para prestarme atención. Guarda el móvil muy despacio en el bolsillo del pantalón y se gira hacia mí a cámara lenta, pero no se mueve ni un milímetro, como si no se fiara

de su autocontrol.

—¿Nanay del Paraguay? —repite con una sombra de sonrisa irónica—. Venga, desembucha. ¿Airam y Maday se han reconciliado?

—No.

—¿Entonces?

—Celia me ha besado.

Thiago pestañea una sola vez. No parece que me haya oído. De hecho, no parece que quiera oírme. Para comunicarse conmigo le basta con mirarme prácticamente sin parpadear, con revisar los tirantes del top y mi ombligo y mis hombros como si fuera el modisto y quisiera asegurarse de que no hay ni un descosido.

—¿Me has oído?

—¿Hum?

—Celia me ha besado —repito, más alto.

Solo entonces clava sus ojos en los míos, y le cuesta tanto despegar la mirada de mis piernas para subirla a donde corresponde que casi se oye el sonido de un velcro.

—¿Que te ha besado? ¿En qué sentido?

—¿Cómo que en qué sentido? En el sentido sexual. En el sentido de meterme la lengua. En el sentido de que te ha puesto los tochos… o lo ha intentado, porque, la verdad… —Alzo las manos—. Mira, no quiero ofenderte, tu novia es bastante guapa, pero no me gusta.

No sé qué esperaba que hiciera, pero sí sé lo que no habría visto venir jamás: justo lo que hace. En lugar de preguntar qué, cómo, cuándo, el motivo y mi reacción, Thiago cierra los ojos un momento y toda la tensión que empezaba a agolparse en su rostro desaparece.

—Gracias a Dios —jadea, aliviado.

No me da tiempo a esconderme, abofetearlo o lo que se haga en estas situaciones. Salva el espacio que nos separa de un par de zancadas, envuelve mis mejillas con las manos y me besa con los labios entreabiertos y la respiración suspendida.

Primero me quedo en blanco. Inmediatamente después, suspiro, aliviada, y lo beso de vuelta con un nudo de ansiedad en el pecho.

Si los besos alivian la presión del pecho, si son un eficaz desahogo de amor; si uno queda relajado al saberse deseado en la misma medida en que desea y mucho más que satisfecho al atender

sus necesidades sexuales, ¿por qué el contacto con él siempre me exige más? ¿Por qué me desquicia el doble? ¿Por qué me quedo a merced del desamparo cuando se detiene y nunca nunca tengo suficiente?

Me separo, tambaleante, y busco su mirada. Tiene los ojos cerrados y cabecea en mi dirección, tratando de reencontrarse con mis labios otra vez. Su nariz le hace cosquillas a la mía. Manchas de mi pintalabios tiñen su boca y su barbilla.

—¿N-no vas a preguntar n-nada? —tartamudeo.

—No.

—¿Por…? ¿Por qué…? —Jadeo al sentir el roce húmedo de su lengua muy cerca del lóbulo de la oreja. Las cosquillas me ponen la piel de gallina y no me queda otro remedio que interrumpirme para gemir débilmente—. Thiago… ¿Qué haces? *—No, más bien qué hago yo agarrándome a sus tirantes como si me fuera la vida en ello—*. ¡Escucha! Celia… Celia sigue siendo tu novia.

Él no se detiene. Sus labios siguen recorriendo mi cuello y mis hombros con ansiedad, como si alguien hubiera activado una cuenta regresiva y no tuviera apenas tiempo para cubrirme con todo el amor que tiene dentro. Me transmite e incluso me contagia esa desesperación de tal manera que enmudezco; de veras *siento* que se morirá si lo detengo.

—¿Quieres que vaya ahora mismo a dejarla? —gruñe con voz gutural.

—¿Y hacerle pensar que es por su culpa y no porque tú eres un golfo y quieres toquetearme sin sentirte culpable?

Se me atraganta el segundo insulto cuando me cubre las bragas con la mano y empieza a acariciarme. Me clava una mirada vidriosa que casi borra de un plumazo mis preocupaciones.

—Te ha besado, ¿no? Entonces, los dos somos unos golfos, no solo yo.

—¿Va en serio? —jadeo, incrédula—. ¿Jugarías la carta de «tú la besaste primero»?

—Y yo qué sé. —Bufa, contrariado—. No me pidas que sea racional ahora mismo. No puedo pensar.

—¡Pues haz un esfuerzo!

—Dácil, si me muevo de aquí, es para decirle que esta noche soy libre. —Me aclara en tono de advertencia—. No voy a enzarzarme

en explicaciones que me quiten tiempo contigo.

—¿Que te quiten…? —Entonces recobro el juicio, y solo gracias a que se ha separado un segundo para darme una explicación. Alzo las manos para intentar alejarlo—. No, no, no, no… No podemos hacer esto, Thiago. Tienes que parar.

Él se detiene con la mandíbula apretada, tal vez intentando contener un gemido de frustración. La rapidez con la que suelta mi cintura me deja momentáneamente aturdida y se me escapa un balbuceo:

—¿Por qué paras?

Thiago arruga el ceño al recolocarse los pantalones. Una ojeada me basta para saber que contienen material muy dañado. Y por mi culpa.

—Porque me lo has pedido —contesta, como si me faltara una agüita.

—¿Y ya está?

—¿Cómo que «ya está»?

No sé cuál de los dos flipa más en este momento.

—¿No te molesta que te diga que pares?

—Claro que me molesta. Tengo la polla como un Toblerone. —Se me escapa una risotada que él se toma medio bien y medio mal—. ¿Te hace mucha gracia, princesa? Porque puedo sobrevivir. Esto lleva así desde que te he visto de lejos con ese disfraz. Me he tenido que ocultar en el baño porque voy un poco borracho y, si nos cruzábamos, iba a hacer una tontería. Qué coño, una tontería —se corrige, mordiéndose el labio inferior—, iba a hacer una detrás de otra.

Su confesión me pone el vello de punta.

—Si tanto quieres quitarme el disfraz —entorno los ojos, retándolo—, ¿por qué no insistes?

Se me ha escapado una nota de decepción.

Él enarca una ceja.

—¿Es que quieres que te insista?

—Tal vez.

—«Tal vez» no es un sí.

—Pues puede.

—«Puede» tampoco es un sí.

—No voy a decirte que sí. Me sentiría culpable.

—Pues yo no voy a forzarte.

—Vaya, ya veo que tampoco vas a luchar por lo que quieres. —Me cruzo de brazos.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me pase tu voluntad por el forro, para que así puedas seguir odiándome a gusto? No te lo pondría tan fácil, princesa Dácil. —Se tira de la bragueta del pantalón, guiando mi mirada a donde no debe. Escruta mi reacción con los párpados entornados—. ¿Me quieres detestar? A partir de hoy, búscate tú las razones. Yo no te las voy a dar.

—Pero si acabas de darme una, machango. Te has liado conmigo teniendo novia.

—Mi novia se ha liado contigo antes. Yo solo reacciono en consecuencia. —Levanta las manos para quitarse de encima las culpas, y la verdad es que se le ve muy tranquilito—. Ya sabes que soy muy vengativo.

Lo dice con un tonito inocente que debería asquearme, pero solo hace que me sienta más atraída hacia él. El amor te hace romantizar cosas francamente repugnantes.

Lo siento, feministas, os he fallado.

—¿Qué soy yo aquí? ¿Una pelotita que os vais pasando entre los dos?

Su mirada se oscurece.

—No. Aparentemente eres el objeto de deseo de ambos.

—Pues ya tenéis dos cosas en común: esa y que os voy a mandar al carajo a ambos.

—Eso no te lo crees ni tú.

Me rodea la cintura con un brazo y gira conmigo para apresarme entre su cuerpo y el lavabo. Jadeo sin querer al sentir el tacto frío de la porcelana contra la espalda baja, y le devuelvo el beso con el corazón encogido. Brinca en mi pecho, borracho de ilusión o del susto de que de pronto me coja en vilo y me siente sobre la pila. Por instinto, un instinto que recuerda muy bien lo que nos gusta a los dos, le rodeo la cintura con las piernas, contoneándome contra él todo lo que me lo permite estar sentada.

Trago saliva apenas me separo, solo lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Apoyo la frente en la de él.

—Tú cuentas con ventaja porque sabes que me gusta que me

discutan.

Thiago pasa el pulgar por mi labio inferior y tira de él hacia abajo.

—Te conozco mejor que eso. De hecho, te conozco tan bien que sé que has venido a decirme lo de Celia para que te folle sin remordimientos.

—No te estaba buscando —me quejo, y soy sincera al decirlo. También lo soy, esta vez a mi pensar, al añadir en voz baja—: Pero tal vez ese fuera el objetivo de mi subconsciente.

—Pues vas a conseguir lo que quieres. No puedo más, Dácil. Voy a explotar. —Recorre mi cintura con manos ansiosas, enganchándose un segundo en el *piercing* del ombligo y otro tanto en el elástico de las bragas—. No puedes ir así por el barco sin provocar una catástrofe.

—Yo solo quiero provocar, a secas.

—Joder… —Sus labios resbalan por mi cuello—. Me vuelves loco. Si me paras ahora, me muero.

—Eso está mucho mejor como método de persuasión. —Cierro los ojos. Hiperventilando, dejo caer la cabeza hacia atrás, guiando la suya por mis hombros desnudos y mi pecho—. No nos ha durado lo de ser amigos, ¿eh?

—¿Por qué lo dices? —Me mira desde abajo con los ojos en llamas—. Somos amigos.

—¿Ah, sí?

—Esto es un polvo de amigos.

La carcajada se me atraganta al sentir de nuevo sus dedos sobre las bragas del disfraz. Él mide mi reacción con la mirada fija.

—Solo va a pasar una vez. Tengas novia o no. Una vez…

No puedo seguir con las advertencias. Una de sus manos juega a provocar sobre la línea de la braga, a hacer cosquillas en mi bajo vientre o causarme escalofríos al descender por las ingles; la otra sube muy despacio, abierta y con los dedos estirados, desde mi vientre hasta mi cuello. Dejo ir un suspiro cuando me rodea la garganta y presiona suavemente con las yemas. Su mirada eléctrica me pone la piel de gallina. Parece decir «ya veremos», y no estoy en posición de discutir, porque no puedo pensar en nada que haya deseado tanto en mis casi veintitrés años de vida. Esa mano autoritaria se queda ahí, tomándome el pulso, reteniéndome sin

ejercer ninguna fuerza; con la otra solo se baja la bragueta del pantalón, desabrocha el botón y busca entre la ropa interior. No aparto la vista de él, ni él de mí. Los dos temblamos de anticipación, aunque sabemos lo que nos espera. Los dos queremos hacerlo más despacio, estirar el momento tanto como lo permitan las ganas, pero es imposible. Me estoy derritiendo y él acabará mordiéndose la lengua si no se precipita, así que no perdemos más el tiempo. Yo adelanto las caderas culebreando, sin miedo a admitir mi debilidad por él, y él, agarrándose la erección con la mano, me llena de una única acometida. Ni siquiera tiene que quitarme nada, solo retirar un poco las bragas de falso cuero negro del disfraz.

Echo la cabeza hacia atrás para coger una bocanada de aire, pero el golpe de sus caderas me ha vaciado hasta los pulmones.

—No, mírame —murmura contra mi mejilla húmeda.

Tira de mi cuello hacia él y no se da por complacido hasta que enfoco la vista.

Todo iba bien hasta este momento. Puedo lidiar con el deseo físico, con las necesidades que exigen atención inmediata, pero mirarlo a la cara es harina de otro costal, porque entonces el capricho sexual se confabula con todo lo demás, con el «te quiero», con el «te odio», con el «aléjate de mí» y con «el nunca más me dejes», y es insoportable. Le sostengo la mirada aun así, con rabia, porque no soy ninguna cobarde. Para que sepa y vea lo que ha hecho conmigo: ha creado a un monstruo en todos los sentidos, y yo ya era una bestia de antes. Ahora soy monstruo y bestia y solo hago monstruosidades y bestialidades.

Thiago reparte besos por mi pecho y por mi cuello, por toda mi cara, como si eso pudiera aplacarme o ayudar a que le perdone que haya pasado un año entero haciendo esto con otra persona. O con muchas otras personas. Que haya hecho esto incluso antes de que yo llegara; que no me esperase para estrenarse como hizo una humilde servidora. Me duele y me quema, pero también me alivia tanto estar aquí que me sorprendo conteniendo el aliento.

¿Se puede querer a alguien tanto como para olvidarse de respirar?

—¿Estás seguro de que no quieres…? —Sus embestidas entrecortan mis intentos por hablar—. ¿No quieres ir a hablar con…?

—¿Sobre qué? —pregunta en voz baja, rozando mis labios—. No hay nada que decir.

—¿Es que no la quieres? —balbuceo entre gemidos—. ¿Es que no te duele?

—¿Te duele a ti? —me replica, deslizándose más adentro con un golpe seco de cadera. Toda yo me estremezco, y más cuando tira de la fina tela del top para posar la boca sobre un pezón.

No creo que se refiera a si me duele en un sentido emocional.

—Thiago…

—Estoy dentro de tu cuerpo. —Me recuerda, hablando contra mi piel mojada—. ¿No prefieres hablar de eso luego?

—No.

Él todavía se toma su tiempo para torturar mi pecho antes de volver a mirarme con los ojos nublados.

—Yo entiendo por qué te ha besado. Lo entiendo y lo comparto. Quizá eres tú la única que no lo comprende.

—No…

—Pues ven aquí y te lo enseñaré. —Me ordena en tono sugerente, sin despegar los labios de mi sien.

El brazo que me rodeaba por la cintura me atrae hacia él, y de pronto estoy de nuevo en tierra, temblando de la cabeza a los pies. Thiago me da la vuelta y ahí estamos los dos ante el espejo, ruborizados, despeinados, jadeantes. Él un poco más alto que yo, un poco más experimentado, un poco más seguro de todo. Me separa las piernas por detrás metiendo la rodilla y me sugiere poner las manos sobre el lavabo.

«A lo mejor quieres agarrarte a algo».

Lo siguiente que siento es cómo vuelve a llenarme, despacio, acoplando su pecho a mi espalda, acariciándome el lateral del cuello con los labios entreabiertos. Los ojos se me cierran. Lentamente, conforme él y mi cuerpo me lo piden, me dejo vencer hacia delante y me aferro a los bordes de la pila hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—Mírate. —Thiago me toma por la mandíbula y me obliga a fijarme en mi reflejo—. Seguro que así lo entiendes.

Se equivoca, porque en este estado no entiendo nada. Y no es a mí a quien admiro en el espejo. Yo ya sé que estoy roja y que me dejo llevar más de la cuenta. Sé que soy una desvergonzada y que

hago ruido. Sé por dónde me llega el pelo, de qué color tengo los ojos y cuál es mi capacidad de resistencia con cada embestida. Y sé mejor aún cómo me mira él cuando estoy desnuda y su modo de suspirar, pero de eso nunca he tenido, no tengo y jamás tendré suficiente, así que es eso en lo que me fijo: en su locura extrema, en sus movimientos cada vez más agresivos y en sus gestos cariñosos; en la faceta animal que le quita todo lo romántico que tiene, que es mucho, y lo deja a merced de lo que yo, *solo yo*, le inspiro.

Me retira el pelo de los hombros y lo sostiene en un puño cerrado, crispado. ¿Pretenderá darme ahora todos los besos que me debe de este año de silencio? Por un momento me creo que sí, porque la barba incipiente me pincha en el cuello, en los hombros, en la espalda, y noto el hierro candente de sus labios en todas partes. Sé que va a dejar un rastro rojo a su paso, sé que me encanta ahora y sé que cuando lo vea luego en el espejo no me va a hacer ninguna gracia. Pero ahora no me importa nada. No puedo pensar en que existe una chica llamada Celia a la que habrá que dar explicaciones, una chica llamada Celia que a lo mejor estaba muy borracha y no sabía lo que hacía y merece que la perdonen, que le den una segunda oportunidad. Yo soy una chica llamada Dácil y también estoy muy borracha y también sería creíble decir que no sé lo que hago, porque estar enamorado es como estar por encima del bien y el mal, y, joder, también merezco una segunda oportunidad, ¿verdad? Yo estaba antes. Yo sí que he esperado años y años a que él quisiera tomarme en serio.

Pero eso nunca lo diré en voz alta.

Sus embestidas se encargan de disolver mis pensamientos y las culpas. Solo tengo oídos para esas cosas suyas que le gusta susurrarme, y el resto de mis sentidos están enteramente puestos en su movimiento, en las manos que agarran, arañan y me retienen contra su cuerpo. Hasta que creo que me voy a desmayar, o que se me van a volcar los ojos hacia atrás, pero solo es el orgasmo, que llega con una fuerza descomunal e intenta barrerme hacia delante. Me aferro aún más al borde del lavabo entre sollozos, tratando de coger aire y resistir a los dos, tres, cuatro últimos bamboleos de cadera a los que todavía me somete antes de correrse también.

Ninguno de los dos se mueve del sitio después del derrumbe. Él hunde la cabeza en el hueco entre mi cuello y el hombro. Escucho

su respiración profunda con el alma en vilo, esperando que pase… que pase ¿qué? ¿Qué quiero que me diga? ¿Que me quiere solo a mí? ¿Que quiere estar conmigo? ¿Que este es el principio de una bonita amistad?

Thiago se separa tan despacio que parece que le duela. Yo no miro ni mi reflejo ni el suyo. Clavo la vista en el dispensador de jabón del baño, todavía hiperventilando. Los temblores no solo no remiten, sino que se acentúan, y no entiendo el motivo hasta que caigo en la cuenta de lo que acaba de ocurrir. Pero no lo asimilo. Como una autómata, me recoloco el sujetador y me aseguro de que las bragas, aunque mojadas, están en condiciones de volver a pasearse por el barco.

No sé si es porque esto no cambia nada, porque técnicamente sigue con Celia y he colaborado a ponerle los cuernos o porque ahora, *justo ahora*, asumo cuánto lo he echado de menos, pero algo parecido a una arcada me dobla en dos. Lo único que sale de mi garganta es un sollozo quebrado al que le sigue otro, y otro, y otro más, hasta que rompo a llorar sin control. Sin control y ahogándome en mis propios nervios, que de pronto son más fuertes que yo. Nunca me había sentido así. Nunca había experimentado nada parecido. Apenas reconozco el sentimiento hasta que coincido con sus ojos, con lo que sus ojos están viendo —a una tercera en discordia—, y caigo en la cuenta de que eso es la culpabilidad.

Antes de que pueda decirme algo o preguntar qué me pasa, lo esquivo con la cabeza gacha y salgo del baño a toda prisa, sin tener ni la menor idea de adónde me dirijo. Podría haberle dicho algo épico antes de desaparecer, algo como «díselo a tu novia esta vez», pero ¿con qué cara le doy yo órdenes?

Si no soy una tía sucia, por lo menos me siento como tal. Y las tías sucias no tienen derecho a poner las normas.

Capítulo 18

Más fuerte que yo

Thiago

—Nunca pensé que me alegraría que mi novia sea lesbiana.

Después de poner a Roberto al día con respecto a las últimas noticias sobre Celia, he dicho esto en voz alta en tono jocoso, porque es mejor reír que llorar. Como estamos acodados en la barra de la piscina, esperando que las chicas se espabilen y bajen para pasar un agradable segundo día turístico en Funchal, también lo oye el chico que sirve las copas.

Está claro que la práctica hace al maestro. El primer día, Airam apenas podía tenerse sobre sí mismo como para sostener una bandeja, y ahora es el rey de los cócteles.

Al oírme, me mira con el rabillo del ojo y sonríe de lado.

—Un fantasma recorre Europa. —Comenta, como si no me estuviera contestando a mí ni a nadie en particular—. Es el fantasma de la bisexualidad.

—Ya, ya sé que existe la bisexualidad. —Obviamente, no voy a desaprovechar la oportunidad de hablar con él, y menos cuando ha querido involucrarse en la conversación. Sospecho que es porque no tiene ni idea de lo que pasó con Dácil, o habría intervenido con un machete en la mano. Mejor. Así solucionaría los problemas en los que me he metido yo solito—. Pero decir que es lesbiana tiene más impacto. Hace de nuestra relación una mentira.

—¿Y por qué querrías que tu relación fuera una mentira por su parte? —Casi estallo de alegría cuando Airam replica enseguida, y

no sé en qué lugar me deja eso porque debería estar hundido en la miseria. Está pendiente de una mancha que no sale, y habla con desenfado. O eso parece hasta que me mira como si lo supiera todo—. ¿Porque también lo ha sido por la tuya?

Es jodido que las manías, los vicios y los gustos de un ser querido no se desaprendan nunca. Airam no se ha olvidado de lo que soy: un capullo con tendencia a engañarse a sí mismo por el bien de su paz mental, aun cuando esas trolas que me repito cada noche antes de irme a dormir me dejen cada vez más al límite de la locura.

Por supuesto que mi relación ha sido una mentira. Una mentira que, de tanto repetirme, he terminado aceptando como verdad.

Celia estuvo ahí para aplacar los males de mi conciencia, para acompañarme mientras mi vida volvía a estar en orden —mientras los Oramas regresaban o me tocaba afrontar su pérdida definitiva—, pero es tan solo eso: una persona que camina a mi lado y a la que le doy la mano cuando me tambaleo. Lo cual está bien. Es bonito. Es enriquecedor. Te salva de una soledad asfixiante. Pero he caminado en círculos, nunca hacia un futuro seguro, porque jamás ha sido mi verdadera intención dirigirme a ningún lado sin los Oramas.

Tampoco habría podido avanzar si hubiera querido. Celia me da la mano y se agradece el detalle. Celia tira de mí y de mis zapatos de cemento para sacarme de la casilla de salida, pero Dácil me está pisando el pescuezo y no puedo ni respirar. Dácil me abraza por la espalda y tiene las manos de hierro, y yo me dejo retener.

Su fuerza bruta me impide tener un futuro con nadie más.

—¿Y por qué te alegras? —me pregunta Roberto, que no entiende un carajo. Yo tampoco entendía un carajo hasta que simplifiqué la cuestión: el querer y el adorar, dos niveles de amor que quedan a veinte mil leguas de viaje submarino—. ¿Es que no estabas bien con ella? ¿Te la querías sacar de encima?

Airam se huele algo, porque deja a un lado el paño y apoya los codos sobre la barra para mirarme.

Está de muy buen humor. Le quedan restos del lápiz de ojos debajo del lagrimal y las cejas. Ha debido de pasar la noche despierto en una habitación distinta a la suya. Y también ha debido de ser una noche para el recuerdo.

O a lo mejor me equivoco. Uno se cree que lo sabe todo de

Airam hasta que de pronto se sale por la tangente. Por ejemplo, me pasé toda la vida creyendo que le apasionaba la Medicina y un día me miró con cara de «a ti te falta un chaparrón». Así me lo dijo: «Te falta un chaparrón», y a continuación confesó que estudiaba esa carrera para que su madre se sintiera orgullosa.

—¿Y bien? —pregunta Airam, mirándome con los ojos entornados—. ¿Te la querías sacar de encima?

No me da tiempo a contestar. Celia, Leire y Fede aparecen con las prisas de los tardones. Según el reloj, o echamos a correr para unirnos al segundo recorrido por Funchal o nos quedamos encerrados en este barco que por momentos se está convirtiendo en un cascarón. Necesito cielo abierto, aire fresco, o se me caerá el techo encima y me asfixiaré con mi propia respiración.

Celia y yo intercambiamos una mirada cansada. Ha intentado disimular las ojeras con la cantidad justa de corrector, pero hay manchas, como la vergüenza, que no se pueden tapar.

Ella también debe de estar viendo las mías.

—¿No habéis hablado aún? —me pregunta Roberto en voz baja, poniéndose en pie.

—No. Cuando volví al camarote anoche, ya estaba dormida. Tampoco lo habría hablado todo en caliente. —Y tan en caliente. *Joder, qué asco me doy*—. Necesitaba pensar, y seguro que ella también.

Celia justo se detiene delante de mí, sin tener ni idea de lo que estábamos hablando. Le sonrío sin enseñar los dientes.

—Buenos días.

Celia no me ofrece la mano con la actitud coqueta habitual. Solo me hace un gesto de aceptación con la cabeza —«vale, de acuerdo, serán buenos si tú lo dices»— y otro de «en marcha» para que bajemos juntos. En silencio, nos unimos al grupo que espera a orillas del puerto a que dé la hora. Dácil, reconocible ya de lejos, charla con los muchachos que no pueden resistirse a intentar acaparar su atención. El estómago me aprieta al verla, y más aún cuando levanta la vista y me hace cómplice de su culpabilidad: dos ojeras como dos arrobas de trigo, el rictus serio y un temblor de manos que la delata.

Puede que eso sea lo único de lo que me arrepiento. De haberla puesto nuevamente en medio, en una situación que sabía que

despreciaría.

Dácil se dirige al grupo para hacer una lista de las zonas que vamos a visitar en la mañana de hoy —esta vez ha hecho los deberes, seguramente teniendo en cuenta las recomendaciones que le di ayer por la mañana— y emprende la marcha sin mirarme una sola vez más.

Por mi bien, tampoco intento fijarme demasiado en ella. He pasado una noche en el infierno pensando en su cuerpo. El deseo infecta la memoria, dijo Olivia Laing. La mía lleva tanto tiempo ardiendo que ya no sé cómo curarla. Lo que está claro, y esto debería haberlo sabido antes de meterme de lleno en una relación, es que Celia no es el antídoto. Este veneno mío solo se contrarresta con más veneno.

Cuando llevamos un par de minutos caminando, rezagados con respecto al tumulto de turistas, Celia me aborda con un falso tono calmado. Sé que está nerviosa porque traga saliva de forma compulsiva y, aunque me mira a los ojos, no me sostiene la mirada por mucho tiempo.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé. —La miro de reojo. Me esfuerzo por no sonar como si le reprochara, y lo consigo con una sorprendente facilidad. Cómo no, si lo que ella tendrá que reprocharme es infinitamente peor—. Sé lo de Dácil.

Celia palidece y no dice nada. Por un momento solo caminamos, el uno al lado del otro, sin rozarnos siquiera los hombros. Ella mira alrededor como si le interesara empaparse de la belleza del puerto, cuando es más que evidente que solo quiere huir de mí.

Debería hacerlo, pienso. Debería haberlo hecho antes, incluso. Hace meses. Hace años. Huir sin mirar atrás y dejar a un bala perdida como yo tratando de poner en orden su vida. Pero ¿cómo voy a recriminarle que fuera buena persona y me acompañara en mi proceso terapéutico? ¿Cómo vas a culpar a alguien de quererte, por más que eso hubiera sido una idea pésima?

—Llevo unos días un poco confusa —reconoce al rato. Se nota que intenta escoger las palabras adecuadas, y se lo agradezco, porque me concede a mí el tiempo necesario para organizar mis ideas—. Cuando conocí a Dácil, pensé: «Qué chica tan especial». No me di cuenta de que ese no es el término con el que yo describo a

mis amigas, ni antes de que lo sean ni después. De que no me fijo en mis amigas como me he estado fijando en Dácil. Me ha tomado unos días aceptar que lo que siento es… atracción.

Cierra los ojos un segundo, como si fuera incapaz de aceptarlo. Siento un pinchazo de incomodidad, quizá celos, a la altura del pecho.

Celia sigue siendo la chica con la que he estado saliendo este último año. No me es indiferente que haya dejado de quererme de un día para otro y se haya obsesionado con otra persona. Incluso si puedo entender mejor que nadie la fijación por ese fenómeno natural. Pero no pienso permitir que los celos acaparen la situación y la enturbien cuando no tienen ningún derecho a hacerse con el control.

—Oye, suele pasar. —La tranquilizo, sonriéndole con tiento. Necesito que la conversación se mantenga en este nivel de asertividad, o cuando yo suelte la bomba ya estaremos revolcándonos a puñetazo limpio—. Si lo que te preocupa es que sea una chica, pues bueno, supongo que no todo el mundo tiene clara su sexualidad a los doce años. Uno lo descubre cuando lo descubre, y ya está.

Celia me censura con la mirada.

—No te hagas el psicólogo conmigo. Que me guste una chica me ha pillado por sorpresa, pero no es eso lo que me tiene preocupada. Lo que me preocupa es que mi relación se vaya al carajo porque perdí la cabeza en un momento.

El pinchazo en el pecho se hace más intenso. Hay algo en su tono, en su gesto esperanzado, que me revuelve el estómago.

No sé por qué deduje que sería Celia la que rompería conmigo esta mañana, que yo no tendría que hacer nada más que sentirlo en el alma y pasar unos días de luto antes de ir en busca de la mujer a la que ya tengo dentro. ¿Cómo me iba a dejar Celia? No me ha dejado en esos veranos que no le he contestado los mensajes o lo he hecho como «con el Ibuprofeno, cada ocho horas», como dice Leire. No me ha dejado cuando me he cerrado en mí mismo y he mirado a otro lado, o cuando la he desatendido, o las mil y una veces que le he dicho que no puedo involucrarme con nadie. Para ella siempre ha estado claro que nada es tan poderoso como la lealtad hacia mí, y la admiro y al mismo tiempo me resiento por eso.

Está claro que me precipité y que la ingenuidad me ha jugado una mala pasada.

—Besarla no estuvo bien, Thiago. Y reconozco que me sentí… Fue un subidón. —Se humedece los labios ante el recuerdo. Luego me mira con arrepentimiento—. La chica me gusta, pero a todo el mundo le gusta alguien ajeno a su pareja cuando la relación ya se ha… asentado, ¿no? Es normal que nos sintamos atraídos por otras personas. Somos humanos, somos seres sexuales y todo eso.

No me gusta por dónde está yendo esto.

¿Ella sí puede ponerse psicóloga conmigo y plantearlo desde una perspectiva clínica que deja fuera de la ecuación cualquier arranque visceral, todo sentimiento puro, como por ejemplo un arrebato sexual desenfrenado hacia una mujer que necesitas?

—Sí, claro. —Carraspeo y escondo las manos en los bolsillos, como si temiera que viera en ellas un recuerdo de la piel que toqué anoche—. Pero…

—He estado pensándolo y… —prosigue, ignorándome. Se envalentona al verme callado, interpretando mi silencio, quizá, como una buena señal—. Siento mucho lo que he hecho. Por suerte, solo fue un beso tonto, apenas un segundo, porque ella se apartó rápido y… —Baja la voz al acordarse de que Dácil anda cerca. Posa la mirada en su espalda, atormentada, y luego la retira para pedirme disculpas con carita de pena—. La cosa es que no fue para tanto, y te aseguro que no significó nada para mí. Me sentí tan mal después… La sola idea de perderte me hizo espabilar y darme cuenta de que había cometido un error.

—Pero…

—Por favor, perdóname. —Me ruega con los ojos húmedos. *No, no, no, no llores, te lo ruego*—. No se me ocurriría hacerlo de nuevo. No lo habría hecho si no hubiera llevado unas cuantas copas encima, de eso estoy segura. Porque te juro que no es valor lo que requiere poner los cuernos, sino más bien estar fuera de tus cabales. Apenas veía por dónde iba, ¿sabes? Y ella estaba ahí, y había tenido un sueño raro hacía un par de noches, esa en la que te pusiste enfermo, y…

—Celia, yo… —Carraspeo para ir preparando el terreno—. Anoche, cuando me enteré de esto, asumí que ya no estábamos juntos. Que lo nuestro se había acabado, ¿sabes?

—Y no te culpo. A mí se me habría ido la olla.

Otro pinchazo. Este sí es de culpabilidad pura y dura.

Busco a Dácil con la mirada, reclamando urgentemente una ayudita, pero está trabajando y no querrá saber nada de este tema. «Celia no es mi novia, machango. Soluciónate tus putos asuntos», me diría. Y con toda la razón.

—¿Estás segura de que no quieres explorar esto que has descubierto sobre tu… sexualidad? —tanteo.

«Thiago, maldita sea. Sé honesto. Dile que no puedes seguir con ella».

«Dile que *no quieres* seguir con ella».

Enseguida me viene a la cabeza lo que me dijo Dácil anoche, —«¿Vas a hacerle pensar que la dejas por su culpa, y no porque tú eres un golfo?»— y sé que debo desdecirme, que tengo que dar un paso adelante y aceptar los insultos que me quiera dedicar después de sincerarme. Debo expresarme con meridiana claridad, confiando en que Celia siempre ha sido comprensiva y esa noche pudimos pecar los dos. O sin confiar en nada, sin expectativas, tan solo por el deber de ser honesto.

—No, no quiero. ¿Cómo voy a tirar un año de relación por la borda, más todo ese tiempo que estuvimos que si sí, que si no, por una chica que conozco de hace unos días? Thiago, sé que ahora mismo no tengo mucha credibilidad, pero no he dejado de quererte de la noche a la mañana. Lo que hemos vivido no se borra.

«No seas un cobarde. Díselo. Ella lo entenderá. Y si no lo entiende, al menos habrás hecho lo correcto».

Tengo una defensa de la que Celia carece, si es que uno puede excusarse con coherencia y derecho cuando hace daño a un inocente: Dácil no es una chica que conozco de unos días. Dácil estaba antes de todas las cosas, antes del *Big Bang*, antes de que Eva se comiera la manzana. Dácil puso la manzana ahí y seguramente Dácil fue la que expandió el universo, la que dio una patada al suelo e hizo de Pangea los continentes que son a día de hoy. Pero no puedo decirle a Celia que ha sido un pasatiempo y que Dácil ha latido dentro de mí antes siquiera de saber que ella existía.

—Anoche yo también la… —«La cagué», iba a decir. Pero yo no me arrepiento, y eso es lo peor. No puedo decir que la cagué—. Quiero decir que yo tampoco tuve un comportamiento ejemplar.

La ansiedad que hace que se alise la blusa compulsivamente es sustituida enseguida por el recelo.

Celia me mira de hito en hito.

—¿A qué te refieres?

—Asumí que tú y yo ya no estábamos juntos a raíz de lo del beso… —Espero a que Celia asienta, pero no alargo las excusas porque son ridículas, anecdóticas. Sé, igual que ella lo sabrá al mirarme, como debería saberlo si me conoce, que habría acabado sucediendo tarde o temprano, con o sin disfraces morbosos, con o sin ella en medio—, y me acosté con Dácil.

Celia aún sigue caminando un rato más por las calles del centro de Funchal, como si la información todavía se hubiera quedado en el aire antes de llegar a su cerebro. De hacerlo, entraría como un veneno. Su paso se va ralentizando poco a poco, su mirada perdiéndose en un punto en el horizonte, hasta que se detiene por completo en plena avenida. Verla inspirar hondo me permite a mí tranquilizarme: va a ser racional, va a ser objetiva, va a ver el problema con filosofía y…

Celia abre los ojos de golpe. Ojos inyectados en sangre.

Una de esas miradas que matan cae sobre mí implacablemente.

—¡¿ESTÁS DE COÑA?!

—Eh…

—No me lo puedo creer —jadea con una mano en el pecho. Se lo palpa en busca del corazón. Tiene que latirle, porque una vena gruesa palpita en su sien—. No puede ser. No puede ser. No puede ser. No puede ser. No puede ser. No. Puede. Ser. ¿Me estás jodiendo? ¿Es verdad? No, ¿no? Te estás quedando conmigo.

Los jadeos se hacen más y más notables hasta que empieza a hiperventilar. Doy un paso hacia ella, temiendo que le dé un ataque de ansiedad y se desmaye, porque se pone de todos los colores. Blanco, rojo, azul.

Celia me sostiene la mirada esperando una confirmación que le concedo con un temeroso movimiento de cabeza. No, no me estoy quedando con ella. Supongo que me estoy quedando con Dácil. Porque me quedé con Dácil.

Observo de reojo a los muchos curiosos que se han girado para ver a Celia en plena crisis nerviosa. Uno de ellos es Roberto, que hace una mueca de dolor antes de apretar el paso para alejarse del

Super Saiyan que está a punto de tener lugar.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser, no puede ser, no puede ser —repite sin parar, emitiendo un sonido que parece el gemido de un animal herido, o los sollozos de un moribundo; una especie de estertor que me pone el corazón en un puño—. Te la has tirado. TE LAS HA TIRADO. No puede ser.

—Lo siento. —Atino a contestar.

Celia mira a todos lados, como si en los adoquines o en los tejados o en los rostros de los transeúntes estuvieran las palabras «es broma».

—Me dijiste que no tenía de lo que preocuparme —sigue balbuceando, con la mirada perdida. Más adoquines. Más tejados. Más rostros. Les pide auxilio a las chimeneas, a los artistas callejeros, a los pósters publicitarios—. Te lo pregunté con claridad: ¿debería preocuparme? Y tú me dijiste que no. Que no había futuro. Que no y que no. Que no, no, no.

—Lo sé, sé lo que dije, y te pido perdón por…

Celia clava en mí una mirada fulminante que casi me hace daño físico. De pronto ha puesto los pies en la tierra y está armándose de toda su fuerza mortal para aullar:

—Pero ¿cómo has podido?

—No es excusa, pero saber que tú…

—¡NI SE TE OCURRA COMPARARLO! —me chilla con el dedo alzado—. ¡¡NI SE TE OCURRA!! ¡Lo mío fue un beso inocente, una puta tontería de borracha, una negligencia! Pero tú… ¡Tú fuiste a por ella porque te di la excusa perfecta! ¿No es así? ¿Me lo vas a negar? ¿No fuiste a buscarla para por fin poder tirártela como llevabas deseando desde que se chocó contigo en la piscina?

Las acusaciones —todas ciertas— me dejan de piedra. Nunca he visto a Celia tan fuera de sí, y sé que es un muy mal momento para comentarlo, pero el asombro es tan grande que se me escapa un equivocado:

—Celia, cálmate. No te reconozco.

—QUE NO ME RECONOCES. —Vocifera con los ojos desorbitados. Camina hacia mí con la mano alzada, preparada para arrearme un bofetón que me mande a la cama, pero acaba crispándola en un puño y me suelta un golpe en el pecho con el canto de la mano—. ¿Cómo tienes la caradura de decirme eso? ¿Qué esperabas? ¿QUÉ

ESPERABAS, EH? ¿Que te aplaudiera? Que te dijera: «Sí, muy bien, Thiago, entiendo que lo haces porque estás muy traumatizado y no tienes autocontrol, porque te dan miedo las relaciones y las saboteas para no enfrentarte a la pérdida…». ¿ERES GILIPOLLAS?

—Parece que sí, un poco. —Comenta uno de los turistas.

No me he dado cuenta de que todos se han parado en medio de la calle para asistir a la escena, incluida Dácil. De pie y a la cabeza del grupo, inmóvil y pálida como si hubiera visto un fantasma, no aparta la mirada de Celia. Parece convencida de que va a dejar de dar vueltas a mi alrededor, no para marcar territorio, sino para delimitar el perímetro de mi tumba, y se va a dirigir a ella para darle una paliza.

Opto por la sinceridad. De perdidos, al río.

Total, la cosa no puede empeorar, ¿verdad?

—No fui a buscarla. Nos encontramos por casualidad en el baño. Pero tienes razón —acepto en tono asertivo. Me gustaría decir que Núria estaría orgullosa, pero no. Núria compartiría su opinión: soy gilipollas—. No puedo darte ninguna excusa ni disculpar lo que hice de ninguna manera porque *quise hacerlo*. Y quise hacerlo porque siento cosas por ella. Cosas que sí, que escapan a mi control.

—QUE ESCAPAN A TU CONTROL —repite con incredulidad, los ojos tan abiertos que parece que se le van a caer—. ¿NO PUEDES CONTROLAR TU POLLA, MAMÓN?

—Bueno —murmuro, carraspeando—, eso sí podría haberlo hecho.

He vuelto a ser ingenuo. Sí que puede empeorar. Celia se adelanta con la cara desfigurada por la ira, roja hasta la raíz del pelo, y me arrea un bofetón de tal calibre que detiene el tránsito de la calle y hasta hace el silencio. No pienso ni en el dolor ni en la humillación, sino en el llanto en el que rompe inmediatamente después y que prende mi voz de alarma.

—Lo he dado todo por ti. —Solloza entre hipidos—. Esperé y esperé, me forcé a ser comprensiva cuando no respondías mis mensajes, cuando no querías salir, cuando te negabas a intimar, cuando me rehuías, cuando estaba segura de que andabas por otras ciudades liándote con tías solo *porque podías*. Durante años he tratado de ser perfecta para ti, nada menos que la chica que necesitabas, y así es como me lo pagas. ¡Y ni se te ocurra volver a

mencionar el puñetero beso! ¡Tú y Dácil tenéis una historia! ¡De todas las personas que podrías haber elegido para ponerme los cuernos, ella es la peor!

Dácil encaja el comentario como una puñalada. La veo retroceder, más blanca todavía y con los ojos aguados por la acusación. Yo no me siento dueño de mi cuerpo. El alma se me ha salido del pecho y mira desde el cielo con cara rara. «No quiero participar en esto», parece querer decir.

—No te mereces la santa paciencia que he tenido contigo. Quizá ese haya sido el problema, que te lo pasé todo, te lo perdoné todo, te di a entender que conmigo todo valía, y acabé creando a un monstruo. UN MONSTRUO. ¡Buena suerte encontrando a alguien que tolere tus mierdas, Thiago Madeiros! —Me mira de arriba abajo con un asco que me estremece, porque jamás la he visto así, ni conmigo ni con nadie—. Me consuela saber que Dácil no va a ser esa persona, porque no tiene paciencia ni tiempo que perder con cabrones como tú.

Viendo su intención de dar media vuelta y largarse, doy un paso hacia delante para detenerla. Pero ¿qué le voy a decir? Celia no quiere oír que tiene razón, porque ya sabe que la tiene y lo último que le gustaría es que se lo recordaran, porque ojalá no se hubieran cumplido sus sospechas. ¿Insisto en que estoy enamorado de Dácil y es superior a mí, que mi amor es más fuerte que yo y me arrastra a cometer errores, que arrasa con lo que haya por delante, incluso si lo que hay por delante es una buena persona?

«Y una mierda», me diría, y con todo el derecho.

Nadie me arrebató el poder de decisión anoche. No me drogaron, no me apuntaron con una pistola, no me chantajearon ni sobornaron. Yo decidí voluntariamente mandarlo todo al infierno, a Celia y seguro que también la posibilidad de estar con Dácil de forma honesta, por un polvo en el baño.

—Si me… si me disculpan un momento —balbucea Dácil con un hilo de voz—, volveré en unos minutos y retomaremos el paseo. Ahora… nos tomaremos la horita de descanso en lugar de hacerlo por la tarde.

Los turistas mascullan por lo bajo un «pobre cría», «vaya tela», «no veas» y cosas por el estilo, pero en general le han tomado cariño a Dácil y no hacen comentarios perversos. Asienten con la

cabeza o incluso le dan una palmadita en la espalda cuando sortea a los transeúntes a toda prisa para alcanzar a Celia.

Sabiendo que tiene muchas papeletas para recibir una bofetada como la mía, que me ha dejado la cabeza bimbando, la retengo por el codo.

—¿Adónde vas, loca? No es el momento de hablar con ella.

—¿Y de qué es el momento? ¿De hablar contigo? —me espeta, furiosa. Se deshace de la mano con la que la he retenido y echa a andar detrás de Celia, pero consigo adelantarla antes de que el problema vaya a más.

—Dácil, para. —Levanto las manos con el fin de apaciguarla o solo bloquearle el paso—. Conozco a Celia y ahora mismo no querrá que nadie la moleste. Espera a que las cosas se calmen un poco.

—¿Y si nunca se calman? —balbucea con pavor, la vista fija en la tambaleante figura de Celia, que se va haciendo más pequeña conforme se aleja a grandes zancadas, haciendo aspavientos para sacarse las lágrimas de la cara como si estuvieran profundamente enraizadas—. Si la conocías tan bien, ¿no podrías haber previsto que esto pasaría?

—Oye, «esto» no lo hice yo solo.

Dácil me atraviesa con una mirada perdonavidas.

—Lo sé, Thiago, por eso voy a intentar arreglar mi parte, aunque sea poniéndome de rodillas. Es lo que tú —me clava el dedo en el pecho— deberías haber hecho, y no haberle dado esas respuestas patéticas. Te mereces ese bofetón y veinte más.

Evito que dé un paso adelante sujetándola por los brazos. Noto los músculos tensos bajo su piel. Esta vez tengo el cuidado de guiarla a la boca de un callejón donde da la sombra, lejos de miradas indiscretas.

—¿Qué tendría que haberle dicho, según tú, eh?

Dácil está desorientada, pero enfoca la vista para que vea con claridad cómo el dolor le aclara los iris. Si sus ojos sufren, se tornan verdes.

—¡Que te arrepientes! —exclama como si fuera corto de entendederas—. ¡Que no lo volverás a hacer! Que fue el error de tu vida, que estabas borracho como una cuba, que yo te incité a equivocarte, que ni siquiera te acuerdas bien, que no significó nada… ¡Podrías haberle dicho que soy un putón y una provocadora!

¡Lo que fuera!

—Que no significó nada —repito, levantando las cejas. Mi voz sale de la garganta con dificultad, cascada—. Querías que le mintiera a la cara, entonces. Lo siento, Dácil, pero hace tiempo que me comprometí a ser sincero.

Mi respuesta se le hace irrisoria, porque suelta una carcajada lacónica.

—¿Tan sincero como lo fuiste al decirle que no pasaría nada entre nosotros?

—No podría haberlo previsto. Al principio de este viaje creía… o *quería creer* de corazón que, aunque no estaba superado, tú no te acercarías a mí para otra cosa que no fuera destruirme.

—¿Y qué es lo que he hecho? —Se le quiebra la voz. Cae el telón, dejando atrás la rabia, y sale a escena esa pena honda que la hace gimotear como un animal herido—. Destruirte. A ti y a mí. ¡Y a ella! ¡Porque *eso* es lo que tú y yo hacemos! ¡Vamos por ahí jodiendo a los demás! —Abarca el mundo entero extendiendo los brazos—. Nos hemos permitido pasar de arruinarle el día a mi hermano con nuestras bromitas pesadas a romperle el corazón a una chica que no ha hecho nada malo. Somos lo peor, Thiago. No sé cómo puedes estar tan tranquilo.

—¿Es que me ves tranquilo? ¡No puedo ni respirar, joder! —Y se me corta el aliento antes de acabar la frase, confirmando lo dicho.

—¡Acabas de decir que le estarías mintiendo si le dijeras que no significó nada!

—¡Porque estaría mintiendo! —exploto al fin, colmada ya la paciencia—. ¡No me arrepiento! ¡No me arrepiento de nada de lo que hago contigo, y lo siento en el alma por ella, pero no hay verdad más que esa!

Ella tuerce la boca, asqueada. Yo busco su mirada desesperadamente, deseando intuir una ligera satisfacción, aunque sea morbosa, aunque sea sórdida, aunque delate cierta malicia; saber que en lo más profundo de su corazón se alegra de que yo siempre la acabe eligiendo a ella.

Pero no hay nada de eso. Está tan hundida en su propio dolor que no se ve más que negrura.

—Eres… eres lo peor.

—¿Es que tú sí te arrepientes? —Percibo la nota de alarma en

mi propia voz.

—Me arrepentí en cuanto me corrí, Thiago —me suelta. Su honestidad me arruga el corazón—. Un momento de placer a costa del sufrimiento de otra persona no merece la pena.

—No es un momento de placer. Yo…

—¿Y qué fue?

—Tal vez… una segunda oportunidad.

Los ojos de Dácil emiten un destello de esperanza, pero tan pronto como aparece, se apaga y regresa la Dácil que no quiere aceptar ninguna de las excusas que le ofrezco.

Quiere cargar con todas las culpas. *Quiere* que le duela.

Está destrozada.

—¿Tú te crees que yo me fui de allí creyendo que ibas a tocar a mi puerta para decirme que me quieres y que te mueres por estar conmigo? No habría aprendido nada de ti si me hubiera tragado ese cuento de princesas.

Se me atasca en la garganta un sincero: «Eso era justo lo que iba a hacer, pero no me ha dado tiempo».

—¿Y por qué no?

—¡Porque no se puede empezar nada bonito, bueno o sano provocándole este sufrimiento a alguien! ¡Lo que fuera que tuviéramos estaría… marcado por esto! No me puedo creer que le haya hecho tanto daño a alguien. ¿Le has visto la cara? ¿Has visto cómo lloraba? ¿Has oído ese sonido que hacía, como de… como si se estuviera muriendo? —Entra en negación sacudiendo la cabeza—. Tú eres un cabrón, pero yo no tengo ningún perdón. He visto en mi madre el dolor que causan los cuernos, y lo que es una familia rota porque una persona se queda catatónica, y, aun así, he caído. He… —Dácil sorbe por la nariz, jadeando—. Me he convertido en el mierda de mi padre, en lo que juré que jamás perdonaría. Ningún sentimiento, por romántico que sea, justifica esto. Tú y yo nunca hacemos las cosas bien, Thiago, y va siendo hora de acabarlo. No puedo más.

El corazón se me encoge como no lo ha hecho en ningún momento de la discusión. Porque sé que es sincera. Porque, por primera vez en la vida, ha tocado fondo y quiere que me entere.

—Dácil, no, por favor. —Me oigo rogar como un condenado. Busco su mirada y sus manos, pero ella agacha la cabeza y evita

tocarme levantando los brazos con aprensión, como si fuera a contagiarla de algo—. Sé que mi sentido de la oportunidad da pena, y que por respeto debería callarme y no salir a buscarte ya, pero no puedo perderte ahora. Te quiero. —Sale a borbotones, empujado por el miedo—. Te quiero con locura.

Dácil me mira horrorizada. Mi alma también sigue mirándome horrorizada desde el cielo, desde donde juzga mi comportamiento.

—Pero ¿cómo se te ocurre decirme eso ahora? —pregunta con un hilo de voz. Hace un puchero, pero no puede reprimir las lágrimas. Lágrimas como puños y del color del rímel que se deslizan por sus mejillas—. ¿Por qué *ahora*? ¿Ves cómo está todo mal? Tú y yo solo tenemos sentido cuando todo se desmorona… No, ya basta. Déjame. Suéltame. ¡No me toques!

Alzo las manos y retrocedo un paso, pero le ruego con la mirada que no se mueva de donde está. Dácil no lo hace. Seguramente no tiene fuerzas. La culpabilidad te arraiga al escenario del crimen como en una parálisis del sueño. Estás quieto en el sitio, te ves a ti mismo inmóvil, sin poder sobre tu cuerpo, obligado a repetir la escena una y otra vez.

Dácil se cubre la cara con las manos para que no vea las lágrimas. Pero las veo porque yo también las tengo.

Está llorando. Mi Dácil está llorando. Nunca la he visto llorar así. No permite que nadie la vea. Sabe dominar sus emociones como jamás he visto a nadie hacerlo. Pero ahora ha perdido el norte y no quiere que la ayude a encontrarse, quizá porque no soy la persona indicada.

Y es verdad. No lo soy.

—Tienes que pasar página. —Me dice transcurrido un rato, secándose las lágrimas a manotazos—. *Tenemos* que pasar página. Llevamos demasiada mierda encima. No hay quien nos ayude, Thiago. Los dos nos merecemos algo mejor. Tú lo has tenido y aun así elegiste sabotearlo, y yo… yo todavía tengo que encontrarlo.

Intenta escabullirse, pero una parte de mí ha entrado en negación y siente que debe hacerlo todo para retenerla, para que entre en razón. ¿El qué? Promesas. Puedo frenarla con promesas, con la verdad, pero en el fondo sé que tiene razón, que todo va mal, siempre ha ido mal. Cada paso que hemos dado hacia el otro les ha costado un buen quebradero de cabeza y un dolor insoportable a

nuestros seres queridos y a nosotros mismos.

Aun así, Dácil no se resiste cuando la abrazo por detrás para impedir que se vaya.

—Acepto mi parte de culpa. —Agrega en voz baja, fría y firme como una estalactita entre mis brazos—. Tuve mucho tiempo para pensar cuando te fuiste y me di cuenta de que nunca debí pedirte que me ayudaras a perder la virginidad. Eres la última persona a la que debería haber recurrido, solo hay que ver todo lo que pasó después para confirmarlo. Esto lo empecé yo y lo siento, pero justo por haberlo empezado, lo tengo que acabar.

Dicho esto, Dácil retira mis manos de su cuerpo con una extraña delicadeza que me descompone el estómago y me pone enfermo. Es la delicadeza de la rendición, del «como ya no tengo nada que hacer, de nada sirve la violencia». Tiembla tanto que estoy a punto de pedirle que espere a tranquilizarse para mantener la conversación con Celia, pero desaparece antes de que pueda siquiera decir su nombre.

Atontado por la precipitación de los últimos acontecimientos, me apoyo contra la pared del callejón y cierro los ojos sin la menor esperanza de asimilarlo.

Estos gritos y patadas me han devuelto irremediablemente a aquella tarde en el sótano de Dácil, cuando Airam me largó sin miramientos y más tarde Dácil me condenó con un mensaje que me sé de memoria. Todavía estoy encajando ese golpe, lo admito, y ahora viene otro. Debería darme prisa gestionando mis asuntos, o no meterme en problemas cuando no tengo fuerzas o madurez para solucionarlos.

Pero Dácil tiene razón.

No hay quien nos ayude.

Estamos imantados. Entre nosotros hay una irresistible corriente de alto voltaje. Pero también hay un laberinto de seres queridos afectados, reproches, dolores provocados al otro y autoinfligidos que no podemos sortear. Tiene que obrarse un milagro para que coincidamos, y para que coincidamos bien.

Así que supongo que lo que ahora me queda es tratar de descubrir qué es lo que soy sin Dácil. Tal vez sin ella, tal y como ha insinuado, pueda soñar con convertirme en una buena persona. En un chaval honesto e inocente, incapaz de arruinarles la vida a los

demás. Tal vez sin Dácil me convierta en un ser humano cuerdo y responsable.

Y tal vez ser bueno y estar cuerdo compense a la larga la ausencia de Dácil.

Capítulo 19

La primera piedra de la ciudad de Roma

Thiago

No me he atrevido a pisar el camarote para no coincidir con Celia. No me da miedo el reencuentro, pero me preocupa volver a alterarla como esta mañana y prefiero dejar correr las horas para que pueda gestionar el golpe.

Tendré que dar gracias porque sea una persona razonable, o a estas alturas debería temer que me hubiera tirado la maleta por la borda.

Y con toda la razón.

La noche antes de llegar a la isla de El Hierro se celebra la temática ibicenca. Aprovecho que ya esta mañana llevaba una camisa de lino blanca para no preocuparme de conseguir una prenda inferior acorde con el código de vestimenta. Total, pasearme por la sala de animación y disfrutar de otra fiesta idéntica a las demás es lo último que me apetece.

En todo caso, parecería Casper, por lo pálido y por lo fantasmón que soy.

Quizá debería estar meditando sobre lo que me espera en el futuro más cercano y no dando sorbos desganados a un vodka para huir de la realidad, pero las fuerzas solo me dan para derrumbarme sobre la barra junto a la piscina y esperar a que me lleven los demonios.

No hay ni rastro de ellos hasta que Roberto, a quien de un tiempo a esta parte considero el diablo, arrastra el taburete a mi

lado y se hace oír.

—A ver si lo que te faltaba era convertirte en un alcohólico. —Lo miro de soslayo y lo capto observándome con una mezcla de compasión y recelo—. No sé yo si tienes derecho a la autocompasión con la que has armado esta mañana, amigo.

—¿Tengo pinta de estar compadeciéndome de mí mismo? Llevo bebiendo en esta esquina desde el primer día, y entonces aún no había pasado nada.

«Mentira. Ya me había reencontrado con Dácil, así que ya había pasado todo».

En mi cabeza, al menos, todo había ocurrido ya: vi pasar la vida por delante de mis ojos después del tropiezo, y en esa vida ocurrían todas las desdichas que han tenido lugar.

Ahora no me queda otra que resignarme a la verdad menos halagadora. Todo cuanto tenía que suceder para que yo echara a Celia de la partida y retomara mis hábitos dañinos era coincidir con Dácil. De poco —o de nada— ha servido el año de rehabilitación.

—Pero no ponías esa cara de pena —replica Roberto, sacándome de mis tortuosos pensamientos.

Entre que no estoy para tonterías y que Roberto lleva tocándome las narices unos cuantos días, acabo girándome hacia él con una sonrisa de todo menos afable.

—Perdona, ¿qué cara te haría feliz que pusiera?

—Oye, relájate, que yo todavía te dirijo la palabra. Hasta Leire está cabreada contigo. Dice que debe ser cosa de los Oramas eso de salir con una chica estando obsesionado con otra.

—¿Eso ha dicho? —Miro de reojo al que está sirviendo las copas. Esta noche hay movimiento y Airam hace de camarero y de encargado de la barra. No creo que ande pegando la oreja, pero por si acaso modero el tono—. No tengo declaraciones que hacer al respecto.

—Ni yo quiero meter el dedo en la herida. —*No, claro que no, tú no quieres meterte nunca en nada, pero ¡qué sorpresa!, siempre acabas metido hasta el cuello*—. Se supone que vinimos a este crucero para pasarlo bien.

—Y el único que se lo está pasando bien eres tú.

—Podría pasármelo mejor. —Hace una pausa para intentar leer mis pensamientos. Ni siquiera noto su intenso escrutinio. Acaba

acariciando el borde de la barra con aire trágico y carraspeando—. Sobre eso… Oye, respóndeme con toda sinceridad, ¿vale? ¿A ti te molestaría que me acostara con Dácil? No significaría nada, esto es por divertirnos los dos. Me ha dicho que vaya a su camarote en veinte minutos.

Justo cuando pensaba que la cosa no podía empeorar, el corazón se me marchita un poco más.

Dácil le ha dicho que vaya a su camarote en veinte minutos.

Estupendo. Eso sí que es rapidez, Da.

—A eso lo llamo yo afán de superación —ironizo en voz baja.

No me da el alma para hablar más alto.

No sé ni de qué me sorprendo. Dácil jamás ha permitido que una pérdida le trunque la vida o trastoque su rutina. Cuando Ancor la dejó, le faltó tiempo para silenciarlo en las redes sociales, borrar sus fotos juntos y salir a la calle a beber y a olvidarlo entablando nuevas amistades. O eso fue lo que me contó Airam que le había confesado Maday, que esa misma noche le echó el brazo por la cintura a una chica de La Graciosa y con un puñado de besos tontos consiguió borrar a Ancor de su memoria. Ni que decir tiene que subió vídeos de los besitos. Solo le faltó sacarle el dedo corazón a la cámara y gritar: «¡Que te jodan, Ancor!».

Por supuesto que iba a hacer lo mismo conmigo. Todo el mundo funciona así, o al menos *finge* que funciona así. Se acuesta con otra persona por despecho, para demostrarse que la vida sigue, y a menudo se convence. Soy yo el único que, por más que intenta avanzar, acaba en el pozo de la oca o en la casilla de la muerte, y se ve obligado a empezar de nuevo. Quizá porque soy el único que tiene los dados trucados, siempre me sale el seis, seis, seis, diablo, diablo, diablo, con «d» de Dácil.

La verdad, cansa tener que escalar una y otra vez la misma montaña para nunca contemplar las vistas desde la cima. Debo ser el Sísifo más pringado del mundo.

Miro a Roberto a los ojos. Está esperando con mal disimulada impaciencia a que le conteste.

Sé que si le digo que me molesta, va a pasar de largo. Dácil no le importa tanto. Puede conseguir a otra chica en un abrir y cerrar de ojos, solo que se ha empecinado en ella porque con ella todos —y parece que todas— nos empecinamos hasta desquiciarnos los

nervios. Supongo que es la envolvente tormenta de arena a la que necesitas sobrevivir para relatarlo luego en tus memorias. Odiaría que Roberto descubriera cómo se siente el polvo en los ojos, pero el llanto de Dácil me sacude cada vez que recuerdo lo que me ha dicho esta mañana.

Si ella y yo no vamos a ningún lado, ¿por qué no voy a dejar de ser un cerdo egoísta? ¿Por qué no voy a permitir que se vaya con otro? ¿Acaso ella ha tratado de interrumpir mi vida en algún momento? Solo quería que fuese honesto con Celia, y cuando lo fui, nos dejó en paz. Me perdonó. Me dejó tan en paz, de hecho, que he tenido que perseguirla, agitando a mi manera los brazos y el capote rojo que embravece a los toros: «¡Eh, estoy aquí! ¡Hiéreme!». Porque eso le estaba pidiendo al enviarle mensajitos y cancioncitas y al invitarla a mis paseos por Funchal y haciendo esas declaraciones de amor pasado que en realidad son de amor presente, pero porque decir «te quise» es más fácil que decir «te quiero».

—Adelante. Pásatelo bien. —Le animo, y de nuevo rodeo mi copa con los dedos—. No deberías haberme pedido permiso, de todos modos. Dácil no es mía. Y si se entera de que andas pidiéndome cita con ella, como si fuera su secretario o su tutor legal, te va a partir la cara.

—Sí, la verdad es que la veo muy capaz de hacer eso. —Sonríe, divertido con la imagen mental que se le ha formado.

Me lo quedo mirando con curiosidad.

¿Ya no le molestan las locas? ¿En qué momento lo ha convencido Dácil de que es buena idea que se complique la vida con sabores tropicales? Habría jurado que Roberto daría un paso atrás en cuanto supiera dónde ha estado metida Dácil —entre Celia y yo, queriendo y sin querer—, pero parece que hasta él encuentra irresistibles ciertos problemas.

—¿Algún otro consejo? —me pregunta.

—¿De qué tipo? ¿Quieres que te cuente lo que le gusta que le hagan? —Era coña, pero Roberto se lo piensa y acaba asintiendo con la cabeza. Me río de incredulidad—. ¿En serio?

—Es una chica especial. A lo mejor le gusta algo… diferente.

Clavo la mirada al frente, donde el barman que no es Airam está rompiendo una bolsa de hielos con algo de prisa. Se le amontonan

los pedidos. Y más que se le van a amontonar cuando le pida mi decimoquinta copa, porque ya no sé ni las que llevo.

—Qué poco confías en tus habilidades, ¿no? —Vuelvo a carcajearme sin muchas ganas. Al poco rato confirmo que Roberto sigue sentado a mi lado, esperando que le ilumine—. Yo qué sé, Roberto. Deja que ella te guíe. Le gusta mandar de vez en cuando. A lo mejor la pillas en uno de esos días.

No tenía pensado seguir hablando. Me dan ganas de escupirle que lo descubra él y que a mí me deje en paz, pero yo nunca elijo la paz y llevo todo el día rogando por una oportunidad para hablar con ella. Y si no puedo hablar con ella, pues hablaré de ella. ¿De qué voy a hablar si no, mareado ya de tanto alcohol en la sangre? Será por temeridad o por cansancio, pero heme aquí, revelando los secretos que no son míos pero que los siento como tales con una añoranza que hace que me arda el pecho.

—Aunque… si le das un mordisquito entre el lóbulo de la oreja y la mandíbula, se relaja entera. Tiene el cuello muy sensible… y cosquillas detrás de las rodillas y en los muslos. Nunca he conocido a nadie que tenga cosquillas ahí. —Esto lo añado más para mí mismo—. No le digas cursilerías del estilo «cariño», «mi amor» o «mi vida». Se tensa y le cortas el rollo. Prefiere que le recuerdes que es *sexy* como el diablo y que te calles porque tienes la boca ocupada en otras cosas. Y no tiene complejos, así que podrás mirarla todo lo que quieras y más, pero es verdad que nunca ha estado del todo satisfecha con su talla de sujetador.

—¿No le gusta que le toquen las tetas?

—Al contrario. Le encanta que les prestes atención. Nunca lo ha dicho y nunca lo dirá por eso de la mujer fuerte, independiente y sin complejos, pero le da mucha seguridad que le demuestres que te gustan. Por cierto —añado, ocultando la boca detrás del cristal de la copa—, prepárate para volverte al camarote arañado, inflamado y hasta sangrando. Es muy bestia cuando quiere y le gusta dejar marca.

—Cojones —se asombra Roberto—. Es como si lo supieras todo sobre ella.

—Lo sé todo sobre ella —le confirmo sin ganas. *Y atrévete a intentar arrebatarme eso*.

Dácil quería que la ayudara a ligar con Roberto, ¿no? Esta es

una manera de hacerle saber que cuenta con mi colaboración en la sombra para ser feliz con el sujeto que se le ha metido entre ceja y ceja.

¿No querías apoyo externo? Pues toma apoyo externo. Mira, mira cómo te lo doy. Tómalo. Fóllatelo a base de bien, si al final lo ibas a hacer igualmente.

Que nos jodan a todos, a mí el primero.

La verdad es que, estando como una cuba, ni se me pasa por la cabeza que semejante revelación de intimidades a Roberto esté fuera de lugar. A fin de cuentas, esas intimidades le van a ser reveladas dentro de quince minutos. Poco misterio habrá entonces. Y yo, ¿qué voy a hacer yo? ¿Irrumpir en la habitación y separarlos con disolvente si hiciera falta? A lo mejor esto es lo que necesito. Necesito que otro la toque para odiarla y sentirla más lejana y menos mía. A lo mejor mañana la miro y el sentimiento de traición hace que no vea a Dácil, sino a una mujer que se le parece y a la que no quiero ni acercarme por si huele a arquitecto madrileño de mierda.

—Pues gracias por compartir la info conmigo, tío. —Me da una palmada en la espalda.

¿Qué le digo? ¿Suerte? ¿Ánimo? ¿Le doy mi más sentido pésame? Mejor le digo un «te acompaño en el sentimiento» cuando vuelva irrevocablemente enamorado de Dácil y, una vez rechazado, solo quiera enterrarse vivo en el desierto para intentar revivir las sensaciones que despierta la niña de las bambas. Mientras llega ese momento, observo cómo se levanta de un saltito, jactancioso, y se ahueca el cuello de la camisa en su desfile hasta la salida.

«Nunca debí pedirte que me ayudaras a perder la virginidad. Eres la última persona a la que debería haber recurrido», me ha dicho esta mañana. Y ahora que me fijo en la espalda de Roberto, en los músculos relajados a pesar de lo que se acerca, tan distintos de los míos, crispados y sin oxígeno, la noche que la invité a El Balito para cantarle *No puedo vivir sin ti*, he de reconocer que tiene razón. Nunca debió pedírmelo a mí. Debería haber recurrido a alguien como Roberto. Alguien que no se lo tomara a pecho. Que no tuviera miedo. Alguien que no fuera a dejarse allí la puta alma ardiendo.

—Chacho… Yo no sé qué carajos haces aquí sentado.

Levanto la cabeza y me topo con la ceja enarcada de Airam.

—Descansar las piernas —improviso entre dientes. *Que no me toque las palmas, que ahora mismo no me reconozco*—. He andado mucho hoy.

—Pues parece que no lo has hecho en la dirección correcta.

Vaya, Airam se ha levantado inspirado.

—¿Y cuál es la dirección correcta? —le espeto enrabietado. Así como debería haberle espetado enrabietado a Roberto: «Como la toques, te mato»—. Ilumíname, oh, *sensei*… Espera, ya sé: el tablón pirata, ¿no? Maniatado y a punto de ser devorado por los monstruos marinos. Por ahí sí te gustaría que caminara.

Airam pone los ojos en blanco. Interpreto su desaparición en el interior de la caseta como que no tiene nada más que hablar conmigo, pero reaparece enseguida a mi lado sacando el tabaco de liar del bolsillo.

Señala con la barbilla el caminito que conduce a cubierta.

—Vamos afuera a fumar.

No se me ocurriría rechazarlo. Es la primera vez que se dirige a mí en un tono más o menos amable y me invita a hacerle compañía a él en lugar de al diablo.

Lo sigo sumido en un silencio fúnebre, y no porque no tenga nada que contarle, sino porque no me siento en el derecho de molestarlo con mis estupideces. «Mis estupideces», además, han tocado a su fin. Roberto ya se ha pirado en busca de su noche de ensueño, y Dácil ya no está, así que yo tampoco estoy. Mencionándolas estaría haciendo leña del árbol caído y hablando de fantasmas.

En cubierta solo hay una pareja fundida en un abrazo romántico. La fiesta ibicenca, la música salsera, los camarotes para echar un polvo, la comida… todo eso está dentro, y no aquí, donde hace un fresco sorprendente y las vistas te las tienes que imaginar. Las luces del crucero apenas iluminan el vasto océano, pero por extraño que parezca, apoyarme en la baranda y asomarme por donde Jack abrazó a Rose me llena de una paz inusitada. Solo se intuye el agua gracias al rumor del océano y huele a sal marina. Pronto también huele al cigarrillo que Airam acaba de prender.

Me lo esperaba todo. Me esperaba que me soltara: «Lo que has hecho no tiene nombre», o que empezara a llamarme «cabrón» e

«hijo de puta» por lo mismo por lo que me llamó así la última vez. Incluso que me levantara por las piernas y me arrojara por la borda. Pero Airam solo me mira, impertérrito, y pregunta:

—¿Por qué no me dijiste que estabas enamorado de mi hermana?

Ni siquiera tengo que pensarme la respuesta o tratar de ser lo más correcto posible. La verdad sobre Dácil siempre ha estado dentro de mí. Simplemente no me daba la puta gana de sacarla.

—Porque tu hermana me daba miedo.

Airam suelta una carcajada que me ayuda a relajarme.

—¿Mi hermana te daba miedo? —Sus cejitas combadas componen una mueca socarrona—. ¿Y yo no?

—No. —Encojo un hombro—. Yo por tu hermana me peleo con quien haga falta, incluso contigo. Solo hay una excepción con la que no uso las armas: con la propia Dácil. Es lo malo. Para luchar por Dácil tienes que luchar *contra* Dácil, y es agotador.

Airam se me queda mirando a la espera de que concrete qué es agotador exactamente, pero tengo la mente y el corazón vacíos de palabras. Incluso de sensaciones. Roberto se ha pirado y yo he abierto la llave del gas para que me anestesie. Él asiente en silencio, como aceptando mi inutilidad, y decide conformarse con la escasa explicación que le he proporcionado.

—Ahora solo tenías que luchar contra Roberto. —Apunta con muy buen tino—. Y será un notas alto, senderista y todo lo que tú quieras, pero para querer a Dácil hay que tener los huevos bien puestos… y con los huevos bien puestos se puede quitar de en medio a quien sea.

—¿Me estás animando a liarme con tu hermana? —Se me escapa un bufido irónico. Tampoco le voy a dar las gracias por ser comprensivo ahora. Yo también llevo cabreado con él mucho tiempo, tenga derecho o no—. ¿Por qué no te pones de acuerdo contigo mismo?

—Descubrí que la querías hace dos días, y a mí que la quisieras nunca me habría molestado. Faltaría más. —Menea la cabeza—. Yo lo único que espero de la vida es que mis seres queridos sean valorados y tratados como se merecen. El resto es humo.

Ese comentario me pone la piel de gallina, porque no lo dice como si se lo hubiera preparado. Airam es malhablado y muy poco

sensible al expresarse: cuando llega la hora de hablar de cómo se siente él, se atropella, se aturulla, y es un festival de «chacho», «cojones», «mierda» y tacos por el estilo. Pero hay veces que el dios de la elocuencia lo ilumina y le salen las verdades de dentro sin artificio: lo único que espera de la vida es que sus seres queridos sean eso mismo. *Queridos*.

Aun así, la respuesta me sale a borbotones y con mala leche, porque ahora mismo solo soy un desgraciado y un resentido.

—Lo siento entonces por haber interferido en ese deseo tuyo.

—Y yo siento haberme largado de Madrid sin darte la oportunidad de explicarte. —Suelta sin rodeos. El pulso se me acelera por la sorpresa, y busco sus ojos para confirmar que no se está quedando conmigo. No consigo encontrarme con ellos: mira la negrura del horizonte con una mueca que se desaprueba a sí mismo—. Ese día… El día que te eché de mala manera estaba enfuladísimo. Habría desahuciado hasta a mi abuela si me hubiera tocado las narices.

—Y eso ya es decir.

—Y eso ya es decir. —Confirma Airam con un amago de sonrisa. Los dos dejamos correr el silencio un rato en señal de respeto a Candelaria. *Ay, Candelaria, si me hubieras dado una colleja a tiempo*—. En fin. Ha sido un año de pena.

—Pues sí.

Airam se gira para mirarme directamente. La brisa atlántica le airea los rizos largos, siempre peinados con ese estilo desaliñado que le hace parecer un vendedor playero de napolitanas y refrescos. Incluso lleva un collar de cauris y las clásicas cholas de Reebok. Solo le falta la camiseta de tirantes de El Niño —sí, de El Niño, no es coña— para ser el Airam desenfadado que conozco. Así no me cuesta reconocerlo ni fingir que no ha pasado el tiempo: siempre se comprará las mismas cholas, y cuando no hagan más ese modelo, las rescatará de Wallapop o las pillará en una subasta.

—Si estás esperando que te diga que lo que has hecho es una guarrada, ya puedes esperar sentado —anuncia, señalándome el suelo a la vez que expulsa el humo—. Es verdad lo que dijo Leire. Los Oramas creemos que estamos rehaciendo nuestra vida y dejando atrás el pasado, y solo huimos hacia delante. Por fuera se nos ve como unos hijos de puta, con eso de salir con pibas de las

que no estás enchochado, pero es que hay momentos en que te lo llegas a creer, ¿eh?

No asiento enseguida porque me llegan los recuerdos.

Claro que los ha habido, momentos relámpago de estar convencido de que has encontrado al amor de tu vida. Llevas un año sin ver a Dácil y Celia se te ha quedado dormida en el regazo después de haber insistido en ser ella la que elija la película. No te mueves porque no quieres despertarla. Porque está muy guapa respirando acompasadamente, porque se siente tan cómoda contigo que se rinde al sueño sin temor a lo que puedas pensar de ella. Ahí estás seguro, *segurísimo* de que la quieres y de que es la elegida. *The One*. Llevas meses sin saber cómo está Dácil, no puedes vivir más resentido con su silencio y su ausencia, y llega Celia y te regala por tu cumpleaños una edición de coleccionista de una novela descatalogada que llevabas años buscando infructuosamente. Se te llena el corazón de amor porque te escucha cuando hablas, crees que vas a explotar porque alguien te conoce así de bien, y entonces lo piensas: «Cuánto la quiero, estoy loco por esta mujer». Llevas tanto tiempo sin oír una palabra de Dácil que ya la niña de las bambas parece un sueño, una fantasía ideada por tu cabeza enferma que está durando demasiado tiempo, y Celia está encima de ti, sudando, gimiendo tu nombre, dispuesta a convertirse en la musa de tus fetiches más morbosos. La quieres y punto. Es lo que toca. Es lo lógico. Es lo sano.

Pero luego Dácil se materializa, y es tan grande que desahucia todos los recuerdos de los que no es protagonista y se pone cómoda en tu cabeza porque cómo no va a hacerlo, si es su casa.

—Te lo llegas a creer —confirmo, cruzándome de brazos para resistir el azote del frío—. No te imaginas lo que me ha jodido encontraros aquí. Me siento como si llevara todo el día construyendo un castillo de arena en la orilla de la playa. Todo el día llevando y trayendo cubos de agua del mar al puente levadizo, todo el día con agujetas en los brazos, y de pronto llega ella y lo pisa. Lo pisa, lo pisa, lo pisa, y lo manda al carajo. A la mierda. De un chasquido. Como si nunca hubiera hecho nada.

«Y está tan guapa pisándolo que me uno a ella, sin rencores, y entonces lo piso yo también. Lo pisamos, lo pisamos, lo pisamos. Da igual. Ya construiré otro con ella, y será mejor».

—Es frustrante.

—Tú me entiendes, ¿no?

Airam me mira sin pizca de rencor. Todavía está demasiado serio para que sienta que volvemos a esos días veraniegos previos a la desgracia, pero siento que me estoy metiendo ya en la máquina del tiempo. Siento que estoy rozando la paz con los dedos.

Es una sensación indescriptible.

—Te he entendido siempre que he querido hacerlo. La última vez no estuve por la labor, aun cuando tenía delante de mis narices el mismo problema que yo estaba viviendo. Si me hubiera mirado en un espejo, te habría visto a ti y te habría llamado cagando leches.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Es que has estado viviendo en una celda de aislamiento?

Airam sonríe con el cigarrillo entre los labios.

—Pues casi.

—Pues menuda peste a tabaco habrás dejado. No habrás podido ni respirar. —Le señalo el piti.

—Sí, he vuelto a fumar. —No da más explicaciones—. En fin. Tienes que hacer algo. Tienes que conseguir que te perdone, o que entre en razón, o no lo sé, no sé qué hay en su cabeza. Solo sé que ha pasado un año como un alma en pena, siendo cualquier cosa menos mi hermana: un fantasma, un engendro, un animal herido, un bicho rabioso. Esto no puede acabar así después de todo. Me niego a que acabe así.

—Es ella la que me ha pedido que paremos.

—Pero los dos sabemos que no se lo cree ni ella.

—No sé. A mí me sonó sincera.

—Porque la has cagado. —Me recuerda, chascando la lengua. Me da un empujoncito amistoso con el hombro—. Podrías hacer las cosas bien para variar y demostrarle que, si estáis juntos, no hay riesgo de que acabéis en el manicomio. De que solo necesitaréis la lobotomía o la silla eléctrica si seguís viviendo separados como si no fuerais dos caras de una misma moneda. En serio, haced las cosas bien —insiste, muy serio—. Me pongo de rodillas, a rogar si hace falta. Necesito a mi familia de vuelta o se me va a ir la cabeza.

—Así que todo esto es por el egoísmo de hacerte feliz a ti mismo, ¿eh? —Lo pincho amistosamente.

Él pone los ojos en blanco.

—Y porque tengo un poco de empatía. Yo no me creo esa mierda de que «el primer amor puede no pasar nunca, pero siempre termina». Yo creo que el primer amor es el único que vale y que jamás se supera.

Se me escapa una sonrisilla.

—¿De dónde te has sacado la frasecita de Coelho? ¿Ahora eres poeta?

—Si me la dijiste tú, machango, de cuando te leías un libro de esos suicidas.

—*Veronika decide morir* es un canto a la vida —corrijo. Antes de ponerme pedante a hablar de los detalles de la novela, me fijo en su expresión nostálgica y le sugiero con tacto—: Sobre eso… Date tiempo. Aún te queda mucha gente por conocer.

—Lo mismo te digo, mi niño.

Me hace gracia su tonillo quejica.

—Yo ya estoy arruinado para todas las mujeres del mundo, créeme.

Airam no añade nada más, pero por la manera en que se queda mirando el océano, me parece que él piensa lo mismo sobre su propio querer. No va a decir nada en voz alta porque, al igual que yo, cree que está maldito. La diferencia es que él jamás se victimiza.

Permanecemos en silencio durante… no sé, tal vez minutos, tal vez horas. Tal vez los niños se convierten en adultos y los adultos en ancianos mientras Airam y yo nos perdemos, pensativos, en la contemplación de la nada. Las noches más profundas están aquí, en mar abierto. La verdadera soledad está en los marineros.

Pero yo tengo a Airam a mi lado, y le paso un brazo por los hombros.

—¿Tú no tienes que trabajar?

—No, ya no. Me aproveché de que el tío Jaime maneja el cotarro para desmarcarme de la organización cuando llegáramos a El Hierro, así que desde esta noche soy libre. Me apetece quedarme unos días explorando la isla.

—¿Es un viaje espiritual en plan *Come, reza, ama*?

—¿Ahora ves pelis de niñas románticas? —se mofa, mirándome de soslayo.

—Tú has tenido que verla también si has entendido la

referencia.

—A mi madre le encanta. —Se defiende—. ¿Cuál es tu excusa?

—La puso Celia. Me quedé dormido cuando Julia Roberts iba por la tercera *pizza*. ¿Entonces? ¿Te vas a encontrar a ti mismo en la vastedad de los bosques? —inquiero en tono dramático—. Porque no te pega nada. A ver cuántos días sobrevives sin chocolatinas de gasolinera.

Airam me abraza por la cintura y me da unas palmaditas amistosas en el costado.

—Puedo sobrevivir sin nada, flaco. Hasta sin mi mejor amigo.

Auch.

—¿Significa eso que no quieres compañía en tu periplo por El Hierro?

—No, por El Hierro no. —Y enseguida, sin timidez ni preocupación alguna, añade como si tal cosa—: Pero si sigue estando mi habitación vacía en Madrid, me gustaría recuperarla para el último año que me queda.

—¿Eso es lo único que incluye el trato? —pregunto con tiento, como si no me hubiera dado un brinco el corazón.

Él sabe de lo que hablo y contesta inmediatamente:

—La familia te abriría los brazos. Nunca les conté por qué nos peleamos. Una parte de mí sabía que ni eso serviría para que te echaran la cruz, niño bonito —me da un empujón cariñoso—, y la otra no quería arriesgarse porque estaba seguro de que acabarías volviendo.

«La familia». «El tío Jaime». No es «mi familia» o «mi tío Jaime», ese «mi» que excluye por completo un posible «nuestro». Puede parecer un detalle insignificante, pero en él nada es deliberado. Siempre le ha salido de forma natural lo de incluirme en su vida.

—La abuela Candelaria fliparía al verme tan cebado. Se va a pensar que he encontrado a otra cocinera de su nivel y la he tenido esclavizada, amasándome gofio para merendar.

—Que te crees tú que eso le quitará las ganas de hacerte de comer como un hediondo.

Me da otro par de palmaditas y se separa. Apaga el último cigarrillo en la barandilla y se guarda la colilla entre las alas de un pañuelo para luego arrojarlo a la basura. Seguro que eso se lo ha enseñado Dácil: Dácil Pajitas De Cartón Oramas, Dácil Cepillo De

Dientes De Bambú Oramas, Dácil El Ser Humano Es El Cáncer De La Naturaleza Oramas.

—Oye —lo llamo cuando estamos a punto de separarnos, cada uno en dirección a su camarote. Él se da la vuelta y me mira con una sonrisilla que oculta una carcajada. Me contagia su buen humor en el acto—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Que me ibas a decir una cursilería de esas tuyas, ¿no? Me ibas a decir: «Te he echado de menos, Airam» o «Te quiero, Airam».

Suelto una carcajada.

—Pues vas a tener que joderte, porque solo quería explicarte por qué no te escribí.

—Por el mismo motivo por el que yo no te escribí a ti. Porque los dos estábamos ensanguinados y no queríamos ni vernos las jetas. Chacho —extiende los brazos—, qué me vas a contar a mí, que te conozco como si te hubiera parido.

No hay que decir nada más. Me hace otro gesto con la barbilla, ese con la cara iluminada por la tranquilidad que dejan las conversaciones que cierran etapas, que dan comienzo a cosas buenas, y desaparece.

Quizá debería haberle preguntado qué pasa con Leire, con Maday, con Dácil, con todo el mundo. Habernos puesto al día, en definitiva. Pero sé que mañana podré tocar a la puerta de su camarote e indagar respecto a todos los temas que se han quedado en el aire.

Ni el hecho de que Dácil y Roberto estén echando un polvo ahora mismo podría amargarme la noche. Solo un poco. Lo justo. Tal vez no pegue ojo en toda la madrugada, vale, pero estoy bien. Tengo esperanza.

Ahora, la vida es otra cosa.

Roma no se construyó en un día, y ya tengo al César de mi parte.

Capítulo 20

Híncame el diente

Thiago

Ha llegado el momento de asomarme a mi habitación para recoger mis pertenencias y hablar con Celia con tranquilidad. Con la calma que Airam me ha dejado, me siento en condiciones de enfrentar cualquier tipo de reproche.

¿Lo malo? Para regresar a mi camarote tengo que pasar por delante del de Dácil.

Por el bien de mi salud mental, ruego por qué no estén haciendo ruido.

Y no se oye ningún ruido. Todo el *chunda chunda*, las risas y el sonido de pisadas proviene de la fiesta que tiene lugar arriba. Al otro lado de la puerta, nada. Ni gemidos, ni suspiros, ni azotes, ni gruñidos. Me quedo un segundo junto a la pared, contrariado, planteándome que le hayan dado a Dácil el camarote con las paredes insonorizadas. Y sí, me he pegado a la pared. Sí, me he parado en este pasillo. Nunca he ocultado que tenga un puntito de masoquista.

Es entonces cuando oigo unos murmullos acelerados, un comentario en tono de reproche y unos zapatos acercándose. Aunque escucho la voz de Roberto más cerca, sigo sin entender un carajo de lo que están diciendo. En lugar de esconderme o salir corriendo —ya está bien de ridículos por hoy—, aguzo el oído y me acerco un paso más.

Solo me retiro entre tropiezos cuando la puerta se abre de golpe y sale de ahí un Roberto con los botones de la camisa desabrochados, el pelo revuelto y la cara congestionada por… ¿la rabia? Verlo enfurecido me ayuda a pasar por alto las señales claras de actividad sexual. O a lo mejor es mi mente la que las suprime para no avivar mis nervios, que llevan toda la noche sugiriéndome que me arrodille ante el inodoro y vomite hasta la primera papilla.

—¿Qué haces tú aquí? —me espeta Roberto, cerrándose la hilera de botones con movimientos airados. Me observa como si me hubiera puesto verde, y de pronto sacude la cabeza—. Estáis los dos igual de pirados. Me abro.

Dicho esto, se larga pasillo abajo a grandes zancadas. El chaval no cabe en su indignación, y yo tampoco en mi asombro. No me muevo de donde estoy, a ver si puedo hacerme invisible. Y juro por Dios que pretendía darme la vuelta y pirarme, porque es poco lo que puedo hacer ahora, pero entonces Dácil se asoma bajo el quicio de la puerta, con uno de esos vestiditos blancos que se ponía a veces para dormir, y me paraliza con una mirada furibunda.

—¡Contigo tenía yo que hablar! —exclama. Alarga un brazo sin moverse de donde está para agarrarme de la pechera de la camisa y meterme en su camarote con violencia.

Todavía me estoy tambaleando por el sorpresivo tirón cuando me encara con los puños crispados.

—¿Cómo te atreves, pedazo de machango?

Me giro hacia la puerta y la señalo con el pulgar. No estoy fingiendo la cara de inocente, es la de tonto que se me ha quedado ante el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Lo dices porque estaba ahí? Te juro que ha sido casualidad, estaba pasando y solo me he parado un segundo para… para… atarme los cordones.

Una pausa.

—¿Qué cordones, bobomierda? ¡Llevas cholas!

Agacho la vista para confirmarlo.

En efecto, dos chanclas como dos soles.

—Voy un poco borracho. No me lo tengas en cuenta.

—¡Borracho! ¡Yo sí que te voy a dar motivos para volverte calentito a la cama! —«Y tanto», me dan ganas de decir al mirarla de arriba abajo. Pero se me pasa toda la tontería al toparme con sus

ojos húmedos—. ¿Es que no puedes parar de meterte en todo? ¡EN TODO! ¡Hasta en la maldita cama! ¡Hasta en Roberto!

—¿Qué…? —Me da un puñetazo en el pecho que me deja un momento sin aire—. ¡Joder! ¿A qué viene eso?

—¡Encima no te hagas el *pollaboba*, que bastante tienes con lo tuyo! ¿Con qué derecho le cuentas tú a Roberto lo de las cosquillas y lo del mordisco? ¡Sobre todo lo del mordisco! Lo has hecho adrede, ¿no? Le has dicho que eso lo haces tú y que me gusta para jugar con mi mente.

Pestañeo una sola vez.

—Me dijiste que te ayudara con Roberto y eso he hecho. Le he dado los trucos que te… ¡Ay! ¿Por qué me pegas otra vez? ¿Es porque sabes que no te la voy a devolver? ¿Te aprovechas de tu inviolabilidad como mujer para desahogarte a gusto?

—¡Cabrón! —me grita. Y aunque se muerde el labio para contenerse, no consigue reprimir a tiempo las lágrimas.

Se deja caer en el colchón de la litera de abajo con la cara oculta entre las manos.

Puede que ella no me crea, pero estoy lo bastante atontado para no relacionar enseguida su enfado con la estampida de Roberto. En lugar de preguntar si lo ha llamado «Thiago» o solo le ha soltado una fresca como las que me soplaba a mí cuando me ponía cariñosón y ella prefería dormir —«Ahora no me da la gana, hazte tú un Vladimir **[36]**»—, balbuceo:

—¿Lo has echado por eso?

—¡¿Te parece poco?! —me grita, todavía sentada—. ¡El objetivo era follar con alguien distinto a ti, no idéntico!

—No nos parecemos en nada.

—¡Los dos sois unos machangos!

—Eso no te lo voy a discutir.

Dácil sacude la cabeza y vuelve a enterrar la cara en las manos.

Supongo que lo que procede es batirme en retirada y confiar en que se le pase a solas, porque es obvio que no quiere ni verme. Pero no es eso lo que hago. Me acerco con cuidado, como si el suelo estuviera minado, y enrosco la mano en su muñeca para tirar de ella.

Esto es lo que nos hace una bomba de destrucción masiva: que me gusta que se frustre conmigo, porque solo nos frustramos con la

gente a la que queremos tanto que sentimos que ese amor nos va a dominar. A mí, al menos, me dobla por la mitad.

Dácil deja que la levante y la acerque a mi cuerpo para envolverla en un abrazo.

—A mí también me da rabia verte en todas partes —le confieso en voz baja—; también me molesta que me vapulees y domines mi mente a tu voluntad incluso sin estar presente.

Sorprendentemente, no me cruza la cara. Me mira con los «ojitos *aguaos*» de una de sus canciones favoritas.

—Yo ya no sé qué más hacer. —Solloza con la voz quebrada.

Le retiro las lágrimas con los pulgares. Tiene la piel caliente y los labios algo hinchados. Es obvio que Roberto y ella han retozado de lo lindo antes de que pisara la mina escondida entre el lóbulo y la mandíbula. Me pregunto si, inconscientemente, no le he dado esa información para sabotearlo.

«No», me respondo enseguida. No soy tan listo.

Ni tampoco tan fuerte.

—Liarte con otra persona no va a funcionar, princesa Dácil. Ni siquiera convencerte de que la quieres. Créeme, el consejo te viene de alguien que sabe de lo que habla.

—¿Y qué es lo que va a funcionar? —insiste en tono desesperado.

—Cuando lo sepas, me lo dices. Aunque dudo que yo pusiera el proyecto en práctica. —No sé con qué valor le sonrío, pero le sonrío—. Me he acostumbrado a tener polvo en los ojos, ¿sabes?

Dácil junta los labios, que había tenido separados para que el insulto saliera disparado. Me aguanta la mirada con la carita triste, rendida a su propia impotencia.

No hay nada que pueda hacer por esta noche. El amor no se puede barrer debajo de la alfombra, y menos uno que arde.

—Qué pena haberme dado la vuelta y no haber visto el día en que te convertías en una llorona —murmuro, acariciándole la cara con el pulgar.

Ella no se ríe, como es obvio, pero tampoco me pega con fuerza. Su puño cerrado apenas me hace cosquillas en el hombro, sobre todo porque acaba extendiendo la mano temblorosa por el lateral de mi cuello y acercándome a ella para besarme.

Me besa despacio, como si fuera la primera vez que toca a un

hombre. No, corrección: como si fuera la primera vez *que una chica tímida,* una chica que *no es ella,* toca a un hombre. Esa delicadeza suya me pilla con la guardia baja, pero sé corresponderla como merece. La abrazo fuerte, muy fuerte, llegando a cruzar los codos a su espalda y a encogerme sobre mí mismo para protegerla como la sombra de un sauce llorón. Tiene los labios suaves por las lágrimas, y no parece que haya ni rastro de Roberto en su sabor, pero eso debe de ser porque, digan lo que digan, el fuego vence a la tierra, al aire y al agua. Y eso es lo que ella es, el elemento superior, inalterable.

Dácil me empuja con su cuerpo hasta que doy con el armario empotrado. Y ahí sigue, besándome como otra persona, pero es otra persona a la que podría llegar a querer tanto como a ella. Recorro sus hombros desnudos con dedos que son la caricia de una pluma, y también los brazos que me rodean igual que en un beso de película en blanco y negro, y asimismo la finísima tela de su vestido veraniego.

Creo que solo consigo decir su nombre cuando se separa para coger aire y volver a besarme.

Me ha querido castigar muchas veces usando su cuerpo. Con mordiscos y arañazos, con besos que me dejaban la boca en carne viva. Pero no es hasta que ha llegado su ternura cuando me he sentido verdaderamente herido. Dácil me besa así porque está triste y no le quedan fuerzas para quererme. Porque hay una chica dulce dentro de ella y nunca le he permitido que asome la cabeza. Es una chica dulce, sí, pero no es tonta, y ha sabido que ante un perro traicionero como yo no podía darse a conocer.

¿Y si eso es lo que me espera? ¿No tener la dicha de besar ese lado secreto, ese lado de la chica buena que confía en mí, de la niña voladora de dieciséis años que era mi fanática religiosa y se daba la vuelta para que no la viera ruborizarse?

—Da… —musito cuando da un paso atrás. Me arrastra con ella tirándome de la mano sin ejercer presión. Ahora es Dácil la que apoya la espalda en la pared y espera, relamiéndose, a que la cubra con mi cuerpo—. No hagas nada de lo que vayas a arrepentirte.

—A lo mejor solo te puedo superar despidiéndote en condiciones —me dice en voz baja—. Me lo sigues debiendo. Mira cuánto me has hecho sufrir.

Lo dice sin reproche, sin enfado aparente. Es la constatación de una verdad sobre la que ya no tiene una opinión. Se aprovecha de que me quedo como un pasmarote ante ella para desabrocharme la camisa botón a botón. Me acaricia los brazos con la excusa de quitármela. Posa la mirada en el tatuaje, *saudade*, y luego los labios en el centro, en la primera «d» que es la misma que la de su nombre.

Ese beso de «te echaré de menos» me pone el vello de punta.

—Dácil —noto la alarma en mi voz—, no quiero que me superes.

Ella me mira a los ojos mientras me quita el cinturón. En cuestión de segundos estoy en ropa interior delante de ella. Su escrutinio me hace sentir un mortal que se cree más de lo que es. Un egoísta que exige más de lo que puede dar. Un necio. Un mierda. ¿Qué derecho tengo yo a pedirle un espacio en su vida? A la hora de la verdad, ¿qué es lo que he hecho para merecerlo? Siento que eso es lo que Dácil está pensando al quedarse en silencio, pero no me da pie a desarrollarlo porque vuelve a confundirme con su calor dándome un abrazo y un beso a la vez.

Dácil es visceral y a ratos insensible, pero tengo la esperanza de que capte mi mensaje a través del lenguaje corporal. La quiero y estoy aquí para hacerme cargo. Solo tiene que quererme también. Se lo digo respondiendo sus besos y prodigándole las caricias que le gustan. El mordisco especial y las cosquillas se lo hacen saber.

Mira qué bien te conozco. Mira, yo te entiendo. No vas a volver a estar sola con tu desesperación. Vamos a desesperarnos juntos.

A ratos, aun sabiendo que soy yo el que la tiene entre sus brazos y al que ella le está suspirando al oído, me vuelvo loco de celos de pensar en que Roberto pudiera estar en mi lugar… y me acelero. Hinco los dientes con más ganas, le hundo los dedos en la cintura, en las caderas que desvelo arrugándole el vestido en la cintura, y la saboreo, sediento. Pero ella me apacigua marcando el ritmo. Lento, muy lento. Y enseguida entiendo por qué hoy es lento. Porque hoy es cuando acaba, y por eso mismo es cuando tiene que durar.

No la puedo llevar a la cama y ella lo sabe. La litera es incómoda. Se aferra a mis hombros con las manos, desnuda salvo por el vestido que se ha quedado arrugado, formando un cinturón, justo a la altura del *piercing* del ombligo. Se sostiene sobre la curva

de sus caderas porque se abren evocando una guitarra. La tengo que soltar para deslizarlo por sus piernas y dejarlo hecho un charco de algodón a sus pies. Y a sus pies me quedo para besarle los tobillos, las rodillas, los muslos y las ingles.

Cómo puede una persona adorar unos empeines, unos dedos de los pies y unos nudillos, partes del cuerpo sin atractivo alguno que, sin embargo, lo significan todo para mí. Partes del cuerpo que conectan con lo más íntimo de mi corazón porque están unidos a ella, a ese todo precioso que tanto venero.

Dácil me acaricia la cabeza mientras la exploro. Solo me detengo para posar la mejilla en su vientre o en sus muslos, tomar una bocanada de aire y seguir. Es ella la que pone fin a los besos fervorosos rastrillándome la nuca con las puntas afiladas de sus uñas e incitándome a levantarme. Se le han humedecido los ojos, a lo mejor por la emoción, y yo no sé por cuánto tiempo más voy a poder controlarme.

En el momento en que me abrazo la cadera con su pierna y ella se agarra a mí para mantener el equilibrio mientras me inserto dentro de ella, los dos nos miramos con algo así como el pánico.

Tener sexo con miedo a lo que vendrá después es una locura. No sé cómo consigo moverme, no sé cómo me mantengo excitado hasta lo absurdo, ardiendo en lo más profundo. No sé cómo no le ruego que me perdone. Sus ojos me tienen embrujado y solo puedo obedecer sus órdenes y las de mi cuerpo: *sigue, sigue, no te detengas. Más*. Todo instigado por la caricia de sus manos, que tanto mal me han hecho porque no les he dejado que me hagan ningún bien.

Me pego más a ella y le retiro las trenzas de los hombros con la mano con la que no le sujeto el muslo. Dácil ladea la cabeza en la dirección de mi caricia y gimotea mi nombre con los ojos bien abiertos. Apoyo los labios sobre su frente, jadeando como un enfermo. Enfermo por su cuerpo y por si no vuelvo a tenerlo, como en aquella canción de Ayax: «Si acabo esquizofrénico, estoy en mi derecho [37] ».

—Dime que me quieres —susurro con la voz cascada, viendo que se acerca el final—. Solo una vez, Dácil.

—No puedo.

—Solo una.

—Thiago…

—Dime que me quieres y lo seguiré intentando. Intentaré convencerte.

—No quiero que me convenzas.

—Dácil… —Siento que me acerco al orgasmo y *no quiero*. Tengo que ahuyentarlo como sea, pero su interior me aprieta, me exprime, y voy a explotar—. Dácil, dime dónde voy a poner las manos cuando no esté contigo.

Dácil no responde. Pega los labios a mi cuello para ahogar un gemido de liberación. Ese beso estampado es el detonante: me corro casi a la vez que ella, y tiene gracia, porque ni siquiera en esta ocasión nos hemos puesto de acuerdo. Ahora que yo la necesito, Dácil exige romper con todo. Pero romperá con todo mañana, porque por esta noche se le va la vida abrazándome.

Nos quedamos en esa posición un buen rato, recobrando la respiración. Dácil no me contesta, no me da una de sus rocambolescas ideas que me sacan la carcajada del pecho. No pasa nada, porque yo ya sé dónde pondré las manos: en el fuego, lo único que podrá borrar las huellas de los lugares en los que han estado.

Capítulo 21

En este cuento, el dragón se queda con la princesa

Dácil

El Hierro es una de las islas más vírgenes de Canarias. Los pocos visitantes que se asoman a conocerla son de los respetuosos con el medioambiente, y por eso aquí parece que se respira otro tipo de aire. Las piscinas naturales no se han convertido en un centro turístico hiperexplotado, carece de grandes cadenas de supermercados y los nacidos aquí suelen marcharse de la isla para tener la oportunidad de estudiar o trabajar. Es una isla olvidada dentro del conjunto de Canarias, pero siento que así es como se protege de que la conviertan en un parque de atracciones para alemanes. Deutschland 2.0.

Desde el último estallido del volcán submarino, hace ya unos diez años, la fauna y la flora marinas han prosperado de tal manera que El Hierro se ha convertido en uno de los mejores destinos para el buceo. Parece un contrasentido, porque la explosión del año 2011 causó la muerte de prácticamente toda forma de vida bajo el agua. Es el claro ejemplo de que la naturaleza es la verdadera ave fénix. Siempre renace de sus cenizas.

Ojalá fuéramos todos iguales. Ojalá yo fuera un ave fénix y no un carroñero, siempre volviendo por las migajas de lo que está muerto.

Todo esto lo cuento mientras los dos instructores de buceo, un tipo más bien delgadito y una mazada que podría mandarlo a la costa marroquí de una patada, van repartiendo los equipos a los

interesados en sumergirse en estas aguas.

Bucear no es para todos. Hay más gente de la que parece aterrorizada ante la mera expectativa de depender de una botella de aire comprimido. Pero Thiago no es uno de ellos. Se está calando el neopreno como si estuviera acostumbrado a hacerlo todos los días. Como si no se diera cuenta de que su exnovia hace lo mismo a unos cuantos metros de distancia.

Me apresuro a cederles la palabra a los instructores y a retirarme a un lado para tratar de calmar los nervios.

¿Cuándo se va a acabar esto? Si no tuviera público, me masajearía las sienes mientras repito un mantra budista, a ver si así invoco la tranquilidad. Pero la tranquilidad no volverá a mí hasta que hayamos atracado en Tenerife y pueda volver a casa a lamerme las heridas, lejos de Thiago, de Celia y de la madre que los parió a todos.

Por favor, lamerme las heridas. ¿En qué me he quedado? ¿En qué me he convertido, si a mí nunca me han dado miedo ni lástima mis sentimientos? Pues basta con mirar a Celia para responder a esa pregunta. Ella tiene muy claro que soy una cerda despreciable y que no merezco vivir, cosa que ha demostrado dando media vuelta en cuanto he intentado acercarme para aclarar la situación.

De brazos cruzados a una distancia que considero prudente, observo sus movimientos. Está pálida, las ojeras le llegan a la altura de la pulsera tobillera y probablemente no ha pasado por la ducha desde lo ocurrido, cosa que se nota bastante en el pelo cuando una es rubia de bote y lleva un tiempo sin tocarse las raíces.

La culpabilidad me da tan fuerte que el retortijón de vientre está a punto de doblarme por la mitad.

Yo sé lo que es que te pongan los cuernos. Y sé lo que es que me lo cuenten tal cual: «Oye, Dácil, esto no funciona y resulta que, para arreglarlo, me he pasado a otra por la piedra en cuanto te has agachado para atarte los cordones». Bueno, Ancor fue mucho más delicado que eso. No se le da ningún crédito al muchacho, y bien que los merece. Ahora que está más que superado, puedo decir que se tomó su desliz peor que yo y que vino a pedirme disculpas cuando se corrió la voz por la universidad. «Yo solo se lo conté a mi colega Pablo, no sé cómo ha podido irse tanto de madre», me dijo. Y me lo creí, Ancor es buen pibe, por eso salí con él.

De todos modos, sabía lo que era el engaño y la mentira antes de descubrir que Ancor existía. Mi madre, con lo telenovelera que es y lo que le gusta armar una fiesta de lágrimas, se comportó con una elegancia sorprendente al enterarse de las canitas al aire que se echaba mi padre. Esa actitud no solo era extraña viniendo de ella, sino de cualquier mujer que hubiera parido los hijos de un marido amado y luego hubiese descubierto que todo, desde la primera cita hasta las últimas vacaciones de aniversario, había sido mentira. No le pinchó las ruedas del coche, ni le rajó todas las camisas, ni le tiró al Atlántico la mitad derecha de todos sus pares de zapatos favoritos. Solo lloró a escondidas y se convirtió en un fantasma durante meses. Y mientras yo veía a ese fantasma pulular por la casa, sin interés alguno por unirse a las partidas de cartas o salir de compras por el Siam Mall, actividades que siempre habían llenado su corazón, me juraba por Dios y por la virgen de la Candelaria que nunca le haría algo así a nadie.

La vida da muchas vueltas.

Con la humildad que requieren las circunstancias, me acerco con pies de plomo al grupo de submarinistas. La mazada del equipo *—tengo que preguntarle qué ejercicios hace en el gimnasio—* está dando todas las indicaciones sobre la botella de aire y para qué sirve lo que se han puesto encima. Uno a uno, caminando como pingüinos con sus aletas puestas, se van tirando al agua.

Celia se ha alejado todo lo que ha podido de Thiago, que salta de los primeros. Espero a que desaparezca bajo el agua para tocarle el hombro a Celia con timidez.

Cuando ve que soy yo, le cambia la cara.

Es evidente que ya no le gusto tanto, y no la puedo juzgar.

¿Por qué Thiago y yo creímos que a Celia no le importaría lo nuestro solo porque me dio un beso borracha? ¿Cuántos besos no he dado yo borracha? Con un ciego del quince, me liaría hasta con mi hermano.

—¿Qué quieres? —me pregunta sin girarse, tan solo mirándome por encima del hombro.

—¿Podemos hablar un momento?

—No me parece que tengamos nada que hablar.

—Celia, por favor. —Carraspeo. Mi voz suena extraña. No estoy hecha para rogar—. Me imagino que lo último que quieres es

perdonarme solo para que me quede tranquila, pero esto también te vendrá bien a ti. No puedes volver a casa dejando cosas en el aire, ¿entiendes? Luego te persiguen. Te lo digo por experiencia.

Ese comentario aviva su curiosidad. Gira sobre los talones para mirarme, recelosa.

—¿Que lo dices por experiencia? —tantea, enrabietada por todo y ahora también por sentir curiosidad.

—A mí también me han puesto los… Bueno, mi novio de hace un par de años se acostó con otra chica.

—¿Y se supone que eso me tiene que convencer de que me apiade de ti? —Celia sonríe con incredulidad. Por un momento parece a punto de soplarme una bofetada—. Porque contándome eso no me das más pena, sino una rabia infinita. Sabiendo cómo se siente una, ¿por qué lo has hecho? ¿Cómo has podido? No me entra en la cabeza.

Trago saliva y hago un movimiento con las manos acompasado con mi respiración.

Inspira, espira y vuelve a repetir.

—¿De verdad quieres que te dé excusas?

Le veo en la cara, descompuesta por el dolor, que sí, que por favor se las dé, que me las invente si hace falta. Algunas personas harían lo que fuera, incluso comerse una mentira doblada, con tal de poner un parche definitivo a su corazón roto.

Yo lo haría, estoy en ese punto, así que la entiendo.

—A lo mejor alguna me convence —admite con una modestia que detesta mostrar ante mí. Su gesto se contrae por el dolor de un recuerdo que todavía no es un recuerdo, sino una herida reciente que todavía supura y que cristaliza sus ojos claros. Cuando vuelve a hablar, lo hace con voz temblorosa, al borde de las lágrimas—: Pensaba que me respetabas, ¿sabes? Tenía esta idea de ti como mujer que sabe lo que quiere y tiene el control absoluto de sus emociones. Estaba tranquila por eso. Me pareció que, por más que Thiago te mirara y estuviera obsesionado contigo, tú no cederías. Pero se ve que me equivocaba.

Pestañeo un par de veces, aturdida.

—¿Sabías que Thiago me miraba y estaba… obsesionado?

—Estoy enamorada, de acuerdo, pero eso no me convierte en una estúpida, ni tampoco me ciega.

—¿Y por qué seguías con él? —Se me escapa.

Lo último que Celia querrá es que convirtamos esta conversación en una lluvia de acusaciones que acabe dejando su amor propio en muy mal lugar. Se le nota en la cara la molestia de tener que explicarse a este respecto, pero lo hace. En el fondo, está tan cansada que también quiere quitarse la rabia de encima.

Esa sí que es la campeona de los pesos pesados, la ira. Esa le puede a todo.

—Ya me has oído. Porque estoy enamorada. ¿No es ese el motivo por el que tú fuiste corriendo a decirle «Celia me ha besado» y así poder follártelo sin remordimientos? —Su crudeza me deja sin habla. *Sí que había fiereza y seguridad en Celia; solo había que provocarla para que saliera*. Ella continúa explicándose, tensa como un palo de escoba—: No sé cómo ninguno de los dos pudo pensar que una cosa se podía comparar con la otra. Puede que tú me atrajeras físicamente, vale. Puede que, en consecuencia, actuara como jamás se me habría ocurrido hacer con un chico, en parte por lo sorprendente de sentir algo así por una chica. Pero yo por él lo he dado todo. Lo quiero muchísimo, y no habría sacrificado nuestra historia por nada en el mundo. Porque teníamos una historia, ¿sabes?

«¿Qué tienes tú?». Eso se lo ha guardado, aunque lo he captado por su tono chulesco, el mismo que le ha quebrado un sollozo al repetirse, al convencerse, de que tiene una historia.

Abro la boca para decir que Thiago y yo también tenemos la nuestra, pero hasta esta menda sabe que no conviene replicarle con su misma moneda. Aunque me haya mordido la lengua, Celia valora mi expresión e interpreta correctamente mi silencio.

—Conoce a mis padres —prosigue—, a mis amigos, incluso a mi tutor del TFM, porque me ha acompañado a algunas reuniones. Dormíamos juntos todos los fines de semana, íbamos al cine el día del espectador, se dormía en mi regazo, yo me dormía en el suyo; le despertaba cuando tenía una pesadilla, hablaba con él horas y horas cuando tenía un día malo, uno de esos en los que se cierra en banda, se pone melancólico y necesita mencionar a Flavia para no explotar. Venía a recogerme a clase, tenía detalles románticos conmigo, me ayudaba a elegir qué me quedaba mejor cuando salía con mis amigas, me acompañaba a casa cuando era muy tarde…

Era mi novio. —Esto último lo dice muy despacio, esperando que el concepto cale en mí. Y lo consigue, porque me estremezco hasta la raíz del pelo con esa palabra—. ¿Qué era para ti, eh?

Espera con impaciencia y el puño aún apretado contra el pecho —«mi novio, mío, mi chico, mío, era MÍO», quiere decir— una respuesta que se me atasca.

Era un enemigo, supongo. Un enemigo por el que estoy dispuesta a ir a la guerra, pero contra el que nunca abriría fuego.

Desde luego, no era mi novio. Celia es más contundente de lo que imagina al relatarme todas esas experiencias que yo he destrozado con solo chasquear los dedos. Como Thiago jamás las ha mencionado, no les ha dado el valor que tienen ni el lugar que merecen, pensaba que lo suyo era una cuestión de etiqueta y de pasear juntos por el parque. Pero en ese parque habrá habido manitas, declaraciones de amor, lágrimas compartidas, besos, abrazos.

Eran una pareja. Una PAREJA. Se me llenaba la boca pronunciando la palabra «novia», o evitando hacerlo porque se me atragantaba, pero no he sido nunca del todo consciente de lo que eso conlleva porque no lo he visto. Hasta ahora. Y es una bofetada que hace que me arda la cara de vergüenza.

Ha debido de notar algo verdaderamente espantoso en mi cara, porque se muestra incluso empática conmigo:

—De todos modos, no es solo culpa tuya. Si para él eso nunca ha significado nada, mejor que tocara a su fin. —Y añade—: Espero que lo disfrutes.

Se baja las gafas de buceo, que reposaban sobre su frente, pero yo me adelanto unos cuantos pasos antes de que se me escape.

—Celia, no… Yo no… no voy a estar con Thiago. Y no lo digo para que lo perdones y vuelvas con él —advierto, alzando las manos. Al ver que me tiemblan, las bajo enseguida y hasta intento ocultarlas inútilmente presionándolas contra mis muslos—. Desde un primer momento he pensado que mereces algo mejor.

—¿Y te metiste en la cama con él para demostrarme que tenías razón, que estaba saliendo con un tío que no me merece? —Por más punzante que sea su ironía, su determinación se tambalea por culpa de la decepción—. Porque, joder, has sido muy efectiva.

—No, no lo hice por eso. —Contengo el aliento para acabar

suspirando largamente—. Lo hice porque él y yo nos merecemos. Somos la misma basura sin autocontrol. Dos egoístas hasta la médula que no miran por dónde van. Así pasa lo que pasa, que pisamos las flores y provocamos accidentes de tráfico entre los vehículos que no quieren chocar con nosotros.

Celia me mira de hito en hito. Con un poco de suerte, estará intentando averiguar si soy sincera y no elucubrando maneras distintas de darme muerte. Apuesto a que le encantaría mandarme al fondo del mar sin botella de aire. Pero ojalá solo me mirase con odio y no como se mira a quien te lo ha arrebatado todo, con una pena tan insondable.

—¿Qué es lo que quieres, Dácil? —pregunta al fin, cansada. Apoya una mano en la cintura, y apuesto a que lo hace para encontrar el eje y no derrumbarse—. ¿Quieres que te diga que te perdono? ¿Qué más te da lo que yo piense de ti, si mañana acaba el crucero y no vas a tener que volver a verme en la vida?

—Me importa —replico enseguida, dando un paso tambaleante hacia ella—. Me importa muchísimo.

—Pues estás de suerte, porque, en realidad, tú me das igual. Sé que debería odiarte a ti y todo eso, pero el que me duele es él. Es a él al que he estado cuidando y queriendo durante no solo este año de relación, sino durante muchos más. Es *él* quien debería haberte dicho que no —insiste una y otra vez. Habla rápido, como si quisiera terminar lo antes posible, pero de golpe le sobreviene un pronto de ira, un deseo superior a ella de desahogarse, y prosigue invadida por una rabia fulminante—: Pero en el fondo sabía que esto acabaría así. Supongo que, en parte, me fijé en ti por eso: para entretenerme con algo que no fuera las miraditas que él te echaba. No lo sé, no soy psicóloga y mis sentimientos son ahora un lío. La cuestión es que si Thiago te hubiera rechazado cuando fuiste a buscarlo, habría tenido que dejarlo de todos modos, porque te habría negado por respeto a su relación y no por amor a mí. —Celia tiene que hacer una pausa para controlar la emoción que hace que su voz tiemble. Sus ojos vidriosos me agarran el corazón en un puño, y siento que me muero cuando dice en tono desolado—: No me quiere. Dio igual cuánto lo intentara, y poco habría importado cuánto hubiera insistido en el futuro. Nunca me habría querido. Él no se arrepiente como tú.

Seguro que lo último que le apetece es que la abrace, pero no lo puedo evitar. Necesito consolarla, hacerle saber que yo he estado ahí, y no con mi ex infiel, sino con *su* ex infiel. Yo sé lo que es sentir que Thiago no me quiera y que daría igual que lo intentara, porque, por culpa de su mente saboteadora y su *saudade* y su dolor que no prescribe no podría darme nada más que sus noches.

Por eso nunca lo intenté.

Como si Celia me hubiera leído el pensamiento, se separa —no tan asqueada como habría imaginado— y me mira a los ojos con una nueva emoción desbloqueada. Sigue habiendo rabia, pero rabia hacia lo incomprensible.

—¿Qué es lo que has hecho para que esté tan loco por ti? —Suena como si me estuviera planteando un enigma irresoluble, incrédula y ansiosa por saber una verdad que se siente fuerte para encajar—. No puede quererte solo porque seas una belleza exótica o bailes de lujo. ¿Por qué te quiere, Dácil? ¿Por qué a ti, que has estado un año desaparecida, y no a mí, que me he dedicado a él como si fuera su jodida madre? ¿Por qué a ti, que solo le buscas las cosquillas y le metes el dedo en la herida, y no a mí, que soy la tarada que lo persigue con las tiritas? ¿Qué has hecho? ¿Todo este tiempo me han engañado y resulta que debo hacerme la difícil? ¿De verdad el amor es un embrujo y no algo que se cultiva y se hace florecer con cuidados y respeto?

Esto último se lo pregunta a sí misma, o quizá a Dios, al destino, al azar y a esas fuerzas que podrían conocer la respuesta. Yo no la conozco, pero sí sé la respuesta a la pregunta de por qué yo. Solo finjo que la ignoro porque en el fondo —aunque no tan en el fondo— me solidarizo con su incomprensión.

El amor no es un embrujo ni una flor, Celia. El amor es el abono. Es una mierda.

En este cuento, la princesa prefiere al dragón antes que al príncipe.

Aun así, a mí tampoco me cabe en la cabeza que no la quiera. Tan educada que dará gusto llevarla de la mano por el mundo; tan empática que no tienes que ser especialmente elocuente al desahogarte para que te entienda; tan atractiva que parece una modelo de Victoria’s Secret o una *influencer* de moda. Tan poco problemática, tan dulce, tan *todo*.

Tan poco yo.

Con todo, la respuesta parece simple. Thiago me lo dijo una vez, hace tanto tiempo que siento que han pasado milenios: cuando quieres a alguien *por lo que es* y no *por lo que te da*, ese amor es para siempre. Porque te puede quitar lo que te ofrece. Te puede retirar la empatía y la dulzura, y tú a cambio retirarle tu respeto, y entonces se acabó la partida de póquer porque ya no hay nada que jugarse sobre el tapete. Pero uno no puede dejar de ser quien es, y si yo soy para él alguien que merece devoción, así será hasta el fin de los tiempos.

Así es como lo explica él, el puto literato, que se cree que vive en una novela de tres al cuarto, y se expresa igual. El desventurado joven Werther, el Dante que va a los infiernos por Beatriz, el Petrarca que llora por Laura en cada verso que escribe: ese es el fuertito machango de Thiago Madeiros. Pero a mí no me convence con sus lirismos ni aplaca los males de mi conciencia con ellos, porque no entiendo el romanticismo y quiero pensar que sí puedo dejar de ser quien soy. Quiero pensar que he cambiado. Solo un poco. Lo suficiente para saber cuándo debo marcharme y cuándo he de luchar un poco más; para priorizar mi paz mental sobre todas las cosas y decirle adiós de una vez porque las travesuras ya no me satisfacen.

Lo único que entendí y correspondí de sus poemas es aquel «solo tú eres real» que me susurró, ido.

Durante muchos años he podido dar vueltas a su alrededor y huir de la aceptación de mis sentimientos, pero en el momento en que él y yo por fin coincidimos, se acabó la excitante fantasía juvenil de los jueguecitos y la vida empezó a ser real para mí. *El amor* empezó a ser real para mí y, tras su marcha, también tuve que afrontar las consecuencias de su gemelo perverso —el desamor—, que no son otras que un dolor insoportable. Se intensificó exponencialmente hasta que no me cupo en el pecho y tuve que hacerle espacio en mis horas y en mis días para que no me devorase por dentro; días que desaproveché deprimida pero más consciente que nunca de que estaba viva. O consciente de que lo había estado y no volvería a ocurrir.

Odio darles la razón a sus poesías sin sentido aparente, pero es que él también es lo único real para mí. O lo ha sido. Su amor y su

desamor me han despertado. Han significado mi primer intento de madurar, y me han obligado a mirarme en el espejo y ver tantas cosas que me encantan como cosas que detesto.

—¿Por qué lloras? —me pregunta Celia, pasmada—. Eres tú la que ha ganado.

Ni me había dado cuenta.

Me retiro las lágrimas con los dedos antes de que alguien más las vea.

Tengo una reputación que mantener.

—Eso no es así. Aquí no ha ganado nadie… por si eso te deja tranquila.

Mi respuesta la enfurece.

—¿Qué dices? No quiero que me deje tranquila saber que Thiago es un desgraciado. Solo quiero olvidar el asunto.

¿Ves? Eso es madurez.

Tengo tanto que aprender de esta chica…

¿O es que a lo mejor no lo quiere tanto?

No la he visto llorar a lágrima viva por lo que ha perdido —también es que perder a un infiel no es ningún drama, si lo sabré yo—, solo quejarse de todo lo que ha hecho y no ha sido correspondido. No parece que le dé pena saber que Thiago ya no llenará su casa con música llorona en portugués, ni que la destroce imaginarse su mesilla de noche sin un libro encima escrito por un ruso de apellido impronunciable. No parece que esté llorando los buenos momentos que no se repetirán, y puede que sea porque para ella no ha habido buenos momentos como tales, solo sacrificios y la obsesión de encajar en el molde de la mujer perfecta para sentirse satisfecha consigo misma; para que no se le pudiera reprochar nada.

—Me voy al agua —decide, cuadrando los hombros—. No pienso permitir que esto me arruine la excursión.

Celia sigue las indicaciones que le da el monitor larguirucho, que, por cierto, le mira el culo sin ningún disimulo, y desaparece bajo el agua ante mi mirada resignada.

No esperaba que me perdonase, porque he estado en su lugar y no me ha dado la gana de perdonar. A ella, a diferencia de mí, no le pesará el odio. Es la clase de persona que sana con el tiempo, lo lleva escrito en la cara: su desprecio se convertirá pronto en simple indiferencia, y dentro de unos meses estará saliendo con otro chico

al que insistirá en salvar de sí mismo.

Quizá esa es la diferencia clave entre Celia y yo: que yo no he aguantado las estupideces de Thiago. No he permitido que se ponga cómodo en su autocompasión y no he tolerado victimismo alguno salvo en momentos puntuales.

No sé si eso está bien o está mal. Solo sé que, al final, no importa. He llegado a mi límite y necesito alejarme de todo esto. Siempre he detestado a la persona en la que me convierto cuando Thiago aparece en mi mundo, pero esta vez he alcanzado un nivel de crueldad que ni yo soy capaz de tolerar.

Y no quiero ser esa persona.

Capítulo 22

Si no pasa el tiempo, pasaré yo

Dácil

Como es poco lo que tengo que hacer mientras los turistas bucean —podría sentarme a dar conversación a los que no se han atrevido, pero no me pagan por ser simpática—, decido dar un paseo por la zona. Son infinitos los puntos en los que se puede admirar la diversidad marina: El Bajón, Baja Boquerones… La organización se decantó por Punta Restinga porque está cerca del muelle, que también conviene visitar cuando se hace turismo por El Hierro.

Hoy hace un calufo de esos que te cubren la piel con una molesta película de sudor. Agito la mano muy cerca de la cara para darme aire, pero hasta la brisa quema. Los vientos del Sáhara no perdonan.

No me detengo hasta que he llegado al punto desde el que se domina la playa. Me siento en la arena con las rodillas abrazadas y saco el móvil y los auriculares para poner música. Cierro los ojos en cuanto escucho los primeros acordes de esa canción de Lori Meyers que aligera la carga de mi corazón con su letra:

El tiempo pasará
y nunca olvidaré
las cosas que decíamos
que íbamos a hacer.
Alguna vez
me pides que vuelva,

que me quieras otra vez.
Que piensas decirlo
una y otra vez [38].

Ojalá en la misma canción me dijeran con claridad qué se hace cuando alguien te dice que te quiere y amenaza con repetirlo hasta echar abajo tus barreras. Aunque me puedo imaginar lo que harían en ese supuesto por algunas frases:

El tiempo pasará
y no recuperaré
las horas y los días
que me has hecho perder.

Lori Meyers mandaría a Thiago al carajo.

A mi mente viene la noche de ayer y el calor de mi cuerpo se intensifica hasta hacerse insoportable. Cambio de postura, molesta con mi propia debilidad. La noche de los disfraces tendría que haber sido como la de ayer: Thiago tenía que estar libre, sin pareja a la que arruinar la vida, y yo tenía que estar decidida a intentarlo con él.

Qué razón tenía cuando decía que el amor es coincidir. Lo odio cuando se pone romántico porque hace que sea consciente de mi propia insensibilidad o, mejor dicho, de mi falta de elocuencia, porque sí albergo sentimientos preciosos, solo que nunca encuentro las palabras precisas para expresarlos. Y no leo tanto como para robárselas a los que sí saben expresarse. Pero es verdad. El amor es coincidir, y él y yo nunca nos ponemos de acuerdo, nunca nos reencontramos en las condiciones óptimas, nunca lo hacemos bien, nunca es el jodido momento indicado. Tenemos a todo el mundo diciéndonos que no. A Celia ahora, a Airam entonces. Yo misma le digo que no. Él se ha dicho que no mil veces.

¿Qué hacemos, entonces?

Abro los ojos y observo de lejos la orilla desde la que han partido los buzos. La monitora mazada se ha acuclillado frente al mar para tirar del brazo de uno que no puede salir solo. Con una sonrisa burlona, me fijo en que es un hombre a quien la monitora saca en brazos. ¿Por qué lo saca en brazos? Pues yo qué sé, pero seguro que tiene el ego tan débil que se sentirá amenazado por la fuerza de esa mujer, que no debe de ser de este mundo. De

campeona de halterofilia para arriba, me imagino.

Al poco rato, no obstante, pierdo la sonrisa. Lo que lleva en brazos no es un intrépido submarinista que se ha metido donde no debe y se ha clavado un erizo entre los glúteos. Es una persona inconsciente, y me lo confirma el griterío que se forma en cuanto lo deja con delicadeza sobre la madera del muelle.

Entorno los ojos en un mal presentimiento.

La monitora hace gestos con las manos para alejar a los curiosos que intentan acercarse, incluida Celia, que es la que más nerviosa se pone.

La reconozco porque es la primera en quitarse las gafas.

Busco a Thiago con la mirada y no lo veo por ninguna parte. Ni rastro de la figura esbelta del exnadador aficionado. Entonces el mal presentimiento se intensifica y me pongo de pie sin pensarlo. Voy bajando la poco pronunciada cuesta con paso firme, como un soldado, pero conforme voy escuchando mejor el vocerío de los turistas, me desquicio de los nervios y acabo corriendo como si me fuera la vida en ello.

El monitor ha dejado que la mazada se haga cargo de la situación. Apenas me ve, pone cara de «la hemos cagado» y me hace un gesto para que me aproxime.

Ahí es cuando lo reconozco, cuando uno de los turistas se gira hacia mí y me permite ver entre los huecos de sus cuerpos el pelo rubio de Thiago.

En el suelo.

Inconsciente.

—Quítate —murmuro, empujando al monitor que se interpone en mi camino. Así voy retirando a todo el que está en medio, a manotazo limpio, con el corazón subiendo y subiendo hasta que lo noto latiendo en la garganta y luego en la cabeza, en los oídos—. ¡Quitaos, cojones!

Me detengo de pie a un costado de Thiago. Tiene los ojos cerrados, la boca abierta, y la monitora se apresura a retirar el equipo de buceo para comprobar con manos veloces que sigue respirando.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ocurre?

—Dácil, mantente a un lado.

—Y un carajo.

Me arrodillo junto a Thiago con el pulso al borde del colapso. Le pongo la mano en la frente, en el pecho, en el cuello. Está inconsciente y apenas escucho su pulso.

Un acceso de pánico me bloquea. Tiene los labios blancos, cortados, como si le hubiera dado una hipotermia.

—Ha habido un problema con su botella. No sabemos qué ha podido pasar; se ha quedado sin aire ahí abajo y se ve que estaba despistado y no ha podido pedir auxilio a ningún compañero. Lo han sacado del agua en cuanto lo han visto, pero ya estaba inconsciente.

—No puede ser —balbuceo, sin quitarle ojo a Thiago—. ¿Cómo ha podido pasar?

Creo que estoy en *shock*. No termino de asimilar lo que veo. Por un momento me quedo inmóvil sobre las rodillas, viendo cómo la monitora le aplica la RCP, le presiona el pecho y hace toda clase de virguerías con él para devolverle la respiración. Nadie habla salvo para murmurar una plegaria al cielo o compadecerse de la criatura. Yo no puedo decir nada por qué no me lo creo. No me creo que esto esté ocurriendo.

Entro en negación.

—¡Despierta, joder! —le grito, sacudiéndolo por los hombros y al borde de la histeria. Él no reacciona, así que le doy una bofetada—. ¡Vamos! ¡Espabila! ¡Qué haces ahí tirado! Dar pena, ¿eh? ¿Es eso lo que te gusta?

La mazada retira las manos de su pecho y me mira con los ojos abiertos como platos.

—Dácil… —empieza en tono preocupado—, ¿qué haces? Eso no va a ayudar.

—Ya está viniendo la ambulancia —anuncia el otro monitor.

—¿Qué ambulancia ni qué nada? Está mintiendo. Se está haciendo el pobrecito, como siempre, para que la gente se compadezca de él. ¡Arriba! —Lo sacudo otra vez, ahora con una agresividad que en otras circunstancias me habría sorprendido hasta a mí. El pánico me agarrota los dedos y me hiela la espalda—. ¡Que espabiles, joder! ¡Nadie se va a tragar este teatro!

Así sigo un buen rato, presionándolo, zarandeándolo, dándole palmaditas en la cara cada vez más fuertes para el horror de todos los presentes. Pero ¿a mí qué más me dan los presentes? Yo solo

tengo ojos para su cara pálida y sus labios entreabiertos, por los que parece que no entra ni sale el aire.

Podría haberlo apaleado durante toda la mañana, pero la dulce negación no dura para siempre. Como ocurre en todos los casos, llega un momento en el que la realidad me asesta una puñalada trapera y por fin asimilo lo que hay.

Thiago se ha ahogado y no respira.

Y jamás he perdido la cabeza como la pierdo ahora.

—Por favor. —Le pongo la mano sobre el pecho y me inclino para hablarle muy de cerca. Está helado—. Te lo estoy pidiendo por favor. Reacciona. Te lo ruego. Fíjate, es que hasta estoy suplicando.

—Dácil —murmura la monitora, esta vez con un tonito de lástima que me pone los pelos como escarpias.

—¡Cállate! ¿No ves que estoy hablando con él? —Ni me doy cuenta de que he puesto cara de loca y se me han saltado las lágrimas. Presiono el centro de su cuerpo, ahí donde está el corazón. No lo siento, y no sé si es porque no late o porque estoy tan histérica que no percibo nada más que mi propia desesperación—. Thiago, respóndeme. Reacciona, por favor. ¿Qué es lo que te has hecho? ¿Qué ha pasado ahí abajo? ¿Es que no te puedo dejar solo ni un momento sin que te pase alguna desgracia?

Nadie habla. Solo me oigo a mí, gimoteando entre lágrimas, ahogándome con mi propio llanto. Acuno su cabeza con cuidado y lo incorporo para estrecharlo contra mi pecho. Lo noto tan pesado e inerte, como un muerto, que juraría que siento cómo se me rompe el corazón en mil pedazos.

—Thiago —sollozo ya sin control. No sé ni lo que digo—. Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor. No te pasa nada. Solo tienes que despertar. Por favor. ¿Qué haces? Por favor. ¿Quieres que lo diga? Yo lo digo. Te quiero. Te quiero tanto que no me queda otro remedio que odiarte. Despierta y escúchame decirlo porque no lo pienso repetir. No se lo diré a nadie más, nunca. Solo a ti.

Una parte de mí sigue sin querer entender lo que está pasando, pero ante la inminencia de la situación, y tras haber posado una mirada turbada en cada una de las personas que me rodean para comprobar que ya están dando el pésame, empiezo a imaginarme lo peor.

Es un *flash* instantáneo. Una experiencia rarísima, a decir verdad, y muy similar a la que narran aquellos que, tras haber estado en coma, aseguran que han visto la muerte cara a cara. Mi cabeza se ve invadida por imágenes en las que Thiago ya está ausente. Una ausencia similar a la del año pasado, con la silla en la que se sentaba a jugar al Pictionary vacía, el menú de la abuela trastocado porque a nadie le gusta su potaje de berros más que a él y no tiene sentido prepararlo si él no está, las mesas desnudas —sin novelas dramáticas que las decoren, quiero decir—, el mueble de las medicinas desprovisto de sus pastillas para mantener a raya los brotes de alergia… Veo a mi hermano hecho un alma en pena, negándose a mirar a la cara a Thiago en una foto que deja inmortalizado su recuerdo, pero sin fuerzas para arrancarla del álbum. Veo a *Teno* buscando por toda la casa algo que le pertenecía, olisquearlo sacudiendo la cola con alegría incontenible y trayéndomelo como diciendo: «¿Cuándo viene Thiago?».

He sobrevivido a este año tortuoso porque tenía la esperanza de que volviera. Esa es la verdad. La verdad oculta tras las mentiras que me he contado para fingir que no me importa. Y es una verdad insoportable cuando lo miro a la cara y sigue sin responder a mis plegarias.

Hasta que, de pronto, vuelve en sí con una tos tremenda, escupiendo agua por doquier. Ladea la cabeza para no molestar a nadie, pero acaba soltándole el chorrito a la monitora. Tal ha sido el susto que la mujer ni se molesta. Está agradeciéndole a la Candelaria que haya intervenido para salvar al muchacho y así no tener que pagar por su muerte con un despido por negligencia.

Yo no quepo en mí del alivio. Me inunda de tal manera que no puedo ni sostenerme y acabo hundida de rodillas con los brazos laxos y la cabeza sostenida sobre los hombros casi de milagro, mi cuerpo ausente de alma porque está con él. Juro que puedo sentirlo y que es una experiencia que no quiero volver a vivir jamás.

Aún muda e inmóvil, capto la atención de Thiago, que se gira hacia mí con una especie de sonrisilla dulce y asustada.

—Joder… —Un ataque de tos le interrumpe. Algo más repuesto me mira con los ojos colorados—. Solo me tengo que morir para que te pongas cariñosa, ¿eh?

—¿M-me has oído? —tartamudeo sin control, y descubro que es

porque me castañetean los dientes.

—Te han debido de oír hasta en La Gomera. —Comenta el monitor, tratando de aligerar el ambiente—. Qué manera de chillar, mi niña. Así has logrado lo que has logrado, que perfore la dimensión de los muertos y este muchacho vuelva en sí.

Yo no presto atención a las gilipolleces de los que me rodean, que no sé por qué han estallado en aplausos. Las fuerzas me han abandonado, dejándome a merced de mi propia debilidad, pero me recupero llenándome de una rabia inexplicable. Al parecer, voy a pasar por todas las fases del duelo; de momento voy por la negación y la depresión.

Ahora toca la ira.

—Lo has hecho adrede, ¿no? —le espeto, esperando que mi tono beligerante oculte lo mucho que estoy temblando. Pero aún me castañetean los dientes y mi voz sale a trompicones.

—¿El qué? —pregunta Thiago, aturdido. Más toses—. ¿Lo de que mi botella se soltara de pronto y me quedara sin aire? Claro que sí, Dácil. —Ironiza sin energía—. Estoy dispuesto a diñarla para darte una lección.

—¡Pues no me sorprendería!

Se manipula la mandíbula con cara rara al tiempo que trata de incorporarse.

—Me duele muchísimo la cara. —Me mira con sospecha tanto como se lo permiten los ojos entornados, inyectados en sangre—. A ver si no has sido tú la que se ha aprovechado de que había que espabilarme para desahogarse. ¿Te has servido de mi desmayo para fundirme a hostias?

—¡Digo! —confiesa uno de los turistas con una mueca de «ay que ver, lo cucú que están algunas»—. Yo pensaba que más que revivirte, te quería rematar.

Thiago suspira con aire soñador, como diciendo: «Ay, mi Dácil es única».

No me sorprendería que sus pensamientos fueran por esos derroteros.

—¿Y tú qué sabes? —rezongo, aunque no llego a sonar furiosa—. Hay muchísima gente aquí, y algunos tienen más razones que yo para ponerte calentito. Ha podido pegarte cualquiera.

Thiago enarca una ceja. Todavía sigue turbado, pero las ganas

de burlarse de mí cariñosamente siguen intactas.

—Si las palmaditas en la cara me las hubiera dado María. —Señala a la mazada con una mano débil—, no habría vivido para contarlo. Tú eres la segunda que me pilla más cerca.

Abro la boca para preguntarle qué coño hace riéndose, bromeando con su situación, incluso alegrándose de que le haya puesto la cara ardiendo mientras se echaba un sueñecito. Ha estado inconsciente. Podría haberse matado. Pero ese reproche —«¡Podrías haberla palmado!»— se me atasca en la garganta, o en el ventrículo, o en dondequiera que surja esta preocupación desesperante, y acabo sustituyendo las voces por una reacción aún menos apropiada.

Me abalanzo sobre él y lo estrecho entre mis brazos. Y me da igual que me empape la ropa, me da igual que esté helado —mejor, así me refresca y me aclaro las ideas—, y me da igual que me esté mirando Celia o que con esto se piense que lo quiero con locura. Que lo sepa ahora me da igual.

Sí, te quiero con locura. TE JODES. *Te jodes y aceptas mi abrazo. Es lo mínimo después del susto que me has dado, maldito miserable.*

Solo quiero sentir su corazón contra el mío como lo sentí ayer, tan a flor de piel.

—Pero bueno, princesa, ¿qué te ha dado? —Me frota la espalda cariñosamente. Hay un atisbo de risa en su voz—. Ya va, ya va. Si yo sin ti no me voy a ningún lado.

Le acepto la respuesta sin prorrumpir en insultos ni recordarle que él y yo seguimos en el mismo punto, el punto muerto, porque es verdad.

Vale que él y yo no vamos a ir juntos y de la mano a ningún lado, pero eso no significa que no vaya a seguirlo hasta el fin del mundo tres pasos por detrás. Y no soy la única que piensa así. En cuanto me retiro un poco para que no me vea sufriendo, para no verme sufriendo ni yo misma, Celia me toma el relevo y se abalanza sobre él para comprobar que está en perfecto estado de revista. Thiago no se sorprende al verla sorbiendo por la nariz, palpándole la cara y los hombros y ametrallándolo con preguntas —«¿Cómo te encuentras?», «¿Qué ha pasado?»— que todos nos hemos hecho o nos estamos haciendo y que a lo mejor ella no ha oído porque está en *shock*. Thiago, todavía sentado en la madera del muelle,

corresponde su abrazo torpemente y apacigua sus nervios con paciencia. A ella no le hace bromas turbias sobre una muerte prematura y la paliza que le ha dado. A ella solo le frota la espalda y le dice: «No pasa nada».

—Tampoco es que quiera que te mueras. —Solloza Celia, agarrándose a su neopreno con tantas ganas que consigue arrugárselo—. No sé qué haría si no estuvieras en el mundo.

—Pues seguir adelante. Aunque no me hubiera ahogado, de todas maneras tampoco iba a seguir en tu mundo, ¿verdad? No me habrías necesitado para nada.

Podría haber sido una respuesta pasivo-agresiva, pero tanto Celia como yo la entendemos como un hábil consuelo gracias a su tono paciente. Desde luego, Núria se implicó a fondo para enseñarle los valores de la asertividad. Yo no puedo decir que los comparta; en mi estado, ni siquiera puedo aceptar o respetar que esté acariciando el pelo de su ex para calmarla. Tengo mis propios nervios que apaciguar y la escena se me hace demasiado dolorosa para seguir aquí, de pie, así que me voy retirando con todo el disimulo que me lo permite haber sido prácticamente la protagonista hasta hace unos minutos.

Mientras me alejo, obligándome a no echar la vista atrás —si se besan, no quiero verlo; si se reconcilian, no quiero verlo, y ¿por qué no iban a hacerlo, dijera lo que dijese Thiago, si es un machango poco fiable?—, pienso en la conversación con Celia.

«Era mi novio. ¿Qué era para ti?».

Pues no era absolutamente nada. Y eso no es lo malo, supongo.

Lo malo es que ya no lo será.

Capítulo 23

No apto para los que le tengan miedo a las alturas

Thiago

Si no he contado el percance con la botella de buceo veinte veces en las últimas veinticuatro horas, no lo he contado ninguna.

Airam se enteró porque se armó todo un revuelo entre la tripulación. Después de recoger sus pertenencias para pasar unos días sabáticos en El Hierro y despedirse de sus compañeros, salió disparado para hacerme un reconocimiento médico. Luego decidió que no podía dejarme a mi aire, que necesito que me vigilen por si acaso me quedan secuelas —*¿secuelas de qué, alma de cántaro*?—, y renunció a sus vacaciones para quedarse conmigo.

Como ya había avisado que esa noche no iba a pasarla en su camarote porque se quedaba en tierra firme, por más que explicó la situación le dijeron que tendría que buscarse la vida para encontrar un sitio donde dormir.

Cuando me lo comentó estábamos en la piscina echándonos una partida de cartas, donde tuve que soportar las miraditas compasivas de auténticos desconocidos.

Por más que lo diga Dácil, nunca me ha gustado la fama. No la llevo bien.

—Puedes quedarte conmigo —le dije.

—Y con Celia, ¿no?

Se descojonó, el muy cabrón.

En lugar de contestarme con un «sí» o un «no» definitivo, estiró

el cuello y clavó la vista en un punto por encima de mi hombro. Reorganizó su abanico de cartas con aparente desinterés, y luego, como si acabara de ocurrírsele la idea, alzó la voz para llamarla.

—Maday.

Me volví a tiempo de ver a la susodicha ponerse firme ante su tono. Tuve que fingir que me habían dado cosquillas en la nariz para ocultar una sonrisita tierna. Maday estaba en la piscina cubriendo el turno de Airam y el de otro muchacho que se había lesionado: por muy jefa de cocina que fuera, a las cuatro de la tarde no se sirve nada de comer, así que le endosaron una tarea que no le correspondía.

Se acercó con cautela y lo miró casi sin pestañear.

—¿Queréis tomar algo más? —preguntó en tono servicial.

Airam la miró de arriba abajo con toda la intención, y entonces tuve que agachar la cabeza para que no volviera a verme descojonado. Ni él ni la ruborizada Maday.

—No tengo donde caerme muerto esta noche porque he dimitido. ¿Puedo dormir en tu camarote?

No puedo arrepentirme de no haberle visto la cara a Maday al oír la pregunta, porque cualquiera que la conozca un poco puede imaginarse que volvió a ponerse colorada, o pálida, o de todos los colores, y luego balbuceó la respuesta:

—S-sí, c-claro.

—Gracias.

Airam se cruzó de piernas y sacó una carta de su baraja para cerrar la partida, pillándome con la guardia baja. Otra victoria más de las Canarias sobre la Comunidad de Madrid.

Maday dijo un suave «si necesitáis algo, llamadme» y se marchó como si la estuvieran persiguiendo, con la cabeza gacha y la bandeja vacía pegada al pecho. Solo cuando ella se hubo dado la vuelta, Airam le lanzó una mirada exasperada. Luego me miró a mí con resignación.

—Mi amiga desde los cinco años, damas y caballeros —anunció con una sonrisa burlona. Hizo también una especie de reverencia con el brazo—. *Agüita*, Thiago. Menos mal que la conozco desde que salió del útero de su madre, que si no, no sé cómo reaccionaría cuando le hablara. A lo mejor metería la cabeza en la tierra directamente.

—Hombre, la petición la ha pillado por sorpresa. Y a mí también. ¿Es que ya os habéis perdonado?

Airam puso su cara de interesante y se encogió de hombros mientras recogía todas las cartas para volver a barajar.

—La estoy poniendo a prueba, a ver cómo se comporta. —Le lanzó una miradita de soslayo. Maday estaba hablando con el barman junto a la caseta de madera—. Fuertito cuidado hay que tener con ese espécimen de mujer.

—¿Y cómo esperas que se comporte?

—Me gustaría que me hiciera un poco la pelota. Solo hasta que se me pasen todas las veces que me ha tratado como una mierda, o que no me ha tratado a secas.

—Parece justo. —Encogí un hombro.

Esa noche, no obstante, acabamos durmiendo los dos en la cama de mi camarote. A Maday le tocó cubrir toda la cena y el último evento programado, lo que no la dejaría acostarse hasta las cinco de la madrugada, y Airam no iba a tenerla despierta para una hora que podría dormir. Celia nos cedió el camarote de buena gana —aunque sin mirarme a la cara, avergonzada por el arrebato de ternura que había sufrido al creerme moribundo—, alegando que prefería pasar la noche con Leire.

Así que ahí estuvimos los tíos, apretujados e incómodos, pero recordando muy buenos tiempos.

La única vez que lo habíamos hecho fue cuando mis padres murieron en el accidente. Llegué al piso, dejé las llaves sobre la mesilla del recibidor, crucé el pasillo, me serví un vaso de agua mientras me quitaba los zapatos… Todo como un autómata, como cualquier otro día. Como si acabara de regresar de una clase de Anatomía y no de tomar decisiones sobre ataúdes y coronas de flores con la hermana de mi padre, que finalmente me pidió que le pasara el testigo; ella se encargaría de todo y así yo podría irme a descansar.

Airam chilló: «¡Qué dice el notas!», y se me tiró sobre los hombros allí, en la cocina, entusiasmado porque ese día había besado a Leire por primera vez. Al ver que no reaccionaba, me dio la vuelta y se quedó espantado al verme los puntos en la cara. Hizo la coña de que parecía Frankenstein, me preguntó si es que se habían quedado sin pieles sintéticas para practicar suturas en clase

—cuando en primero de carrera no se aprende aún a coser— y luego, viendo que yo seguía sin espabilar, cerró un ojo y dijo: «A ti te ha pasado algo grave».

Hace eso a menudo, lo de cerrar el ojo y ponerse a pensar, como si con el ojo izquierdo tuviera poderes extrasensoriales que le permitiesen leer tus pensamientos.

Yo contesté sin más. «Mi familia se ha matado». Y Airam se quedó mudo. No me pidió más detalles, lo cual le agradeceré toda mi vida. Me pasó el brazo por los hombros y me condujo a su habitación en completo silencio. Más adelante me diría que hizo eso para que no viera en mi propio cuarto las fotos de mi hermana, o la bufanda que me hizo mi madre, o la medalla de natación que gané el único día que mi padre pudo escaparse del trabajo para verme competir.

Me hizo una tila —aún me río con el pecho ardiendo de ternura cuando recuerdo este detalle—, puso la televisión para que el silencio no me hiciera daño en los oídos, programó una alarma cada seis horas para que me tomara el antiinflamatorio y se tumbó a mi lado a esperar a que hablara. No lo hice hasta las cinco de la madrugada, y seguí sin entrar en muchos detalles. Solo comenté que habíamos tenido un accidente, que el impacto había sido mortal, que yo estuve inconsciente solo cuarenta y cinco minutos y seis horas en observación en el hospital. Dije que había estado todo el día en el velatorio, que por eso había ignorado sus dos llamadas —no más, porque no le extrañaba que de pronto desapareciera en combate, y él tenía sus propios asuntos que atender— y que lo sentía.

Airam se quedó flipando.

—¿Que lo sientes? —Alzó la voz más de lo debido—. Yo sí que lo siento, cabrón. Lo siento muchísimo.

No sé si fue la vehemencia con la que lo dijo o porque se le quebró la voz al final, pero esa fue la primera y la última vez que lloré por el asunto… hasta que Núria empezó a tratarme desde Barcelona vía Skype. Entonces lloraba todos los jodidos días. Sin parar. Era un grifo hasta con las series de dibujos animados, con los anuncios optimistas de Coca-Cola y con las etiquetas de los champús. Estaba descontrolado. Pensaba

que la palmaría por deshidratación.

Pero no la palmé, y es aquí cuando y donde he obtenido mi recompensa por sobrevivir: la vida me ha dado, más tarde que pronto, la oportunidad de recordar ese día pasando otra noche de colegas con Airam. Los motivos para dormir juntos han sido distintos, pero igualmente conmovedores: Airam quería ver si tenía una burbuja de aire en el cerebro, o qué sé yo. Dejé Medicina en cuanto salí del *shock* y pude decidir por mí mismo, así que es poco lo que sé sobre las consecuencias de haber estado a punto de morir ahogado. Descubrí que siendo médico solo estaría posponiendo la muerte de los pacientes por unos años, unos días, unas horas más, lo que fuera, y que no me compensaría el mal rato de volver a pisar un hospital.

Hablamos de todo. De Celia, de Dácil, de Maday, de Roberto, de la familia Oramas al completo —qué alivio poder hablar de ellos, tratarlos como lo que son, personas que están vivas y no fantasmas que ya no tengo derecho a nombrar—, de música, de la carrera, de fútbol, de estupideces. Así se nos va la noche entera, poniéndonos al día. Al principio, con tiento y algo de respeto hacia el año de silencio que ha transcurrido, temerosos por si en algo ha afectado a nuestra conexión. Pero al final somos los de siempre.

Celia tenía su parte de razón. Solo teníamos que chocarnos los nudillos y luego el hombro. Está claro que obtener el perdón de ella no va a ser tan fácil, por otro lado. Me ha dicho a las claras que todavía no está preparada para sentarse a hablar conmigo, pero al menos, haberme visto al borde de la muerte la ha hecho recapacitar solo un poco y prometerme que, cuando esté lista, me llamará. O cogerá mis llamadas, mejor dicho, porque el primer paso no lo dará ella. Y me parece justo.

En resumidas cuentas, no tengo una burbuja de aire en el cerebro ni nada parecido. Lo que tengo es una mosca detrás de la oreja repitiéndome una y otra vez que Dácil me quiere. Por eso he estado toda la noche dándole patadas a Airam sin querer, revolviéndome como si tuviera hormigas en los pantalones.

Me quiere. Solo he tenido que morirme para que me lo diga, y resucitar para que dé tres pasos atrás. Pero *me quiere*. Sobre eso podemos trabajar. Especialmente ahora que estamos en nuestro territorio. No soy isleño de nacimiento, pero me conozco Tenerife

como a la palma de mi mano, y este es el último destino del crucero, donde vamos a pasar las próximas veinticuatro horas.

Desgraciadamente, no es tan sencillo coincidir con ella en el trayecto de hoy, y eso ya es decir cuando ejerce de guía turística. A la excursión se unen Celia y Roberto, Leire y Fede, pero también Airam y Maday. El barco ha desalojado esta mañana a todo el mundo, y eso incluye a la tripulación. Es Dácil la única que pringa hasta el final. Realiza sus dos trabajos con dedicación y profesionalidad, y no me refiero al de guía e informadora turística, sino al de ignorarme y evitarme. Lo consigue en los charcos de Garachico y lo consigue en el paseo por el casco histórico de La Laguna, pero mucho me temo que en el teleférico del Teide, que es la siguiente parada, no le va a quedar otro remedio que hablarme, aunque solo sea porque en los espacios cerrados no se puede huir en el sentido contrario.

Sí, caben cuarenta y cuatro personas y es un trayecto de diez minutos. Pero conseguiré que se dirija a mí. Haré que se responsabilice de lo que me dijo en El Hierro aunque sea lo último que haga.

Dácil se cuela entre los turistas que hacen cola para ser la primera en entrar y elegir sitio. Maday va a su lado, evidentemente, y Celia, que nadie pregunte por qué, acaba al otro, a la izquierda de Leire. Los chavales —Airam, Roberto, Fede y yo— nos sentamos enfrente, la incomodidad reflejada en los rostros.

Ya estoy viendo venir el viaje movidito cuando Celia rompe el silencio:

—¿Por qué no te sientas al lado de tu nuevo cariñito?

Arrugo el ceño, sorprendido por el tono. Evidentemente, es una de las muchas personas que se me acercaron ayer por la tarde, unas cuantas horas después del accidente, para preguntarme qué tal estaba. Sí, me dijo que seguía sin querer hablar conmigo cuando intenté aprovechar para discutir lo ocurrido durante el viaje, pero esa mañana también me había confesado llorando que, al verme tendido en el suelo, pálido y medio muerto, le entró una pena tan grande que me lo perdonó todo.

Supongo que su perdón es como el de Dácil, lo va retirando o lo va concediendo según le conviene. En cualquier caso, no me quejo porque me lo merezco, porque es natural que quiera matarme y

luego ya no tanto, y hasta me alegro de que esta sea la situación porque me evita el quebradero de cabeza de preguntarme qué demonios tengo que hacer para solucionar el problema. Ya lo sé: tengo que morirme. Solo morir ahogado le permitiría guardar un buen recuerdo de mí.

Como ese deseo no se lo puedo conceder, me desocupo.

—¿Por qué no dejas el tonito pasivo-agresivo? —le respondo, exasperado—. No te pega nada después de hablar lo que hablamos ayer por la mañana.

Celia me lanza una mirada dolida que me saca de eje.

A veces me olvido de que no estoy hablando con Dácil, de que no puedo devolverle la pulla con la misma intencionalidad hiriente y esperar que se crezca, me sonría, venenosa, y me haga polvo con su contraataque.

Celia no es como Dácil (si lo hubiera sido *—y perdóname por esto, Celia—*, otro gallo habría cantado): las réplicas malignas le escuecen.

—Lo siento —agrego enseguida. Para apaciguarla (o eso creo, al menos), continúo—: No me siento al lado de Dácil porque no es «mi nuevo cariñito».

—Bueno, tu cariñito de toda la vida. Tu único cariñito.

Joder. Para durar diez minutos, el viajecito va a hacerse interminable.

Me masajeo las sienes.

Paciencia, Thiago, que es la madre de la ciencia.

—No estoy con ella. Y parece que tampoco lo estaré.

Pensaba que ahí iba a acabarse la conversación, pero ay, no puedo parar de ser un imbécil y un ingenuo.

—¿Estás de coña? —Celia me mira sin dar crédito, al borde del estallido iracundo—. ¿Voy a pasar por una traumática ruptura por culpa de unos cuernos, y todo para que no te quedes con la chica?

Esta vez me froto la frente.

He dicho paciencia, Thiago.

—¿Quieres hablar de eso aquí y ahora? —le pregunto con falso interés, cuando la única respuesta a eso debería ser un «no» rotundo.

—Ya me he quitado de en medio, Thiago —insiste, ignorando mi pregunta—. ¿Qué es lo que os impide correr el uno a los brazos del

otro?

Me apoyo enteramente en el respaldo y dirijo una miradita a Dácil, que ya puede fingir estar entretenida charlando con Maday, pero nos ha estado observando con los párpados entornados.

Dácil ya no me mira. Dácil *me acecha.*

—Eso te lo tendrá que responder ella.

Dácil se yergue con toda la intención de afrontar el asunto. Le toma cuatro palabras:

—¿Lo primero? Por respeto.

—Ah, sí —ironiza Celia, ponzoñosa—, ese respeto que me mostrasteis follando en un baño.

—¿Cómo sabes que fue en un baño? —Pestañeo, no tan avergonzado como perplejo.

Roberto levanta el dedo.

—*Mea culpa*. Fui a usar el servicio, os vi y salí huyendo.

—¿Nos viste? —repito, anonadado.

—Estabais en un baño público. —Me recuerda. Habla muy despacio, como si estuviera dirigiéndose a gente cortita de entendederas—. Si queríais intimidad, haberos metido en el camarote de Dácil.

También lo hicimos allí, no te preocupes. Imbécil.

—No, gracias —interviene Maday, cómodamente recostada en su asiento. Tiene los ojos cerrados y los dedos entrelazados en el regazo, y transmite tal beatitud que casi me relajo mirándola—. Solo me hubiera faltado eso, estar en la litera de abajo mientras estos dos se daban candela.

—Te habríamos reubicado en alguna parte —me ofrezco con educación, y solo por el placer de dirigirme a alguien que no desea mi muerte por garrote vil—. Por ejemplo, en la habitación de Airam.

El aludido espabila de pronto frunciendo el ceño.

—¿Y a mí por qué me metéis?

—Parece que la conversación privada se ha convertido en algo colectivo. Me parecía muy descortés no concederte tu cuota de participación. —Y lo señalo con un ademán elegante. No quiero darle la tarde a Airam, pero necesito que alguien comparta conmigo la carga o seré expulsado del teleférico por la única vía posible, la aérea.

—A ver si te crees que así vas a evitar el tema principal, que es por qué no sales con mi hermana. —Me bufa de mala manera.

—Pues el segundo motivo por el que no lo hacemos podrías ser tú. —Le espeta Dácil.

—¿Yo? —Airam se señala con carita de inocente—. Si yo no he abierto la boca.

—Solo para echar a Thiago de Tenerife, como si la isla fuera tuya —se mete Maday como quien no quiere la cosa, mirándose las poquitas uñas que le quedan de tanto mordérselas.

No necesita poner tono de reproche para que el peso de sus acciones caiga sobre él.

—Ojalá la isla fuera mía, chinija. —Airam le sonríe, venenoso, y le habla con falsa simpatía—. Te habría desahuciado a Cuba bien rápido.

—Genial, así habría conocido a un maromazo cubano al que pasarme por la piedra. —Le espeta de pronto, incorporándose hacia delante.

Airam imita su postura y le habla con la vena de la frente bien tensa.

¿Qué ha pasado en tan solo veinticuatro horas? ¿Habrán discutido en los charcos o en La Laguna?

Ahora que lo pienso, Airam lleva mosqueado toda la mañana.

—No te lo crees ni tú. Se te acerca un maromazo cubano y te falta tiempo para cavar un hoyo en el que esconderte. —Vuelve a recostarse y aparta la mirada para observar el paisaje. Y añade por lo bajini—: Cobarde.

—Entonces es algo de familia —interrumpe Leire, mirándonos alternativamente a mí y a los Oramas. Esboza una sonrisa que parece inofensiva, pero en realidad rezuma desprecio—. El tercer motivo por el que no estáis juntos es porque os dais miedo el uno al otro, ¿no? Solo os podéis aguantar en pequeñas dosis o, si no, os da algo.

—Pequeñas dosis, dice. He convivido años con Dácil, incluso en la misma habitación. A mí no me preguntes por razones que nos mantienen separados. —Alzo las manos para quitarme la culpa—. Yo no tengo ninguna.

—Tenías una el año pasado. Una muy buena. —Replica Dácil en el acto, mirándome con rencor—. ¿Por qué las cosas tienen que

darse cuando el niño quiera, eh? ¡Ahora no me da la gana a mí!

Su queja infantil me deja de piedra.

—¿Va en serio? ¿Por eso me rechazas? —No doy crédito, y creo que se nota en mi tono—. ¿Porque no quieres estar de acuerdo conmigo? ¡Madura, Dácil!

—¡No tiene nada que ver con eso! *Chos,* fuerte machango, te lo juro —masculla por lo bajo. Se cruza de brazos y hace lo mismo que su hermano: desviar la vista al otro lado de la ventanilla, como si no se supiera de memoria el paisaje.

—Si de algo sirve el comodín del público, yo creo que deberíais estar juntos. —Apoya Roberto, pillándonos a todos por sorpresa. Con una simplicidad insultante, resume una cuestión tan compleja—: Los dos estáis como una jodida cabra. Sois tal para cual.

—Opino igual. —Sentencia Leire, que se ha apropiado el decisivo papel de jueza—. Nos haríais un favor a todos.

—Si me permitís la interrupción. —Se incorpora entonces una señora, levantando la mano como si quisiera tomar la palabra; tiene sobre el regazo a una niña de tres, quizá cuatro años—, no creo que dos locos deban estar juntos. Sería como echarle más leña al fuego.

—¡Gracias! —celebra Dácil.

Su alivio al ponerse las manos en el pecho me saca de quicio.

—Pero ¿gracias de qué? Es obvio que estás contra mí. —Sacudo la cabeza, exasperado—. Vas a mandarme al carajo por el placer de romperme el corazón, incluso rompiendo el tuyo de paso.

—Proteger mi corazón no encabeza ni de lejos mi lista de prioridades. —Me sopla, malencarada—. Hay cosas mucho más importantes que esa, como ser fiel a mi integridad, perdonarme por lo que he hecho y alejarme de un golfo que me roba la paz mental. Y en el que no se puede confiar, por cierto.

—En eso estoy con ella. —Asiente Celia.

Y se chocan los cinco.

En mi puta cara.

Parecen haber olvidado que son enemigas por culpa de su interés común. Dácil debe de estar regocijándose de placer porque ahora pueda aliarse con ella contra mí, que es lo que siempre ha deseado.

—Lo siento, amigo. —Roberto alarga el brazo y me da una

palmadita condescendiente en el muslo—. Tiene que ser duro estar en tu situación. Yo no me perdonaría haber perdido a dos mujeres increíbles, y a ambas con el mismo movimiento. Solo por curiosidad, ¿cuál de las dos lo hace mejor?

Su descaro me deja boquiabierto, y no soy el único. Airam deja de mirar a Maday con la mandíbula tensa y la descuelga al posar una mirada turbia en Roberto.

—Un caballero no responde a esas preguntas —replico, muy digno.

—Responde, venga —insiste, sin darse cuenta de que al hermano de la criatura se le está hinchando la vena.

—Tú sigue, flaco, que al final te mando a casita de un bimbazo —le advierte Airam.

—¿A ti qué te pasa, bobomierda? —le suelta Dácil, también flipando—. ¿Qué pregunta es esa?

—¿Y por qué te metes? —agrego yo, más sorprendido que irritado. Aunque irritación hay, eso seguro—. ¿No decías que odiabas verte involucrado en líos ajenos?

—Lo odio —confirma con un cabeceo resignado—, pero vosotros me habéis arrastrado a los vuestros, así que ahora quiero ver el mundo arder.

Y sonríe, el muy cabrón.

—A ver si el que arde vas a ser tú, payaso —masculla Airam.

—Creo que el asunto se está saliendo de madre —interviene Maday, en un intento por llamar a la calma—. ¿Por qué no dejamos que hablen quienes tengan que hablar una vez hayamos terminado el recorrido? A solas —apostilla, mirando con fijeza a Roberto.

Está claro que le cae mal incluso a ella.

—¿Por qué a solas? ¿Tienes miedo de que la pelota caiga en tu tejado y se aireen tus problemas? —La pincha Airam, cruzándose de piernas a la espera de una réplica.

Se le ve tan seguro de que Maday va a agachar la cabeza que no me extraña que respingue cuando ella contraataca:

—Si alguna vez hubiera tenido miedo de eso, ya lo habría superado después de haberte visto contándoselos a todo el mundo. Es a ti al que le encanta ir por ahí echando pestes de mí, como si tú fueras perfecto.

Dácil y yo nos olvidamos por un momento de nuestro odio

ancestral y nuestro amor imposible para intercambiar una mirada a caballo entre el asombro y el gusto prohibido por la pelea.

—Otro par de idiotas. —Leire pone los ojos en blanco, y como si quisiera dejar claro que no lo dice por resentimiento, apoya una mano en el muslo de Fede—. Me parece ofensivo que vosotros dos también andéis en círculos en lugar de aceptar de una vez que deberíais estar juntos. En palabras de Celia, no pasé por el luto de una relación de un lustro para que os quedarais en el mismo punto.

—Pues vaya luto el tuyo, mi niña. —Le contesta Airam, enarcando una ceja con aire arrogante—. Se te llena la boca diciendo «cinco años», pero en un mesecito ya estaba este notas llevándote el desayuno a la cama. —Y señala a Fede con un gesto de la barbilla.

Leire se inclina hacia delante para hablarle con el rostro tenso.

—Tú a los dos días estabas llamando a la puerta de la casa de Maday —sisea, echando chispas—, así que no me toques las narices.

—¿No te mandaste a mudar para que resolviera mis asuntos pendientes con ella? —Airam levanta las cejas, genuinamente sorprendido por su contraataque—. ¿Cómo querías que los resolviera si no era yendo *pa* su chozo? ¿Por telepatía?

—Tiene su parte de razón. —Corrobora una chica joven, a la que localizo en un extremo de la cabina—. Las cosas se hablan a la cara.

Leire se ruboriza. Hasta una desconocida le ha llamado la atención.

—Solo digo que no tienes ningún derecho a reprocharme que encontrara pareja.

—Eso mismo. Además, ¿por qué te importa tanto que la tenga? —Añade Maday, esperando con atención una respuesta que la satisfaga—. ¿No se supone que ya lo tenías superado?

—¿Y a ti qué te pasa, mi reina? ¿Te ha dado un ataque de celos, o qué? —le replica Airam en tono condescendiente—. Porque no te pega nada eso de demostrar que sientes cositas por mí.

Dácil y yo nos miramos. Los dos habríamos lanzado un silbido al aire si no estuviéramos tan en vilo con su toma y daca.

—Mejor vamos a dejarlo —interviene Leire, estirándose con dignidad. Se alisa las arrugas de la falda—. Ya lo hemos hablado en el crucero, Airam. Vale que sean cosas que necesitan tiempo para sanar, pero por repetirnos los reproches no lo olvidaremos más

rápido.

—Eso, no repitáis reproches y estemos todos tranquilitos. —Ruega un pasajero. Parece nervioso. Debe de vernos capaces de detener el teleférico o de estrellarlo contra las faldas del Teide tras una pelea sangrienta.

—¿Qué es lo que tienes que olvidar? —le pregunta Fede, ceñudo—. ¿No lo habías olvidado ya?

—No sé qué decirte, flaco. —Airam chasca la lengua, compadeciéndose—. Tu novia me ha buscado unas cuantas veces durante el crucero.

Leire palidece y fulmina con la mirada a Airam, que ni se inmuta.

—¿Y tú te has dejado encontrar? —pregunta Maday, también tensa.

Mañana podremos celebrar la fiesta de las contracturas cervicales, porque creo que aprietan el culo hasta los silenciosos espectadores.

—Sabrías lo fácil que es encontrarme si me hubieras buscado alguna vez. —Le suelta, desahogado. Y se queda tan a gusto.

Una Dácil con los ojos desorbitados se cubre la boca con la mano.

—¿Es que todos se han acostado con todos? —Celia se queda perpleja.

—Yo aún soy virgen —admite una adolescente, que levanta la mano ante su atónito padre.

—¡Más te vale! —le espeta este.

—Aparentemente sí —concluye Roberto, mirando a Celia con una sonrisita prometedora—. Solo quedamos tú y yo por confesar.

—¡¿Qué?! —exclamo yo. Más bien digo «qué», sin voz y sin interrogaciones.

—No te rayes, Thiago. —Roberto se quita una pelusa invisible de las bermudas de explorador—. Fue anoche. Celia ya no estaba contigo.

—¿Es broma? ¿Te lo has tirado? —Miro a Celia sin dar crédito.

—¿Y a ti qué te importa? —Me ladra como si llevara esperando toda la vida este momento—. Me mandaste a dormir a otro camarote, y obviamente no iba a pasar la noche entre Fede y Leire. O entre Leire y Airam.

—¿Has pasado la noche con Airam? —le pregunta Fede a Leire, en *shock*.

—¡No! —Se pone roja hasta la raíz del pelo—. ¡Claro que no!

—Porque le dije que no. —Apostilla Airam. Luego se dirige a su exnovia con una asertividad de psicólogo de guardia que me habría hecho reír en otras circunstancias—: Leire, mi niña, tú que tanto abogas por la honestidad, podrías dar ejemplo contándole a tu novio lo que estaba pasando entre bastidores. Algún que otro beso ha habido.

—¿QUÉ? —Fede no cabe en sí de asombro.

Pobre criatura. Está recibiendo todo Dios, pero que reciba él, que no mata una mosca…

Dácil y yo estamos igual de estupefactos, por cierto. Hemos dejado de lado nuestra enemistad, nuestros nervios, nuestros «casi somos», para compartir impresiones con la mirada sobre las últimas noticias.

—Hoy te has levantado con ganas de romperme el corazón otra vez, ¿eh? —Leire sacude la cabeza, mirando a Airam como si no lo reconociera.

—Ha habido besos —repite Maday, pestañeando muy despacio. Su voz suena hueca—. Qué bien.

—No te los iba a estar guardando a ti para siempre, chinija. —Resuelve Airam sin un ápice de culpabilidad. Luego mira a Leire con gesto solemne—. Pero si tú misma me has dicho que ese notas no significa nada para ti y que no tenías el valor de dejarlo. Este es el momento para que actúes.

Leire parpadea varias veces seguidas, y por un instante parece tímida e ingenua, o quizá es la pregunta lo que hace que lo aparente.

—¿Dejarlo y volver contigo?

—No, soy antimujeres ahora. —Y se queda tan pancho después de decir eso—. Pero sí dejarlo y estar un fisco sin novio, Leire, que llevas enganchando parejas serias desde los quince años. Lo mismo no te viene mal pasar un tiempito soltera.

—Lo que faltaba. —Leire jadea, indignada—. Ahora tengo que hacer lo que tú digas, ¡no te jode!

—Yo solo te aconsejo, que es lo que, entre otras cosas, venías a buscar cuando me llamabas.

—Viendo lo viciosos que sois todos, deberíais estar solteros —sugiere con muy buen tino una señora mayor de entre el público.

—Dácil, en concreto, debería estar conmigo —replico, señalando a la aludida con una sonrisa que intenta parecer segura.

—Gracias, pero como decís en Madrid, «no me renta».

—Dios mío, ¿qué le pasa a este teleférico? —Otra señora examina el techo y los asientos en busca de algún defecto—. ¿Es la presión baja por culpa de las alturas? Evidentemente, algo le pasa al aire, porque no he visto tanta hostilidad desde que Chanel ganó el Benidorm Fest.

—No creo que sea por eso. —La tranquiliza Dácil con una sonrisa tierna—. A Thiago siempre le ha faltado oxígeno en el cerebro. En su caso, esas ideas de tronado no se deben a nada relacionado con el entorno.

—Y a ti te falta un agua —le espeto.

—¡Oye! ¡A ti sí que te falta un chaparrón! —La defiende Maday.

—Y a ti te faltan huevos. —Le espeta Airam a ella.

—Y a ti te falta un fisco de educación. —Le replica Maday con todas las letras.

—Coincido en que te faltan huevos. —Apoya Leire, mirando a Maday.

—Y a ti te haría falta consolar a tu novio, que mira cómo lo has dejado. —Maday señala a Fede, que parece haber sufrido un ictus, porque se ha quedado hecho un despojo en el asiento.

—A mí me hace falta volver a mi casa —murmura el afectado.

—Y a mí —admite Celia.

—Volver a tu casa y también un polvo con Roberto, por lo visto —agrego yo, no sin retintín.

—Exacto. —Se enorgullece Roberto.

—Y a todos nos falta mucho para llegar a nuestro destino. —Suelta otro de los presentes, un señor que mira su reloj con cara de circunstancias—. Llego a saber que ponen un *reality* en vivo y me espero al siguiente. Tanto correr para el *live action* de *Gran Hermano*, macho.

—¿Tú qué problemas tienes? —le espeta Airam. Todos nos ponemos firmes en el acto. Una cosa es insultarnos entre nosotros, y otra muy distinta arremeter contra un inocente. Pero cuando Airam se calienta, el cabreo da para mandar un globo aerostático a la

estratosfera—. ¿A ti es que te han puesto los cuernos?

Sorprendentemente, el señor, que debe de ser bombero, o guardia civil, o uno de esos imbéciles del gimnasio que se burlan de los tirillas, porque está mazado y da hasta miedo, se pone colorado de la vergüenza.

—No.

—¿Y has participado en unos cuernos aun habiendo vivido el divorcio de tus padres que lo provocaron precisamente los cuernos, con la culpabilidad que eso provoca?

—No.

—¿Y llevas toda tu vida enamorado de una persona que no para de jugar contigo?

—No.

—Pues entonces te callas y dejas que nos peleemos todos con todos.

—¡Eso! —exclama Dácil, envalentonada—. Si querías silencio, haberte ido de viaje espiritual a la India con los monjes, no a Canarias.

—¿Qué lugar me corresponde a mí en esa lista? —pregunta Roberto.

—Ninguno —le contesto con regocijo—, por eso tú también debes cerrar el pico.

Roberto hace una mueca que viene a significar algo como «no veas con el chico».

—Menudos humos. No me extraña que tu amigo te echara de su casa como a un perro.

—¿Vas a callarte de una vez, o quieres un ejemplo en vivo de lo que es echar a alguien como un perro… del teleférico? —le gruñe Airam.

—Hombre, no ha dicho ninguna mentira —interviene Celia con la asertividad que habíamos echado todos de menos.

—¿Qué pasa aquí? —Maday suelta un suspiro y se pellizca el puente de la nariz—. ¿Vamos a tocar todos los temas habidos y por haber? ¿No vamos a dejar descansar ni un solo problema del pasado?

—¡Gracias! —exclama Dácil, extendiendo los brazos—. Eso es. Hay que mirar hacia delante y concentrarse en lo bueno que vendrá, no en lo malo que dejamos atrás.

—¿Y eso dónde lo has leído? ¿En un calendario de Mr. Wonderful? —me burlo.

—Donde no lo he leído es en tu cara, que llevas un careto de pesimista y de llorón que no puedes con él.

—Si lo que pretendes al huir de mí es dejar de ver a una persona trastornada, mucho me temo que no lo vas a conseguir si no retiras todos los espejos de tu casa.

Dácil empieza a ponerse roja.

—¡Que te den!

—¿Que me den? Qué poco original. Esperaba una réplica algo mejor. Llevamos aquí diez minutos y todavía no me has dado ni una de tus razones cojonudas para mandarme al infierno.

Dácil echa todo el peso hacia delante, sobre los muslos, para espetarme a la cara:

—¡No te mando al infierno, solo te mando lejos de mí!

Imito su postura para replicarle en el mismo tono:

—¡Es la misma cosa!

La cara me arde por la rabia. No sé cómo he podido controlarla durante tanto tiempo, entre las provocaciones de uno y las provocaciones de otro.

Dácil y yo nos aguantamos la mirada, desafiantes. A ver quién la aparta antes.

Venga, sé tú la cobarde.

Pero no lo es. Ella puede perder la templanza, pero nunca el temple.

—Por Celia —resume unos segundos después, en los que no se ha oído una mosca—, y no solo porque lo que le hemos hecho sea la máxima representación de la clase de daño brutal que somos capaces de provocar tú y yo, sino por algo que me dijo.

Quizá dentro de unas horas me acuerde de este momento y quiera abofetearme por injusto, pero ahora tengo el valor de fulminar a Celia con la mirada por haberla puesto en mi contra.

—¿Qué le has dicho ya?

—No le hables así, porque dudo que se diera cuenta de que, con su pregunta, mi cabeza hizo clic. —Hace una pausa para respirar hondo. Cuando vuelve a mirarme, no hay odio ni desesperación. Sería como si asistiéramos a misa, dice—: ¿Qué es lo que he hecho yo por ti?

Me acaba de pillar con la guardia baja.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es la única pregunta que importa. —Aclara en tono solemne—. ¿Qué he hecho yo por ti? ¿Qué has hecho tú por mí? ¿Por qué nos queremos, Thiago?

—¿Adónde quieres llegar con estas cuestiones existenciales? —Le reclamo, exasperado—. ¿Por qué el cielo es azul? Porque es azul y punto. No me lo cuestiono.

—Pues haces mal. Y quiero llegar a una conclusión muy simple: tú y yo no hemos hecho nada más que arruinarnos la vida. Tú me hiciste sentir una basura durante años con tus comentarios, y aunque entienda que fueron instigados por el miedo a hacerte cargo de tus sentimientos, el resultado es el mismo. Me hiciste daño. Igual que cuando hiciste bomba de humo el año pasado. Yo casi te he dejado sin máster, provoqué que Airam te echara de casa y vuestra amistad se rompiera abruptamente, y he jodido tu relación con Celia. ¿Por qué nos queremos, Thiago? ¿Por qué deberíamos estar juntos?

Estoy seguro de que en cualquier otro momento se me habrían ocurrido mil millones de razones, pero Dácil me tiene donde quería con su tono de voz hipnotizador y sus ojos dolidos: me tiene en su red, con el esparadrapo en la boca.

—Visto así, la cosa parece difícil de solucionar —opina la adolescente.

Justo cuando voy a intentar darle una respuesta coherente —o a pedirle a los desconocidos que chapen la boca—, el teleférico llega a su destino y la gente empieza a bajarse. Entre todos los hombres y mujeres que se cruzan entre nosotros, que me impiden verla más que fugazmente, entre los huecos que dejan unos y otros para facilitar el tránsito, pierdo el hilo de la conversación. Y, con ello, la oportunidad de expresarme.

—Hemos tenido tres o cuatro momentos de complicidad, sí —prosigue Dácil cuando nos quedamos solos—, pero no deberían compensar los malos ratos que nos hemos hecho pasar.

—No estamos pesando mantequilla para una receta, Da —interrumpo con la mano alzada—. En la vida no es tan fácil como simplemente colocar los problemas y los días buenos en una balanza y actuar conforme a un resultado lógico. A mí me vale con

esos días buenos.

—¿De verdad?

Me lo pregunta con humildad, con el corazón en la mano.

Yo sé que sí, sé que sí y lo defenderé hasta la muerte, aunque eso me valga todas las etiquetas malsonantes que quieran ponerme. ¿Autodestructivo? Pues vale. ¿Masoquista? Lo acepto. ¿Tóxico? Me da igual. Es mi vida y no hago daño a nadie.

Me quedo helado ante mis propios pensamientos, dándome cuenta de que eso no es verdad, de que tengo que recular. He de aceptar la verdad que Dácil está poniendo sobre la mesa, porque *sí* que he hecho daño a alguien. Y no solo a «alguien». A mucha, muchísima gente me la he llevado por delante. Mi obsesión con Dácil ha hecho daño a más personas de las que puedo contar con los dedos de una mano. Y eso es lo que a ella le está pesando. Lo que *a mí* debería pesarme, pero no lo hace. Porque yo dejo que Dácil me ciegue, dejo que el querer me trastorne y hasta me enorgullezca de mi egoísmo.

Pero ella ya no. Ella ha crecido.

Unos toquecitos en la entrada del teleférico me desconcentran.

—Mis niños, va siendo hora de que se bajen. —Nos avisa el encargado.

—Sí, enseguida. —Le contesta Dácil. Le hace un gesto con la mano para que espere, pero sus ojos no se separan de los míos—. No voy a preguntarte por qué no quieres a Celia. Hay personas que, por buenas que sean con nosotros, por más que nos adoren, no despiertan esos sentimientos. Pero sí voy a preguntarte por qué me quieres a mí, cuando no he hecho por ti ni la mitad de las cosas que ella, que sí se ha sacrificado para hacerte feliz. Yo solo te he hecho desgraciado, Thiago, ¿es que no lo ves? Somos nocivos.

—Pero ¿te crees que yo no soy nocivo para mí mismo? ¿O qué tú no tienes problemas contigo misma? Los humanos somos… somos un amasijo de problemas que acabamos proyectando. Todos sin excepción. No somos perfectos por separado, ¿cómo vamos a serlo juntos?

—Sí, es verdad que cada uno tiene lo suyo —reconoce con un gesto de la cabeza. Le cuesta tragar saliva. Le cuesta decirme esto. Al menos está infinitamente más tranquila que ayer—. Pero por eso mismo tenemos que encontrar a alguien que nos sume, que saque lo

mejor de nosotros y no lo peor, que nos complemente como el yin y el yang.

Su testarudez empieza a desquiciarme.

—¿A quién coño le importa el yin y el yang?

—A mí. —Resuelve. No puedo responderle a eso, porque suena segura y porque no se me ocurriría pasar por encima de nada que le importe—. Ha habido momentos en los que he tenido la certeza de que me había vuelto loca del todo. Me haces rabiar hasta tal punto que me cuesta respirar. La manera en que te fuiste el año pasado me hizo tanto daño que me tuve que jurar que nunca hablaría de ello, ni siquiera conmigo misma. Y no me pongo por delante —advierte, alzando la mano—; estoy segura de que tú manifiestas tus síntomas, síntomas de esta enfermedad que soy yo, y guardas unas cuantas acusaciones hacia mí.

Replico lo primero que se me ocurre en un impulso estúpido:

—Podemos hablarlo. Intentar solucionarlo.

—No hay nada que hablar. Nos pesa demasiado la mochila, Thiago. Yo ya solo la quiero soltar, o esta intensidad me acabará matando. Y yo sé que… —Dácil se mira las manos—. Yo sé que esto es duro, porque creo que tú… creo que tú, al igual que yo, creíste que esto acabaría bien, que nos pondríamos de acuerdo algún día. Pero sé que lo entiendes. Sé que me entiendes. Yo te llego, ¿no? —Esboza una especie de sonrisa, o lo intenta—. Eso fue lo que dijiste, que hay gente que nos llega cuando nos habla y gente que no. Si es verdad que yo te llego, no tengo que seguir explicándome.

No, no tiene que seguir explicándose. La entiendo. Y lo odio.

Hoy no puedo acusarla de irracional, ni gritarle que esa idea que tiene es de bombero, de una ridiculez impresionante o que se cae por su propio peso. Por eso mismo sé que hoy, a diferencia de ayer, no me voy a meter en la cama convencido de que podré dar su brazo a torcer. Hoy me voy a dormir derrotado.

—Me habría gustado que todo fuera diferente —murmuro con la vista clavada en las puntas de mis pies. Me duele el alma verla tan triste—. Si no me hubieras oído decir todas esas barbaridades la noche de las perseidas, lo habría sido, ¿verdad? Habría sido distinto. Lo empecé yo. *Lo arruiné yo*.

—O a lo mejor lo arruiné yo por no zarandearte allí mismo. No creo que haya que buscar culpables. Ninguno de los dos ha sido un

ejemplo de nada.

Apoya la mano sobre mi rodilla y me la aprieta para infundirme ánimos. Ese gesto me pilla por sorpresa y me confunde. Es tan poco… Dácil. Demuestra cariño, pero un cariño más bien distante; comprensión, pero casi condescendiente. Y, sobre todo, demuestra que la niña de las bambas ha crecido mientras he estado fuera, que se ha esforzado tanto por sacarme de dentro que, aunque ha recaído durante esta larga semana, el momento de debilidad le ha servido para convencerse más aún de que lo mejor es tomar caminos separados.

Esa Dácil está total, completa, rotundamente fuera de mi alcance. En el sentido metafórico, y en el literal también, porque se levanta antes de que la vea derramar una lágrima y sale del teleférico, dejándome a solas con el aire contaminado de reproches del que hablaba la señora. Aire contaminado de reproches, presión baja y ninguna esperanza de moverme de aquí si no viene alguien a echarme una mano.

El amor muerto pesa tanto que, o me ayudan a arrastrarlo, o acabará por hundirme con él.

Capítulo 24

El regreso del hijo pródigo

Dácil

La guagua me deja en la parada de Los Cristianos con la modesta maleta que me llevé al crucero. Desde allí me espera un largo —y empinado— trayecto hasta el chozo.

La maleta parece mucho menos pequeña y vacía cuando llevo diez minutos arrastrándola.

Consulto mi móvil cada dos segundos por si acaso me esperara una notificación importante. Nadie me escribe. Ni siquiera mi hermano, que ha prometido avisarme cuando salga el avión de Thiago para que tía Jana vaya a buscarlo al aeropuerto con su coche. Y más le vale avisarme, porque tengo mil millones de preguntas que hacerle sobre sus besitos con Leire y sus despiadados ataques hacia Maday. ¿No se supone que todo había ido a mejor? Maday estaba contentísima —y al borde del paro cardiaco— porque Airam le había pedido dormir en nuestro camarote, y sospecho que no en la litera de arriba.

De Thiago, por cierto, no hay ni rastro. Se vuelve a Madrid en un vuelo nocturno y ya está.

Así lo damos todo por zanjado.

No lo reconocería ni bajo amenaza, pero estoy tan triste que el dolor ha pasado de ser emocional a manifestarse a través de lesiones físicas. No sé de dónde ha salido la colección de morados que me salpican los muslos, me pesan los huesos, me arden los pies, me queman los ojos, tengo el estómago revuelto y a cada rato noto

unas punzadas de lo más molestas en el pecho. Si así es como uno se siente cuando ha tomado la decisión correcta, ahora entiendo por qué hay tantos kamikazes por el mundo. Haría cualquier cosa para detener esto, incluso tontear con la posibilidad de llamar a Thiago y decirle que estaba drogada o tronada de la cabeza cuando lo despaché a gusto.

Pero no lo estaba. Estaba siendo tan razonable que hasta yo me pregunto si ha sido real.

Cuando llego a mi hogar, dulce hogar, son las diez y media de la noche, y ya desde la calle se oye la algarabía de los Oramas. Eso aún me saca una sonrisa mientras busco las llaves en el bolsillo de mis vaqueros.

Dudo bastante que sea una fiesta en honor a mi regreso. La fiesta debieron de hacerla cuando supieron que estaría ocho días fuera.

Ocho días.

¿Cuánto te puede cambiar la vida en ocho días? Solo hay que verme para saber que te puede cambiar mucho más rápido de lo que un ser humano puede gestionar sus emociones y encajar los golpes. Pero ¿no le toma a un adicto cinco segundos recaer en sus vicios malsanos?

Cuando abro la puerta, por poco me doy de bruces con mi madre. Lleva su batita de satén roja, la que tiene un estampado de inspiración japonesa, y los labios pintados.

—¿Tú no estabas rodando en Latinoamérica?

—Anda que me dices «buenas noches, mamá, ¿cómo estás?». Mi niña, a veces eres bien arisca —rezonga, cruzándose de brazos—. Regresé porque ya mataron a mi personaje.

—¿Y no te necesitan pululando por allí por si quieren un *flashback*?

—Ay, no. Soy la villana, pero no una de esas villanas tipo Soraya Montenegro, que quedan para el recuerdo y todo el mundo adora aunque sean perversas. Me dieron un papelito de malvada de tres al cuarto. No me llamarán porque el público me eche de menos.

—¿Y William Levy? —Levanto las cejas.

Mi madre se hace cruces a modo de respuesta. Iba a reírme, pero al dar un paso adelante y ver cómo ella se interpone en mi camino para bloquearme el acceso, se me corta el rollo.

—¿Qué haces?

—¿Qué hago? —replica en tono inocente.

—Ponerte en medio. Quiero pasar.

—Claro que quieres pasar. —Cabecea, comprensiva—. Ha debido de ser un viaje muy largo y estarás cansada.

No sabes cuánto.

—Pues sí, la verdad. Voy a saludarlos a todos y me dejo dormir.

—¿Y por qué no te acuestas y luego los saludas a todos? Iremos a verte a tu sótano.

—Pero ¿qué dices? *Nadie* entra en mi sótano. —Me la quedo mirando alarmada—. ¿Habéis entrado en mi sótano? ¿Lo habéis desalojado mientras yo no estaba?

—¡Qué tonterías dices! —Y se ríe como una histérica.

Empiezo a ponerme nerviosa.

—¿Qué es lo que pasa, mamá?

—No pasa nada, es que… están todos ya descansando.

Tiene gracia, porque en ese momento se oye un cristal rompiéndose contra el suelo. Se levanta un coro de carcajadas y acto seguido se oye a tía Jana gritar:

—¡¡*P'ALLÁ PA'L* COÑO!!

No había necesidad de decirle nada a mi madre, pero no puedo resistirme a suspirar y comentar:

—Yo no sé cómo has podido ganarte la vida como actriz, mi niña.

La esquivo sujetando con ganas el asa de mi maleta. Pensaba que la cosa se iba a quedar ahí, pero mi madre me adelanta con agilidad y extiende los brazos para impedir que dé un paso más, ya sin ningún tipo de vergüenza.

—Dácil, tenemos una visita y solo me quiero asegurar de que estarás… tranquila y de que serás razonable en la medida de lo posible.

—Pero ¿a mí qué me importa quién haya venido de visita…? —Se me pasa la tontería al ver la seriedad con la que mi madre me mira de hito en hito. Un escalofrío, todavía no sé si de miedo o de placer, me recorre el cuerpo entero—. ¿Airam está aquí?

—Sí, llegó hará una horita o así, pero se fue con un amigo.

Tengo que resistir el impulso de patear la pared.

Entonces Thiago no se ha ido. Como se ha amigado de nuevo

con Airam y andaba por Tenerife, ha aprovechado para pasar a saludar. Le dije claramente que tenía que dejarme en paz, ¿y lo primero que hace cuando nos despedimos es venir a mi casa?

Ese golfo me va a oír.

Echo a andar en dirección al salón. Por el camino, intento calmarme.

Airam es su amigo, y si Airam lo quiere invitar a pasar la noche, pues es poco lo que puedo hacer. No va él a cortarse un pelo porque yo esté presente o, para olvidarlo, necesite que nos alejen dos mil kilómetros y una importante porción del Atlántico y del sur ibérico. No es justo. Tengo que ser cabal, comprensiva. A lo mejor el modo de sacármelo del sistema no es fingiendo que ha muerto. A lo mejor solo podré superarlo aprendiendo a convivir con él a sabiendas de que no podrá unirnos más que la básica cortesía.

Cuando estoy a punto de cruzar el umbral y unirme a la fiesta, me he convencido, milagrosamente, de que lo mejor será comportarme con naturalidad. Pero cuando estoy en el salón y me fijo en el invitado, al que tía Jana y tío Jaime zarandean y abrazan como si España hubiera ganado el Mundial —de hecho, así se abrazaron cuando España ganó el Mundial, aunque a ninguno de los tres les interesa el fútbol—, juro que se me va toda la sangre a los dedos de los pies.

Y de ahí no me mueve ni Dios.

El jolgorio del salón es avivado por los gritos de mi abuelo, los aplausos de Margarita y la televisión a toda pastilla. Todo ese ruido fiestero se va disolviendo conforme uno a uno se percatan de mi regreso, que aviso dejando caer la maleta al suelo sin querer.

Lo único que se oye ahora es el murmullo de *Sálvame*. Eso y mi corazón, que late con fuerza y a la velocidad de la luz en un pecho que no puede encajar más noticias duras en el día de hoy. Y menos todavía noticias de la envergadura del Oramas perdido, el padre del que no he sabido nada en prácticamente dos años.

Solo una cosa, aquello que quedó demostrado y que tuve que aceptar llegado cierto punto: que no quería saber nada de mí.

—¡Ya estás aquí! —exclama tío Jaime para romper el silencio. Hasta a él se le nota la incomodidad en la sonrisa de oreja a oreja—. ¡Qué alegría, mi niña! ¿Cómo fue el trabajo? ¿Como para repetir?

—Qué coño haces tú aquí —le espeto al único al que no le corresponde divertirse en este salón. Ni siquiera lo pregunto, ni lo planteo en tono interrogativo. Es una acusación.

—Ya valimos. —Oigo que se lamenta mi madre por lo bajini.

Mi padre no parece afectado. Aparta a sus hermanos con palmaditas en la espalda y se quita el ridículo gorrito de fiesta infantil que le habían puesto en la calva incipiente.

Va a ser cierto eso que dicen de que, cada vez que un hombre te hace daño, el destino se venga desplazándole la línea de nacimiento del pelo un centímetro hacia atrás. A él se la han desplazado unos cuantos, y puede parecer una tontería, pero es ahí donde veo reflejado todo mi sufrimiento. Tiene que pasar mucho tiempo para que un hombre pierda el pelo y engorde como él ha engordado.

Dos años, ni más ni menos, que es lo que yo me he perdido.

—Hola, fisquito. —Me saluda con una sonrisa escueta—. Estás preciosa.

Fisquito.

No sé si quiero vomitar o echarme a llorar. No le corresponde a él llamarme «fisquito», como hacía ese padre que sí era cariñoso, que sí estaba presente, que me animaba a subirme de nuevo a la bici aunque me hubiera caído, que renunciaba a su programa de las diez de la noche para que yo pudiera ver los dibujos animados de los mayores y que me transmitió el amor por la naturaleza con excursiones por el norte de Tenerife.

—«Estás preciosa» —repito en tono acusador, y quizá también incrédulo—. Si lo que pretendes es impresionarme con tu gran entrada, vas a tener que hacerlo mucho, muchísimo mejor. De todos modos, te he hecho una pregunta.

—¿Que qué hace aquí? —Recuerda tía Jana, inflando el pecho para que no quepa duda del lado de quién está—. Pues ¿qué va a hacer? Esta es su casa. Puede venir cuando le dé la gana.

Que tía Jana haya decidido defenderlo hace que me hierva la sangre, aunque no debería sorprenderme. Ella siempre ha sido la niña de los ojitos de Joaquín, la que más lo quería con gran diferencia.

—Lo que no puede hacer es largarse cuando se le cante en las narices, y lo ha hecho. Eso bien merece que se le vete la entrada al chozo.

—Bueno, estemos tranquilos, ¿sí? —Se mete tío Jaime, apaciguador. Incluso adelanta la mano en mi dirección, como si fuera yo un perro con la rabia, una fiera que se ha puesto bruta por nada—. Entiendo que es un choque duro, pero… está aquí ya, ¿no?

—Lo dices como si eso debiera consolarme —contesto sin mirarlo. Mis ojos se han estancado en la figura discordante. Cómo duele sentirlo así, sentir que ya no concuerda con mi núcleo familiar—. Y eso es lo que me gustaría saber. *Por qué* está aquí.

—Porque es nuestro hermano. —Ataja tía Jana, como si la que estuviera teniendo la actitud incomprensible fuera yo—. Porque es hijo de la Candelaria, porque es el padre de…

—No digas que es el padre de Dácil —le advierto—, porque hasta hace diez minutos, Dácil no contaba con un padre ni nada que se le parezca.

Mi madre hace un puchero, pero se cubre enseguida la boca con la mano.

—Quería ver a mi familia —responde mi padre con pies de plomo, sin moverse del sitio.

Está utilizando ese tono que empleaba cuando yo me ponía furiosa. El tono que servía para calmarme solo cuando venía de él. El tono con el que consiguió que superara la muerte de mi primer chucho, Marrón, que mi madre me hubiera castigado sin salir porque le rompí su barra de labios favorita y que aquel matón de clase en el que me inspiré para convertirme en lo que soy me humillara en público.

—¿Y todos te han recibido como si nada? —Pestañeo, no tan perpleja como dolida—. ¿Todos están contentos con tu regreso?

—Yo nunca me fui. —Se queja, genuinamente asombrado por mi reproche—. Podíais contactarme para lo que necesitarais.

—¡Que nunca te fuiste! —Estoy a punto de aporrear la mesa con el puño. Miro alrededor en busca de un apoyo, pero el abuelo Manuel se ha quedado dormido, Margarita no entiende nada, y mi abuela, unos cuantos pasos alejada de escena, siempre con un pie en la cocina, se ha sumido en un silencio de lo más tétrico. De la Candelaria poco se puede esperar, porque jamás se mete en berenjenales—. ¿Por qué nadie se ríe por lo que acaba de decir? ¿Es que no lo habéis oído? ¿Por qué lo habéis dejado entrar? ¿Y qué coño era lo que estabais celebrando, si no es un regreso? Uno no se

pone tan contento cuando un padre vuelve a casa si no la abandonó durante unos añitos.

El silencio se extiende más allá de lo que puedo soportar.

Justo cuando estoy a punto de volverme loca, tío Jaime se aclara la garganta.

—Estábamos celebrando una… buena noticia —explica—. Tu padre vino a contarnos y a hacernos partícipes de su… de su ilusión. Bueno, yo ya lo sabía desde hace tiempito porque trabajo con él, pero lleva viniendo unos cuantos días, y en esos días, todos los que tenían… diferencias con él las han solucionado.

—Las diferencias que la gente puede tener con él no son de las que se solucionan en unos días. ¿O sí? —Me giro en busca de mi madre, a la que localizo apoyada en la pared del pasillo, completamente al margen. No hay ni rastro de autocompasión o rabia en su expresión, solo inquietud por mí y quizá melancolía—. ¿Mamá?

—Dácil, mi niña, tranquila. —Me dice con ternura, aunque sin mirarme a los ojos, claramente abochornada por su propia actitud—. Yo… yo estoy… bien. Tu padre y yo hablamos el viernes. Pasó ya un tiempito, suficiente para sanar, y no puedo guardarle rencor cuando lo que pasó escapaba a su control.

—¡Que escapaba a su control! —repito sin dar crédito—. Os habéis vuelto todos locos. Eso es. Estáis jalados. ¿Qué pasa, que ha dicho que no va a pagar más la hipoteca y por eso de pronto somos sus amigos?

—Dácil, no te pongas difícil —me advierte tía Jana.

—¡Que no me ponga difícil yo! —Alzo la voz sin darme cuenta—. Pero ¿os estáis escuchando? ¿Os estáis viendo? Ese notas de ahí lleva dos años haciéndonos el vacío. Dos años. A ninguno os cogía el teléfono, a ninguno os respondía los mensajes, nadie sabía dónde vivía para ir a hacerle una visita. Sabíamos que estaba vivo porque pagaba la pensión de mamá. ¿Por eso ahora nos llevamos bien con él? ¿Lo vamos a perdonar porque ha cumplido lo que estipulaba el divorcio pagando lo que le tocaba pagar?

—No, por supuesto que no —interviene mi padre con calma—. Pagar era mi obligación.

—¿Y hacerte cargo de tus hijos no? —Lo atravieso con una mirada perdonavidas.

—Estaba avergonzado, Dácil —reconoce él, aguantándome la mirada.

No puedo. No puedo mirarlo mucho rato.

—Dice la verdad —interviene Salma, con una mano sobre el pecho—. Lo puedo sentir.

Ni siquiera tengo ganas de burlarme de sus presuntos poderes extrasensoriales.

—¡Pues más te vale! —Se me quiebra la voz—. Más te vale estar avergonzado, porque lo que le hiciste a mi madre y lo que nos hiciste a los demás es una cerdada. Deberías pasarte otros dos años arrastrándote como un gusano para compensarlo, no dos días de lloros y arrepentimientos. ¿O es que se te ha olvidado ese día en el que nos cruzamos en el restaurante indio y saliste corriendo al verme?

Tío Jaime pone los ojos como platos.

—¿Qué cojones, Joaquín? —masculla, anonadado—. ¿Hiciste eso? *Chos*…

Él asiente muy despacio, sin apenas mover la cabeza.

—Lo siento por eso, Dácil. Fue una sorpresa verte y…

—Sí, para mí también fue una sorpresa verte. También fue una sorpresa que mi jodido padre me rehuyera como si yo le hubiera hecho algo. —Tengo que hacer una pausa para controlar la respiración—. Eres un mierda. Si esta fuera mi casa, te habrías quedado al otro lado de la valla. Pero como aparentemente no lo es, con vuestro permiso me voy con Maday.

—No hace falta llegar a esos extremos —dice tío Jaime con paciencia—. No esperamos que se reconcilien enseguida, y tienes derecho a estar dolida, pero… no tomes decisiones tan extremas estando ensaguinada, Da.

—No, ella tiene razón —dice mi padre, levantando la mano—. Tranquila, puedes quedarte. Yo no duermo aquí.

—¿Y dónde duermes? ¿Con tu noviete universitario, o ya te ha dejado? Porque solo si te hubiera dejado entendería cómo es posible que te hayas dignado a aparecer.

Mi padre parece incómodo un momento.

Estaba segura de que iba a decir que sí, que lo han dejado, que vuelve a ser un hombre libre y que, al verse sin entretenimiento y sin familia, le entró toda la magua y decidió regresar al hogar del

que decidió dejar de formar parte.

—Sigo con Raúl —responde con tiento. ¿Todo el mundo está conteniendo la respiración, o es cosa mía?—. De hecho, le pedí matrimonio hace un tiempo y… nos vamos a casar. Eso es lo que celebrábamos cuando llegaste. La boda es en unas semanas y me gustaría que todos ustedes estuvieran presentes. Sobre todo tú, Dácil.

La noticia me golpea tan fuerte que retrocedo unos pasos, huyendo instintivamente de lo que podría devorarme.

Sigue con Raúl. Eso está bien. Pero *se va a casar con él.*

No es que yo guardara la más remota esperanza de que su homosexualidad fuera algo pasajero y acabara descubriendo que, en realidad, siempre ha sido bisexual, que adora a mi madre con el alma y que no sacrificaría la felicidad familiar por una aventura pasajera con un jovencito. Pero es verdad que he fantaseado mil y una veces con ello, aun sabiendo que era improbable y que esos argumentos de «está confuso» y «es solo una etapa» son la cosa más rancia y asquerosa de los tiempos actuales. Más allá de estos deseos irracionales que dejaba alimentar para huir de la realidad un fisco, sí que estaba convencida de que mi padre no duraría para siempre con el tal Raúl.

O por lo menos nunca se me ocurrió que fuera a casarse con él.

El matrimonio va de la mano de la intención de formar una familia. Es muy posible que quieran adoptar niños, que se muden juntos a una casa donde albergarlos a todos y que, en el proceso de construir esta nueva vida, condene a su primera familia al olvido más absoluto.

Ya fue suficientemente malo tener que olvidarme de que una vez adoré a mi padre, y de que mi padre era tan bueno, tan perfecto, que se merecía esa veneración. Pero verme en la obligación de encajar que ese padre está muerto y no volverá, porque ese padre forma ahora una unidad con su pareja y en esa unidad no cabré yo porque incluirá a sus nuevos descendientes, sus nuevos proyectos… es más de lo que puedo soportar.

Él sigue hablando, y no entiendo por qué lo hace. Me conoce demasiado bien para interpretar mi silencio como una buena señal. O al menos me *conocía* bien. Ahora parece que ya no tanto. Ha debido de reemplazar sus recuerdos conmigo por otros. Ha debido

de olvidarme. Solo que me hubiera olvidado justificaría que le resultara tan sencillo sacarme de su vida.

—He programado una cena para presentarles a Raúl —prosigue, mirándome esperanzado. Me ofende que tenga esperanzas en mí. Me ofende *y me duele*, porque, sea un cabrón o no, es mi padre y decepcionarlo sigue afectándome. Pero ¿cómo no lo voy a decepcionar cuando él me ha decepcionado a mí?—. Todos van a venir, incluso Jime. ¿Verdad?

Mi madre se arrebuja un poco más en su batín y asiente como si no quisiera que lo viéramos.

—Si quieres pasarte, habrá un asiento para ti. —Me promete, esperanzado—. El viernes a las nueve en la tasca de toda la vida.

En su tasca preferida. No he vuelto a pisarla desde que se largó diciendo que estaríamos en contacto. A continuación, dio de baja su número y contrató otro fuera del plan de fibra familiar.

Así era como pretendía que le contactáramos. Por señales de humo.

Sacudo la cabeza. Creo que se me escapa una carcajada de incredulidad ante mi propia estupidez. Yo pensaba que lo peor que podía pasarme era que Thiago me estuviera esperando en mi sótano, pero he subestimado las fuerzas del azar.

—Pues espérame sentado, hijo de puta. —Le escupo, enrabietada.

Esperaba que mi familia volviera con eso de «Dácil, no seas así», «tranquilízate», «no te pongas imposible», pero en el fondo saben que no tienen derecho a exigirme que lo trate bien. Salgo disparada del salón en dirección a la casa de Maday, donde pienso refugiarme, haya llegado ya o no. La abuela Lupe sabrá cuidar de mí mejor que esta pandilla de traidores, que lo único que hacen es llamarme en tono tristón desde el pasillo y pedirme que me quede. Excepto tía Jana. Ella dice: «Déjenla en paz, necesita un momento para asimilarlo», y por primera vez en la vida le doy la razón.

Tirando precariamente de mi maleta por el pasillo, voy buscando entre mis contactos el número de Airam. Pero al toparme con la barra en blanco del chat abierto, no sé qué escribir.

Él y yo no hemos hablado nunca de mi padre. La persona con la que me abría en canal en ese tema era Thiago. Fue Thiago, de hecho, quien me consoló cuando mi padre me dio la espalda en

mitad del restaurante, cuando me trató como si fuera una presencia *non grata*, capaz de aguarle la fiesta.

Mentiría si dijera que a raíz de la conversación que tuve con él no se me cayó el mito que era mi padre. Thiago lo desenmascaró con una delicadeza sorprendente tratándose de una persona que en ese momento estaba insensibilizada para no experimentar el dolor que escondía de sí mismo.

Las lágrimas que no pienso derramar me impiden ver con claridad lo que tecleo a ese número que me sé de memoria, pero que no he llegado a guardar como contacto.

El hijo pródigo ha vuelto.

Responde tan solo unos segundos después, distrayéndome de tocar a la puerta de la casa de Maday.

Lo sé. Estoy con Airam. Se lo ha encontrado al llegar a casa para dejar sus cosas, y se ha quedado tocado. ¿Cómo estás tú?

¿Dónde estás?

¿Por qué? ¿Vas a venir a mí?

Más bien voy a ir con mi hermano. Pero lo mejor será que me espere a mañana, o a cuando ya te hayas marchado. ¿Dónde va a dormir él?

Conmigo, en una habitación

de hostal que he pillado para pasar el resto de la semana.

¿Te quedas en Tenerife?

Un poco más, sí. Para crear recuerdos nuevos. ¿Vas a ir a la cena?

Ni borracha. ¿Y Airam?

Airam sí. Ya sabes cómo es, asertivo hasta lo ridículo. Quiere ver cómo se comporta tu padre con el tal Raúl y decidir si merece que le dé otra oportunidad. De todos modos, ya sabes que Airam nunca ha tenido a tu padre en tu pedestal. Nunca le ha dolido tanto como a ti.

Oye, ¿por qué no me escribe Airam y me lo dice?

Porque tú me has escrito a mí, no a él. Y porque el móvil se le ha quedado sin batería. Dice que, si no, habría tenido el detalle de avisarte de lo que te esperaba en casita para que dieras media vuelta.

Sí, la verdad es que no me

habría venido mal que me advirtieran.

Me apoyo en la fachada de la casa y busco en el cielo una señal para saber qué hacer.

No puedo dejar solo a Airam en esa cena del viernes, pero si asistiera, traicionaría mis principios.

Dios, no puedo tomar más decisiones en el día de hoy.

Me giro para tocar a la puerta y esperar que Lupe no esté dormida. Mientras aguardo, me quedo mirando la conversación con Thiago. Echo una ojeada a su foto de perfil y el corazón se me encoge al verlo. Es una de esas fotos que te echan a traición; en su caso, con los labios entreabiertos, a puntito de sonreír y de colocarse el cigarrillo en la boca. Lleva unas gafas de sol ridículas y uno de esos *outfits* de vagabundo con los que nunca osé meterme porque *quién va a hablar*.

¿Quién le haría la foto? ¿Celia?

¿Dónde estáis? ¿En El Balito? Airam siempre va para allá cuando está rayado.

No, no pisaría El Balito sin ti. Y tranquila, que no te estoy cañeando otra vez, solo te respondo con sinceridad. Hemos subido a La Centinela, por si quieres venir.

No, gracias.

Estoy a punto de guardar el móvil y desentenderme del asunto cuando el número desconocido —todavía no lo he agendado, no quiero, tendría implicaciones de las que no me quiero hacer cargo— salta en la pantalla. Que Thiago me esté llamando me hace vacilar.

Una parte de mí necesita oírle dándome ánimos *sottovoce* y acariciándome el pelo, pero otra no podría soportarlo ahora mismo.

Me armo de valor cogiendo una bocanada de aire y pulso el botón verde. No digo nada, solo espero a que su voz rompa el silencio. Pero no es él quien habla, sino Airam, y no sé si me inunda antes la decepción o el alivio.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta sin rodeos.

Apoyo la espalda en la pared de la casa de Lupe, suspirando.

—Me voy a dormir con la abuela de Maday. Así de bien lo llevo. ¿Y tú?

—Te saco unas horitas de ventaja. Lo estoy asimilando todavía, pero voy bien. Al ochenta por ciento completado.

Se le oye cansado, pero ese deje de simpatía que imprime a su voz, no sé si para calmarme o porque de veras se siente optimista respecto a este tema, deshace poco a poco el nudo en mi estómago. ¿Tendré un aliado, después de todo? Airam no se puede contar como *partner in crime*. Es la conciencia que se eleva sobre nosotros, la verdad absoluta, la racionalidad que contrasta con nuestra visceralidad. A veces parece que no tenga sentimientos, pero solo los suprime por el bien común, sin darse cuenta de que el bien común sería que se manifestara y nos dejara penetrar sus pensamientos.

—¿Y cómo lo estás asimilando? Porque yo siento que todavía voy a tardar cuarenta años en aceptar que Joaquín está en El Chozo. Y con un ridículo gorrito de fiesta.

—¿En serio? —Suelta una carcajada despectiva a la que no me cuesta unirme, aunque con un nudo en la garganta—. La verdad es que hay que tener los huevos cuadrados para presentarse así, pero por lo visto las negociaciones políticas se han estado llevando a cabo en nuestra ausencia. No sé tú, pero yo me alegro de haberme perdido los debates. No habría soportado ver a mamá llorando y chillando otra vez.

Me estremezco solo de pensarlo.

—¿Qué vamos a hacer, Airam?

—Yo me voy a hacer a la idea, chinija. Tú haz lo que debas. Yo te apoyo tanto si lo quieres desahuciar como si le das la bienvenida.

—¿Que te vas a hacer a la idea? —Cambio el peso de pierna, inquieta—. ¿En qué sentido?

—Es mejor eso que hacerse mala sangre. Yo siempre me alegré de que se mandara a mudar, tú sabes. Si la alternativa era chuscarse a todo ser viviente estando con mamá, mejor que se pirase al rincón de pensar. Y mejor que no me llamara mientras se encontraba a sí mismo, porque la cosa me tenía encabronado. Necesitaba esa distancia *pa* no enfularme, y, además, tú sabes que soy más *abuelero* que *padrero*, o como se diga.

—Ninguna de las dos palabras está registrada en la RAE. —Aporta una voz lejana, también al otro lado de la línea, que yo me conozco muy bien.

Se me escapa una sonrisilla, porque solo hay que imaginar al notas subiéndose sus gafitas por el puente de la nariz, esas que se pone nada más que para leer y ver películas.

Decido no hacer ningún comentario sobre su acompañante.

—¿Crees que todos piensan como tú? —le pregunto en su lugar, buscando una respuesta universal al dilema—. ¿Por eso lo han recibido con los brazos abiertos? ¿Porque se supone que hizo lo correcto al divorciarse y desaparecer?

—Al divorciarse, sí. Al desaparecer… Habría que ver para quién. —Hace una pausa valorativa. Apuesto a que acaba de dar una calada a su cigarrito—. Yo creo que tenía que desaparecer de mi vida y de la de mamá, porque haber pasado por ese proceso teniéndolo al lado nos habría ensanguinado del todo. Hay que dejar que las heridas se sequen, que salga la costra, todo eso, y con el notas pululando por El Chozo yo no habría podido. Pero hablo solo de mí. De mí y de mamá. De tu vida en concreto, de la tuya sobre todo, no tenía que irse.

—¿Y de la de los demás? ¿Qué les pasa a los titos? ¿Qué le pasa a todo el mundo?

—Son sus hermanos, Da. —Me explica con cariño—. A los hermanos de treinta años no se los abandona, porque es eso, tienen treinta años. Ellos se lo tomaron como un distanciamiento, y tienen otras cosas en las que pensar. Tía Jana tiene mujer, tío Jaime tiene mujeres en plural…

Oigo las carcajadas de Thiago de fondo. Me sentiría tentada de unirme a él si no tuviera un nudo en la garganta. Me acabo dejando vencer por el peso de mi propio cuerpo y me siento en la acera, contra la fachada de la coqueta casita de Lupe.

—Y la Candelaria es su madre. —Agrega—. ¿Cómo no lo va a perdonar su madre? Está bien emputada, aun así, ¿eh? Eso se lo noto yo, solo yo, que soy su lector de ceños fruncidos.

Eso es verdad. Airam descifra a mi abuela como nadie.

Saber que está enfadada me apacigua un tanto.

—Eso espero. Que se quede sin gofio y sin escaldón.

—¿No te has fijado en la mesa? No había ni un dulce cuando yo llegué. La abuela pasa de cocinar para traidores. —Y se echa a reír. Yo también pruebo a hacerlo, pero me sale una carcajada cascada. Al oír mi gemido lastimero, Airam suspira y me sugiere con calidez—: Súbete a La Centinela y seguimos hablando. Te dejaré llorar y todo.

—No, gracias. Maday me consuela mejor que tú y debe de estar al caer. Aunque no me dé la razón, al menos no me hace sentir mal por ser y comportarme como una *locaplaya*.

—¿Yo te hago sentir mal por ser una *locaplaya*? —pregunta, asombrado.

—A veces. A tu manera. Pero lo haces sin querer, porque me da envidia tu temple… En fin. Tiene sentido todo lo que dices. Es una lástima que yo prefiera que todo el mundo le odie.

Airam rompe a reír.

—¡BARBARIE O BARBARIE! —grita, seguramente con el puño en alto. Eso sí me arranca una carcajada—. Te lo puedes permitir, chinija. No dejes que nadie te diga cómo debes sentirte, pero…

—¿Pero?

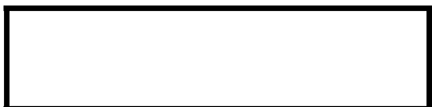
—Pero tampoco te pongas cómoda en tus rencores, no vayas a pudrirte por dentro.

El corazón me da un vuelco al oírlo.

—Lo tendré en cuenta —musito sin voz—. Te voy a colgar. Necesito pensar.

Me despido de él con un murmullo cariñoso y le deseo una buena noche admirando las vistas sureñas desde La Centinela. Aún me quedo unos segundos al teléfono, por si Thiago dice algo, pero no se manifiesta y cuelgo.

No pasan ni diez segundos, lo que tardo en incorporarme y sacudirme un poco de polvo del pantalón, cuando recibo su mensaje:



Buenas noches, princesa Dácil.

E inserta un enlace a Spotify. Ni me lo pienso a la hora de hacer clic a la vez que toco al timbre de la casa. Las voces de Choclock y Abhir llenan toda la calle con un estribillo que me pone la piel de gallina:

Saliendo de Santa Cruz pensando en ti.
Son cosas que no elegí, que no se pueden elegir.
Todo lo que construimos, roto por un billete de ida.
No es fácil tomar decisiones que cambian tu vida **[39]** …

No, no es fácil.

Cuando la abuela Lupe retira su colección de pestillos y se asoma, no me extraña que exclame:

—Pero ¡mi niña! ¿Qué te pasó?

—Mejor pregúntame qué es lo que *no* me pasó.

Capítulo 25

La cena de los idiotas

Thiago

Airam fue el primero que me dijo que fuera a la cena de marras.

«Si mi padre puede reaparecer de la nada y que se le celebre su regreso, ¿por qué tú no?».

No me pareció un argumento inteligente. Se podía desmontar con facilidad.

«Yo no soy el padre de las criaturas, el marido de Jimena y el hermano de todos los tíos. No soy el hijo de Manuel y Candelaria».

Digan lo que digan, el vínculo de sangre es más poderoso que ninguna amistad que se pueda entablar. En gran medida somos animales y respondemos al instinto, y estoy seguro de que ha sido ese instinto el que ha convencido a los Oramas de abrir las puertas a Joaquín sin tomar muy en cuenta sus errores. Conmigo, el *outsider*, ningún vínculo les reclamará el deseo de tenerme entre ellos.

Y más allá de eso, ¿qué pintaba yo en una reunión familiar más tensa que una cuerda de guitarra? No es que le tenga miedo al infierno. De hecho, me siento muy atraído hacia la desgracia. Pero tampoco es que me la vaya a buscar en una tasca con una media de cinco sobre cinco en TripAdvisor.

Tras meditarlo —era muy tentador regresar bajo el ala de los Oramas—, le dije que no.

Pero entonces recibí un mensaje del mismísimo Joaquín. Me

preguntaba si andaba por Tenerife, como todos los veranos, y me invitó cordialmente a unirme a la comida familiar.

«Como en los viejos tiempos», recalcó.

Por más que miré el mensaje y me quebré la cabeza con suposiciones —¿cree que en mí encontrará a un aliado?, ¿cree que mi modo de desaparecer hará sus pecados menos notables?, ¿cómo puede comparar su bomba de humo a lo Houdini con la mía?—, no terminé de entender a qué se debía su insistencia. A lo mejor solo estaba terriblemente emocionado por su inminente matrimonio y quería gritarlo a los cuatro vientos, y cuánta más gente le acompañara en su entusiasmo, mejor.

En cualquiera de los casos, eso me tentó mucho más a presentarme.

Como no le contestaba —mal hecho, mis padres me dieron una educación mejor que esa—, Joaquín me llamó.

—No sé si lo sabrás, Joaquín —empecé a excusarme—, pero llevo un año sin ver a los Oramas y no sé cómo reaccionarán si me presento allí como si nada.

—Pero si te quieren más que a mí, mi niño. Si a mí me perdonaron, a ti más.

—No sé qué decirte. No quiero pasarme de descarado.

Joaquín se quedó un momento en silencio, seguramente cavilando si acababa de llamarle «descarado» a él o había sido un comentario inocente. Juro que solo era un comentario inocente, señoría… Pero si se daba por aludido, mejor.

Joaquín y yo siempre nos llevamos de lujo. Era un tío la mar de interesante y entregado a su familia hasta que descubrió lo que por lo menos yo ya sabía: que las mujeres, así como para divertirse entre doseles, ni fu ni fa. Pero si pienso en la cara que se le quedó a Dácil cuando se dio cuenta de que su padre no pensaba ponerse en contacto con ella por su cumpleaños, si pienso en cómo la desairó en el restaurante y la hundió con su silencio, se me llevan los putos demonios.

«¿Qué pasa, que tú eres el único que puede hacerme daño?», me espetaría Dácil. «Si sois tal para cual».

Desde luego que lo somos. Por eso Joaquín me había llamado.

—Mira, si quieres pasarte, habrá una silla y un cubierto para ti. Te dejo la dirección en un mensaje y decides sobre la marcha. Pero

me gustaría que vinieras, de verdad, y sé que los demás también. Más que enfadados, están confusos, y se acuerdan mucho de ti.

Reconozco que con ese último comentario tocó un punto débil. Y tras mucho meditarlo, tras consultarlo con Airam mientras nos dábamos una vuelta por La Laguna, acabé claudicando. Pero claudiqué después de que Airam, ya vestido —con americana y todo— para conocer al nuevo novio de su padre, saliera por la puerta, sin haberle confirmado siquiera que pretendía plantarme mis mejores vaqueros y sorprender a los Oramas.

Me había mostrado reticente porque temía ver la decepción en los ojos de la familia que, en su día, me acogió y me entregó su cariño incondicional. Fuera por lástima hacia mi situación, fuera porque tienen todos un corazón de oro, lo que no voy a cuestionar ahora ni nunca, la sombra de ese cariño me ha envuelto como un abrazo amigo y me ha protegido; incluso ha guiado algunas de mis buenas decisiones a lo largo de este año, decisiones de las que me enorgullezco porque, joder, era como si me lo hubiera aconsejado Jimena al oído.

Aun así, durante el año que he pasado lejos de ellos me he obligado activamente a olvidarlos, a no acordarme de las ruidosas comidas, del chantaje emocional de tío Jaime porque nadie quería ir en su equipo cuando jugábamos al Pictionary —no sabe ni dibujar un monigote, el cabrón—, de las noches de cine interrumpidas cada dos por tres por Margarita —«¿Y por qué pasa esto? ¿Y por qué pasa aquello? ¿Y qué va a pasar ahora?»—, del cómico desprecio de la abuela por la horchata, y de las excursiones a Buenavista, al Teide y a todos esos lugares que yo aprendí a querer no solo por su encanto natural, sino por la compañía.

Especialmente por la compañía.

Soy pesimista por naturaleza, y estaba convencido de que no volvería a tomar el sol junto a la piscina de la casa, así que me forcé a pensar en la familia como un sueño. La clase de sueño maravilloso del que te levantas como si unos latin kings te hubieran soplado un palizón. Pero no es tan fácil, porque yo no solo aparecía en Navidades para comerme el roscón de Candelaria y para pasar el calor saharaui de Los Cristianos durante el verano, ese que hacía gemir a Dácil como un bisonte —«fuertito calufo, cabrón»— y agitarse la mano cerca de la cara como si quisiera levantar un

vendaval. Yo estaba en contacto con ellos todo el tiempo. Le mandaba mis notas de la facultad a Jimena, que celebraba los sobresalientes con sus lágrimas fáciles pero no por eso menos conmovedoras; le mandaba fotos de mis comidas a Candelaria para que las criticara sin compasión en audios solemnes que cortaba antes de tiempo o grababa mal si no contaba con la ayuda de Jana; me burlaba de tío Jaime cada vez que me mandaba una fotito de su nuevo rollete, diciéndole que parecía el jodido DiCaprio: parece que les mira el DNI antes de invitarlas a salir, porque ninguna tiene más de veinticinco años.

El amor era mutuo, y, de un día para otro, desapareció. Bueno, no de un día para otro, porque todos me llamaron insistiendo en conocer el porqué de mi estampida. Airam no les dijo la verdad, así que yo tampoco les comenté los detalles: solo que Airam y yo teníamos problemas y no volvería por allí en un tiempo.

Ellos no se lo creyeron. Asumieron que el problema era que me había cansado de los odios de Dácil. Gracias al cielo, no parece que su familia le echara la culpa de mi desaparición y la castigara como solo ellos saben, siendo a ratos hienas los unos con los otros. No sé qué habría sido de mí si hubieran torturado a Dácil por mi culpa. Era algo que me preocupaba que pasara, porque tampoco habría sido la primera vez.

Por más que intenté desmentir el bulo, por cierto, nadie se lo tragó. Me he dicho que, yendo a la cena, mi intención es hablar con cada uno de los Oramas para aclarar el asunto, pero en realidad tengo otros objetivos. Nada más pernicioso que ver a Dácil antes de largarme. A fin de cuentas, no es ningún secreto que ella ha sido siempre mi Oramas favorita.

Joaquín ha elegido la carísima tasca de las ocasiones especiales. Dácil debe de estar que se muere de rabia si al final ha aceptado venir. Debe de haber interpretado que su padre pretende imponer los nuevos recuerdos con su novio Raúl sobre los que han protagonizado los Oramas en este mismo escenario, y no dudo que esté ahí dentro planeando cómo arruinar la comida. No porque Joaquín se gaste en su novio el dinero que pertenece a su familia, porque él nunca ha desatendido su obligación económica —*algo es algo*—, sino por el simple hecho de que se curre tanto la presentación en sociedad de su futuro marido.

Y, efectivamente, allí está ella cuando yo aparezco con un nudo en el estómago, una camisa celeste y las zapatillas Ganso de lona blanca.

Conozco a estas personas como a la palma de mi mano y, aun así, tengo más miedo que la mañana que presenté mi TFG. Por eso me concentro en Dácil, que sé que no me va a fallar a la hora de ponerme cara de asco.

Con ella siempre me siento seguro. No es nada impredecible cuando se trata de mí.

Sin embargo, Dácil queda en un segundo plano en cuanto Jimena alza la vista, hasta el momento fija en la carta —menos mal que no está en italiano; odia que los italianos pongan la carta en italiano—, y me ve yendo hacia allá como si pisara alquitrán derretido por el sol. Estaría siendo injusto si dijera que me esperaba una mueca desdeñosa, porque Jimena siempre ha sido buena conmigo, pero tampoco veo venir el revuelo que se forma de pronto.

Jimena pone los ojos como platos y se levanta de un salto, lanzando hacia atrás la silla. Y la silla tiene que pesar lo suyo. No pierde tiempo incorporándola, aunque el camarero le echa una mirada de «señora, a ver si se comporta», y rodea la mesa entre gritos —«¡Ay, ay, ay, ay! ¡Mi niño, mi niño!»— para abalanzarse sobre mí con los brazos como el Cristo del Corcovado, extendidos para envolvernos a mí y a mis miedos. Tío Jaime también se levanta con una sonrisa que le ocupa toda la cara, aplaudiendo como si acabara de salir a escena la estrella de la noche, el actor del momento. Tía Jana, primero asombrada, se lleva las manos al pecho, como si fuera a darle un ataque al corazón —Salma le susurra algo al oído para que se tranquilice, seguramente es la dueña de sus emociones—. Margarita rompe a reír de emoción sin parar de batir las palmas, y el abuelo Manuel se pone a refunfuñar sobre «los dichosos godos» que les robaron el pan, o no sé qué.

Creo que no me he sentido tan abrumado en mi vida.

A lo mejor Dácil tiene razón y me encanta ser el protagonista, porque habría alargado la bienvenida y la emoción hasta el infinito. A Joaquín no solo no le molesta que todos le ignoren para abrazarme con fuerza, sino que se alegra de tener un momento para hablar en voz baja con el invitado de honor, un veinteañero

bronceado y más delgado de la cuenta con el pelo castaño recogido en una coleta.

Ese debe de ser el tal Raúl.

Jimena se me ha echado al cuello y me ha embadurnado el hombro de la camisa con lágrimas y mocos. No para de decir «mi niño» en bucle, hasta que logro salir del *shock* y solo puedo reírme como un desquiciado.

—*Agüita*, Thiaguín, si estás hecho un toro. —Comenta tío Jaime soltando un silbido—. ¿Te decidiste a hacer mis tablas de ejercicios? Porque vaya resultado, flaco, estás para hacerte entrenador de *fitness*. A ver si tu amigo aprende algo. —Y señala a Airam con la cabeza, que nos mira a todos con el brazo apoyado en el respaldo de la silla y una media sonrisa.

Se ha moderado para evitar que se le escape una lagrimita, anda que no.

—Espera sentado a que me ponga a hacer dominadas —le advierte Airam a su tío—. No pienso meterme en un gimnasio ni para refugiarme de la lluvia.

—Tú mismo. —Jaime encoge un hombro y se acerca a mí—. ¡Ven aquí que te palpe un fisco, coño, que todavía siento que estoy viendo un fantasma!

Cuando ya me han achuchado Jaime y Jimena, tía Jana me da unas palmaditas en la espalda, conteniendo las lágrimas a base de pestañeos.

—Nunca le perdonaré a Dácil que te alejara de nosotros.

—A ver si un día de estos te pones mi nombre en la boca para algo distinto de meter cizaña —rezonga la aludida, rabiosa.

Veo que mi ausencia no ha ayudado a que tía Jana y Dácil se lleven mejor. Dirán mucho de Da y de mí, pero estas dos se han pasado toda la vida como el perro y el gato.

—Me lo pondré cuando tu nombre deje de ser sinónimo, precisamente, de «meter cizaña».

—No fue culpa de Dácil —me apresuro a aclarar, intentando no mosquearme—. Ya os lo contaré en otro momento, pero créeme, ella no tuvo nada que ver…

Al retirarse tía Jana, aparece Candelaria de brazos cruzados. Se ha puesto sus mejores galas para el almuerzo, y uno está tan acostumbrado a verla con sus vestidos de andar por casa que parece

que se haya disfrazado.

Obviamente, no cruza algunas líneas. No se le ha ocurrido maquillarse. Una tarde, Jana y Jimena se empeñaron en probar unas pinturas en el lienzo que es su cara de partir piedras y había que verla moviendo la cabeza de un lado a otro, como si la estuvieran torturando con agua caliente o quisieran echarle ácido corrosivo.

—Parece que comes bien. —Comenta la abuela tras mirarme de arriba abajo. Luego me atraviesa con la mirada—. ¿Quién te hace de comer?

—Yo mismo, con tus magníficas recetas.

La abuela se deja besar a desgana, refunfuñando por lo bajo. Pero que no me aparte de un manotazo no solo es buena señal: indica que *quiere* recibir ese beso.

Había echado de menos su incapacidad para expresar sus emociones.

Margarita se agarra a mi cintura y no se suelta mientras termino de saludar a Joaquín, que me presenta al homenajeado, tío Jaime me señala a su nueva novia —Helena, antigua pretendienta de *Mujeres y hombres y viceversa*, labios recién pinchados de ácido hialurónico. ¿Coletilla favorita al hablar? «En plan»— y Airam se acerca para darme las gracias por asistir. La única que queda por moverse es Dácil, que no se ha levantado del asiento. Solo ha girado el torso, apoyado el brazo en el respaldo, copiando la postura de su hermano, y ahora me observa con gesto indescifrable.

Todos aguantan la respiración cuando me acerco a ella para decirle hola.

No deben de saber que hemos coincidido en el crucero. Para la familia es la primera vez que nos hablamos desde que me largué hace casi un año. Seguro que Salma lo sabe, que percibe entre nosotros una vibración distinta, porque su rostro se dulcifica al verme de pie junto a ella, e incluso se lleva las manos al pecho como si fuera a explotarle de amor.

Dácil sigue sin levantarse. Espero un «a ti quién te ha invitado, golfo», pero no dice nada. Solo me aguanta la mirada, haciéndome saber que no mentía cuando dijo que quería tranquilidad, que no habría más guerras entre nosotros… y que tiene mejores cosas —o enemigos— en las que pensar en la cena de hoy.

Sin decir nada, tomo asiento en la silla que han dejado vacía a su derecha. Esto levanta un coro de murmuraciones dudosas. Es Joaquín quien se manifiesta de muy buen humor:

—Mejor que te sientes por aquí, Thiago, no vaya a ser que Dácil te clave el tenedor en las cuencas de los ojos.

—Estoy bien aquí —respondo yo con incomodidad, vigilando a Dácil con el rabillo del ojo.

¿A qué viene ese comentario? Él ni siquiera ha estado presente durante la mayor parte del tiempo que nos hemos llevado a matar.

Por si acaso me hubiera planteado desplazarme, Dácil impide que me mueva del sitio plantándome una mano sobre el hombro. Un contacto tan simple me eriza todo el vello.

—Eso mismo digo yo. Está todo bien —anuncia. ¿Es solemnidad lo que detecto en su tono? Dácil no cambia de expresión—. Si el propósito es tener la fiesta en paz, veo más peligroso sentarme a tu lado que sentarme junto a Thiago.

Dácil le dedica una sonrisa desganada a su público —unos se quedan estupefactos, otros se han resignado a la hecatombe antes de que empiece— y arrastra la silla hacia delante para pegarse a la mesa haciendo todo el ruido que puede y más. Inmóvil a su lado, continúo con mi sutil escrutinio para adelantarme a un cambio de humor, pero ella no desmiente lo que ha dicho.

De verdad está todo bien entre nosotros, y no sé si eso me alegra o me entristece.

Yo sé que Dácil nunca me ha odiado ni la mitad de lo que odia a su padre. En los últimos tiempos no podría haberme condenado por mis actos como condenó los de Joaquín, porque su decepción y su dolor iban más allá de todas las cosas, más allá de mí. Más allá de ella misma, incluso. Dácil dibuja sus límites en su padre. No me extraña que, ante su regreso, haya puesto sus odios en perspectiva y haya decidido que yo no valgo la preocupación. ¿O es que como ya hemos zanjado que nada saldrá de una enemistad o un idilio entre nosotros, ella se ha acomodado? Como ya no espera nada de mí, ni saboteos ni intentos de seducción, ¿puede relajarse?

Mentiría si dijera que no me perturba que esté en paz conmigo. De ahí a serle indiferente solo hay un paso, y sé que puedo aceptar numerosos cambios en mi vida, como mudarme de piso, cambiar de novia, de mejor amigo o de carrera universitaria. Incluso de familia.

Pero me costaría más digerir que Dácil esté en este mundo y no piense en mí como yo pienso en ella.

El camarero aparece para tomar nota de las bebidas y la tensión generalizada se relaja un poco. Solo *un poco*. Todo el mundo mira a Dácil con el culo apretado y el cuello hacia delante, preparados mental y físicamente para contener a la fiera si se desata.

Dácil sabe el poder que tiene y hojea la carta con toda normalidad. Yo no le quito ojo de encima aprovechando que nadie se fija en mí. Ha aparecido con una de esas camisetas descoloridas y con flecos que se ponen para ir a la playa, unos *shorts* de los que su padre le pedía que solo llevara en casa para protegerse del acoso callejero y los labios pintados de negro.

Está claro el mensaje. A diferencia de los demás, que sí se han arreglado a conciencia, no le tiene ningún respeto al motivo de la cena.

—Cuánto me alegra tenerles a todos aquí. —Comenta un sonriente Joaquín.

Como es lógico, tenía que dar comienzo a la cena con un discurso conmovedor.

—No me extraña. Esto es más milagroso que la resurrección de Cristo —farfulla Dácil, jugueteando con la servilleta de tela que tiene a mano derecha.

Todos deciden ignorarla por el bien común. Solo tío Jaime hace un esfuerzo por no partirse la caja frotándose el bajo de la nariz con el índice.

—Ay, Dácil, cómo eres —dice con la voz teñida de afecto, negando con la cabeza.

Esa ha sido siempre nuestra coletilla favorita. El «ay, Dácil, cómo eres», el estilo Oramas para decir «cuánto se te quiere, Dácil, por muy tronada que estés».

—Como ya sabrán, Raúl y yo celebramos el segundo aniversario en unas semanas y hemos decidido que esa es la mejor fecha para casarnos.

—Dos años de novios y ya hay boda… —Dácil levanta las cejas como si estuviera muy sorprendida—. Yo llevo más de veinte con Maday y todavía no la he presentado como mi novia formal.

—¿Maday es lesbiana? —Irrumpe Candelaria, sin mayor interés que resolver una duda que parece logística.

—No, abuela, no es lesbiana. —Acota Airam con paciencia, sonriéndole divertido.

—¿Y por qué la iba a presentar como su novia?

—Era una forma de hablar. —Le explica tío Jaime—. Hoy Dácil no está tan sembradita como de costumbre. Mira que tenías a huevo decir que *Airam* lleva veinte años con Maday y todavía no la ha presentado como *su* novia, mi niña.

Airam deja de sonreír.

—¿Qué vais a tomar? —pregunta para cambiar de tema, alargando su brazo, que parece una caña de pescar, hasta la carta de vinos más cercana.

No le gusta el vino, claro.

—Joaquín estaba hablando antes de que interrumpieran —interviene tía Jana, que inmediatamente posa una mirada dulce (eso es nuevo) en su hermano.

Porque es *su hermano*. Caigo en la cuenta de eso justo ahora.

Me he obcecado en que Joaquín Oramas se merece todos los desaires del mundo y más por el modo en que abandonó a Dácil, y decidí sobre la marcha, al igual que ella, que todos habrían de darle la espalda del mismo modo y condenar su bomba de humo. Pero si lo pienso, ¿por qué no iban a pasar por alto sus años de pingoneo tío Jaime, tía Jana, la abuela Candelaria…? ¿En qué afecta a la abuela que su hijo se divorcie y se marche de casa? La mujer debía de estar deseando que al menos uno de sus retoños volara y se buscara la vida —aunque fuera la casa del retoño en cuestión, lo que no tenía mucho sentido, pero bueno, uno menos—; debía de saber, como solo lo saben las madres con su sexto sentido arácnido, los deseos secretos del corazón de su niño mayor, y también, como todas las madres, debió de disculparlo y dar la cara por él desde el minuto uno porque es su sangre y su carne y porque el amor maternal es un misterio maravilloso e inexplicable, con una fuerza que puede con todas las cosas. El amor paternal es otra cosa, pero el abuelo Manuel no está en condiciones de juzgar objetivamente los errores de Joaquín: apuesto a que solo le ha preguntado a Raúl de qué parte de las islas es.

También puedo entender una disculpa generalizada de Jana y Jaime desde la lógica. Sus hermanos ya tienen una vida al margen de la unidad familiar. La una está casada y tiene una hija, y se

dedica a su propio núcleo como si le fuera la vida en ello; contaba con un distanciamiento con respecto a su hermano desde el principio, y puede no estar de acuerdo con el modo en que maneja sus asuntos, pero ella no es de esas que meten las narices en las vidas ajenas. El otro lleva todo este tiempo trabajando con Joaquín, así que no ha debido de notar su ausencia. En definitiva, aunque todos viven en El Chozo, la silla vacía del patriarca no habrá significado para ellos más que una novedad. Una novedad incómoda únicamente por la poca disposición de Dácil a aceptar su estampida. Si lo pienso detenidamente, así es. Tía Jana solo se tensaba cuando Dácil mencionaba a su hermano, como si solo de esa manera recordara que se estaba comportando de un modo injustificable.

Por supuesto, esto Dácil no lo ve y no tiene por qué verlo. A ella qué más le da que la ausencia no le duela al resto si a ella la estuvo matando. Lo que me sorprende es que ellos no estén viendo por qué ella no puede aceptarlo sin más. El adiós de un hijo es inevitable, el adiós de un hermano no suena traumático, pero el adiós de un padre a la niña de sus ojos es otra historia totalmente distinta.

Joaquín retoma la palabra después de que tía Jana se la ceda con una amabilidad insólita viniendo de ella:

—Queríamos esperar a que Raúl terminase el máster para embarcarnos en esta nueva aventura.

—¿Nueva aventura? —Dácil exagera su asombro, meneando la copa de agua que le han servido con un movimiento circular de muñeca—. Yo pensaba que ya era una aventura cuando empezasteis a salir estando tú casado.

Joaquín palidece y carraspea.

—Por Dios, tienes que estar de coña —masculla tía Jana, apoyando las palmas sobre la mesa como si necesitara agarrarse a algo para no estrangular a su sobrina.

—Tranquilita, Jana —le susurra tío Jaime, seguramente apretándole el muslo por debajo del mantel—, que es normal que la niña esté enfadada.

—Que sí, que lo entiendo —bufa con su brusquedad habitual—, pero ¿te parece que este es el momento de hacer ese tipo de comentarios? Mira, Da, si quieres armar la de Dios es Cristo, no me voy a oponer. Desahógate a gusto si lo necesitas en la intimidad de

tu casa. Pero ahora no.

—¿Por qué no? —La desafía con la mirada, rígida contra el respaldo.

—Porque tenemos un invitado. —Le recuerda entre dientes.

—¿Y no te parece que es justo el mejor momento, estando todos presentes? ¿O es que estoy diciendo algo que Raúl no sepa? ¿Es un secreto de Estado que mi padre estaba casado?

No debería maravillarme el poder que Dácil demuestra a la hora de tocarle los huevos a todo quisqui, pero joder, es que hasta su padre le tiene pánico. Siempre he pensado que, si no fue la reina del patio y no se hizo con los bocatas de toda la clase, es porque no tenía ni hambre ni ganas de reinar sobre pardillos. Todos sus compañeros se burlaban de ella en cuanto se daba la vuelta, sí, pero ay, en cuanto se giraba para mirarlos, no se oía una mosca.

—Estaba al corriente, me temo —admite Raúl. No sé si ha practicado frente al espejo, pero su actitud es la ideal. No se deja amilanar en el fragor de la discusión, y a la vez muestra la humildad que le corresponde por ser el tercero en discordia. O el que era el tercero en discordia.

—Mi madre también lo estaba. —Apunta Dácil, mirándolo a los ojos—. ¿Verdad, mamá?

Jimena palidece. Hacía tiempo que no la veía tan desmejorada y vulnerable; ella, que es un huracán, y que cuando no sabe cómo reaccionar, por lo menos compone una sonrisa para salir del paso.

—No me metas en esta discusión, mi niña. —Le ruega sin acritud; tan solo es una petición para tener la fiesta en paz—. Lo que se tuvo que hablar sobre eso ya se habló y ahora quiero estar tranquila.

—¿Y la mejor forma de estar tranquila es metiendo al traidor en casa?

—No se va a quedar a vivir, solo se pasa para visitar a sus hermanos y a su sobrina… y a ti, si quisieras verlo —explica Jimena con calma.

Con la mirada, intenta transmitirle a su hija que todo va a estar bien, que ella tampoco se encuentra del todo cómoda en esta mesa, pero que hay que hacer un pequeño sacrificio por los que sí lo quieren en ella… que son la mayoría.

Dácil no tiene ojos para la dolorosa resignación de su madre. No

lo ve o *no quiere* verlo, porque pone cara de no reconocerla. Que hasta Jimena haya dejado de referirse a Joaquín como «el cabrón» debe de haberla trastocado. Apuesto a que siente curiosidad por los procesos mentales por los que habrá pasado para cambiar el odio acérrimo por la aceptación.

Pero es que eso no es aceptación, Dácil; es la actuación de su vida.

—¿Y para cuándo se tienen programadas las visitas? ¿Cada dos años?

—Dácil, por favor —masculla tía Jana, lanzándole una mirada de advertencia—. Estamos aquí en son de paz, insisto. Si tu hermano y tu madre, *tu-ma-dre*, hicieron el esfuerzo de venir para mostrar apoyo, hazlo tú también.

Poso la mirada en Airam. Está totalmente despistado, ido, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo para irse a un lugar menos conflictivo que la tasca.

—¡Si yo estoy mostrando mi apoyo! —protesta Dácil—. Ya le di mis condolencias a Raúl. Le apoyo a muerte y le deseo toda la suerte del mundo, porque la va a necesitar al lado de un golfo traicionero como ese don de ahí. Por otro lado… ¿estás seguro de que te quieres casar con un hombre capaz de abandonar a su familia, mi niño?

A buen seguro que le han puesto al corriente de lo que le esperaría si la princesa Dácil se levantaba con el pie izquierdo, porque el muchacho deja a un lado su copa y, con la misma diplomacia que antes, contesta:

—Todo el mundo comete errores. No creas que no he hablado con tu padre muchas veces de su comportamiento, con el que nunca me mostré de acuerdo, pero hay que entender que estaba asustado por sus sentimientos. Abrumado, mejor dicho.

—*Chos*, qué discurso tan lindísimo —comenta Dácil, sonriendo con ironía—. ¿Te lo has preparado antes de venir aquí?

—No —reconoce Raúl con humildad—, pero sabía que sería una cena complicada.

—Es que es una *situación* complicada. —Especifica Dácil. No le levanta la voz a Raúl en ningún momento, y enseguida nos hace saber por qué—. Apuesto a que tú no tienes ninguna culpa. Si mi padre tuviera quince años, podría decirse que se dejó manipular por

su nuevo amor, pero ya tiene una edad como para comportarse como un adolescente obsesionado.

—¡Tú también tienes una edad como para comportarte como la hija despechada de los padres divorciados! —interviene Jana con su acritud habitual—. Estamos todos de acuerdo con su decisión y nos alegramos por él. Si tú eres incapaz de unirte a la fiesta, será mejor que te vayas.

—No digas eso, Jana. Quiero que Dácil esté aquí. —La corta Joaquín, que acompaña su rápida respuesta con una mirada irritada.

«No azuces la ira de la bestia», parece ordenarle a su hermana.

—Pues eso será ahora, que tú y yo sabemos que no te gusta encontrarte conmigo en los restaurantes —le espeta Dácil, venenosa.

—Ya está bien, Dácil —interviene Jaime, que suele ser quien distiende los ánimos con su ánimo jocoso, pero ahora no suena en absoluto desenfadado—. No fue un padre ejemplar dándose la vuelta cuando te vio, pero tampoco vamos a estar recordándoselo en una cena familiar. —Suaviza el tono para hacer una sugerencia—: Intenta… perdonarlo, y si no puedes…

—Y si no puedes, pues muy bien, lo entendemos, pero… —gruñe Jana.

—Sí, ya se ve lo bien que lo entiendes —le espeta Dácil con los ojos cuajados—. Eres la reina de la comprensión. Siempre lo has sido. Sobre todo conmigo, ¿eh?

—Jana, mi niña, estás siendo muy dura con Dácil —interviene Salma. Era la que tenía que hablar, con su tono pausado y su voz lánguida, como de tarotista de las tres de la madrugada, para que Jana se encogiera sobre sí misma y sus nervios se apaciguaran al instante—. ¿No ves que su alma está en conflicto ahora mismo? Lo único que puede alinearle los chakras y limpiar su aura de malas energías es sentirse comprendida por su familia.

—No sé si eso le alinearía los chakras o le limpiaría el aura, pero desde luego haría de esta cena algo mucho menos desagradable. —Comenta Airam, que poco a poco va saliendo de su ensimismamiento autoinducido—. ¿Qué es esto, la fiesta de hundir a mi hermana, o qué?

—No, pero tampoco es la fiesta de humillar a tu padre.

—Apunta tío Jaime con mucho tiento, tratando de sonar razonable. Luego se dirige a Dácil, en un humilde ruego—: Lo que estamos pidiendo es un fisquito de respeto, nada más, mi niña.

—Y de protocolo. —Agrega tía Jana con retintín—. Uno no va a cenar si no pretende comportarse.

—Bájale dos al tonito, Jana —insiste Jaime, que llevará toda la cena pellizcándole un costado, porque el otro seguro que se lo estará pellizcando Salma, que también se muestra solidaria con Dácil.

—En otro lugar, en otro momento, desahógate cuanto quieras. —Apostilla Jaime—, pero Raúl no se merece esto. Es buen muchacho.

—¿Que es buen muchacho? —Dácil abre la boca, seguramente para escupir sapos y culebras. «Tan buen muchacho no sería si se lio con mi padre sabiendo que tenía familia», o «No será tan buen muchacho si alejó a mi padre de mí, de forma consciente o inconsciente, eso me da igual».

Al final no dice nada, porque basta con echar un ojo a lo largo y ancho de la mesa para confirmar que, cada uno a su manera, mostrándose más o menos solidarios con la ira de Dácil, todos quieren que frene la lluvia de reproches e intente, por una noche, sonreír a la cámara.

Esperaba que Dácil se derrumbara al ver a todo el mundo en su contra, pero en lugar de eso, se los queda mirando sin dar crédito.

—Pero ¿cómo podéis ser tan hipócritas? ¡Yo era la que preguntaba por papá a diario y lo disculpaba cuando os metíais con él! ¡Yo era la que estaba deseando que volviera y vosotros los que insistíais en que era un cabrón! Tú llegaste a decir, que yo lo escuché, que no perdonarías a ese hijo de puta ni aunque volviera arrastrándose. —Agrega, mirando a Jimena sin dar crédito—. ¿Y es que se ha arrastrado, acaso? Porque solo ha vuelto de la manita de un notas gritando que se ha enamorado, como si el amor lo pudiese todo. Solo tiene sentido que tío Jaime esté aquí porque trabajan juntos, pero ¿y los demás? ¡Si era yo la que lo defendía a capa y espada de vuestros insultos! ¡Tanto es así que nunca os conté los desaires que me hizo para que no lo odiarais más!

—A mí en concreto no me hizo nada, Dácil. Y más allá de que me pareciera incorrecto el camino que tomó para divorciarse y

cómo hizo las cosas con tu madre, no soy quién para meterme. Sobre todo porque yo me vi en una situación muy similar. —Acota tía Jana, doblándose la servilleta de tela sobre el regazo solo para darse un aire más solemne. Y lo consigue—. Tu padre tiene derecho a ser feliz.

—Y en lo que a mí respecta —prosigue tío Jaime, con algo más de tacto—, también una segunda oportunidad. Ante todo, Da, es mi hermano y lo quiero, y me alegro de corazón de que esté bien porque no… no estaba bien antes, ¿comprendes?

—No estaba bien con nosotros. —Aclara Dácil por él—. Eso es lo que quieres decir, ¿no? Que nosotros solo le hacíamos infinitamente desgraciado.

—Por supuesto que no, fisquito —interviene Joaquín. Una nota de ofensa se filtra en su respuesta—. Era solo en el ámbito más… más personal. Más íntimo.

—Estuvimos muy molestos con él por su actitud contigo, eso sí es cierto —prosigue tío Jaime—, pero si le das la oportunidad de explicarse, lo comprenderás.

—¿Qué es lo que comprenderé? —pregunta Dácil, más desesperada que enfurecida por obtener una respuesta—. Que alguien me lo explique porque así podré brindar yo también sin rencores.

—Entendimos que… que el giro drástico en su vida le vino grande y tenía que poner sus asuntos en regla y explorar lo que sentía lejos de nosotros para saber qué quería —explica Jimena. Precisamente ella, la que más lo criticó, la que más sufrió el divorcio. Se le atragantan las palabras y apuesto a que está retorciéndose las manos en el regazo. Defender a Joaquín debe de ir contra su religión, pero peor se sentiría en el lado de Dácil, siendo blanco de la ira y la exasperación de los Oramas—. Ahora que lo sabe, vino a pedirnos que estuviéramos a su lado. No ha dejado de querernos, solo… nos quiere de otra manera.

Suena como si quisiera autoconvencerse.

—A ti claro que te quiere de otra manera, pero ¿a nosotros? —Dácil se señala, a ella y al silencioso Airam, que debe de estar más que harto de trifulcas, porque no se toma la molestia de mediar por nadie. Todos hemos vuelto del crucero hasta la coronilla de disputas—. ¿Qué le hicimos nosotros? ¿Y tú no vas a decir nada,

Airam?

—Yo creo que hizo bien al mandarse a mudar, Da —reconoce llanamente. La respuesta de Airam deja a todo el mundo de piedra menos a mí. Ya lo hablamos largo y tendido en La Centinela la noche de su encontronazo, y creo que tiene todo el sentido—. Para tener una doble vida que hiciera daño a mamá, mejor que se librara de aquella con la que no se sentía cómodo. Yo no me lo tomé como nada personal, pero claro… —Airam le sonríe a Dácil, abochornado—. Como tú misma dijiste, yo no estaba aquí para verlo.

Dácil se queda tan aturdida por la respuesta de Airam que decide ignorarlo, suprimir de inmediato esa alternativa pacifista antes de que la trastoque más aún. Se gira hacia Joaquín con los nervios a flor de piel.

—¿Entonces? ¿No vas a responder? ¿Qué te hicimos? ¿Qué te hice yo?

—Nada, no me hicieron nada —responde Joaquín en voz baja. Le ruega a Dácil con la mirada no sé el qué, si el perdón o un poco de consideración—. No tengo excusa para eso, Dácil, y lo siento.

—Pues si no tienes excusa, no me vengas con milongas y gilipolleces y simplemente di que has sido un mierda —le espeta Dácil, perdiendo del todo los papeles—, que desde que apareciste no has dejado de repetir no sé qué de estar enamorado y no sé qué del armario. Di que no supiste hacerlo mejor y por eso lo hiciste como el culo. Sé un poco humilde y acepta tus errores y no nos comas la cabeza con discursitos Disney. Al menos, no me la comas a mí, porque no te va a funcionar. Ya sabemos que el resto estaba dispuesto a tragárselo todo.

Dicho esto, Dácil se levanta arrastrando la silla. Deja el cubierto sobre el plato de muy mala manera y sale del restaurante sin añadir nada más, sin zapatazos. Se va más decepcionada que furiosa, y eso es lo que sume en un profundo silencio toda la mesa.

Los cabreos de Dácil son manejables. Basta con ignorarla hasta que se le pase o darle cuerda hasta que se canse. Pero una Dácil triste es un problemón que nadie sabe cómo abordar.

Solo yo, quizá, porque soy quien la ha visto padecer estos últimos días.

—Voy a hablar con ella.

Estas son las primeras palabras que pronuncio desde que me he sentado.

No es que no esté en condiciones de manifestar mi opinión porque no tenga confianza con los presentes o porque no crea que esta sea mi lucha. He sido testigo del sufrimiento de Dácil y lo que ocurre es que a Dácil no le gusta que nadie alce la voz por ella, porque ella sola puede con un batallón, así lo ha demostrado innumerables veces. Le importa un carajo tener al mundo en contra.

—¿Tú? ¿Tú vas a hablar con ella? ¿Es que quieres que te dé una paliza? —exclama tía Jana, asombrada—. Yo te quiero mucho, Thiago, pero para calmar a Dácil se necesita otra cosa… Quizá un sedante para elefantes.

—Déjalo que vaya. —Tercia Airam en tono calmado. Está mirando la pantalla de su móvil con la esperanza de que le salve una llamada urgente—. Sabe lo que hace.

No sé lo que hago, no, pero sé que necesita que alguien se ponga de su parte y no insista en que se ha vuelto loca o que es una mala persona por haber reaccionado así. Abandono la mesa con disculpas, sabiendo que es improbable que vuelva a sentarme, y les deseo una buena cena antes de desaparecer.

Dácil no ha salido solo a tomar el aire. La pillo a horcajadas sobre su moto, peleándose para arrancarla.

—Da —la llamo, pero no reacciona. Sigue mascullando imprecaciones con la mandíbula tensa—. Dácil, no te vayas así.

Ladea la cabeza hacia mí y veo en su rostro algo parecido a la resignación.

—¿Tú también? —me espeta con los ojos en llamas—. ¿Tú también me vas a decir que me he pasado tres pueblos, cuando fuiste tú el que me dijo en su día que espabilara y viera que mi padre no merece que lo idolatre?

—No, solo te pido que no te subas a la moto estando tan enfadada. Podrías tener un accidente, y bastante has sufrido esta noche como para lidiar con un brazo escayolado… —trago saliva—, o algo peor.

Dácil todavía trata un par de veces de poner la moto en marcha usando la patilla, pero se acaba rindiendo, no sé si por falta de fuerzas o porque sabe que tengo razón. Voy en su busca como si no temiera su reacción —ahora mismo es una bomba que podría

estallar en cualquier momento— y le paso el brazo por los hombros.

—Vente, anda, vamos a sentarnos.

—¿Ahí dentro? Ni de coña.

—Aquí fuera, bajo las estrellas. ¿Has visto qué noche hace? Hay luna llena.

No sé qué chorradas estoy diciendo, pero surten efecto. Dácil mira hacia arriba y parece serenarse al contemplar un cielo despejado. Suspira muy bajito y se sienta en las escaleras que llevan al aparcamiento. Se oye tanto el barullo del restaurante como los motores de los coches que pasan volando por la autovía que hay al lado.

Saco el tabaco del bolsillo de los vaqueros y se lo ofrezco. Cuando está muy muy nerviosa se suele fumar uno. Es una costumbre que no ha cambiado: acepta liarse uno demasiado bien para las uñas tan largas que lleva y no me dirige la palabra hasta que no ha dado la primera calada.

—Gracias por venir —murmura de pronto—. Mi familia no habría estado tan cómoda ni tan contenta si no hubieras aparecido.

—Pensaba que lo que querías era que todo el mundo lo pasara de pena. —Dácil ladea la cabeza hacia mí y veo un rastro de dolor en su semblante que me hace recular con los brazos en alto—. No lo digo con acritud, ¿eh? Que conste. Lo entiendo en la medida en que se puede entender una situación por la que no has pasado.

Ella niega como si aún no cupiera en su asombro.

—Solo quería que mi padre supiera que los Oramas ya somos una unidad sin él. Nos recompusimos después de que se largara y no lo necesitamos para nada.

La miro de hito en hito.

—¿Estás segura de eso?

—¿Tengo pinta de necesitarlo? —me ladra.

No me lo tomo a mal porque no está enfadada conmigo. Creo que está enfadada hasta consigo misma.

—Tal vez «necesitarlo» no sea la palabra. Yo también aprendí en su día a vivir sin mi padre. Podrías acostumbrarte hasta a vivir sola si te lo propusieras. La cuestión es… ¿quieres vivir sin padre? Yo lo tengo claro, Dácil. —Asumo con humildad, encogiéndome de hombros—. Preferiría que estuviera vivo, aunque sepa que no me hace falta para nada.

—No metas a tus padres muertos en esto —me advierte, apuntándome con el cigarrillo. *Dácil Oramas, señoras y señores. Su tacto no es de este mundo*—. Le quita importancia a lo que me pasa a mí porque no se puede ni comparar con lo tuyo, y encima me hace sentir mala persona. Además, esa extrapolación tan bestia no me ayuda. Si mi padre se muriera, claro que me sentiría como el culo, pero es que está vivo. Me arde que le vaya de lujo sin mí.

—No ha parecido que le vaya de lujo sin ti. —Hago una pausa para tomar una decisión importante: decirle lo que pienso o decirle lo que quiere oír. Al final opto por lo segundo, porque la conozco y sé que eso es lo único que hará que se odie menos por ser débil—. Joaquín te quiere muchísimo, Dácil, eso es innegable. Y no lo será todo, no justificará nada, de hecho, pero tiene que significar algo para ti.

Ella se encoge al oírme. Enseguida se frota el brazo desnudo, como si el escalofrío se explicara por la temperatura que hace. No me lo puede negar, porque lo sabe, y es por eso precisamente que la situación le provoca este conflicto difícil de manejar: Joaquín la quiere. Si no la quisiera, ¿qué habría importado que se largara? Que un padre ausente se ausentara no sería una anomalía, no se sentiría como si la hubieran arrojado a la orfandad de un día para otro. Pero la quería. Era su niña, su mejor amiga, su fisquito y su flor de higo pico, y su chinija y su pequeña bandida, y lo primero que hacía en cuanto se levantaba era ir a darle un beso a su Dácil, y lo último, abrazarla, tuviera catorce o tuviera diecinueve años. Era el portavoz de las causas perdidas de su hija, su defensor acérrimo —eso no ha cambiado: ha sido el único que ha aceptado los reproches de Dácil con entereza y empatía—, su enfermero las escasas veces que la ha vencido la fiebre… Y por eso, porque era Dios más que un padre, porque a ratos parecía que era todo lo que ella tenía, es tan doloroso imaginarlo pirándose un día y no volviendo a llamar. Cuanto más alta es la torre, más duro es verla caer.

—Y qué se supone que tengo que hacer, ¿eh? —Me pide auxilio con una mirada atormentada—. ¿Ir a su boda con una gran sonrisa y fingir que no me duele que mi familia se rompa?

—¿Cuál es la alternativa? —Ladeo la cabeza, esperando una respuesta convincente que no me da—. ¿Condenarlo por haber elegido el camino que le hace feliz y por querer hacer partícipe,

quizá demasiado tarde, a su familia? Tu familia no está rota, además, solo se han cambiado algunos papeles. ¿Hubieras preferido que tu padre se quedara en el armario, que tuviera una doble vida y que fuese infeliz para siempre? Y no me digas que sí por despecho, porque lo quieres y no le deseas el mal.

Dácil no contesta enseguida. Vuelve a mirar al cielo, como si allí estuviera la verdad sobre todas las cosas —sé que piensa que sí, que los misterios del firmamento encierran verdades universales—, y poco a poco se deja caer hacia mí. Apoya la mejilla en mi hombro y me pasa el brazo por la cintura, demasiado vulnerable para renunciar al consuelo de quien tiene al lado.

—Hay mucha gente a la que quiero —reconoce en voz baja—, pero no por eso tengo que perdonarles todo. Igual que no tienen por qué perdonármelo a mí si alguna vez me he pasado, que reconozco que… que reconozco que lo he hecho. Pero con él no, Thiago. —Me mira a los ojos de un modo tan franco y directo que me conmueve—. A él nunca le he hecho nada malo. Quizá a ti sí, y por eso me he buscado algunos reveses, pero a mi padre lo he venerado desde el primer día.

El corazón me da un vuelco.

Es el momento perfecto para hacer mía la situación y convencerla, aunque sea manipulándola, de que sí que hay que perdonarlo todo en nombre del amor. Pero estaría cayendo muy bajo, y no me puedo permitir ser malo ni con ella ni para ella.

Ya no.

—No lo perdones por amor. Perdónalo por la paz. *Tu* paz. —Le sugiero, retirándole algunas trenzas de la cara para mirarla bien—. Vas a verlo a menudo, porque toda tu familia lo quiere y le ha dado la bienvenida a lo grande. —Tuerce la boca al recordarlo—. Eso no va a cambiar porque tú te empeñes en hacerle desaires, Da. ¿De verdad quieres eso para ti, una guerra en casa cada vez que él se presente? Pensaba que me habías mandado a la mierda porque querías evitarte justamente eso —añado en tono juguetón, haciéndole cosquillas en la frente con la nariz.

Ella arruga la suya, como hace siempre que quiere contener una risita inoportuna.

—No se me ocurrió que volverías a casa. —Se sincera con un hilo de voz.

Qué extraño es verla así, al borde del derrumbe.

—¿Y eso te molesta?

—No. Ya me he hecho a la idea de que vas a formar parte de mi vida para siempre.

Ese tono resignado me retuerce el estómago. Con el alma en vilo, repito más despacio:

—¿Y eso te molesta?

—Me da miedo —reconoce, pero tan bajito que casi no la escucho. No me mira—. Me da miedo no olvidarte nunca. Me da miedo estar condenada a querer mal y a que me quieran mal, a querer a quien no me quiere o a quien ha demostrado que puede abandonarme sin más. Me da miedo no aprender nunca la lección ni ser del todo dueña de mis actos. Al final eso es lo que soy, una niña asustada que lo camufla enfadándose. Al enfado todavía se le tiene respeto, pero el miedo es algo de lo que todos se pueden aprovechar. De lo que siento que todos os habéis aprovechado.

—¿Quiénes?

—Mi padre y tú. —Se mira las manos y hace una mueca de dolor, como si le doliera saber que las tiene vacías. Que solo se tiene a sí misma—. Sabéis que soy débil y que os tengo en un pedestal, y que solo tenéis que sentaros a esperar que se me pase. Cabrones —escupe con rabia.

—Eso no es verdad. Tu padre está tan asustado como tú, no hay más que verlo. —Y en eso estoy dando también mi opinión—. Le da pánico que no lo perdones nunca, porque te sabe capaz, niña de los rencores eternos.

—Lo acabaré perdonando —admite un rato después, tras haberme dado tiempo para añadir un «y yo también te tengo miedo». Confío en no tener que decirlo para que lo sepa—. Es mi padre, y no digo «es mi padre» en el sentido de «ayudó a traerme al mundo, tiene mi sangre» y todo eso. Digo que es mi padre porque siempre ha ejercido de padre y… y me puede la costumbre de adorarlo. Es más fuerte que yo. Y a veces… —Se le atraganta el momento de la iluminación, porque Dácil es tan testaruda que prefiere la oscuridad—. A veces se me olvida que, aparte de padre, es un hombre con necesidades románticas y todo eso.

—Y si lo sabes, ¿por qué has montado el número ahí dentro? —La pincho, aunque solo sea para que pase de la tristeza a la rabia.

Por desgracia, el bajón la supera y ni siquiera tiene ganas para reclamar de mí algo de tacto.

—Porque me gustaría que el deseo de cuidar de mí fuera más importante que ninguna otra necesidad —responde con una sinceridad que me desarma—. Sé que es egoísta, pero no me cabe en la cabeza cómo alguien que repetía que soy la niña de sus ojos puede largarse a sabiendas del daño que me hará.

Se me vuelve a encoger el corazón.

Yo también la llamé así. *La niña de mis ojos*.

Espero a que se separe de mi hombro y me preste atención con los cinco sentidos.

—Dácil, tienes que… Bueno, «tienes que» no es la expresión adecuada, porque implica obligación, pero discúlpame si no hablo con propiedad ahora mismo. Lo que quería decir es que quizá te vendría bien perdonarnos que no seamos perfectos. Querer a la gente no es ponerla en un pedestal, porque la fuerzas involuntariamente a cumplir tus expectativas imposibles. De camino al pedestal hay que pasar inevitablemente por la decepción, ¿entiendes? Puedes ponernos mejor en tierra, donde los defectos, donde la mortalidad, donde los errores, y seguir queriéndonos, pero esta vez aceptando nuestra humanidad y teniendo presente que va a haber baches, que va a haber situaciones incómodas.

»Hemos sido unos cabrones, sí, y tú también lo has sido conmigo, ¿eh? Hemos sido unos cabrones, sí —insisto, más despacio—, pero también hemos sido buenos, ¿verdad?

Espero a que ella asienta lentamente.

—A veces. A ratos —concreto—. Si no, no nos querrías. Te respetas demasiado para retener en el corazón a alguien que no te conviene.

—¿Tú crees? —masculla sin tenerlas todas consigo. Mira el cigarrillo, desganada, y le da un toquecito para arrojar la ceniza al suelo—. Yo pienso a ratos que, si me hubiera querido un poco más, os habría soltado antes. No habría dado lugar a que pasaran la mitad de las cosas que pasaron, me refiero. Al menos estoy a tiempo de impedir que ocurran más. Pero sé que tenéis razón y que debo perdonarlo. No por amor, sino por la paz. —Me parafrasea.

Dácil se toma un segundo para inspirar hondo. Me concede el honor de dar la última calada a su cigarrillo. Ha dejado la huella de

su pintalabios en la boquilla, un detalle que me pone melancólico.

—¿Tienes idea de cuántas cosas podré volver a querer cuando haya olvidado los malos momentos? —dice de pronto en tono apasionado—. Podré volver a los restaurantes favoritos de mi padre, incluido ese en el que se dio la vuelta para no verme, y que no se me haga un nudo en la garganta. Podré ir al parque acuático al que me llevaba cuando era una cría sin sentir que me come la desazón. Y tú…

—¿Yo? —La animo al ver que se ha quedado callada.

Me mira a los ojos. Sus ojos negro-verdes. La fiesta de lunares. Los labios negros. La miro a mi vez y *lo sé*. No la voy a olvidar jamás.

—Tú no te imaginas todo lo que me has arruinado irreversiblemente —susurra, como si no quisiera enterarse ni ella—. Me has arruinado El Balito, el mirador de La Centinela, las playas de Benijo, las Teresitas, Los Cristianos; me has arruinado los libros que tocaste, los artistas que me recomendaste, todas las lluvias de estrellas, las excursiones al campo… Me has arruinado incluso mi cumpleaños y a Cruz Cafuné, los conciertos. Has echado a perder incluso un poquito del amor que le tengo a mi hermano, porque a veces os he visto a los dos como una misma persona. Me has arruinado a la familia. Mi familia no es lo mismo sin ti.

»Os tengo que perdonar porque, de lo contrario, me quedo sin nada. Me quedo sin mis playas, sin mis sueños, sin mi música… Me quedo sin mi isla.

No sé qué responderle, tan solo que me odio a mí mismo por lo que he hecho, o bien que ella ha tenido un efecto idéntico en mí. Que si no volví a Tenerife antes del crucero fue porque para mí Dácil Oramas es la isla y es el calor y es la arena y las olas, y sin ella, ¿qué pintaba yo allí?

Nada.

Es horrible decir que sin una persona eres la mitad de tu yo. Pero es que así es. Estamos hechos de nuestros seres queridos, o mejor dicho, somos, en parte, lo que nuestros seres queridos desean hacer de nosotros. Somos intrépidos si así nos perciben, somos dignos de amor si nos aman, y muchas de las aficiones a las que nos dedicamos llegaron a nuestras vidas por recomendación de aquellos a los que admiramos. No se le puede arrebatar a nadie una verdad

como esta: sin él o sin ella, no estaríamos donde estamos. El camino no se hace en solitario.

Entiendo los discursos de independencia emocional con los que Núria me aturulla, y que haya quien insista en la importancia de saber cómo querer sin entregarse del todo, pero no lo comparto. Porque eso, en la teoría, está muy bien. En la práctica, sin embargo, somos seres sociales y no sobreviviríamos sin la empatía y la aceptación de los demás.

Cuando pierdes a alguien que adoras, como me pasó a mí, estás renunciando a una parte de tu ser. Estás quitándote vida. Te ves de pronto incapaz de darte sentido a ti y a tu futuro, y de buenas a primeras te topas con alguien a quien no reconoces cuando te miras en el espejo. Esa devastación la he sentido yo en mis carnes al dejar a Dácil en Tenerife; una devastación unida al arrepentimiento de no haberme enganchado con su hermano a hostia limpia, si hubiera hecho falta, para defender mi felicidad por encima del miedo de aceptar que no, joder, que no puedo largarme sin mirar atrás y esperar que el alma no se me resienta.

Hay un tipo de felicidad que solo al lado de ellos dos es posible. Y seguramente haya muchas formas de vida en otra parte. Lo sé de primera mano. Me eché novia y un nuevo grupo de amigos en Madrid y casi parecía una vida. Esa no me llenó, a la vista está, pero ¿quién me dice que no me espere una rutina mejor que la tinerfeña de la niña de las bambas? A lo mejor el amor de mi vida, mi amor tranquilo y respetuoso, sin arañazos ni puñaladas por la espalda, se esconde en las montañas cantábricas o en La Habana. Pero no quiero ir a buscarlo. Tal vez me esté perdiendo esa relación perfecta y sin altibajos que Dácil asegura que nos merecemos los dos. Tal vez me haya obcecado en esto y no esté preparado para dejarlo ir, para *dejarla ir*, y eso me merezca unos cuantos adjetivos de mierda. Pero es que siento que Dácil y yo ni siquiera hemos empezado como para terminar ahora.

El amor no viene con manual de instrucciones, ¿no? Uno aprende a base de cagarla, adquiriendo costumbres dañinas y luego cambiándolas, cayendo en vicios insanos y después poniendo los límites. Debe haber una evolución.

Esa es la clave de todo. Me doy cuenta al pensarlo. Ella y yo *no hemos empezado a querernos*; solo nos hemos odiado con treguas

temporales en las que apenas se atisbaba lo bueno que estaba por llegar. Lo bueno que llegaría si espabilábamos y poníamos de nuestra parte los dos *a la vez*, no primero uno y luego el otro, y cuando el otro ya no quiere, el primero cambia de opinión. Ella se cree que esto que hemos tenido es todo cuanto nos espera, que no podemos aspirar a nada más que a resignarnos a que llegue la próxima decepción.

Pero eso no es así.

—Dácil.

Hasta me pongo de pie para que me escuche, entusiasmado por el descubrimiento.

Pero ella ya se ha levantado para subirse a su moto y ni me mira.

—A lo mejor nos vemos en la boda —me dice sin entonación—, o a lo mejor no. Por si acaso, gracias por escucharme.

Bajo los peldaños a trompicones esperando alcanzarla, pero ella ya ha arrancado y ha dado una curva siniestra para perderse en la autovía. Hundo los hombros, resignado. Cojo aire y me preparo para regresar y anunciarle a los Oramas que Dácil se ha marchado.

Se ha marchado con mi última oportunidad de arreglarlo.

Como no tengo ningún sitio mejor al que ir, regreso a la tasca a la espera de que las aguas se hayan calmado. Sin embargo, conforme me voy acercando a la mesa, compruebo que la discusión sigue siendo acalorada y que el pobre Raúl ya no sabe ni dónde meterse. Airam es el único que se ha puesto de pie. Joaquín le está pidiendo por favor que vuelva a sentarse, mientras Salma llama a la calma —nunca un pareado fue tan apropiado— frotándose las sienes.

—Estoy un poco hasta los huevos ya de tener que hacer entrar en razón a un puñado de notas con treinta tacos en el DNI —está diciendo Airam—. A ver si no estáis señalando la inmadurez de Dácil para que no se note la vuestra, porque yo creo que hasta un niño de cinco años entendería que la hija de un padre fugado esté dolida. ¿A que tú lo entiendes, Margarita?

Meter a la pequeña en la discusión no es el movimiento más elegante, y menos cuando la niña se ha pasado toda la comida mirando de un lado a otro sin entender un carajo, pero sorprendentemente dice:

—Ojalá la prima Dácil *eztuviera* contenta. *Zolo eztá* enfadada *dezde* que el tito *ze* fue.

—Exacto. Está enfadada desde que el tito se fue, y pretendéis que, pulsando un botón, se le vaya el emputado y se acople a la situación como si nada. Deberíais plantearos que los tarados sois vosotros. Estas cosas requieren tiempo —concluye entre bufidos, impacientado.

Lo bueno de ser Airam —y en lo que más se diferencia de su hermana— es que todo el mundo lo escucha. Hay veces que se callan antes de que empiece a hablar y lo miran a la espera de su veredicto, como si fuera una especie de almuédano encargado de llamar a la paz familiar en lugar de llamar a la oración. Me ha confesado que ostentar este cargo le tiene hastiado de un tiempo a esta parte, pero sé que a veces es superior a él. Apuesto a que no ha salido detrás de Dácil para poner en su sitio a todos los Oramas.

Y así lo está haciendo como colofón de una discusión que lamento haberme perdido.

—Tú, si quieres tener la más remota posibilidad de que te perdone, tendrás que sentarte a hablar con ella y no fingir que no pasó nada. Cuando uno la caga, papá, y es curioso porque esto me lo enseñaste tú, tiene que responsabilizarse y sanar las heridas que ha provocado antes de invitar a nadie a ninguna boda —le dice a Joaquín, apuntándole con el dedo de los regaños. Luego ese dedo sale disparado hacia tía Jana—. Tú, manda cojones directamente. Ya sé que tu personalidad es odiar a todo el mundo y por eso choca tanto con la de Da, pero mi niña, si pretendes criar a Margarita en valores como el respeto y la empatía, deberías ir practicando tu forma de comunicarte con los demás, porque eres basta como tú sola, y eso por decirlo suavito. Tú —señala a tío Jaime, que se pone firme en el acto— no has estado del todo mal, pero mostrar desenfado en mitad de discusiones tan intensas es un arma de doble filo. Aquí nadie ha puesto en valor los sentimientos de Dácil, y tú, con tu desahogo, no eres la excepción. Y tú… —Su mirada se dulcifica al posarse sobre la llorosa Jimena—, estás haciendo un esfuerzo sobrehumano y todos deberíamos valorarlo más, pero no puedes pedirle a Dácil que haga lo mismo. Es tan comprensible que pases por alto tu sufrimiento por el bien de la familia como que ella quiera encerrarse en su sótano.

—Muy bien dicho, mi niño. —Acota la abuela Candelaria, dejándonos a todos de piedra. La mujer, rígida como una estaca en su asiento y con los labios permanentemente fruncidos, le sostiene la mirada a Airam con los ojos brillando por el orgullo—. Ya está bien de tonterías.

—Mamá… —empieza tío Jaime.

—Ni mamá ni mamó. —Zanja Candelaria. Siento las cosquillas de una sonrisa en las comisuras de los labios—. Están hechos unos energúmenos y ya va siendo hora de que traten a Dácil con respeto. Lo raro sería que no armase estas escenas cuando son todos unos noveleros[40].

Airam se ríe y rodea la mesa para darle un beso en la sien. La abuela no se retira. Nunca se retira cuando Airam va a besarla.

A veces bromeamos con que es la única persona en este mundo a la que quiere de verdad.

—Con vuestro permiso o sin él, me voy. He quedado —anuncia Airam—. Intentad no echaros la vajilla por la cabeza y que os larguen de la tasca, porque yo no voy a estar aquí siempre para resolver vuestras historias, eso que quede clarito.

Se marcha después de felicitar a su padre y a Raúl por las futuras nupcias, sacándose la americana como si le picara y consultando el móvil. Me juego la vida a que va a verse con Maday, porque históricamente ha sido (y sigue siendo) el único ser humano por el que dejaría a su familia a merced de las turbulentas novedades.

—Ya le oyeron —concluye la abuela, desplegando la carta con un movimiento seco. La tiene del revés, pero eso a ella le da igual—. Pidan, coman y cállense.

El «vine, vi y vencí» de Candelaria La Gomera.

«Pidan, coman y cállense».

Así, y de ninguna otra manera, deja de arder Roma.

Capítulo 26

¿Heroínas? Yo es que soy más de villanas

Thiago

La depresión posvacacional es una realidad. Me sumo en una melancolía insoportable cada vez que el autobús me deja frente a mi portal, después de haber arrastrado la maleta por todo el aeropuerto de Barajas, y meto toda la ropa sucia en la lavadora. Hay quien entra en su chozo después de haber pasado una semana o un mes o un año en el extranjero y todavía se alegra de oír el silencio de la casa vacía, de reconocer ese particular olor personal que flota en su madriguera y del que solo es consciente cuando regresa al hogar. Pero a mí siempre me ha destrozado. Volver de Tenerife solía ser de por sí una tragedia cuando Airam vivía conmigo; volver sin él es directamente descorazonador.

Por suerte, Airam cogió un vuelo a Madrid una semana después de que yo me pirara para traerse sus cosas. Dentro de un mes comienza el último curso tras su año de SICUE y no se estaba tirando ningún farol cuando me pedía la habitación extra. Ha tenido suerte: el *gamer* que se pasaba el día comiendo sobre el teclado ha abandonado el que era su cuarto por ser verano y lo ha dejado libre y como una patena para que regrese a él su legítimo propietario.

Airam entra en el piso como Pedro por su casa —es su casa— y deja en el suelo su bolsa de deporte, donde siempre le ha cabido la vida entera.

—¿Tienes algo en la nevera? —me pregunta con los brazos en

jarras.

—He pillado cervezas y una Coca-Cola porque ahora viene Celia a recoger unas cosas que se había dejado en mi habitación.

Airam levanta las cejas. Arrastra una de las sillas de la mesa del comedor —la que no está coja, que sabe reconocer a simple vista— y se sienta como si le dolieran los huesos.

—¿Todavía no habéis hablado?

—No, pero parece que hoy va a ser el día. La he notado muy tranquila por teléfono. A ver si hay suerte y se cierra el ciclo. —Me lo quedo mirando de hito en hito. No hemos tenido oportunidad de hablar de su numerito Leire-Maday en el teleférico, y me parece el momento propicio para preguntar—. ¿Qué hay de tu ciclo? ¿Vas a quedar con Leire, o algo? El mes que viene la vas a ver en clase, y por lo poco que me contó, Fede y ella no tienen nada.

Hecho polvo, Airam aparta la vista del móvil del que lleva pendiente desde que ha llegado.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo con Leire?

—¿Que por lo visto hubo arrumacos? —sugiero como si fuera lento de entendederas.

—En ese crucero le habría hecho arrumacos hasta al Tío Cosa. —Se pasa la mano por la cara. No creo que sea porque le abrume la culpabilidad. Solo está cansado; se le nota en los ojos vidriosos y sombreados por la falta de sueño al mirarme—. Estaba despechado y Leire siempre me ha gustado. Como para que no me guste. Cuando estaba medio borracha y se me acercaba toda cariñosa, ¿qué le iba a decir? Me faltaba amor y ella me decía que no paraba de pensar en mí.

—No te pega nada ser esa clase de cabrón —le digo sin rodeos—. Tampoco te pega ser un despechado, ojo, pero ser ese cerdo…

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes el monopolio sobre el comportamiento inadecuado? —se burla, mirándome con los párpados entornados—. A todos se nos fue la pinza en ese viaje, no me puedo sentir culpable. De todos modos, ya ves. Fue un puñadito de besos. Si ya no está con el notas ese es porque ella no quiere, no porque lo que hizo fuera imperdonable.

—En el teleférico lo hiciste ver como si ella fuera una infiel —le recrimino.

La pobre tampoco se lo merecía.

—Ya le pedí perdón a Leire por eso, y me ha perdonado porque solo estaba contando la verdad. Parece que le hice un favor, porque se alegra de estar soltera ahora. Hablamos de vez en cuando como colegas. —Hace una pausa para apoyar la barbilla en la mano. Tras un rato pensativo, sonríe, incrédulo, y dice—: Chacho, es increíble cómo funciona la mente. Estuve con ella cinco años. Cinco. Le tengo cariño, claro, y recuerdo perfectamente adónde íbamos, lo que hacíamos, pero no me acuerdo de haberla querido. Es una sensación extraña. Solo me veo a mí siguiendo la corriente. Haciendo lo que se suponía que debía hacer. Cinco años de mi vida, flaco.

—Se dice pronto. —Eso es todo lo que alcanzo a decir. No quiero espantarlo con un discursito. Airam raras veces habla de lo que le pasa por la cabeza, y si este es el momento de su desahogo, qué menos que darle el protagonismo que necesita.

Alza la vista hacia mí, pero no me está viendo. Tengo la sensación de que vigila sus pensamientos, de que cuestiona sus emociones, de que está haciendo un recorrido por sus recuerdos como si fueran piezas de museo.

—Siento que estoy huyendo otra vez de ella. —Confiesa tras suspirar con resignación. Entonces no me mira a mí, sino a un punto en la pared. Se cubre la cara con las manos y se masajea las sienes, se frota los ojos—. ¿Cuándo se acaba esto, loco? Pensaba que cuando se te acababan las esperanzas, se te acababa el amor, pero no pasa.

—¿En qué ha quedado todo con Maday?

—Se emputó que flipas con lo de Leire. —Airam sonríe, pero no le hace ni puñetera gracia—. Esa piba no entiende que, como le demuestre más lealtad, acabaré haciendo un altar con su imagen en mi habitación. Pero eso ella no lo ve.

—Hasta lo del teleférico, pensaba que todo iba bien, que la cosa estaba mejorando.

—Es que… no. No, tío. —Sacude la cabeza—. No me fío de ella, Thiago. Ha habido momentos bonitos, sí, treguas, si lo quieres llamar así, pero luego me acuerdo de lo mal que lo pasé, o a ella le vienen a la cabeza esas movidas suyas que la hacen huir, y es como si no hubiera pasado nada. Un paso adelante y dos atrás.

Hasta yo me noto la sonrisa desinflada.

—Sé cómo se siente eso.

Voy a añadir algo más, pero el sonido del timbre nos alerta de que se ha acabado la conversación. Tampoco hay mucho que decir. Airam está desganado, devastado y decepcionado. Lo conozco de sobra para saber que en esa triple «d» se acaba su fuerza para luchar contra la mente de hierro de Maday y sus soldados de la inseguridad. Va a acabar su carrera aquí, en Madrid, lejos de ella, y con suerte terminará por enterrar su nombre bajo los manuales de anatomía o las prácticas en el hospital, o bajo otro como el de Leire.

Siento lástima de la pobre chica.

Abro la puerta de entrada y ahí está mi víctima. Aunque no luce unas ojeras terribles ni me mira con dolor o desprecio —todo lo contrario: Celia está estupenda, guapísima y repuesta—, se me revuelve el estómago al recordar lo que ocurrió en el crucero. El efecto Madrid, supongo. El efecto de los dos mil kilómetros que me separan de Dácil. Cuando ella estuvo cerca, engañar a Celia no me supo a rayos ni me trastocó más que por llevarme a Dácil por delante. Pero ahora que ella no está, en este escenario Dácil *free*, solo somos Celia, yo y toda la mierda de en medio.

—¿Puedo pasar? —pregunta ella—. ¿O me traes tú mis cosas?

—No he tenido tiempo de rebuscar por el cuarto, lo siento. Vas a tener que cogerlas tú misma.

Celia sonríe con algo parecido a la simpatía.

—No será una treta para echar el último polvo antes de decirnos adiós para siempre, ¿no? —*Vaya, le han bastado unas cuantas semanas para empezar a tomarse el asunto con humor*. Como si me hubiera leído el pensamiento, aferra el asa de su bolso y dice—: Estoy bien. Tú también deberías estarlo.

Mejor no contesto a eso.

Me hago a un lado para que pase y me tomo mi tiempo para cerrar la puerta. Oigo sus tacones por el pasillo que lleva al comedor, su escueto saludo —«Ah, hola, Airam»—, el murmullo de respuesta de mi amigo —«Hola, mi niña, cómo va eso»— y los últimos pasos que salva para entrar en mi habitación. No me muevo de donde estoy hasta un rato después. No creo que Celia vaya a robarme o haya traído un espray rojo para escribir «cabrón» en el cabecero de la cama, pero debería estar presente mientras revuelve mi armario o mis cajones en busca de sus lápices de ojos, sus

desmaquillantes, su ropa interior…

Cuando me ve asomado bajo el umbral en una postura que pretende ser desenfadada, se gira hacia mí y me sonríe. Más o menos. Está sentada en el borde de la cama, muy muy en el borde, como si fuera la primera vez que la he invitado a pasar, y dobla con cuidado las bragas y los tangas de repuesto que dejaba en mi mesilla de noche.

—Hacía todo lo que podía y más para marcar mi territorio, ¿eh? Pensaba que era sutil. —Comenta, echando un vistazo al dormitorio. Señala el escritorio, la cómoda, los cajones—, pero ahí donde mires hay algo mío. Lo hacía adrede, para que no te libraras de mí ni al levantar la vista de tus apuntes. ¿Te dabas cuenta?

—No quería darme cuenta, pero sí, era consciente de que te acercabas a mí todo cuanto podías. No es algo que me asustara o que ponderase negativamente en tu encanto —replico, devolviéndole la sonrisilla.

Celia cabecea a modo de agradecimiento y guarda la ropa interior en su bolso. Luego se pone en pie y recoge un estuche de un día que estudiamos juntos, un vestido de fiesta, dos barras de labios, un cargador de repuesto, unas pinzas para el pelo… Siento un vértigo insoportable al verla buscando, palpando y llevándose los vestigios de una vida de la que ya no me acuerdo. Airam, con su escasa elocuencia, lo ha expresado a la perfección, o quizá yo lo he entendido porque lo acompaño en el sentimiento. Esta mujer que vacía mi dormitorio pertenece a un Thiago del pasado con el que no me identifico, o a un sueño del que solo recuerdo retazos. Aun así, me embarga la desazón de los amnésicos: no tengo nada reseñable que contar sobre la experiencia con Celia, pero la miro e intuyo que con ella he sido feliz. A veces. Con ella ha salido el sol todos los días, aunque la nube negra acechara peligrosamente cerca.

—Creo que ya está todo —anuncia, palmeándose los muslos. Lleva una falda vaquera que alarga sus piernas de por sí esbeltas.

—Casi. No te vayas a dejar el bofetón.

Aunque lo digo en tono bromista, hablo muy en serio. Ella se da cuenta y me mira a los ojos como si quisiera averiguar qué pretendo al insinuar que deberíamos hablar del tema.

Celia se ahueca la melena con esa elegancia que la acompaña a todas partes. Nunca he sido consciente de su presencia física hasta

ahora, y nunca seré tan consciente de sus gestos o de sus movimientos como lo soy de los de Dácil, a la que persigo con la mirada con la fijación de un francotirador. Pero ahora que se va, y seguramente es justo porque se va y el paseo hasta la puerta es algo que no puede ignorarse, caigo en la cuenta de todos esos detalles que nunca he apreciado: la calma que transmite su forma de gesticular, el cómo se alisa las arrugas de la blusa para ganar tiempo.

—Mis amigas piensan que debería dártelo. Algunas me lo han sugerido. Otras me lo han ordenado. —Confiesa en tono neutro. No aparta la mirada de mí. No tiene nada de lo que avergonzarse, y eso es algo que le envidio—. Opinan que soy una imbécil por perdonarte. O, mejor dicho, por olvidarlo. Pero ¿sabes qué? Poniéndome los cuernos no ha sido cuando más estúpida me has hecho sentir, Thiago. Lo de acostarte con Dácil fue el colofón, pero he estado estresada, desorientada y con la sensación de que te me escurrías entre los dedos durante toda la relación. Y he de asumir mi parte de culpa, porque sabía que sucedería algo así, que esto desembocaría en una tragedia, y no me aparté.

—Parece que has estado pensando mucho en ello.

Tomo asiento para darle a entender que voy a escuchar todo lo que me quiera decir. Es lo mínimo que merece. Yo no he pensado en ello en absoluto, más que a ratos cortos y cuando Dácil se callaba un instante para que mi mente tuviera un necesario respiro.

Es el momento de enfrentarlo.

Ahora o nunca.

Celia asiente con la cabeza. Acaba dejándose caer con delicadeza frente a mí, en el borde de la cama, y entrelaza los dedos.

—Estaba obsesionada con salvarte de ti mismo —confiesa con una pequeña sonrisa avergonzada—, y debo admitir que todo eso que hacía por ti, aunque en parte lo guiaba lo mucho que te quería, sobre todo estaba impulsado por mi propia cabezonería. Y por una estrategia un poco… ruin. Estaba segura de que, si me sacrificaba por ti, tú te sentirías tan en deuda conmigo que jamás me abandonarías.

—Eso es muy jodido, Celia —murmuro.

—Lo es. Aparte de eso, y como te he dicho, me he pasado toda la relación con el corazón en un puño. Como si estuviera corriendo

una carrera de fondo. «Mañana me querrá», me decía. «Y si no mañana, pasado, o al otro, pero estoy construyendo ladrillo a ladrillo el amor que merece que me dé al quedarme a su lado, tragando y callando». Ese es el problema, supongo —continúa, levantando las cejas. Ella misma está sorprendida por su descubrimiento—. Que yo no podía obligarte a quererme. Si eso no estaba ahí, pues no estaba, y punto. Pero soy demasiado testaruda. No podía rendirme. Así que te consolaba y pensaba: «Estoy más cerca». Te hacía reír y me daba una palmada en la espalda. «Un paso más; nos aproximamos a la línea de meta»… —Su voz se va apagando. Cuadra los hombros para que no parezca que se ha venido abajo y me mira—. En fin. Ya sabes que mi amiga Olivia ha terminado Psicología. Es de la opinión de que tengo un complejo de salvadora como un camión de grande, y nunca he querido darle la razón, pero ahora debo rendirme a lo evidente.

—No sientas que no has hecho nada —le pido con tacto—. Hemos pasado muy buenos momentos. Y tanto si puedes enorgullecerte ahora como si lo consideras una pérdida de tiempo, es verdad que me salvaste un rato de mí mismo.

—Lo considero una pérdida de tiempo —confirma—, pero porque me he dado cuenta de que lo hacía para sentirme bien conmigo, para estar orgullosa de mi fortaleza y mi paciencia, para darme valor como mujer. Creo que, cuanto más me ignorabas, cuanto más me demostrabas que no me querías, más me empecinaba yo en hacerte cambiar de opinión. Mis motivos para estar contigo no eran menos enfermizos que los tuyos para sentir esa atracción por Dácil.

Su nombre me sienta como una puñalada, y ella lo nota. No solo porque ha debido de cambiarme la cara, sino porque rehúyo su mirada buscando un escondite para la mía. Tengo que meter el amor debajo de la cama para que Celia no se sienta insultada, como muestra de respeto. Bastante la he obligado ya a verlo, a aceptarlo.

—Ella tiene muchos defectos, seguro —continúa, mirándome con fijeza—, pero eso no lo tiene.

—¿El qué?

—Lo de tolerarte los desaires porque eres un niño triste. Lo de justificarte y mecerte entre sus brazos hasta que te canses de tu propio victimismo. Lo de perseguirte para que la valores. Ella nunca

va a cargar con tus movidas, Thiago. Ella siempre ha hecho que te responsabilices y espabiles. Y seguro que también ha hecho cosas muy mal, pero esa mano dura que ha tenido contigo ha sido más beneficiosa de lo que crees. Fue la que te impulsó a venir a hablar conmigo y a ser sincero. Si no, a lo mejor me habrías mentido a la cara.

—Eso de la mano dura suena como si fuera mi madre —le bromeo sin ganas.

—Ella no se comporta como tu madre. Yo sí lo he hecho. —Se incorpora despacio, aferrando el bolso para darse valor. No lo ha dejado a un lado en ningún momento. Ha tenido claro desde el principio que la visita iba a ser breve—. He quedado para almorzar en la otra punta de Madrid y tengo que hacer transbordo en el metro. Me voy, ¿vale?

Yo también me levanto, frotándome las piernas. Debe de hacer cuarenta grados a la sombra, clásica temperatura de un agosto madrileño, pero las noto ateridas.

—Claro.

Celia avanza hacia mí con el aliento contenido. Se detiene a un solo paso.

—Ahora viene la parte fea. —Suspira a la vez que me dirige una mirada a caballo entre la compasión y la determinación—. Voy a borrar tu número, voy a dejar de seguirte en las redes sociales y voy a cortar la comunicación con tus amigos más cercanos. Quiero que hagas lo mismo, porque no me gustaría volver a toparme con nada relacionado contigo. Es verdad que lo estoy llevando bastante bien para tratarse de ti, una persona a la que llevo lastrando desde que tenía diecinueve años, ahora sí y ahora no; quizá sea porque empecé a llorar el luto de la relación en cuanto empezó. El caso es que, por mucha madurez que esté demostrando, no me fío de mí y de mis vicios malsanos, como el de llamarte para saber cómo estás, si duermes bien o comes bien o has tenido de nuevo un bajón depresivo o… En fin. Bórrame de tu vida, ¿de acuerdo?

Asiento con la garganta seca. Incluso si estuviera en condiciones de hablar, evitaría decir lo que apuesto que está transmitiéndole mi expresión: que, en realidad, a mi forma egoísta y malsana, voy a echarla muchísimo de menos. No puedo decírselo porque, por madura que sea, también siente una debilidad por mí que nunca en

la vida voy a entender. Si me vuelve a echar los brazos al cuello, ni una bola de demolición va a conseguir separarla de mí.

Ella no espera a que diga nada —está acostumbrada a que se me atragante todo lo relacionado con expresar mis sentimientos— y me rodea sin mirarme a la cara. «Adiós, Airam», oigo que le dice a mi amigo. «Que vaya bien», contesta él. De nuevo el sonido de los tacones a lo largo del interminable pasillo que lleva a la puerta.

Sin pensarlo mucho, me adelanto de un par de zancadas hasta donde empieza el corredor y desde allí, cada uno en un extremo, vuelvo a disculparme:

—Lo siento por todo, Celia.

Ella me mira con la mano en el pomo de la puerta. Incluso de lejos me fijo en que se le han humedecido los ojos. Va a llorar en cuanto cruce el umbral con su bolso lleno de las tonterías que dejaba para autoconvencerse de que ese también era su dormitorio como banderitas para delimitar el perímetro de yacimientos arqueológicos importantes.

—Ojalá lo sintieras de verdad —lamenta ella con la voz quebrada—. Sería mucho más fácil para mí, Thiago. Pero lo único que has sentido todo este tiempo es que querías a Dácil. Lo demás… Lo demás no tenía importancia.

Celia sale del apartamento sin dar un portazo. Todo lo contrario. Cierra muy despacio, poniendo especial empeño en que ni por casualidad me lleve la impresión de que se va enfadada. Y es peor que se vaya como se ha ido, decepcionada hasta niveles para los que ningún ser humano ha nacido preparado. Yo la he preparado para que el siguiente que la conozca, el siguiente que entre en su corazón, sea un millón de veces mejor que el último, incluso si es un hijo de puta de manual.

Ladeo la cabeza hacia Airam, que ha tenido que oírlo todo —no hemos cerrado la puerta en ningún momento—, y me mira compasivo.

—*Agüita*. —Es todo lo que dice.

Encojo un hombro. «Es lo que hay». No me disculpo por no traerle las cervezas y algo de comer después de un cansino viaje en avión. Voy directo a mi dormitorio y me siento en el borde de la cama, ahí donde Celia había estado hablándome de sus complejos y de los míos. Cómo no íbamos a encajar un rato y luego acabar como

el rosario de la aurora si ella era la heroína y yo, un victimista de lo peorcito.

Suena el tono de llamada predeterminado que a Airam nunca le ha dado la gana de cambiar. Oigo el chirrido de la silla, cómo se levanta y pasea de un lado a otro antes de responder con cansancio.

—¿Qué quieres? —Una pausa—. ¿En serio me llamas para eso? *Chos*, Maday, de verdad…

Me levanto para cerrar la puerta y darle la intimidad que seguramente querrá, aunque apuesto lo que sea a que si la conversación se alarga, saldrá al rellano. De pie junto a la puerta cerrada, paseo la vista por el dormitorio y me fijo en que Celia ha dejado un cajón abierto. Ha tenido que revolver un poco. Es ese cajón en el que echo todo lo que no sé dónde poner, pero tampoco quiero tirar. Hay un montón de papeleo, pero entre garabatos, dibujos estúpidos y apuntes que ya no me sirven, reconozco un sobre con un nombre y una dirección. Al principio frunzo el ceño. Me toma un segundo recordar qué contiene, y en cuanto lo sé, el corazón me da un vuelco. El vuelco de siempre. El vuelco que vinculo a aquel wasap que Dácil me envió para bloquearme inmediatamente después, sin darme oportunidad de solucionarlo.

Saco el sobre y me quedo mirando el sello con una sonrisa irónica. De verdad estuve a punto de mandarlo. Me levanté, me puse unos zapatos y me acerqué a la oficina de Correos más cercana para enviar la carta que contestaba a su wasap mortal. Podría haberme creado un Instagram falso y haber mandado un mensaje privado a su cuenta, pero se me ocurrió que el correo ordinario le costaría más ignorarlo.

Qué importa. Al final no tuve el valor. Le decía demasiadas cosas, desvariaba más de la cuenta, me disculpaba a trompicones. Pero a Núria le pareció bien. Curiosamente, unas semanas después me pidió que escribiera una carta a todas las personas con las que consideraba que tenía un asunto pendiente, y como ya tenía la de Dácil, se la leí. Pensaba que lo de las cartas era una cursilería de Federico Moccia y las adaptaciones televisivas de sus novelas, más infumables todavía, pero cómo me alivió.

Todavía me quedo un rato con la carta en las manos. Oigo el murmullo de la conversación de Airam. Sube el tono en unas cuantas ocasiones, pero la decepción puede al cabreo.

¿Qué hago yo con esto ahora? ¿Lo quemo? ¿Es eso más terapéutico que entregárselo a quien corresponde? ¿Y si se lo mando? Siento que no me he disculpado propiamente con ella como ella sí lo ha hecho conmigo antes de que regresara a Madrid.

No me detengo a pensarlo mucho más. Me calzo unas chanclas y abro la puerta de un tirón. Airam está sentado en el sofá totalmente encorvado sobre sí mismo, todavía con el móvil pegado a la oreja. Alza la barbilla al verme salir y me pregunta con ojos curiosos —y ojos atormentados— adónde voy.

«¿Necesitas que te salve?», le pregunto moviendo los labios. Él se ríe por la sugerencia y niega con la cabeza. Cuelga sin decir nada más, o a lo mejor ya había colgado pero se había quedado estático con el teléfono en la mano, y me dice:

—No, mi niño. Y en referencia a lo de Celia, tú tampoco has necesitado nunca salvación. Tú lo que necesitas es que te pongan en tu lugar.

Se me escapa una carcajada sincera.

—Qué razón tienes. A eso voy. —Agito el sobre, dirigiéndome a la puerta—. A ver si consigo que me llamen golfo una vez más.

Capítulo 27

El perdón mueve el mundo y yo aquí, parada

Dácil

—Me he comprado un billete de avión a Madrid.

Me giro, sorprendida, al oír a Maday. No solo porque se haya atrevido a entrar en mis dominios, en mi madriguera, en la boca del lobo —mi sótano— sin antes llamar, sino por la firme determinación que exuda su tono.

—Pero tronada, ¿qué haces viniendo aquí y soltándome este bombazo sin prepararme? ¿Significa lo que creo que significa? —Enarco una ceja sin moverme de donde estoy, sentada en la posición del loto en el centro de mi cama—. ¿Que vas a dejar de llamar a Airam porque «no sabes cómo arreglar la llave del agua de tu casa» o porque «no encuentras tu amuleto de la suerte y crees que él es el último que lo ha visto»?

Maday se ruboriza. Normal. Es como para morirse de la vergüenza. Ya que va a marcar su número con excusas tan ridículas por el culpable placer de oír su voz, que por lo menos se las curre un poquito más. Yo le hice una sugerencia estupenda: que llamara para informarse del coste de la matrícula universitaria, de pisos baratos cerca de la Complutense y de las líneas de metro porque está interesada en irse a Madrid a estudiar. Y le hice otra sugerencia aún mejor: que se dejara de estupideces y le dijera que lo quiere de una vez. Mi hermano será un cabezón insufrible a veces, pero llora con *Dumbo* como un hijo de puta. Le pierde la sensibilidad.

—Sí. —Confiesa con timidez—. No puedo esperar a la boda de tu padre para verlo. Tengo que hablar con él en persona y ser totalmente clara y… y arriesgarme de una vez y no poner excusas para alejarlo.

La última excusa ha sido que había estado dándose besitos con Leire en el mismo barco en el que ella lo estaba evitando como la peste. A Maday no se le dan muy bien estas cosas.

—*Chos*, ojalá me gustara el champán para descorchar una botella. Esto se merece un brindis. O no. —La miro con desconfianza—. ¿Seguro que te has comprado ya el billete?

—Sí. Tengo el *boarding pass* descargado.

—¿Y no te lo has comprado con seguro de cancelación gratuita?

—No. —Infla el pecho, orgullosa—. No me devuelven el dinero si me rajo en el último momento, y, además, me he comprado el más caro de todos para que ni se me pase por la cabeza echarme atrás.

—No sé si fiarme.

—Yo tampoco —admite ella, que aquí nos conocemos todos—. Pero hoy por hoy, estoy cien por cien segura de que voy a ir allí, voy a coger el metro hasta su casa, voy a subir hasta el tercero B y voy a enfrentarlo.

—¿Y el plan B? —Enarco una ceja. Maday se hace la sueca mirándome como si no me entendiera—. Ya sabes, el plan por si no estuviera en casa en ese momento, o si te perdieras en Madrid, o si el vuelo se retrasara, o, en resumidas cuentas, el destino te complicara un poco más la travesía y tú decidieras interpretarlo como una señal divina de que no debes hacerlo.

Maday no vacila.

—No le haré caso.

Levanto los brazos con una exclamación de alivio.

—¡Aleluya!

Esta es la primera buena noticia que me dan desde que volví a Tenerife, porque, por lo demás, cada día desde que me encontré a mi padre en el salón fue peor que el anterior. Estar en casa cuando eres la única que ha declarado la guerra es un suplicio. Tío Jaime está ocupado con su nueva novia, pero cada vez que me cruzo con tía Jana o con mi madre, me llevo o bien una mirada de reproche, o bien un ruego silencioso.

Jamás se me habría ocurrido pensar que Jimena Martín aceptaría de nuevo en El Chozo Oramas al hombre que a punto estuvo de romper la unidad familiar. A ratos me dan ganas de abordarla sin miramientos y hacerle una pregunta que me contestaría con un bimbazo: «¿Le has dado la bienvenida para que siga pagando él la hipoteca? Porque no sé si es un movimiento maestro cuando lo que sacrificas es tu dignidad». Al final evito hacer comentarios porque me he propuesto analizar mi conducta agresiva e ir poco a poco transformándome en una chica educada y asertiva *—ja, ja, ja, ya, lo sé—*. Un proceso costosísimo cuando en el momento más inoportuno puedo bajar unas escaleras o cruzar un pasillo y toparme de frente con mi padre.

Maday ha visto que se me ha oscurecido el semblante. Se acerca con pies de plomo, porque hay que tener más cuidadito conmigo que nunca, y se sienta en el borde de la cama para comprobar con gesto aprensivo lo que estaba haciendo: mirar álbumes antiguos.

Lo siento, tengo tendencias autodestructivas. Yo soy así.

Joaquín Oramas se pasa a diario por casa. Hace vida normal. Come con nosotros, ve la tele, sale de paseo, trae del supermercado lo que haga falta, toma el sol en el jardín, le coge la mano al abuelo los días que la demencia deja de ser divertida para ponernos a todos de los nervios… Pensaba que no podría soportarlo, pero una semana después, ya me he acostumbrado. No me invade la ira a no ser que mi padre se dirija a mí, cosa que tiene el cuidado de no hacer porque, a mi pesar —y creo que también al suyo—, me conoce y sabe a lo que atenerse.

—¿Cuándo lo vas a perdonar, Dácil? —me preguntó mi madre una tarde.

Yo, a través de la ventana de la cocina, estaba observando cómo mi padre y Margarita jugaban en la piscina. Ella con su flotador amarillo y su risa de cascabeles, y él entusiasmado, porque siempre le ha entusiasmado el trabajo de padre. Me acordé inevitablemente de cuando era pequeña y una versión más joven de él y yo dábamos vueltas en el agua. Mi película Disney favorita era *Mulán*; por eso bailábamos al son de la canción que él cantaba, que era la misma que interpretaban los tres soldados, amigos de la protagonista: *Mi dulce y linda flor*. Él la trastocaba para decir «mi dulce y linda flor de higo pico».

Esa pregunta agotada me sacó de mi ensimismamiento, más que nada porque venía de mi madre. Mi madre, que juró sobre sus ancestros y descendientes que jamás permitiría que pusiera un pie en su casa.

—No tan rápido como tú, eso seguro, que pareces el Cristo de los Milagros o la Virgen de la Misericordia —mascullé de mala gana.

Pasé de mi padre y me fijé en el gofio que mi abuela estaba amasando, siempre callada, al margen de las discusiones.

A saber en qué pensaba.

—Cuesta aceptarlo cuando estás enamorada —admitió mi madre—, pero tu padre no era feliz conmigo, y no lo habría sido por más que lo hubiera intentado. Créeme, tu padre tuvo que venir todos los días durante una semana a tener la misma conversación conmigo para que yo entrara en razón. Las cosas que a mí me duelen, las únicas que no disculpé enseguida, nunca fueron su culpa.

—¿Cuáles? —pregunté mirándome las uñas, como si no me interesara.

—Que no hubiera estado enamorado de mí, por ejemplo. Luego me di cuenta de que no soy la primera persona que pasó por esto. Aceptar que no eres la mujer más desgraciada del mundo ayuda bastante a superar los problemas.

—Ahora es cuando me sueltas la mítica frase de «hay gente muriéndose de hambre, por eso no tienes derecho a enfadarte porque tu padre haya sido un cabrón». ¿No es eso? Como no me ha pegado y no es un borracho, no debería enfadarme.

Mi madre suspiró.

—Ni quien te ayude, mi niña. Ni quien te ayude.

Lo que mi madre no sabía, y sigue sin saber, es que luego, en la intimidad de mi sótano, me pongo a pensar y a repensar en la vida que tengo por delante y en lo desdichada que será si sigo mimando mis rencores como a pequeñas mascotas. Si puedo sacarme a Thiago de la cabeza, si puedo soltarlo *a él*, que me ha dado una razón de ser todo este tiempo —aunque fuera la razón de ser una cabrona— y ha conseguido que base mi carácter en la impotencia que siempre me ha hecho sentir, ¿por qué no a mi padre?

Me lo pregunto mientras echo un vistazo a los álbumes

familiares que en su día saqué de las cajas del trastero y escondí entre mis pertenencias. Fotos de cuando éramos unos críos e íbamos a los parques acuáticos, al Médano de paseo, a las ferias de alfarería y curiosas tarotistas, al casco histórico de La Laguna.

En casi todas las fotos que tengo con mi padre aparece también Airam.

No creo que mi hermano esté pasando por el mismo trance melancólico que yo. Él se muestra tan asertivo como de costumbre, si acaso con pies de plomo al relacionarse con mi padre porque teme salir herido si huye de nuevo. Pero en general tiene asuntos más acuciantes de los que encargarse, o, mejor dicho, asuntos *de los que es más agradable ocuparse*. Lleva en Madrid una semanita y media, y aunque no pone nada en las redes sociales, algún que otro audio me ha mandado borracho, señal de que está pasándoselo bomba. O al menos lo procura, porque no dudo que piensa en Maday y todo lo que hace es una treta para desintoxicarse de ella y de lo que pudo ser.

En otras circunstancias los animaría a pelear por su relación, pero ni yo creo en el amor ahora mismo. En ningún tipo de amor. El paternal, el que menos. Por eso me alegro de que Maday haya decidido por voluntad propia tomar las riendas de su vida. Yo no podría haberlo hecho por ella.

En eso estoy pensando, pasando las páginas para enseñarle a mi amiga ese tiempo pasado que fue mejor, cuando me sorprenden los golpes de unos nudillos en la puerta abierta.

—¿Puedo entrar?

El corazón se me encoge al levantar la vista y verlo *a él* bajo el umbral, al caballo de Troya sobre dos patas y de carne y hueso en vez de madera.

Simulo que no le he visto y me apresuro a esconder los álbumes y los papelitos encerrados en los libros. Maday no me ayuda. Es la primera que quiere que esto se solucione, y si la paz comienza por qué mi padre vea que lloro mirando fotos antiguas, pues que así sea.

—No —balbuceo mientras utilizo la sábana para ocultar las pruebas del crimen.

—Me da igual. Es mi casa y entro cuando me da la gana —anuncia con toda tranquilidad.

En fin. Es evidente de quién he sacado parte de mi carácter.

—Yo me voy. —Avisa Maday enseguida.

—Ni se te ocurra —mascullo entre dientes.

—Lo siento, es que tengo que ayudar a mi abuela con algo.

«Traidora», pronuncio con los labios. Seguro que mi padre lo ve antes de cabecear en dirección a Maday —un silencioso agradecimiento—. Se ha abierto camino en el sótano que él mismo me concedió tras una larga pelea familiar.

Fui yo la que tuvo la ocurrencia de convertir lo que entonces era el trastero en una guarida secreta. Tenía todo lo necesario para ser la nueva *batcueva*: un cuarto de baño, espacio suficiente para una cama y un escritorio, y las paredes insonorizadas. Nadie dijo ni mu cuando planteé encargarme de vaciar las cajas y limpiarlo a fondo, y con eso quiero decir que no se ofreció ni Perry a ayudarme. Fue cuando ya estaba todo listo para trasladar mis pertenencias cuando comenzó la guerra. De pronto, al verlo limpito, ordenado, recién pintado de verde, todo el mundo quería el sótano. A tía Jana le vendría bien para montar su taller de collares, pulseritas y alfarería; mi hermano se lo pasaría de lujo llevando a sus ligues europeos sin que nadie le molestara ni él molestara a nadie, y hasta mi madre habló de montar ahí un camerino, Dios sabrá para qué, porque no creo que lo supiera ni ella. Fue mi padre el que se impuso y declaró el sótano de mi propiedad, porque, como dice mi *tote bag* preferida, el amor, al igual que todo en lo que uno pueda pensar, incluido el terrenito subterráneo de una casa, es para quien se lo trabaja.

Y yo me lo había trabajado.

—No has cambiado nada —comentó mi padre tras echar un vistazo.

—¿Nada del cuarto o nada de mi carácter?

Él aparta la vista de los pósters que recubren las paredes y me mira con resignación.

—Ambos. Por eso sabía que me toparía con un hueso duro de roer.

—Yo que tú no lo roería mucho, a menos que quieras que se te caigan los dientes. Y no tendrías que ganarte el respeto de tu hija *otra vez* si no la hubieras obligado a perdértelo.

—Lo que hice en el restaurante no tiene nombre, Dácil —admite con la modestia que le exigí que demostrara en la cena de marras.

Incluso extiende los brazos, igualito que un crucificado, prestándose al mismo sacrificio por el perdón de sus pecados—. Ni siquiera yo sé por qué reaccioné de esa manera. Creo que estaba tan alejado de ustedes en ese momento, tan cegado por mi nueva vida con Raúl, que verte fue un choque de emociones y de pronto sentí tanta vergüenza por mi actitud que supe que no habría manera de enfrentarte.

No me doy cuenta de que he estado escuchando con el aliento contenido hasta que me han empezado a arder los pulmones.

—En ese momento no te odiaba, ¿sabes? —Reconozco a mi pesar—. Habría aceptado cualquier excusa que me hubieses querido poner. Pero solo recibí silencio por tu parte.

—Yo no sabía que no me guardabas rencor. Solo sabía que había huido de esta casa sin dar más que las explicaciones mínimas y que estaba siendo egoísta. Verte fue un mazazo de realidad, y… y no estuve a la altura de las circunstancias. Por eso lo siento. Lo siento muchísimo, fisquito.

El apodo me tensa el cuello.

—No me llames así.

—Así era como me pedías que te llamara cuando eras pequeña, ¿no te acuerdas? —Sonríe, melancólico—. Una Navidad te negaste a abrir los regalos de los Reyes Magos porque ponía «Dácil» y no el apodo que te gustaba.

—Porque ya sabía que tú eras los Reyes Magos. Y tú me tenías que llamar así.

—Lo sé. Importó bien poco que me inventara toda esa historia de que yo mismo vi de niño a un rey mago saltando por mi ventana. Ni la babucha que se dejó en mi dormitorio te convenció.

—Ya ves que no me trago cualquier patraña. Por eso me sorprende que creas que inmolándote aquí con excusas que no te crees ni tú vas a convencerme de perdonarte. ¿Por qué no eres sincero conmigo? —le pregunto ya sin rodeos, aguantándole la mirada—. ¿Por qué no admites que no te arrepientes de nada, que Raúl es lo mejor que te ha pasado y que, si pudiste ignorar a tu familia, fue porque no la querías tanto?

Mi padre cambia el peso de pierna, de pronto incómodo.

—No es tan fácil como eso.

—Claro que es tan fácil como eso. O te vas o no te vas; tú

decides lo que es más importante. —Encojo un hombro—. Tú dices que me conoces, pero yo también te conozco a ti, Joaquín.

—*Chos*, Da, no me llames «Joaquín», por Dios. Soy tu padre.

Que me lo recuerde me duele más de lo que esperaba. Es mi padre, sí. Que haya aprendido a vivir sin él, como dijo Thiago, no cambia eso. Ni siquiera cambia lo mucho que me importa.

Transcurre un buen rato en el que ninguno de los dos dice nada. Mi padre se pasea por delante de las estanterías improvisadas, marcadas por un desorden que desquiciaba a Thiago, acaricia mi escritorio con las puntas de los dedos y se para a leer las frases que pinché en el corcho. Luego, como quien no quiere la cosa, toma asiento en el borde de mi cama y arrastra la sábana para confirmar que estaba viendo nuestras fotos.

Como sabe que no está el horno para bollos, no hace ningún comentario al respecto.

—Yo sé que me conoces mejor que nadie —empieza en voz baja—. Tú sabías desde muy pequeña que tu padre no quería a tu madre de esa manera. Y por eso era tu héroe, ¿verdad? Porque papá no estaba enamorado de mamá y, aun así, se quedaba. Se quedaba por los niños. Se quedaba por ti.

No tengo nada que decir a eso. No es una pregunta, sino una afirmación, y no quiero ser redundante.

—Por eso no te extrañó que al final todo estallara. Te dolieron las aventuras que tuve y te dolió el divorcio, pero nunca estuviste en mi contra porque lo sabías. Tu sensibilidad de niña te hizo darte cuenta y empatizar conmigo. ¿Por qué ya no me entiendes? ¿Por qué ahora es un problema que sea feliz con un hombre?

—Porque no se me ocurrió que tuvieras que elegir entre tu felicidad en pareja y conservar a tus hijos… y tampoco se me ocurrió que escogieras lo primero. —Hago una pausa para tomar aire. *Agüita, cabrón. Qué difícil es todo esto*—. Yo te defendí todo lo que pude hasta que me hiciste ver que mi apoyo no significaba nada para ti. Me peleé con mi madre, con mi hermano, incluso con los machangos de la universidad para defenderte, papá, y así es como tú me lo pagaste.

—¿La universidad?

—Todo el mundo sabía que el famoso propietario de los *bungalows*, el padre de los Oramas, estaba liado con un chico del

máster al que le sacaba veinticinco años. Y no todo el mundo es comprensivo, ¿sabes? A muchos les parecías un pedófilo, un viejo verde asqueroso, y todas esas palabras referidas a los gais que no quiero decir en voz alta. Vaya por delante que yo nunca les hice caso —alzo una mano—, pero enemistarme con todo el mundo habría sido menos doloroso si al menos tú no te hubieras largado.

Mi padre me mira con el gesto contraído en una mueca de sufrimiento.

—No… no sabía nada de eso.

—¿Cómo ibas a saberlo, si no estabas? —Se me escapa una sonrisa triste—. Te has perdido muchas cosas. No has estado aquí en la peor época de mi vida, y, de hecho, ha sido la peor, en parte, *porque no estabas*. Créeme, no me importa que salgas con un hombre, tenga la edad que tenga, ni que formes una nueva familia con él, si eso no va a significar el fin de la nuestra.

—Por supuesto que no significa el fin de la nuestra —replica, ofendido—. Yo ya tengo a mis hijos, fisquito, no quiero más. No he querido más ni siquiera cuando estaba seguro de que los que ya tenía no me querían ni ver y pensaban en mí como eso, un pedófilo y un viejo verde.

Esta acusación me ofende.

—¿Cuándo te he dado yo a entender que te viera así?

—Nunca —acepta tras pensarlo un rato—, pero la mente me jugó en contra, supongo. Yo era el primero que se cuestionaba esto todo el rato, que pensaba en volver aquí, callarse y convencerse de que era heterosexual; de que las cosas podrían seguir como siempre. Pero luego me decía: «¿Y por qué no piensas en ti por una vez?».

—¿Se supone que eso es algo bueno? —Le sostengo la mirada con tristeza—. ¿Tiene que consolarme que pensar en ti, ser tú mismo y buscar tu felicidad conlleve alejarte de mí? Papá, eso es una mierda y duele como el infierno. ¿Cómo quieres que celebre algo así?

—No, no, no me expliqué bien. Lo que quiero decir es que… —Hace una pausa para tomar aire. Retira algunas de las fotos que salpican la sábana y apoya la mano sobre mi rodilla. La tiene empapada de sudor; está nervioso—. Raúl es una de las cosas más maravillosas que jamás me pasaron. Pero no lamento haberme casado con tu madre precisamente porque ustedes dos nacieron

como resultado de ese matrimonio. Lo perdí de vista un tiempo porque el amor… el amor nos vuelve un poco egoístas, egocéntricos, idiotas, temerarios. No pensamos en nada más. ¿Sabes lo que significó para mí encontrar a un hombre que me quisiera a esta edad? Yo ya pensaba que había perdido para siempre la oportunidad de enamorarme, de vivir un romance de verdad… —Traga saliva—. Siento decir esto, porque Jimena es tu madre, pero solo intento ser sincero.

—No vas a decir nada que no sepa.

—La cosa es que… me aferré muchísimo a Raúl porque no creí que el milagro fuera a darse de nuevo. No se me ocurrió que forjaríamos una relación duradera. Y me dije: «Mientras esto dure, sea lo que sea esto, lo voy a aprovechar al máximo». Ya ves que se me fue la mano con el *carpe diem*. Pero si alguien puede entenderme, esa eres tú, Dácil. Te quiero con locura y fui hasta ahora un buen padre, yo sé que tú lo sabes, que así me percibes. Lamentablemente, la cagué. No me digas que eso arruina todo lo demás. No me digas que no tengo perdón, que nada de lo bueno que hice antes habla en mi favor o que no sirvió para nada.

Me lo quedo mirando con una sensación extraña en el estómago, una mezcla de las mariposas románticas y un retortijón de los que te doblan por la mitad cuando recibes una noticia terrible. Es impotencia, o quizá la lucha entre las dos mujeres que viven dentro de mí: la que quiere seguir siendo orgullosa e imposible y la que sabe que el perdón es lo que mueve el mundo. El perdón y nada más.

—¿Por qué no existe un manual de lo que es perdonable y lo que no? —me quejo en voz alta—. Por ejemplo: pegar palizas a tu hijo es imperdonable, pero abandonarlo cuando tenía cinco años para entrar en una clínica de desintoxicación por propia voluntad y así volver sano y preparado para ser padre, está justificado, aunque te perdieras sus competiciones de natación. Obligar a tu hijo a seguir tus pasos y convertirse en un campeón de Fórmula 1 porque es tu sueño frustrado es perdonable, pero que tu padre se tire a tu novia ya no.

Él se ríe por el ejemplo.

—Me temo que ese manual lo elabora cada uno en función de sus necesidades. ¿Qué es lo que tú necesitas?

Jodida preguntita. Lo ha planteado así porque sabe cuál es la respuesta. Sabe que no puedo mirarlo y decir que no, que yo a él no lo necesito ni lo quiero para nada. Sabe que soy débil. «O a lo mejor solo sabe que me quiere, que yo lo quiero a él, que nos queremos y que es nuestro deber ser responsables con nuestra mutua felicidad, y eso pasa por reconciliarnos», me dice la vocecita interna que aboga por pensar lo mejor de los demás. «No todo es tan retorcido como lo planteas siempre, Dácil. No todo el mundo quiere romperte, verte caer o humillarte. No todo el mundo se te acerca para sentirse en paz consigo mismo. Algunos se te acercan porque de verdad les importas».

—¿Y tú qué crees? —bufo, apartando la mirada—. Pues a ti. Te necesito a ti.

—Entonces ¿qué más hay que hablar? —No se me pasa por alto su tono esperanzado—. Es como tú has dicho antes: te juro que no es tan complicado una vez te conciencias, Dácil. Si aceptas que merezco perdón, me perdonarás de corazón y podremos sortear este bache. Y esto funciona no solo conmigo, sino con todos aquellos que crees que odias y, en el fondo, recuperarlos solo te tomaría perdonar y perdonarte.

Entorno los ojos con sospecha.

—¿A qué viene esa frasecita de Yoda? ¿Con quién has hablado tú ya?

Mi padre se encoge de hombros y sonríe.

—No tengo que hablar con nadie para saber lo que pasa por esa cabecita tuya. —Me pulsa el centro de la frente cariñosamente—. Ya no tienes excusa para estar enfadada con el mundo, Dácil, porque el mundo ya se puso a tus pies. Ya se dio cuenta de que te hizo daño y está dispuesto a sanarlo. Solo tienes que confiar en nosotros.

—Chiquita tortura. —Suelto, cruzándome de brazos—. No es cualquier cosa cuando ya habéis demostrado que muy de fiar no sois.

—En mi caso, lo acepto sin reservas. Pero tú tampoco fuiste de fiar para alguna gente. Fuiste, de hecho, un grano en el culo. Y te quieren a pesar de ello. —Agrega, levantando las cejas.

—No quiero que me quieran a pesar de lo que soy. Quiero que me quieran por lo que soy.

—Pues sé alguien que merece ser querido —replica en tono implacable.

—¿Ahora no merezco ser querida?

—Claro que sí, mi niña, pero cuando te obcecas en demostrar que puedes ser la más mala de entre las malvadas, nos complicas el modo de tratarte, pones a prueba nuestra paciencia y, en definitiva… todo sale mal. —Espera a que yo asienta, aceptando ese aspecto de mi personalidad, para continuar dándome palmaditas en el muslo—. Si tanto te molesta eso que dices, acércate a quienes te quieren por las razones equivocadas y dales otras nuevas que sean buenas y que te hagan sentir orgullosa.

»De todos modos, es mucho mejor que te quieran a pesar de lo que eres. Significa que ya saben hasta dónde eres capaz de llegar cuando te fallan, cuando vieron lo peor de ti, y no solo no se espantaron con tu lado oscuro, sino que lo respetan.

Me lo quedo mirando con sospecha.

—Dime la verdad. ¿Thiago ha ido a llorarte?

—No digas tonterías. Thiago no es de los que lloran. —Me guiña un ojo. Mete la mano en uno de esos bolsillos de Doraemon que tienen sus pantalones de pescar y saca un sobre doblado—. Pero vi su nombre aquí escrito al mirar hoy el correo, porque a ningún miembro de esta familia se le ocurre mirar el buzón por si acaso hay algo interesante (o solo para sacar la publicidad) y me inspiré.

—¿Qué es eso?

—Una carta, por lo que se ve. Está escrita a mano. —El corazón me da un vuelco—. Es lo que vine a darte.

La acepto con la dosis justa de ilusión, exteriorizando en todo momento la emoción que me conviene: el recelo. En lugar de rasgarla con violencia, aliso las arrugas del papel y la dejo entre mis piernas con una sensación extraña en el cuerpo.

Hace semanas que no sé nada de él.

—¿Qué hacen aquí los dos? —interrumpe mi madre.

Mi padre y yo damos un respingo y nos llevamos una mano al pecho a la vez al girarnos hacia la puerta, donde ella espera con cara de preocupación.

—Hablar —responde mi padre, ofreciéndole una sonrisa genuina. Y no lo sé solo por qué me haya fijado especialmente, sino porque salta a la vista que entre ellos hay aceptación—. Tengo

motivos para ser optimista respecto a nuestra hija.

Mi madre suspira, tan aliviada que me guardo el comentario desdeñoso que iba a hacer: «A ti nadie te ha perdonado todavía, machango». En su lugar, me da por repetir para mis adentros eso que él ha dicho.

Nuestra hija. *Nuestros* hijos. *Nuestra* casa. *Nuestra* familia. Aún somos un «todo» que comparte vínculos de sangre, tiempo y espacio. Aún somos uno solo. Mis padres nunca dejarán de tener un proyecto común, ni siquiera separados, divorciados u odiándose, y todo porque Airam y yo existimos. Por eso entiendo al fin por qué mi madre lo ha acogido nuevamente y lo abraza cuando mi padre se levanta para ir hacia ella. Para mi madre hay cosas más importantes que un marido que resultó ser gay, como los hijos que tuvo con ese marido gay, como el entorno que construyó gracias a él —y a ella, como es obvio— o como el póquer con el que le gusta desplumarnos. Estoy segura de que a mi madre le ha pesado tanto el odio hacia mi padre que habría acabado consumida si no hubiera tirado de la cadena. En eso también puedo entenderla, porque yo he odiado a alguien por no quererme, por marcharse de mi casa, por no escribirme, por elegir a otra persona. Y lo he odiado en idéntica medida hasta que no he podido más.

La diferencia es que las dos hemos estado equivocadas. Lo veo en la cara de mi madre al preguntarle en voz baja si quiere salir a merendar a su cafetería favorita del Siam Mall. Y lo veo en la de mi padre: el alivio y la paz que una buena persona siente cuando ha asumido que cometió un error.

Claro que mi padre la quería. Quizá no como a ella le habría gustado, pero la quería y la quiere como a una compañera de vida, como a la madre de sus hijos, y estoy segura de que mi padre la considera el mejor ejemplo y la persona indicada para dirigir El Chozo en su ausencia.

Y a mí Thiago también me quería. Todo lo que hubo en medio fue ruido, miedo, malas decisiones, errores de principiante, terceras personas que en realidad jamás tuvieron importancia.

¿Es eso suficiente para separarnos, para que me rinda y lo aleje de mí?

Echo un vistazo a la carta y jugueteo con ella en cuanto mis padres se marchan.

Quizá es porque la mente es muy puñetera y selecciona los recuerdos que menos duelen para que sigas adelante sin torturarte, o porque es una romántica y no tiene miedo de admitir que prefiere que des una segunda oportunidad, pero cuando pienso en Thiago no me vienen las broncas. Ya no. Me viene su mano buscando la mía bajo la mesa del restaurante de la última cena y el apretón de «estoy aquí»; me viene aquella vez que me dijo: «Dile a Dácil que tiene los ojos de un cervato y los cojones de un samurái»; me viene el hecho de que ha ido arrastrando por Madrid y por las islas Canarias —quizá por la cama de otras pibas— aquel libro de segunda mano que le regalé, y me viene que, cuando se ha drogado por mi culpa, aunque fuera accidental, no le sale acusarme, lo que demuestra que sus reproches siempre han sido la segunda opción cuando meditaba el modo de enfrentarme. Es la opción que escoge para estar a mi altura, nunca por placer. Su primera reacción es y ha sido siempre, en realidad, tratarme con cariño. Acariciarme la cara y decirme que soy la hija verdadera del volcán con ese tono de voz que bien podría haberle servido para decir que soy el amor de la vida que lleva veintiséis años esperando.

Pero ¿cómo voy y le digo que he cambiado de opinión? ¿Acaso lo he hecho? ¿Qué es lo que debo hacer? Miro a mis padres y siento que, si mi madre pudo perdonar algo así, yo debo perdonar todos los males que he sufrido, entre otras cosas porque a menudo los he padecido porque me he emperrado en ser la víctima. Me he emperrado en tensar la cuerda una y otra vez y sacar lo peor de mí y lo peor de él. Me he emperrado en ser una persona a la que no se puede querer en condiciones.

Y Thiago, aun así, lo ha intentado. Nos salió mal, pero a lo mejor… a lo mejor podría salir bien.

Rasgo el sobre con los dedos temblorosos y saco el papel. No sé si reírme o insultarlo en voz alta. Lo ha escrito en un folio arrancado de una libreta de anillas —no se molestó en quitarle el borde dentado— y no se le han torcido las frases porque es una hoja cuadriculada. Usó un bolígrafo BIC, y su letra deja muchísimo que desear, pero eso es lo que hace que me conmueva antes de leer. Sea cual sea el contenido, lo escribió en un arrebato, sin la intención de que lo leyera. Y todo lo que se escribe sin intención de que se lea es precisamente lo que sale de lo más profundo del corazón.

Inspiro hondo y empiezo a leer.

Maday está comiendo con la vista fija en el televisor del año de la polca que su abuela y ella siguen conservando en el salón. Casi hago que se atragante con los *noodles* que han pedido a domicilio cuando entro sin avisar, aprovechando que tienen la puerta abierta para que corra el aire.

—¿Cuándo te ibas tú a Madrid? —le suelto de golpe—. ¿Quedaban billetes la última vez que miraste?

Capítulo 28

Una isleña en la gran ciudad

Dácil

No sé en qué momento pensé que sería buena idea surcar la gran urbe en un metro con ciento ochenta líneas diferentes… más o menos.

En teoría no debería haber sido complicado. Por favor, vengo del aeropuerto y quiero ir al piso de Thiago, que está por el centro. Seguro que subiéndome a un solo metro habría conseguido mis propósitos. Pero llevo dos horas de reloj montándome en todos los vagones que pillo porque cogí el que iba en la dirección contraria, luego me equivoqué tomando uno que se iba todavía más lejos de mi destino, después me dieron mal las indicaciones que pedí y he acabado…

No sé dónde he acabado, pero sí sé qué haré a continuación como vuelva a pagar otro billetito: arrancarme la piel a tiras.

Voy de un lado para otro con los puños crispados, esperando que mi hermano me coja el teléfono. Esto no habría pasado si Maday me hubiera acompañado. Ya sabía yo que necesitaba un plan B por si acaso el destino interfería en el plan A. Y vaya si interfirió. Fue mi hermano el que tomó un avión a Tenerife hace un par de días, evitándole a Maday el trajín de perderse en el puto metro de Madrid. Como ya han hecho las paces —bien por ese lado— estarán retozando como salvajes en el dormitorio de la infancia de Airam. Eso ya no está tan bien, porque mi hermano es la única persona en la que confío para que me saque de este laberinto. Así que,

sintiéndolo en el alma, voy a fundirlo a llamadas hasta que no le quede otro remedio que sacar la mano de la falda de Maday y decirme dónde demonios estoy.

—¡¿QUÉ?! —Ladra Airam al otro lado de la línea, frustrado—. Pensaba que colgándote cinco veces captarías la indirecta, mi niña.

—Si no quieres que te molesten las llamadas, pon el móvil en silencio, chacho, a mí qué me cuentas. ¿Y qué haces colgándole a tu hermana? ¿Y si me estuvieran matando?

—Pues ahora mismo no me importaría mucho. ¿Qué pasa? Más te vale que sea una emergencia.

—¿Que si es una emergencia? —Me aparto antes de que me arrollen los novecientos pasajeros que en este momento están bajando de los vagones. Intimidada por primera vez en mi vida, me voy reclinando hasta que doy con el punto de información. Lo miro con rencor—. Uy, sí, qué bien explicado está todo.

—¿Da? —insiste mi hermano con impaciencia—. Dime qué pasa o cuelgo.

De fondo se oye la vocecita de Maday. Creo que le está diciendo que estoy en Madrid.

—¿Estás en Madrid? ¿Qué se te ha perdido en Madrid?

«Un metro noventa de portugués de los cojones. Más o menos».

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz. Esto es lo mejor que puedo hacer para posponer el ataque de nervios un ratito más. Le dije a Airam no en una, sino en tres ocasiones que iba a presentarme en Madrid. Supongo que estaba tan ocupado pensando en su boda con Maday que no pudo prestarme atención.

—Estoy *en el infierno* de Madrid. He cogido siete metros y estoy incluso más lejos de mi destino. ¿Cómo te comes eso, eh?

—¿Siete metros? ¿Te has perdido en el metro?

Ah, no, Airam. No vas a usar conmigo ese tonillo condescendiente.

—Pues CLARO que me he perdido en el metro, machango —le espeto. Observo el mapa de líneas con espanto, haciendo aspavientos que captan la atención de algunos curiosos. Por supuesto, no se paran a ayudarme. Aquí la gente va a su bola—. ¿Qué cojones se supone que es este papelito de rayas de colores? Habrá que tener un máster en anatomía, porque esto se parece más al aparato circulatorio que a un mapa. Me sería más fácil encontrar

las siete bolas del dragón.

Oigo una especie de jadeo sofocado. Mi primer pensamiento es que se han puesto a hacer manitas conmigo al teléfono, otra vez. Pero no. Es mi hermano descojonándose.

—¿Te hace mucha gracia? ¿Quieres que te mande una foto y lo ves?

—No, gracias. Sé cómo es el mapa de las rutas del metro.

—Pues sabrás que tiene más ramificaciones que una palmera. *Chos*, esto es de locos. Necesito que me des instrucciones de adónde tengo que ir para llegar a tu piso.

—Pero chacha, ¿por qué no le pides indicaciones a alguien de la zona?

—Sí, claro, si la gente poco más y sale escopeteada de los vagones. Como te interpongas en su camino en hora punta te masacran. De todos modos, he pedido ayuda en dos ocasiones y me han dado mal las instrucciones.

—¿Seguro que te las han dado mal? ¿No será que tú las has malinterpretado?

—¿Cómo voy a malinterpretar un «coge este metro y bájate en Cibeles»?

—Pues eso digo yo, mi niña. No tiene mucha ciencia.

—Mira, lo que me falta ya es que me tomes por lerda. Estoy a punto de sufrir una crisis nerviosa, y tú descojonado en el chozo. Te recuerdo, mi rey, que el tranvía de Tenerife tiene dos direcciones y veinte paradas en total. Esto es… esto es… —No tengo palabras para describir lo que siento al volver a mirar el mapa—. Airam, me voy a arrojar a las vías. Si es que sabía que no debía venir aquí.

Creo que Airam por fin se toma en serio el tono desesperado de mi voz, porque lo oigo respirar hondo. Así es como se arma de paciencia para hablarme con el tacto que necesito ahora mismo.

—¿En qué parada estás?

—Parque Oeste.

—¿Qué? ¿Cómo coño has ido del aeropuerto al Parque del Oeste?

—NO LO SÉ estoy muy nerviosa, no puedo pensar con claridad. Ayúdame, por favor.

—*Chos*, Dácil, deberían hacer una comedia de situación de la isleña en la gran ciudad. Estás dejando a los tinerfeños como

paletos.

—No me ayudas. Voy a ponerme a llorar —le advierto.

—A ver, escúchame. Solo hay trece líneas. Estás en la de MetroSur. No me fío de que llegues a tu destino sin problemas estando tan histérica, así que solamente te voy a pedir que cojas la línea diez, la que llega al hospital de Santa Sofía, y te bajes en Tribunal. ¿Crees que podrás hacerlo? Tribunal. Está al ladito de Gran Vía. Como no quiero que te pierdas bajando y yendo *pa'l* chozo, voy a preguntarle a Thiago dónde está.

—¡NO! Se supone que es una sorpresa.

—Tranquila, que no le voy a decir que estás allí. Le digo que tengo que comprarle un libro para la facultad a un estudiante de Medicina y que solo puede recogerlo hoy. Seguro que me hace el favor de ir para la boca de metro.

—Eres una mente maestra. Aunque yo quería aparecer en la puerta de su casa. Tendría más impacto.

Debo decir que hay una parte de mí, la saboteadora y desconfiada, que lleva un par de días soñando que entra en el piso y se encuentra a Thiago encima de Celia, o debajo de Celia, o, en definitiva, haciendo el marrano con otra piba. Pero me he autoconvencido de que eso es improbable y de que debo confiar plenamente en él si quiero seguir adelante.

Como he hecho cada vez que he estado a punto de golpearme la cabeza contra la pared, apoyo la mano sobre el bolsillo del pantalón que mantiene a resguardo la carta de Thiago. La saqué de su sobre y la conservo bien dobladita. No creo que se mantenga en perfecto estado hasta que el Museo de la Guerra me la reclame como la prueba del armisticio entre Dácil Oramas y Thiago Madeiros, porque la he manoseado tanto que empieza a desgastarse y ya le he roto una esquina. Pero mientras aguante, va a ser mi amuleto.

Quién me iba a decir que sería tan romántica.

—Bueno, mi niña, lo primero es subirte al metro. Luego, si te sientes con energía, te doy indicaciones para llegar a casa. Pero antes debes demostrar que el metro de Madrid no puede vencerte.

—Nunca pensé que sería derrotada por el sistema de transporte público.

Pero lo soy. Airam no cuelga en ningún momento e intenta tranquilizarme con una conversación sobre chorradas. Dice que

Thiago sabrá adónde llevarme para descubrir la capital, pero me hace algunas recomendaciones de su gusto; destinos que no me puedo perder si quiero pasar de la etiqueta de turista y volver a Tenerife proclamando que he disfrutado de la capital como una madrileña de corazón. Entre su verborrea, los comentarios de apoyo de fondo de Maday y los nervios que me revuelven el estómago, acabo saliendo del metro antes de tiempo.

—Creo que me he bajado en Santo Domingo.

El breve silencio de mi hermano me pone en tensión.

—Dácil, te juro que… —empieza en tono hostil.

—¡No, si encima te vas a enfadar!

—¡No es tan difícil!

—¡Habría que verte a ti en tu primer día aquí! ¿Cómo quieres que me oriente en plena crisis nerviosa? ¡Bastante tengo con estar de pie!

—Da, es Thiago. —Me recuerda, como si eso hiciera desaparecer la tensión—. Thi-a-go. El Thiago con el que has crecido, con el que llevas prácticamente toda la vida conviviendo y al que, de hecho, has intentado destruir algo así como noventa veces. ¿A qué vienen esos nervios tan absurdos?

—A que a lo mejor no se alegra de verme.

—Qué momento tan de puta madre para tener un ataque de inseguridad, loca. —Bufa, hastiado.

—¡Lo tendré cuando a ti te venga bien, machango!

—Dácil. —La que habla ahora es Maday. Su voz me tranquiliza—. Dácil, no pasa nada, ¿vale? Si te has bajado ahí, pues ahí te quedas. Sube a la calle y abre el Maps. Te voy a mandar la ubicación para que no te pierdas.

—Apenas me queda batería —admito con terror—. Se me va a apagar el móvil.

Oigo a mi hermano refunfuñando de fondo.

—Hazle captura de pantalla a la ruta.

Asiento con la cabeza y miro a un lado y a otro buscando las escaleras que me llevarán a ver la luz del sol. Justo cuando voy a darle las gracias a Maday, el móvil se apaga. Y entre que me siento inútil e impotente y que llevo conteniendo unas dos horas las ganas de llorar de frustración, no me extraña acabar hipando y sollozando como una niña pequeña.

Y encima no tengo plan B, ese plan B que le sugerí a Maday que se guardara bajo la manga por si decidía interpretar que el destino no la quería en Madrid tras una serie de catástrofes. Menudo error. El vuelo se retrasó cuarenta y cinco minutos, luego padecimos dos horas de turbulencias descontroladas, después descubrí que se me había olvidado echar en el bolso la tarjeta de crédito, y ahora el dichoso metro. El mensaje del universo no puede estar más claro: «Tú en Madrid no pintas nada». Pero no puedo quedarme aquí todo el día, así que me limpio las lágrimas de las mejillas y me dirijo hacia el metro que sigue en dirección oeste. Con suerte, acabaré en el aeropuerto otra vez, que está en la quinta puñeta.

Las puertas del vagón se abren y otra cantidad ingente de seres humanos se me echa encima sin casi mirar por dónde van. Una de esas personas me golpea con la bolsa que lleva en la mano y se me escapa un insulto por lo bajini. No llego a completarlo porque después me golpea con el hombro, y por culpa del empuje de los dos millones de personas que quieren salir y entrar a la vez, acabo atrapada en una marea con el individuo de la bolsa. No veo nada por culpa del aturdimiento, pero oigo con claridad una voz que dice mi nombre.

—¿Dácil?

Pestañeo muy deprisa para librarme de las inoportunas lágrimas. La aglomeración se disipa casi a la vez que el llanto me dificulta la visión… y, sin necesidad de un plan B, tengo ante mí el destino programado. Es un milagro, pienso en plena enajenación mental. *Un milagro*.

Thiago me ahueca la mejilla con la mano, ceñudo.

—Dácil, estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

Sacudo la cabeza.

—Creo que… creo que voy a vomitar.

Thiago me coge del brazo con cuidado y mira a un lado y a otro para guiarme con presteza a una zona donde la gente no te empuja por los costados. Las ganas de echar hasta la primera papilla se van calmando conforme camino, apoyada en su costado, hasta el pie de la escalera que conduce a la salida. El chirrido del metro en marcha, el sonido de los pasos y las conversaciones, los músicos que bajan y entran canturreando su próxima actuación… Todo eso me aturde más aún si cabe, pero cuando miro a Thiago a la cara, esa cara

tensa por la preocupación, esa cara que no me creo que esté delante de mí después de horas de ansiedad, se me pasan totalmente las náuseas.

Lo que no se me pasa es la desesperación. Me viene una oleada de rabia imparable, y mi reacción es quitarle la bolsa de la mano y meterle un chuchazo con ella en el hombro.

—¡Estarás contento! —le espeto, furiosa—. Hacerme venir a este laberinto endiablado era tu jugada maestra, ¿no? ¿Tienes idea de cuánto rato llevo dando bandazos bajo tierra? ¿Quién fue el iluminado que diseñó esta mierda de metro?

Thiago me aguanta la mirada —y tolera también dos golpes más, que no deben de hacerle ni cosquillas— con una sonrisa incrédula. El brillo en sus ojos despejados acentúa el nudo en mi estómago.

—¿Y tú qué haces aquí, si puede saberse? —pregunto, no mucho más calmada—. ¿Te ha llamado Airam para que vengas?

—¿Airam sabía que venías? No, vengo de hacer unos recados. De comprar el regalo de boda de tu padre, de hecho. —Señala la bolsa con la barbilla—. Me he bajado aquí porque el metro estaba demasiado petado y no hace calor en la calle, así que iba a volver a casa andando.

—Pues qué casualidad. —Doy un bufido como si la casualidad me molestara. Luego miro a derecha e izquierda, hacia la gente que mira raro a la loca que se queja de la red metropolitana de transportes.

Miro a cualquier sitio menos a Thiago.

—¿Has venido a verme? —La nota esperanzada en su voz me enternece.

Pero no sé cómo se expresa la ternura, así que acabo mascullando entre dientes:

—No, he venido a descubrir el maravilloso suburbano madrileño. ¿Y tú qué crees, bobomierda? ¿Qué otra opción me quedaba después de leer la carta que me mandaste?

—¿La carta que te mandé hace semanas? —repite, sorprendido—. Pensaba que la habías ignorado.

—Me llegó con retraso. O sea, no llegó con retraso, llegó al día siguiente de que la mandaras, o algo así, pero no miramos el buzón porque somos unos cerdos y… —Aprieto los labios.

Chos, ¿qué me pasa? ¿De verdad el aire de Madrid está tan

contaminado que uno se siente de otra manera, más débil, más confuso?

Thiago se da cuenta de mi incomodidad.

—¿Qué pasa? —Agacha la cabeza para mirarme a los ojos—. En esa carta no digo nada que no supieras, solo la mandé porque era la respuesta a un mensaje que nunca contesté. ¿Por qué pareces tan… tímida? ¿Es que has venido a decirme que te deje en paz para siempre?

El pulso se me acelera de pensar que pueda malinterpretarme. Alzo la mirada con pánico y me topo con su expresión de temor. Parece que él también tenía la esperanza de que todo se resolviera, aun estando cada uno en una punta del país. Saber que me ha estado esperando hace que me vuelvan a dar ganas de llorar.

Qué. Te. Pasa. Dácil. *Ya está bien.*

—No. He venido porque… —*Venga ya, Dácil, has practicado esto hasta la saciedad. En el espejo, con Teno, con Maday, con el techo*—. Porque solo tú eres real. Porque te quiero. Y… porque… Me había preparado un discurso, pero no me sale. Solo quiero llorar y pegarte.

Thiago se ríe con ternura y me acaricia la cara antes de envolverme con sus brazos. Para haber venido en metro, no huele mal. Huele maravillosamente. Huele tan bien que empiezo a llorar sin querer, y no me veo en condiciones ni con el control suficiente sobre mí misma para detenerme.

Siento sus labios presionando mi coronilla, ocultando un beso cariñoso.

—No pasa nada. Puedes declararte en condiciones cuando salgamos de aquí. Sería muy poco romántico que por fin me dijeras que me quieres en el metro.

Suelto una carcajada y lo estrecho contra mi cuerpo.

—Es que yo no soy la romántica de los dos.

—Es verdad. Puedes ser fiel a tu carácter brusco y seguir pegándome con la bolsa, si te apetece. Yo sabré interpretarlo.

—¿Por qué no me mandaste la carta en su día? —replico. No es un bimbazo con la bolsa, pero reprochándole también soy fiel a mi carácter arisco—. ¿Sabes cuántos problemas nos habríamos ahorrado? Estoy emputadísima, Thiago Madeiros. Por tu culpa he perdido mucho tiempo.

—¿Y has venido a regañarme para que sigamos perdiéndolo? —*Buena pregunta*—. Por más que te guste pelear, no creo que hayas cogido un avión si no me has perdonado… o si no has decidido que, después de todo, puedo merecer la pena. Y si has decidido que puedo merecer la pena, podemos ir directamente a la parte en la que te llevo de la mano por Madrid, como he querido hacer desde el día en que te conocí.

—No hace falta que te marques otra parrafada, machanguito —le advierto con una sonrisita llorosa—. Con que me digas que me quieres, ya me sirve.

Thiago descuelga la cabeza hacia atrás con una especie de risita aliviada.

—¡Machanguito! —Se lleva la mano al pecho, como si Cupido lo hubiera asaeteado—. Pensé que me moriría si no volvías a llamarme así.

—Descuida. A no ser que te fugues otra vez y me abandones, te llamaré así para siempre.

—Pero si yo a ti no te puedo abandonar, princesa Dácil. —Me roba un beso en los labios y en la punta de la nariz—. ¿No ves que te llevo conmigo a todas partes? Y si pudiera, me abriría la piel y te metería dentro.

—No va a hacer falta. Con que me abras la puerta de tu casa, me conformo.

—Solo si te quedas —me advierte con las cejas enarcadas.

Le echo los brazos al cuello y lo miro un segundo antes de apoyar la mejilla en su pecho.

—Alguien tendrá que avisar a mi familia, no vayan a pensar que me han secuestrado…

La mención de mi familia nos alerta a los dos.

Me separo un poco para comprobar que él también ha puesto una mueca de dolor al imaginarse diciéndole a mi madre y a tía Jana que estamos durmiendo en la misma cama. Voluntariamente. Sin cuchillos bajo la almohada.

—Estaré pensando en una forma de dar la noticia —decide en el acto. No sé si echarme a temblar ante su solemnidad o celebrar que esté dispuesto a anunciarlo tan pronto—. Y teniendo en cuenta la vergüenza que voy a pasar, tú, mientras tanto, deberías ir pensando en una forma de compensarme.

—¿Qué es lo que quieres?
Thiago se me queda mirando con un amago de sonrisa.
—Tu sótano. Y la custodia de tu perro.
—A medias.
Me guiña un ojo.
—Hecho.

Capítulo 29

Un amanecer en Canarias para toda la vida

Thiago

Joaquín y Raúl se han casado solos ante notario. No querían a la gente agolpándose en las banquetas de madera del despacho y nos han dicho que vayamos directamente a la playa, donde han prometido que comeremos como animales y tendremos música en vivo.

No me extraña que Joaquín haya conseguido alquilar una importante parcela de terreno público. Para hacerte una idea del alcance de su fortuna no basta con imaginarte que tiene pasta. Tienes que multiplicar esa pasta por diez.

O por veinte.

La familia entera ha aparecido. Incluida Dácil. Aunque sigue recelando del futuro comportamiento de su padre y de una posible huida en desbandada, como bien exige su naturaleza rencorosa, ha sabido dejar atrás los reproches y celebrar el día más especial de Joaquín. A fin de cuentas, lo ha perdonado y le toca actuar en consecuencia.

No parece que haya puesto al tanto de esto al resto de los Oramas. Todo el mundo se queda asombrado al verla pasar bajo el entoldado, diseñado al más puro estilo fiesta ibicenca, para acercarse a los homenajeados. Y me parece ofensivo. Ya deberían saber que Dácil no es ninguna cobarde, y que el amor le puede en todos los casos —antes o después… Vale, más después que antes— a la hora de dar su brazo a torcer.

—Qué bien que la familia esté reunida de nuevo —dice Jimena suspirando, con los ojos cuajados de lágrimas. Ya se ha hecho con un mojito y se lo bebe con ansias—. Todavía me cuesta creerlo.

Le paso un brazo por los hombros y la estrecho cariñosamente.

—Eres una jabata. Esto no debe de ser fácil para ti, y mírate, alegrándote como la que más.

—Es lo que toca. —Replica, y apoya la mejilla en mi hombro—. Tengo que dar un buen ejemplo a Dácil, y también tengo que seguir avanzando. No puedo estancarme otra vez. La vida sigue, mi niño.

—Para Da no sé, pero para mí lo eres. Eres un buen ejemplo. El mejor. —Le robo un beso en la mejilla.

A ella se le ilumina la cara y por poco me tira al suelo de un abrazo apretado.

—¡Cuánto te echaba de menos! ¡Ni se te ocurra irte otra vez!

—Si me voy otra vez, no será por voluntad propia, eso te lo puedo prometer. Tendrá que venir la policía a desahuciarme.

—¿Qué hacen restregándose? ¿Me puedo unir? —Ronronea tío Jaime.

Jimena se echa a reír y lo recibe con los brazos abiertos.

—¿Están ya todos? —pregunto yo, tratando de asomar la cabeza por encima del hombro de Jaime. Se ha puesto tanto desodorante que podría morir ahogado contra su axila. Debería protagonizar los anuncios de AXE—. ¿Ha venido tu nueva novia?

—¿Helena? Qué va. ¿Cómo quieres que venga a la boda de mi hermano? No pinta nada aquí. Y hablando de novias, ¿es verdad que Núria es tu terapeuta? Un pajarito me lo dijo y me pareció maravilloso. ¿Cómo se encuentra?

Jaime es muchas cosas, como un salido sin remedio con fobia al compromiso, pero va con la verdad por delante, y luego, por más que sus viejos rollos se sientan decepcionadas por no haber conseguido cambiar su naturaleza, se las apaña para mantener una buena relación con ellas.

Núria no es la excepción.

—Pues está muy bien. Sale con un psicólogo.

—Dios los cría y ellos se juntan. —Bromea absolutamente relajado—. Es una muy buena piba. Con esa sí me habría planteado formalizar.

—No te lo crees ni tú. —Le suelta Jimena.

—¿Por qué no? Me entendía, no se hacía falsas ilusiones, era lista, estaba buena… Era perfecta. Pero prefiero no complicarme, ya sabes.

—No, no lo sé —confieso con humildad. Intercambio una mirada rápida con Dácil, que se encuentra a unos cuantos metros de distancia. Tenemos que fingir hasta que llegue el momento de hacer el anuncio—. Yo sí soy de complicarme.

—Ni que lo digas. No lo decía por ti. Tú y yo no somos tan parecidos como me habría gustado. En el fondo llevas toda la vida siendo un romántico, ¿eh? —Me da un codazo amistoso—. Ya sabes, hay tíos que son lobos solitarios y hay otros que son gatos domésticos. Yo soy de los primeros y tú eres de los segundos.

—¿Tú, un lobo solitario? No me hagas reír. Desde que me casé con Joaquín, no has estado soltero ni cinco minutos. —Le replica Jimena.

—Tampoco he estado pillado del todo. —Aclara, levantando las cejas—. Pero bueno, lo que le quería decir al amigo Thiago es que él se confundió un poco, ¿sabes? Los gatos domésticos no dejan de ser felinos y se pueden creer panteras, o leopardos, o tigres, pero al final no están hechos para la selva. A los gatos domésticos les gusta su casa y su dueño. Y ya está. Me da a mí que tú sí has sido toda la vida un chico de novias y te convencías a ti mismo de que eras lo contrario para no rayarte, ¿eh?

—¿A qué viene esta analogía tan patética? —se mofa tía Jana, que acaba de aparecer con una copa en la mano. Evidentemente es zumo de mango: Salma no apoya nada que altere sus capacidades extrasensoriales, y, por extensión, tampoco Jana. Bueno, salvo la ayahuasca. De eso sí se meten todo lo que pueden y más, porque las lleva a un estado de iluminación fantasioso—. Deberían estar comentando lo de Airam y no escuchar al pastor de los infieles.

—¿Qué es lo de Airam? —pregunta Jimena, mirando a su alrededor.

Lo localizamos sentado en la orilla del mar con las piernas recogidas. Maday está a su lado, a escasa distancia. Juegan a ver cuántas veces más rebotan las piedras sobre la superficie del agua.

—¿Por fin hablaron? —Jimena aplaude entusiasmada—. ¡Bendito sea! Si ya sabía yo que se querían, lo supe desde que eran chiquitos, y seguro que Salma también me apoya, que lo leyó en las

estrellas o algo así.

—No sé si hablaron o solo usaron la lengua en un sentido prosaico, pero desde luego que se arreglaron. —Tía Jana bufa sonoramente—. Hace diez minutos los vi morreándose como si no hubiera un mañana. Si no fuera mi sobrino, me habría puesto cachonda mirándolos.

—*Chos*, Jana, no digas eso. —La regaña Jimena, horrorizada. Y conteniendo a duras penas la ilusión, añade—: Pero entonces… ¿están juntos oficialmente? Es que no quiero ir a interrumpir.

—No te vengas arriba, Jime, que eso no significa que se vaya a cumplir aquel sueño que tuviste en el que pasaban por el altar —la advierte tía Jana.

—¿Y por qué no? Airam es un chico serio. Se toma las relaciones a pecho. Dácil ya no tanto. De Dácil no sé yo qué esperar. —Confiesa la madre de las criaturas con un suspiro.

«Con suerte, un poco de lo mismo», estoy a punto de contestar.

La palabra «relaciones» aviva los nervios que ya traía de casa e involuntariamente busco con la mirada a Dácil. También está mirando a Airam y a Maday, que ignoran al resto del mundo mientras charlan en voz baja y se ríen como idiotas. Lo que sea que estén hablando es indistinguible por culpa del ruido, la música y el rumor del mar. Se suponía que iba a ser una boda íntima, pero debe de haber repartidas por la playa unas cien o ciento cincuenta personas.

No dudo que Jimena habría preferido que fuera íntima de verdad.

Al final resulta que voy a hacerle un favor al subirme al escenario donde está tocando la orquesta contratada para la ocasión. Le quitaré una cuota de protagonismo a Joaquín —no sin antes obtener su permiso, obviamente— y así Jimena podrá respirar tranquila sabiendo que nadie la mira con lástima por un buen rato.

Intercambio una mirada rápida con Joaquín, que enseguida entiende y responde a mi pregunta silenciosa. Me da su beneplácito para que lleve a cabo, ahora y no luego, mi función.

No tengo ni que reclamar la atención de los invitados dando unos toquecitos al micrófono y pidiendo silencio. Que la orquesta deje de tocar de pronto porque un chaval con mis pintas quiere intervenir es lo bastante sorpresivo para que la gente interrumpa

sus conversaciones y me mire con curiosidad. Entre esa gente destaca Dácil, con su vestido blanco anudado detrás del cuello y sus pies descalzos, solo decorados por la henna que le gusta hacerse y las pulseritas de la suerte que no cumplirán los deseos que representan hasta que se rompan. Una de esas pulseritas desgastadas por el cloro y el paso del tiempo —aunque apenas han transcurrido unas semanas— contiene el deseo de que todo salga bien entre nosotros: lo pidió en voz baja, creyéndome dormido —a ver quién era el valiente que dormía sin sobresaltos un agosto en Madrid—, pero la oí alto y claro y tengo que contenerme para no serrársela para que se cumpla de una vez.

Me mira sin pestañear, nerviosa por lo que pueda pasar.

—Hola a todos y a todas. —Algunos invitados (no sé quiénes son ni la mitad) me saludan de vuelta agitando las manos o sonriendo. Cambio el micrófono de mano, notando la palma sudada—. Habrá quien se esté preguntando quién soy y qué hago acaparando la atención cuando no pretendo dar un discurso de padrino. La respuesta es simple: voy a darle una noticia al novio. Una noticia importante y que tengo que hacer pública porque hasta ahora se me ha acusado de cobarde, de tener fobia al compromiso, de guardar secretos… y con toda la razón, por cierto. El caso es que para desmentir esas acusaciones o demostrar que he cambiado, o que estoy intentando cambiar, he de robar el protagonismo por un momento y hacer mi confesión delante de las que son… —se me escapa una sonrisa al ver a Jimena boquiabierta y a tía Jana con el ceño fruncido—, de las que son las personas más importantes de mi vida. De quienes son mi familia.

Esperaba arrepentirme de haberlo dicho en voz alta.

Nunca se me ha ocurrido sincerarme respecto a mi cariño hacia la familia Oramas, entre otras cosas porque siempre he hecho lo que he podido para estar con ellos *sin formar parte* de ellos. Temía traicionar así a mi familia de nacimiento, negarlos u olvidarlos. Pero era un miedo infundado, porque nunca los he olvidado y jamás lo haré.

En mi corazón caben todos, pero la estrella de la fiesta brilla por encima de ellos. Ha alumbrado el camino, mi camino angosto, sin que lo supiéramos ni ella ni yo. Hasta que no nos hemos demostrado que podemos convivir como dos personas normales,

compartiendo techo en Madrid sin ningún sobresalto, sin reproches ni rencores, era imposible saberlo. Hasta entonces solo veíamos el lado peligroso de querer a otra persona; solo veíamos que Dácil me dejaba a oscuras con su desprecio. Pero el que apaga la luz también es el que puede prenderla de nuevo; depende de la confianza que se le dé.

—Dácil… ¿sabes qué día es hoy?

—¿El día de mi boda? —pregunta Joaquín, de buen humor. Se ha acercado al escenario junto al resto de la familia, no sé si para darme ánimos o solo para hacer bulto.

—Aparte.

Me seco el sudor de las manos en el bañador. Dácil también se ha aproximado, y me observa expectante. Quería que le hiciera *spoiler* del discurso para ir preparada, para saber qué caras poner en qué momento, pero me negué en redondo. No soy de los que van a la última página del libro para asegurarse de que acaba bien, y quería que se dejara sorprender tal y como me hubiera gustado a mí.

Carraspeo antes de continuar.

—Hace poco se cumplió un año de la tarde que Dácil vio a su padre en aquel restaurante indio. No voy a meterme en detalles tristes, ojo, no es mi intención hablar de momentos incómodos. Solo quiero recordar que, ese día, Dácil y yo hicimos una apuesta. Ella me dijo que las feromonas que obsesionan a un tío con una mujer duran tan solo un año y un día; después, se rompe el hechizo. Yo le dije que eso no se aplicaba en mi caso. En mi caso, las feromonas se han quedado a vivir conmigo. ¿Te acuerdas?

Espero a que ella asienta despacio.

—Han pasado quince días desde que se cumplió el año y el día, y aquí estoy. —Extiendo los brazos, entregándome a lo que quiera hacer de mí—. Agitado, nervioso, obsesionado, enamorado, idiotizado… Con todos los síntomas incómodos y aun así adictivos de la gente que sufre de feromonas.

—¿Qué está insinuando este? —Oigo que pregunta tía Jana, y mira perpleja a su mujer—. ¿Que le gusta Dácil?

—Mi niña, tú es que no te enteras de nada. —Salma suelta un suspiro—. ¿No te dije que sus cartas astrales son compatibles, y que cuando están juntos el aire vibra de manera diferente?

—Sí que me lo dijiste, pero como para hacerte caso cuando estos dos solo pensaban en matarse. Los astros pueden decir misa, que en casa teníamos a dos terroristas de libro.

Dácil aparta la vista de su tía para mirarme a mí con las cejas enarcadas. «¿Te vas a dejar amedrentar por estas dos?», me está diciendo. «Que nos conocemos, machanguito, y te asusta decepcionar a la familia».

—Hay cosas que no te decía en esa carta porque aún no habían ocurrido —prosigo—. Hay argumentos que diste que aún no he refutado. ¿Sabes? Es verdad que sacas lo peor de mí —admito—, pero también hay muchas cosas buenas que solo tú puedes provocar. Hay virtudes que solo demuestro *para ti* o cuando estás conmigo. Con los demás soy un pasota, un desentendido, un infiel… Pero yo he sido leal a ti de corazón desde el día uno. Mi mente no ha dejado de estar contigo. No sabe abandonarte. Y sé que es una crueldad decirlo, no creas que no me asqueo, pero siento… siento que con Celia solo estaba practicando para estar contigo. Estaba preparándome para hacerlo bien con quien yo quería.

»Me dijiste que, por dos buenos momentos que hemos vivido, no merecemos un final feliz. —Espero a que ella asienta, cosa que hace con el rostro tenso. *Tranquila, no voy a darte la razón*—. Puede que tengas razón, pero es que yo no he visto el final en ningún momento. Si tú y yo ni siquiera hemos empezado en serio, Da, ¿cómo puedes hablar de acabarlo? Tú no me haces infeliz. Me hace infeliz no estar contigo. Cuando estoy destrozado, cuando no tengo esperanza, cuando no me vienen las ganas… todo eso ocurre cuando estás lejos de mí, o cuando te tengo al lado pero no sé cómo acercarme.

»Así que vengo a reclamar mi principio, a exigir *la primera* oportunidad, porque ni siquiera sería la segunda. *Ahora* es cuando comienza lo bueno. Si hemos podido querernos aun odiándonos, ¿qué no conseguiremos si dejamos de nadar a contracorriente? Podríamos tenerlo todo. Solo tienes que decirme que sí delante de toda tu familia… y de cien personas más.

Parece que pasan mil años hasta que, al fin, Dácil se decide a contestarme.

En realidad, no son ni diez segundos.

—Te habría dicho que sí si solo me hubieras dicho que me

quieres —me suelta—, que es lo único que tendrías que haber dicho para poner al corriente a la familia. Los discursos románticos le tocaban a mi padre, que para eso es su boda. Pero… me ha gustado la parrafada.

Y me sonríe con timidez, como la niña que no estaba del todo segura de si se saldría con la suya.

—Este giro de guion no me lo esperaba. —Confiesa tía Jana, anonadada.

—¿Estás de coña? —se burla tío Jaime—. Si estaba claro que estos se iban a liar tarde o temprano. ¿En qué mundo vives tú, Janita? —Le pasa el brazo por los hombros y la sacude.

—Pues en el de los chakras y el peyote. —Se mofa Jimena, al tiempo que se seca las lágrimas que le mojan las mejillas—. Ay, señor de la cañita, qué ilusión. ¡Mis dos niños juntos!

—¿Que estaba claro que se iban a liar? Ustedes no superaron el bulo ese de que los que se pelean se desean —sigue rezongando Jana—. Esto acabará como el rosario de la aurora.

—¡Aleja las malas vibras! —se queja Salma, extendiendo los brazos.

—Habiendo *empezado* como el rosario de la aurora, no sé cómo iba a acabar peor —interviene Airam, que, junto a Maday, se ha unido a la familia en algún momento del discurso.

—No sería la primera historia que acaba como comienza —medita Maday con timidez—, pero esperemos que no sea el caso.

—Estamos hablando de Dácil Oramas. —Les recuerda Jana—. Claro que será el caso.

—Pero bueno, ¿tú es que los quieres gafar? —Salma se masajea las sienes—. Déjalos ser felices. Tengo un muy buen presentimiento.

—Como lo dejen… —empieza tía Jana, sacudiendo la cabeza—. Yo solo espero no estar ahí para verlo.

—Como lo dejen ¿qué, reina? —Tío Jaime le sonríe—. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que se empezaran a odiar y se hicieran la vida imposible?

—Nada nuevo bajo el sol. —Bromea Jimena.

—Exacto. —Puntualiza tío Jaime, que siempre celebra el amor como el que más—. ¿En qué mundo sería eso un drama? Ya estamos más que preparados para una guerra abierta si pasan por una ruptura dolorosa.

—Acaban de formalizar y ya los quieren separar —rezonga Joaquín—. Ya déjense de tonterías y vayan a felicitarlos.

—¿No te molesta que te roben el protagonismo? —se queja tía Jana—. *Agüita*… Da igual que estemos en una boda homosexual, los heterosexuales siempre usurpan el momento.

Todos se echan a reír con los refunfuños de Jana. Aprovecho ese momento en el que la atención vuelve a los novios para bajar del escenario, nervioso a más no poder, como si fuera yo el que se casa, y me acerco a Dácil con pies de plomo. No va tan lejos la comparación, en realidad, porque, aunque no vayamos a firmar papeles delante de un notario, como canta Don Patricio, esto es *pa* toda la vida[41].

La mitad de la familia nos vitorea. La otra mitad sigue en *shock* y no reaccionan ni cuando Dácil me echa los brazos a los hombros y me mira con los ojos brillantes. Los ojos negro-verdes de la princesa Dácil que ha puesto su reino a mis pies, su reino de palmeras tropicales, salsa y guaguancó, de aire desértico y dulces refrescantes.

Cuánto me alegro de que esta sea mi isla.

Pero sobre todo, cuánto me alegro de que esta sea mi chica.

Epílogo

El casero es un hombre dicharachero. Demasiado parlanchín para el gusto de una persona como Elena, a la que le cuesta decirle que no a quien es amable con ella. Y si no le gusta el piso que le va a enseñar, no le quedará otro remedio que hacer de tripas corazón y murmurar «me lo pensaré» en el tono de las negativas cobardes. Pero por lo que lleva visto, no está nada mal. Podría estar mejor decorado, podría tener una década menos y podría haber un par de ventanas más en la habitación que convertiría en su estudio de escritura, pero sigue siendo una ganga. Céntrico, bien iluminado, con calefacción y acceso directo al metro.

Solo hay una pequeña cosa que no termina de convencerla.

—Dice que los dos inquilinos han dejado el apartamento abruptamente. —Se atreve a comentar, interrumpiendo de forma sibilina la verborrea del casero—. ¿Se debe a algo relacionado con el piso? ¿Algo que yo tenga que saber? ¿Unos vecinos muy molestos, a lo mejor? ¿Un problema de tuberías?

—¿Qué? No, no, no, qué va. Los muchachos que vivían aquí renovaron el contrato de alquiler cinco o seis veces, una por cada año que estuvieron. Eran estudiantes, ¿sabes? Uno de ellos venía de Canarias, si no recuerdo mal, y el otro de Portugal. En un lustro a uno le da tiempo a cogerle cariño a sus inquilinos —continúa, quizá para convencer a Elena, o tal vez porque le apetece charlar—. Sobre todo cuando eran puntuales con los pagos y no daban apenas problemas… Bueno, algún que otro problema sí que me dieron, porque se montaban unas fiestas de vez en cuando que escandalizaban a los vecinos. —Recuerda el casero con melancolía. Mira a Elena con una sonrisa que parece aguantar las lágrimas—. Llegó un punto que ya eran como mis hijos. Sobre todo el canario,

que me invitaba a una Mahou cada vez que pasaba por aquí a solucionarle cualquier percance. El otro era más reservado, más esquivo, pero muy buen chaval, eso sí.

—Entonces… se fueron porque habían terminado sus estudios, ¿no? —indaga Elena.

No le gustaría descubrir, después de haber firmado un contrato de un año, que al lado vive un batería frustrado o un narcotraficante. Necesita paz para desempeñar su trabajo. Y por qué no admitirlo: el perfil de los chicos ha despertado su ávida curiosidad de escritora.

El casero no necesita que le tiren mucho de la lengua para abrirse sobre la vida privada de sus inquilinos.

—Thiago sí. Se ha ido a Tenerife. Le salió una plaza de profesor en la Universidad de La Laguna, creo que se llamaba, mientras hace su doctorado sobre no sé qué de literatura. No me sorprende. El muchacho siempre iba con un libro en la mano.

—¿Se ha ido a Tenerife a hacer un doctorado? ¿Habiendo estado en la Complutense? Eso no es muy habitual. —Medita Elena en voz alta, rascándose el cuello. «Aunque, si pudiera, yo también priorizaría el buen tiempo y la poca contaminación a las oportunidades laborales», se cuida de agregar.

—Su novia es de allí, por lo visto —le explica el casero, y esboza una sonrisa rara al mencionarla. Mira a Elena sacudiendo la mano—. Toda una pieza, la novia. La conocí cuando me pasé a despedirlo y tiene un carácter de esos volcánicos, de los que no conviene avivar, y eso que la vi cinco o diez minutos, pero hacen buena pareja. Dácil, se llamaba la chiquilla. Un buen nombre. A lo mejor se lo puedes poner a alguno de tus personajes —le sugiere en tono amistoso.

A continuación, le hace un gesto con la mano para que lo acompañe a la habitación que queda por mostrar.

Por lo que Elena está comprobando, Juan no es un hombre muy discreto. No es un aspecto del carácter que quisiera para quien le alquila el piso. No es que sea ella una figura pública, pero no le gustaría que le contara sus intimidades o sus planes al inquilino que heredara su habitación una vez la dejara.

Si es que se la queda primero, claro está.

—Esta era la habitación de Thiago. La otra, como ya has visto,

tiene todavía cosas del canario. Venía a recoger las que le quedan ahora mismito. Debe de estar al caer. —Echa un ojo al reloj de pulsera—. Cuando se las haya llevado, te muestro. Es desordenado, el chaval. Desordenado como él solo. Mejor no abrir esa puerta por lo que te puedas encontrar.

—¿Adónde se va el canario? ¿También a Tenerife?

Vale, ella también es curiosa. Pero la suya es una curiosidad sana. Curiosidad *profesional*.

Uno nunca sabe de dónde podría sacar la inspiración para la próxima novela.

—Ya me gustaría —responde una voz masculina en tono juguetón. Elena se gira, sobresaltada, y más que se sobresalta al echar la cabeza hacia atrás para mirar a la cara al desconocido. Se alza a más de un metro noventa del suelo—, pero todavía me queda un año pringando en la facultad. ¿Qué pasa contigo, don? —Lo ve echarle los brazos por los hombros al casero, que es todo sonrisas desde que ha aparecido el chico—. ¿Contándole mis cositas a la heredera del chozo?

—No sabía que fuera un secreto. Espero que hayas limpiado a fondo el cuarto. No quiero abrir la puerta y ver al león, a la bruja y al armario.

El canario se echa a reír y Elena siente una simpatía inmediata hacia él. Es una cualidad que le despierta la gente con la boca grande, rematada por dos tiernos hoyuelos.

—La niña te sigue haciendo ver *Crónicas de Narnia* una y otra vez, ¿eh? Tranqui, don, que se lo he dejado como los chorros del oro. Compré los productos de limpieza con mi novia, que trabaja en la cocina de un hotel y es toda una experta en el tema. Soy Airam, por cierto —añade, alargando un brazo interminable hacia Elena. Ella va a darle la mano, pero lo que él le ha ofrecido es el puño cerrado. Divertida por el gesto, le choca los nudillos y le dice su nombre—. Encantado, mi niña.

Acto seguido, abre la puerta de su cuarto de un tirón desenfadado y entra silbando. Elena piensa que es una lástima que se vaya. Quiere el piso con sus tres habitaciones: una para dormir, otra de invitados y una tercera para transformar en despacho, pero habría sido interesante tener un compañero con ese buen humor.

—Te dejo a tu aire para que veas el piso tranquilamente

—anuncia el casero—. Tengo que hablar unas cosas sobre la fianza con Airam.

—Sin problema.

Elena espera a que el tipo haya desaparecido en la habitación de los horrores, y como si estuviera en casa ajena y no en su futuro hogar —en cierto modo lo sigue siendo, *casa ajena*—, se adentra sigilosamente en el que fuera el dormitorio del chico portugués.

Él sí lo ha dejado como una patena.

Se fija en la cama desnuda, en la ventana abierta, por la que entra la luz penetrante de una mañana de verano, y en el precario escritorio de madera. Desliza los dedos por la superficie, pensativa, y se detiene ante los cajones. Los abre para valorar sus dimensiones, por si acaso tuviera que comprar un mueble auxiliar para almacenar sus carpetas, y se sorprende al encontrar un papel doblado.

Sin mucho interés, creyendo que no tiene valor, lo coge y lo desdobla para comprobar que solo contiene garabatos, o que se trata de un viejo contrato de alquiler.

Nada más lejos de la realidad. En efecto, está garabateado, tiene tachones y subrayados, pero se da cuenta de que el contenido es más de lo que aparenta al leer por encima —y sin querer— una de las líneas.

En lugar de dejarlo en su sitio, se asegura de un vistazo rápido de que nadie la ve ojear el contenido.

> Creo que la única que vez que me has querido ha sido cuando me escribiste ese mensaje lleno de odio. ¿Te acuerdas? Pusiste «querido Thiago» y ahí ya me dio un vuelco el corazón. «Querido». Es en una de esas pocas palabras tuyas en las que me he reconocido, en las que he visto lo que quiero ser para ti. El «querido Thiago».
>
> A lo mejor ni te suena lo que estoy diciendo por qué han pasado meses. Meses ya. Joder. Pero yo me lo he aprendido de memoria.
>
> «Instrucciones para sobrevivirte». Qué ingenua eres. Qué inocente te muestras si crees que de algo me han servido. Para ser mi muerta, estás más viva que yo. De hecho, a veces pienso que eres la única parte de mí que todavía mantiene mi cuerpo caliente. Porque desde luego no eres la que me mantiene cuerdo, eso ya lo sabes.
>
> No te gustaría nada saber esto, pero lo que me dolió de

ese mensaje no fue ni el bloqueo que siguió después ni que me dijeras que no volviese. Lo que más me jodió fue que me dijeras que todavía no me querías. Que «todavía» no habías empezado a quererme.

Porque en ese caso era yo el no correspondido, era yo el engañado, era yo el que se estaba ilusionando.

Dácil, solo quiero que sepas que te he hecho caso. Estoy aprendiendo a valorar a quien me quiere. Intento no defraudarla, no juego con ella. Lo intento. En cuanto volví, empecé a trabajar en eso, y la verdad, vistos los resultados, creo que debería estar orgulloso de mí. Pero si lo estuviera, no me habría puesto a desvariar entre mis apuntes de literatura norteamericana. El amor que se muere, te vacía, princesa Dácil. Por eso trato de llenarme de nuevas experiencias, aunque en el proceso me doy cuenta de que ninguna de ellas encaja conmigo.

Tú rompiste mi molde. Cómo quieres que encaje con nadie.

Lo siento. Lo siento lo siento lo siento lo siento LO SIENTO. Me cagué. Me cagué porque en los días que pasamos juntos se acabaron las pesadillas. Me iba a la cama sin nada que lamentar, pero con mucho que temer. Más asustado que nunca. Tú sí me podías destruir a mí, y creo que me mandaste ese mensaje porque no lo sabías. No sabías que lo conseguirías.

Ojalá hubieras destruido también lo que siento. Sería más fácil. Pero esa palabra no rima contigo. O sí. Depende del poema. Porque para mí, quererte es más fácil que pestañear.

Si fuera a mandarte esto, lo habría ordenado un poco más. Son las cinco de la madrugada y no me dan las neuronas. No descarto buscarte cuando reúna el valor. Cuando sea bueno, bueno de verdad. Porque te prometo que seré bueno. Y te prometo que no te daré nunca más la razón cuando pienses lo peor de mí.

Eso es. Qué menos. Mi primera promesa, desde que he aprendido a hacerlas, solo puedo hacértela a ti.

—Me ha dicho Juan que escribes novelas. —La voz de Airam la sobresalta. Se gira y ahí está, apoyado bajo el umbral con los brazos cruzados. De forma involuntaria, Elena arruga el papel y lo esconde

a la espalda—. ¿De qué género?

—Ro… románticas.

Airam le sonríe con simpatía, y ella suspira aliviada. Se ha dado cuenta de su propio tono receloso al decirlo; estaba preparada para que le hiciera la clásica pregunta.

«¿En plan *Cincuenta sombras de Grey*?».

—Entonces tienes que poner el estudio aquí. —Señala el dormitorio con un gesto de la barbilla—. El notas que ha vivido en ese cuarto cinco años ha usado más esa cama para llorar de amor no correspondido que para dormir. Seguro que todos sus suspiros de romántico están en el aire y te ayudan a inspirarte.

—Lo tendré en cuenta.

—Airam. —Lo llama el casero—, ha venido tu chica. Dice que no contestabas al móvil (qué sorpresa) y tienes que coger una cosa del cuarto de Thiago.

—La tronada de Dácil, que dice que se dejó no sé qué nota y que la necesita para hacer chantaje emocional… —exclama una dulce voz femenina.

Elena se apresura a meter la carta donde estaba. Una vez a resguardo, se desplaza hacia la cama con aire inocente y finge examinar el espacio de los armarios. Solo aparta la mirada de las puertas cuando entra una pelirroja diminuta, que se sorprende al verla allí y la saluda con un tímido «hola». Elena responde con un cabeceo y sigue a lo suyo, vigilando de soslayo que la chica se lleva la carta a Dácil —Dácil se escribe con «c» y se pronuncia con «s», por lo visto—. Debe reconocer que le da pena que no la hayan abandonado. Gustosamente se la habría quedado para avivar su imaginación.

Elena se pregunta qué tipo de mensaje le mandaría Dácil al pobre muchacho para que esa fuera su respuesta. Para que le aterrase meterla en un sobre y enviársela, aunque si Dácil conoce su existencia, será porque al final reunió el valor. Se pregunta cómo será Dácil: volcánica, sí, pero ¿es alta?, ¿es rubia?, ¿es de maquillaje pastel o atrevida al vestir? ¿Qué le gusta ver en televisión? ¿Y cómo es él? ¿Tendrá la voz potente o más bien cálida? ¿Será de los que se rebelan contra sus padres o el niño de los ojos de mamá? ¿Prefiere leer con música o en silencio? Preguntas aparentemente insignificantes que, sin embargo, empiezan a construir una imagen

en su cabeza.

Elena está segura de que a Thiago le gusta pasear con las manos en los bolsillos y de que cierra los ojos cuando siente la brisa en la cara. Está segura de que subraya los libros con lápiz y solo se mira en el espejo cuando busca respuestas sobre sí mismo. Está segura de que reconocería a Thiago en el metro porque, cuando se sume en sus pensamientos, parecen flotar a su alrededor como una nube negra. Y Dácil es el sol cegador que se filtra con sus rayos para que el calor lo distraiga con otra cosa, con algo más agradable o tan intenso que no le queda otro remedio que concentrarse en ella, como un verano con helados y carcajadas estridentes.

A ella también la reconocería si la viera por la calle. Es la que camina sin mirar a nadie, pero a la que todos miran, o incrédulos o maravillados.

Elena se ha envalentonado ante la posibilidad de escribir sobre ellos. Solo quedaría reconstruir la historia previa a la carta, porque el final feliz ya lo tiene. Ya sabe que están juntos en las islas. Debe inventar cómo se conocieron, cómo empezaron a quererse, cómo se separaron y cómo volvieron a juntarse.

Elena piensa en una historia sencilla de universitarios. Una historia sin enemigos ajenos a ese microcosmos en el que solo caben ellos dos. Dácil y Thiago son sus enemigos. Thiago es su propio enemigo. Dácil es su propia enemiga. Elena lo tiene claro. Ha visto la luz. Sí, ahí hay una historia. Una historia de amor imperfecta con guerras y treguas. No tiene que ser ideal ni maravillosa. Ni original ni especial. Solo tiene que ser adecuada para los perfiles que ha creado.

Tiene que estar hecha a su medida.

—¿Qué te parece? —El casero, Juan, interrumpe sus pensamientos—. Es una buena habitación, ¿eh?

Elena echa un vistazo al techo, sonriendo con incredulidad.

Es increíble la rapidez con la que la historia ha tomado forma. Tiene que ser ese cuarto, los suspiros ahí encerrados, que contienen algo mágico. Será que el amor se queda en el aire, y por eso ahora puede inspirarlo.

Por eso ahora puede *inspirarla*.

Nota de la autora

Creo que se me ha notado un fisquito el amor bandido por las islas Canarias, especialmente por Tenerife, ¿no? He visitado la isla en tres ocasiones hasta la fecha y me habré quedado un mes en total, pero me bastaron veinticuatro horas allí para enamorarme perdidamente. He publicado alguna que otra cosa con editorial, pero siento que este es mi nacimiento en librerías. Y nada más bonito para mí que nacer, o *renacer*, con una novela ambientada en esta tierra tan preciosa e inspiradora.

Sé que los canarios no dicen «me he caído», sino «me caí». El pretérito pluscuamperfecto y el perfecto compuesto no son sus amigos, una herencia del habla latinoamericana, pero para que hubiera una mayor variedad verbal y teniendo en cuenta mi expresión como andaluza, he limitado el habla cien por cien canaria a los personajes secundarios que son tinerfeños, gomeros, conejeros, etc., a excepción de Airam y Maday. También, para que nos entendiéramos mejor, he moderado los canarismos y he dejado solo unos poquitos, los justos para que se os peguen y os vayáis de aquí con alguna novedad aprendida más allá del «mi niño» y el *muyayo*.

Por cierto, en Tenerife casi nadie dice la «ch» como «ye», es algo más típico de Gran Canaria, pero cualquier canario que se precie te va a negar hasta la saciedad que hablen así.

Este libro no podría haber existido sin el *flow* musical que se oye en la comunidad *millennial* y la generación Z de las islas: Cruz Cafuné, Abhir Hathi, Choclock, Locoplaya —Bejo, UGE, Don Patricio—, Highkili… Por eso os animo a escanear el código Qr y a entrar en la *playlist* creada para mejorar la experiencia.

En el fondo yo escribo libros para enseñaros música. Es todo una tapadera.

Tengo que darle las gracias a Lu, a quien va dedicada la bilogía,

porque de no haber sido por ella no sabría lo que es la magua, ni que en la rotonda del Sobradillo hay un muñeco de nieve gigante, ni que en las islas tengo un segundo hogar. A lo mejor tampoco sabría lo que es la amistad. Tengo que darle las gracias también a Lucía Luengo (una vez la llamé «Beatriz», pero seguro que a vosotras también os pasaría; Beatriz Luengo mola muchísimo) por haberme ofrecido esta oportunidad, y a Camino Fuertes, mi editora, por aguantarme las tardanzas y los cambios de planes y por estar tan ilusionada con el proyecto como yo. Gracias a Natalia por hablarme de cruceros y exnovios que se reencuentran, y por haber escuchado la trama entera en una playa de Marbella y en un Starbucks repleto de anglohablantes, y encima poniendo cara de que le estoy contando algo muy interesante. Me conmueve que me escuchen cuando hablo de mis pajas mentales, y los personajes de un escritor son pajas mentales y punto. Si tú quieres oírme hablar de mis pajas mentales, en redes sociales me paso el día haciendo el canelo. Puedes unirte cuando quieras y transmitirme lo muchísimo que te ha encantado la bilogía. ;)

Y quiero darte las gracias a ti, que estás leyendo esto, por haber llegado hasta la nota de la autora que ignora todo el mundo. Yo ignoro todas excepto las de Marian Keyes —solo le da las gracias a un puñado de gente británica, no vayáis a pensaros que son la leche—, así que tampoco soy ejemplo de nada. Gracias por haber llegado al segundo libro, y por haber llegado al primero, y por haber llegado a mí —en el orden contrario, creo—, y gracias hasta el infinito si vas a quedarte a mi lado. Gracias si has querido a la niña de las bambas y al cararrajada (y a mi larguirucho cumbero y a mis rizoslocos de ojos bicolor). Evidentemente, no pretendo transmitir que sean un gran ejemplo de relación sana y de personas mentalmente estables. Esto es ficción, y que sepas que su relación verdadera, lo bueno, lo sano, empieza en el final. Yo solo te he contado lo malo, el salseo chungo, porque es lo entretenido, pero lo malo se acaba. Siempre se acaba. Y si no se acaba, mi niña, sal de ahí cagando leches.

Y, ¡oye!, también me voy a dar las gracias a mí, porque me he pegado un palizón y he sufrido algunas partes de los libros como solo Dios sabe. Viva Tenerife —ojalá el cabildo me pague por la promoción que le estoy haciendo— y viva la madre que nos parió a

las guapas que leemos romántica.

¡Abrazos para todas!



ELEANOR RIGBY (Granada, España). Seudónimo de Elena Salvador. Escribe novelas donde la gente se quiere mucho. Le pone amor a todo lo que escribe…, pero no a todo lo que hago.

Escribe novela romántica desde que tiene memoria, por inspiración de grandes autores y autoras como Lisa Kleypas, Patrick Rothfuss y Lena Valenti. Esta pasión por las letras la llevó a firmar su primer contrato con Selecta a los dieciocho años. En 2019, su novela *El diablo también se enamora* fue elegida como ganadora del Premio Vergara.

Notas

[1] Irse. < <

[2] Nervioso. <<

[3] Puntal se dice para alguien que te cae bien; «ageitado» es «habilidoso». < <

[4] La canción es *Canary Ass*, de Locoplaya. < <

[5] Se refiere al tema *Arte moderno*, de IZAL. < <

[6] Que se vayan al carajo. < <

[7] Melancólica. < <

[8] Enfadan. < <

[9] Gilipollas. < <

[10] Frase tomada de la canción. < <

[11] Poquito. < <

[12] Golpes. < <

[13] Exclamación de sorpresa. < <

[14] Cabrearme. < <

[15] Loco. < <

[16] Golpe. < <

[17] Cansado. < <

[18] Mucho. <<

[19] Tonta. < <

[20] Inútil. < <

[21] Enfadarme. <<

[22] Apaciguar. < <

[23] Fragmento de LBD, de Becky G. < <

[24] Borracho. < <

[25] Como si fuera tonta. < <

[26] «Fuente de miel en los ojos de *geisha,* Kabuki, máscara, choque entre el azul y el ramo de acacias, luz de las acacias; eres madre del sol». *Voce e linda*, de Caetano Veloso. < <

[27] «Lo tuyo es todo tan correcto, belleza experta. Tú me dejas en una calle desierta cuando atraviesas y no miras hacia atrás». < <

[28] «Linda, sabes vivir. Tú me haces feliz. Esta canción es solo para decirte, y dice: tú eres linda, más que las demás». < <

[29] *Quiéreme*, de Mickey Taveras. <<

[30] *Ojitos mentirosos*, de Tropicalísimo Apache. < <

[31] *Problema*, de Daddy Yankee. < <

[32] *True Love*, de Carrion & Saske. < <

[33] Investigar. <<

[34] Chanclas. < <

[35] El manga en cuestión es *Nana*, de Ai Yazawa. < <

[36] Una paja y a dormir. < <

[37] *Cuando escribe*, de Ayax ft. H Flaka. < <

[38] *El tiempo pasará*, de Lori Meyers. <<

[39] *Santa Cruz,* de Abhir Hathi, Choclock. < <

[40] Dramáticos, inconsecuentes, irresolutos, inconstantes, versátiles y volubles en el modo de proceder. Aunque en otras zonas de Canarias también se utiliza con el significado de «fiestero». <<

[41] *Pa toda la vida,* de Don Patricio, Mozart La Para. < <

Índice de contenido